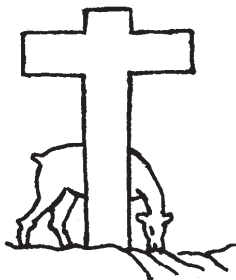


Vida Sobrenatural

REVISTA BIMESTRAL
Año LXXVI. Volumen XCVIII
Enero-Diciembre, 1996
Números 583-588



SICUT CERVUS AD FONTES

SALAMANCA

VIDA SOBRENATURAL
REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Fundada en 1921 por el Siervo de Dios P. Fray Juan González Arintero, O.P.

Director: *Fray Pedro Fernández Rodríguez, O.P.*

Secretario: *Fray Pedro Blanco García, O.P.*

Apartado 17

37080 SALAMANCA

Teléfono 923 / 21 50 00. Fax 923 / 26 54 80

Nihil obstat: Fray Armando Bandera, O.P.

Imprimi potest: Fray Juan José de León Lastra, O.P.
Prior Provincial

Imprimatur: Ilmo. Sr. D. Juan Manuel Sánchez Gómez,
Vicario General del Obispado de Salamanca

DONATIVOS PARA EL SOSTENIMIENTO
DE LA REVISTA EN 1996

España	1.500 ptas.
Europa e Iberoamérica . .	20 \$ USA (Aéreo, 30 \$ USA)
Otros países	25 \$ USA (Aéreo, 35 \$ USA)
Número suelto	500 ptas.

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Ante el tercer milenio: 1996, año penitencial

Nos encontramos ya al final de la primera fase de preparación para el Jubileo del Tercer Milenio, que es siempre un tiempo de gracia especial; el año 2000 será una ocasión providencial para la alabanza y la acción de gracias por el don sublime de la Encarnación del Verbo y de la Redención por El realizada. Ahora bien, el gozo de un Jubileo brota siempre de la fiesta que nace de la experiencia de la conversión y del perdón de los pecados. En este contexto, la Iglesia nos invita a nosotros, sus hijos, a asumir con una conciencia más viva la realidad de nuestros pecados, sus raíces y sus consecuencias, verdaderos antitestimonios y escándalos sobre todo para los no creyentes. De modo especial, todos somos invitados a llevar sobre nuestra vida el pecado del mundo, como hizo Jesucristo en orden a su destrucción.

Sería un gran error que las instituciones cristianas y católicas, como los Monjes, los Frailes, los Clérigos seculares y regulares, y los mismos Seglares, no aprovecharan este tiempo de gracia e intentaran pasar el umbral del nuevo milenio sin purificarse mediante la conversión de las infidelidades e incoherencias. Reconocer los propios pecados es un acto de amor, lealtad y valentía también ante los hombres, y el mejor modo de disponernos a vencer con la gracia

de Dios, las tentaciones y las dificultades actuales. Entre los pecados que exigen con urgencia la conversión en los individuos y en las instituciones está el terrible pecado de la división entre los cristianos y entre los mismos católicos, que sigue hiriendo e incapacitando a tantas comunidades incluso religiosas para la nueva evangelización y, en consecuencia, para recibir vocaciones.

A las puertas del Nuevo Milenio, nosotros debemos humillarnos en la presencia de Dios y de los hombres para interrogarnos sobre las responsabilidades que tenemos en relación con los males de nuestro tiempo. ¿Acaso los pecados de los cristianos no están originando la indiferencia religiosa que lleva hoy a tantos hombres y mujeres a vivir como si Dios no existiera, perdiéndose en tantas conciencias el respeto por valores morales fundamentales de la vida y de las personas? ¿Hemos sido capaces, nosotros religiosos, predicadores de la palabra de Dios, de manifestar el verdadero rostro de Dios a los hombres que pueblan este mundo? “Un doble pecado ha cometido mi pueblo: dejarme a mí la fuente de aguas vivas, para escabarse cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua” (Jer. 2, 13).

“No se puede negar que la vida espiritual atraviesa en muchos cristianos un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la vida moral, sino incluso a la oración y a la misma rectitud teológica de la fe. Esta, ya probada por el careo con nuestro tiempo, está a veces desorientada por posturas teológicas erróneas, que se difunden también a causa de la crisis de obediencia al magisterio de la Iglesia. Y sobre el testimonio de la Iglesia en nuestro tiempo, ¿cómo no sentir dolor por la falta de discernimiento, que a veces llega a ser aprobación, de no pocos cristianos frente a la violación de fundamentales derechos humanos por parte de regímenes totalitarios? ¿Y no es acaso de lamentar, entre las sombras del presente, la corresponsabilidad de tantos cristianos en graves formas de injusticia y de marginación social?” (*Tertio Millennio Adveniente*, 10-XI-1994, n.º 36).

Hemos hablado en nuestra Revista en diversas ocasiones de la urgencia de la Nueva Evangelización; pero esta nueva

evangelización exige ineludiblemente una Iglesia evangelizada y evangelizadora, donde se gesten y se desarrollen los nuevos evangelizadores. Ahora bien, ¿están nuestras comunidades capacitadas para evangelizar? ¿No advertimos entre tantos sacerdotes, religiosos y religiosas cansancio y, lo que es peor, carencia de sentido apostólico, debido a la confusión en la mente y a la división en el corazón? De todos modos, una vez más Dios va por delante, pues no deja de cuidar y de edificar su Iglesia; así se explica que mientras algunas instituciones eclesiales continúan deteriorándose y continúan perdiendo fuerza y presencia, otras instituciones cobran cada día nueva fuerza y presencia evangelizadora en la Iglesia. En fin, gracias a Dios, con lágrimas y con gozo lo digo, algunas instituciones dejan de tener vocaciones y otras necesitan multiplicar sus casas pues no caben los que llegan. El gran problema en algunas instituciones eclesiales sigue siendo la falta de discernimiento espiritual y el abandono de la responsabilidad propia de la autoridad.

Ante esta situación Dios nos invita poderosamente a hacer el bien a todos y también a soportar el mal propio y ajeno, cuando todavía no podemos destruirlo. “Pensad en esos hombres que quieren vivir bien, que han determinado ya vivir bien, pero que no se hallan tan dispuestos a sufrir males, como están preparados a hacer el bien. Aquellos que dan la impresión de fervor en las buenas obras, mas no se hallan dispuestos o no son capaces de sufrir los males que se les vienen encima, son en realidad débiles” (SAN AGUSTÍN, *Sermón 46 sobre los Pastores*, n.º 13). Esta es una gran tentación en la que muchos, confundidos, sucumben. Quieren ser buenos; pero no son pacientes con el mal que brota del propio corazón, o que advierten en los comportamientos de los demás. Soportar el mal; llevar la cruz del mal o poner la otra mejilla es algo que no se consigue con propósitos humanos, pues es parte del secreto del reino de Dios o un regalo sublime de Dios que sólo los pequeños reciben y gozan gratuitamente.

Permitidme una confesión personal en relación con nuestra Revista. Todos sabemos que instituciones sin sensibilidad evangelizadora publican excesivos documentos, los cuales

sólo sirven para justificar su pobre existencia, pues todo sigue igual. A veces, vemos a eclesiásticos más pendiente del qué dirán y no de lo que ellos tienen que anunciar; es un error cultivar la estética sin la necesaria ética. Esto nos cuestiona a nosotros, pues también "Vida Sobrenatural" es, en principio, un documento más. Es cierto que, por encima de nuestros pecados y de nuestras pobres fuerzas, experimentamos que alguien nos impulsa y vivifica estas páginas, llenándolas de luz y de confianza en el futuro de la voluntad de Dios. Mas la ayuda del cielo no nos libra de nuestra precariedad. Necesitamos estar ungidos por el Espíritu de Jesucristo para poder transmitir la vida de Dios. "Si sabes distinguir lo que es precioso de lo que es vil, serás mi boca" (Jer. 15, 19).

No quiero terminar esta presentación sin desear fraternalmente a todos nuestros lectores y lectoras, suscriptores, bienhechores y a toda la familia arinteriana un feliz Año Nuevo 1996; confío en el Amor Misericordioso de Dios, que se manifestará también en todos Uds., para continuar este gratificante quehacer apostólico que implica la Revista "Vida Sobrenatural". En el presente año, cumplidos ya los 75 años del inicio de Vida Sobrenatural, sale la Revista con un formato un poco más grande sin perder su necesaria sencillez; con todo seguimos poniendo nuestra esperanza en Dios y en la Virgen María, Nuestra Señora, pues sólo con la fuerza de Dios podemos ser grano de trigo enterrado, capaz de fructificar en vida eterna. Que el Señor bendiga nuestro quehacer durante el año, que ahora comienza.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Un armonioso concierto con un silencio elocuente

Desde el 23 al 28 de Octubre se celebró en Roma, convocado por la Congregación del Clero, un Simposio sobre sacerdocio, con el fin de conmemorar los treinta años transcurridos desde la promulgación del decreto *Presbyterorum ordinis*, del concilio Vaticano II.

El Simposio se caracterizó por la abundancia de participantes y por la alta calidad de las Relaciones principales. A ello se añadió la presencia y la participación del Papa en la sesión del día 27 por la tarde. Todo esto queda expresado en las primeras palabras de título. Fue una delicia escuchar aquellas hermosas exposiciones que revelaban una profunda comprensión y una vibrante propuesta de las enseñanzas del Vaticano II que diseñan la figura del pastor calcada en la del Buen Pastor.

Pero al lado del concierto en el cual podía uno dejar correr el tiempo, deleitándose con la audición, hubo también algún elocuente silencio, el cual, precisamente por el momento en que se producía era especialmente doloroso. Reconociendo y valorando altamente el concierto, se me permitirá salir de él y ocuparme en la nada grata tarea de poner en evidencia y dialogar con el silencio, el cual, por afectar a la composición misma de la Iglesia, no puede menos de parecerme altamente perjudicial para la Iglesia misma y para la sociedad, a la cual la Iglesia debe servir.

I.—A LA ESCUCHA DEL SILENCIO EN UNA SESIÓN DEL SIMPOSIO

El Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, arzobispo de Santo Domingo, expuso el tema *La relación de comunión de los presbíteros*. Es un texto objetivamente interesante; a la vez en él se observa un silencio que da testimonio de sí mismo con una elocuencia singular. Desde hace tiempo, este silencio me resulta insufrible. Mi situación es francamente embarazosa y me siento en la necesidad de pedir excusa. El Cardenal me trató con evidentes muestras de amabilidad, y yo ahora debo manifestar que su Relación despierta en mí una fuerte oposición. Si el Cardenal lee estas páginas, crea firmemente que le tengo gran respeto, que le agradezco sus muestras de afecto..., que le pido excusa de cuanto en mi escrito pueda serle desagradable.

El Cardenal comienza indicando el ámbito de relaciones que la comunión fundada en el sacramento del orden, o sea, en la ordenación sacerdotal, hace nacer o produce en la persona que recibe dicha ordenación. “El tema –dice el Cardenal– se articula en tres puntos: Relación con los obispos, relación con los presbíteros, relación con los laicos” (p. 1: cito según el texto distribuido durante el Simposio).

1. *Un hecho*

Leyendo, releyendo el pasaje citado, nadie encuentra a los religiosos. Para valorar este silencio, hay que tener en cuenta que el fundamento de las relaciones en las que el presbítero entra y que han de configurarlo a él íntegramente, está constituido por la ordenación sacerdotal. Basta leer los textos conciliares citados o aludidos por el Cardenal para darse cuenta de que la ordenación sacerdotal es siempre el motivo determinante de todo lo que el presbítero ha de hacer, de las relaciones que debe cultivar, de la comunión a que debe servir, de las tareas en que ha de ocuparse, del ‘espíritu’ por el que debe dejarse guiar.

Todo eso está muy bien. Yo me alegro de que se diga, porque es el medio más eficaz para estimular al sacerdote a una justa valoración del don que ha recibido y con el cual ha de contribuir al cultivo de la viña del Señor. Pero, precisamente porque todo eso es magnífico, el silencio, además de elocuente, se hace también ‘discriminante’. Al escribir esta palabra, pido perdón por usarla; pero confieso que no encuentro otra mejor.

Pues bien, mencionemos el ‘objeto’ silenciado. ¿Dónde están los religiosos? Y, al hablar de religiosos, no me refiero en absoluto a las formas institucionalizadas y configuradas de acuerdo con una organización canónica. Me refiero al núcleo de ese género de vida, es decir, a los consejos evangélicos, a lo que estos consejos representan en la Iglesia. Para explicar la multitud de formas institucionalizadas, la constitución dogmática *Lumen gentium* recurre a la metáfora y habla de “una semilla divinamente depositada [ex germine divinitus dato]”, la cual, bajo la acción del Espíritu Santo, se ha convertido en árbol de ramificaciones espléndidas (cf. LG 43a).

La distinción está bien marcada. La semilla, es decir, el núcleo constituido por los consejos evangélicos, tiene origen divino: es una semilla depositada por Dios en el campo de la Iglesia. Las ramas, en cambio, es decir, todo lo que hay de mera ramificación se debe al hecho de que, bajo la acción del Espíritu Santo, fundadores y fundadoras, asumiendo el núcleo, lo adaptaron a la finalidad que Dios les señalaba. Para ello Dios les otorgó el carisma de fundación. El carisma fundacional es tema del que se habla sin cesar.

Pues bien, ya tenemos aquí una realidad constitutiva de la Iglesia –es Dios quien deposita esta semilla en la Iglesia y quien hace que se conserve siempre– de la cual, sin embargo, la ordenación sacerdotal parece no saber nada. Al menos, leyendo los textos, esta vida religiosa no aparece nunca. Yo me pregunto si en la Iglesia puede haber algo que no esté incluido dentro de la comunión a la cual el sacerdote debe servir en virtud de su ordenación sacerdotal. Mi respuesta –para mí, al menos– es negativa.

2. *Religiosos en PO*

En el decreto *Presbyterorum ordinis*, la articulación señalada por el Cardenal tiene en cuenta solamente los números 7-9. Bajo el título, no oficial [*Los presbíteros. rectores del pueblo de Dios*], en el número 6 se encuentran estas otras palabras que nunca fueron citadas en el Simposio, a saber: “Los presbíteros tengan en cuenta que todos los religiosos, varones y mujeres, puesto que son la parte más excelente [pars praecellens] en la casa del Señor, merecen una especial atención para su adelantamiento espiritual en bien de toda la Iglesia” (n. 6c).

Este pasaje, además de haber estado ausente en el Simposio, no es citado nunca, a no ser poco menos que por milagro. Ruego que se me permita detenerme un poco en él. Ya indiqué que el título no es oficial; sencillamente se permitió ponerlo en las ediciones vulgares, porque, de hecho, responde al contenido. Sobre esta base, debo decir que los títulos de los números 7-9 son de la misma condición, o sea, no pertenecen al texto oficial; su adición está permitida: simplemente permitida. En este punto hay absoluta paridad entre el número 6 y los números 7-9. El hecho de que éstos sean preferidos y acaparen la atención –como la acaparan en la Relación de que me ocupo– no les da ningún valor especial; es un simple fenómeno con el que se comprueba que del concilio se hacen lecturas selectivas.

Al decir ‘selectivas’, no quiero decir, ni siquiera insinuar, que sean ‘malintencionadas’. Son el resultado de una ‘selección’ introducida por la rutina, por la falta de atención, o por no sé qué motivo. Desde luego, yo prescindo de todo lo que pueda relacionarse con una intención menos noble. Continúo, pues, razonando, en esta actitud de plena y franca acogida, dispuesto a rectificar siempre que se me dé una razón válida.

Como cualquiera puede comprobar, el número 6 de PO expone los contenidos propios de la comúnmente llamada función pastoral de los presbíteros. Aparte del texto, en su globalidad, el comienzo mismo lo dice de manera que me

parece evidente. Basta leer. “Los presbíteros –dice– que ejercen el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor, según su parte de autoridad, reúnen en nombre del obispo la familia de Dios”. Queda claro que estamos en el terreno de lo pastoral.

En el número está claro también que al presbítero se le encomienda el cuidado pastoral de “la familia de Dios”, o sea, del pueblo de Dios: que es la expresión empleada en el título del número. Esta idea se refuerza un poco más adelante. Al comienzo del punto cuarto se lee lo siguiente: “*El deber del pastor* [subrayado mío] no se limita a cuidar sólo individualmente de los fieles, sino que se extiende también propiamente a formar una genuina comunidad cristiana”.

3. *Familia-pueblo y diversificación vocacional*

Continuemos reflexionando sobre este olvidado número. La comunidad cristiana, la familia de Dios, el pueblo de Dios... se compone de fieles vocacionalmente diversificados, con una diversificación que tiene su origen en el Espíritu Santo, o sea, que es querida por Dios para realizar su designio de salvación. El texto lo dice claramente. En efecto, los sacerdotes “en cuanto educadores de la fe, deben procurar (...) que cada uno de los fieles sea llevado, en el Espíritu Santo, a que, de acuerdo con el evangelio, cultiven su propia vocación, ejerciten una genuina y operante caridad y que [vivan] aquella libertad con la que Cristo nos liberó” (n. 6b).

Aquí el concilio está refiriéndose claramente a lo dicho en *Lumen gentium* sobre el universal llamamiento a la santidad, y a la vez expresa mejor algunas otras ideas conexas con la santidad. En primer lugar, queda claro que el llamamiento a la santidad es único por razón del término a que conduce, que es una santidad auténtica. Digamos, para entendernos, que el término de referencia es una santidad ‘canonizable’. Pero a este término común cada uno ha de llegar de acuerdo con su propia vocación, o por vías vocacionalmente diversificadas. Y esto, en *Lumen gentium*, no está expresado tan claramente como aquí.

4. *Diversidad vocacional y testimonio de unidad*

La diversificación vocacional brota del evangelio. Esto quiere decir que, para que el evangelio esté presente en el mundo con aquella presencia que atraiga al mundo hacia la fe en Jesús, se requiere admitir, valorar y promover la diversificación vocacional. Para que el mundo crea, debemos ser uno. “Yo –dice Jesús– ruego para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti...y el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21). Esta unidad tan profunda que tiene como punto de referencia la unidad del Hijo con el Padre, no es unidad de conformidad, sino aquella unidad que brota de la complementariedad de vocaciones diversas, siempre que estas vocaciones sean vividas en el Espíritu Santo, es decir, para hacer que sus dones fructifiquen.

Es un dato bien interesante. muchas veces se procede presuponiendo equivocadamente que la promoción de diversidades vocacionales es una disimulada forma de clasismo o, según los casos, que no permite estrechar los vínculos de comunión tanto cuanto sería deseable: todo cuanto el evangelio pide. Pues bien, es el evangelio el que pide unidad diversificada. Este evangelio es el que tenemos que aceptar.

Lo que, en realidad, se está diciendo es cosa bien importante, de la cual, sin embargo, no hablamos. El testimonio de unidad que Jesús pide consiste en vivir la unidad propia de la Iglesia, la unidad constitutiva de la Iglesia. Se trata de vivir la unidad de comunión que lo tiene a él por instaurador, por centro y cima de realización, por ministro ‘principal’...

El testimonio de unidad que Jesús nos pide ‘para que el mundo crea’ –crea en él– ha sido bien descrito por el Vaticano II, cuando, haciendo un recorrido por el conjunto de la vida cristiana, dijo lo siguiente: “El bautismo se ordena a la íntegra profesión de fe, a la plena inserción en la economía de la salvación tal como Cristo mismo la estableció y, finalmente, a la plena inserción en la comunión eucarística” (UR 22b).

5. *Comunión eclesial y sacrificio eucarístico*

La comunión eucarística tiene su plenitud de sentido en el interior del sacrificio eucarístico en el que Cristo mismo es el 'ministro principal', en el cual, por tanto, ejerce el máximo influjo unificante de los fieles con él y de los fieles entre sí. El testimonio de unidad, tal como es dado mediante la celebración de la eucaristía, es el que mejor responde a las palabras de Jesús, transmitidas por San Juan.

Volviendo al texto de PO, es preciso reconocer que "ninguna comunidad cristiana se edifica, si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima eucaristía; en consecuencia, por ella debe comenzar toda formación en el Espíritu de comunidad. La celebración, a su vez, para ser genuina y plena, debe conducir tanto a las variadas formas de caridad y de mutua ayuda como a la acción misional y a las diversas formas de testimonio cristiano" (n. 6e). Antes de continuar, y a modo de paréntesis, me pregunto a qué se reduciría todo esto si, al hablar de la comunidad cristiana edificada mediante la eucaristía, pensamos esa comunidad sin religiosos, sin religiosas. ¿Las formas de caridad tendrían la densidad que tienen? La mutua ayuda, la acción misional, el testimonio cristiano, ¿serían lo que son? Yo no quisiera ser presuntuoso, pero me gustaría escuchar respuestas de quienes dan la impresión de ser un tanto olvidadizos.

Terminado el paréntesis, continúo la exposición. Reaparecen aquí, desde perspectiva eucarística y como fruto de la eucaristía, bienes cristianos que, bajo formas genéricas, habían sido presentados ya en párrafos anteriores, como términos de referencia de la función pastoral del presbítero. Esta 'resolución' de lo cristiano en lo eucarístico es normal, dado que, como dice *Lumen gentium*, el sacrificio de la eucaristía "es fuente y cima de toda la vida cristiana" (n. 11a).

Dentro del magisterio conciliar, el fundamento y la razón suprema de todo esto se encuentra en el primer número expresamente cristológico de la constitución dogmática *Lumen gentium*. Después de citar las palabras de Jesús "si yo fuere levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn

12, 32), la constitución dice: “La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, con el cual Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado (1 Cor 5, 7). Al mismo tiempo, la unidad de los fieles que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico (1 Cor 10, 17). Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos, hacia quien caminamos” (n. 3).

La unidad que brota de la eucaristía vincula a todos los cristianos entre sí, haciéndolos ser un solo cuerpo, y se proyecta misionalmente hacia la humanidad entera, porque la alianza que se renueva en la eucaristía acoge a todos y porque todos son llamados *a esta unión con Cristo*. ¡A ésta precisamente! La alianza nueva y eterna fue sellada con la sangre derramada por todos para el perdón de los pecados.

La Instrucción *Eucharisticum mysterium*, inspirándose en estas realidades cristológicas, aclara y propone bajo formulación más sencilla, el pensamiento conciliar. Dice, en efecto: “Al celebrar la eucaristía, de tal manera se ha de fomentar el sentido de comunidad que cada cual sienta que se une con los hermanos en la comunión de la Iglesia, tanto local como universal; más aún, de alguna manera con todos los hombres. Porque en el sacrificio de la misa Cristo se ofrece por la salvación de todo el mundo, y la congregación de los fieles es tipo y signo de la unión del género humano en Cristo cabeza” (n. 18).

6. Constitución “*Gaudium et spes*”

Esta constitución contiene un pasaje que, por el modo como enfoca el tema vocacional, probablemente es único en su género. Estoy refiriéndome al número 38 cuyo título –no oficial– es ‘Consumación de la actividad humana en el misterio pascual’. La intención directa de este pasaje es mostrar la armonía entre lo humano y lo cristiano.

El contexto es de una amplitud enorme. Por un lado, la actividad humana, en toda la complejidad y duración de su

historia, en la cual hay logros maravillosos y aterradores desastres. Por otro, lo cristiano en su realización suprema, a la cual se llegó cuando Cristo ‘pasó’ en el Espíritu Santo al Padre, habiendo conseguido así la perfecta redención de la humanidad; es el ‘paso’ pascual que hace desaparecer lo viejo y establece la alianza nueva y eterna.

Después de esta elemental presentación del número, indiquemos su aportación al tema vocacional. Cuando se habla de misterio pascual, de su permanencia y renovación en la Iglesia, se está afirmando, al menos implícitamente, que es necesaria la intervención del sacerdocio ministerial y que, por lo mismo, este sacerdocio entra en la composición de la Iglesia. A esto se refiera el breve segundo párrafo del número.

En orden a lo que ahora interesa, las ideas capitales se encuentran en el párrafo primero. Las primeras palabras dan, desde la cristología, una visión profunda de la armonía entre humanismo y cristianismo. Transcribo solamente lo más esencial y que predetermina el enfoque de cualquier problema concreto. “El Verbo de Dios (...) entró, como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola”. Es un modo nuevo de afirmar lo que estaba dicho ya, o sea, que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22a).

El Verbo encarnado entra en la historia para sanearla y cambiarla de signo; lo que había sido historia de pecado que conduce a la muerte, queda transformado en historia de gracia que desemboca en la vida eterna: una vida, por tanto, que trasciende la historia, porque dura para toda la eternidad y transcurre íntegramente en la casa del Padre adonde Jesús se ‘adelantó’ para prepararnos lugar, como él mismo dijo (cf. Jn 14, 2).

Jesús quiere que estos dos aspectos de su misterio –la inserción en la historia y la transcendencia más allá de la historia– estén permanentemente significados en la vida de la Iglesia. En este momento, el texto conciliar emplea un lenguaje con el que, sin intentarlo directamente, propone un pensamiento vocacional de máxima importancia, al menos por lo que se refiere a vida religiosa. Transcribo lo puramente

esencial: “Cristo (...) actúa ya por la virtud de su Espíritu (...). Los dones del Espíritu son diversos; mientras a unos los llama para testimoniar públicamente el anhelo de la morada celestial y para mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, preparando así el material del reino de los cielos...” (GS 38a).

No aparece ningún vocablo directamente vocacional. Pero están perfectamente definidas y distinguidas dos vocaciones. En la enseñanza del concilio es absolutamente claro que la dedicación a lo temporal es la tarea específica de los laicos, a la cual, en cambio, los religiosos deben renunciar. Sin entrar en materia, quiero aclarar que la renuncia inherente a la profesión de los consejos no es la renuncia al mal, porque ésta fue realizada ya en el bautismo y, además, es obligatoria para todo el mundo, cualquiera que sea su vocación específica; el religioso renuncia a bienes y concretamente a la gestión de asuntos temporales; esta renuncia no significa ni desprecio, ni infravaloración de lo temporal, ni actitud alguna mínimamente negativa respecto a este inmenso campo. Se renuncia a eso por la única razón de consagrarse más plenamente a bienes más altos. Quedamos, pues, en que la dedicación a lo temporal es tarea específica del laico.

Tomando también como criterio la enseñanza del Vaticano II, es evidente que la función de testimoniar públicamente ‘el anhelo de la morada celeste’, es decir, de encarnar la tensión escatológica de la Iglesia en el grado más alto –es de lo que aquí se trata– compete a los religiosos. Tensión escatológica hay en toda vocación cristiana. Pero esto no quiere decir que todos los cristianos, a la hora de testimoniarla, se encuentren a la par. El laico que, por vocación, se inserta profundamente en lo temporal, jamás podrá dar un testimonio de tensión escatológica tan patente como el que da quien, por dedicarse directa y más intensamente a los bienes eternos, renuncia a ocuparse de los temporales. Por eso el Vaticano II, en otro lugar aclara que los religiosos encarnan la tensión escatológica no en exclusiva, sino sencillamente *mejor* (cf. LG 44c).

Este pasaje, dada la capital importancia del contexto en que se inserta, tiene un valor inapreciable. Y no he visto que sea tenido en cuenta ni siquiera por quienes dicen estar muy interesados por la relación de lo cristiano con lo humano. La distinción de vocación religiosa y vocación laical, junto con su integración a la hora de testimoniar los diversos aspectos del señorío de Cristo y de la acción de su Espíritu, están expresadas en este pasaje de manera insuperable. Con todo esto a la vista, me pregunto: Si es el Espíritu Santo quien establece tan claramente la distinción entre laico y religioso, ¿cómo después se dice y se repite que, desde el punto de vista del designio divino, el religioso no representa nada original ni específico en la Iglesia, sino que tiene que buscar acomodo o entre los clérigos, si recibió el sacramento del orden, o, de lo contrario, entre los laicos?

II.— LA CONGREGACIÓN DEL CLERO

Dejando ya la relación a que he venido refiriéndome y la serie de fuentes en que se inspira, quiero decir algo sobre la Congregación del Clero. Confieso que referirse a un dicasterio vaticano es asunto un tanto delicado; son muchas las personas que en él prestan su servicio a la Iglesia y podría ser injusto envolverlos a todos en un juicio sobre cuestiones, en las cuales muchos de ellos no han participado en absoluto. Con esto quiero decir que, cuando hablo de ‘Congregación del Clero’, no voy más allá de las personas cuyos nombres irán apareciendo.

Tengo que mencionar, en primer lugar, a S. E. Mons. Crescenzo Sepe, Secretario de la Congregación, y alma de la organización del Simposio, al menos durante la fase de celebración, que es la única de la que puedo hablar. Resumiendo la labor del Excmo. Secretario, hay que decir que fue perfecta. A la hora de concluir, toda la sala le tributó espontáneamente un prolongado aplauso, al que se había hecho merecedor. No quisiera caer en nada que se parezca a adulación; pero tampoco temo ser acusado de cosa semejante. Piense

cada cual lo que piense, digo que S.E Mons. Sepe fue un organizador inteligente, que tuvo siempre las cosas en mano y que les dio una solución correcta. Este es mi juicio que expreso con toda sinceridad, respetando el que otros puedan tener.

Enfocados así todos los asuntos de orden personal, se me permitirá entrar en la exposición de hechos. El Prefecto de la Congregación del Clero, Cardenal José T. Sánchez, y el Secretario, a quien ya conocemos, firmaron la *Presentación del Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* en una fecha bien significativa: “Jueves Santo de 1994”. Ese año el Jueves Santo tuvo fecha de 31 de Marzo.

El *Directorio* llegó a mis manos al día siguiente a poco más, y lo leí con gran avidez. Me pareció y sigue pareciéndome un texto de alta calidad espiritual. Pero hay un punto que no puedo aceptar. Es precisamente el punto en que el *Directorio* concreta la exposición general que precede y que –repito– es de óptima calidad. Para ser objetivo y no atribuir al *Directorio* nada que no sea suyo, transcribo íntegro el pasaje en que se concentra mi discrepancia, empezando por presentar su enmarcamiento original. En la Iglesia, “como misterio de comunión (...) se revela toda identidad cristiana y, por tanto, también la específica y personal identidad del presbítero y de su ministerio” (n. 21a).

Enteramente de acuerdo con este punto de partida. Pero fuerte discrepancia en lo que sigue, que es esto: “Concretamente, la comunión eclesial del presbítero se realiza de diversos modos. Con la ordenación sacramental, en efecto, el presbítero entabla vínculos especiales con *el Papa*, con *el cuerpo episcopal*, con *el propio obispo*, con *los demás presbíteros*, con *los fieles laicos*” (n. 21b). Los subrayados están todos en el original.

¿Los religiosos? ¿Alguien los ve? Nadie puede verlos, por que según el texto transcrito ni siquiera pueden existir. La comunión que se vive en la Iglesia revela ‘toda identidad cristiana’. En virtud de su ordenación, el sacerdote queda convertido en agente y ministro cualificado de esa comunión. Pero en el ámbito de la comunión a la cual él sirve, los religiosos no aparecen. Ello quiere decir que, eclesialmente hablando, los

religiosos no existen, porque en la comunión en que se revela 'toda identidad cristiana' no aparece nada que se refiera a ellos. El sacerdote puede satisfacer todas las exigencias derivadas de su ordenación, sin sentir el menor compromiso para con los religiosos. Recibiendo la ordenación sacerdotal, el sacerdote 'entabla vínculos especiales' con las personas nombradas, y con nadie más. Dado todo este contexto, el silencio equivale de manera absolutamente indudable a una declaración de no-existencia: ante la comunión eclesial de la cual el sacerdote es ministro cualificado, los religiosos y las religiosas no existen en cuanto tales. Los religiosos que no sean ministros ordenados, son pura y simplemente laicos. Las religiosas, todas laicas.

En estas reflexiones creo no haber añadido nada que no esté el texto. Lo he abordado desde diversas perspectivas para que su contenido aparezca más claramente y en su totalidad. Lo único que he puesto de mi parte es la viveza del lenguaje. No sé si necesito pedir excusa. Para que me sea otorgada, si la necesito, escribo preguntando: Cuando uno escucha 'sentencia de muerte contra la propia profesión', ¿puede quedar indiferente? ¿No se le permitirá clamar? Si en el clamor se escapa alguna nota desafinada, ¿no se le perdonará?

Haciendo estas preguntas, no pido compasión para mi; no la necesito, porque, en lo que humanamente cabe, soy feliz. Pero, ¿puedo decir que me duele la Iglesia? Esta la cuestión. ¡Gran cuestión! ¡La Iglesia! Es la esposa del Cordero. Hacer un 'roto' en el manto con que la viste el Esposo es clavar una 'espina' en el 'corazón' del Esposo.

Muy pronto estas ideas fueron dadas a conocer a los firmantes de la *Presentación del Directorio*. Ellos pusieron la firma el 31 de Marzo de 1994. El 5 de Abril dirigí al Prefecto una carta, que iba acompañada de un escrito de cuatro densos folios; en ellos expresaba con toda claridad mi discrepancia respecto del número 21b. En la carta dije expresamente que el *Directorio* me parecía un documento de alta calidad espiritual. Creo haber reconocido los méritos, al mismo tiempo que expresé con firmeza mi oposición al texto citado.

El tiempo pasaba y no me llegaba respuesta. Pensé que todo había quedado en nada. Y cuando ya no esperaba nada, recibo del Secretario una carta, fechada el 25 de Octubre de 1994; desde la mía había pasado algo más de medio año. Mons. Sepe me da las gracias por mi juicio acerca de la calidad doctrinal y espiritual del *Directorio* y me tranquiliza asegurándome que el *Directorio* "valora, como se debe, la vida religiosa en la Iglesia".

Le respondí que yo no veía tal valoración y que estaba con la impresión de que mi problema no había sido entendido. Pero le rogaba que diese el asunto por terminado y que no se tomase la molestia de escribirme nuevamente. Efectivamente, la correspondencia se cortó.

Antes de la fecha de la carta del Secretario, el Cardenal Prefecto pronunció su alocución sinodal (14-X-94). Esta alocución, refiriéndose al *Instrumentum laboris* del Sínodo hace grandes ponderaciones de textos incompatibles con el número 21b del *Directorio*. El Cardenal cita los números 67, 72 y 76 de *Instrumentum laboris*. De los tres números citados el principal es el 67, en el cual se dice y se repite que la Iglesia está compuesta por tres 'órdenes' o grupos de cristianos –ministros ordenados, religiosos, laicos– que es lo que enseña *Lumen gentium* en el número 13c. "Quisiera –dice el Cardenal– recomendar ardientemente [raccomandare caldamente] lo que *Instrumentum laboris* afirma en los números 67, 72 y 76 acerca de la comunión orgánica que debe sobresalir entre los grupos, las funciones y los ministerios ordenados en virtud de la actuación del Espíritu Santo en la Iglesia" (publicado, con el resto de la alocución en un número especial que "L'Osservatore Romano" dedicó al Sínodo, p. 134-135 [lo citado está en la 135]).

Pasado algún tiempo, escribí al Cardenal, con fecha 15 de Enero de 1995, diciéndole que su texto me había encantado. Le rogaba que me dijese dónde podría encontrarlo completo. Le decía también que era yo quien, en Abril de 1994, le había escrito en tono más bien duro.

Cuando yo escribí al Cardenal, éste se encontraba en Filipinas, acompañando al Papa en su viaje, cosa que yo no

había advertido. Al regresar, el Cardenal me escribió (6-II-95) dándome las gracias y enviándome fotocopia del texto publicado en "L'Osservatore. así me di cuenta que lo publicado era no un resumen, como se hacia de ordinario, sino el texto completo.

Así terminó por entonces mi relación con la Congregación del Clero. Era grande mi confianza de que el texto del *Directorio* sería revisado, porque el Cardenal Prefecto se había expresado en términos incompatibles con algo que en el *Directorio* está solidísimamente asentado. Continuemos la historia.

III.—LA GOTA QUE HIZO REBOSAR EL VASO

Los organizadores del Simposio del mes de Octubre de 1995 encomendaron al Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez la Relación de que me ocupé en las primeras páginas. En la sesión de clausura del Simposio fue distribuido un proyecto de Mensaje que se quería enviar a todos los sacerdotes como signo de comunión y de afecto.

Era un proyecto a cuya redacción se admitían enmiendas. Aunque el tiempo urgía, porque era ya última sesión, fueron muchos los que pidieron la palabra para proponer diversas enmiendas, mejoras... Muchas manos se levantaban a la vez. Yo la levanté también, quizá no menos de veinte veces, pero siempre sin resultado. El tiempo había concluido y no había más remedio que terminar.

En esta situación, S.E. Mons. Sepe tuvo la gentileza de ofrecer, a quienes no habían podido hablar, un modo de hacer presentes sus propuestas, redactando en Secretaría del Simposio una nota, que luego sería incorporada al resto de las propuestas. Yo acepté esta oferta y redacté mi nota, rogando que se tomara en consideración la alocución del Cardenal Prefecto en el aula sinodal durante la celebración del Sínodo.

Como aquella nota había sido escrita de prisa y quizá de manera no fácilmente legible, envié a Mons. Sepe una carta en que todo estaba redactado de manera más clara y mejor.

Entre otras cosas le decía que había tenido que ocuparme muchas veces del asunto, que los documentos eran absolutamente claros, que rogaba se les prestase atención y que, si mis propuestas una vez más eran desatendidas, me vería en la necesidad de hacer público el caso, porque el tema no puede estar perpetuamente en suspenso.

Debo decir que mi propuesta de no silenciar la vida religiosa no fue atendida y que, por lo mismo, me considero autorizado a presentar en público el tema del que había hablado solamente con las personas responsables y directamente interesadas. Es cosa que me desagrada enormemente, porque nunca en mi vida la hice. Pero creo que es el único modo de conseguir que se piense lo que, a mi juicio, se da por resuelto sin haberlo planteado de verdad.

He dicho que mi propuesta no fue aceptada. En realidad fue rechazada. Esta, al menos, es mi convicción, que trataré de explicar. Enseguida transcribiré el texto que me resulta más conflictivo. El Mensaje no lleva fecha. Lo leo publicado en "L'Osservatore Romano [ed. española; 3-X-95, p. 7-8] como Mensaje Final del Simposio. Tiene una larga Conclusión que da gracias a distintos grupos de personas, principalmente de sacerdotes, por el modo como ejercen su sacerdocio o por la ayuda que prestan a sacerdotes. Para uno de esos grupos se dice: "Gracias a vosotros, hombres y mujeres, que animáis a vuestros sacerdotes con vuestro afecto y vuestra oración, prestando una colaboración efectiva al ministerio sacerdotal".

De este texto no había nada en el proyecto distribuido en el aula y examinado en la sesión conclusiva. Es un texto enteramente nuevo. Probablemente más de un lector piense que es un texto irreprochable. ¡Ojalá sea verdad! A mí me resulta inaceptable, sobre todo teniendo en cuenta la historia, considerablemente larga, de la cual ese texto es un episodio más.

¿Por qué el texto es inaceptable? Por la razón que ha sido propuesta ya varias veces. En las páginas precedentes está bien repetido que, razonando desde la perspectiva del *Directorio*, los religiosos/as, en cuanto tales, no tienen ni pueden tener puesto en la Iglesia; la razón es clara: la comunión eclesial, de la que el sacerdote es ministro cualificado en

virtud de su ordenación, no contiene nada ni dice cosa alguna acerca de esta identidad. En la comunión se revela toda identidad cristiana, cuyas modalidades son solamente las detalladas en el número 21b.

El Mensaje habla de los religiosos presbíteros. Dirigiéndose a ellos, dice: “Gracias a vosotros, miembros de los institutos de vida consagrada (...) que vivís vuestro sacerdocio en la riqueza de los carismas de vuestros fundadores”. Bien. Pero esos carismas, tan llenos de riqueza, no tienen puesto en la Iglesia. Quienes los reciben, han de colocarse entre los clérigos, si son sacerdotes, o en el mismo lugar que el resto de los hombres y mujeres, si no lo son.

Me parece, pues, evidente que el Mensaje, con la expresión ‘hombres y mujeres’ engloba en una única ‘casilla’ a todas las mujeres y a todos aquellos hombres que no recibieron el sacramento del orden. Estamos totalmente anclados en el párrafo segundo del canon 207, al cual se ajusta por completo el número 21b del *Directorio*.

¿Cómo este Mensaje salió de altos niveles de la Congregación del Clero cuyo Prefecto, durante la celebración del Sínodo, tuvo una intervención, publicada ya completa, en la cual “racomanda caldamente” aquello mismo en que *Instrumentum laboris* corrige al *Directorio*? Es pregunta para la que no tengo ninguna respuesta. El Mensaje mantiene firmemente el texto del *Directorio*. Lo cual significa que sacerdotes y religiosos/as, llamados a colaborar, deben orientar sus vidas de acuerdo con textos que imposibilitan la colaboración, porque son contradictorios, precisamente en la noción de ‘comunión’, de la cual brota el compromiso de cooperación.

Confieso que, en presencia de estos textos, yo no entiendo en qué pueda consistir la complementariedad de vocaciones. Veo contradicción en un punto básico. Para colmo, esto ocurre cuando está todavía en curso un Sínodo, cuyo tema nadie ignora y que, en cuanto a la coordinación de vocaciones, pidió cosas que nadie tampoco ignora. Este apego del Mensaje al *Directorio*, ¿es un indicio de que la esperada Exhortación Apostólica se situará en esa línea? No lo puedo creer. Durante la celebración de las sesiones sinodales, el

Papa pronunció varias Alocuciones de las cuales lo menos que se puede decir es que están en sintonía distinta de la del *Directorio*. Me remito especialmente a la del 12 de Octubre de 1994. Pero habría que añadir mucho más.

IV.—DE ROMA A MADRID: UN SIMPOSIO Y UN LIBRO

Los problemas se acumulan. Del Simposio de Roma han sido dichas unas cuantas cosas. Pero Roma no es el único sitio donde surgen motivos de preocupación en esta materia. También libros publicados en Madrid dan algún quebradero de cabeza. Me explico.

La Conferencia Episcopal Española es promotora de una nueva edición de los documentos del concilio Vaticano II, publicada por la BAC y enriquecida con las aportaciones de expertos en el tema de cada documento. Transcribo la portada interna del libro. “Concilio Ecuménico Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Edición bilingüe patrocinada por la Conferencia Episcopal Española. Presentación de Angel Suquía Goicoechea, Cardenal-Arzobispo de Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1993”. En la portada externa, la Conferencia Episcopal aparece como promotora. En páginas interiores se dan los nombres de quienes tomaron parte en la publicación del libro: autores de introducciones y de notas, traductores, revisores, coordinador. Son todos nombres muy respetables, sobre los cuales no puede recaer ninguna sospecha. Y, desde luego, acercándome a este libro, no pretendo dar motivo para sospechas.

¿De qué se trata? De un asunto del que me ocupé ya más de una vez, y acerca del cual hice que el 8 de Noviembre de 1995 llegaran a Mons. Sepe unos folios que no tienen nada de blandos, aunque tampoco dicen cosa alguna de la cual él sea responsable.

Para entrar en materia, situémonos en la constitución *Lumen gentium*, n. 43b. Transcribiré el texto latino y, a continuación, la nueva traducción.

Texto latino

“Status huiusmodi, ratione habita divinae et hierarchicae Ecclesiae constitutionis, non est intermedius inter clericalem et laicalem conditionem, sed ex utraque parte quidam christifideles a Deo vocantur, ut in vita Ecclesiae peculiari dono fruantur, et suo quisque modo, eiusdem missioni salvificae prosint”.

Traducción nueva

“Este sentido de vida, desde el punto de vista de la constitución jerárquica de la Iglesia querida por Dios, no es un estado intermedio entre el clero y los laicos. Más bien Dios llama a algunos cristianos de ambos estados a gozar de un don particular en la vida de la Iglesia y a contribuir, cada uno a su manera, a la misión salvadora de ésta” (pág. 123).

* * *

No sé. Quedo con la impresión de que esta traducción confirma algo que está largamente expuesto en los folios dirigidos a Mons. Sepe, de los cuales acabo de hacer mención. Antes de seguir, ruego que se me permita una expansión. El texto de LG 43b venía causándome fuerte desazón desde hace tiempo. A pesar de lo mucho que escribí sobre vida religiosa, nunca dije nada que se pareciese a censura respecto a este pasaje. Ante el Vaticano II me rendí siempre, no por presión, sino por un gozoso acatamiento, en el cual pido a Dios que me conserve.

Hoy sigo acatando este concilio como lo acaté siempre. Pero, dada la insistencia con que se apela LG 43b para decir lo que ni el concilio ni ese mismo pasaje dicen, me parece que se ha creado una situación en la cual es necesario hablar, no para lanzar ataques, sino para hacer presentes datos de una atormentada historia que está en el origen de este texto, el cual es más atormentado que ella misma.

Si no me engaño, la traducción muestra que el texto es *ininteligible*. Los motivos por los que hago este juicio están

ampliamente detallados en los folios dirigidos a Mons. Sepe. No los repetiré, pero mantengo el juicio. Cuando esto era todavía esquema en estudio, fue presentado un texto que suscitó una oposición fortísima. Los objetantes consiguieron que, después de la palabra “divinae” se añadiera “*et hierarchicae*”. Con ello quedaba implícitamente afirmada una distinción fundamental. Los autores del texto de esquema presentado daban por supuesto que lo único perteneciente a la constitución divina de la Iglesia es lo jerárquico. Los objetantes pulverizaron este supuesto, de modo que los redactores, muy contra su voluntad, tuvieron que aceptar que la constitución divina de la Iglesia no se agota en jerarquía.

En la Iglesia hay algo que pertenece a su constitución *divina*, aunque no a la que es juntamente *divina* y *jerárquica*. Por esto precisamente los redactores tuvieron que añadir “*et hierarchicae*”.

¿Qué es eso perteneciente a la constitución divina, aunque no a la *divina* y *jerárquica*? Es el “status huiusmodi”, o sea el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, entendidos en la forma como son presentados en el párrafo primero, al cual remite el vocablo “huiusmodi”. Es claro que, para la Iglesia, los consejos señalados al comienzo del número, representan o constituyen un estado, es decir, una realidad de vida a la cual se siente permanentemente vinculada: “*donum divinum quod (...) semper conservat*”. La idea de estado tiene una expresión mejor al fin del número 44. Objetivamente los dos dicen lo mismo.

Pero aquí viene la contradicción que hace ininteligible este texto. Los redactores fueron inflexibles en mantener la segunda parte de 43b, la cual hace imposible la aplicación de la aceptada distinción entre constitución *divina* y constitución *divina* y *jerárquica*. ¿Fuentes para mantener obstinadamente el texto? Va en cabeza el Código de 1917. A la hora de precisar, es aquel Código el que da la norma. No quiero hacer comentarios. Pero no puedo ocultar el juicio que todo aquello me merece. Quienes impusieron este texto, en vez de prestar un servicio a la Iglesia, como era su deber, cometieron contra ella un tremendo atropello, cuyas consecuencias

estamos experimentando: de un texto ininteligible, sólo se puede seguir confusión. ¡Oh, Cardenal Döpfner! ¡*Vivas cum Christo!*

De la traducción no digo nada. Pienso sencillamente que los traductores han sido victimas de un texto ininteligible; sus fallos muestran precisamente esto: que se encontraron ante lo ininteligible. Evidentemente, ellos, que realizaron el trabajo, son quienes están mejor situados para juzgar acerca de mi juicio.

ARMANDO BANDERA, O.P.

NUEVA COLECCIÓN «IN VERBUM VITA»
Libros de Vida Sobrenatural

1. M. M.^a OLIVE, O.P., *Práxedes Fernández. Apóstol de la civilización del Amor*. Ed. San Esteban, Salamanca, 1995. 533 pp. 2.080 ptas.
2. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., *Biografía de la M. M.^a Angélica Alvarez Icaza. Iniciación a sus escritos*. Vol. I, Ed. San Esteban, Salamanca, 1993. 446 pp. 2.800 ptas.
3. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., *Biografía de la M. M.^a Angélica Alvarez Icaza. Iniciación a sus escritos*. Vol. II, Ed. San Esteban, Salamanca, 1996, 562 pp. 2.800 ptas.
4. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., *Índices de la Revista Vida Sobrenatural, 1921-1995*. Ed. San Esteban, Salamanca (en prensa).

Las Constituciones de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia (1990)

I.—LA VIDA CISTERCIENSE EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Introducción: precisiones históricas y estadísticas sobre la gran familia cisterciense.

Las *Constituciones de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia (Trapenses)* fueron aprobadas, para monjes y monjas, el 3 de junio de 1990, Solemnidad de Pentecostés.

Como se dice en el n.º 4 de la Introducción, "*esta recopilación de Constituciones y Estatutos es el fruto de la experiencia de estos años de renovación. Es de desear que se convierta en instrumento eficaz que ayude a la Orden a conseguir su perfección según el espíritu del Vaticano II, y a estar cada vez más dispuesta a cumplir su misión específica en la Iglesia y en el mundo*".

Quedan especificados en el párrafo citado los elementos constitutivos de un texto llamado a marcar la vida de los monjes y monjas cistercienses que hoy día practican la *vida contemplativa* en los muchos monasterios extendidos por todos los continentes del mundo¹.

1. Debemos comenzar aclarando que la *gran familia Cisterciense* está compuesta por dos Ordenes distintas: la *Orden Cisterciense* (aparecida en la Iglesia en 1098) y la *Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia (o Trapenses)* (creada por la unión de tres Congregaciones cistercienses en 1892). La *Orden Cisterciense –O. Cist–* está compuesta por un conjunto de Congregaciones masculinas (doce) y Federaciones femeninas (algunas de éstas se están transformando en Congregaciones monásticas, como la de

Estos elementos son: 1. Fruto de una experiencia de renovación. 2. Instrumento para alcanzar los objetivos de la Orden. 3. Según el espíritu del Vaticano II. 4. Misión específica en la Iglesia y en el mundo.

Esta es la perspectiva o los cuatro ángulos desde los que hay que acercarse a los textos de las *Constituciones* y *Estatutos*.

Conviene hacer, además, una precisión. Todos los textos legislativos cistercienses, y por tanto todas las *Constituciones* aprobadas en estos últimos años están fundamentados y en concordancia con la *Regla de San Benito* y la *Carta de Caridad*, documentos jurídicos básicos y carismáticos de toda la familia Cisterciense. Las *Constituciones* “ponen al día y adecuan a la actualidad” el código fundamental benedictino. La vida cisterciense fue en el siglo XII –año 1098, en que aparece el monasterio de Císter– no una reforma de la, “Orden” benedictina, sino un intento de adecuar la *Regla de San Benito* a las nuevas tendencias sociales y eclesiales que veían en la sociedad y estructuras feudales y medievales un estorbo para

Castilla y la de Aragón, en España). La *Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia –OCSO– (Trapenses)* está formada por monjes y monjas de monasterios independientes, no cuenta con Congregaciones monásticas. A esta Orden están asociados algunos monasterios femeninos y la recientemente creada *Congregación Cisterciense de San Bernardo*. En España hay tres monasterios de varones de la O. Cist Poblet (Tarragona), Solíus (Gerona) y Valdediós (P. de Asturias), y una veintena de monjas entre las Congregaciones de Aragón y Castilla ya citadas. En la OCSO de España hay una veintena de monasterios de monjes y monjas, reunidos en la *Conferencia Regional Española (RE)*. De monjes: La Oliva (Navarra), San Isidro de Dueñas (Palencia), Viaceli (Cantabria), Santa María de Huerta (Soria), San Pedro de Cardena (Burgos), Oseira (Orense), Sobrado de los Monjes (Coruña), Cenarruza (Vizcaya), Las Escalonias (Córdoba). De monjas: Santa M.^a de la Caridad, de Tulebras (Navarra), San José, de Alloz (Navarra), Santa M.^a de Vico, de Arnedo (La Rioja), Santa Ana (Avila), Santa María la Real, de Arévalo (Avila), Santa M.^a de la Asunción, de Carrizo de la Ribera (León), Santa M.^a de Gratia Dei, de Benaguacil (Valencia), Ntra. Sra. de la Paz, de Cartagena (Murcia), Santa M.^a de Armenteira, de Armenteira (Pontevedra). La *Congregación Cisterciense de San Bernardo* se compone de ventisiete monasterios, de los que el más antiguo es el de Las Huelgas de Burgos, y el más moderno el de Ntra. Señora de Lurín, en Perú, fundado por esta comunidad.

Cada una de estas Ordenes y Congregaciones tiene sus propias *Constituciones* –muy similares en su conjunto–; pero con características propias fundamentadas en un largo pasado histórico.

el ideal contemplativo diseñado por San Benito para sus monasterios². No hay que olvidar que en el momento en que nace Císter existían en Europa muchos grandes monasterios, "benedictinos" y eran muchos también los frutos de santidad y ciencia procedentes de los mismos³.

Como detalle circunstancial, aunque quizá importante para paliar la ignorancia de algunos, San Bernardo de Claraval no es el "fundador" de los Cistercienses (aunque durante siglos los monjes y monjas cistercienses españoles haya sido llamados "Bernardos" y "Bernardas". Bernardo no es "fundador" del monasterio de Císter, sino del de Claraval. Él fue quien más contribuyó a la expansión cisterciense en Europa; pero ni fue el único ni "acaparó" todo el carisma renovador.

El hecho de que los Cistercienses de la OCSO sean llamados "Trapenses" se debe a que en el año 1892 se forma la *Orden de los Cistercienses Reformados de Nuestra Sra. de la Trapa* (que luego cambiaría su nombre por el actual) y que debe el primero a que una de las tres Congregaciones cistercienses de las que se formó la Orden era la de *Nuestra Sra. de La Trapa*, a cuya cabeza estaba el monasterio francés de La Trappe. En este monasterio un clérigo cortesano (Armand-J.

2. Posiblemente alguien se sienta desorientado y confuso ante este panorama. Las Ordenes monásticas no pueden compararse en su historia y estructura a las "Congregaciones religiosas" modernas (especialmente las creadas a partir de los siglos XVIII y XIX). La "Orden" benedictina –que, en realidad, nunca ha sido Orden en el sentido moderno del término– tiene ya trece siglos de existencia en la Iglesia, y es normal que haya padecido sucesivas y numerosas "reformas", y así se hayan originado diversas familias monásticas, todas ellas deseosas de fidelidad a la *Regla* y urgidas por el servicio eclesial y social a prestar en las diversas circunstancias históricas y locales vividas. Nos encontramos, pues, con dos grandes familias benedictinas: la "negra" y la "blanca" (los Cistercienses).

3. No se debe buscar nunca entre las Ordenes benedictinas –y más concretamente entre benedictinos y cistercienses– una oposición o diversidad en aspectos fundamentales o meramente costumbristas. La mayoría de las comunidades "benedictinas" son hoy día comunidades realmente contemplativas, muy cercanas al ideal de los primeros cistercienses; y también hay monasterios cistercienses que posiblemente se asemejan a aquellas abadías medievales de las que los "tres monjes rebeldes" y otros pocos más se lamentaban por su sobrecarga de influencias negativas para una vida contemplativa auténtica.

Le B. de Rancé, 1626-1700) se transformó en Abad Comendatario del mismo, y en 1660 se convierte en reformador de su propia abadía y de un conjunto de monasterios cistercienses, marcando profundamente por su espíritu radical y sus escritos.

Tras estas precisiones históricas es ya fácil acercarse al tema que nos ocupa. En España, concretamente, la restauración cisterciense tras la *Desamortización* se hace mayoritariamente mediante la implantación de abadías "trapenses", a partir de 1891. Los monasterios de la OCSO en el mundo son 99 de monjes y 67 de monjas. Los de la *O. Cist.* son 63 de monjes y 67 de monjas (¡Siempre hay que pedir perdón por olvidar alguno!). En total, podemos decir que existen hoy unas 315 comunidades cistercienses extendidas por todo el mundo⁴.

1. *Fruto de estos años de renovación*

La redacción de las nuevas, y actuales, *Constituciones* responde a las exigencias planteadas por el Vaticano II y la publicación del Código de Derecho Canónico en 1983⁵. Durante este intervalo de veinte años la Orden ha sufrido una doble influencia sobre sus estructuras jurídicas y su vivir diario. Por una parte, la renovación eclesial provocada por el Concilio, potenciada especialmente por las *Constituciones* sobre la Iglesia y el mundo actual (*Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*) y sobre la Liturgia (*Sacrosanctum Concilium*). Y, por otra, como sucedió en el siglo XII, no ha

4. Entre las realizaciones más características de la OCSO en estos últimos veinticinco años existen dos de gran relevancia: la expansión de la Orden fuera de Europa y la fundación de numerosas comunidades en el "tercer mundo" y en Japón, y la evolución conjunta de monjas y monjes que han celebrado ya varios Capítulos Generales "conjuntos" y varias Reuniones Generales Mixtas (en donde se han gestado y redactado las *Constituciones*).

5. Conviene tener en cuenta, para darse cuenta exacta de lo que suponía el trabajo de redacción de las *Constituciones* en los Institutos de Vida Consagrada a partir de las directrices dadas por el nuevo CIC, el trabajo de John Sundara Raj, OCD., *La naturaleza jurídica de las Constituciones Religiosas*, en *CISTERCIUM*, XLIV (1992) 431-482. A nuestro juicio es lo más claro y programático que se ha escrito.

podido resistirse al tirón de la "modernidad", al tomar las comunidades cistercienses una mayor conciencia de presencia en el mundo actual y en los países no europeos.

Hasta el Vaticano II la Orden se venía rigiendo por las *Constituciones* de 1924, fruto de las normas del CIC de 1917. Pero ya en 1947 el Definitorio se había planteado la necesidad de una renovación legislativa⁶.

El fuerte choque entre la mentalidad reflejada en las *Constituciones* de 1924⁷ y las ideas posconciliares no podía por menos de crear en las comunidades cistercienses una necesidad de *aggiornar* los "usos y costumbres" y plantear un itinerario de entendimiento.

Los Capítulos Generales, especialmente los de 1969, 1971, 1974 y 1977 jugaron un importante papel "pastoral" y orientativo en la evolución renovadora de la Orden, ayudando a las comunidades a superar duros momentos de crisis.

Quienes piensen en la "vida contemplativa" como una realidad al margen de tensiones internas y externas se equivocan, y deben reflexionar más sobre lo que supone la fidelidad al ideal evangélico y a la *Regla de San Benito* en el vivir diario de unas comunidades que viven en soledad, pero no ajenas a los cambios sociales e ideológicos del mundo.

De hecho lo que la redacción de las *Constituciones* ha provocado en las comunidades cistercienses ha sido una enorme tarea de búsqueda y reflexión a nivel personal y comunitario. La diferencia con tiempos pasados consiste en que, normalmente, la "renovación" o los "cambios" venían del Capítulo General, sin que apenas participaran los monasterios. Este organismo, autoridad suprema de la Orden, legislaba "para toda ella", y prácticamente eran los mismos los usos y costumbres y la interpretación de la *Regla* existentes en todas las latitudes del mundo: España, Estados Unidos, Japón y África.

A este respecto hay que señalar que el reto más impor-

6. Cf. FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO, *Apuntes para la historia de las Constituciones OCSO de 1990*, en *CISTERCIUM* XLIII (1991) 487-520.

7. Cf. BERNARD DUYRNETZ, OCSO, *Para una antropología de las Constituciones OCSO*, XLIII (1991) 669-688.

tante con que se encontraba la Orden en los años 70 era el paso de comunidades de "observancia" a comunidades de "comunidad"⁸. El itinerario espiritual de los monjes y monjas cistercienses prácticamente hasta el Vaticano II venía marcado por una impronta fuertemente individualista y centrado en la fidelidad a las observancias o "Usos". Hasta se pensaba que el *aggiornamento* pedido por el Vaticano II consistiría únicamente en una adecuación de los "Usos" (y así se venía haciendo), y, para las comunidades más "avanzadas" en el abandono más o menos decidido y "rebelde" de algunas observancias marcadamente obsoletas, o en desmarcarse tímidamente de la "unanimitad" cisterciense.

Pero la "comunidad" en el interior de las comunidades –de los miembros entre sí– y de las comunidades con el entorno eclesial, puso en marcha también en el interior de la vida cisterciense la dinámica de diálogo preconizada por Pablo VI en la *Ecclesiam suam*.

La Orden estaba dejando de ser "europea" y dejaba sentir la influencia de la otra parte del Atlántico y de los países del llamado "tercer mundo", especialmente de los EE.UU. de América y del Cono Sur latinoamericano. Las comunidades africanas y asiáticas empezaban tímidamente a manifestar su necesidad de "traducir" a sus propias culturas los valores cistercienses.

La renovación litúrgica empezaba a producir un efecto inesperado en las comunidades. Crear comunidades orantes suponía el esfuerzo de unificar las comunidades en sus aspiraciones espirituales, en sus horarios, en sus actividades. De ahí que la supresión de dos clases en las comunidades –monjes de coro y hermanos conversos– en los años 60 hiciera replantearse a toda la comunidad un nuevo modo de ser y de orar.

La adaptación progresiva de las lenguas vernáculas y el

8. Cf. FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO, *De la comunidad de observancias a la comunidad de comunión: Capítulo General de 1974*, XXVI (1974) 265-281.

abandono del gregoriano –y todo lo que esta manifestación cultural supone– cambió radicalmente la mentalidad de muchas comunidades.

La crisis ideológica posconciliar, unida o paralela a un descenso generalizado de las vocaciones y el mayor o menor número de salidas de miembros ya profesos de las comunidades, hizo que superiores y formadores se replantearan el salir del aislamiento y autosuficiencia de cada comunidad y buscar cauces de colaboración y ayuda mutua. De este modo unas comunidades influían en otras y el trabajo de renovación se hacía más en equipo.

Así, se puede decir, que la tarea de redacción de las *Constituciones* ha provocado una salida de las comunidades hacia otras comunidades, un mayor espíritu de colaboración y una atención mayor a las necesidades para formar los futuros monjes y monjas en el ideal cisterciense. Muchas, por no decir la mayoría, de las líneas de cada uno de los números de las *Constituciones* responden a experiencias habidas en las comunidades o compartidas con otras comunidades.

2. *Instrumento para alcanzar los objetivos de la Orden*

Las *Constituciones* no son un término o etapa final de un proceso de renovación, sino un instrumento para que las ideas-fuerza que las han hecho posible sigan influyendo en la vida ordinaria de los monjes y monjas cistercienses y sus comunidades.

¿Cuáles son estas líneas de fuerza? Fundamentalmente pensamos en

1. Descubrir la fuerza y el valor de la tradición y el patrimonio cistercienses para incrementar en los monjes y las monjas *el deseo de una auténtica vida monástica*.

2. Adquirir un conocimiento *más profundo* de las propias fuentes y ser dóciles *hoy* a la acción de Dios.

3. Aceptar la *Regla de San Benito* como interpretación del Evangelio... abriendo nuevos caminos "para su fiel observancia en las *cambiantes situaciones del mundo*".

4. Distinguir entre el *espíritu* de la *Regla*, las observancias *asundamentales que constituyen la vida cisterciense*, y todo aquello que se puede adaptar a las circunstancias *locales*.

Estos cuatro puntos están contenidoS en el n.º 3 de la *Introducción*.

La estructura actual de las *Constituciones* es esta:

1. Introducción general (4 números).
2. Primera parte: El Patrimonio cisterciense (4 *Constituciones*).
3. Segunda parte: La casa de Dios.
 - Capítulo 1.º: La observancia cisterciense.
 - Capítulo 2.º: El servicio de la autoridad.
 - Capítulo 3.º: La administración de los bienes temporales.
 - Capítulo 4.º: La formación.
 - Capítulo 5.º: La separación de la comunidad y la supresión de un monasterio.
 - Capítulo 6.º: Las fundaciones.
4. Tercera parte: La Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia.

El vínculo de la unidad.

Capítulo 1.º: Las filiaciones.

Capítulo 2.º: Las asambleas de superiores.

Capítulo 3.º: El cargo del Abad General.

Como se puede ver, la organización del texto es ya de por sí reveladora. La Orden Cisterciense E.O. aparece no como una "institución religiosa jerarquizada" –como aparecía en las anteriores–, las de 1924, sino como:

a) Una realidad histórica, un ideal que, a lo largo de los siglos, se ha ido encarnando en formas diversas (*Constituciones* 2, 3 y 4); pero manteniendo siempre una continuidad y fidelidad frente a la tradición monástica y benedictina

(Constitución 4).

b) El monje cisterciense se incorpora a esta tradición y goza de este patrimonio en el seno de una comunidad en la que *aprende*, a través de las observancias y en comunión con otros hermanos, o hermanas en el caso de las monjas, el itinerario de la contemplación (Constitución 6).

c) Cuando el candidato a la vida monástica llega al monasterio (Constitución 5), éste existe antes que aquél, y debe ser consciente de que seguirá existiendo tras su muerte (Constitución 13). De modo que el monasterio no es un término en sí mismo –un "refugio", una "salvaguarda" o un "privilegio"; ni siquiera un "pararrayos"–. El monasterio es una "casa de Dios", con todo lo que esto supone de comunión, de *conversión* y de caridad cristiana (Constitución 10).

d) Las observancias monásticas no son instrumentos "mágicos" que producen automáticamente la *conversión* o la *contemplación*, sino los instrumentos pedagógicos que los hermanos y hermanas aceptan en su formación, de modo que esta "casa de Dios" se transforma en "escuela de caridad, de reconciliación, de perdón y de contemplación (Constitución 25)".

e) En esta escuela los hermanos y hermanas tienen distintos ritmos y condiciones de aprendizaje y ejercicio de las virtudes (Constitución 14), todos están llamados a la participación activa en la vida de la comunidad (Constitución 16) y se mantienen los elementos fundamentales de la tradición monástica: vida litúrgica (*Constituciones* 17-19), *lectio divina* (*Constituciones* 20-22), la vida ascética (*Constituciones* 24-28) y la separación del mundo (*Constituciones* 29-32) dentro de un tradicional espíritu de acogida, servicio eclesial y buenas relaciones con la iglesia local.

f) La autoridad ejerce un ministerio de enseñanza, de

sanación y de orientación, dentro de un espíritu abierto de consulta a los hermanos y hermanas y de dependencia en los asuntos importantes (*Constituciones* 33-40).

g) Los bienes temporales del monasterio están también al servicio de la contemplación, y nada en la "casa de Dios" –que siempre *debe ser administrada por hombres sabios*, como dice San Benito– debe estorbar la contemplación.

h) En esta "escuela de caridad" debe seguirse un "proceso de formación" (Constitución 45) *riguroso y continuo*, orientado a infundir en el monje y la monja cisterciense un espíritu de "formación permanente" (Constitución 58). Es normal que en este proceso haya "crisis" y dificultades. En todo momento el monje debe saber que *no son las técnicas humanas* las que llevan a la contemplación, sino *la quietud del alma, que se cultiva en el silencio, y que es fruto, sobre todo, de la pureza y sencillez de corazón. Por eso el monje –en su proceso de formación– debe acogerse gustosamente y con espíritu de gozosa penitencia a los medios que para este fin emplea la Orden: el trabajo, la vida escondida, la pobreza voluntaria, las vigilia y los ayunos* (Constitución 25: La ascesis monástica).

i) No todos pueden o quieren seguir este proceso, por eso la comunidad debe prever una *solicitud pastoral* (Constitución 59) para los hermanos y hermanas que quieren dejar la vida monástica, solucionar sus problemas de perseverancia o, incluso, llegan a entrar en conflicto con la institución o la comunidad. En ningún caso se debe perder de vista la caridad y misericordia evangélicas (Constitución 65).

j) Una comunidad también puede dejar de existir, y también eso está previsto (Constitución 67).

La sabia instrumentalización de todos estos elementos, sabiamente equilibrados, y la acogida que el monje y la monja reciben en la comunidad, se transforma en el ambiente comunitario que fortalece a la persona, la inspira confianza y la revaloriza ante sí misma de modo que *el esencial equilibrio de la vida cisterciense entre Opus Dei, oración, lectio divina y trabajo manual se establece según el carácter, formación y progreso de cada uno* El Abad –Abadesa– *juzgue y disponga*

todo de tal modo que cada hermano puede crecer en la vocación cisterciense (Constitución 14.2). No es la persona para la comunidad, o para "mantener una institución", sino la comunidad para la persona y su desarrollo espiritual y humano.

3. *Dentro de las orientaciones del Vaticano II*

El Vaticano II introdujo en la reflexión teológica moderna unos elementos de carácter cristológico y eclesiológico que, sin ser del todo nuevos en la tradición cristiana, sí rompían los moldes vigentes hasta los años 60.

La Iglesia tomó una actitud frente al mundo y a la modernidad: más dialogante, más misericordiosa y más dispuesta a compartir que a enseñar desde la cátedra. La reflexión teológica insistió más en los presupuestos cristológicos y eclesiológicos de la revelación: no son, "verdades" lo que el cristiano debe aprender y aceptar sin discusión, sino que está llamado a "compartir", y "aceptar" el mensaje revelado por Cristo para salvación del mundo y no sólo para la "salvación" personal. Finalmente, y esto también repercutió mucho en la vida cisterciense –debido principalmente a sus fundaciones en países de misión–, la dimensión misionera de la Iglesia y su tarea apostólica debía tener más en cuenta los valores de otras culturas y su importancia para la transmisión del mensaje evangélico⁹.

La tercera parte de las *Constituciones* viene precedida, y diríamos que en cierto modo introducida, por las *Constituciones* 68-70: *Las fundaciones y la inculturación*.

De hecho la OCSO aparece así, en su gobierno y en sus estructuras, en su capacidad legislativa y organizativa, *abierta y preocupada* por todas las comunidades del mundo –especialmente las más pobres en recursos y en personal, las más "aisladas" y las que pasan por mayores dificultades.

9. No creemos oportuno, por razones de espacio fundamentalmente, citar bibliografía sobre estos aspectos, de sobra conocidos. De todos modos creemos que se puede recomendar el libro de MACARIO DÍEZ PRESA, CMF., *Lectura teológica y oracional de las Constituciones*, Ed. Claretianas, Madrid 1990.

Es un nuevo modo más “universal” (el “universo medieval” era más reducido...), más pastoral y más corporativo de leer la extraordinaria *Carta de caridad* –documento fundacional de la vida cisterciense–; es también una forma más eclesial, más moderna y más dialogante de entender las estructuras de la Orden y su “continua” evolución.

La relación entre monjes y monjas ha producido unos frutos extraordinarios, ha reforzado las estructuras de diálogo dentro de la Orden y ha obtenido el reconocimiento de la Iglesia.

En esta área se han ido creando, modificando, perfeccionando estructuras de colaboración y diálogo entre monjes y monjas, y aunque en la práctica unos y otras cuentan con Capítulos Generales separados, pero interdependientes (Constitución 77), comparten el mismo Abad general y preparan conjuntamente los Capítulos Generales.

4. *Misión específica en la Iglesia y en el mundo*

"Los monjes y las monjas cistercienses siguen las huellas de quienes, en tiempos pasados, fueron llamados por Dios al combate espiritual en el desierto. Como ciudadanos del cielo se hacen extraños a la conducta del mundo. Ejercitados en la soledad y el silencio anhelan la paz interior en la que se engendra la sabiduría, y se niegan a sí mismos para seguir a Cristo.

Combaten la soberbia y la rebelión del pecado con la humildad y la obediencia. Buscan la bienaventuranza prometida a los pobres en la sencillez y el trabajo. Gracias a una gozosa hospitalidad, comparten con los que también son peregrinos como ellos, la paz y la esperanza que Cristo brinda generosamente... Los monjes se esfuerzan por vivir en comunión con todo el pueblo de Dios y participar en el vivo deseo de la unión de todos los cristianos. Con su vida monástica, llevada con fidelidad, y por la secreta fecundidad apostólica que les es propia,

sirven al pueblo de Dios y a todo el género humano..." (Constitución 3. 3 y 4).

En esta breve, pero densa descripción de la misión de la Orden en la Iglesia y el mundo, quedan contenidos los elementos fundamentales de una vida cenobítica y monástico-contemplativa. Se recogen aquí elementos tradicionales de la vida monástica, y se plantean los presupuestos de diálogo con el mundo, a la vez que se especifican instrumentos propios de la tradición cisterciense. La actitud del cisterciense ante el mundo, en el nivel personal, y de las comunidades –en el nivel colectivo– puede traducirse así, y –como veremos más adelante– definirse en los siguientes puntos.

a) El monje y la monja, o la comunidad monástica, ni se oculta ni huye del mundo. Cualquier antropología medianamente considerada se apercibe de este hecho, pues nada de lo que cualquier hombre o mujer haga puede dejar de tener repercusiones sociales. Decir de un monasterio que ya desempeña un importante papel por el hecho de “estar” presupone unas disposiciones de sensibilidad y comprensión que no están al alcance de todos; pero todos pueden ver, y todos tienen la capacidad de preguntarse.

b) La tradicional *fuga mundi* incluye una gran dosis de *compassio mundi*, de modo que la iniciativa de los primeros monjes cristianos de partir al *desierto* no obedece sino al deseo de recuperar lo que el hombre de la ciudad ha perdido: la fraternidad evangélica y la escucha de la Palabra de Dios.

c) Los primeros cistercienses, como ya dijimos antes, buscan la soledad para su "nuevo monasterio" para recrear unas relaciones sociales y un culto religioso que la sociedad feudal y tardomedieval ha desencajado.

d) Los monjes se hacen extraños al mundo no en lo que este tiene de creación progresiva de Dios, sino en cuanto el

mundo se hace habitáculo de violencia, pecado y apartamiento de la razón de ser del hombre. Por eso su actitud ante estas realidades quiere ser de fuerte rechazo mediante la creación de un "orden" distinto, de unas actitudes de compromiso con los demás hombres según el patrón de la gratuidad de Dios para con todos y no según los medios de explotación del hombre por el hombre.

e) El itinerario de *contemplación* de los monjes y monjas cistercienses asume, con sabiduría cristiana e imitación de Jesucristo, las realidades humanas en todas sus dimensiones, pero negándose a todo aquello que estorba la atención a sólo Dios.

f) La vida monástico-contemplativa cisterciense no asume una tarea apostólica específica cuantitativamente evaluable en la Iglesia y el mundo, según el modelo de las Ordenes mendicantes o las Congregaciones apostólicas; pero sí está abierta a las tareas que la vida monástica le permite y, en muchos casos, facilita. A lo largo de la historia muchos monasterios se han distinguido por sus trabajos en los terrenos de la cultura y el arte, la investigación y la literatura, etc. Todo esto es secundario y por sí sólo no podría justificar la vida de una o muchas comunidades.

Conclusión

La vida del monje sólo se justifica por la llamada gratuita de Dios a escucharle y a estar siempre presente y disponible en su presencia, lo cual se manifiesta por la celebración litúrgica de las horas, la obediencia y la humildad. Desde esa escucha, en el "corazón" de Dios, del mundo, de la Iglesia y del hombre, el monje y la monja cistercienses descubren su quehacer en el mundo en la Iglesia y junto a los

10. Cf. *Mensaje de un grupo de contemplativos al Sínodo de los Obispos de 1967*, en Thomas Merton, *El camino Monástico*, pp. 227-231: *Los contemplativos y la crisis de fe*.

11. Cf. RAIMON PANIKKAR, *Elogio de la sencillez. El arquetipo universal del monje*, Ed. Verbo Divino, Estella 1993, pp. 167-171: *El reto sociológico*.

Vida Religiosa y Ecumenismo

Este es un tema muy cercano al corazón y al alma del Ecumenismo y quiero servirme en mis reflexiones también de un conjunto de recuerdos y experiencias ecuménicas, en sus propias dimensiones interconfesionales, que pudieran despertar en nosotros la conciencia de la profundidad cristiana del Ecumenismo y diversas iniciativas ecuménicas, en orden a mostrar definitivamente la relación íntima entre Vida Religiosa y Ecumenismo. Iniciamos este trabajo recordando los principios y las normas ya señalados por el Directorio Ecuménico (1993) y por el Sínodo sobre la Vida Consagrada (1994), en cuanto nos puedan ayudar a entresacar aquellos compromisos que son viables en nuestro contexto eclesial de España.

1. *Directorio para la Aplicación de los Principios y Normas sobre el Ecumenismo*

N.º 49: “En la Iglesia Católica existen ciertas Comunidades y organizaciones que ocupan un lugar específico en la contribución a la vida apostólica de la Iglesia. Aun cuando no participen directamente en las estructuras ecuménicas arriba descritas, su trabajo tiene a menudo una dimensión ecuménica importante, y debería estar organizado en estructuras adecuadas, de acuerdo con los fines de la organización. Entre esas Comunidades y organizaciones se encuentran los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica y diversas organizaciones de fieles católicos”.

N.º 50: “Puesto que la preocupación por restablecer la unidad de todos los cristianos es propia de toda la Iglesia...,

las órdenes y congregaciones religiosas y las sociedades de vida apostólica, por la naturaleza misma de sus compromisos en la Iglesia y por el contexto en el que los viven, tienen ocasiones muy especiales para favorecer el pensamiento y la acción ecuménicos. Siguiendo sus propios carismas y constituciones –algunas de las cuales son anteriores a las divisiones entre los cristianos–, y a la luz del espíritu y finalidades de sus institutos, se les anima a que traten de aplicar dentro de las posibilidades concretas y en los límites de sus reglas de vida, las actitudes y actividades siguientes:

a) Favorecer la toma de conciencia de la importancia ecuménica de sus formas particulares de vida, puesto que la conversión del corazón, la santidad personal, la oración pública y privada y el servicio desinteresado a la Iglesia y al mundo son el corazón del movimiento ecuménico.

b) Ayudar a hacer comprender la dimensión ecuménica de la llamada de todos los cristianos a la santidad de vida, dando ocasiones para desarrollar la formación espiritual, la contemplación, la adoración y la alabanza a Dios y el servicio al prójimo.

c) Teniendo en cuenta las circunstancias de lugares y personas, organizar reuniones con cristianos de diferentes Iglesias y Comunidades eclesiales para oraciones litúrgicas, retiros, ejercicios espirituales, y para una comprensión más profunda de las tradiciones espirituales cristianas.

d) Mantener relaciones con monasterios o comunidades de vida común de otras comuniones cristianas para intercambiar recursos espirituales e intelectuales y experiencias de vida apostólica, ya que el crecimiento de los carismas religiosos de estas comuniones puede ser una aportación real para todo el movimiento ecuménico.

e) Dirigir sus instituciones educativas, numerosas y variadas, teniendo presente la actividad ecuménica según los principios presentados más abajo en este Directorio.

f) Colaborar con otros cristianos en una acción común por la justicia social, el desarrollo económico, la mejora de la

santidad y de la educación, el cuidado de la creación, y la paz y la reconciliación entre las naciones y las comunidades.

g) "En cuanto lo permitan las situaciones religiosas, deben llevarse a cabo una acción ecuménica de tal manera, que desechando toda apariencia de indiferentismo, de confusiónismo y de odiosa rivalidad, los católicos colaboren con los hermanos separados, según las disposiciones del Decreto sobre el Ecumenismo, mediante una común profesión de fe en Dios y en Jesucristo ante las naciones, en cuanto sea posible, y mediante una cooperación en las cuestiones sociales y técnicas, culturales y religiosas; ¡que colaboren sobre todo por causa de Cristo, su común Señor; que su Nombre los una!" (Decreto Ad Gentes, n.º 15).

Al realizar estas actividades, observarán las normas que el Obispo de la diócesis, los sínodos de las Iglesias orientales católicas o las Conferencias episcopales establezcan para el trabajo ecuménico, visto como un elemento de su colaboración al conjunto del apostolado de un territorio determinado. Mantendrán estrechas relaciones con las diferentes comisiones ecuménicas diocesanas o nacionales y donde sea indicado, con el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos".

N.º 51: "Al poner en práctica esta actividad ecuménica, es muy conveniente que los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica nombren, en el nivel de su autoridad central, un delegado o una comisión encargados de promover y asegurar su compromiso ecuménico. La función de dichos delegados o comisiones será favorecer la formación ecuménica de todos sus miembros, ayudar a la formación ecuménica especializada de consejeros para asuntos ecuménicos ante las autoridades en el nivel general y local de los Institutos y Sociedades, en especial para poner por obra y asegurar las actividades descritas más arriba".

N.º 85: "Para que lo estudiado pase a la práctica, es útil fomentar los contactos e intercambios entre los monasterios y comunidades religiosas católica y los de las otras Iglesias y Comunidades Eclesiales, en forma de intercambios de

información, de ayuda espiritual, y a veces material, o en forma de intercambios culturales”.

2. *Sínodo sobre la Vida Consagrada y Ecumenismo*

A) *Instrumentum Laboris*

N.º 100: Para la Unidad de todos los creyentes en Cristo. “La oración de Cristo: que todos sean uno... (Jn. 17, 21), debe estar en el corazón de todas las personas consagradas. Los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica tienen ocasiones específicas de favorecer el ideal y la acción ecuménica en conformidad con sus carismas y constituciones. El conocimiento de las comunidades no católicas y de sus tradiciones espirituales, especialmente de las Iglesias orientales, es el punto de partida para una auténtica puesta en práctica del ecumenismo.

Entre las acciones más idóneas para favorecer la unidad de los cristianos se señalan: el ecumenismo espiritual de la conversión del corazón, de la santidad de vida, de la oración pública y privada y del servicio desinteresado a la Iglesia y al mundo; la actuación y promoción de este ecumenismo espiritual entre los fieles, favoreciendo la formación espiritual; la organización de encuentros de oración, reflexión, ejercicios espirituales y profundización en las diversas tradiciones espirituales cristianas.

En particular se pide que se mantengan relaciones con monasterios o comunidades cenobíticas de otras comuniones cristianas para intercambiar las riquezas espirituales e intelectuales, así como las experiencias de vida apostólica, porque el desarrollo de los carismas religiosos de tales comuniones puede constituir una aportación real para todo el movimiento ecuménico. De este modo podría suscitarse una fecunda emulación espiritual.

Todos, por otra parte, están invitados a favorecer una educación ecuménica y una colaboración eficaz según sus propias posibilidades, participando en las actividades de los organismos ecuménicos de la Iglesia. Además, se considera

muy oportuno que los diversos institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica tengan en su interior un delegado o una comisión con la misión de asegurar el propio compromiso ecuménico en la formación y en la acción ecuménica de los miembros del propio instituto. Hay que animar también a las personas y a las comunidades que, por diversos motivos, están comprometidas en el diálogo con el judaísmo”.

N.º 101: Diálogo interreligioso. “Los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica pueden ofrecer una valiosa contribución al diálogo con los seguidores de otras religiones, en las que se encuentran a menudo experiencias de vida monástica dedicada a la ascesis y a la contemplación.

Muchos religiosos y religiosas se encuentran en una posición privilegiada para subrayar algunos valores comunes a las otras religiones, como la oración, la meditación y la ascesis. De este modo, los seguidores de otras religiones pueden más fácilmente reconocer la profunda dimensión espiritual de la Iglesia, además de su aspecto organizativo y caritativo.

Las vías del diálogo interreligioso y del anuncio del misterio de Cristo pueden ser: el compartir las propias riquezas espirituales, especialmente en el ámbito de las experiencias monásticas ya en acto; el intercambio entre los centros de teología y de espiritualidad para una profundización del respectivo patrimonio religioso; la cooperación en las obras de caridad que a menudo son fruto y signo, también en las otras religiones, de la autenticidad de la vida espiritual, como participación en la compasión de Dios por todos. La vida consagrada, especialmente la contemplativa, ofrece un testimonio de la majestad y de la caridad de Dios y de la unión de todos en Cristo. En ciertos ambientes la presencia de los hermanos laicos y de los miembros de institutos seculares puede ser de gran ayuda para una presencia discreta y eficaz de la Iglesia, mientras que la contribución de las mujeres consagradas se revela de gran valor para una adecuada promoción de la dignidad de la mujer y de su inserción en la sociedad”.

B) *Participación de Religiosos no Católicos en el Sínodo*

Los oyentes y peritos religiosos o religiosas no católicos en el Sínodo, quienes participaron plenamente en los círculos menores, fueron los siguientes: ortodoxos, Mons. Isidoro, obispo de Patmos (Grecia); P. Elías, Superior en el Líbano; J. Poustoontov, Archimandrita ruso; P. Barnaba, Superior en Italia; y Barolomeu Valeriu Androne, Archimandrita rumano. Hubo un anglicano, el P. Benedict Green, de la Congregación de la Resurrección, Mirfield (Yorkshire, Inglaterra). Una religiosa luterana, la Hna. Hildegard-Lucía Cölln, de Casteller Ring (Baviera, Alemania); y otra religiosa reformada, la Hna. Minke de Vries, Superiora de Grandchamp, un pueblecito cercano a Neuchatel (Suiza).

Un fruto estupendo de esta presencia interconfesional en el Sínodo sobre la Vida Religiosa fue el texto de las 14 Estaciones del Vía-Crucis del Papa Juan Pablo II en el Coliseo Romano, del Viernes Santo de 1995. Nos lo relata la misma Madre Mimke de Vries: “Estando asistiendo al Sínodo sobre la Vida religiosa, un responsable de la Comisión Litúrgica me pidió escribir una meditación que el Papa leería el Viernes Santo. Quedé sorprendida, pues no tengo costumbre de escribir y no sabía si sería capaz. Después me dije: debo tener fe y probar. Así, en el invierno me retiré a trabajar”. El gesto del Papa fue sorprendente, y también la aceptación de esta monja reformada, en cuya tradición no se practica el Vía-Crucis. Durante el piadoso ejercicio del Vía-Crucis del 14 de abril de 1995, en el Coliseo, la Cruz fue llevada también por la Hna. Maatje, de Grandchamp, y por Ioan Svirdiv, sacerdote del Patriarcado de Moscú.

C) *Elenchus Finalis Propositionum*

Las Propositiones 45 y 46 del Sínodo IX sobre la Vida Consagrada y de su misión en la Iglesia y en el Mundo está dedicada al Ecumenismo y al Diálogo interreligioso y dicen así respectivamente:

Proposición 45: “La voluntad de Cristo, que todos sean uno, debe animar toda la vida de los bautizados, sobre todo

de quienes han sido llamados a seguir a Cristo en la vida consagrada. Múltiples y diversas formas de vida consagrada, presentes en muchas Iglesias y Comunidades Eclesiales son el principal testimonio de unidad, manifestándose ya eficaz. Esfuércense, pues, los religiosos, provistos de una preparación adecuada, en comprender sabiamente cuán grave sea esta cuestión de la división entre los cristianos, y multipliquen el compromiso de todo lo que pueda fomentar la unidad y superar lo que nos divide. Procuren conocer profundamente a otros hermanos cristianos, promoviendo contactos frecuentes y cooperando en las diferentes obras de apostolado y de caridad.

Promuevan la *Lectio divina*, juntamente con los hermanos de otras Confesiones Cristianas, como un lugar eficaz en el cual todos se reconozcan como hermanos. Y sobre todo se rece incesantemente al Padre de las misericordias para que la unidad plena de todos los creyentes en Cristo se perfeccione. Se ha de optar también para que en los lugares en los cuales viven simultáneamente varias comunidades cristianas, se instituyan principalmente monasterios de vida contemplativa de tal modo que con la oblación visible de la vida se dé culto a Dios y testimonio a los hermanos”.

Proposición 46: Como también en otras religiones hay formas de vida monástica y religiosa, los miembros de la vida consagrada son llamados casi naturalmente en cuanto hombres de Dios al diálogo interreligioso. Los institutos de vida consagrada se comprometan a realizar en gran manera actividades de diálogo interreligioso con pueblos de fe distinta, principalmente en el diálogo de la convivencia como la manera fundamental de la misión. El compromiso humano en defensa y promoción de la vida humana en todos los grados, como en las causas de la justicia y en el progreso integral, crea una unidad profunda, principalmente si se hace en favor de los pobres y de aquellos que viven marginados de la sociedad.

Los miembros de la vida consagrada en cuanto personas de diálogo han de ser preparados a practicarlo con personas de otras religiones; tengan, pues, madurez y una fe sólida y

formada. Se ha de optar para que las religiosas, por su misma vocación, estén presentes y trabajen entre las mujeres de otras religiones principalmente en territorios islámicos”.

3. *Esperanza Ecuménica de la Vida Religiosa*

Al convento, de donde salió Martín Lutero, originando la división protestante, hay que volver la causa del Cristianismo, si queremos renovarlo, pues el monaquismo es un don de la Iglesia indivisa. Pero resulta que la Vida Religiosa está padeciendo una grave crisis en la Iglesia Católica, en la Iglesia Ortodoxa y en la Iglesia Anglicana, es decir, en las experiencias históricas de la Vida Religiosa, mientras que en las Iglesias Evangélicas y Luteranas se está redescubriendo, y surge como todo lo nuevo con una gran pujanza cristiana y ecuménica. Este fenómeno se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que en la misma Iglesia Católica y en las Iglesias Ortodoxa y Anglicana advertimos cómo mientras unos Monasterios e Institutos Religiosos no encuentran hoy fácilmente el camino de la regeneración en este nuevo mundo cultural que está surgiendo, otras nuevas Comunidades religiosas están naciendo y desarrollándose con una gran fuerza espiritual y vocacional. La historia es una gloria, pero también es un peso, cuando se carece del discernimiento espiritual suficiente para saber adaptarse a las nuevas circunstancias permaneciendo fieles al carisma primitivo de los fundadores.

Ahora bien, es motivo de satisfacción comprobar que el avivamiento y desarrollo ecuménicos en la Iglesia Católica han estado muy relacionados con la Vida Religiosa y con monasterios concretos. ¿Quién no recuerda entre los promotores del Movimiento Ecuménico Católico al P. Y. M., Cardenal Congar, Dominicano, recientemente fallecido, benemérito teólogo, quien abrió caminos de renovación teológica en tantos campos, como en el ecumenismo, publicando el año 1937 el libro “Cristianos desunidos”, y fue uno de los teólogos inspiradores del Concilio Vaticano II? Y entre los Monasterios con vocación ecuménica recordamos el benedictino de Amay, hoy Chévètagne (Bélgica), con la revista

Irénikon, fundados el monasterio y la revista por D. Lamberto Beauvuin, pionero también en el movimiento litúrgico pastoral, donde celebran la Liturgia Ortodoxa; y el cisterciense de Dombes, cerca de Lyon, donde se reúne el grupo Ecu­ménico de Dombes, fundado por el sacerdote Paul Couturier, de Lyón, el año 1937; el Grupo de Dombes ha publicado docu­mentos de gran envergadura ecuménica; el Centro de Estudios y la revista Istina, fundados por el P. Cr. Dumont, Dominicó. La vida religiosa y comunitaria es patrimonio común entre los cristianos, y su fuerza ecuménica se está redescubriendo en nuestro tiempo posconciliar.

Otro dato al respecto que no podemos olvidar es el con­junto de Institutos Seculares Católicos que han nacido en un ámbito católico y con una vocación ecuménica. Mencio­namos las Misioneras Ecu­ménicas fundadas por Mons. Giulio Penitenti en Roma, el año 1959, y presentes en Italia, USA, Pamplona y México; las Misioneras de la Unidad, fun­dadas en Madrid por el Rvdo. D. Julián García Hernando y ya establecidas en Colombia; las Dominicanas Madre de la Unidad fundadas por el Rvdo. P. Manuel González Bueno, cuya sede está en Alcaraz, Albacete, y están ya establecidas en Querétaro, México; y las Oblatas de la Unidad, fundadas por el Rvdo. D. Abelardo del Vigo, en Burgos. Y cuántas ple­garias en favor del restablecimiento de la plena unidad visi­ble entre los cristianos habrán brotado de los monasterios e incluso vidas ofrecidas a Dios nuestro Padre con esta misma intención. Recordamos a la Hna. Cisterciense, María Gabriella Sagheddu (1914-1939), que murió en su Monas­terio de Grottaferrata a la edad de 25 años, víctima de amor por la causa ecuménica; y a la Hna. Eugenia Tronconi (1898-1945), Misionera Ecu­ménica, quien estando enferma ofreció su vida por la unidad de los cristianos. Para poner de relieve la importancia de la oración por la unión entre los cristianos beatificó el Papa Juan Pablo II a Sor M.^a Gabriela el 25 de enero de 1983.

También es muy grato mencionar aquí los anuales Encuentros Interconfesionales de Religiosas promovidos por las Misioneras de la Unidad, iniciados el año 1970 en la

Comunidad De Grand Champ, Suiza, perteneciente a la Iglesia Reformada. Estos encuentros han tenido lugar sucesivamente en Grottaferrata, Avila, Pomeyrol, Versailles, etc., es decir, en contextos de habla francesa, italiana y española. El último Encuentro Interconfesional de Religiosas, el XXIV, tuvo lugar en Oswiecim (Auschwitz. Polonia), los días 3 al 8 de septiembre de 1995. Más tarde nos referiremos a otra experiencia ecuménica, don también del Espíritu Santo, los Congresos Interconfesionales e Internacionales de Religiosos (CIIR), iniciados el año 1979, en Loyola.

4. *El Monacato Oriental*

“También se encuentran en el Oriente las riquezas de aquellas tradiciones espirituales a las que dio expresión sobre todo el monaquismo. Porque allí, desde la época gloriosa de los Santos Padres, floreció la espiritualidad monástica, que se extendió luego a los pueblos occidentales. De ella procede, como de su fuente, la institución religiosa de los latinos, que aún después tomó nuevo vigor del oriente. Por lo cual se recomienda encarecidamente que los católicos acudan con mayor frecuencia a estas riquezas espirituales de los Padres del Oriente, que levantan a todo el hombre a la contemplación de lo divino” (*Unitatis Redintegratio*, 15).

Ya desde los primeros siglos floreció en Oriente la vida eremítica y posteriormente la cenobítica, aunque ambas formas han coexistido y coexisten actualmente. En Egipto, Palestina, Siria y el Ponto aparecieron colonias de monjes y monjas que poblaron los desiertos, las montañas y las orillas de los ríos. Entre estos campeones del testimonio de la vida cristiana descuellan los nombres celeberrimos de Antonio Abad, Macario el Viejo, Pacomio, Marón, Simeón el Estilita, Basilio el Grande, etc., precursores de San Jerónimo, San Agustín, San Benito, San Cesáreo de Arlés, San Fructuoso, San Leandro, San Isidoro, etc. En Rusia los 17 monasterios del tiempo URSS se han multiplicado actualmente ya en más de 100.

“La Iglesia de Oriente reconoce a los monjes como sus auténticos portavoces. Ella adoptó su liturgia, su espiritua-

lidad, su tipo de santidad. Y aún decidió en el siglo VI que los obispos debían ser reclutados exclusivamente entre los monjes. De hecho, los monjes formaron durante toda la Edad Media la élite de la sociedad cristiana en Oriente". J. Meyendorff, *Saint Grégoire Palamas et la mystique orthodoxe*. París, 1959, p. 68).

Hay que recordar que también se vive el monacato entre los Católicos Orientales unidos a Roma. En este contexto, recordemos el Monasterio de Grottaferrata (Lazio), de los orientales católicos ítalo albaneses. Entre los Melquitas Católicos están tres Congregaciones Basilianas. Y el monaquismo maronita tiene sus orígenes en su fundador, el monje San Marón.

5. *Congregaciones Religiosas Anglicanas*

Es sumamente agradable para mí recordar, a este respecto, la Convivencia anglicano-católica en el Priorato de San Pablo, Quernmore Park, en Lancaster (Inglaterra), durante los días 8 al 18 de julio de 1976. Eramos 14 españoles quienes, como invitados, convivimos durante diez días con los 12 miembros de la Comunidad Anglicana de la Sagrada Misión de Quernmore Park y otros religiosos, religiosas y seglares anglicanos. Fruto estupendo de esta Convivencia ecuménica fue el Inicio de los Congresos Internacionales e Interconfesionales de Religiosos (CIIR), habiéndose celebrado el primero en Loyola, los días 2 al 9 de agosto de 1979, y el IX, el último, en Selbitz (Alemania), durante los días 24 al 30 de agosto de 1995; corazón de estos Congresos es el Rvdo. D. Martín de Zabala, Delegado Diocesano de Ecumenismo en Bilbao. En el IV Congreso de la CIIR, celebrado durante los días 17 al 24 de octubre de 1983, en Huddesdon (Inglaterra), entre los participantes hubo también por primera vez religiosas.

En estos Congresos CIIR han participado de modo especial religiosos anglicanos pertenecientes sobre todo a la Sociedad de San Juan Evangelista, Cowley, Oxford; a la Congregación de la Resurrección, Mirfield, Yorkshire; a la

Sociedad de la Sagrada Misión, Milton Keynes, Buckinghamshire; a la Sociedad de San Francisco, Cerne Abbas, Dorsetshire, etc. A partir del Movimiento de Oxford, en 1830, hubo en la Iglesia Anglicana un lento redescubrimiento de la Vida Religiosa. De las 10 Congregaciones Anglicanas de Religiosos, 8 nacieron entre 1866 y 1914; y entre 1845 y 1851 se fundaron 6 Fraternidades Anglicanas Femeninas y al final de siglo XIX eran ya 54 las Fraternidades femeninas. El reconocimiento oficial de la Comunión Anglicana de la Vida religiosa lo hallamos en este texto de la Conferencia de Lambeth del 1968:

“La Conferencia reconoce con gratitud la contribución de las Congregaciones Anglicanas, tanto masculinas como femeninas, a la vida de la Iglesia y valora su testimonio manifestando el carácter absoluto de las exigencias de Dios sobre la vida del hombre, la plenitud de una vida entregada a la oración, al servicio y a la unidad de la Iglesia en medio de las divisiones actualmente existentes. Cuenta con las Congregaciones para emprender la renovación actual de la Iglesia, especialmente buscando su propia renovación al considerar la prioridad del Evangelio y de la intención original de su fundación. Recomienda que, en todas las provincias donde existen las Congregaciones, se mantenga y se desarrolle una estrecha relación con los Obispos”.

6. *Instituciones Religiosas Protestantes*

El XI Seminario Internacional, organizado y celebrado por el Centro Luterano de Estudios Ecuménicos en Estrasburgo, donde está su sede, los días 19 al 29 de septiembre de 1977, tuvo como tema el “Redescubrimiento de la dimensión comunitaria en la Iglesia”. La nota característica de este Congreso, al que tuve el privilegio de haber sido invitado, fue la presencia de religiosas protestantes de las siguientes instituciones: Diaconisas de Versales-Reuilly, París (Francia), Comunidad de Pomeyrol, Tarascón (Iglesia Reformada de Francia), Comunidad de Casteller Ring, Schloss Schwanberg (Iglesia Luterana de Alemania), Hermanas de Erckart-

teswiller (Alemania), y las Diaconisas de Estrasburgo y de Suecia.

El Protestantismo, que rechazó frontalmente la Vida Religiosa en el siglo XVI, se abrió maravillosamente a esta vida evangélica radical después de la Segunda Guerra Mundial, cuando han nacido algunas Comunidades Religiosas en diferentes Comunidades Eclesiales Protestantes. Ya el año 1940, el Profesor y después Obispo Luterano, W. Stälhin escribió: "La falta de comunidades manifiesta pobreza y enfermedad en la Iglesia, privación y ultraje. No es teología correcta. No es proclamación conforme a la Escritura". En el siglo XIX habían nacido ya en Alemania, Francia y Suiza las primeras cinco Comunidades de Diaconisas, que se han multiplicado posteriormente en otras Comunidades Eclesiales nacidas de la Reforma. El año 1836 nacieron las Diaconisas de Kaiserswerth, Düsseldorf (Alemania); en 1837 nacieron las Diaconisas de Elisabeth-Haus, Berlín; en 1841, la Comunidad de Reuilly (París); en 1842, las Diaconisas de Estrasburgo (Alsacia), y de Saint Loup, en el Canton de Vaud, Suiza.

Pero un fenómeno comunitario en el Protestantismo más llamativo que las Diaconisas son las Comunidades Religiosas nacidas en Francia, Suiza, Alemania, Suecia, etc., con la espontaneidad del Espíritu Santo que están renovando sus Comunidades Eclesiales y están constituyéndose en sorprendentes puentes ecuménicos. Entre las Comunidades religiosas protestantes podemos distinguir dos criterios de clasificación: las de tipo pietista o de avivamiento religioso y las de tipo eclesial o de redescubrimiento litúrgico y sacramental. Al primer grupo pertenecen, por ejemplo, la Evangelische Marienschwesternschaft de Darmstadt, nacidas en 1944 de un gran movimiento penitencial, y la Christusbruderschaft Selbiz-Oberfranken, que es una comunidad mixta numerosa. Del tipo eclesial, están las Comunidades tan conocidas de Taizé, hoy interconfesional y ecuménica, cuya alma fue y sigue siendo el hijo de un pastor, Roger Schutz, y otros jóvenes estudiantes reunidos en comunidad para dedicarse al estudio y a la oración cristianos, y la Comunidad de Grandchamp, Suiza, que es la comunidad femenina paralela

a la masculina de Taizé; y las Comunidades de las Hijas de María de Vadstena (Suecia), fundadas en 1944, y las Comunidades de Pomeyrol, en el Languedoc, y la de Casteller Ring, surgida esta el año 1950 en Baviera.

El año 1976 fue una fecha histórica para las Comunidades Religiosas Protestantes, pues por primera vez desde la Reforma del siglo XVI, una Conferencia de Obispos de las Iglesias Evangélicas Luteranas publicó un comunicado en el que dice sobre estas Comunidades: “Recomendamos a la grey que al meditar sobre la renovación de la Iglesia, las comunidades se afirmen como posibles configuraciones de vida cristiana”.

Bibliografía

- “Comunidades Religiosas Protestantes”, *Renovación Ecu-
ménica*, 59 (1977) 1-24.
- “Primer Congreso del CIIR”, *Renovación Ecu-
ménica*, 66 (1979) 1-24.
- “La Vida Consagrada, realidad ecuménica”, *Renovación Ecu-
ménica*, 81 (1984) 1-28.
- “Eucaristía y Vida Consagrada”, *Renovación Ecu-
ménica*, 86 (1985) 1-36.
- “VI Congreso del CIIR”, *Renovación Ecu-
ménica*, 95 (1988) 1-30.
- “El Monacato y la Reevangel. de Europa”, *Renovación Ecu-
ménica*, 97 (1989) 1-30.
- “Vida Religiosa y Ecumenismo”, *Renovación Ecu-
ménica*, 104 (1991) 1-30.

PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Salamanca

Liturgia y Vida Mística: San Juan de la Cruz (I)

Pudiera traducirse nuestra temática en los siguientes términos: *Celebración y Experiencia*. Celebramos una experiencia significativa. Al celebrar una experiencia, ésta se hace significativa. De la importancia dada a una experiencia brotan obras de arte, recuerdos, cultura, cuya máxima expresión es el culto a Dios, cuya raíz es la experiencia de ser salvados por este Dios. Además, el celebrar, en sí, es una experiencia. Pues bien, la palabra de un místico es testimonio autorizado acerca de la experiencia. Y su testimonio abre la experiencia a la celebración. La mística es nada más ni nada menos experiencia auténtica de Dios. La vida de un místico es el actuar de Dios en él. Este actuar posee carácter salvífico. Al actuar Dios en nuestra vida, la renueva, prosigue con la creación de nuestro ser hasta que seamos una nueva creación digna de unirse a El. Dicho carácter salvífico es la esencia del proceso celebrativo de la liturgia puesto que la salvación es para el cristiano el desarrollo del proceso de los misterios de Cristo en la historia y vida humanas.

Centremos esta serie reflexionando con algunas piezas de los escritos de un gran místico cristiano, Juan de la Cruz. “La sobriedad de San Juan de la Cruz, en sus escritos y doctrina, acerca de los misterios litúrgicos ha desconcertado a muchos lectores, sobre todo de la época de la renovación litúrgica.”¹ No busquemos en él lo que no ofrece: nociones, rúbricas o una teología litúrgica sistemática al estilo de Casel, Guardini, etc. Pero él ha aportado algo a la nueva liturgia del Concilio

1. J.CASTELLANO CERVERA, “La Experiencia del Misterio Litúrgico en San Juan de la Cruz”, en VV.AA., *Experiencia y pensamiento en San Juan de la Cruz* (Madrid, 1990), p. 126. Estudio fundamental para nuestra temática.

Vaticano II². No debemos olvidar que lo suyo no es lo litúrgico en el sentido técnico o convencional de la palabra. Ni siquiera utiliza la palabra “liturgia” en su obra. Ojeando las nuevas concordancias de sus escritos vemos que usa la palabra “misa” no para explicar o conceptualizarla, sino para referirse a ella como un acto de piedad o parte del ejercicio de la vida cristiana (Sentido ascético) (II Subida 17, 4; III Subida 43, 2; 44, 4; Carta núm.23)³. Pero sí podemos aprender algo de él para poder celebrar en “*Espíritu y Verdad*” (Jn. 4, 23) y esto es lo que nos interesa en estas páginas.

1. *Mística y liturgia*

Es necesario situar la mística, como vivencia cristiana; y la liturgia, como celebración de la misma dentro de un contexto salvífico: “la liturgia, por medio de la cual –sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía– se realiza la obra de nuestra redención contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la verdadera Iglesia” (*Sacrosanctum Concilium*, 2). En el Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica la parte dedicada a la liturgia se halla después de la exposición del Credo o del contenido de la fe. La liturgia es la celebración de esta fe. La experiencia mística, por de pronto, es la vivencia de esta fe. La celebración da sentido a la fe, además de ser la mejor introducción o iniciación a ella. Sin esta celebración, no podría decirse que la fe se vive. La celebración alimenta la fe en el sentido de que es un acontecimiento destacado que nos hace conscientes de lo que debemos vivir. Siendo así, la experiencia mística vive de la celebración de la fe. Su riqueza viene de ella. En este sentido, la liturgia es como un pozo del que bebe el cristiano serio y comprometido que desea vivir seria e intensamente su fe. Acabo de dar, creo yo, una definición cabal de un místico cristiano.

2. Cfr. M. DIEGO SÁNCHEZ, “Juan de la Cruz en la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II” en *Teresianum* 42 (1991), pp. 227-265.

3. J. L. ASTIGARRAGA, et al., *Concordancias de los escritos de San Juan de la Cruz* (Roma, 1990), p. 1197.

Dejamos dicho que la liturgia es la mejor introducción a la fe. Por eso, posee carácter mistagógico. Es decir, es introducción a los misterios de la fe. Juan de la Cruz pretendió con sus obras introducir a sus “espirituales” o gente que dirigía espiritualmente a una experiencia profunda de la fe. Fue mistagogo como lo es la liturgia. Pero su mistagogía y lo que nos ofrece en términos litúrgicos son más bien en la línea de una asimilación personal y dinámica de los misterios de la fe, de los misterios de Cristo⁴.

Juan de la Cruz para comprender estos misterios se dejó iniciar en ellos. Por eso, es mistagogo. “Mistagogo es..., quien ha hecho la experiencia de Dios y de su misterio, y acompaña en su camino a quien la hace de nuevo. Pero la ayuda no consiste en darle normas prácticas, sino en proponerle el misterio mismo de Dios y de su comunión con el hombre, haciendo que el mismo misterio marque el contenido y las modalidades de la nueva experiencia. El arte del mistagogo consiste en saber transmitir no la propia experiencia, sino, gracias a la propia experiencia, el misterio de Dios personal y gratuito, que se revela a quien le busca”⁵.

Y ¿cómo se hace la experiencia de Dios? ¿cómo se hace real? ¿cómo se actualiza? Pues, por la celebración. ¿Cómo se acompaña a alguien que quiere hacer la experiencia de Dios? También por la celebración. Celebrar no es sólo conmemorar. Es vivir. Es hacer presente. Es hacer la experiencia. Es tenerla para poder transmitirla, para poder compartirla. Se celebra un acontecimiento, un evento importante. ¿No es la experiencia de los hombres de Dios un acontecimiento de suma importancia? ¿No es ésta el porqué de todas nuestras celebraciones litúrgicas como cristianos? ¿No presupone esto el hecho de que Dios se hizo “experienciable” al hombre, empujando con la revelación a su pueblo Israel y culminando en la persona de Cristo, que por ser la Encarnación de Dios es la condescendencia de este mismo Dios a los hombres?

4. J. CASTELLANO CERVERA, *a.c.*, p. 127.

5. F. RUIZ SALVADOR, “Introducción General”, en San Juan de la Cruz, *Obras Completas*. 5.ª ed. de José Vicente-Federico (Madrid, 1993), p. 25. Citamos por esta edición al referirnos a los textos sanjuanistas.

Pues bien, la vida de un místico, llena de experiencias de Dios, es en sí una celebración de esta misma condescendencia divina a los hombres. El es testigo de la condescendencia de Dios a El, que no termina en su misma persona, sino que desemboca en la comunidad de creyentes a la cual pertenece. Por eso, para que una experiencia sea verdadera ha de ser expresada, compartida como una celebración.

La celebración nunca podría ser un acto solitario. Es algo solidario, comunitario. La experiencia profunda de Dios es también la causa material de la celebración. Una experiencia profunda de Dios debe pasar a la celebración. Y la salvación da a la experiencia su profundidad.

La experiencia cobra su sentido en el compartir. La mística adquiere sentido y razón de ser en la mistagogía. Y el compartir tiene su plenitud en el celebrar. Así, la experiencia se hace comunitaria, la celebración se hace comunitaria. Se hace tarea del pueblo. Se hace trabajo de los hombres. Se hace liturgia, de acuerdo con su sentido etimológico y originario.

La celebración transforma la experiencia en un testimonio. Por lo tanto, es la mejor pedagogía. Por eso, es mistagogía. Es enseñar los misterios de la fe, lo místico, lo experiencial. De esta manera, se despierta la fe de los demás. "Aunque lo propio de la sagrada Liturgia es ante todo el culto de la divina Majestad, contiene también una gran enseñanza para el pueblo fiel. En la Liturgia Dios habla a su pueblo: Cristo continúa anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con cantos y con oración." (*Sacrosanctum Concilium*, 33).

El místico cristiano forma parte de este pueblo. Dios le habla. Cristo le anuncia el Evangelio. Y él responde. Su respuesta es ejemplar para todo el pueblo. La obra sanjuanista es, de verdad, un canto a Dios el Amado. Léase el Cántico Espiritual donde Dios y el hombre se dirigen cantos y ruegos uno a otro. Léase la Oración del Alma Enamorada en que el hombre expresa el colmo de su experiencia de Dios, después de haber sido perdonado, de haber negado todas las demás cosas para ser de Dios de veras, y que afirma como el se apropia del mismo Dios, a quien quiere adorar en *Espíritu y Verdad*.

2. *Liturgia en Espíritu y Verdad*

En la cita del documento conciliar *Sacrosanctum Concilium*, 33 se mencionan las partes constituyentes de la liturgia, que son también las de la experiencia mística:

1. Culto o ofrecimiento del hombre a Dios.
2. Diálogo con Dios/Comunión con Dios.
3. Proclamación/vivencia del Evangelio.
4. Respuesta concreta a esta proclamación.

Pues bien, el culto como trabajo del hombre supone la dedicación del hombre en su integridad, en *Espíritu y Verdad*. Del diálogo con Dios, el mensaje divino llega a través de una proclamación que ha de ser vivencial. La respuesta ha de ser concreta. Supone una donación del ser humano a Dios. Se concreta en acciones, ejercicios de la vida espiritual (ascesis).

La liturgia ocupa el centro del culto, del diálogo, de la proclamación y de la respuesta del hombre a Dios. Lo místico o lo experiencial es en sí muy íntimo. Por eso, la liturgia es la mejor exteriorización de lo íntimo, que ha de entenderse como compartir, como enseñar, como encaminar a la realidad de la experiencia con Dios.

La condescendencia de Dios consiste en la revelación de sus misterios en Jesucristo. En él podemos vislumbrar la vida íntima de Dios. El es la razón de nuestras celebraciones. El es la “experienciabilidad” de Dios. Juan de la Cruz conoció a Cristo por medio de sus lecturas contemplativas de la Biblia ⁶. La fuente inagotable de sus escritos es ésta. Pero la lee litúrgicamente ⁷, es decir, dentro del contexto celebrativo de los misterios. Además, como sacerdote celebraba, ejercía, iniciaba a los demás a lo celebrado. En sus andaduras, viajaba sólo con la Biblia y el Breviario, o sea, ligero de equipaje. Sus obras rebosan citas de textos litúrgicos, que no veremos aquí por estar fuera de los límites de este ensayo: “De su

6. Cfr. R. LLAMAS, *Juan de la Cruz. Lector Contemplativo de la Biblia*, en CONFER (1992), pp. 67-98.

7. J. VILNET, *Bible et mystique chez Jean de la Croix* (Paris, 1949), 12-19.

experiencia litúrgica y de su asiduidad con la Biblia brota en Juan de la Cruz la proclamación de los misterios de Cristo que en la Iglesia celebra y comunica a los fieles... El Misterio de la Encarnación. El Misterio de la Pasión Salvadora, El Misterio de la Resurrección, la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés y el carácter sacramental de Cristo y la Iglesia”⁸.

El místico vive de los misterios, de los secretos⁹. Estos se le revelan por la merced de Dios. Juan de la Cruz querría penetrar en el contenido de estos misterios, que son para él, puertas y camino para unirse con Cristo (II Subida 7,11). El místico cristiano vive de la revelación de los misterios de Dios que da fundamento a su confesión de fe. Por ser místico cristiano, nuestro autor confiesa que en Cristo se halla la plenitud de la revelación de estos misterios de Dios (II Subida 22). Por tanto, él vive de Cristo. El es su razón de ser. Además, Cristo vive en El.

La figura de Juan de la Cruz es una invitación a vivir en Cristo. Así, se vive la mismísima vida íntima de Dios. Cristo es la revelación del rostro trinitario de Dios (II Subida 27,1), que es el venero de la vida cristiana¹⁰.

Para el cristiano, la liturgia ocupa un lugar central en su vida. Entre las filas de cristianos se encuentran hombres y mujeres ordinarios que de manera extraordinaria se dieron cuenta de la centralidad de la celebración de los misterios de Dios en su vida. Estos son los místicos. Entre ellos destaca Juan de la Cruz quien con su pluma expresó bellamente sus vivencias de la liturgia.

Los místicos cristianos, por centralizar su vida en la liturgia, no adquieren, sino que reciben una infusión divina que les hace conscientes de la realidad de los misterios. Su ejemplo es una invitación para todos nosotros. Creo que la mejor enseñanza que nos proporcionan es este centro litúrgico. Así, nos podemos formar adecuadamente para vivir cristianamente. El auténtico cristiano debe vivir alimentándose de los misterios,

8. J. CASTELLANO CERVERA, a.c., pp. 130ss.

9. *Concordancias, o.c.*, pp. 1200-1201.

10. Cfr. EFRÉN DE LA M. DE DIOS, *La Santísima Trinidad, venero espiritual en San Juan de la Cruz*, en “Estudios Trinitarios” 13 (1979), pp. 207-219.

porque estos son los medios que Dios pone para que podamos unirnos a El. Los místicos son modelos para que aprendamos a recibir lo que Dios nos ofrece generosamente. Nos enseñan a abrirnos a Dios, a abrirnos a su revelación.

Nuestro místico es famoso por sus nadas. A veces de manera exagerada. Sus “nadas” han de interpretarse como exigencias de quitar los obstáculos a este abrirse a Dios. Son los medios de no impedir nuestra unión con Dios, el Dios verdadero que ha de adorarse en *Espíritu y Verdad*. Estos obstáculos no nos permiten adorarlo en *Espíritu y Verdad*. Son ídolos que nunca podrían compararse con el Dios verdadero. El hombre debe ser un altar vivo en que no hay ídolos extraños que se ofrece sólo al Dios Verdadero.

En el primer libro de la Subida del Monte Carmelo (Subida) 5, 7 se encuentra un texto en que Juan de la Cruz nos da los presupuestos para poder adorar al Dios verdadero en *Espíritu y Verdad*. El hombre es el monte que él mismo ha de subir hasta su propia cima para encontrarse con Dios. Es el deseo de Juan de la Cruz que el hombre se encuentre con el Dios verdadero en *Espíritu y Verdad*.

He aquí una transcripción del texto:

En las cuales tres cosas se da a entender a toda alma que quiere subir a este monte a hacer de sí mismo altar en él –en que ofrezca a Dios sacrificio de amor puro y alabanza y reverencia pura– que, primero que suba a la cumbre del monte, ha de haber perfectamente hecho las tres dichas cosas.

Lo primero, que arroje todos los dioses ajenos, que son todas las extrañas aficiones y asimientos.

Y lo segundo, que se purifique del deajo que han dejado en el alma los dichos apetitos con la noche oscura del sentido que decimos, negándolos y arrepintiéndose ordinariamente.

Y lo tercero que ha de tener para llegar a este alto monte es las vestiduras mudadas, las cuales, mediante la obra de las dos cosas primeras, se las mudará Dios de viejas en nuevas, poniendo en el alma un nuevo ya entender de Dios en Dios, dejando el viejo entender de hombre, y un nuevo amar a Dios en Dios...

Comentemos el texto que acaba de citarse. Parte Juan del Dios celoso del Antiguo Testamento que exige un sacrificio, un culto puro y santo amén de ser exclusivamente para El. Para adorar a este Dios, que es el Dios de Jesús, en *Espíritu y Verdad*, es menester que el hombre se haga digno de ponerse en presencia del Señor. Por eso, nuestro autor nos enumera tres requisitos. El primero de ellos es un eco del primer mandamiento. Los dioses ajenos son ídolos. Son las cosas o personas que el hombre pone al lado del Dios Supremo. Para nuestro místico, éstos impiden nuestra unión con Dios. Nos exige que no confundamos al Dios verdadero con los ídolos que en esta época secularizada asumen muchas formas. El apego a estos ídolos, que son “extrañas aficiones y argumentos”, lleva consigo nuestra alienación de nuestra verdadera identidad de ser hijos de Dios, del Dios verdadero en Cristo. Es necesaria esta identificación como hijos para nuestra salvación. Dios nos “reconoce” salvíficamente en Cristo Jesús. Los ídolos son ajenos. Si nos identificamos con ellos, nos alienamos de esta identificación salvífica. Cabe citar aquí un texto citado por nuestro místico del libro de los Levíticos (I Subida 5.7; III Subida 38,3): “como con los sacerdotes, hijos de Aarón, a quien mató Dios con los incensarios en las manos porque ofrecían fuego ajeno (Lev.10.1-2).” El fuego simboliza el amor a Dios. Si son fuegos o amores a los ídolos, rivalizan con el fuego, la llama, que ha de arder en nuestros seres por el Dios verdadero.

En segundo lugar, estas aficiones dejan un residuo que se llama “dejo”. Son residuos de identificación con estos ídolos que hacen que nuestro culto sea impuro, imposibilitando una adoración en *Espíritu y Verdad*. Por eso, hay que negarlos y arrepentirse.

Por último, Juan utiliza el símbolo de cambiarse de vestido para indicar la necesidad de la conversión. Debe cambiar nuestro modo de ser, de natural a sobrenatural. La sobrenaturalidad en el léxico sanjuanista afirma el identificarse del hombre con Dios que le hace *Dios por participación*.

En otro lugar del tratado Subida del Monte Carmelo, afirma nuestro autor que los ídolos, las extrañas aficiones, las

criaturas (para distinguirlas de Dios) son nada ante Dios, el verdadero Dios: “De manera que todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito <ser> de Dios, nada es. Y, por tanto, el alma que en él pone su afición, delante de Dios también es nada y menos que nada; porque...el amor hace igualdad y semejanza, y aun pone más bajo al que ama.”(III Subida 4, 4). Se trata de un recurso pedagógico para insistir en adorar a Dios en *Espíritu y Verdad* sin ninguna interferencia y competencia. Si el hombre se aficiona a estas cosas ajenas no puede subir a la cima para hacerse altar vivo en que tiene lugar el encuentro con Dios. Desear a Dios es elevarse a sí mismo para poder igualarse con El, para poder identificarse con El, que es la esencia de la salvación.

Juan de la Cruz, en las 28 veces que utiliza la palabra “orar”¹¹ insiste en que la oración se haga en *Espíritu y Verdad*: “en lo cual nos conviene tomar aquello que responde nuestro Salvador a la mujer samaritana, cuando le preguntó que cuál era más acomodado lugar para orar, el templo o el monte (Jn.4,20); le respondió que no estaba la verdadera oración aneja al monte ni al templo, sino que los adoradores de que se agradaba el Padre son los que le adoran en espíritu y verdad (Jn.4,23-23)” (III Subida 39,2). El monte es el hombre. El templo es la religión natural.

Pudiera interpretarse la expresión en *Espíritu y Verdad* como el contraste con la mera rúbrica que es superficial, que no es una actitud sincera ni entera. Incluso en las rúbricas nos aficionamos a las formas, que pueden obstaculizar el auténtico culto a Dios. Es ésta la lección de Juan que hemos querido resaltar en esta primera entrega de la serie dedicada a *Liturgia y vida mística*. Adorar a Dios en *Espíritu y Verdad* implica hacerse dignos de estar en su presencia. Y el único modo es la “nada”, nada de dioses ni aficiones extraños. Esto supone también la gracia de Dios que por Jesucristo “nos hace dignos de servirle en su presencia” (permítaseme esta modificación de una frase de la *Plegaria Eucarística II*).

MACARIO OFILADA MINA

11. *Concordancias, o.c.*, p. 2095.

Testigos

Lic. Anacleto González Flores, mártir seglar mexicano (1888-1927)

Introducción

Anacleto G. Flores, fue sin duda ninguna el mártir seglar más insigne de la persecución de Calles en Méjico. Su muerte fue debida única y exclusivamente a su inquebrantable amor a Cristo. El no se quiso alistar en la epopeya Cristera para luchar con las armas en favor de la Iglesia conculcada en su patria. Pero lo hizo varonilmente con su palabra y con su pluma.

El obispo Mons. Manrique y Zárate no ha dudado en afirmar de la manera más categórica: “En el firmamento de la Iglesia mejicana, entre la inmensa turba de jóvenes confesores de Cristo, se destaca como el sol la noble y gallarda figura de Anacleto G. Flores, cuya grandeza moral desconcierta y cuya gloria supera todo encomio” (*En la hora de suprema angustia*”, El Paso, Texas, 1928, p. 42-43).

Primeros años

Nació este insigne mártir en Tepatitlán, Jalisco (Méjico) en 1888. Fueron sus dichosos padres Valentín González y María Flores. Su progenitor era un tejedor de rebozos, poco afecto a la Iglesia, al grado de que muchas veces llegó a prohibir a su esposa asistir al templo con sus hijos; pero la buena madre, valiéndose de las continuas salidas que su esposo hacía de Tepatitlán a otras ciudades para vender su mercancía, enseñaba a sus hijos las verdades de la fe y buenas costumbres, llevándolos al templo y acercándoles a los sacramentos.

Uno de sus familiares, el Lic. Efraín G. Luna, en el prólogo a la obra *“El Plebiscito de los Mártires”*, editado por la esposa de Anacleto, refiriéndose a los primeros años del mártir, escribe: “Su infancia está rodeada de un medio sin tradición, sin horizontes, sin nada que trascienda de una mediocridad muy limitada. Ni la intensa pulsación de la religiosidad, ni la audacia y la energía en la acción, ni el anhelo intelectual, ni la apostólica generosidad pudieron tener allí un punto de partida o siquiera un punto de apoyo. Todo le empujaba a una modesta y estéril oscuridad. La pobreza –que él amó siempre a pesar de haber sido duramente pobre y de que pudo dejar de serlo sin grandes esfuerzos– le impuso en la adolescencia el yugo bendito del oficio manual. Luego, músico ínfimo de su pueblo natal, encontró en este oficio ocasión para vislumbrar el mundo de la belleza con atisbos humildes que nunca olvidó”.

Inició sus estudios primero en el seminario de San Juan de Los Lagos y después en el conciliar de Guadalajara, pero no con intención de ser sacerdote, para cuyo honor no se sentía llamado por Dios. Posteriormente cursó leyes en la Universidad tapatía. Aquí, en la Universidad, cuando algún profesor atacaba a la Iglesia, Anacleto valerosamente se levantaba para contradecirle. Organizó entre los estudiantes católicos “La Gironda”, una especie de partido defensor de los derechos de la Iglesia, tan conculcados por las leyes del gobierno masón de Méjico.

Primeras contradicciones

Iba Anacleto de viento en popa avanzando en su carrera universitaria cuando de pronto vio tronchados todos sus ensueños. El absurdo monopolio escolar de la época tronchó sus sueños al declarar nulos todos sus anteriores exámenes desde el bachillerato o “secundaria” que llaman aquí en Méjico. Al mismo tiempo que se dedicaba al humilde trabajo manual, reanudó todos sus estudios con un ahínco inaudito. Y durante varios años fue presentándose a exámenes logrando excelentes calificaciones.

Ya desde niño se la había puesto el mote de “Maestro”, y desde entonces hasta la muerte se le llamó siempre: “El Maestro Anacleto”. “Nació –dice Efraín G. Luna– de su nativa y precoz aptitud didáctica, de su congénita virtud de autoridad, de la intuitiva seriedad con que desde entonces contempló la vida y sintió la solemne trascendencia de lo espiritual. En la pequeña escuela de primaria era el suplente obligado en las momentáneas ausencias del Maestro y su fiel auxiliar. El bautizo pueril se produjo espontáneamente. Pero después el mote se trocó en cariñoso homenaje”.

El *maestro* Anacleto sintió desde su juventud una atracción irresistible hacia el apostolado y muy concretamente en la rama de la catequesis. En Guadalajara se dio mañas para conseguir que muchos de los estudiantes acudieran a su catequesis. Compró un pésimo fonógrafo que ponía a sonar en su ventana. Los muchachos eran los primeros que se acercaban a escuchar la música. Y cuando el grupo era grande los invitaba a entrar en la casa y allí comenzaba él a explicarles las verdades de la fe.

Ingresó en las Conferencias de San Vicente de Paúl y gozaba visitando a los pobres y enfermos, y a los prisioneros hablándoles a todos de Cristo y de la Iglesia.

Fruto de su actividad apostólica fue la fundación de varios círculos de estudio católicos: el “Ozanam”, “Montalambert”, “Conde de Mun”, etc., lo mismo que la creación de la “Liga” para la preservación de la juventud, integrada por damas encargadas de prestar recursos económicos y auxilios a los centros de la juventud católica.

A su prodigiosa actividad apostólica no se escapaban los obreros, cuya causa abrazó como propia y a los que defendió siempre con su palabra y con su pluma. Efraín González escribe a este propósito: “Los obreros no tuvieron entonces un amigo mejor. Fue su mentor constante y su más abnegado defensor. Conocedor profundo de la cuestión social abogó por la organización cooperativa del trabajo dentro de los principios cristianos, y a él se debe en primer término el brillante movimiento social que empezaba a tener entre los mejicanos

una robusta realización práctica y que la persecución religiosa aplastó cruelmente. A fines de 1922 tomó parte muy activa en el primer congreso nacional obrero, tenido en Guadalajara. Mil trescientos fueron los congresistas reunidos presididos por varios arzobispos y obispos de la nación. En dicho congreso quedó organizada la “Confederación Católica del Trabajo”, que en poco tiempo extendió por toda la nación sus numerosas ramificaciones. Por este tiempo recibió Anacleto el título de abogado, coronando así una época de estudio intenso y serio mezclada con las arduas tareas del apostolado, e interrumpida varias veces por la prisión”.

Afamado publicista

En 1916 Anacleto fundó el semanario católico, titulado “La Palabra”, y cooperó a la fundación de los periódicos “La Epoca” y “El Obrero”, órgano este último de los obreros católicos de Jalisco. Colaboraba también en los periódicos “Restauración Social”, “El País” y “Gaudium”. En todas estas publicaciones aparecían inspirados artículos –todos de orden religioso– escritos por Anacleto.

Pero antes que periodista fue orador. En “Revista Católica” editada por los jesuitas de El Paso, Texas (diciembre de 1928) escribe uno de sus conocidos: “¡Qué palabra la suya! ¡Qué ademán tan sobrio, pero tan significativo! ¡Qué unción en sus frases y qué ardor en su mirada! Vibraban nuestras almas al unísono con la suya. Era un verdadero orador que tenía conquistado su auditorio. Era un apóstol del cristianismo social que infiltraba en nuestro espíritu sus fervores”.

Apóstol de cuerpo entero

En uno de sus muchos artículos periodísticos, Anacleto se describe a sí mismo, sin pretenderlo, cuando escribe: “Si hemos de ser sinceros y deseamos sanar, debemos empezar por reconocer que nada nos ha perjudicado tanto en Méjico

como el hecho de que los católicos nos entreguemos a vivir reclusos en nuestros templos y abandonamos todas las vías abiertas de la vida pública a toda clase de errores. En lugar de haber estado en todas partes, especialmente allí donde hicieron aparición los portaestandartes del mal, nos encastillamos en nuestras iglesias y en nuestras casas. Y allí estamos todavía. Nos parece que basta rezar, que basta practicar muchos actos de piedad y que basta la vida del hogar y del templo para contrarrestar toda la inmensa conjuración de los enemigos de Dios aquí en Méjico. Y les hemos dejado a ellos la escuela, el libro, la cátedra en todos los establecimiento de enseñanza, les hemos dejado toda las rutas de la vida pública y no han encontrado una oposición seria y fuerte por los caminos por donde han llevado la bandera de la guerra contra Dios. Y han logrado arrebatarnos la niñez, la juventud, las multitudes, todas las fuerzas vivas de la sociedad con raras excepciones. Todo ello porque con nuestra acción reclusa dentro de nuestros templos y de nuestros hogares no hemos podido defender, no hemos podido amurallar el alma de las masas, de los jóvenes, de los ancianos y de los niños.

“Y tenemos necesidad urgentísima de que nuestros baluartes se alcen dentro y fuera de nuestras iglesias y de nuestras casas para que cada corazón, cada alma, nos encuentre en plena vía pública para conservar los principios que hemos sembrado en lo íntimo de las conciencias, dentro del santuario del hogar y del templo. Y si la guerra contra Dios se ha enconado furiosamente en la calle y en todas las vías públicas, y si la Iglesia ha sufrido recios golpes ha sido fundamentalmente porque la acción de los católicos se ha limitado a hacerse sentir dentro de nuestros templos y de las casas. Y urge que en lo sucesivo cada católico rectifique radicalmente su vida en este punto y tenga entendido que hay que ser soldados de Dios en todas partes: iglesias, escuelas, hogar; pero sobre todo allí donde se libran las ardientes batallas contra el mal. Porque si continuamos como hasta ahora y no procuramos luchar, el próximo cataclismo nos dejará a los cuatro vientos y tendremos que sentarnos, como el célebre Mario, a llorar sobre las ruinas por no haber querido comba-

tir en todas las vías y en todos los caminos por donde galopan los corceles del ejército de mal. Procuremos hallarnos en toda partes con el casco de cruzados. Dentro y fuera de los templos, alcemos el estandarte de Dios y combatamos sin tregua con las banderas desplegadas a todos los vientos”.

Eso fue su vida de cristiano y de apóstol. Y lo hizo especialmente desde las filas de la Acción Católica. “En 1913 –escribe uno de sus biógrafos– nació en la ciudad de Méjico la Acción Católica Mejicana. Anacleto comprendió desde un principio su grandeza y la necesidad de propagarla, y con otros amigos suyos, compañeros de estudio, la fundó en 1916 en Guadalajara. La Acción Católica le encontró insuperablemente preparado y al ingresar en ella fue su cimiento más característico y eficaz en Jalisco. Por once años le consagró la fidelidad más entusiasta y asidua. Era su obra predilecta, su base de operaciones y semillero de sus amistades más caras. La consideraba como una ampliación de su familia. Aparte de su abundante labor en esta organización, sostuvo por muchos años un “Círculo de Oratoria y Periodismo”, en que especializaba su vocación innata de didáctica y que produjo numerosos frutos propagandistas”.

Cuando el gobernador de Jalisco intentó aplicar las leyes de la Constitución en contra de la Iglesia, restringiendo el culto católico, Anacleto organizó manifestaciones de protesta, logrando que el propio gobernador desistiese de su proyecto ya oficialmente anunciado aunque a Anacleto, como director de todas aquellas manifestaciones públicas, le costara la cárcel.

Martirio

El martirio era como una santa obsesión para este intrépido campeón de la fe católica. En sus artículos en la prensa católica, lo exalta hasta el paroxismo. Por eso él no era partidario de la guerra cristera para no dar pretexto alguno a los perseguidores que no fuera el exclusivamente religioso: “Si el ignorante de su verdadera situación –escribe enardecido– llega a pensar que un prodigio inesperado, bajo los pliegues

de la bandera de un caudillo rebelde sus hierros se trocarán en espadas que destrocen a sus verdugos, y se lanza por el viejo y desastroso camino de la fuerza bruta, los tiranos se sentirán llenos de regocijo, porque van a encontrar la oportunidad de desfogar su odio, de remachar las cadenas de las víctimas de la persecución y cargarlas con montañas de ignominia delante de todo y de todos. La actitud serena, atrevida y gallarda de los primeros mártires continúa siendo la estela luminosa que irradia hacia todos los bordes del gran camino de la historia y que llega hasta nosotros para señalarnos con precisión y exactitud la línea de conducta. El gesto de mártir ha sido en todos los tiempos el único que ha sabido, que ha podido triunfar de todos los tiranos, llámense emperadores, reyes o presidentes”.

Y en otro artículo exclama: “No habrá ni ha habido otro remedio. La Iglesia ha tenido y tiene que echar sobre sus hombros la clámide ensangrentada de los mártires. Solamente así, teñida de sangre, triunfará”.

El 12 de diciembre de 1926, fiesta de la Virgen de Guadalupe, escribía el futuro mártir: “Hoy no han caído cargas de flores sobre el altar de la Reina de Méjico. No se ha nublado el espacio con el incienso quemado a sus plantas. Hoy no se ha ensordecido la vieja torre con el voltar de las campanas. Pero hoy la Reina ha recibido la ofrenda de nuestros mártires; ha visto llenarse las cárceles con los audaces seguidores de su Hijo; ha oído resonar y temblar los calabozos con la proclamación de su Hijo, hecho en un delirio de atrevimiento santo, de osadía sagrada; y ese homenaje debe haberle bañado el rostro de llanto y debe haberla hecho sentir orgullo de sus hijos. Y seguirá la ofrenda, porque ya sabemos los católicos que hay que proclamar a Cristo por encima de las bayonetas, por encima de los puños crispados de los verdugos, por encima de las cárceles, del potro, del martirio y de los resoplidos de la bestia infernal de la persecución. Y seguirá habiendo mártires y héroes hasta ganar la batalla y dar el último asalto y llevar el ayate de la Virgen de Guadalupe, hecho bandera de victoria, hacia todos los vientos”.

Anacleto había sido constituido delegado de la famosa “Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa” en Jalisco. No era ésta una organización bélica, sino pacifista, que trataba de conseguir el fin de la persecución religiosa reinante por los medios legales, por el boicot, manifestaciones ordenadas y tranquilas, etc. Bien sabía el gobernador masón de Jalisco que Anacleto era el brazo derecho de los católicos en aquellas amargas circunstancias de sangrienta persecución religiosa.

Y, como es natural, quiso eliminarle. La noche del 31 de marzo de 1927 se hallaba Anacleto en la casa de la familia Vargas González, dos de cuyos hijos eran sus colaboradores. Al amanecer del día siguiente –1 de abril– se presentaron los esbirros del gobierno callista golpeando fuertemente la puerta de entrada. Al instante invadieron el domicilio buscando la presa. Anacleto, que había estado ya varias veces en la cárcel por causa de su apostolado, se llenó de gozo al comprobar que la hora tan ansiada de su martirio había sonado. Siguiendo el mandato de Cristo que manda huir cuando sus discípulos son perseguidos por su causa, trató de pasarse a la azotea de una casa vecina, pero al salir al patio se encontró con que los tejados habían sido ya tomados por la soldadesca. Retirándose entonces a su habitación, esperó con paz los acontecimientos, hallando el aposento lleno de soldados. Anacleto se limitó a exclamar: “Si a mí me buscáis dejad a estos dos jóvenes –los hijos de la familia colaboradores suyos– en paz”. Pero se llevaron a la cárcel a toda la familia, incluso a los niños.

Y comenzó inmediatamente el interrogatorio. Los esbirros querían saber a toda costa el paradero del arzobispo de Guadalajara, Mons. Orozco, que se hallaba oculto dentro de los límites de su obispado.

– “Dinos, fanático miserable, ¿dónde se oculta Orozco y Giménez?”.

– “No lo sé, y aunque lo supiera tampoco lo diría”.

Y comenzó la horrible tortura. Con un cuchillo le abrían surcos en la planta de los pies, causándole acervos dolores.

– “Dinos, ¿quiénes son los jefes de los Cristeros que pretenden derribar a nuestro amo y señor, el presidente Calles?”.

– “No hay más que un sólo Señor de cielos y tierra”.

Y el cuchillo sigue abriendo surcos en los pies de la víctima, colgada de las manos en el aire.

A continuación se sometió a la tortura a los otros tres compañeros, pues allí ya había sido encarcelado otro joven de la Acción Católica, sometiéndolos también a atroces sufrimientos.

Anacleto gritó a la soldadesca: “¡No jueguen con muchachos. Si quieren sangre de hombre, aquí estoy yo!”. Descolgándole entonces le asientan tan tremendo culatazo en uno de los hombros que se lo descoyuntan por completo. Luis Padilla –uno de los jóvenes de Acción Católica, y los dos hermanos Vargas flaquean en un punto vencidos por el dolor de la tortura. Anacleto los sostiene y pide él morir el último con el fin de animarles hasta el fin. Chorreando sangre por la boca, rígidas las manos, y con el hombro destrozado, comienza a exhortarles con aquella elocuencia vibrante y pasional que le era propia. Como respuesta los esbirros le mutilaron la mano derecha para hacerlo callar, aunque en vano. Simulóse a continuación un consejo de guerra, y Anacleto con sus compañeros fue condenado a muerte. El obispo de Tabasco, Mons. Vicente Camacho, comenta al respecto: “¿Y qué crimen cometió Anacleto? Anduvo luchando con las armas en Los Altos de Jalisco, contestan los verdugos. ¡Mentira!: juramos por Dios que ni una sola vez tomó parte en ninguna de las acciones bélicas de la insurrección, y retamos a que se nos dé una sola prueba de que es falso lo que decimos”.

El crimen de Anacleto era ser Delegado Regional de la Liga para la Libertad Religiosa.

Al escuchar la sentencia de muerte, Anacleto hizo públicamente este comentario: “Una sola cosa diré y es: que he trabajado con todo desinterés por defender la causa de Jesucristo y de su Iglesia. Vosotros me mataréis, pero sabed que conmigo no morirá la causa de Cristo. Muchos están detrás de mí dispuestos a defenderla hasta el martirio. Me voy, pero con la seguridad de que veré pronto, desde el cielo, el triunfo de la religión en mi patria”.

Como uno de los compañeros de martirio –el seminarista Luis Padilla– dijera que deseaba confesarse, Anacleto

le contesta: “No, hermano, ya no es tiempo de confesarse, sino de pedir perdón y perdonar. Es un Padre, no un juez, quien nos espera. Tu misma sangre te purificará”. Enseguida Anacleto hizo repetir en coro a sus compañeros el acto de contrición. Los hermanos Jorge y Ramón Vargas, apenas habían acabado de recitar el acto penitencial cuando cayeron acribillados por las balas. Luis Padilla pidió que le concedieran unos momentos para orar antes de ser fusilado. Absorto en su oración le fue hecha la descarga que le transportó al cielo.

Después que fueron fusilados sus tres compañeros de martirio, Anacleto exclamó dirigiéndose al jefe del pelotón: “General, perdono a usted de corazón; muy pronto nos veremos ante el tribunal divino; el mismo Juez que me va a juzgar a mí, será su Juez; entonces tendrá usted un intercesor en mí ante Dios”. Sus últimas palabras fueron dirigidas al pelotón de soldados que lo iba a fusilar; quienes en un principio se negaron a disparar contra él, asombrados ante tanto heroísmo. Entonces el jefe del pelotón hizo una señal al capitán que estaba al lado de Anacleto, y al instante hundió un mazo en el costado izquierdo de Anacleto, quien cayó bajo una lluvia de balas que entonces dispararon los soldados, tal vez para evitarle sufrimientos.

Anacleto pudo aún incorporarse y exclamar: “Oiga América este santo grito: Yo muero, pero Dios no muere. ¡Viva Cristo Rey!”. Y cayó muerto...

La arquidiócesis de Guadalajara acaba de introducir la causa de canonización de este valeroso campeón de la fe cristiana, modelo de jóvenes, de esposos y de padres de familia, que destaca con fuerza entre todos los mártires del laicado mejicano.

ENRIQUE FERNÁNDEZ, O.P.

La Obra de la Iglesia y la Madre Trinidad Sánchez

I. TESTIMONIO

Era una mañana del mes de abril de 1955. Sentado en mi confesonario de la iglesia del Carmen noté el paso rápido y desapercibido de una jovencita: era mi primer encuentro con la Madre Trinidad.

Todos tenemos una misión dada por Dios y que debemos cumplirla lo mejor posible. A mí me ha cabido la suerte de ser testigo de la parte más significativa de la vida de la Madre Trinidad y por lo tanto me siento con la gran responsabilidad, a la vez que con el gozo profundo, de poder ofrecer por donde paso un testimonio veraz de lo que Dios ha realizado y está realizando en ella.

La Madre Trinidad es andaluza. Transcurrió su infancia serena en una familia feliz. Cuando ella tenía 17 años, en su pueblo natal de Dos Hermanas, junto a Sevilla, Dios la invadió en un momento –era la víspera de la Inmaculada– y tomó posesión de ella definitivamente. Ella se entregó a Dios locamente enamorada de Él, y le fue fiel con perseverancia y hasta con heroísmo.

He oído más de una vez a la Madre Trinidad evocar el recuerdo del cambio obrado en su vida por este callado y poderoso paso: “De mi vida anterior –dice ella– sólo me queda como un recuerdo sombrío. Tenía entonces lo que una muchacha de mi edad podía apetecer. Pasaba la semana esperando con ilusión las tardes del domingo; y los años transcurrían aguardando la fiesta de Santiago y la romería del Valme. Después de tantos preparativos, de tanto soñar con la fiesta, de tanto trajín, se resolvía todo en un pasar veloz que sólo dejaba vacío en el alma, cansancio en el

cuerpo, y la tarea de volver a empezar para de nuevo recoger lo mismo...”.

“Aquel 7 de diciembre fue como el surgir repentino de una pujante primavera que llenó mi vida de luz y puso un colorido nuevo en todo cuanto me rodeaba. El Amor infinito se me puso delante, y como si me dijera: ‘¿Tienes necesidad de amar y de ser amada? ¡Yo soy el Amor infinito! ¿Tu corazón está sediento de felicidad? ¡Yo soy la Felicidad, la Belleza, el Poderío, la Perfección eterna...!’ Y, desde aquel día, mi alma vive en la llenura de todas sus apetencias, infinitamente desbordada en sus ansias de ser y de poseer”.

Desde entonces empezó una comunicación honda entre Jesús y ella, sin percatarse, en su sencillez, de lo extraordinario de aquello. Ella siempre sería espontáneamente refractaria a lo extraordinario. (Pero los caminos de Dios son... sus caminos).

En el año 1955 por motivos de familia se trasladó a Madrid. Sin saberlo ella, era Dios quien la llevaba para que allí fundara la Obra de la Iglesia.

Fue aquí, al llegar la Madre Trinidad a Madrid, donde quiso Dios darme la gracia, inmerecida y tan mal aprovechada, de que la conociera yo, ya sacerdote, para que pudiese ser testigo de las ulteriores acciones de Dios sobre ella, para provecho de toda su Iglesia.

En efecto, en el año 1959 Dios se derramó nuevamente sobre ella, pero no sólo de un modo extraordinario, sino en un grado singular y para mí indecible, mostrándole e infundiéndole en su espíritu –a ella sin estudios– todos los misterios de la Iglesia, empezando por la vida íntima trinitaria en cuya luz deslumbrante Dios la introdujo; le mostró el modo y la grandeza deslumbrante de la encarnación del Verbo; le mostró la maternidad divina de María que, como consecuencia, también era Madre de la Iglesia (así la veía ya en el año 59); y cómo todo remansaba en la Iglesia, Reina bellísima y Madre llena de riquezas sobrenaturales, pero también desgarrada y postrada en tierra por los pecados de sus hijos.

Allí, lo recuerdo, se ofreció por la Iglesia para consolarla; y hoy en día, en la cumbre de sus enfermedades dolorosísimas,

experimenta el gozo de haber sido aceptada por Dios y darle así a Él la expresión máxima de su amor.

El paso avasallador de Dios sobre el alma de la Madre Trinidad la dejó sellada con una misión: “la de cantar hasta morir –en expresión suya– y morir de tanto cantar la hermosura, la riqueza, la grandeza y la perfección de la Iglesia”. Misión que ella resume con el mínimo y sencillo calificativo de ser, “sólo el eco que se deja oír en repercusión del canto de la Iglesia”.

Entonces Dios la hizo “testigo”, en el profundo y riguroso sentido de la palabra, de Él mismo y de los misterios de la Iglesia, que es Dios dándose a sí mismo a los hombres, por Cristo y a través de María en su Iglesia santa. “Testigo” en sentido estricto que podría decir con los Apóstoles: “No podemos menos de decir lo que hemos visto y oído”. O como Moisés: “El que Es, me envía a vosotros”. Pues Dios no sólo la enviaba a los hijos de su pueblo, sino que la forzaba, venciendo la resistencia que ella oponía, como Jeremías que clamaba: “Señor, fuiste más fuerte que yo, y me venciste”.

Por eso la hacía Dios “Profeta”, en la dimensión profunda de la palabra –lo garantizo comprobadamente–, pues lo que transmite no es simple redundancia de lo que abunda en su espíritu, sino que es por un encargo apremiante e irresistible de Dios de comunicar a su Iglesia lo que Dios le manifiesta. Y no precisamente curiosidades particulares, sino los planes eternos de Dios sobre su Pueblo santo.

Un fuego que le abrasa las entrañas del alma, una fuerza contra la que no puede resistir ni luchar; empuja a la Madre Trinidad a decir que...: “Urge presentar el verdadero rostro de la Iglesia, desconocida por la mayoría de sus hijos”; que “hay que reavivar y recalentar el dogma”; que “es necesario coger la Teología y darla en el amor a todos los hijos de Dios”; que “el seno del Padre está abierto esperando la llenura con la llegada de todos sus hijos”; que “hay que hacer una revolución cristiana en el seno de la Iglesia...”

Y fue en ese mismo año 1959 en el que Dios le hacía ver la necesidad de esta profunda renovación en la Iglesia, para que, quitando tanta mancha como los hombres ponemos con

el paso de los tiempos sobre el rostro de ella, pueda la Iglesia mostrar su verdadera riqueza y hermosura ante el mundo. Esta será la única manera de que vuelvan los hermanos separados y de que los no creyentes se conviertan y ante la luz fascinante de la Iglesia, nueva Jerusalén, vengan todos a “formar un solo Rebaño y un solo Pastor”.

Para esto, y aquel mismo año, el Señor le mostró el puesto insustituible de Pedro en la Iglesia y le infundió un amor y unión entrañable al Papa y también a sus “Obispos queridos”, como ella los llama, siempre que estén en plena comunión con el Papa.

Dios la hizo tan Iglesia, que más de una vez la oí exclamar con todo su ser: “Si a esto que Dios me ha metido en el alma la Iglesia por un imposible me dijera que no, me arrancaría el alma, y diría lo mismo que la Iglesia: porque yo más que alma soy Iglesia”.

En una palabra: Dios hizo a la Madre Trinidad “el Eco de la Iglesia”, que ella misma explica: “Yo sólo soy su eco: el eco no tiene consistencia propia; sólo repite fielmente lo que dice la Voz”. Y yo digo: sí, solamente es eso; pero no es nada menos que eso: el Eco fiel de la Iglesia. Y todos debemos –como dice el Evangelio– alegrarnos ante su luz”, y agradecer a Dios que nos dio vivir en esta “hora”.

Enriquecida, pues, día tras día con luces y gracias carismáticas para la Iglesia, la Madre Trinidad sintió en 1963 cómo Jesús le pedía que le hiciese la Obra de la Iglesia. Ella se resistió cuanto pudo, hasta que vencida por Él, se lanzó a hacerla.

La hizo ella sola. Pero fue Jesús quien “lo hizo todo aquí descaradamente”, como él mismo le anunció veladamente, apenas llegada ella a Madrid (el 8 de marzo del ‘56) y sin entender claramente a qué se refería; pero sí comprendiendo que sería una cosa distinta de las demás.

La primera respuesta confirmativa la recibiría de la Santa Sede en 1990, cuando, después de haberla aprobado anteriormente nueve obispos, daba a la Obra de la Iglesia una aprobación singular y única, como “nueva forma de vida consagrada”. “¡Dios es fiel!”: lo que Jesús le prometió, Pedro

se lo confirmó. Y ahora Pedro, que se llama Juan Pablo II, espera encontrarse pronto con la Madre Trinidad y con su Obra de la Iglesia en Roma... si es que Dios no le pide estar –ausente –pues Él no le ahorra nada– mediante la gran enfermedad que la domina. Ella no contagia a nadie, pero cualquier cosa la contagia a ella. Parece como si la tierra no le diese albergue, y sólo el cielo la reclamara ya.

Mientras tanto repito a todos: “ ¡Ojalá escuchéis hoy su voz!”.

La misión que el Padre dio a Jesús es la obra que consumó en la cruz. Esa misma obra es la que tiene que continuar la Iglesia. Y esa misma obra se la encomienda a la Madre Trinidad para que la realice junto a los sucesores de los Apóstoles. También ella la está consumando en la cruz, allá en Roma, donde Dios la ha llevado, junto a la Sede de Pedro, donde ella quiere vivir y morir. Desde joven decía: “Cantaré todas tus maravillas a las puertas de la Hija de Sión”. Y así la hemos oído decir: “¡Ayudadme a ayudar a la Iglesia!”.

No quiero pedirle nada a nadie, sino que se aprovechen todos del tesoro que Dios ha puesto en la Madre Trinidad y que Él lo ha destinado a toda la Iglesia. Y no queremos retenerlo sólo como nuestro en la Obra de la Iglesia, para que en el día del Señor no se nos recrimine haber escondido la luz bajo el celemín.

Termino con estas palabras profundas de la Madre Trinidad:

“¡Yo sólo soy Iglesia! Para eso nací... Y mis hijos conmigo... Somos el eco sangrante de la Iglesia herida, el eco vibrante de su canción, y el eco viviente de su vida. Esta es nuestra misión”.

JULIO SAGREDO VIÑA

Director de la Rama Sacerdotal Testimonio

Información

Causa de Canonización del P. Arintero

Tiempo de espera

A veces llegan peticiones de información sobre el estado en que actualmente se encuentra la tramitación de la Causa del P. Arintero.

La Causa ha superado ya todas las etapas de carácter mas o menos local. Las noticias sobre ella se producen en Roma o han de ser confirmadas allí.

En Salamanca todo terminó en Mayo de 1991, con la impresión de la “*Positio*” y su envío a Roma. Una vez allí, el Postulador General de la Orden Dominicana, P. Innocenzo Venchi y el Relator, P. Michele Machejek, OCD, redactaron el Informe de aceptación, por lo que a ellos afectaba, y de presentación-entrega a la Congregación para las Causas de los Santos. El acto de entrega tuvo lugar el 28 de Enero de 1992. Desde entonces no se ha producido ninguna noticia nueva en lo referente a tramitación.

Como el tiempo transcurrido es ya más largo de lo corriente, pensé que sería bueno pedir informes, porque el solo hecho de pedir es ya un toque de atención; cuando menos obliga a pensar que la Causa está pendiente de estudio y que lleva ya largo tiempo de espera.

Con fecha 13 de Setiembre de 1995 me dirigí al Postulador General, P. Innocenzo Venchi, para pedirle información. El respondió en Carta del 16 de Octubre de 1995, en la cual, a propósito del P. Arintero, me dice lo siguiente:

“Su carta del 13 de Setiembre hace algunas preguntas a las cuales doy respuesta. Sobre la Causa del P. Arintero he hablado en mi Relación ante el Capítulo General [celebrado en Caleruega, Burgos] juntamente con la referente a los Mártires de España de 1936”.

Esto precisamente me crea una situación un poco embarazosa para pedir su discusión [la de la Causa del P. Arintero] por parte de la Congregación para las Causas de los Santos. Cada año la Postulación puede presentar petición de discusión de Causas.

Para los mártires la vía es más expedita, porque, una vez reconocido el martirio, se llega inmediatamente a la beatificación. En relación con el P. Arintero, como no se dispone todavía del milagro reglamentario, no es mucho lo que puedo empujar.

Como regla general, para los no-mártires se da preferencia a las Causas que, contando ya con un milagro, pueden continuar después del reconocimiento de las virtudes.

En todo caso, la Causa del P. Arintero es una Causa que sobresale, y cuenta ya con una "*Positio*" a la altura del personaje.

Me siento muy contento de que Vd. pueda seguir trabajando intensamente. Agradezco sus publicaciones recientes y le repito mi acción de gracias por la redacción de la "*Positio*". Muy cordialmente Fr. Innocenzo Venchi, O.P. Postulador General.

Todo está perfectamente claro. Los mártires tienen preferencia. La merecen con holgura. Juan Pablo II se siente muy feliz de poder tributar a distinguidos miembros de la Iglesia los honores de los altares. Confiemos que, a pesar de todas las esperas, la Causa del P. Arintero llegará felizmente a término.

ARMANDO BANDERA, O.P.

Bibliografía

Nuevo Diccionario de Moral Cristiana. Dirigido por Hans Rotter y Günter Virt. Trad. del alemán por Claudio Gancho. Editorial Herder. Provenza 388. 08025 Barcelona 1993. 17 x 24. 629 pp.

Un Diccionario bueno en contenido y en planteamientos gestado en el ámbito austríaco, redactado por 56 especialistas de lengua alemana y dirigido por dos profesores de Moral en Innsbruck y Viena, respectivamente, cuya intención es actualizar el conocido *Diccionario de Moral Cristiana*, dirigido por Karl Hörmann, y publicado también por la Editorial Herder en su traducción española y primera edición el año 1975. El Nuevo Diccionario, dedicado a la memoria de K. Hörmann, recoge en 176 conceptos la tradición de la moral católica en sus fuentes y en sus perspectivas actuales. Advirtiendo las dificultades especiales que presenta hoy el adentrarse en muchas cuestiones morales, es de agradecer una visión de conjunto serena y actualizada como la presente, donde se recopilan y se sistematizan también las reflexiones posconciliares sobre la materia, incluidos los temas últimos de bioética. El tratamiento del concepto Teología Moral, por ejemplo, es excelente.—*Pedro Fernández, O.P.*

GUY BEDOUELLE, *La historia de la Iglesia*. EDICEP (Almirante Cadarso, 11. 46005 Valencia), 1993. 290 p.

Esta no es una historia de la Iglesia en el sentido corriente de la palabra historia. El autor ha preferido presentar una serie de 'estampas' de la Iglesia, correspondientes a tiempos diversos, cada uno de los cuales tiene características propias y lanza a la Iglesia su especial desafío. Después de los tres primeros capítulos, que tienen, hasta cierto punto, un carácter introductorio, la palabra *desafío* se convierte en algo así como el elemento estructurante: aparece en el título de los capítulos IV-XIII: el desafío de los bárbaros, el desafío feudal, y así hasta el desafío de las culturas, de que se ocupa el capítulo 13. Los dos capítulos siguientes se sitúan en terreno ecuménico y estudian la relación con las confesiones 'orientales' —incluyendo también temas relativos al islam—, junto con otros sobre católicos de diversos ritos; el otro está destinado a las confesiones surgidas de la Reforma del siglo XVI, añadiendo algunas cuestiones relativas a ecumenismo. Son capítulos bastante complejos. El último capítulo se pregunta si es posible descifrar teológicamente la historia de la Iglesia; consta de unas pocas páginas (267-276), en que se da cuenta de diversas teorías y que terminan con una oración dirigida al "Señor Jesús" que quiso "entrar en nuestra historia" y a quien se pide inteligencia para buscar y exponer "siempre lo que es verdadero".- Este nuevo modo de hacer historia resulta más sugerente. Mi problema es que no sé si los alumnos de los cursos de teología a los que el libro quiere prestar un servicio, serán capaces de enlazar los temas tratados en los diversos capítulos.—*A Bandera, O.P.*

CÁNDIDO POZO, *La venida del Señor en la gloria*. EDICEP (Almirante Cadarso, 11. 46005 Valencia), 1993. 228 p.

Es un libro que, hasta cierto punto, equivale a lo que antes se llamaba tratado sobre los novísimos. Comienza exponiendo el tema de la resurrección de Cristo como punto de partida para poder hablar de la resurrección de los hombres. Una vez asentado el hecho de la resurrección, viene el estudio del momento en que tendrá lugar, con su doble perspectiva, la del Antiguo Testamento y la del Nuevo, que es también determinante en relación con otro gran problema: el momento en que la persona humana empieza a disfrutar de la bienaventuranza; ésta, a su vez, es inseparable de cuestiones como el purgatorio –al cual el libro se refiere bajo el título de purificación postmortal del alma– la posibilidad y los modos de comunicación con quienes nos precedieron, y otras análogas. Uno de los temas que hoy resultan especialmente atrayentes y, a la vez conflictivos, es el de la antropología subyacente a la escatología cristiana; la discusión es antigua, y para no pocos teólogos cobró nueva viveza con ocasión de la definición dogmática del misterio de la asunción de María. Todas estas cuestiones eran tratadas ya en libros de teología de años pasados, aunque no siempre con el mismo orden, ni el mismo encuadramiento. Este libro añade otros complementos nuevos, entre los que se cuentan lo relativo a la reencarnación, la valoración de la vida humana a la luz del designio divino de salvación, el modo como la escatología se hace presente en la liturgia. Los temas son estudiados siempre con profundidad, con abundante documentación bíblica, y con aguda atención a la última novedad sobre opiniones de los teólogos respecto de cada punto. Este conjunto de excelentes valores es lo que me hace menos explicable el modo de entender Ap 6, 11, que es interpretado como si se refiriese a la resurrección: a su aspecto colectivo (cf. p. 59-60). Reconozco que en temas bíblicos no tengo ninguna competencia, pero entiendo que en el pasaje citado se trata de la persecución, la que los cristianos sufren bajo el imperio romano y que no cesará hasta que se complete el número de mártires de ese tiempo de persecución, cuya duración es desconocida para el hagiógrafo, el cual se refugia en las expresiones de Daniel –un tiempo, dos tiempos y medio tiempo– o en otras equivalentes. Esto, sin embargo, no pasa de ser un pequeño detalle.—A. *Bandera, O.P.*

DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA, *San Famiano. Un alemán, cisterciense de Oseira*. Xunta de Galicia 1993. 92 p.

Oseira es un monasterio cisterciense que se encuentra en la provincia de Orense. Allí, en los comienzos mismos de la reforma introducida por San Bernardo, vivió San Famiano, venido de muy lejos, atraído por la poderosa corriente que, de todas artes, llevaba peregrinos a Santiago. El libro está editado con gran elegancia. Papel óptimo, numerosas y bellas ilustraciones, principalmente del monasterio de Oseira, pero también de otros monumentos relacionados con el cister. Todo se lee con verdadero placer, y sólo se lamenta que el texto sea corto. Un Santo antiguo que hoy sigue siendo actual y que continúa atrayendo a Santiago numerosos peregrinos.—A. *Bandera, O.P.*

VARIOS, *El Hermano Rafael, joven y santo. Madurez humana y sobrenatural*. Toledo 1993. 110 p.

El Hermano Rafael ha sido ya beatificado. En pocos años escaló las cimas de la santidad. Sus escritos son de la más alta calidad espiritual,

e incluso literariamente pueden competir con lo mejor de nuestra lengua. Gracias a sus escritos, este joven continúa ejerciendo un intenso apostolado, dentro del cual entra un tema hoy bien importante, que es el de atraer vocaciones a la vida contemplativa. quien tenga ya su vocación asimilada y permanezca firmemente en ella siempre encontrará en estos escritos un sólido alimento espiritual. Se podría decir –dejando a un lado por un momento el ordinario sentido del término– que Rafael es ya un *clásico* de nuestra espiritualidad. En este libro varios autores, que han escrito ya muchas cosas sobre Rafael, han querido ofrecernos nuevas riquezas de su doctrina. El P. Damián Yáñez trata de la vida de Rafael en familia. Don. Rafael Palmero, obispo auxiliar de Toledo, estudia algunas características de la psicología de Rafael, que es definido como “consagrado, alegre y feliz”. Don. Miguel Angel González presenta a Rafael como modelo de joven. Por último, Don. Evencio Cófreces habla de las virtudes humanas de Rafael, es decir, del modo como Rafael coordinaba su vida sobrenatural con un comportamiento humanamente irreprochable; era la elegancia y la finura personificadas.—A. *Bandera, O.P.*

DUQUE DE MAQUEDA, *Un secreto de la Trapa. Bto. Hermano Rafael*. 4.^a ed. El Monte Carmelo, Burgos 1993. 260 p.

El Duque de Maqueda, Leopoldo Barón Torres, fue tío del Bto. Rafael y su primer biógrafo. Es admirable el acierto con que captó lo más característico de la espiritualidad de este joven trapense que entonces era simplemente un estudiante de arquitectura y que terminó sacrificando su carrera en aras de una vocación sentida con apasionamiento, y que, a la vez, encontró enormes dificultades humanas para hacerla efectiva. Una implacable enfermedad le impidió ser monje en plenitud legal, pero fue también un principio de purificación que, si vale la expresión, hizo de aquel muchacho, físicamente arruinado, una criatura muy parecida al ángel en la santidad y en la heroica fidelidad a vivir ‘cantando’ en medio de cualquier sufrimiento. No se terminaría nunca si se quisiera ponderar todos los aciertos de esta biografía. El Duque tuvo verdadera intuición respecto de la calidad espiritual de su sobrino. Esto puede extrañar en lo humano; sin embargo tiene una cierta explicación en el hecho de que el Duque era también un hombre que extraordinaria virtud que sintonizaba con su sobrino. No es frecuente que un biógrafo tan cercano a los hechos y, además, tío del protagonista tenga una comprensión tan clara de las cualidades típicas de éste. Una cosa que llama gratamente la atención es el abundante uso que hace de la correspondencia de Rafael, de la cual reproduce largos párrafos. Esta obra, ya de suyo tan valiosa, queda realzada con una larga introducción (p. 5-28), que informa ampliamente sobre la personalidad del Duque y de su frecuente trato con monjes trapenses. Añadase a todo que el libro está bellamente escrito y se lee con verdadero placer. Confiemos que seguirá haciendo fruto como lo viene haciendo desde el principio.—A *Bandera, O. P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

El anhelo de la Pascua

Nosotros que nos preparamos para la gran solemnidad de la Pascua, ¿qué hemos de hacer? ¿Qué camino hemos de seguir? Al acercarnos a esta fiesta, origen de todas las demás, ¿a quién hemos de tomar por guía? Es necesario en nuestra vida espiritual entrar en la experiencia sabrosa de aquellas palabras de Jesús: *“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”* (Lucas 22, 15). Es decir, necesitamos descubrir durante la Cuaresma el deseo y la necesidad de celebrar la Pascua de Jesucristo, gloria de Dios y salvación nuestra. *“Estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los gentiles y a los sumos sacerdotes y a los escribas, para que lo azoten, se burlen de él y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará”* (Mateo 20, 18-19). Es la hora de Jesús, cuando nos amó hasta el extremo; cuando fue entregado a la muerte por el desamor de Judas, uno de los comensales, uno de nosotros. El misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo será un silencio mortal, quizá un escándalo, mientras la fe, vivificada por los dones del Espíritu Santo, no nos introduzca en lo profundo de la voluntad divina.

La Pascua no es una reflexión, sino una *celebración*. ¿No vamos a hacer fiesta ante el anuncio de la Pascua en la que el Señor fue inmolado? Jesucristo es Dios, templo, sacerdote y víctima. El sacrificio que nos reconcilia; el sacerdote por cuyo medio nos reconciamos; el templo en el que se celebra el

reencuentro; y Dios con quien nos reconciamos. Nosotros nos deleitamos y nos alimentamos con la sangre preciosa de Cristo, como de una fuente; y con todo estamos siempre sedientos, siempre sentimos una ardiente necesidad de esa sangre. Volviendo a nosotros, nos mostrará su rostro; y nos salvaremos y quedaremos saciados, y eso nos bastará. El Mesías tenía que padecer hasta convertirse en el caudillo de nuestra salvación, perfeccionado y consagrado con sufrimientos. “¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?” (Lucas 24, 26). Es preciso entrar en la entrega plena de Jesús a la voluntad del Padre y en el gozo de su espíritu al experimentar la muerte en Cruz. ¿Acaso no fue la muerte para Jesús el entrar en la gloria que tenía cabe el Padre? ¡Y no vamos a alegrarnos nosotros cuando al ser glorificado Jesús nos hace partícipes de su mismo Espíritu Santo, quedando iluminada nuestra vida!

Nosotros hemos de celebrar esta fiesta de Pascua en la *plenitud del Evangelio*, de manera que lleguemos a beber en plenitud la copa de la vida de Cristo y a comprender plenamente la Palabra de la Vida. Salgamos al encuentro de Cristo, que corre presuroso hacia su venerable y dichosa Pasión, para obedecer en plenitud al mandato del Padre. El que sube libremente a Jerusalén es el mismo que bajó espontáneamente al seno de la Virgen, y nació pobre en el portal de Belén. Llega manso y humilde para salvar a los hombres, levantando poderosamente consigo a los que yacíamos en lo profundo de las tinieblas y la desesperación. Acompañemos a quien por el perdón de nuestros pecados sube al Calvario; postrémonos en la disposición más humilde que sepamos ante el dueño de toda la tierra y cielo; tal vez percibamos algo de este Dios que nunca se deja ver plenamente por el hombre. Alegrémonos porque el Señor ha llegado hasta nosotros, para que nosotros lleguemos hasta él. Descendió de lo más alto de los cielos hasta lo más ínfimo de la tierra, para elevar al hombre desde la ínfima vileza del pecado hasta la misma filiación divina.

Estupendo es lo que Dios nos ha prometido y esperamos en el cielo; pero mucho más grande es *el misterio que ahora celebramos*, actualizando lo que El ha hecho por nuestra

salvación. Lo que ya se ha realizado, la muerte cultural de Dios por el hombre, es más misteriosa que la esperanza de vivir un día con Dios en su reino. El Señor ha realizado dos cosas antes imposibles: que Dios pudiera morir, y que el hombre pudiera vivir. Para ello, Dios se hizo hombre, y hecho hombre sin dejar de ser Dios hizo al hombre hijo de Dios. Por lo tanto, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte de Cristo en la Cruz, sino que hemos de gloriarnos en ella por encima de todas las cosas, y hemos de confiar plenamente en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Confesemos intrépidamente que Cristo fue crucificado por nosotros, y hagámoslo no con miedo, sino con júbilo, no con vergüenza, sino con santo orgullo. El Apóstol Pablo, el enamorado de quien lo había salvado de sí mismo, exclamaba: *“Dios me libre de gloriarme si no es en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo”* (Gál 6, 14).

Este es el misterio de la Pascua de Cristo, quien un día en el reino del Padre nos revelará y descubrirá plenamente lo que ahora nos muestra sólo en el sacramento. Bendigamos al que viene en nombre de Dios. Sacrifiquemos no jóvenes terneros y corderos con cuernos y pezuñas, más muertos que vivos, sino *inmolémonos nosotros mismos a Dios*, ofreciéndole cada día nuestro ser entero, con todas nuestras acciones. Es preciso imitar no sólo los ejemplos de mansedumbre, humildad y paciencia de Cristo, sino incluso su muerte. Sepultémonos con Cristo por medio del Sacramento del Bautismo, rompiendo con la anterior vida de pecado. Estemos dispuestos a todo por causa de Jesucristo: imitemos su pasión con nuestros padecimientos, honremos su sangre con nuestra sangre; subamos decididamente a su Cruz. Así estaremos preparados a ofrecer el verdadero sacrificio de alabanza sobre el altar del templo, reflejo del altar del cielo. Son los ángeles los que nos contemplan; son los santos los que animan. Si eres discípulo del Crucificado, toma la Cruz y síguelo; si estás crucificado, mira a quien por ti antes se dejó crucificar; si es despreciado por tus pecados, adora a quien sin culpa propia fue tratado como un malhechor. Muriendo la muerte de Cristo llegarás un día a su resurrección; así sacarás provecho de tu propio pecado. Entra en el paraíso con Jesús Victorioso y goza los

bienes de los que el pecado te privó. Llega pronto al sepulcro, quizás seas tú uno de los que veas a Jesús.

La *Cruz Gloriosa* de nuestro Señor Jesucristo irradia la gloria de Dios, llenando el cielo con la tierra y la tierra con el cielo. ¡Oh admirable poder el de la Cruz! ¡Oh inefable gloria la de la pasión! En ella podemos admirar el tribunal de Dios, el juicio del mundo, y la gloria del Crucificado. La pasión del Salvador es la vida de los hombres. Para esto murió el Señor por nosotros, para que, creyendo en él, llegáramos a vivir eternamente. Ésta es la gracia de estos sagrados misterios; éste es el don de la Pascua; éste, el contenido de la fiesta anhelada durante todo el año; éste el comienzo de los bienes futuros. En la Cruz de Jesucristo, tenemos la fuente de todas las bendiciones, el origen de todas las gracias, el signo claro del amor divino, el sacramento de la gracia y la prenda de la vida futura. Los fieles encuentran en la Cruz fortaleza en la debilidad, gloria en la confusión, vida en la muerte. Aquí está la razón de nuestra esperanza: Cristo vino a este mundo para salvarnos de los pecados. En esto consiste el verdadero júbilo pascual, la genuina celebración de la gran solemnidad, en vernos libres de nuestros pecados. Para experimentar tal transformación tenemos que esforzarnos en reformar nuestra conducta y en meditar asiduamente en la quietud del temor de Dios, principio de nuestra sabiduría.

La Pascua nos enseña a contemplar con los ojos del espíritu y del corazón a *Cristo Crucificado* y a celebrar con fe y en acción de gracias por todo el universo de la tierra el memorial de la Carne de Cristo, que él ofreció por nosotros, y el sacramento de su sangre derramada por nosotros. Toda la tierra se estremeció ante la Cruz de Cristo, y nuestras mentes y nuestros corazones, aunque sean duros como la piedra, se romperán un día y aparecerá lo que dentro de ellos haya. Todos hemos sido convocados a este misterio de la Cruz: los hombres y los ángeles, los infieles y los fieles, los pecadores y los buscadores de Dios. Dios quedó plenamente complacido en la muerte amorosa de su Hijo y, compadecido inmediatamente de todos los hombres, otorga el perdón a quien se lo pide. Desde ahora, el hombre puede regresar al paraíso, pues las

tinieblas del pecado han sido destruidas por la fortaleza de la luz. No permitamos que la soberbia de la vida y las ocupaciones bellas de este mundo nos distraigan, apartándonos del empeño en conformarnos con Jesucristo Crucificado. Es preciso que lo que sucedió a la Cabeza acontezca también en el Cuerpo de la Iglesia. Aprovechemos este anuncio pascual, pues ¿quién dejará de redescubrirse a sí mismo en un Dios que, acogiendo en sí mismo la condición humana, se dejó humillar en la Cruz? ¿Quién dejará de hacer fiesta ante la experiencia del perdón de los pecados, si Dios murió por nosotros siendo todavía pecadores? ¿Quién no ha soñado alguna vez en salir de la postración en la que nos dejaron nuestros pecados y de las frustraciones de nuestras esperanzas nunca, gracias a Dios, conseguidas?

El *fruto espiritual* de la Pascua no está limitado a un tiempo, ni tampoco conoce el ocaso, pues goza de una virtualidad continuada en aquellos en quienes, al estar la mente iluminada y el corazón inflamado, desean a Dios y buscándolo lo encuentran en la Palabra, en los Sacramentos, en la Comunidad y en los hombres y mujeres que nos hablan de Dios o necesitan les hablemos de Dios. Esta fiesta nos sostiene en medio de las miserias de este mundo, pues nos reúne espiritualmente y en todas partes en una sola asamblea, haciéndonos capaces de estar juntos, orando y dando gracias al Señor, como es ley de toda fiesta cristiana. Este es el signo de los discípulos: reunirse los que están lejos y juntarse en una misma fe los que están corporalmente separados, de modo que seamos capaces de no avergonzarnos del nombre y de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, caminando por sus mandamientos y advirtiendo en la humildad preciosa de su Cuerpo y de su sangre inocente, templo construido por el mismo Dios, el principio y la consumación de nuestra salvación.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Uvas, vino y sangre

Via Sanguinis en 12 estaciones

Para el evangelista Juan, los prodigios que Jesús realiza no son sólo milagros; son algo más. Para Juan son *signos* que encierran en sí misterios muy profundos, que revelan quién es Jesús e invitan a creer en El. Para Juan, este primer prodigio en el que Jesús, a indicación de su Madre, convierte el agua en vino y saca así del apuro a unos novios en el banquete de su boda, es un *signo* de realidades más profundas.

Los novios en apuros son la humanidad en apuros. A aquellos les falta el vino; a ésta le falta la salvación. Jesús entrega a los novios abundante y excelente vino. Jesús entrega a la humanidad una salvación abundante y de la mejor calidad, que Dios había reservado para el final. Este signo ocurrido al comienzo de la vida pública de Jesús anticipa el momento de la cruz, en el que del Costado de Cristo brotará a raudales abundante la salvación. Y en ambas ocasiones está presente María.

¿En qué estado se encontraban los hombres antes de la venida de Cristo? Podemos decir que los hombres estaban faltos de vino: no tenían vino (cf. Cabodevilla, J. M., *Cristo vivo*, BAC, Madrid 1963, pp. 172-180). El profeta Joel se lamentaba, exclamando: *“El Vino se ha perdido...; se ha secado la viña”* (1, 10.12). Y sin vino los hombres estaban tristes, porque según sentencia el Salmo: *“el vino alegra el corazón del hombre”* (104, 15). Los hombres iban, según el profeta Isaías: *“lamentándose por las calles; exclamando: Ya no hay vino; cesó todo gozo; se desterró de la tierra la alegría”* (24, 11). Seca la viña, la alegría de los hombres también estaba seca.

Las edades y los siglos se fueron sucediendo sin vino y por ello sin alegría. Pero en medio de aquel infortunio

alimentaban los hombres la esperanza de volver a tener vino y con el vino alegría. Amós el profeta, les decía: “*Vienen días... en que los montes destilarán mosto y correrá el vino por todos los collados*” (9, 13). Isaías, por su parte, excitaba en los hombres el ansia de vino, diciéndoles que Dios estaba preparando para ellos “*un festín de vinos generosos, selectos, clarificados*” (25, 6). Así se encontraban los hombres antes de la venida de Cristo: sin vino; faltos de alegría; pero con la esperanza de volver a tener vino y con el vino alegría.

Un día los hombres, admirados, se preguntaron: ¿Quién es ese varón, que sin haber vino trae los vestidos teñidos de colorado como si hubiera pisado la uva y la carne roja como si hubiera estado en un lagar? ¿Quién es ése? (cf. Is 63, 1-3; Gn 49, 11). Es aquél que un día oyó decir a su Madre: “*No tienen vino*” (Jn 2, 3); y solo, completamente solo, se ha metido en el lagar y ha pisado la uva, para que los hombres tengan vino y con el vino alegría.

Sangre, que no vino, es la causa de la verdadera alegría del hombre. Sangre, pero no cualquier sangre, sino aquélla que brotó a raudales del Costado abierto del Crucificado (cf. Jn 19, 31-37). Sangre, pero no cualquier sangre, sino aquélla que es más elocuente que la de Abel, pues clama que el amor es más fuerte que la muerte (cf. Heb 12, 24).

Es la Sangre Preciosa de Cristo con la que nos ha lavado nuestros pecados (cf. Ap 1, 5; Mt 26, 27; Mc 14, 23-25; Ex 24, 8; Heb 9). Es la Sangre Preciosa de Cristo, prenda para los hombres de vida y alegría eternas (cf. Jn 6, 54-55). Es la Sangre Preciosa de Cristo, real y en verdad presente en la Eucaristía, que hace que el enemigo pase de largo cuando la ve brillar en nuestros labios (cf. Ex 12, 21-27).

De esta breve contemplación sobre la Sangre de Cristo, brotan *tres* lecciones de vida cristiana.

Una primera es de índole moral

Todo ser humano, hombre o mujer, tenemos un valor incalculable. Hemos costado mucho; se ha pagado por nosotros un precio muy alto (cf. 1 Cor 6, 20). Nada de oro ni plata, dirá San Pedro, sino Sangre (cf. 1 Pe 1, 18-19). Valemos lo

que vale la Sangre de Cristo, que precio no tiene, por eso es preciosísima. Debemos vivir de tal manera que no hagamos inútil en nosotros la Sangre de Cristo y debemos tratar a los demás conforme a su dignidad.

La segunda es de índole misionera

Nosotros tenemos vino de la mejor calidad y en abundancia. La Sangre de Cristo nos baña por todas las parte. La feliz marea de su Sangre ha llegado a la orilla de nuestra playa. Tenemos salvación y por ello estamos alegres.

Muchedumbres de toda nación, raza, pueblo, lengua; muchedumbres inmensas que nadie puede contar suspiran por este vino; anhelan poder blanquear sus vidas en la Sangre del Cordero Bendito (cf. Ap 5,), 7, 9-14). Debemos servir generosamente este vino a todos.

Y la tercera es de índole reparadora

Desde que la puerta de la *interior bodega*, que es el Corazón de Cristo, se abrió, no ha dejado de salir vino para todos los que buscan saciar su sed de alegría. Del Corazón de Redentor no deja de brotar Sangre. Muchos la ignoran; muchos la olvidan; muchos la desprecian; muchos la combaten; muchos la profanan. Sólo el bien podrá reparar el mal. Y en nuestras manos queda esta tarea.

Cuando los hombres vieron a Jesús como un Cordero inocente antes de partir hacia el matadero, exclamaron. “*Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*” (Mt 27, 25). Porque sabemos de la eficacia de esa Sangre, los creyentes podemos hacer oración este grito.

“Uvas, vino y sangre” viene a ser un “*via sanguinis*” en doce estaciones. El recorrido pausado y orante de cada una de ellas puede ayudar al que lo haga acrecer en adhesión personal a Cristo Redentor y en compromiso evangelizador.

Con este doble propósito lo he escrito y lo ofrezco a otros.

1.^a Estación: *En la última cena*

“Venid y... bebed el vino que he mezclado” (Prov 9, 5).

En aquella tarde memorable, en la *última cena* con los tuyos, habiendo amado hasta el extremo, hablas como Vid verdadera a tus sarmientos. Les haces una sugerente invitación: *“Tengo el vino preparado; venid a degustarlo”*.

Con todo lujo de detalles haces saber a los tuyos las características del vino que has preparado: *“Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados”*.

Habla la Vid a los sarmientos: *“Lo mío es vuestro; quiero compartir con vosotros lo mejor de mí; la savia que corre por mis venas”*.

La mesa ha quedado servida con el mejor de los vinos. La invitación está ahí. Si le dejamos plantado con la mesa puesta, nos privaremos del efecto bienhechor de tal vino. Tú te lo pierdes y a él le entristeces.

2.^a Estación: *Sudor de Sangre*

“...Venid, pisad, que el lagar está lleno y las cavas rebosan” (Joel 4, 13).

Todo está preparado: el lagar hasta el borde y las cavas a rebosar. Sólo queda que entres con los pies desnudos a pisar los racimos. En cuanto lo hagas cada poro de tu piel empezará a sudar vino.

Sudor de Sangre en medio de la noche en un huerto de olivos. Sabes bien lo que te espera. Estás dispuesto, pero la carne no acompaña. Hay una copa de vino que has de consumir.

Entras en el lagar y empieza la faena; y las primeras gotas de mosto rojo van coloreando tu carne: los amigos que se duermen; uno de los tuyos que te traiciona; un puñado de compatriotas que te detienen; tu pueblo que te rechaza.

Sólo ese vino podrá reconciliar a la humanidad con Dios; por ello, no te detengas y sigue pisando la uva.

3.^a Estación: *Agua para el gobernador*

“Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden” (Jn 15, 6).

El gobernador romano en Palestina y tú os habéis quedado solos, cara a cara. Tu Sangre bienhechora le ha salpicado. Alguien grita: *“Agua para el gobernador”*. Y el pobre Pilatos se lava.

Tú eres la Vid verdadera y quisiste injertarle en ti. Deseabas aportarle los nutrientes que guardas en tu cepa y se resistió. No quiso permanecer en ti y se secó como lo hacen los sarmientos podados.

Cortar con la Vid es cortar con la Vida. Permanecer en la cepa es disfrutar de la savia que corre por ella.

Romper contigo es cerrarse toda salida de futuro; es secarse y venir a ser leña para el fuego del invierno. Sigue manchándonos con tu vino y no permitas que nos lavemos como Pilatos.

4.^a Estación: *Espinas por corona*

“...pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora” (Jn 2, 10).

¡Qué buen negocio has realizado! Te mataste para ganarlo todo y lo conseguiste. Y ¡qué buen negocio hemos hecho nosotros!, pues todas tus ganancias han venido a parar a nuestra cuenta.

Tuviste que hacer una elección y escogiste para ti *espinas por corona* y a nosotros, en cambio, nos coronaste de gloria y dignidad.

Sacaste al final el mejor de tus vinos, al darnos lo mejor de ti: tu Sangre. Lo tenías bien guardado en un lugar secreto de tu bodega.

Largo tiempo tuvimos que esperar para recibir aquella corona, para degustar este vino. Pero mereció la pena tan larga espera, ya que nunca es tarde cuando la dicha es tan buena.

5.^a Estación: *Una cruz a la espalda*

“Le agarraron, le mataron y le echaron fuera de la viña”
(Mc 12, 8).

Allí, en lo alto de un monte, había que trasplantar una cepa para que todos pudieran disfrutar del mosto de sus uvas.

En la ciudad no se estimaban tus racimos ni el vino que de ellos se obtenía. Y te echaron de la ciudad y lloraste por la ciudad y saliste de ella con *una cruz a la espalda*.

Arrancaste la cepa y cargaste con ella. El camino hacia el monte no iba a ser fácil. Lo conseguiste y allí, extramuros de la ciudad y a la vista de todos, plantaste la cepa para que todos –ciudadanos y extranjeros– se guardaran a su sombra y pudieran disfrutar de sus frutos.

Tu expulsión nos obtuvo la ciudadanía de tu Reino. Tu Sangre nos devolvió los derechos. Derribaste el muro para hacer del mundo tu ciudad.

6.^a Estación: *Una mano amiga*

“Llegaron al valle de Eškol y cortaron allí un sarmiento con un racimo de uva, que transportaron con una pértiga entre dos...” (Núm 13, 23).

Ardua se presentaba la empresa: transportar un pesado sarmiento para que plantado en lo alto de un monte, llegado el tiempo, pudiera el mosto correr –ladera abajo– por las torrenteras para alegría de los mortales.

Necesitabas para ello *una mano amiga* que te ayudara, porque toda carga compartida es más fácil de soportar. Siempre te ha gustado pedir colaboración y de buen grado la recibes.

La causa era noble y el hombre de Cirene te echó una mano, porque mutuamente hemos de ayudarnos a sobrellevar las cargas.

El sarmiento está ahora cargado de racimos de sangre, listos para teñir de rojo el mundo. Y apelando a la nobleza del ser humano preguntas: *“¿Quién me echará una mano y me ayudará?”*.

7.^a Estación: *Lágrimas en el camino*

“Nadie, después de beber el vino añejo, quiere del nuevo porque dice: ‘El añejo es el bueno’” (Lc 5, 39).

Tienes ganas de llegar a la cima del monte. Te mueres por pisar, en el inmenso lagar allí preparando, un racimo henchido de Sangre que cargas dentro de ti.

Lágrimas en el camino te detienen. Son las de un puñado de hijas de Jerusalén que se compadecen. Tienen buena intención, pero les falta entendimiento como al que nada sabe de vinos.

El entendido en vinos no duda a la hora de elegir: donde esté el añejo que se quite el joven.

El que sabe de las cosas importantes prefiere el vino de solera que se guarda en el racimo de tu corazón al agua de unas lágrimas que se evaporan.

8.^a Estación: *Cosido a la Cruz*

“Y le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó” (Mc 15, 23).

Has cargado a tu espalda, en ascensión sostenida, una cepa. Las raíces al aire tienen que ser enterradas. Pero antes te tienes que abrazar a la cepa y dejarte clavar en ella.

Cosido a la Cruz y a punto de ser levantado, te ofrecen vino mezclado. No lo tomas. Estás preparando tú otro vino y el éxito de la labor demanda concentración y claridad de mente.

Pusiste toda tu pericia, fruto de tu amor, en la labor y obtuviste un vino inigualable. Rechazaste la mezcla para preparar algo auténtico y genuino.

Están llenas tus bodegas de Sangre preciosa. No dejas de invitar y de ofrecer el más puro vino. Las puertas están abiertas de par en par. A nosotros nos queda entrar y beber. Es de balde y no hay límite en la cantidad.

9.^a Estación: *Cara a cara, corazón a corazón*

“Yo soy la verdadera vid... Si permanecéis en mí... pedid lo que deseéis” (Jn 15, 1.7).

Quisiste comenzar la fiesta del vino ya en el monte. Allí mismo comenzaste la delicada operación del injerto. Colocaron junto a ti, Vid verdadera, dos sarmientos secos.

Y comenzó un diálogo –*cara a cara, corazón a corazón*– entre ti, Vid verdadera, y uno de aquellos sarmientos: *“Quiero ser injertado en ti”*, te pidió y tú le respondiste: *“Todo el torrente de mi savia es para ti”*.

Tú admites más injertos. Injertados en ti y permaneciendo en ti todo lo tuyo es nuestro. Nuestro será, si lo pedimos, el Vino del Cielo: tu Sangre.

Hay que pedir sin miedo y hay que pedir lo más grande. Lo demás se nos dará por añadidura. *“Hoy tú y yo beberemos en el Reino del fruto de la Vid”*.

10.^a Estación: *Una madre y un amigo junto a la Cruz*

“Tu amor es mejor que el vino” (Cant 4, 10).

La cosecha de la uva ha sido abundantísima. Ahora estás en plena faena, pisando con fuerza los racimos. Te brota Sangre a borbotones por todas partes. Bermeja ha quedado ya tu carne.

Una madre y un amigo junto a la cruz son testigos de tu trabajo agotador. No pierden detalle de lo que pasa y no permiten que se pierda ni una sola gota del jugo de la uva.

La madre y el amigo saben de amor y con su presencia junto al lagar proclaman que el amor que a chorro sale de la bodega interior de tu Corazón es mejor que el vino. En esto hay que fiarse de los expertos.

Quien busque amor que pregunte a la madre y al amigo. Siempre dirán: *“Vete a la bodega repleta de toneles llenos de un amor tan bueno que es mejor que el mejor de los vinos”*.

11.^a Estación: *Como un racimo cortado*

“La gloria de mi Padre está en que déis mucho fruto” (Jn 15, 8).

Has quedado agotado después de pisar la uva. Te has muerto de cansancio, pero todas las tinajas han quedado llenas de vino. Todo está cumplido.

Como un racimo cortado te bajan de la cruz y te recogen los mismos brazos que de niño te fajaron. Aquella mujer te había dicho unos años antes: *“No tienen Vino”* y no paraste hasta conseguir vino para todos.

El buen olor del Vino sube hasta el cielo. La Sangre reboza de las cavas y se extiende por toda la Tierra. Has cumplido el encargo del Padre, dando vida al hombre y así has dado gloria a Dios, pues su gloria consiste en que el hombre viva.

El Padre espera ver mucho fruto en los que hemos sido injertados en ti. La gloria que a él le damos será la abundancia de racimos de buenas obras.

12.^a Estación: *La cepa ha retoñado, la vida ha florecido*

“El vino nuevo, en pellejos nuevos” (Mc 2, 22).

Al resucitar se cubrieron de gloria tus cinco llagas. Ha salido por ellas tanto vino nuevo que hasta la vendimia final todos los hombres podrán alegrarse al disfrutar de él.

Como el vino es nuevo se ha de guardar en recipientes nuevos. Tu resurrección es invitación a vida nueva. Hay que ojear odres y pellejos no sea que por estar en malas condiciones no aguanten la fuerza del nuevo vino.

El vino de tu resurrección es semilla de vida eterna. Beberlo es cargarse de esperanza.

Terminada tu misión, comienza nuestra tarea. *La cepa ha retoñado, la vid ha florecido* después de la gran sangría. Todo el mundo ha de quedar bañado en su Sangre. Comienza ahora la tarea del reparto y eso nos toca a nosotros.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM.
Misionero de Mariannahill

“Y estarse amando al Amado”

“Dios me mira y yo le miro”, contestó un sencillo labriego al Sto. Cura de Ars, al preguntarle qué hacía en la oración: saberse mirado por Dios y mirar a Dios.

Nosotros sabemos que Dios nos mira en cada instante con mirada amorosa. Siempre estamos en presencia de Dios: “mira desde el cielo el Señor y ve a todos los hijos de los hombres” (Sal 32, 18).

A esta mirada amorosa hemos de responder nosotros con mirada cargada de amor. Si estamos en presencia de Dios, debemos tenerle siempre presente en nuestra vida. “Memoria del Creador y estarse amando al Amado”, dice S. Juan de la Cruz.

Dios me mira. Dios nos mira con mirada creadora y, con ello, nos da la existencia. “Miró Dios todas las cosas, que había hecho, y eran muy buenas”, dice el Génesis (1, 31). Y comenta S. Juan de la Cruz: “El mirallas mucho buenas era hacellas mucho buenas en el Verbo, su Hijo” (Cant 5, 4), diciendo en la misma canción: “Y yéndolos mirando (los sotos), con sola su figura, vestidos los dejó de su hermosura”.

Dios nos mira en el orden sobrenatural y nos hace participar de su misma vida con el resplandor de su mirada: “Cuando Tú me mirabas, su gracia en mí tus ojos imprimían”; y manifiesta el mismo S. Juan de la Cruz: “Por los ojos del Amado entiende aquí su Divinidad misericordiosa, la cual imprime e infunde en el alma su amor y su gracia, que la hace consorte de su misma Divinidad” (Cant 32, 4). La gracia es una participación creada de la Vida Trinitaria: El Padre se entrega al alma en el Hijo y la hace hija, suya, y el alma responde entregándose al Padre en el Hijo. Maravilla misteriosa

e inefable: Hay en el alma en gracia “un intercambio vital intradivino” (Schmaus).

“Dios, que escudriña corazones y entrañas” (Salm 7, 10), nos mira con mirada como desilusionada cuando no respondemos a los deseos, que había puesto sobre nosotros. Todo está patente a sus divinos ojos, hasta las intenciones del corazón: “Aún no está la palabra en mi lengua y ya, Señor, de la sabes toda” (Sal 138, 4). Eramos la viña de sus amores y, cuando esperaba encontrar uvas pletóricas, encontró agrazones (Is 5, 4).

Dios nos mira con mirada de complacencia cuando ve la imagen de su Hijo en nosotros; cuando nos ve “santos e irreprochables” (Efs 1, 2). Cuando podemos decir “yo siempre hago lo que agrada al Padre” (Jn 8, 29), El nos dice: éste es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias” (Mt 3, 17). Somos la alegría del Padre cuando ve que el Espíritu del Hijo nos invade y nos mueve. El Padre tiene sus complacencias en el Hijo y en cuantos están incorporados en el Hijo, y en la medida de esa incorporación: “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... nos ha elegido en El, antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia... para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agradó en el Amado” (Efs 1, 1-6). Deberíamos, con la gracia de Dios, ser la imagen lo más perfecta posible de Jesús para contentar al Padre.

Yo le miro. La respuesta a esa mirada amorosa de Dios debe ser otra mirada cargada de amor por nuestra parte: la vida del cristiano, que está en gracia, es una mirada habitual hacia Dios. Todo nuestro ser queda orientado a Dios; pero es preciso actualizar lo más posible nuestra atención hacia El. La actualizamos en los ratos dedicados a la oración. Oración es la aspiración del alma hacia Dios; es deseo, hambre y sed de Dios; es diálogo con Dios; es buscar a Dios en fe y amor. Es el Espíritu Santo quien tiene que suscitar ese diálogo, el que tiene que despertar en el alma esa fe y amor. Con sus gracias actuales y con sus dones tiene que pulsar la lira del corazón humano para que éste responda con notas de amor. La oración tiene dos momentos: una gracia de atracción por

parte de Dios y una respuesta –entrega– por parte del alma. Esta respuesta puede ser una palabra o una entrega silenciosa, pues toda palabra humana es pequeña para expresar esa entrega.

No debe limitarse la mirada a Dios a los ratos dedicados a la oración. Debe quedar de esos ratos una como música de fondo y de recuerdo amoroso a lo largo del día, en medio de los trabajos y obras de caridad. Dice Sto. Tomas: “Cuando se le exige a uno dedicarse a la vida activa, dejando la contemplativa, no ha de entregarse a ella, abandonando lo que ya tenía, sino aceptando una tarea más” (*Suma de Teología*, 2-2, 182, 1.3). Ser contemplativo en medio de la acción. Es lo que se llama guardar la presencia de Dios. Para guardar esta presencia de Dios se ha de procurar repetir con frecuencia jaculatorias, ofrecer nuestras obras al Señor, rectificar y purificar la intención, orientar hacia Dios todo lo que tengamos que hacer y todo lo que nos suceda, estar a la escucha de Dios y dar la respuesta, acordándonos frecuentemente de El. El Espíritu Santo irá dando como un instinto sobrenatural hacia Dios, tener espíritu e instinto de oración y la gracia de oración mantenida habitualmente. “Tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al Amado. En todo cuanto piensa, luego piensa en el Amado. En todo cuanto habla, en todos cuantos negocios se ofrecen, luego es hablar y tratar del Amado. Cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquier cosa, todo su cuidado es el Amado” (S. Juan de la Cruz).

Pero donde debe darse la mirada hacia Dios es en el fondo del alma, viviendo lo más conscientemente posible esa participación de la Vida Trinitaria, que nos da la gracia. Vida misteriosa y escondida, de la que no tenemos consciencia ordinariamente. Hemos de procurar entrar conscientemente en esa vida por la fe y el amor. Si la fe nos dice que somos templos de la Stma. Trinidad, que habita en nosotros, dándonos una participación de su misma vida trinitaria, y esa vida consiste en conocer y amar, trataremos de acrecentar e intensificar mucho la fe, que es el conocer sobrenatural que ahora tenemos, y de amar intensamente a las Tres Divinas Personas.

Saludarlas con frecuencia con el “Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”. Repetir con espíritu de oblación y adoración la doxología final de la Plegaria Eucarística de la Misa: “Por Cristo, con El y en El, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos”.

Dios está como amigo: cultivar la amistad; y la amistad se cultiva mediante el diálogo con el Amigo. Conversar con cada una de las Tres Divinas Personas. Dejarnos amar y amar cada vez más intensamente, con gozo espiritual y también “en fe oscura”, según la expresión de S. Juan de Cruz.

Además de vivir todo esto en fe y amor, pedir al Espíritu Santo que actúa sus dones de sabiduría, entendimiento y piedad para experimentar y gustar esa acción de Dios en el alma, y responder con amor de hijos al amor de Dios, nuestro Padre.

Vivir muy hacia adentro, como en el “hondón del alma”, el contenido teológico-místico de estos concisos versos de S. Juan de la Cruz:

“Olvido de lo creado
 memoria del Creador
 atención a lo interior
 y *estarse amando al Amado*”.

Y después de estas miradas aquí en la tierra, anhelas ser mirado por Dios y mirar eternamente a Dios en el cielo:

“Descubre tu presencia y hermosura”...
 “Véante mis ojos
 pues eres lumbre de ellos.
 Y sólo para Ti quiero tenellos”...
 “Vámonos a ver en tu Hermosura”.

DANIEL LUQUERO, Pbro.

Las *Constituciones* de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia

II. EL MONASTERIO: “CASA DE DIOS” Y “ESCUELA DE CARIDAD”

Introducción: la “casa” y la “escuela”

Parece ser que estas dos características son las líneas de fuerza que sustentan el texto de las *Constituciones*. La primera de las acepciones tiene un profundo significado escriturístico y profundas raíces bíblicas. La segunda, el monasterio “escuela de caridad” es uno de los temas “clásicos” de la primera espiritualidad cisterciense. Y, desde el punto de vista contemplativo, las dos acepciones “centran” la vida y actividades del monje en el mundo y en la Iglesia, a la vez que condicionan todo su itinerario espiritual y místico.

Vamos a ver todo esto recurriendo a textos de las *Constituciones*.

A. *El monasterio como “casa de Dios”*

Para vivir tiene el hombre necesidad de un medio favorable y de un abrigo protector: una familia y una casa, ambas designadas con la misma palabra hebrea (*bet*).

Ahora bien, Dios no se contenta con dar al hombre una familia natural y una morada natural; quiere introducirlo en su propia casa, no sólo como servidor, sino a título de hijo; por eso Dios, después de haber habitado en medio de Israel

en el templo, envió a su Hijo único a construirle una morada espiritual hecha de piedras vivas y abierta a todos los hombres.

Según la Biblia, construir una casa y no poder habitarla es un símbolo del castigo de Dios que merece la infidelidad (Dt 28, 30), mientras que los elegidos, en el gozo escatológico, habitarán en sus casas para siempre (Is 65, 21ss).

Al retorno del exilio Israel va a recibir una doble lección a fin de liberarlo de su particularismo y de su formalismo; por una parte Dios abre su casa a todas las naciones (Is 56, 5ss. y Mc 11, 17); por otra parte, proclama que su casa es trascendente y eterna y que, para ser introducido en ella, hay que tener un corazón humilde y contrito (Is 57, 15; Is 66; Sal 15). Pero en esta morada celestial, ¿quién puede, pues, introducir al hombre? La misma *sabiduría* que va a venir a construir su casa entre los hombres y a invitarlos a entrar en ella (Prov 8, 31; 9, 1-6).

Para abrirnos el acceso a esta casa, cuyo constructor es Dios y a la cabeza de la cual se halla él mismo en calidad de hijo (Heb 3, 3-6), nos precede Cristo, nuestro sumo sacerdote, penetrando en ella con su sacrificio (6, 19ss.). Por lo demás, esta casa del Padre, este santuario es una realidad espiritual que no está lejos de nosotros; “es nosotros mismos”, si por lo menos nuestra esperanza es indefectible (3, 6).

Dios nos invita a construir esta casa, cuyo fundamento es Jesucristo (1 Cor 3, 9ss.). Cristo, dándonos acceso cerca del Padre, no nos ha hecho solamente entrar como huéspedes en su casa, nos ha otorgado ser “de casa” (Ef. 2, 18ss.), ser integrados en la construcción y crecer con ella; porque cada uno viene a ser morada de Dios cuando está unido con sus hermanos en el Señor por el Espíritu (2, 21ss.).

Decimos que este es el fundamento bíblico de las *Constituciones* en la concepción que éstas tienen del monasterio como “casa de Dios”. Veremos también las repercusiones que esto tiene a la hora de enfocar la vida de soledad y solidaridad del monje y de la monja cistercienses.

B. El monasterio como “escuela de caridad”

Es uno de los temas más queridos a las padres cistercienses de la primera generación (Bernardo de Claraval, Elredo de Rieval, Guerrico de Igny, Guillermo de Saint-Thierry, Isaac de la Estella y Adam de Perseigne), aunque, a decir verdad, es un tema que se encuentra en la *Regla de San Benito*, y ellos no hacen más que aprovecharlo y profundizarlo en sus escritos y enseñanzas¹.

Así, al hablar de *escuela*, no se puede por menos de hacer referencia a la primera palabra de la *Regla* benedictina: *Ausculata = Escucha*²...

El monasterio es lugar de escucha y de ser escuchado. El monasterio es, por consiguiente, lugar de aprendizaje y de enseñanza, de discipulado y de pedagogía, de silencio y de palabra también. La comunidad es, a la vez, discípula y maestra, formadora y animadora de progreso. Y el monje y la monja cistercienses deben saber que, en esta escuela, “*todos los hermanos y hermanas están llamados a la mutua solicitud, cooperación y obediencia. Preocúpense, por tanto de*

1. Casi todos estos autores, por no decir todos, recurren al tema de la “schola”, aunque con distintas acepciones. Por ejemplo: *Schola Christi* (Exordium Magnum y San Bernardo, Carta 320, De Diversis 40, 1 y 121); *Schola Salvatoris* (San Bernardo, De Diversis 22, 2 y 5, 30); *Schola Verbi* (Guerrico de Igny, Sermón V de Navidad 2); *Schola Spiritus Sancti* (Bernardo, Carta 341, 1 y 523; Sermón de Pentecostés 3,5); el monasterio es también un *auditorium Spiritus Sancti* (Bernardo, Sermón en la Natividad de San Juan Bta. 1, Carta 320,2; Juan de Ford, Sobre el Cantar, 24); *Schola charitatis* –fórmula frecuente en la cual el amor de Dios por el hombre y del hombre por Dios encuentra una expresión privilegiada que subraya muy bien el carácter afectivo de la espiritualidad cisterciense–: Guillermo de Saint-Thierry, Naturaleza del amor, 26; Juan de Ford, Sobre el Cantar, 56, 3; y hasta Santa Gertrudis habla de la *Schola amoris*, Ejercicios 5), *Schola Ecclesiae primitivae*, en el Exordium Magnum I, 2); *Schola philosophiae christianae* (Guerrico de Igny, en la fiesta de San Benito, 1, 4); *Schola studiorum spiritualium*: la escuela de los ejercicios espirituales mediante los cuales se educan todas las cualidades de la persona a fin de participar en la vida divina (Guillermo de Saint-Thierry, Vita Sancti Bernardi, I, 38); *Schola Dei*, *Schola pauper Benedicti*, *Schola pietatis*, *Schola virtutum*, *Schola spiritualium medicorum*, *Schola humilitatis* (San Bernardo y Gilberto de Hoyland); *Schola disciplinae*, *Schola magisterii* (Juan de Ford).

2. Cf. JUAN M.^o DE LA TORRE, *El hapax legomenon “Ausculata” y una relectura teológico espiritual de la RB: XXX (1978) 253-274.*

la salud espiritual de la comunidad, sabiendo que el buen celo de uno beneficia a todos, mientras que el malo perjudica"³ (Constitución 16).

En esta escuela⁴, pues, todos son corresponsables. Más aún, hay diálogo entre las distintas personas que componen la comunidad: "El Abad y sus colaboradores den a conocer a los hermanos lo que es de interés común, y acojan de buena gana sus sugerencias y deseos" (Constitución 16, 4).

Las expresiones citadas por los padres cistercienses constituyen un programa, un proyecto de vida que el monje –y en particular el candidato a la vida monástica–, trata de realizar: "El monasterio es escuela del servicio divino. En ella Cristo se forma en los corazones de los hermanos y hermanas mediante la liturgia, la enseñanza del Abad y la vida fraterna. La Palabra de Dios instruye a los monjes en la disciplina del corazón y en la ascesis. De este modo, dóciles al Espíritu Santo, pueden alcanzar la pureza de corazón y el recuerdo constante de la presencia de Dios" (Constitución 3, 2).

Schola quiere decir, pues, una introducción sistemática al saber espiritual, un nuevo arte, un *ars spiritualis* a aprender en el monasterio. Una sumisión libre y sincera se exige a todos. Es una de las ideas claves en la *Carta de oro* de Guillermo de Saint-Thierry, y en la que insiste en muchas ocasiones en que el recién llegado al monasterio debe recibir una enseñanza en los *exercicia spirituallia* de la vida monástica. Pero, es evidente, no se trata solamente de transmitir conocimientos; se trata sobre todo de estimular al monje a ejercitarse personalmente y a mantenerse en sus propósitos y deseos.

3. Se cita aquí la *Regla de San Benito* (71, 1-4) en una de sus magistrales sentencias sobre la dependencia de los hermanos entre sí.

4. Cf. sobre el tema del monasterio como "escuela": Pablo VI, *También ahora os corresponde constituir "La escuela del servicio del Señor"* (Discurso al Congreso de Abades y Priors benedictinos, 1 de octubre de 1973); *Cistercium* (1973) 257-263; JULIÁN DOMÍNGUEZ, *El monasterio: "schola Domini"* según san Bernardo, en *Cistercium* XII (1960) 227-240; GREGORIO PENCO, OSB., *Sul concetto del monastero come "schola"*, en *Collectanea Cist.* XXXII (1970) 329-333; ANDRÉ LOUF, *El camino cisterciense*, Ed. Verbo D., Estella 1986, p. 60; THOMAS MERTON, *El camino monástico*, Ed. Verbo D., Estella 1986, *La escuela de caridad*, Ed. Verbo D., Estella 1986, p. 72. C.J. PEIFFER, *Espiritualidad monástica*, Ed. Monte Casino, Zamora 1976, pp. 348 y ss.

¿Qué es lo que se enseña y se aprende en esta escuela cisterciense? Varias cosas: 1. Una *antropología* que abarca toda la persona y sus cualidades, orientada al “retorno a Dios” y a la “conversión de vida”. 2. Una *vida ascética* muy particular, encaminada a la “liberación” de la persona de sus males y la restauración de su semejanza con Dios. 3. El *sentido de lo sagrado* y de la *trascendencia de Dios*: el retorno de la persona a Dios se realiza siempre dentro del marco de la historia de la salvación; cada uno es historia de la salvación actualizada. La veneración –*devotio*– de la humanidad de Jesús como sacramento, signo y misterio de la presencia de la Divinidad. Esta veneración es una etapa necesaria para la experiencia de Dios. Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres. El papel de *María* se encuadra igualmente en estas consideraciones teológicas. 4. La *experiencia de Dios*⁵, es el desarrollo pleno del amor, la semejanza a Cristo, la restauración de la imagen de Dios o, efectivamente, la vida con Dios como unión con Él.

1. La comunidad como realidad existencial

“Los hermanos y las hermanas, congregados por la llamada divina, forman una iglesia o comunidad monástica, célula fundamental de la Orden” (Constitución 5).

He aquí la clave de la identidad y esencia de la comunidad cisterciense.

1. El ser monje o monja no puede ser sino fruto de una *llamada divina*, y no de una conveniencia personal o de aspiraciones subconscientes interesadas, aunque parezcan legítimas y buenas. Por eso, a la hora de admitir a los hermanos y

5. Los autores cistercienses hacen gala de una rica doctrina, llena de términos muy variados, en los que cada uno trata de expresar su experiencia personal. La experiencia de Dios mediante la fe y la caridad la describen de formas muy diversas: *visión de Dios*, *unión espiritual con Dios*, *paz y reposo en Dios*, *sábado*, *alegría de Dios*, *gozo en el Espíritu Santo*, *gozo y contemplación*, *desposorios*... Cf. el extraordinario estudio de PIERRE MIQUEL, ABBÉ DE LIGUGÉ, OSB., *Le vocabulaire latin de l'expérience spirituelle dans la tradition monastique et canoniale de 1050 a 1250*, Beauchesne, París 1989, pp. 97-162: *Les Cisterciens*.

hermanas, hay que hacer un discernimiento: *“Recíbase afablemente a quienes lleguen por primera vez a la vida monástica, pero no se les conceda con facilidad el ingreso. Los progresivos contactos con el monasterio les hará familiar la comunidad de los hermanos. Se les debe prevenir sobre las cosas duras y ásperas por las cuales se va hacia Dios. Serán recibidos en comunidad únicamente si dan muestras de la disposición espiritual, madurez y salud suficientes que se requiere para la vida monástica. Si se da todo esto, se reconocerá como signo de vocación divina su inclinación para abrazar esta vida y su intención de buscar a Dios de veras y con todo el corazón”* (Constitución 46 y Regla de San Benito, 58).

2. La comunidad cisterciense es una iglesia, es decir, una realidad evangélica y no un grupo social o empresa de trabajo; es una comunidad monástica y cenobítica: *“El monje y la monja llevan vida común en su propio monasterio. Esta es la ley de la vida común: unidad de espíritu en la caridad de Dios, vínculo de paz en la mutua y constante caridad de todos los hermanos y hermanas, comunión en el compartir todos los bienes”* (Constitución 13).

3. Como es lógico, esto no se puede llevar a cabo sin un gran espíritu de conversión y un deseo firme de perseverancia. La vida cisterciense no es ni una aventura temporal ni un hobby para amantes de la calma: *“Por la profesión monástica el hermano y la hermana son consagrados a Dios, y son incorporados a la comunidad que los acoge. Al mismo tiempo se renueva y vivifica la consagración ya recibida en los sacramentos del Bautismo y Confirmación. Y por una constante estabilidad se obliga a la auténtica conversión de vida en animosa obediencia hasta la muerte”* (Constitución 8).

4. Vivir en un mismo grupo humano de por vida exige decisión y madurez. Hay que vencer las ilusiones de cambiar de comunidad cuando surgen las dificultades o cuando llega el cansancio. El Dios que llama a una comunidad dará todos los medios para la plena realización del ideal contemplativo y de la unión con Él. Dios será siempre fiel: *“Por el voto de estabilidad en su comunidad, el hermano y la hermana, confiando*

en la providencia de Dios que les ha llamado a este lugar concreto y a este grupo de hermanos y hermanas, allí se obliga a poner en práctica los instrumentos del arte espiritual (Constitución 9).

5. Hay una tónica de vida que debe caracterizar a la comunidad cisterciense, un “toque” distintivo y una actitud en cada uno de los hermanos y hermanas debe cuidar y cultivar: *“A ejemplo de los Padres Cistercienses, que cultivaban unas relaciones sencillas con el Dios simplicísimo, el estilo de los hermanos y hermanas sea sencillo y frugal. En la casa de Dios todo esté dispuesto de acuerdo con la vida monástica, evitándose en todo la superfluidad, a fin de que la sencillez sea enseñanza para todos y aparezca claramente en los edificios y en el mobiliario, en la comida y en el vestir, e incluso en las celebraciones litúrgicas”* (Constitución 27).

6. Además, esta última constitución citada tiene un “estatuto” que podríamos denominar como “ecológico”, que constituye una nota típica de los monasterios y muy conforme con su tradición, y que define la sensibilidad humana y cultural de los moradores y moradoras de los mismos: *“El monasterio sobresalga por su sencillez y belleza. Procuren los hermanos mantener cuidadosamente los alrededores del mismo y aprovechar racionalmente sus recursos naturales”* (Estatuto, 27. A).

2. Los “instrumentos del arte espiritual”

No se trata de “técnicas humanas”, ni de la sabiduría de este mundo: *“La soledad, la oración continua, el trabajo humilde, la pobreza voluntaria, la castidad en el celibato y la obediencia, no son técnicas humanas ni se aprenden de los hombres; sin embargo, la enseñanza del Abad, la sabiduría y experiencia de los ancianos, el constante apoyo y el ejemplo de la comunidad, servirán de gran estímulo a los hermanos, sobre todo cuando sufran las diversas pruebas y vicisitudes del camino espiritual”* (Constitución 45, 2).

Es importante señalar esto porque se encuentra aquí el fundamento y la “técnica” con que el monje y la monja

cistercienses deben abordar y asumir estos instrumentos del *arte espiritual*, pues es muy fácil caer en la tentación de desvirtuar la vida monástica presentándola y viviéndola como “una profesión liberal estéticamente atractiva, por su “paz”, “su apartamiento del mundanal ruido”, y su dedicación a las ciencias. No. La vida monástica es una dura escuela, con pruebas y vicisitudes, en la que cada uno no puede ir por libre y buscando desarrollar o satisfacer sus cualidades e inclinaciones, por muy valiosas que sean, en el seno de una “comunidad de célibes” más o menos interesantes o “raros”. Una concepción o vivencia semejante de la vida monástica lleva, indefectiblemente, a la decadencia⁶.

La vida cisterciense “reassume” los instrumentos ascéticos propios de la tradición monástica y, especialmente, benedictina. No se encuentran grandes novedades; lo importante es cómo en el monasterio cisterciense se deben utilizar estos instrumentos, y cuál es el ambiente espiritual y social que lo rodea.

Así, los componentes ascéticos son los siguientes, y quedan reflejados en las correspondientes *constituciones* del capítulo I (La Vida Cisterciense):

1. La estabilidad en el lugar (Cst 9), la obediencia (Cst 11), la vida cenobítica (Cst 13), la vida litúrgica (Cst 17-19), la *lectio divina* (Cst 21), las vigiliass nocturnas (Cst 23); y una serie de valores propios de la vida cisterciense: silencio (Cst 24), sencillez (Cst 27), ayuno y frugalidad (Cst 28). Cierran este bloque del capítulo I las *constituciones* dedicadas a las relaciones del monje con el mundo exterior al monasterio: la separación del mundo (Cst 29), la acogida de los huéspedes (Cst 30), el apostolado de los monjes (Cst 31), la relación con la jerarquía de la Iglesia (Cst 32).

6. Cuando hablábamos de la importante tarea de renovación monástica consistente en el paso “de la comunidad de observancias a la comunidad de comunión”, y ahora al escribir estas líneas, queremos decir que en esta *Constitución* 45, 2 está la clave de la salud espiritual de una comunidad. Una comunidad monástica no se puede justificar nunca por tal o cual actividad que ésta realice, por muy bella o de utilidad social o eclesial que sea.

2. Pero entre estas *constituciones* se van introduciendo otras que hay quien ha calificado de “teóricas”, y que no lo son tanto. Estas *constituciones*, en realidad, lo que hacen es dar las directrices de cómo deben ser practicadas las otras, y fundamentan sus principios en “*la experiencia habida en estos últimos años de renovación*” (Introducción 4). Es posible, también, que a medida que pasan los años, estas *constituciones* vayan sufriendo la influencia de la evolución de la Orden, especialmente a través de las reflexiones y orientaciones “pastorales” de los Capítulos Generales⁷.

Las *Constituciones* de este segundo grupo son: la conversión de vida (Cst 10), unidad y pluralismo en la comunidad (Cst 14), la reconciliación con Dios y con los hermanos (Cst 15), la participación activa de los hermanos (Cst 16), el recuerdo de Dios (Cst 20), la ascesis monástica (Cst 25), la sencillez (Cst 27).

Así, pues, “*Los hermanos tienen el derecho y el deber de participar plenamente en la vida común; si bien esta participación puede ejercerse de diversas maneras* (Cst 16,1). *Todos los hermanos están llamados a la mutua solicitud, cooperación y obediencia. Preocúpense, por tanto, de la salud espiritual de la comunidad, sabiendo que el buen celo de uno beneficia a todos, mientras que el malo perjudica* (Cst 16, 2). *El Abad gobernará a los hermanos con respeto hacia la persona humana, creada a imagen de Dios; promueva la obediencia voluntaria y cultive oportunamente las habilidades y capacidades intelectuales de aquellos. Dirija de tal forma a los hermanos en el cumplimiento de sus cargos y tareas encomendadas que éstos cooperen con una obediencia activa y responsable, quedando a salvo sin embargo la autoridad del Abad para decidir y ordenar lo que se ha de hacer* (Cst 16, 3). *El Abad y sus colaboradores den a conocer a los hermanos lo que es de interés común, y acojan de buena gana sus sugerencias y deseos* (Cst 16, 4).

Queda bien claro que en esta “casa de Dios” todos tienen el derecho y el deber de participar en las distintas funciones. Y más claro queda que la comunidad no es un conjunto amorfo de personas: la persona está en un lugar preferente; pero no es el centro de todo lo que se desarrolla en torno suyo, sino

que la comunidad se compone de una serie de “centros” coordinados por la autoridad del Abad, la obediencia voluntaria, activa y responsable de los hermanos y hermanas, y, sobre todo, la comunicación mutua y el interés común.

También es cierto que no hay que concebir esta comunidad como un conjunto de hermanos y hermanas “con el mismo uniforme” y llamados a “la misma medida de santidad”. En la comunidad se puede ejercer y gozar un sano pluralismo: *“La comunidad forma un cuerpo en Cristo. Cada uno de los hermanos, compartiendo con los demás los dones espirituales recibidos según la multiforme gracia de Dios... El esencial equilibrio de la vida cisterciense entre Opus Dei, oración, lectio divina, y trabajo manual se establece según el carácter, formación y progreso de cada uno. El Abad juzgue y disponga todo de tal modo que cada hermano pueda crecer en la vocación cisterciense”* (Constitución 14, 1 y 2).

La referencia a la formación de un “cuerpo en Cristo” no debe pasar desapercibida: es, a la vez, una referencia cristológica y una referencia paulina. Y es el marco en el que se debe entender el auténtico pluralismo. El pluralismo no es, ni entre personas ni entre comunidades⁷, un “acuerdo de no beligerancia”, o un “compromiso de conveniencia”, ni una “convivencia pacífica respetando las mutuas rarezas” o, finalmente, la “coexistencia pacífica de individualidades

7. Así, por ejemplo, el pasado Capítulo General de 1993 eligió como tema principal de sus reflexiones y actividad pastoral *“La orientación contemplativa de nuestras comunidades”*, y el próximo de 1996 tendrá como tema capital *“La comunidad cisterciense, escuela de caridad”*. Los Capítulos han dado pie a hermosos y profundos documentos de trabajo y conferencias a cargo de superiores y superiores sobre cómo vivir hoy el espíritu cisterciense. Cf.: *Cistercium XLV* (1993) n.º 195, pp. 639-675 y n.º 196, pp. 11-46: *La dimensión contemplativa de la vida cisterciense y los retos del mundo moderno a la vida cisterciense*. Estas conferencias del Capítulo General de 1993 son de obligatoria lectura para quien desee conocer el trasfondo espiritual y cultural en el que han sido elaboradas las *Constituciones* y el reto que plantean a las comunidades cistercienses en nuestros días y en el futuro.

Además, resultará de sumo interés consultar el librito *Renovación cisterciense*, editado por el Monasterio de La Oliva en 1977-2.^a, para uso de los monasterios cistercienses solamente, y que contiene todas las orientaciones pastorales de los Capítulos Generales desde 1969 hasta 1977 (y la carta de Pablo VI a la Orden, del 8 de diciembre de 1968).

e individualismos más o menos interesados". El "pluralismo" es una actitud personal y un talante comunitario cargado de comprensión, respeto, gratitud y apertura a los multiformes dones de Dios concedidos a los hermanos y hermanas orientados a tres fines fundamentales: a) la construcción de la comunidad en Cristo, b) la búsqueda del equilibrio de la jornada monástica y, c) el crecimiento en la vocación cisterciense. Finalmente, el objetivo final de todo esto debe traducirse en una realidad palpable y efectiva en la comunidad cisterciense y que constituya la regla de oro de la vida cenobítica: *"Esta es la ley de la vida común: unidad de espíritu en la caridad de Dios, vínculo de paz en la mutua y constante caridad de todos los hermanos y hermanas, comunión en el compartir todos los bienes"* (Constitución 13).

Estos tres elementos (a, b y c) constituyen el itinerario espiritual del monje y de la monja cistercienses, y son, a la vez, responsabilidad personal y responsabilidad comunitaria –y, además, confiados a la particular vigilancia del Abad–. No es menos importante el hecho de que, en el proceso de formación del monje, deben estar presentes y deben ser, particularmente, objeto y motivo de "adiestramiento". Es el único modo de entender cómo el monje puede formarse para esta comunidad y como la comunidad, a su vez, puede resultar "formadora" para el monje. Si falla una de estas dos corrientes recíprocas, llamadas a encontrarse, ni la comunidad logrará formar al monje o a la monja, ni éstos podrán llegar a comprender cuál es su misión en la comunidad o cómo pueden crecer en ella: *"Es un deber de la comunidad ayudar a cada hermano para que asimile los elementos esenciales de la vida cisterciense en su proceso de formación... Esta formación, que se inicia en el momento del ingreso y se debe prolongar durante toda la vida, abarca varios aspectos: el humano, el doctrinal y el espiritual. Es, además, una función muy importante de la función pastoral del Abad y de la Abadesa"* (Constitución 45, 3).

Hay que ser realistas, y hay que saber que las comunidades cistercienses no dejan de ser una comunidad de hombres o de mujeres y, por ello, sometidas a todas las grandezas y

miserias humanas, heroísmos y debilidades, éxitos y frustraciones. Así, *“incluso en la escuela del amor surgen también obstáculos para la plena madurez de la afectividad. Por eso es de máxima importancia que la comunidad ayude a los hermanos a superarlos”* (Constitución 49, 2).

Todo el capítulo cuarto de la segunda parte de las *Constituciones* (de la Cst 45 a la 58 inclusive) no trata de describir únicamente un “programa teórico de formación” intelectual y espiritual. Se trata, antes que nada, de la descripción de un *proceso interactivo* en el que intervienen diversos factores y personas. Sólo la sabia y recta armonización de estos factores y el ejercicio responsable de las responsabilidades formativas que corresponden a cada persona –formadores y formandos– puede llevar al objetivo final de la formación y de la armonía comunitaria: *“La formación en la vida cisterciense tiene como fin restaurar en los hermanos y hermanas la semejanza divina por la acción del Espíritu Santo. Ayudados por el cuidado maternal de la Madre de Dios, los hermanos y hermanas van creciendo en la vida monástica, hasta alcanzar progresivamente la madurez de la plenitud de Cristo”* (Constitución 46, 1).

3. Una casa en la que “nada se antepone a la Obra de Dios”

“El fin espiritual de la comunidad se manifiesta especialmente en la celebración litúrgica; en ella se robustece y aumenta el sentido íntimo de la vocación monástica y la comunión entre los hermanos. Se escucha diariamente la Palabra de Dios, se ofrece a Dios Padre el sacrificio de alabanza, se participa en el misterio de Cristo y se realiza la obra de santificación por el Espíritu Santo” (Constitución 17, 1).

1. Posiblemente la imagen que más se identifica con la vida cisterciense es la de los monjes y las monjas en sus coros, en las celebraciones litúrgicas y en la ejecución de melodías serenas y orantes. Y, ciertamente, la vida litúrgica es una de las actividades más importantes de la comunidad cisterciense, la que más tiempo reúne al conjunto de toda la comunidad y la que mejor manifiesta su identidad y misión en la Iglesia.

Pero es muy importante advertir que esta frase lapidaria –“*Nada se anteponga al Opus Dei*”–, quicio de la espiritualidad benedictina y fundamento esencial del itinerario contemplativo del monje cisterciense, tiene un alcance muy extenso y un significado muy profundo en relación a la vida de los monjes y las monjas y de las comunidades cistercienses.

La celebración de la liturgia –especialmente Liturgia de las Horas y Eucaristía– no son “actividades” limitadas a un tiempo y a una “normativa” externa a la vida íntima del monje y la monja y de la comunidad. No basta con una ejecución puntual, exacta y brillante de los ritos. Ni basta con que la comunidad sea puntual e íntegramente ejecutora de la “obligación” de recitar las Horas del “Oficio divino”. Hay que ir más allá, y, mediante, la liturgia, trascender la misma liturgia y descubrir su sentido trascendente en el seno de la comunidad.

Cuando se dice que “nada se anteponga al *Opus Dei*, se quiere decir que todas las demás actividades y ejercicios espirituales del monje deben estar orientados a salvaguardar la importancia de la vida litúrgica, que la vida litúrgica debe ser “fuente y culmen” de la vida cisterciense, y, finalmente, que la “formación” litúrgica del monje y de la monja –con todo lo que ello comporta: formación musical, literaria y, en muchos casos, estética– debe estar supeditado a todo lo demás⁸.

8. Si echamos una ojeada a la historia monástica, veremos que las realizaciones artísticas y literarias más sobresalientes de los monjes han estado inspiradas u orientadas a la liturgia, a las celebraciones y a la comprensión de la misma. Desde Trento hasta el Vaticano II las comunidades monásticas, especialmente las femeninas, venían observando la máxima benedictina, ciertamente; pero había un grave problema: se había perdido la comprensión material y a veces formal y conceptual de la lengua litúrgica, y así, por desgracia, las celebraciones venían a ser –en la mayoría de los casos– la recitación y cumplimiento de una obligación espiritual y buena, pero incomprensible: se decía lo que se sabía, pero no se sabía lo que se decía. Para poder explicar que era “oración de la Iglesia” lo que en muchos casos no podía ser “oración personal”, había que hacer muchos ejercicios intelectuales y deducciones alambicadas. Algunas comunidades, por no decir muchas, pueden encontrarse ahora, en nuestros días, ante un grave problema, al haber abandonado el latín y el canto gregoriano: no saber que “*no anteponer nada al Opus Dei*” incluye y supone un gran esfuerzo para adecuar los libros litúrgicos, adquirir una formación musical adecuada, acomodar la celebración de las horas litúrgicas a los horarios de las comunidades, hacer del lugar de la

2. La celebración diaria, comunitaria y solemne de la Eucaristía es una de las características fundamentales de la vida cisterciense: *“La Eucaristía es manantial y cumbre de toda vida cristiana y de la comunión de los hermanos en Cristo; por eso debe celebrarse diariamente por toda la comunidad. De hecho, los hermanos y hermanas se unen más íntimamente entre sí y con toda la Iglesia por la participación en el misterio pascual del Señor”* (Constitución 18).

3. Todo lo anterior no tendría mucho sentido si no produjera el fruto de mantener y alimentar la contemplación, la vida contemplativa, de los hermanos y hermanas. Y cuando se dice “contemplación” se quiere decir la actividad espiritual íntima y total del monje y de la monja cistercienses.

Cuando no se pierde “el recuerdo de Dios”, cuando toda la vida se desarrolla en la presencia de Dios, cuando una actitud siempre disponible y abierta a su Palabra se transforma en el talante habitual del ser y obrar, entonces se es de verdad contemplativo y contemplativa: *“Los hermanos y las hermanas, fomentando constantemente el recuerdo de Dios, prolongan el ‘Opus Dei’ a lo largo del día. Vele, pues el Abad y la Abadesa para que cada uno disponga ampliamente de tiempo libre para dedicarse a la lectura y a la oración. Procuren todos que los alrededores del monasterio favorezcan el silencio y la quietud”* (Constitución 20).

Así, pues, la vida litúrgica debe encontrar el complemento y el ambiente necesarios para que se produzcan los frutos más importantes y más propios de la vida cisterciense.

plegaria el lugar más acogedor, bello y orante de la casa de Dios, concienciarse de que las liturgias monásticas no pueden ser un “espectáculo” estético y musical que contemplan, pero en el que no participan, los fieles cristianos laicos que vienen a las comunidades y orar “en ellas y con ellas” (lo cual supone que hay que descubrir los modos adecuados de participación), etc. Si esto no se comprende bien, se corre el peligro de caer en la rutina, en el desinterés, en la desconexión entre lo que se ora –o “canturrea”– y lo que se vive. La ejecución y calidad de las celebraciones litúrgicas define y manifiesta el nivel espiritual y sensibilidad eclesial de una comunidad monástica. Hay que poner mucha atención en esto.

Conclusión

La “casa de Dios”, pues, debe ser realmente una casa en la que Dios se hace presente en la vida y en el corazón de los hermanos y hermanas que componen la comunidad. Por eso esta casa debe responder a lo que Dios es: simplicidad y amor trinitario.

La “casa de Dios” está constituida para albergar una comunidad de hermanos y hermanas que se han reunido no por propia iniciativa, sino para responder a una llamada, a una misión y a una tarea que trasciende las propias previsiones humanas. Estos hermanos y hermanas comparten los dones recibidos para enriquecimiento mutuo y no para el propio bien y provecho personal.

Pero el don de la vida cisterciense no se recibe sino encarnado en la propia vida, en el ámbito de la consagración bautismal y orientado a la plenitud que todos debemos alcanzar en Cristo, y no en las ciencias o saberes humanos. Por eso los monjes y las monjas cistercienses deben “aprender” y “dejarse formar” en las disciplinas que favorecen la restauración de la imagen de Cristo en el hombre herido y descentrado por el egoísmo humano y las consecuencias del pecado.

La “conversión” es un proceso educativo; pero un proceso que se lleva a cabo según el plan de salvación de Dios y no según las previsiones humanas.

La comunidad cisterciense “celebra festivamente” la Palabra de Dios dirigida a los hombres y mujeres que la componen, porque en sus celebraciones y ritos litúrgicos responde a la iniciativa de salvación de Dios y colabora perseverantemente en la extensión del Reino.

“El monasterio es figura del misterio de la Iglesia. En él nada se anteponga a la alabanza de la gloria del Padre; no se ahorre esfuerzo alguno para que toda la vida comunitaria se acomode a la ley suprema del Evangelio, y para que la comunidad no carezca de ningún don espiritual. Los monjes y las monjas se esfuerzan por vivir en comunión con todo el pueblo de Dios y participar en el vivo deseo de la unión de todos los cristianos.

Con su vida monástica, llevada con fidelidad, y por la secreta fecundidad apostólica que les es propia, sirven al pueblo de Dios y a todo el género humano.

Todas las iglesias de la Orden, y todos los monjes y monjas, están consagrados a la Virgen María, Madre y Figura de la Iglesia en la fe, en la caridad y en la perfecta unión con Cristo” (Constitución 3, 4).

No podía faltar una presencia muy especial y característica de la tradición cisterciense⁹ en la “casa de Dios”, donde sus moradores “*siempre deben tener presente en sus corazones a la Virgen María, Asunta al cielo, vida, dulzura y esperanza del que peregrina en la tierra” (Constitución 22).*

FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO.
Abadía Cisterciense de Viaceli

9. GABRIEL SORTAIS, *Por el estudio al amor de María*, Carta circular del Abad General, en *Cistercium* VI (1954) 53-56; AMBROSE SOUTHEY, *La devoción a María, nuestra Madre*, Carta circular del Abad General, 8 de diciembre de 1980, en *Cistercium* XXXIII (1981) 21-26; DOMICIANO FERNÁNDEZ, *María en la comunidad religiosa*, en *Cistercium* XLI (1989) 27-38; JESÚS MARRODÁN, *El culto mariano*, en *Cistercium* XLI (1989) 7-26 y 171-188; ANDRÉS MOLINA, *Misión de María en la experiencia monástica*, en *Cistercium* XLI (1989) 139-170; ALBERTO GÓMEZ, *Virgo Mater. El misterio de la virginidad fecunda, iluminado por los Padres de Cister*, en *Cistercium* XII (1960) 283-296 y XVI (1964) 53-65: *Devoción mariana de la Orden Cisterciense.*

Liturgia y vida mística: San Juan de la Cruz (II)

LA EUCARISTÍA

La liturgia no es la única actividad de la Iglesia. Tampoco la actividad eclesial se agota en ella. Pero, es la cumbre de la vida eclesial (*Sacrosanctum Concilium*, 9-10). Entre las varias celebraciones litúrgicas, la Eucaristía ocupa el lugar privilegiado y central respecto a las demás.

Juan de la Cruz, místico cristiano, vivenció la Eucaristía profundamente. Expresó su vivencia eucarística bellamente, siendo consciente que la expresión de sus vivencias no agotaba la realidad experienciada. Oigámosle: "...como se lleve entendido que todo lo que se dijere es tanto menor de lo que allí hay, como lo es lo pintado que lo vivo, me atreveré a decir lo que supiere" (Llama B, prol. 1).

La expresión es nuestro medio para aproximarnos a la experiencia mística; es para nosotros la introducción en el mismísimo misterio experienciado por el místico. A primera vista, dicho misterio es oscuro. En este sentido, el mistagogo es como un lazarillo que nos guía por estos senderos oscuros (I Subida 2, 2; 8, 3; II Subida 4, 3; Cántico B 1, 11; Llama B 3, 29). La liturgia, por su carácter mistagógico, nos sirve a nosotros como lazarillo. Sobre todo la Eucaristía, es donde no somos capaces de ver al Dios escondido.

Tampoco conceptualiza nuestro místico las palabras "eucaristía", "penitencia" y "sacramento" en las pocas veces que las usa (cf. II Subida 29, 4; III Subida 25, 8; I Noche 1, 3; 4, 1; Poesía 8, 5; Llama B 1, 5; Carta núm. 5)¹. Pero esto no

1. J. L. ASTIGARRAGA, et. al., *Concordancias de los escritos de San Juan de la Cruz* (Roma 1990).

quiere decir que él no profundice en estas realidades. Escribió un poema precioso que perfectamente pudiera llamarse su *Poema de la Eucaristía*². Es, en verdad, como dice un autor, su *Plegaria Eucarística*³. Nos referimos al poema muy comentado por sanjuanistas y aficionados que comienza con la frase: “¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche!”. Este será nuestro texto principal de comentario para esta segunda parte (De ahora en adelante, lo llamamos “fonte” para abreviar).

1. *El Poema y sus símbolos eucarísticos*

En este poema hay una consagración. Vemos la transformación de un hombre, su autor, en viva hostia puesto que escribió esta pieza en adversas circunstancias; encarcelado en Toledo a orillas del Tajo. Allá, al llegar su madurez mistagógica, comenzó su carrera literaria, centrada en la iniciación a los demás en el misterio vivido por él con la poesía, el vehículo más rápido y eficaz para transportar la experiencia de la intimidad al compartir. Merece la pena transcribir este poema en estas páginas, para que podamos gozar de su belleza, de su estética. Hay que recordar el papel de la estética en la celebración y en la experiencia dado que los hombres somos seres perceptivos, y gracias a nuestra capacidad perceptiva recibimos de Dios sus dones. Así podemos responderle. El poema que a continuación transcribimos es testimonio de la recepción de un hombre del don de Dios y su respuesta, pese a las circunstancias que rodean esta vivencia. El poema es una pieza no simplemente literaria, sino mistagógica que

2. Cf. G. V. DELLA EUCARISTIA, *La fonte nella note*, en “Rivista di Vita Spirituale” 16 (1962), pp. 393-425; J. D. GAITÁN, *Teología Poética de San Juan de la Cruz*, en “Revista de Espiritualidad” 49 (1990), pp. 412-416; J. CASTELLANO CERVERA, *Un símbolo de San Juan de la Cruz: La Fuente. Biblia, liturgia y espiritualidad*, en “Phase” 31 (1991), pp. 389-413; Id. *La fonte*, en VV.AA., *Simboli e mistero in San Giovanni della Croce* (Roma 1991), pp. 133-155; A. ALVAREZ-SUÁREZ, *Qué bien sé yo la fonte que mana y corre*, en “Monte Carmelo” 99 (1991), pp. 551-571.

3. Cf. S. ROS GARCÍA, *El poema “Qué bien sé yo la fonte”: La plegaria eucarística de un místico*, en “Revista de Espiritualidad” (1995), pp. 75-113.

tiene el propósito de hacernos percibir lo que S. Juan experimentó y celebró. De ahí, podemos responder:

CANTAR DEL ALMA QUE SE HUELGA DE CONOCER A DIOS POR FE

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!

1. Aquella eterna fonte está escondida,
qué bien sé yo dó tiene su manida,
aunque es de noche.

2. En esta noche oscura de la vida,
qué bien sé yo por fe la fonte “frida”
aunque es de noche.

3. Su origen no lo sé, pues no lo tiene,
más sé que todo origen della viene,
aunque es de noche.

4. Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.

5. Bien sé que suelo en ella no se halla,
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

6. Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

7. Sé ser tan caudalosos sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan y las gentes,
aunque es de noche.

8. El corriente que nace de esta fuente
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

9. El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

10. Bien sé que tres en sola una agua viva
residen, y una de otra se deriva,
aunque es de noche.

11. Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.
12. Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.
13. Aquesta viva fuente que deseo
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

La liturgia celebra cómo Dios alimenta al hombre con su misma vida, la vida sobrenatural, contenida en los misterios de la vida de Cristo. Esta vida sobrenatural en nosotros se llama “gracia”, que es como el cambiarse de vestido, que hemos visto en la primera entrega de esta serie. La gracia es el don gratuito de Dios que nos hace responder libremente a El, identificándonos con el donante que es infinito en generosidad y misericordia. Por eso, tenemos que cambiar de vestiduras. Hay que cambiar de vida. Es ésta la eficacia de la gracia. Con el símbolo de la fonte, Juan de la Cruz alude al fluir de la gracia de Dios en el hombre. Así Dios lo vivifica, santifica, recrea y salva.

En el poema no encontramos las palabras “Dios” ni “Eucaristía”. Y no hacen falta. Esto le da al poema un ambiente de misterio. Y el misterio es el corazón de la experiencia y de la celebración. La experiencia da su profundidad a la celebración; su porqué de existir puesto que ella existe como iniciación al contenido del misterio. En el caso de un místico, el misterio es el pozo donde bebe para poder experimentar y celebrar. Del mismo pozo saca agua para regar los corazones áridos de sus espirituales, que tienen sed del Dios vivo y verdadero.

Las tres primeras estrofas hablan de Dios (sin mencionar la palabra “Dios”) como origen escondido, misterioso que no tiene origen. Es el Dios del Antiguo Testamento. El Dios Uno que todavía no ha revelado su realidad trinitaria. A partir de la estrofa núm. 4 se canta la historia de la salvación, que comenzó con la creación de los cielos y de la tierra. Estos

proceden de esta fonte, tienen su vida en ella, beben de ella. Lo mismo ha de decirse acerca de la estrofa núm. 5 en que se compara el mundo criado (el suelo) con la omnipresencia e inmensidad eterna de la misteriosa fonte. En la estrofa 6, la historia de la salvación que empezó con el comienzo de la historia tiene su primer acto, la revelación. El símbolo de la luz indica el revelarse de la misteriosa fonte que fluye de noche. La revelación siempre ha tenido carácter salvífico.

En estrofa núm. 7 se encuentran los polos opuestos de los cielos y de los infiernos. Después de mencionarlos, el Santo alude al hombre en medio de ellos con el término “gentes”. Al afirmar que los corrientes de la fonte son caudalosos, afirma el Doctor Místico que la gracia de Dios fluye en toda la criación, en todos sus extremos. La gracia no se somete a la extremidad de los dos estados existenciales últimos: la gloria y la condenación. El fluir de la gracia de Dios es más poderoso, más caudaloso que las exigencias de la justicia, de la condena y de la glorificación tomadas en sí. Es ésta una alusión a la infinita misericordia de Dios que no conoce límites.

Esta misericordia se personifica, se encarna en Cristo, el Hijo “el corriente que nace de esta fuente” (Dios como origen que a partir de Cristo adquiere un rostro personal con el nombre “Padre”). En Cristo, comienza la revelación del rostro trinitario de Dios. Este comienzo es el hito al que se refiere la estrofa núm. 8. El Padre es el Dios Uno y Trino tomado como origen. En este caso, da origen a la procesión de las personas. En la 9 se hace referencia al Espíritu Santo “el corriente que de estas dos procede y que ninguna de ellas le procede”. Juan de la Cruz afirma la eternidad de cada una de las personas, que estas tres personas son la misteriosa fonte que al principio no se revelaba trinitariamente.

La subida a la cima de la historia de la salvación comienza con el misterio de la Encarnación de Cristo a la que alude estrofa núm. 10: “Bien sé que tres en sola una agua viva / residen, y una de otra se deriva”. Esta una es Cristo, la encarnación de Dios, del Dios Trinitario. El es el compromiso histórico cumplido del Dios Trinitario. Cristo es el Sacramento de la Trinidad. Desvela al Dios Escondido. Es su presencia eficaz

entre los hombres. En él, cabe Dios, se esconde Dios como dice la estrofa núm. 11: “Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan por darnos vida”.

La palabra “pan” es el primer símbolo eucarístico que encontramos en el poema. Dios, la eterna fonte escondida, se revela en Jesús como Trinidad. Esta Trinidad deriva hacia Jesús, el pan de vida, el pan eucarístico.

En Jesús, Dios se entrega a los hombres como comida, alimentación, la necesidad primaria de los hombres de la cual no se puede prescindir. Los misterios de Cristo son esta autoentrega de Dios. Es lo que se celebra en la liturgia. Nuestro celebrar consiste en devolver lo que Dios nos ha entregado, que es Jesús, el pan de vida. Este pan se hace oblación aceptable a Dios. Cabe citar aquí esta frase preciosa de la Plegaria Eucarística de Reconciliación Núm. 2: “te ofrecemos lo mismo que tú nos entregaste; el sacrificio de la reconciliación perfecta...”. Uno de los matices de la salvación es la reconciliación de los hombres con Dios. Esta se hace realidad en Cristo.

El cristiano tiene el deber sagrado de hacer esta devoción. La vida cristiana se mide desde el principio de deber y haber, de hacer las cuentas que Dios hace. Hay que llegar a un balance perfecto. El hombre por sí nunca podría llegar a esto. Cristo suple lo que falta. Dios mismo puso los medios para que haya un balance perfecto. Invirtió a su único Hijo en la economía de la salvación. El deber, pero sobre todo el poder, de ofrecer a Jesús significa nuestra identificación como hijos de Dios. Significa nuestra autoidentificación salvífica.

Jesús, el pan de vida, nos nutre y refresca como el agua, el segundo símbolo eucarístico del poema, que aparece a partir de la estrofa núm. 12. Es de notar que en las 10 primeras estrofas no utiliza nuestro autor la palabra “agua” pese a que empieza con el símbolo de la fonte. Juan destaca este momento como momento propiamente eucarístico con el símbolo del agua. Pan y agua son símbolos del episodio de Jesús con la samaritana en que se puso de relieve la autoentrega de Dios a todos los hombres: judíos y samaritanos.

El místico es un hombre que cae en la cuenta de la necesidad humana de Dios. Por eso, Juan acude al simbolismo del

pan y agua, alimentos fundamentales para expresar esta necesidad. Y esta necesidad se hace en una voz que clama, que clama celebrando en la Eucaristía: “Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, porque es de noche. Aquesta viva fuente que deseo en este pan de vida yo la veo, aunque es de noche” (Estrofa núm. 12-13).

2. *Una experiencia eucarística*

Como ya dejamos dicho, fray Juan escribió este poema en la cárcel de Toledo. Fue una experiencia de aspereza, lobreguez y oscuridad. Por eso dice en la segunda estrofa: “En esta noche oscura de la vida...”. Luego, después de salir de la cárcel escribirá su poema inmortal *noche oscura*.

Sus carceleros le quitaron el escapulario, signo de su identidad cristiano-carmelitana. No le dejaron celebrar la Eucaristía. El símbolo de la noche en el poema es una clara llamada a la fe en Dios, el Dios escondido. Todos sentimos, sobre todo en tiempos difíciles, que Dios se esconde o como diría Buber que hay un eclipse de Dios. En su cárcel toledana, Juan anhelaba a este Dios escondido. No es que se hubiera escondido o fugado, sino que se esconde en la Eucaristía. En aquella cárcel tuvo lugar una liturgia, digamos, existencial, mística, a falta del rito. La soledad de la cárcel se convirtió en un santuario, la cárcel sirvió de patena donde Juan puso su persona, su ser. Y él derramó este ser como si fuera la sangre que bulle y fluye en sus venas en el cáliz del poema que bebe de la Biblia que leía y la liturgia que celebraba y que quería celebrar en aquellos momentos. “Biblia y liturgia. No podemos olvidar que la palabra de Dios cantada por los textos litúrgicos ofrece a Juan de la Cruz una aplicación teológica y poética a la vez para cantar los misterios. La liturgia del tiempo de S. Juan de la Cruz cantaba a la Trinidad como fuente de salvación, a Dios como fuente y origen de la luz, al Espíritu como fuente viva”⁴.

4. J. CASTELLANO, *Un símbolo de San Juan de la Cruz. La Fuente, o. c.*, pp. 392-393.

La lectura pausada y meditada de este poema nos transporta hacia la esencia de lo que está teniendo lugar en cada Eucaristía: la Condescendencia salvífica de Dios con los hombres en Jesús, el pan de vida. Además de anhelar este pan del cual fue privado nuestro poeta en la cárcel, él nos lo ofrece a nosotros. Este pan anhelado es un pan vivido mística e intensamente. Juan de la Cruz, con su corazón sacerdotal que late con su alma poética, nos ofrece este pan vivido, experimentado y celebrado para que lo vivamos, experienciemos y celebremos. El auténtico vivir, experimentar y celebrar consiste en tener a este Dios escondido como única necesidad. Recuérdese el texto de comentario tomado de la Subida del Monte Carmelo que comentamos en la primera entrega de esta serie.

El no poder-celebrar la Eucaristía despertó en Juan de la Cruz una experiencia profunda de la que no nos damos cuenta normalmente. En muchos casos, la Eucaristía ha sido reducida a la mera cotidianidad. Estoy convencido de que de la experiencia toledana de nuestro místico podemos aprender a rescatar el centro de nuestra vida litúrgica de lo cotidiano, de lo meramente rubricístico. Juan echaba de menos la Eucaristía. Creía en su poder, en su eficacia. Y en su ausencia pudo reflexionar sobre la presencia de Dios pese a un sentimiento de su ausencia. Y en estos momentos de abandono, sintió la profundidad de la soledad, de la soledad en Dios, en el Dios escondido. También en la cárcel escribió una gran parte de la poesía *Cántico espiritual*. Escuchemos unos versos de este poema que reflejan esta profunda soledad:

Mi Amado: las montañas:
 los valles solitarios nemorosos,
 las ínsulas extrañas,
 los ríos sonorosos,
 el silbo de los aires amorosos,
 la noche sosegada
 en par de los levantes de la aurora,
 la música callada,
 la soledad sonora,
 la cena que recrea y enamora.

(*Cántico A*, estr. 13-14)

Debido a la incapacidad físico-material de celebrar, Dios le dio a Juan la “facultad” de celebrar una liturgia cósmica que implicaba a todo lo criado y al mismísimo Dios, que nuestro vate llama Amado. En los versos que acaban de citarse, no hay ningún verbo. Así, hay una implicación suprema, que compromete a Dios y a toda la criación, sin identificar el uno con la otra. Es decir, se salvaguarda la diferencia entre Dios y las criaturas, pero en la liturgia se encuentran, se comprometen con el hombre, el hombre celebrante y sujeto de la experiencia.

En estos bellos versos, se expresan cómo Dios se compromete con el hombre empezando con la criación (las montañas, los valles, etc.). Y todo deriva hacia “la cena que recrea y enamora”. ¿No se está refiriendo Juan a la Eucaristía? ¿No existe en estos versos un movimiento muy parecido al de la “fonte”?

Es de notar cómo la criación pasa por “la noche sosegada (la fe), la música callada (el silencio, la celebración silenciada por la imposibilidad físico-material), la soledad sonora (la soledad de un encarcelado)”. Todo esto es el Amado, el Amado que le hace a nuestro místico dulce compañía. Y esta compañía se pone de manifiesto en lo criado: las montañas, las ínsulas, los ríos, el silbo de los aires, la noche, etc...

Pero nuestro autor hace hincapié en la cena, en el banquete que celebra todo esto. Veamos su comentario sobre el verso de la cena en su primera redacción, que conserva la frescura de la experiencia toledana y la espontaneidad de la soledad pese a que fue escrito fuera de la cárcel: “La cena a los amados hace recreación, hartura y amor... Porque, así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada le hace sentir al alma (hombre-M.O.) cierto fin de males y posesión de bienes, en que se enamora de Dios más de lo que antes estaba” (Cántico A, 14, 28). En verdad, es compañía en la soledad, en la noche y en el silencio. Es el remate del trabajo de los hombres, de la liturgia. Todo se deriva a ella lleva. Enamora más. La Eucaristía hizo a Juan enamorarse más y más de Dios. Por eso, celebró cósmica-

mente con las montañas, los valles, los ríos, las ínsulas, etc., en la noche de la fe callada y solitaria a orillas del Tajo. Esta cena, esta Eucaristía recrea, renueva. Es “fin de males”, de los males de la perdición. Es la renovación de la criación. Es la salvación.

En fin, Juan de la Cruz es un cantautor de la Eucaristía como acontecimiento de la salvación, sobre todo en estas dos obras que hemos comentado en esta entrega. Son dos obras escritas en la ausencia de la Eucaristía terrenal. Son versos que apuntan hacia la Eucaristía celestial. El nos descubrió los secretos más profundos del Dios escondido de la Eucaristía y nos invita a estos misterios, nos invita a beber de “la fonte que mana y corre aunque es de noche”.

MACARIO OFILADA MINA

Oración

Vosotros, Santos de Dios, por los méritos de la Preciosísima Sangre de Cristo, obtenedme la gracia de que pueda: Hacer siempre la voluntad de Dios. Estar siempre unido a Dios. No pensar en otras cosas si no en Dios. Hacer todas las cosas solamente por Dios. Buscar en todas las cosas el honor y la gloria de Dios. Entender perfectamente mi propia nada. Conocer más y mejor la voluntad de Dios. Mantener el recogimiento en Dios. Por Jesucristo nuestro Señor, Amén.

Testigos

Sierva de Dios Sor María del Patrocinio de San José

La Sierva de Dios Sor María del Patrocinio de San José fue inmolada en aras de su fe y virginidad en Riudeperas, Vic, el día 13 de agosto de 1936. En el siglo, María de Puigraciós Badía Fláquez, Monja Carmelita en el Monasterio de la Presentación de María Santísima de la Ciudad de Vic.

Nació en la masía Maspons, de Bigas (Vallés Oriental. Barcelona), el día 28 de agosto de 1903, siendo bautizada el 3 de septiembre siguiente. Entró en religión el día 9 de octubre de 1929; vistió el Santo Hábito Carmelitano el 12 de abril de 1930; hizo la Profesión de votos simples el día 13 de abril de 1931, y los Votos Solemnes el 14 de abril de 1934. Sus padres cristianos campesinos y colonos de la familia Maspons, se llamaban Pedro Badía Ciurans y Antonia Fláquez Fontcuberta; fueron cinco los frutos que sazonaron en el cristiano árbol del amor los colonos de Maspons. María fue la benjamina. He aquí sus nombres: Jaime, Joaquina, Sebastián, Felipe y nuestra biografiada María.

María mostróse muy piadosa ya de niña, cuando, sentada en las rodillas de su padre, con él alternaba el rezo del santo rosario. Huérfana del mismo cuando contaba trece años, continuó piadosa, caritativa y ejemplar. Su clara inteligencia la llevó, siendo la menor de los seis hermanos, a encargarse de la dirección de la casa. De los catorce a los dieciocho años, la Sierva de Dios tomaba parte en las fiestas y diversiones mundanas, María bailaba; era una de las mejores bailadoras de su pueblo, pero lo hacía con tanta modestia, que jamás levantó sus ojos para ver su pareja. Incluso se puso en relaciones con un honrado labriego, destacando la modestia con que se divertía y la dignidad con que llevó sus relaciones. Si María

hubiera sido una joven ligera en sus pensamientos y amiga de los devaneos juveniles, ciertamente que el campo que ante ella se extendía era el más seductor y adecuado teniendo carta blanca por parte de los suyos; pero no, a María la encontramos siempre asidua en sus oraciones y lecturas piadosas. Su vocación religiosa surgió al cumplir los diecinueve años y romper con el novio. Durante siete años tuvo que luchar denodadamente contra obstáculos y dificultades tantas, que hubiesen resultado insuperables para otro temperamento menos tenaz que el de María. Para rezar sus devociones y darse a las lecturas piadosas, María tiene que ingeniar-se para no ser vista; en la oscuridad del pajar de su masía se ha construido ella un oratorio místico; un hueco practicado en la misma pared, habilidosamente disimulado, va a ser la hornacina sagrada de sus tesoros. Allí tiene una imagencita de la Virgen María, unas estampas de Jesús y santos de su devoción. En los ratos libres cuando más propicios son los momentos la joven se recoge en su pajar-capilla para hablar con sus grandes amores Jesús y María.

María se ha hecho más madrugadora. La excusa deberá estar siempre a mano. Va a la compra. No miente; pero sus pasos llevan alas para llegar más pronto a recibir a su Dios.

Hacerse Monja María Badía era un dislate que no cabía ni en los familiares ni en los sentires de su pueblecito. ¡Qué acerbadísimo empieza el martirio de la doncella de Bigas! ¡Y pensar que este martirio habrá de durar siete años plenos e interminables! Pero María tiene puesta toda su confianza en Dios, y El saldrá en su defensa. Por fin Dios puso término a las pruebas de María. Murieron en el Monasterio de la Presentación, dos Religiosas, obstáculos para entrar, por tener la Comunidad suficiente personal. La partida para el Monasterio se fija para el día 9 de octubre. María tiene aún muchos días para poner en limpio sus cuentas de compra y demás asuntos de la masía.

Son los postreros días de María en el mundo. Es indecible su tormento, porque el corazón se aligera más cuando se puede comunicar y expansionar con los demás. Pero la joven no podía ni sugerir siquiera la raíz de su sentimiento, sería

traicionar su vocación. Son por estos días cuando María se entrevista con su amiga Rosa, y entre los hilvanes de la conversación tiene para con ella esta corazonada, que pone al descubierto toda la anchura y la profundidad inmensas de la hija que se va, por la madre que se queda: *Rosa, cuando pienso que no lavaré más un pañuelo a mi madrecita; cuando considero su tristeza al enterarse de mi ida al Monasterio, se me parte el corazón de tal modo, que solo por Jesús y cumplir su santísima voluntad puede tener fuerzas para ello; si esto no fuera, de ningún modo lo haría.* María está segura que sigue su destino. Su amiga Rosa Garriga, cuyas circunstancias son distintas de las de María, para consolarla y darla alguna orientación, la dijo: *—Y ¿Cómo te las arreglarás para llegar hasta el Convento?* Tú cuida y procura por ti Rosa, que yo ya me las arreglaré, y el Señor, en quien confío, me dará fuerzas y trazas para todo. Y así fue.

Así llega el día 8 de octubre de 1929. Al caer la tarde, anocheciendo ya, María saca las fuerzas que su ángel le presta, se desliza por el bosque y entre unos matorrales oculta unas prendas más indispensables, y después de haber rogado a una buena mujer que avisara el coche que la había de conducir a Vic, la campesina se volvió a su masía para pasar en ella su última noche de vida seglar.

9 de octubre de 1929. María no ha podido dormir en toda la noche; la había pasado orando, pensando en Jesús y acariciando las cuentas de su rosario. María ha cumplido sus 26 años, está capacitada para escoger su vocación, es mayor de edad.

Al filo del alba María se ha levantado; como de costumbre ha barrido, ha preparado el almuerzo y todo listo. Ha rogado y conseguido la venia de su madre para salir a la compra acostumbrada. Ella estaba hablando con su madre, aquella madre de su alma, cuyo amor entrañable hacia la hija la había regado de modo que aún permanecía inconsciente ante el duro sacrificio que le exigía el cielo. Y la hija estaba conversando con la madre en los últimos momentos de su vida en el mundo, sin poderla abrazar, ni besar, ni decirle el último adiós para siempre. ¡Qué prodigios de valor

realiza el amor de Dios! Algo ya alejada de aquel hogar campesino que no volvería a pisar más, la voz de la madre reconvinó a la hija: *María, vuelve pronto para que las dos almorcemos*. La hija se marchó a la compra de aquella margarita escondida de que nos habla el Señor en el Evangelio.

María ya está en Vic, en seguida escribió una carta tiernísima a su madre, consolándole y dando aliento para ofrecer el sacrificio a Dios, pues que ella solo por cumplir con la voluntad de Jesús la había dejado; de otro modo nunca lo hubiera hecho. Le desea ánimos y esperanza en Dios, porque El bendeciría su sacrificio y le ayudaría en todo. Por fin se fijó su entrada para las 3 de la tarde. Las puertas de la clausura se han abierto. María ve abiertas las rejas de su prisión de paz, y con paso firme y seguro se adelanta y radiante de alegría penetra en la clausura. Por fin se hallaba en posesión de lo que tanto había deseado; ya estaba en la Casa de Dios. Al día siguiente por la tarde al salir del Coro, la Madre Priora se ve muy impresionada por las quedas palabras de Sor Asunción de San Alberto: Madre, tal vez llegará a ser santa esta joven, pues tanto le ha costado su vocación. O la Monja era muy previsora, o por allí andaba el soplo del Espíritu Santo.

La Hermana María está en su centro; a su fuerte actividad física, añade una voluntad de capacidad imponderable: ha de barrer los claustros, quitar el polvo de cuadros y paredes. En la cocina y fuera de ella, Sor María hacía el trabajo de tres religiosas, fue siempre silenciosa, modesta, atenta en todo, principalmente en aquellas cosas que decían relación con su cargo; admirable para toda la Comunidad. En el noviciado, respetuosa y sencilla con su Madre Maestra, atenta siempre a sus enseñanzas, sin darse nunca la menor importancia para nada.

Han pasado como un relámpago los seis meses de postulantado. Entre sus actos se guardan entrelazados muchos actos de sólida virtud, y ejemplos de observancia regular. Llegó por fin el día 12 de abril de 1930. En el Monasterio de la Presentación hay un revuelo Monjil que rebullen de alegría. La joven Bigas, que tantos obstáculos tuvo para ser Monja, conseguía por fin vestir Santo Hábito Carmelita. María Badía

lleva un rico vestido blanco de lujo del que habrá que despojarse para siempre. En su lugar, ahora cubrirá su cuerpo con el tosco sayal de Carmelita. A María se le ha dejado el nombre de pila, pero a él se le ha unido el del bendito Patriarca San José, así desde ahora en adelante la novicia tendrá este nombre: Sor María del Patrocinio de San José.

Está ya terminado el año de Noviciado, tan pródigo en luchas y en victorias y tan lleno de gracias. Desde los comienzos de su vida religiosa la joven Novicia había meditado este acto que ahora estaba en puertas de realizar, y por eso se convenció de aquellas palabras del Kempis: *“El hábito y la corona poco hacen: mas la mudanza de costumbres y la entera mortificación de las pasiones hacen al hombre verdadero religioso”*. Ahora, esta santificación de la Carmelita alcanza obligaciones de juramento. Y este juramento de Sor María va a tener el mérito de hacerse en unos instantes que necesitan vocación de mártires. La Profesión de Sor María se va a realizar el 13 de abril de 1931. Transcurridos los tres años de la Profesión simple María del Patrocinio va a estrecharse en definitivo encuentro con el Divino Esposo de su alma, ahora sus Bodas las esperaba con santa ilusión de entregarse a Dios hasta la muerte.

La Madre Priora antes de la fecha de la Profesión Solemne ha dicho a Sor María que es preciso que notifique a los suyos, sobre todo a su madre, ésta su Profesión Solemne y última despedida del mundo. Que vengan a convivir con ella los momentos más dulces de su vida.

Esta carta es del número de las que se perdieron. La madre no asistirá a la ceremonia: inflexible en su incomprensión, no dará a la hija el consuelo de dejarse ver, y la muerte la arrebatará de este mundo con esta tirantez que será el martirio del corazón sacrificado de su hija.

La Profesión Solemne se ha fijado para el 14 de abril de 1934. Ya está todo preparado para la fiesta, pero Madre Priora no podrá asistir a la ceremonia. Unas calenturas muy fuertes tienen a la Madre Priora en cama. Se ha llamado al Dr. Bayés, y se le ha rogado dé licencia a la Madre Priora para alzarse del lecho, solo en el momento de la Profesión El

Doctor ha respondido que si la fiebre no desaparece por completo la Madre no debe levantarse. Es la víspera del gran día, el corazón de Sor María arde en esperanza, y está tan segura que la Madre asistirá a su Profesión, que les ha dicho a las Monjas: *Hermanitas: no teman, quédense tranquilas, porque la Madre Priora asistirá a la Profesión.* Con la confianza de una niña, Sor María se ha marchado al coro y ha comenzado su oración. Lo que le ha dicho a Jesús sería muy íntimo; la suplica muy fervorosa; La fe ardiente y firme. La Virgen Santísima y San José han sido los escogidos por Sor María para el apurado trance. La oración se prolonga, y el corazón Divino de Jesús queda vencido una vez más por un alma que ora. En la misma noche de la Profesión, la Madre se siente curada de la fiebre. Ésta ha huido del cuerpo de la Madre, empujada por la humilde oración de un alma que ora. Y la madre Priora asiste, al día siguiente, a todos los actos con mucha alegría de ella y del Monasterio.

Día 14 de abril de 1934. Tres años han pasado después que Sor María del Patrocinio hizo ante el altar sus votos simples; ahora de nuevo ante el altar, para ofrecerse a Dios para siempre con sus votos perpetuos solemnes.

Ha comenzado la solemnísimas ceremonia y Misa. El Monasterio por una evidencia visible, ha hecho sacar a las Monjitas lo mejor de casa, jamás se había presenciado una fiesta igual.

Sor María con su antigua amiga Sor Rosa, acompañadas de Madre Priora, han bajado al locutorio. Allí está casi todo el pueblo de Bigas. Están también los hermanos de Sor María; entre ellos su hermana mayor Joaquina, Felipe ha ocupado el puesto de honor, por ausencia del padrino. El ha colocado a su hermana la corona de rosas sobre su frente, suavizándole muchas penas y calmándole muchos dolores. Por su parte Joaquina ha sentido al acercarse a su hermana María, la grandeza de su alma, y convencida hasta la evidencia de su virtud, le ha dicho a su hija Remedios: *"Hija mía, tienes una tía santa; sí, María es una verdadera santa"* Después.... la piedad, espíritu de mortificación, caridad, amor al silencio, jovialidad, dulzura, puntualidad y una inigualable actividad

en el trabajo, cumplimiento de sus tareas, desde las prestaciones más humildes hasta las labores más delicadas y difíciles de nuestra novel Carmelita Profesa, motivo de máxima edificación para toda la Comunidad. Decía en cierta ocasión, una de las Monjas a la Madre Priora: *“No somos dignas de poseer el tesoro. Jesús la querrá para sí”*. Han pasado unos meses de su Profesión religiosa, ahora está Sor María conversando con la Madre Priora: *–“¿Qué función más hermosa hicimos por su Profesión?”–* Dice la Madre Priora. *–“Ya me lo dijeron Madre, y aún me dijeron más...”–* añadió Sor María: *“¿Qué le dijeron?”–* repuso la Madre. *“¿Tal vez que tenía que ser santa?”–* *“Sí, que debía ser santa; pero de estas de pellizcos, no. No tendría yo suficiente virtud para ello”–* *“¿Quiere darme a entender que será una santa mártir?”–* *“En esto creo que se equivoca porque para conseguirlo necesitaría rogar a los superiores la trasladasen a tierra de Misiones y esto no lo creo fácil. Aquí enterradita en el Monasterio, ¿quién puede venir a martirizarla? –¿Y quién sabe? También podría venir una revolución... Y una sonrisa se dibujó en los labios de la hija que tal vez quiso guardar el secreto, y la confianza filial que profesaba a su Madre Priora se lo reveló de la manera más sugerente y callada. –Madre mía–* terminó Sor María *–los mártires son los que me gustan más–*.

Pocos días antes del martirio dirá ella a la Madre Priora con la mayor entereza varonil: *Madre no tenga miedo por mí; soy valiente, y si se acercan no lograrán sino el desprecio, no se apure por mí, mire que mis puños son fuertes*. Por estos mismos días dijo Sor María a una Srta. muy amiga de la Comunidad: *“Que me martiricen, que me maten, nada me importa; pero que me toquen, esto no lo consentiré jamás”*.

21 de julio de 1936. La Comunidad vestida ya de seglar se dirige al Coro para rezar Vísperas, las últimas que habían de rezarse en aquel Monasterio. Pero no hay tiempo de acabarlas, Sor María del Patrocinio y Sor Dolores de San José, salen sosteniendo con indecibles trabajos a su ancianita enferma, son acogidas en la casa del Capellán del Convento, ya entrada la noche las Hermanas se separan entre lágrimas y abrazos, y unas con sus familiares otras con personas que

las acogen con verdadera caridad, así de un domicilio a otro va Sor María con su ancianita enferma.

Día 13 de agosto. Vino a la casa donde estaba refugiada Sor María para probar un vestido a Sor María la Srta. Carmen Vilargunter. Y al terminar la prueba esta señorita ha invitado a nuestra Hermana a acompañarla, con el fin de que sepa donde está su domicilio. Una gran sorpresa aguarda a las dos jóvenes: Al llegar a la referida casa, sita en la misma plaza de la Merced, se encuentran con la inesperada figura de un mozalbete, guardián de la puerta, mientras otros practicaban un registro en el interior donde se encontraban refugiadas varias religiosas y un sacerdote *¿Sois Monjas?*, interrogó uno de los milicianos a las recién llegadas. Sor María se adelantó a confesar la verdad: *–Sí, yo soy Religiosa Carmelita–* respondió llena de serenidad. *–Y ¿de qué Convento eres tú?–* adelantó aquél hombre. *–De las Monjas Carmelitas, que eran llamadas Devalladas ¿Y para qué te hiciste monja? insistió el futuro verdugo –Para seguir mi vocación–* contestó impávida Sor María, siguen unas preguntas de cuanto dinero aportó en su dote, a lo que responde nuestra Hermana, que apenas 50 pesetas; pero como tuvo que pagar el coche que la condujo a Vic, a la Madre Priora solo pudo entregarle 25 pesetas. Empieza un interrogatorio salpicado de palabras equívocas, indecorosas y directamente provocativas para la religiosa. Se hacen insinuaciones grotescas, alusiones a bajo mundo y de carne podrida. Desde este momento Sor María clava sus ojos puros en la tierra, y se hace ciega, sorda y muda. Aquella palabrería hedionda y soez no la entiende ella. Se pasaron unas horas de martirio para Sor María y demás almas delicadas que allí se hallaban detenidas. Aquellos hombres siguen su volcánica desvergüenza, alternando con los insultos y los atropellos, con las blasfemias y los desmanes. Por fin, una voz imperativa, intima a las inocentes víctimas a que sigan: *“¡Todos al Ayuntamiento!”*. Pero una voz desabrida grita, contrariando la primera orden: *–Todos al Ayuntamiento, no; nos conformamos con estos dos curas y esta Monja joven.*

La víctima es conducida desde la Plaza de la Merced a la Casa del Ayuntamiento. La actitud de Sor María (dicen testigos oculares) al pasar por las calles del trayecto, era modestísima. Sus ojos clavados en el suelo pero inundada de una serenidad angelical. Las horas de nuestra Hermana en el Ayuntamiento fueron terribles. El mismo pueblo de Vic asegura que, en una de las dependencias del Ayuntamiento se martirizó brutalmente a Sor María, apelando a cuantos medios de seducción podía poner en las manos de aquellos milicianos. El mismo jefe viéndose burlado en sus repetidos intentos de seducción a la inocente víctima Religiosa la entregó a los verdugos con estas palabras: *“Tomad esta mujer y haced de ella lo que queráis”*.

Confirmando los tormentos pasados por Sor María en el Ayuntamiento, persona digna de crédito, hizo llegar a la Madre Priora estas palabras: *“¡Oh, como hicieron sufrir a la pobre Sor María, queriéndole arrancar su pureza!”*

Eran aproximadamente, las once de la noche del día 13 de agosto de 1936. Las víctimas hallaron ya preparados en la plaza dos autos. En uno de ellos hicieron penetrar a los dos sacerdotes, y al dirigirse a él también Sor María, uno de los verdugos la separó violentamente, diciéndole: *“No, tú te vendrás con nosotros en el auto fantasma”*. Nueva prueba martirizante para nuestra Hermana Religiosa Carmelita. Los autos arrancaron por la carretera de San Julián, en dirección a San Martín de Ruideperas. Frente a la misma iglesia desolada de este pueblecito se paran los motores.

Una descarga cerrada acaba con la vida de los dos sacerdotes a los pocos instantes. A Sor María se la arranca violentamente del asiento, y un nuevo altercado se entabla entre los verdugos y la Monjita víctima. Hay un torbellino de palabras que se pierden en la frialdad de la Escena. Desde una de las casas vecinas al lugar, y en medio de la gran luz que los focos derraman, una humilde labradora y su familia pudo contemplar cómo fue violentamente sacada del auto la víctima, y cómo de su garganta serena y pura, se escapaban estas frases: *“Eso no, jamás”. De Esposo, ya tengo: y si me matáis, iré al Cielo a verle”*. Sor María horrorizada por aquella lucha,

consternada de dolor ante los disparos, que hace un momento troncharon la vida de los dos sacerdotes, y defendiendo con fuerzas de leona cristiana su angelical virtud, trató de alejarse, huyendo. Pero los verdugos impotentes, y avergonzados ante la varonil fortaleza de una tierna doncella gritaron: “*A la derecha, a la derecha*”. Y encajonando el cuerpo de Sor María en las anchas bandas de luz de los focos recibió la primera descarga. En el mismo momento la voz clara de Sor María pronunció sus últimas palabras: “*Señor, perdonadme, voy a morir*”.

Una nueva descarga cayó sobre su cuerpo virginal, que se desplomó en tierra, acribillado por más de treinta balazos de revólver. En su mano derecha, estrechaba su hermoso Crucifijo y con El murió abrazada. El cuerpo quedó con el rostro contra el suelo, junto a una mata de juncos. Así murió Sor María del Patrocinio de San José. Mejor se ha ido al Cielo, pasando antes por aquel bautismo de sangre que la hace semejante al Rey de los Mártires.

Al día siguiente, los vecinos de Riudeperas pudieron contemplar el cuadro horriblemente doloroso. Pudo comprobarse que junto al cuerpo de Sor María del Patrocinio de San José, se encontraban las cenizas del Crucifijo de la Parroquia, allí profanado y quemado. Varias personas que presenciaron el cuerpo en aquella mañana, aseguran a la Rvda, Madre Priora del Monasterio de la Presentación (dato que pudo ser comprobado después por el médico Delegado de Sanidad, en la exhumación del cadáver) que todos los tiros fueron lanzados al vientre y pecho de nuestra Hermana. El vientre sobre todo, aparecía completamente destrozado por más de treinta disparos.

Un cristiano payés, vecino de San Martín de Riudeperas, con la ayuda otro vecino, trasladaron los cuerpos de las tres víctimas hasta el cementerio, contiguo al lugar del martirio, dándoles sepultura en una zanja abierta al efecto.

Más tarde se supo, que uno de los verdugos, confiándose con alguno de mayor intimidad, había llegado a decir estas palabras: “*Tal vez hicimos demasiado con esa pobre monja. A ésta si que la harán virgen y mártir*”. Ella se mantuvo con

una firmeza extraordinaria, diciendo: *“Tengo ya a mi Esposo Jesucristo, con quien me abracé. Y estas otras, que revelan el heroísmo de la Religiosa Carmelita: “Mejor. De esta manera me uniré más pronto con mi Esposo”.*

El cuerpo de Sor María del Patrocinio de San José, permaneció enterrado en el cementerio de San Martín de Riudeperas, y en la zanja que dijimos. Actualmente sus restos mortales descansan en modesto y sencillo nicho en el Coro del Monasterio Carmelitano de la Presentación de María Santísima en la Ciudad de Vic.

MONGES CALMELITES DEL MONESTIR DE LA PRESENTACIÓ

NUEVA COLECCIÓN “IN VERBUM VITA” Libros de Vida Sobrenatural

1. M. M.^a OLIVER, O.P., Práxedes Fernández, Apóstol de la civilización del Amor. Ed. San Esteban, Salamanca, 1995, 533 pp. 2.080 ptas.
2. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., Biografía de la M. M.^a Angélica Alvarez Icaza. Iniciación a sus escritos. Vol. I, Ed. San Esteban, Salamanca, 1993, 446 pp. 2.800 ptas.
3. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., Biografía de la M. M.^a Angélica Alvarez Icaza. Iniciación a sus escritos. Vol. II, Ed. San Esteban, Salamanca, 1996, 562 pp. 2.800 ptas.
4. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., Indices de la Revista Vida Sobrenatural, 1921-1995. Ed. San Esteban, Salamanca (en prensa).

Sor Inés de San Pablo

IV Centenario de la Fundación de la Esclavitud Mariana Alcalá de Henares

Estamos celebrando en el Monasterio de Concepcionistas Franciscanas, titulado de Santa Úrsula de Alcalá de Henares, un evento muy importante, que tuvo lugar en la última década del Siglo de Oro español.

En el año 1595, una santa religiosa de nuestra Comunidad que está en el cielo, Sor Inés de San Pablo (así reza el Libro de Oro de la fundación, escrito por Fray Juan de los Angeles, místico franciscano), inspirada por Dios, a impulsos del amor acendrado a María, como buena Concepcionista, funda la Esclavitud Mariana en el mes de Agosto de 1595, ante la imagen de la Asunción y en torno a su fiesta.

¿Quién fue Sor Inés de San Pablo? Una linda niña alca-reña de 10 años, natural de Fuentelencina (Guadalajara), que ingresa en nuestro Monasterio en 1575, fiesta del Rosario, con su hermana María de la Cruz, ocho años mayor que ella. Ambas visten el hábito Concepcionista el mismo día de su entrada. Nuestra venerable siempre se destacó por su eximia virtud, siendo ejemplo a las religiosas para mejor servir a Dios (como consta en el Libro de Oro).

No fue su camino halagüeño y sin contratiempos en la vida religiosa. Los santos tienen que pasar por la cruz, la cual abrazan con amor; y brillan como luceros después de ser acrisolada su virtud, Sor Inés de San Pablo batió el récord al final de su carrera, entrando triunfante en el cielo con el laurel de la victoria.

Veamos cómo lo consiguió. Ella sentía un vehemente deseo de consagrarse totalmente como esclava a la Virgen Santísima, para lo cual recibió un carisma especial y gracias místicas de raptó, Su espiritualidad mariana adquirió paulatinamente proporciones gigantescas, que lengua humana no puede describir. Pero sucedió que lo que ella proponía de fundar una Cofradía de Esclavas a la que pertenecieran también seglares, no se aceptaba en la Comunidad por parecer novedoso y algo desacostumbrado. Más bien la condición humana tiende a la molicie y al camino más fácil, y así lo que esto suponía de sacrificio y entrega se rechazaba. Pero Sor Inés de San Pablo venció esta resistencia con mansedumbre y paciencia, por lo cual a todas ganó para la causa de la Virgen y al final todas se consagraron como esclavas.

En nuestro Monasterio de la Concepción Franciscana de Alcalá de Henares, recién fundado en 1573 por un canónigo de la Santa Iglesia Magistral de San Justo y Pastor de Alcalá de Henares, Don Gutierre de Cetina, el culto a María corre a raudales por la fuente Concepcionista, abierto el canal mariano por la Santa Madre Beatriz de Silva, Dice la Regla que las monjas imiten a María en su vida inocentísima, ya que Ella fue digna de llevar en su seno al Rey Eterno. Nuestra Sor Inés de San Pablo fue humilde y pura como la pequeña virgen santa Inés (De nuevo cito las palabras de Fray Juan de los Angeles).

Cuando en la Comunidad se respira santidad, el ambiente se purifica y surgen émulas de heroísmo. Así debió de ser entonces, saltó la chispa de amor y fe a todas las demás. Se dice en el mencionado libro que la Comunidad practicaba la obediencia con perfección, que la contemplación era muy fina. En una palabra, estaba al rojo vivo el espíritu de nuestra amada Madre Fundadora santa Beatriz de Silva. La Comunidad alcanzó el número de cincuenta miembros. Tal vez se hicieron acreedoras a este premio del cielo como son las vocaciones. Sor Inés de San Pablo parecía la misma después de su consagración a María como esclava, pero en realidad todo había cambiado. Se había alumbrado en la Iglesia una nueva forma de devoción y de amor a María. A partir de entonces se daría gran gloria a la Madre, que se confesó

esclava del Señor. ¡Cuántas almas se han santificado siguiendo este ideal y cuántas vocaciones religiosas han madurado al calor de la Señora y Reina de los corazones! Nuestra venerable murió abrasada de amor a la Madre de Dios, alrededor de los cuarenta años. Vida corta para rezumar tanta santidad. Ella redactó unos Estatutos para los Esclavos y en una de las cláusulas se dice que los que pertenezcan a esta Cofradía de Esclavos de la Madre de Dios, sean almas selectas, movidas del deseo de servir a Dios y a la Señora.

La esclavitud mariana exige el despojo total, es un vaciarse de sí mismo para que la casa la habite la Señora y la decore a su gusto. Y si quiere puede coger los objetos más valiosos de los esclavos y hacer con ellos lo que le plazca, incluso llevárselos para la ornamentación de otros templos. Ella se encargará de colocar donde falte algo, la bella figura de su Hijo, que brilla como el sol y trasciende toda palabra humana.

La Universidad de Alcalá de Henares en el siglo XVI estaba en todo su esplendor, conocieron la Esclavitud Mariana, fundada por Sor Inés de San Pablo, insignes doctores de la misma y un Fraile Agustino muy erudito, que escribió la obra "*Hierarchía Mariana*" la propagó por los Países Bajos y Bélgica. En Francia San Luis Grignon de Monfort en 1673 escribió doctrina sobre la Esclavitud Mariana con el Secreto de María y la Verdadera Devoción. Como chispa que prende por un cañaveral llegó la esclavitud hasta Polonia, Alemania, Inglaterra. Cruzó los mares y llegó hasta el continente hermano. Quizá nuestras hermanas Concepcionistas que fueron las primeras que llegaron al nuevo mundo la inculcaron a los Indios.

Ahora después de cuatro siglos vibran muchos corazones con Sor Inés de San Pablo y alguien lleno de entusiasmo le ha llamado "loca mariana".

El Libro de Oro de la Fundación recoge firmas de reyes y personajes destacados en España, como Infantas, Duques, marqueses, y todos se firmaban: esclavos de la Madre de Dios.

La Obra de la Iglesia y la Madre Trinidad Sánchez

II. NUEVO Y PROFÉTICO DON PARA EL PUEBLO DE DIOS

La “Obra de la Iglesia” marca ya un nuevo hito en la Iglesia. Providencial por su fin, nueva en su organización, y actual en su forma de vida y en su actuación apostólica, es una manifestación de que el Espíritu Santo enriquece constantemente con nuevos dones a su Iglesia. Como ya dijimos, ha sido fundada por la Madre Trinidad Sánchez Moreno, natural de Dos Hermanas (Sevilla).

Desde las páginas de esta revista transmitíamos recientemente un perfil humano y espiritual de la Madre Trinidad. En este número vamos a ocuparnos de la “Obra de la Iglesia” como regalo de Dios a su Iglesia. Está erigida canónicamente en su singularidad, tal cual es según sus propias Constituciones, y aprobada como “Familia Eclesial de Vida Consagrada” que acoge en su unidad miembros distintos por su estado y forma de vida.

Es, sin duda, un acontecimiento relevante en la Iglesia. Hemos querido ampliar la información conversando con Ambrosio Aranda Guijarro, Director de la Roma Secular masculina, consagrado a Dios en medio del mundo:

–La primera pregunta que surge espontánea es: ¿Qué es la “Obra de la Iglesia” y cuál la misión que tiene?

–La “Obra de la Iglesia” forma un todo homogéneo con su fin, su riqueza doctrinal y espiritual, su organización... Estos elementos son inseparables entre sí; unos derivan de los otros y los complementan. Ese conjunto queda plasmado en sus Constituciones. Su originalidad, su actualidad y su novedad están precisamente en eso, en ser lo que es: la “Obra de la

Iglesia”. La Madre Trinidad la fundó para manifestar a todos la belleza de la Iglesia, para desentrañar su riqueza infinita y presentarla a los hombres de modo que al mirarla vieran el rostro de Dios en ella, y se sintieran atraídos a vivir y a beber de su felicidad inagotable.

–*Pero éste, ¿no es el quehacer de todos los miembros de la Iglesia?*

–Si me permite, le haría a este respecto tres consideraciones.

Todo lo que hay en la Iglesia es para todos y cada uno de sus hijos y de todos los que lo quieran recibir. Sin embargo, en la historia de la Iglesia el Espíritu Santo ha actuado y actúa a veces especialmente para poner de relieve una verdad o para hacer vivir más profundamente una realidad del patrimonio común de todos los cristianos. Una Obra que tenga como fin específico *dar a conocer a la Iglesia misma*, en su realidad profunda, manifestar el tesoro inagotable e infinito que encierra en su seno, mostrarla en su vida, misión y tragedia, y hacer que los cristianos tomen conciencia viva de lo que son por ser Iglesia, no creo que haya surgido hasta ahora.

Por otra parte, entre lo que la Iglesia es y lo que la mayoría de sus miembros conocen y viven de su misterio hay una descompensación escalofriante. Y “la Iglesia –en frase de la Madre Trinidad– guarda su pena en el silencio de la incompreensión”.

Por eso, ante la vivencia gozosa y amarga a la vez de lo que la Iglesia es en sí, y de ese penar que la taladra por desconocida y no recibida, escribía también: “Urge presentar a la Iglesia en toda su hermosura...”. “Es voluntad de Dios que se manifieste el verdadero rostro de la Iglesia...”. “Es necesario que se ponga la Teología al alcance de todos los hijos de Dios...”. “Hace falta que se reavive el dogma entre los miembros de la Iglesia...”.

Frases todas pronunciadas por la Madre Trinidad ya en el año 1959 y que hablan por sí solas de un quehacer urgente en la Iglesia.

Le diré por último que el hacer la “Obra de la Iglesia” se lo encomendó el Señor ante todo a los Apóstoles y a sus

sucesores. Por eso es característica esencial de la “Obra de la Iglesia”, para llenar su fin, estar siempre al lado del Papa y de los Obispos, ayudándoles a ellos a realizar la obra esencial que Cristo les encomendó.

–*Quehacer ambicioso y atrevido ese de “reavivar el dogma”, de “poner la Teología al alcance de todos”. ¿Con qué medios –por decirlo de alguna manera– cuenta la “Obra de la Iglesia” para llenar este cometido?*

–Es un tema éste tremendamente sugestivo.

La “Obra de la Iglesia” cuenta con la ingente riqueza doctrinal y espiritual que ha recibido de su Fundadora la Madre Trinidad para llevar a los miembros de la Iglesia el conocimiento y la vivencia del misterio de la Iglesia. Ella a su vez lo ha recibido directamente de Dios como se desprende de estas palabras que hace poco he oído a la Madre Trinidad hablando a un grupo de sacerdotes: “Las realidades de las que les he hablado a ustedes, yo no las he aprendido en los libros, ni me las han enseñado los hombres. Soy simplemente un testigo. Y la veracidad de mi testimonio se comprueba por su conformidad con las enseñanzas de la Iglesia”. No sólo el contenido de las verdades en su sabiduría divina es lo que ha recibido directamente de Dios sino que también ha recibido el modo con el cual esas realidades se hacen visibles para todos.

–*¿Entonces, la Madre Trinidad es una mujer inmensamente sencilla, sin estudios teológicos y sin preparación científica especial? ¿Es esto así?*

–Totalmente cierto. Ella no conoció más teología que la que aprendió en la catequesis y en la homilías dominicales de su parroquia Santa María Magdalena. Testigos de ellos son sus vecinos del pueblo de Dos Hermanas.

A los diecisiete años, una víspera de la Inmaculada, el Señor pasó con fuerza avasalladora por su alma y la llamó para sí. En largos ratos de intimidad ante el Sagrario en los años de su juventud Él se constituyó celosamente en su único Maestro, bajo la mirada complacida de quienes atendían su alma. Así la preparó para la realización de un plan suyo en la Iglesia. Y a partir de un día concreto de 1959, Dios

se empezó a derramar portentosamente sobre su alma sencilla en torrentes de sabiduría divina.

La introdujo en el misterio de su vida hasta profundidades y honduras que Él sólo conoce. Desde allí le mostró en su esplendor y magnitud los demás misterios realizados por Él para darse al hombre y remansados en la Iglesia. Y al mismo tiempo que le hacía ver y vivir de esa riqueza infinita, la impulsaba a manifestarla y comunicarla. Ella lo hizo como únicamente podía con el lenguaje sencillo del pueblo, sin tecnicismos, pero con toda la fuerza expresiva del genio popular andaluz. Se obró así un hecho sorprendente, prodigioso: aquella joven de treinta años, que pasó toda su vida en su pueblo, trabajando desde los dieciséis años en el comercio familiar, sin ciencia humana, sin saber siquiera lo que era la Teología, empezó a hablar y a escribir de todos los misterios del dogma, aun de los más profundos, con una hondura inimaginable, con rigurosa exactitud y una matización, una amplitud y un desarrollo asombrosos. Su palabra de fuego los presentaba como vida y, en su sencillez de expresión, a todos se los hacía asequibles.

—Un caso entonces completamente singular, ¿no?

—Singularísimo; que está ahí, en medio de nosotros, puesto por Dios para llevar a cabo un plan de renovación en la Iglesia que sobrepasa cualquier planteamiento o atrevimiento humano.

—Y ¿cómo empezó la Madre Trinidad a hacer la “Obra de la Iglesia”?

—Una de las cosas que más fuertemente el Señor imprimió en su alma es que la vida de la Iglesia en toda su riqueza, verdad y hondura, es para todos, y especialmente, para los más humildes; a todos había que mostrársela en su esplendor. Le urgía a Dios tanto que todos los hombres entraran en su seno de Padre, que para ello mandó a su Hijo al mundo y fundó la Iglesia. Impulsada por la fuerza irresistible del celo divino, se lanzó a buscar una legión de almas que vivieran tan profundamente su ser de Iglesia, que fueran capaces de desentrañar su riqueza y siendo testimonios vivos, por la vida y la palabra, presentasen a la Iglesia en toda su hermosura ante la vista de

todos los hombres, para que al mirarla vieran el rostro de Dios en ella, y se repletaran de su vida.

–*Y ¿qué personas pueden pertenecer entonces a la Obra?*

–Toda clase de personas: sacerdotes, hombres y mujeres consagrados a Dios en medio del mundo, matrimonios, jóvenes de ambos sexos, adolescentes, niños, personas mayores. Cada uno se integra dentro de ella en el Grupo, Rama, Sección o Grado que mejor le vaya para llenar las exigencias de su vocación.

–*¿Me podría usted resaltar alguna peculiaridad de la “Obra de la Iglesia” como organización?*

–La primera, su amplitud, de la que acabamos de hablar. Le señalaría además la diversidad en la unidad dentro de ella. Pues en una única Obra se integran las tres ramas de miembros consagrados a Dios con los votos de castidad, pobreza y obediencia: sacerdotal, seglar masculina y femenina completamente independientes entre sí, cada una con sus Directores, sin que unos interfieran para nada en la marcha interna de los otros. Y además el grupo de Militantes con su propia autonomía también abarcando una multiforme variedad de personas. Todos sin embargo participan de una misma riqueza espiritual, colaborando en una acción apostólica unitaria en las parroquias encomendadas a la Obra o en sus casas de apostolado, y hasta llevando las tres ramas de Responsables una misma economía en cuya gestión cada una participa activamente con un cometido específico. El genio organizador de la Madre Trinidad ha conseguido reglamentar en unas mismas Constituciones y de una forma sencilla y armónica formas de vida tan dispares. Peculiaridades en las que se afirman con fuerza y decisión gozosos elementos perennes del vivir de la Iglesia en forma sencillamente distinta y pacíficamente renovadora, surgiendo esos modos distintos del manantial de vida infinita que palpita en la Iglesia en urgencias por comunicarse.

El Señor le mostró a esta mujer “pequeña, pobre y desvalida” –como de sí misma afirma la Madre Trinidad– la riqueza subyugante de la Iglesia, la hizo ver su misión y la introdujo también en su Getsemaní. La impulsó después a

cantar su canción de Iglesia a los hombres y a buscar una legión de almas que entonara con ella esa canción, la hiciera resonar por todas partes y la perpetuara en el transcurrir de los siglos, para hacer al lado del Papa y de los Obispos la Obra esencial que Cristo les encomendó. Mirando a todo eso y sólo a eso –otra ciencia no tenía– plasmó en la vida de sus comunidades, y en las Constituciones de su “Obra de la Iglesia” lo que en el año 1990 la misma Iglesia creyó oportuno aprobar como “Familia Eclesial de Vida Consagrada”.

–Perdone, ¿podría aclararnos más el significado y la trascendencia de esa aprobación a que usted hace referencia?

–Sí, la “Obra de la Iglesia” fue aprobada como “Familia Eclesial de Vida Consagrada”. Y la aprobación ha sido en forma singular para la “Obra de la Iglesia”, tal cual es según sus propias Constituciones.

El canon 605 establece que “la aprobación de nuevas formas de vida consagrada se reserva exclusivamente a la Sede Apostólica”. En consecuencia, la Congregación para los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica “autorizó” al Cardenal Arzobispo de Madrid para que “reconociera” a la Obra de la Iglesia como “Familia Eclesial” de derecho diocesano. Se abre así, por primera vez, esa puerta que el actual Código de Derecho Canónico reservó para dar paso a “los nuevos dones de vida consagrada otorgados a la Iglesia por el Espíritu Santo”.

Estamos ante un hecho innovador, y contemplamos un proceder abierto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada. En una fórmula de verdadera filigrana jurídica, se aprueba una Obra concreta, que queda constituida para sí misma en su propio y único camino, dentro de las normas generales para toda institución de vida consagrada. Estamos también ante una Obra, cuya poderosa llamada ha determinado la apertura de un nuevo portón canónico.

–Pues como miembros de la Iglesia nos congratulamos con la Madre Trinidad de que haya surgido en España una Obra que haya supuesto un nuevo hito en la vida de la Iglesia.

Información

Escucha, Israel

Homilias A-B-C

I. EL LIBRO

Atención a este libro. Quien piense que es otro más de clásicas homilias al uso, fijándose sólo en el subtítulo, está muy equivocado. El autor, Jesús Martí Ballester, largamente experimentado en todos los campos de la pastoral y de la pluma, lo ha titulado con toda intención y acierto así: *“Escucha, Israel”*. Y es porque, al escribirlo, no pensaba sólo en los sacerdotes (aunque también) para ayudarles a desempeñar mejor el ministerio de la predicación, que es primordial e insustituible, sino muy especialmente se propuso como destinatarios a los que colaboran con ellos en pastoral, liturgia y catequesis y, en general, a todo el pueblo de Dios que, lamentablemente, apenas tiene otro contacto con su Palabra que el obligado de la Misa dominical y festiva.

1. *La Palabra, alimento del cristiano*

Observadores de la realidad eclesial y confesores experimentados, que conocen a fondo las almas, coinciden en señalar la gran ignorancia o poca cultura religiosa en que yace postrado un sector importante del pueblo de Dios. Es ésta la peor lacra moral que afecta a no pocos cristianos de hoy, conocedores de muchas cosas innecesarias o inútiles, pero supinamente ignorantes de la Palabra de Dios, en contraste con los hermanos separados protestantes, en general, mucho más versados en ella. Es deplorable que todavía no hayan calado en la mente de tantos católicos aquellas terminantes palabras de San Jerónimo, que sentencia tajantemente: *“No conocer las Escrituras, es no conocer a Cristo”* (DV 25). La Palabra, por tanto, es, junto con la Eucaristía, el necesario alimento del cristiano.

Pero, por desgracia, sólo una *pequeña minoría* de fieles se preocupa de conocer mejor la Palabra de Dios en cursos de retiro y formación espiritual, o en la catequesis de adultos y círculos de estudio, impartidos con una mínima regularidad de método y seriedad pedagógica. Y es lo cierto que la *inmensa mayoría* de los fieles se limita a asistir, con escaso entusiasmo, a la Misa dominical o festiva, en la que no siempre se proclama la Palabra de Dios en forma meditativa y reposada, ni tampoco la homilía, por su obligada brevedad, puede abarcar todo el contenido y riqueza de los textos sagrados que se ofrecen en cada celebración. En consecuencia, muchas veces, los fieles salen del templo con pocas ideas claras, sin asimilar bien la Palabra de Dios, que ya no volverán a escuchar hasta que se repita el ciclo, tres años después, y con una debilidad crónica en sus almas, carentes del necesario alimento espiritual, que sólo se puede encontrar en los textos sagrados, bien conocidos y meditados. Y así están muchas almas, pobres y raquíticas, lánguidas y anémicas, sumidas en la tibieza espiritual que las arruina.

2. *Almas exánimes*

Es oportuno traer aquí, a este propósito, las proféticas palabras de la célebre Madre Teresa de Calcuta, en respuesta a un periodista del Reino Unido que le entrevistaba:

“He ido –decía por vuestras calles, he entrado en vuestras casas y he encontrado una pobreza mayor que la de la India: la pobreza del alma...”.

¡Pobres almas las que asisten, hambrientas, a la Misa dominical o festiva, y que no todas ni siempre vuelven a sus casas habiendo asimilado bien el alimento de la Palabra de Dios! Pues de esas almas exánimes, sin excluir a las fuertes y bien formadas, se ocupa solícitamente y se compadece, como buen pastor, Don Jesús Martí Ballester en su reciente libro “*Escucha, Israel*”.

3. *La “mesa de la Palabra”, servida en el hogar*

Las familias que tengan en sus hogares y lean durante la semana este libro, no sólo no carecerán del necesario alimento para sus almas, fielmente tomado de las dos lecturas, del Salmo Responsorial y del Evangelio de cada Domingo o fiesta, sino que podrán tener, además, una fructuosa lectura espiritual y unos sugerentes puntos para la oración y meditación durante la semana. Porque *“Escucha, Israel”* se ha escrito para ser un eco fiel de aquellas palabras del Antiguo Testamento, que deben resonar, como un fuerte adlabonazo, en los oídos de todo el pueblo de Dios, que es el nuevo Israel:

“Escucha, Israel: ...las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria; se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales” (Dt 6, 4 y 7).

Es decir, que la Palabra de Dios, según el texto citado, debe ser patrimonio propio de las personas y de las familias, y no sólo cosa de los sacerdotes y de las iglesias.

El autor impartió la doctrina homilética contenida en este libro a los fieles que asistían a la Misa dominical y festiva en parroquias de Valencia, como San Juan y San Vicente, la Preciosísima Sangre, etc.; y en otras de Barcelona, como María Medianera, Nuestra Señora del Pino, San Pancracio, etc. Por ello, este libro, *“Escucha, Israel”*, va dirigido directamente al pueblo de Dios más que a los sacerdotes; y es fruto de la gran preparación básica del autor, del estudio inmediato de cada tema y de la recurrente oración y meditación a lo largo de sus años de sacerdocio. Con toda razón, y coherente con su propia experiencia, advierte en el comentario al Domingo 5.º de Pascua, ciclo A, que la mesa de la Palabra *“no se debe servir en frío, sino caldeada en el estudio amoroso y en la oración”*. Porque, como observa citando a Von Balthasar, *“al pueblo se le pueden dar piedras en vez de panes, pero los cristianos se dan cuenta en seguida*

de si las palabras del predicador provienen de su profunda oración personal o si, por el contrario, son ligeras y superficiales como artículo de periódico”.

5. *La Palabra, presencia del Señor*

A este respecto hay que notar que el Salmo Responsorial, junto con las aclamaciones, ocupa un lugar preferente en el orden de los cantos. Dicho salmo es también Palabra de Dios, está entre las partes que corresponden al pueblo y no se le puede quitar. El libro *“Escucha, Israel”* es el único, entre los que conozco, que hace constante referencia al Salmo Responsorial. *“He querido –dice Don Jesús Martí Ballester en la Introducción– que cada homilía tuviera su parte contemplativa y oracional, de alabanza, de admiración, de acción de gracias, de impetración, seleccionando los versículos del Salmo Responsorial, parafraseándolos, relevándolos, remarcándolos y dejándolos después a la propia responsabilidad del lector”.* Y, a fe, que lo ha conseguido plenamente.

Yo, por mi parte, me atrevo a lanzar una sugerencia en el sentido siguiente: hoy que tantos hogares tienen, por lo menos, una guitarra, o incluso un pequeño órgano electrónico, habría que empezar también a cantar en familia la Palabra de Dios. No basta con leerla, estudiarla o meditarla. Hay que recordar que la música en las Sinagogas y en la Iglesia nació, históricamente, de la proclamación gozosa de la Palabra de Dios y, en especial, del canto de los himnos y Salmos. El mismo Jesús cantó un himno con sus discípulos en la sala del cenáculo (Mt 26, 30 y Mc 14, 26), la víspera de su pasión, después de instituir la Eucaristía y el Sacerdocio. ¿Por qué no puede cantarse hoy también la Palabra de Dios en esa *iglesia doméstica* que es el hogar? La cultura musical de nuestro tiempo lo hace posible.

6. *El “paso al rito”*

Otra cosa que no ha olvidado el autor del libro *“Escucha, Israel”*, es lo que los modernos pastoralistas llaman el *“paso*

al rito”, es decir, a la Eucaristía donde la Palabra de Dios es proclamada y hecha vida entre nosotros de forma tan eficaz que no deja al mundo como está, sino que el sacrificio del altar llega a su raíz, y la Sangre de Cristo, otra vez derramada, como escribe Don Jesús Martí Ballester en la Introducción, *“entra por las grietas cósmicas y transforma al mundo misteriosa pero realmente”*. Así insiste también en el comentario al Domingo 3.º de Pascua, ciclo A: *“Ahora mismo –dice– Jesús nos está explicando las Escrituras, y a través de ellas, como a los de Emaús, nos ilumina el designio de Dios sobre el hombre y sobre la historia, el camino de la justicia, de la verdad, de la fraternidad; y se nos presenta él mismo resucitado, como clave de la historia. La Escritura nos ofrece la llave de la esperanza, de nuestra búsqueda de Dios, de la verdad y del sentido de la vida”*.

7. Pequeño florilegio de textos

Y ya metidos en la harina de las citas, veamos una breve muestra de la fuerza, claridad y belleza que desgrana la pluma de Don Jesús Martí Ballester en algunas páginas de su libro, abiertas al azar. Basten sólo las cinco siguientes:

Así, por ejemplo, cuando hace claras y atinadas alusiones a la actualidad en el Domingo 1.º de Adviento, clamando: *“Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor”*. *Esta es la revelación y la luz del Señor: llega al desarme. Es como si dijera el Profeta: Somalia se salvará del hambre y de las guerras interiores y del pillaje, y los serbios dejarán las armas”*.

Con la misma fuerza denuncia los abusos del poder en el Domingo 4.º del tiempo ordinario: *“Cuando falta Dios, falta la moral y la justicia y los que están arriba y los que tienen más poder, porque creen que nadie les va a pedir cuentas y no tienen más horizonte que el material, dicen: ¡Venga!, a disfrutar de los bienes presentes, a gozar de las cosas con ansia juvenil; ciñámonos coronas de capullos de rosas antes de que se ajen. Borrado Dios del horizonte –añade– toda injusticia es posible, todo desplome esperado. Como no temo a Dios ni a los hombres, decía el juez injusto, hago lo que me da la gana”*.

Veamos otra muestra, en la que describe el gran misterio de humildad y pobreza de Belén: *“En la gruta oscura ha nacido Dios... En la cueva de Belén sólo unas luces rústicas y primitivas apenas consiguen dejar la estancia en la penumbra. Pero allí está Dios. Dios que se ha abajado hasta el polvo y el estiércol. Y luego subraya con frases lapidarias las sublimes paradojas del Niño recién nacido: “Siendo el Camino, no puede andar. Siendo la verdad, no puede hablar. Siendo la Vida, tiene que recibirla de los pechos de una mujer, María, la bienamada, la llena de gracia, sumergida en el misterio viendo cómo chupa a sus pechos dulces, su leche materna”.*

Con naturalidad y realismo vuelve el autor a poner los pies en tierra después de presentar a María y José en dulce contemplación del misterio del nacimiento, cuando, a continuación, observa graciosamente: *“Pero no están siempre en adoración del Niño. Hay que hacer cosas, limpiar el establo, encender el fuego, preparar la comida, lavar los pañales, atender con cariño a los pastores y a los vecinos...”.* Luego, su atención se fija en María que, mientras los demás hablan, ella calla meditando todas estas cosas en su corazón (Lc 2, 19): *“Al nacer el Hijo de Dios, hablan los ángeles, los pastores, los reyes venidos de Oriente. Hablarán Simeón y Ana en el templo. Sólo María calla, absorta en el misterio. Sólo la Madre guarda silencio”.*

Por último, en la fiesta de la Sagrada Familia, truena como un profeta de nuestro tiempo contra la destrucción permanente de inocentes vidas humanas: *“Una cifra horripilante nos espanta: noventa millones de abortos al año. La sangre de esos niños que son torturados en el seno de sus madres, que, como nuevos herodes exterminan a sus propios hijos, ¿cómo no va a gritar a Dios, padre de todos? Por eso te maldice esta tierra, que ha abierto sus fauces para recibir de tus manos la sangre de tu hermano”.*

Y aquí corto el largo florilegio de bellas y afortunadas frases con las que, hojeando detenidamente el libro, se podría trenzar una gran corona.

8. *“Escucha, Israel”, libro útil y bello*

El libro *“Escucha, Israel”*, en su aspecto externo, se presenta realmente espléndido. Tratándose de una obra que tiene por objeto la reflexión y comentario sobre la Palabra de Dios, este detalle de su aspecto material reviste especial importancia. Por eso, el autor y la editorial San Pablo han tenido exquisito cuidado en lograr para este libro una limpia impresión y bella encuadernación, incluso con grabaciones de oro fino en las cubiertas. Y no sin especial razón, porque, como advierten los Prenotandos del Leccionario, n. 35, para los libros oficiales: *“Hay que procurar... que también los libros, que son en la acción litúrgica signos y símbolos de las cosas celestiales, sean realmente dignos, decorosos y bellos”* (cfr. SC 122).

Por eso, el libro de Don Jesús Martí Ballester, *“Escucha, Israel”*, aun siendo sólo un comentario de carácter privado sobre la Palabra de Dios, se acerca lo más posible, dentro de los límites de su moderado precio, al ideal recomendado por la Iglesia para los libros oficiales y se presenta en el mercado como una pequeña joya digna de ocupar, junto con la Sagrada Biblia, el lugar preferente en la librería familiar. Por su belleza y dignidad, además de ser un instrumento eficaz para la propia formación y santificación, este libro puede ser también un práctico y original regalo para obsequiar a los amigos.

Si después de apreciar su hermosa presentación exterior, pasamos a ver el contenido que ofrecen sus más de 500 páginas, en letra cómoda del cuerpo 11, constataremos que es un venero de sabrosos comentarios y agudas observaciones a los textos sagrados; que está jalonado de abundantes citas bíblicas y de los mejores autores espirituales, antiguos y modernos; que es un modelo de profetismo por sus valientes interpelaciones a la conciencia personal y social del mundo de hoy; que, en su redacción, roza las altas cotas de una prosa fácil y elegante; todo ello, a la luz de la más segura teología y de las enseñanzas de los grandes maestros de la Mística, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, de los

que el autor es un gran conocedor y avezado adaptador al lenguaje moderno.

II. EL AUTOR

1. *El árbol que da fruto*

Después de presentar el libro “*Escucha, Israel*”, como quien, primero, ha visto y gustado un sabroso fruto y, luego, fija su mirada en el buen árbol que lo ha criado, me parece obligado decir algo sobre la persona de su autor, el sacerdote valenciano, Don Jesús Martí Ballester. Ciertamente, no es el perro mudo denunciado por Isaías (Is 56, 10), ni la higuera estéril (Lc 13, 6) del Evangelio que hay que cortar. Es, por el contrario, el árbol bueno que hemos conocido por sus obras (cfr. Mt 7, 16 y 17). Es, me atrevo a decir, un verdadero profeta de este tiempo que, de palabra y por escrito, denuncia valientemente los males que aquejan a nuestro mundo y, a la vez, propone la celestial medicina para su curación. Tal vez por eso, alguien, seguramente alarmado por la cruda verdad de su mensaje, le hizo llegar discretamente un aviso rogándole que dulcificara el lenguaje. Y él contestó, en clave de humor, a tal misiva preguntando en la homilía del Domingo Ordinario 4.º, ciclo C: “¿No será que se ha confundido la misión del profeta con la profesión del confitero? Es difícil y duro –añade– ser profeta. Por eso son tan pocos los que toman en serio el bautismo, que nos ha configurado profetas con Cristo profeta”. Y en seguida amplía, dolorido, su diagnóstico de la realidad eclesial con la siguiente observación: “Se inquietan muchos porque la gente ha huido de la Iglesia; porque la sociedad está sumergida en el materialismo; pero si aparece un zahorí, acreditado en descubrir una corriente subterránea, se le aparta en el ostracismo, para que no haga sombra a nadie”. ¡Qué manera tan firme de señalar, con el dardo certero de su verbo encendido, la vergüenza de la envidia y hasta la lucha fratricida; dentro de la misma Iglesia, por disputarse los

pastores o sus colaboradores las distintas parcelas de la viña del Señor o las ovejas de su rebaño!

2. *El fundador*

He dejado para el final la breve alusión a su obra preferida, porque así rozaré su intimidad sólo en el último minuto. Mucho me equivoco si no es esta obra la niña de sus ojos. En medio de una vida llena de actividades apostólicas, pastorales y literarias, tan extensa como variada y profunda, la acción no fue en detrimento de la oración, el ruido de fuera no ahogó el silencio interior, propicio a la escucha del Señor. Todo ocurrió en un día ya lejano, pero del que Don Jesús Martí Ballester guardará muy bien la fecha y, tal vez, incluso la hora exacta del suceso, de semejante manera como San Juan Evangelista recordaba, emocionado, en su ancianidad, que “*serían las cuatro de la tarde*” (Jn 1, 39) cuando decidió seguir a Jesús. En aquella fecha, una luz especial del cielo hizo que cristalizara y se plasmara en institución jurídica y orgánicamente visible el gran corazón sacerdotal y la mente iluminada de Don Jesús Martí Ballester.

Corría el año de gracia de 1962 y, por entonces, escuchó la llamada del Señor que le llevaría, como a Abrahán, a una nueva tierra prometida que luego le mostraría (cfr. Gen 12, 1). Y aquella moción interior, venida de lo alto, le empujó a fundar una nueva familia religiosa, alumbrada desde el seno fecundo de la Santa Madre Iglesia: es el *Instituto Secular “Amor y Cruz”*, con sede en Valencia y casas en otros arzobispados y obispados de España. A esta obra dedica actualmente Don Jesús Martí Ballester la mayor parte de su tiempo y de sus energías, como Fundador y Director General, a la vez que colabora en la acción pastoral de la parroquia de San Juan y San Vicente, de Valencia.

DR. JOSÉ BLASCO AGUILAR, PBRO.

Bibliografía

Práxedes Fernández. Apóstol de la civilización del amor. Martín M.^a Olive, O.P. Ed. San Esteban. Salamanca 1995, 533 pp.

El P. Olive publicó la biografía de Práxedes por primera vez en 1970, y preparaba una nueva edición muy mejorada por la aportación de nueva abundante documentación. Pero la muerte le ha impedido llevarlo a término. Esto ya lo había hecho el hijo de la biografiada, P. Enrique Fernández, O.P., en la traducción española de la misma en 1980. Y es el mismo P. Enrique el que ahora traduce, adapta y completa de nuevo la obra del P. Olive, hasta tal punto que puede y debe llamarse una nueva biografía. Yo me atrevería a decir la definitiva. Una biografía documentada al maximum y escrita con tal serenidad y sencillez que garantiza la objetividad de la misma. Podía valer para el proceso de beatificación. Y esto a pesar de que uno de los coautores es hijo de Práxedes.

Práxedes ha dado ya lugar a numerosas biografías y artículos. Y no es de extrañar. Porque una vez más afirmo que es una mujer carismática y profética cien por cien. Su formación humana fue elemental, aunque, eso sí, era de una familia cristiana y religiosa. Su padre fue un hombre de Dios. Los años de colegio en las dominicas, la parroquia con sus Hijas de María, luego ya viuda sus encuentros con D. Manuel González (el obispo del “Sagrario abandonado”) y con D. Moisés Díaz Caneja... y poco más.

Y sin embargo fue una *contemplativa* cien por cien, que lee a Santa Teresa y conecta con su espíritu de oración a maravilla; una mujer *penitente* hasta el asombro; una humilde *servidora* de todos, la *cenicienta* que vive como una criada (al quedar viuda) acogida con sus cuatro hijos en casa de su madre y hermanos, trabajando sin parar, comiendo de lo que sobra; y a la vez la que *ayuda material y espiritualmente* a todos los que puede, fuesen de las ideas que fuesen, heroicamente; que educa a sus hijos con intuición de gran pedagoga; que lleva con toda paz la cruz de Cristo: muertes en accidente del esposo y un hijo; pobreza, la tragedia de Asturias en 1934 y el cerco de Oviedo en 1936, durante el cual muere ofrecida víctima por la paz, por todos, sin poderla apenas aliviar dadas las horribles circunstancias de la guerra, etc., etc. Y todo con la máxima sencillez, con la sonrisa en los labios siempre, sin hablar jamás mal de nadie, etc. Un conjunto tan maravilloso de virtudes, de equilibrio, de abnegación... que no se explica sin una intervención especial del Espíritu Santo, que derramó sobre ella sus dones abundantemente.

No hay que extrañarse que se dieran en ella (raras veces) algunas manifestaciones extraordinarias: intuiciones, gracias místicas eucarísticas (para ella un día sin comunión es un día sin sol)... Pero sobriamente, pues Dios quiso hacer de Práxedes un modelo imitable, dentro de su heroísmo, y un modelo actual. Actual..., con razón el subtítulo de este libro la llama “apóstol de la civilización del amor”. En medio de aquel ambiente de odios y violencias en que le tocó vivir y morir, ella es un signo ecuménico de amor, de

paz, de presencia evangélica, único y admirable e imitable a la vez. Algo impresionante. Un paso de Dios.

Uno se pregunta: ¿por qué su proceso va tan despacio? Una vida que, si la conociera, entusiasmaría a Juan Pablo II, como ha entusiasmado a cantidad de prelados y teólogos y gentes sencillas. Una vida que responde de manera terminante al boom de feminismo que nos aturde: ella hizo voluntariamente de enfermera, de bautizadora, de catequista, ayudando a bien morir, supliendo la ausencia de sacerdotes que padeció la cuenca minera porque no los admitían, etc. Una mujer “comprometida” por el evangelio en el silencio de su vida sacrificada hasta no más. Todos los que la conocieron en su tiempo han dado testimonio de su irradiación santa. El odio no pudo menos de ser vencido por el amor...

Este libro magnífico contribuirá a que de nuevo más y más sea conocida como un testigo de Dios. Jóvenes, casadas, madres, viudas encontrarán en Práxedes un espejo limpio del divino amor.—*Baldomero Jiménez Duque.*

ESTEBAN SALA, *Dime, noche. Vivencias desde la fe.* San Pablo (Protasio Gómez, 11. 28027 Madrid), 1995. 128 pp.

EKNATH EASWARAN, *Meditación. Ocho puntos para transformar la vida.* Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1995. 260 p. 1.900 ptas.

El autor del primer libro es un religioso franciscano que vuelve a escribir después de un largo período de silencio que él mismo quiso guardar. En principio, se propone extraer de los más variados acontecimientos de una vida corriente algo así como la norma fundamental para encuadrar la propia vida en una atmósfera de fe. Una nota característica sería la serenidad, la tranquila esperanza de que, quizá con rodeos, las cosas terminan bien. Por el libro desfilan unas cuantas personas, cada una de las cuales lleva su problema. En cada caso, el autor encuentra algo importante para confirmar su punto de vista. El fondo de esta espiritualidad está bien. En cuanto a las apelaciones a la historia no parece que se puedan tomar muy en serio. Cuando se han leído varios casos, uno advierte que todo está muy bien dispuesto. Sobre un fondo histórico, todo ha sido predispuerto.

El segundo libro ha sido escrito por un profesor nativo de la India y transplantado a Estado Unidos. Su mentalidad tiene analogías con la que se respira en tratados diversos sobre la oración practicada con métodos orientales. Pero el autor sigue su propio camino, en el que lo filosófico parece estar bastante mezclado con lo religioso. Es libro de lectura instructiva que ofrece recursos para entrar en el interior de culturas que nos son un tanto ajenas.—*A. Bandera, O.P.*

LUIS MALDONADO, *La Acción Litúrgica. Sacramento y Celebración.* San Pablo. Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid. 1995.

Con satisfacción presentamos a nuestros lectores este ensayo (pp. 5.207) de teología fundamental sobre liturgia y sacramentos, dividido en cuatro partes: primera, la semiótica de la fe; segunda, el lenguaje de la sacramentalidad; tercera, el núcleo de los contenidos de lo cristiano; y cuarta, las acciones de la praxis evangélica. El hilo conductor del libro es la relación diferenciada entre sacramentos y vida y entre liturgia de la Iglesia y liturgia del mundo (p. 207). Lo sacramental es el fondo, el contexto; lo litúrgico, la

forma, la expresión (p. 5, 95). La parte más conseguida y que se lee con fruición es la tercera, donde se equilibra lo epifánico y lo escatológico en la liturgia y se amplían los contenidos del Misterio Pascual desde la construcción del reino de Dios y desde la esperanza de la parusía.

En general, el autor, que se basa en la literatura alemana, asume la teoría de K. Rahner en orden a armonizar la liturgia mundana con la liturgia cristiana. Mas surge la cuestión: ¿la gracia actúa a partir de Cristo o a partir de algo preexistente ya en el mundo? ¿Acaso el mundo no está esperando la redención de los hijos de Dios? (pp. 9-25; 48-56). No soy capaz de asumir que la finalidad de la encarnación de Cristo no sea la redención, sino el explicitar significativamente la salvación ya existente implícitamente en el mundo (pp. 57-58). El Concilio dijo que la Iglesia es sacramento de la salvación; pero no dijo que fuera sacramento de la salvación ya existente en la historia mundana (p. 70). En fin, la teoría de Rahner sobre la liturgia y lo sacramental se apoya en su teoría de la gracia (pp. 11. 145). En este contexto es difícil hacer converger la teoría de Rahner con la de E. Schillebeeckx (pp. 26. 94); más difícil aún hacer converger a K. Rahner con la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (pp. 33-40). ¿No se estará perdiendo la originalidad de la salvación cristiana, aunque sea cierto que la redención recapitule la creación y la gracia actúe fuera de la Iglesia, pues fuera de Cristo no hay salvación? La densidad del misterio de la Iglesia no aparece clara en Rahner, como ya dijo Congar hace tiempo.

Desde el contexto rahneriano y su consecuencia, la teología de la liberación, el autor habla de los sacramentos fundamentales (tres implícitos: naturaleza, humanidad e historia, y cuatro explícitos: Palabra, Cristo, Iglesia y Pobre), y de los siete sacramentos particulares. La relación entre los sacramentos fundamentales y particulares responde a la teoría de Rahner (p. 94). No me parece acertado decir que el sacerdocio común y su función litúrgica es un descubrimiento del Vaticano II, cuando es doctrina clásica de Santo Tomás de Aquino (pp. 100. 102). Las descripciones del autor de espiritualidad y contemplación son parciales (pp. 124-126).—*Pedro Fernández, O.P.*

CÉSAR VIDAL MANZANARES, *El desafío de las sectas*. San Pablo. Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid. 1995.

El autor es un experto en la materia, pues son ya al menos 7 libros los que ha dedicado a la cuestión de las sectas. El presente libro tiene tres partes: la primera, describe lo que es y lo que no es una secta, terminando con una clasificación muy instructiva sobre las sectas; la segunda, ofrece el desafío de las sectas en los niveles político, social y religioso; la tercera, expone lo que explica el crecimiento de las sectas y cómo ayudar a sus víctimas. El objetivo del libro es pedagógico, que se consigue mejor con los resúmenes, textos, cuestionarios, actividades y bibliografía que se hallan en sus páginas.

El tema sectas sigue siendo urgente y preocupante en España en los niveles social, familiar y religioso. Sobre todo, en referencia a las sectas destructivas, delictivas y ciertos fenómenos relacionados con la Nueva Era. Por eso, es de agradecer que autores, como el presente, dediquen su trabajo a informar a la población, y más teniendo en cuenta que ni el gobierno ni la Iglesia se preocupan suficientemente del fenómeno en el nivel oficial. El desarraigo de alguna población católica en España y la indiferencia religiosa de bastantes jóvenes favorece la acogida de las sectas como respuesta-

trampa a un vacío y al materialismo reinante. La Iglesia necesita responder a este fenómeno con discernimiento (hasta en casas de espiritualidad se han hecho presentes fenómenos de la Nueva Era) y con la nueva evangelización.—*Pedro Fernández, O.P.*

RAMÓN ARNAU-GARCÍA, *Tratado General de los Sacramentos* (Sapientia Fidei, n.º 14). Biblioteca de Autores Cristianos. Don Ramón de la Cruz, 57. Madrid 1994. 14,4 x 21,6. 372 pp.

El presente libro es una obra de madurez, en la que las diversas cuestiones se exponen con profundidad. Presenta dos partes: la histórica, precedida de una introducción donde se entra en la problemática actual; y la sistemática, que se inicia con el estudio de los sacramentos como acciones simbólicas de la Iglesia, capítulo también introductorio para esta segunda parte, como consta en la pág. 178. La obra termina con un apéndice sobre los Sacramentales.

Deteniéndonos en la segunda parte, advertimos cómo los capítulos V y VII se relacionan con los elementos visibles del sacramento; los capítulos VI y X se refieren a la eficiencia sacramental; y los capítulos VIII y IX hablan de los efectos sacramentales, la gracia y el carácter. En este sentido, se pudieran haber ordenado de otro modo los contenidos del libro. Una ausencia que se advierte es la dimensión cultural de los sacramentos, para completar y clarificar la dimensión soteriológica.

Ahora bien, quiero señalar una cierta incomprensión de la doctrina sacramental de Santo Tomás de Aquino, que aparece repetidamente en las páginas, por ejemplo, 13. 116.121. 135-138. 192-194. 214, donde afirma inadecuadamente que para Santo Tomás el sacramento tiene la estructura de una "cosa" (así traduce el vocablo *res*), al estar compuesto de materia y forma, como si el Santo redujera el sacramento a su esencia física o a su causa material. El Doctor Angélico no sólo nunca enseñó que el sacramento fuera una realidad sensible, pues lo único que dice es que requiere una realidad sensible, sino que tampoco identificó el vocabulario hilemórfico, usado por él en el mero nivel pedagógico, con la realidad sacramental. Una exposición de la doctrina de Santo Tomás de Aquino al respecto se halla en mi obra, no citada por Arnau, *La Humanidad de Cristo en la Iglesia. Sacramentología Fundamental*. Salamanca 1993. Como dominico no puedo por menos de señalar esta insuficiencia, aunque repito se trata de un libro en la mayoría de las cuestiones profundo y bien documentado bibliográficamente.—*Pedro Fernández, O.P.*

JOSÉ M.^a CABODEVILLA, *Hacerse como niños. Necedad para los sabios y escándalo para los justos*. BAC Normal (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1994. 306 pp.

Decir que un libro es único puede sonar a tópico. Puede también dar la impresión de una ponderación desmedida. Bien. Ante esos riesgos y ante otros posibles, digo sencillamente que este libro me parece único. Junta una serie de "pequeñas" cualidades que no suelen brillar a la vez. Estilo que invita a leer; no una pantalla del autor, sino servicio al tema tratado. El tratamiento se hace no con finalidades que podrían ser definidas como académicas, tampoco para ejercicio de un deportivismo literario; las páginas del libro están informadas por un profundo cariño a las personas, sobre todo a aque-

llas que pasan por las situaciones descritas. La presentación de estas situaciones es quizá lo más interesante y lo más instructivo; en realidad habría que emplear el lenguaje cristiano y decir claramente que estas páginas derraman luz evangélica sobre una sociedad y sobre una cultura en las cuales la dignidad humana sufre quebrantos que la envilecen. No voy a cargar tintas, insinuando una línea que no es la del libro. Pero el autor, sin “ensañarse” nunca con la realidad, menos aún con las personas, presenta claramente los problemas que afectan a la “visión” del mundo, al “sentido” de la vida, a la trascendencia... Ante la dureza y la frialdad de lo técnico o supuestamente técnico aparece siempre la suavidad de un “espíritu” que se abre hacia otros horizontes, que inspira solidaridad... Y al hablar de “espíritu”, no intento sugerir que sea un libro de espiritualidad al estilo antiguo. No. Es un libro muy bien situado en el momento presente. Tiene el acierto y la valentía de hacer un discernimiento que permite llamar a cada cosa por su nombre, pero siempre desde la perspectiva del “nombre” que puede aportar aquello de que la persona, el ambiente, la sociedad carecen. Todo el libro respira una “simpatía” que se complace en excusar, no por motivo de “blanduras” psicológicas, sino por un “instinto” evangélico. Cuando el libro anda ya por sus últimas páginas, Cabodevilla reflexiona sobre la raíz de todas las situaciones agobiantes y habla del pecado, de los pecados de nuestro mundo. Pues bien, incluso dentro de este “mundo” en el cual la perversidad tiene a veces expresiones aterradoras, Cabodevilla sabe introducir el concepto de “pecados infantiles”, no para excusarlos, menos aún para justificarlos, sino para dar una idea de las limitaciones humanas, de la pequeñez de una mente que pudiendo desencadenar energías gigantescas, está sujeta a la seducción de lo que no vale nada. Realmente, en el fondo de la perversidad, el hombre mismo “no sabe lo que hace”. Jesús pronunció estas palabras en un momento que no tiene igual en toda la historia humana. Termino, complaciéndome en saludar al autor de un libro que abre horizontes de esperanza evangélica ante un mundo lleno de ansiedad.—A. Bandera, *O.P.*

JUAN ESQUERDA, *La fuerza de la debilidad. Espiritualidad de la cruz*. BAC Popular (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1994. 152 p. 750 ptas.

Este libro comprueba una vez más las dotes pedagógicas de su autor. Trata temas importantes de manera profunda y, a la vez, sencilla. En esta ocasión, como indica el subtítulo, el tema escogido es la cruz. Muy de ordinario, en la cruz vemos antes que nada un sufrimiento, y no es raro que ese sufrimiento sea sentido como una especie de castigo. La espiritualidad de la cruz cuenta, evidentemente, con el sufrimiento, pero lo enfoca de manera más positiva, que es también más realista, porque nos acerca al modo como lo ve Dios mismo y, desde luego, la “vista” de Dios no se detiene en “fantasías”. Lo fundamental de la postura interior en presencia del sufrimiento está dado por la idea paulina a que alude el título. La debilidad que la persona humana experimenta en medio del dolor, sirve para poner en evidencia la fuerza de Dios, de este Dios que si, por una parte, pide aceptación del sufrimiento, por otra, envía la fuerza necesaria para soportarlo con serenidad. En todo esto, como en cualquier tema de espiritualidad, la postura interior tiene un influjo decisivo. Como dice el autor, este problema sólo es enfocado con acierto, cuando el espíritu se deja guiar por una teología, es decir, por una explicación que, además de ser sapiencial, sea vivencial. No se trata tanto de

razonar cuanto de asumir una disposición coherente con el designio divino. Y entonces ocurrirá lo que el autor dice: “Quien ha experimentado la cruz de Cristo está capacitado para descubrirle resucitado (...). La utopía cristiana es así...” (p. 11). Confiemos que esta “utopía” suscite, si no ilusión, por lo menos esperanza.—A. *Bandera, O.P.*

MELQUIADES ANDRÉS, *Historia de la mística de la edad de oro en España y América*. BAC Maior (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1994. XX-490 pp. 3.650 ptas.

El autor es una gran especialista en temas teológicos de nuestra edad de oro y tiene bien ganado el prestigio de que goza. En este libro me encuentro “de entrada” —aunque el número de página no esté al comienzo— con una valoración muy exacta del P. Arintero, que no pertenece al siglo de oro, pero que estudió mucho a los maestros de aquellos tiempos. De la doctrina del P. Arintero se toma aquello precisamente que más lo ilusionaba a él, o sea, que el llamamiento a la santidad es universal y que esta universalidad se extiende también a la contemplación infusa: a la vida mística, que diría él. Exacto también el reparo que pone y que consiste en un deficiente uso de la historia (cfr. p. 384). Más adelante el P. Arintero es citado también como fuente para estudios sobre mística del siglo XVI (p. 430). No es frecuente que el P. Arintero reciba trato de esta índole, a pesar de todos sus méritos. No puedo menos de congratularme con el autor por su contribución a “rescatar” este nombre.

El resto de la obra es de gran calidad. Contiene historia, buena historia; pero no se detiene el puro fenómeno históricamente documentado, sino que, como se dice expresamente desde el principio, todo el libro está dispuesto de acuerdo con un hilo conductor; que es la unión con Dios por amor, cuyas manifestaciones más sobresalientes tienen lugar en las etapas que los místicos mismos llaman desposorio y matrimonio espiritual.

Ya que el autor afina en los conceptos, se me permitirá hacer una precisión. Para catalogar a la multitud de teólogos que intervienen en el tema historiado, un determinado grupo aparece como el símbolo de una orientación especulativa o intelectual que discrepa de quienes ponen en primer término lo afectivo. Seguidamente, hace estas observaciones: “La mística no es ciencia especulativa, sino de amor. Este gusta y conoce; aquella conoce y gusta” (p. 5). El verbo que va en primer lugar, es el determinante del enfoque. Sólo quiero hacer notar una cosa. Santo Tomás usó más de una vez estos verbos y dice expresamente que, en relación con los misterios, para ver hay que gustar: para conocer los misterios “por dentro”, hay que estar “connaturalizados” con ellos.—A. *Bandera, O.P.*

ABELALARDO DEL VIGO, *A solas con San Pablo. Meditaciones*. BAC Popular (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1994. 220 pp.

Es libro muy apropiado para introducir a una lectura reflexiva y meditada de San Pablo, no siguiendo el orden de sus cartas, sino seleccionando los temas principales. Después de cada tema, el lector encuentra un apartado que lleva por título *Textos complementarios*; su finalidad es abrir horizontes para conectar el texto paulino con el de otros escritores sagrados, en los cuales hay siempre alguna novedad. Así se consigue fácilmente un enriquecimiento de formación bíblica y ésta, a su vez, suscitará el gusto por la

lectura directa de la Biblia. El libro puede ser especialmente útil para quienes hacen individualmente unos días de retiro espiritual y quieren pasarlos en ambiente bíblico sin tener especial preparación para ello. En cualquier caso, lo que el autor pretende es facilitar la familiaridad con San Pablo, que será siempre un excelente medio de renovación interior.—A. *Bandera, O.P.*

B. JIMÉNEZ DUQUE, *San Juan de la Cruz. Un interrogante que habla*. Prólogo de FRANCISCO LÓPEZ HERNÁNDEZ. Colección TAU (San Juan de la Cruz, 7. 05001 Avila), 1994. 272 pp.

Tanto el autor como el tema del libro hacen concebir las mejores esperanzas que, después, quedan confirmadas con la lectura. El subtítulo es verdaderamente afortunado. San Juan de la Cruz es siempre un interrogante, porque quien lo lee queda con la inquietud de preguntar sobre tantas cosas que se presienten o se conjeturan, pero nunca acaban de aparecer claras. El sabía mucho de noche, escribió sobre noche, nos transmitió una doctrina que brilla con la gozosa claridad de “los levantes de la aurora”, pero que hace pasar también por cañadas oscuras y, aunque trasciende toda ciencia, es, en definitiva, “un saber no sabiendo”. Y quien no sabe, siente la necesidad de interrogar. Pero, evidentemente, la lectura de un maestro como San Juan de la Cruz no sólo suscita interrogantes; también suscita estímulos, guía la marcha por estrechos senderos, da seguridades de llegar al “monte”. Aludo a estas imágenes sanjuanistas, porque el libro sumerge verdaderamente en el “mundo” de este gran santo. Si quisiera uno detenerse a hacer ponderaciones, sería necesario escribir largo. Pero tampoco quiero quedarme en solas generalidades. El tema experiencia y teología (pp. 21-59) es de gran calidad. Y pienso que el P. Arintero se habría deleitado con la lectura de estas páginas; para él, la experiencia de las cosas santas no era únicamente gracia que santifica, sino también luz que ilumina en el conocimiento de los misterios: un conocimiento que, vivido en comunión con los demás miembros de la Iglesia, hace progresar a esta Iglesia en la comprensión de la revelación. Es una experiencia que no encierra en un intimismo individualista, sino que abre a una comunión profunda. Cosas semejantes se podrían decir de otros temas, como, por ejemplo, “noticia amorosa” y sobre otro más impresionante que lleva por título “los ‘profundos’ del hombre y los ‘profundos’ de Dios”. En fin, es un libro que sólo merece recomendación.—A. *Bandera, O.P.*

GASPAR CALVO MORALEJO, *Al esplendor de su luz. Clara de Asís, maestra de contemplativos*. Colección TAU (San Juan de la Cruz, 7. 05001 Avila), 1994. 122 pp.

Junto a San Francisco y en unión con él, Santa Clara transmite un mensaje de pobreza, cuya necesidad se experimenta hoy más vivamente quizá que nunca. Sin embargo, el tema pobreza, en relación con estos dos grandes personajes, está ya considerablemente desarrollado. De la contemplación en cambio, se habla menos. Este libro quiere contribuir a rellenar ese vacío, presentando el tema contemplativo de manera sencilla, a la vez que suficientemente documentada, dentro del nivel en el que se coloca. Las páginas 109-122 reproducen textos de Juan Pablo II sobre Santa Clara. Todo sencillo, pero todo también instructivo en el tiempo de renovación y de cambio en que nos encontramos.—A. *Bandera, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

La dignidad de ser mujer

Una de las cuestiones fundamentales hoy día es el reconocimiento de la dignidad de la mujer y su misión en la familia, en la Iglesia y en el mundo. La IV Conferencia Mundial de la Mujer, habida en Pekín durante los días 4 al 16 de septiembre de 1995 para la igualdad de sexos, la paz y el desarrollo social de la mujer, supuso el enfrentamiento entre dos concepciones distintas sobre la Mujer, y nosotros cristianos no podemos ser indiferentes ante este hecho, como lo ha mostrado con convicción y valentía nuestro querido Sumo Pontífice, el Papa Juan Pablo II. El Vaticano estuvo presente en la Conferencia de Pekín con una Delegación, y allí fue la socióloga norteamericana, Mary Ann Glendon, Profesora de Derecho en la Universidad de Harvard y madre de tres hijos, la primera mujer que representó al Papa en una reunión internacional. La Conferencia despertó en la Iglesia Católica un interés especial, pues está en juego la dignidad y el bienestar de millones de mujeres y, por ello, del futuro de la humanidad. La Iglesia cumple su misión de aportar la visión cristiana del hombre y de la mujer en los diversos foros internacionales, y cuestiones como el quehacer de la mujer en la familia, la salud reproductiva de la mujer y los métodos de la planificación familiar son cuestiones, no triviales, sino fundamentales. La mujer, el hombre y la vida son realidades sagradas para el cristiano, pues proceden de Dios.

Hace más de 30 años, en la Clausura del Concilio Vaticano II, en el Mensaje a las Mujeres, se dijo: “Ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud; la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora”. Ha sido en el Cristianismo donde la dignidad de la mujer ha adquirido desde sus orígenes un estatuto especial, bajo la luz que brota de la vida y del Evangelio de Jesucristo. La cuestión debatida hoy, definitivamente, es la construcción o la destrucción de la Mujer, es decir, de la familia, de la Iglesia y del mundo. Un ejemplo de este enfrentamiento es que para nosotros los cristianos la maternidad es un bien personal, familiar y social, mientras que otros presentan la Maternidad como un riesgo y una limitación personal y laboral; de todos modos una esperanza es que las mujeres valoran más la propia familia que el trabajo fuera de casa.

Es evidente que las Conferencias Internacionales del Cairo y de Pekín sobre población y sobre la mujer intentaron transformar la cultura moral del mundo, especialmente en lo referente a la ética sexual y la institución familiar. Una paradoja de las Naciones Unidas es que se haya organizado la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en China –una compensación por la pérdida de los juegos olímpicos del año 2000–, un país donde la mujer goza de tan pocos derechos personales, no sólo como individuo, sino en su función familiar, pues está sometida brutalmente a la práctica del hijo único varón y al aborto forzoso y selectivo de niñas o a la marginación social. Un viejo poema chino reza: “Cuidamos al perro, porque guarda la casa y al gato porque caza ratones. Pero, ¿qué podemos hacer con una niña como tú?”.

La situación de la Mujer

Hay dos hechos evidentes. *Por una parte* se constata que al lado de cada hombre hay siempre una mujer, y al lado de un gran hombre hay siempre una gran mujer. Qué hombre no reconoce la huella profunda e imborrable de la madre en la propia vida, y quién no experimenta la pregunta por el eterno

femenino y su necesidad como ayuda cercana y como misterio inalcanzable. En cierto sentido, sólo ellas saben formar hombres. Aquí aparece con claridad meridiana que la igualdad de la mujer no significa que ella sea idéntica al hombre; las diferencias hormonales entre el hombre y la mujer prefiguran de manera rígida las funciones a desempeñar en el ámbito familiar y en la vida social; identificar a la mujer con el hombre es empobrecer a la mujer y deformar el plan de Dios, pues la mujer y el hombre están llamados a vivir en comunión corresponsable, en familia, reflejando el amor creador y bienhechor de Dios; y todos sabemos que el papel de la mujer en la educación de los hijos, cuya ausencia tanto se nota, es tal vez mucho más importante que el del hombre. Con razón se afirma que invertir en la educación de la mujer es sinónimo de crecimiento económico sostenido.

Por otra parte, existen mujeres que sufren de muchos modos las violaciones de los derechos fundamentales femeninos; también es dramático que el seno sagrado del cuerpo de las llamadas a cobijar, alimentar y proteger el inicio de la vida humana se convierta en el espacio donde se asesine a un ser indefenso e inocente acabado de concebir. Este desafío, donde la mujer lleva muchas veces el mayor peso y no la única responsabilidad, obliga al hombre a ser más solidario con las fuentes de la vida, rechazado el aborto como método válido de planificación familiar. No se trata de enarbolar un feminismo combativo, propio del feminismo emancipado o de la mujer fatal, aceptando los parámetros de superioridad masculina y de inferioridad femenina, ni tampoco de exigir una cuota estadística de presencia femenina en las instituciones sociales y políticas, sino que advertir que hay papeles distintos reservados por la naturaleza a los hombres y a las mujeres. La solución no está en la lucha, sino en la complementación de los valores masculinos y de los femeninos, lo que presupone la formación basada, no en el complejo de inferioridad, sino en la conciencia de la propia dignidad y de las propias capacidades.

La respuesta de la Iglesia

“Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creo; los creó macho y hembra” (Génesis 1, 27). Estas palabras divinas revelan que el ser humano no es hombre o mujer separadamente, distintamente, sino una imagen que se desdobra sin romper la unidad íntima, la comunión entre ambos, llamados a convivir en el amor. La mujer y el hombre son una sola pregunta. ¿Cómo se debe entender esta armonía entre dos formas de ser tan iguales y tan distintas? Este es el arte de la vida del hombre y de la mujer, y quien acierta se da cuenta que la mujer no es un drama, sino una maravilla, pues reconcilia al hombre con la vida, consigo mismo y con Dios. El hombre y la mujer son iguales; pero, gracias a Dios, no son lo mismo.

La Iglesia, experta en humanidad, tiene una palabra sobre el feminismo; alguien ha escrito sobre la cara oculta de cierto feminismo católico, demostrando su conexión con la Nueva Era y hasta con el satanismo. Sea lo que sea, sí es cierto que el camino más eficaz para herir a la humanidad, a la familia y a la Iglesia es herir y destruir a la mujer. En consecuencia, la Iglesia al final del siglo XX ha levantado su voz en defensa de la dignidad de la mujer, esposa y madre, como al final del siglo XIX levantó su voz en favor de los obreros. En países del tercer mundo, bajo la presión de los países desarrollados que temen el desequilibrio en la población rica y pobre, muchas mujeres son sometidas violentamente al aborto y a la esterilización forzosa. Son dos visiones diferentes de la mujer las que están en juego; pero la Iglesia, proponiendo un feminismo integrador de mujeres y de hombres en pro de una comunidad y no de una jungla competitiva, no tiene miedo a ser una vez más signo de contradicción, mientras sea en favor de la humanidad. La Iglesia está llamada a combatir el mal, aunque la victoria suceda cuando y como Dios quiera y no cuando y como nosotros deseemos.

La Iglesia Católica reconoce un amplio espacio a la presencia femenina laica en sus instituciones; ahora bien, es preciso que en concreto se favorezca la legítima participación

femenina en la vida interna de estas instituciones, concediendo a las mujeres toda la autonomía necesaria. Muchas son las mujeres que en la historia de la Iglesia han sido reconocidas por sus cualidades cristianas llenas de creatividad y de santidad. Las competencias a las que la mujer puede optar en el campo de la docencia, administración y pastoral de la Iglesia son muchas y variadas; aunque sea preciso conocer estas nuevas formas, valorarlas y concretarlas en el nivel de las personas. De todos modos, la mujer tiene en la Iglesia una misión insustituible: ser el corazón de la familia y de las comunidades cristianas. Mas con alguna frecuencia se tergiversa la doctrina de la Iglesia, por ejemplo, sobre la maternidad responsable. Es verdad que la mujer y el amor deben estar abiertos natural e intencionalmente a la vida, mas siempre de una forma libre y responsable según la propia conciencia cristiana, es decir, según la voluntad de Dios. Y nosotros los cristianos, sabemos que la voluntad de Dios no es coacción, sino el origen de la libertad y de la responsabilidad humanas.

Cuando la Iglesia habla de la mujer se refiere a la mujer normal, virgen, esposa, madre. Un ser humano que necesita cultivar el espíritu y no sólo el cuerpo, y que tiene en sus manos el futuro del mundo y de la Iglesia al tener en sus manos la educación de sus hijos. La mujer tiene al final una sola vocación: la del amor y que sólo si sabe amar y ama, será feliz; lo demás es demagogia y entretenimiento para los que viven a veces a costa de los demás. La Virgen María, Nuestra Señora, expresión perfecta del genio femenino como mujer y como virgen-madre, se puso plenamente al servicio del designio salvador de Dios y, por ello, al servicio de toda la humanidad. Dios mismo ha querido honrar la condición femenina al elegir el seno de la Virgen María como digna morada para la Encarnación de su Hijo, Jesucristo. La Virgen María, nuestra madre e intercesora, nos enseña a conocer y reconocer la dignidad y la vocación de la mujer en la familia, en la Iglesia y en el mundo.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Actualidad Eclesial de las Apariciones Marianas

I. UN TEMA CANDENTE QUE SIEMPRE INTERESA

Hasta en las épocas más remotas de la Historia de la Iglesia se ha hablado y escrito tanto sobre apariciones de la Virgen como de revelaciones de nuestra Señora a personas sencillas y almas selectas. Algunas fundaciones de Ordenes Religiosas y el origen histórico de ciertos santuarios o devociones más populares se hallan en conexión con apariciones marianas de uno u otro signo. Por supuesto no todas las fundaciones de institutos religiosos ni todos los grandes santos marianos tuvieron *visiones* de María. Por poner algunos ejemplos: en San Bernardo, San Alfonso María de Ligorio, San Juan Eudes, San Luis María Grignon de Montfort, San Antonio María Claret, San Maximiliano Kolbe y en otras muchas figuras no se registran documental o testimonialmente estas experiencias, aunque gozaran por otra parte, de insignes gracias místicas marianas. Pero conviene iniciar el tema con algunas precisiones introductorias que lo sitúen en su justo lugar.

1.^a Es necesario distinguir entre la *Revelación oficial pública*, contenida en el Depósito de la Fe o Credo, clausurada definitivamente con la muerte del último apóstol que fue San Juan Evangelista, y las revelaciones posteriores que tienen un significado o alcance particular y *no aportan ninguna nueva verdad* a la fe católica.

2.^a La Iglesia, consciente de su origen sobrenatural y de que toda su vida está animado por el Espíritu Santo se sabe depositaria de una Revelación y un Mensaje que debe comunicar y custodiar fielmente (1 Tim 6, 20), ya que contiene la

Palabra definitiva de Dios (Hebr 1, 2). Toda otra revelación o comunicación debería ser referida a ella para su oportuno contraste y valoración. Por tanto nunca debe procederse en sentido contrario.

3.^a Sabe muy bien la Iglesia –y lo experimenta a diario– que por su Señor glorificado ha recibido el Espíritu que la llena y enriquece con sus dones múltiples y por medio de ellos la mantiene en la unidad de la fe, la esperanza y el amor. Por eso todo don y toda pretendida gracia debe encontrar su verdad, su sentido y su eficacia mediante la recepción y la redundancia en el bien común de todo el cuerpo como enseña San Pablo¹.

4.^a Las apariciones en general, y más en particular las de índole mariana*, encontrándose en el origen de vigorosas corrientes espirituales. Piénsese en el movimiento de piedad mariana y de renovación de vida cristiana que ha surgido de Lourdes y de Fátima. Unos hechos eclesiales de tal magnitud no deben ser ignorados por ningún católico ni pueden dejar de ser valorados por la teología y la espiritualidad.

Salta a la vista que el tema de las apariciones marianas sigue siendo tan actual como interesante por los positivos efectos que origina en la piedad del Pueblo de Dios. Apenas se encontrará uno solo de sus miembros que no haya peregrinado alguna vez en su vida a uno de los grandes santuarios erigidos en honor de la Madre de Dios con motivo de apariciones con repercusión y renombre universal. Es cierto que algunos cristianos mantienen una actitud excesivamente crítica, recelando del fenómeno aparicionista. Pero son los menos y aun éstos no pueden negar la difusión y el impacto que ha producido en la piedad popular mariana las grandes mariofanías. En todo caso, urge tener ideas claras sobre ellas para adoptar una actitud correcta y obrar en consecuencia. Evidentemente, por una razón o por otra a todos

* Constituyen un fenómeno característico de nuestro tiempo.

1. Cf. 1 Cor 12, 7; J. LOSADA, *Valoración profética de las apariciones de la Iglesia*, en AA.VV., *Las apariciones de la Virgen María a Santa Catalina Labouré*, Salamanca 1981, pp. 29-35.

nos interesa este tema, cada día más candente al menos en determinados ámbitos del Pueblo de Dios.

II. ALGUNOS DATOS ESTADÍSTICOS A TÍTULO INFORMATIVO

Sobre las apariciones marianas se ha escrito y publicado mucho hasta alcanzarse un copiosísimo acervo bibliográfico al que simplemente aludimos, sin poder citarlo. Pensamos que el lector agradecerá una elemental información que le puede orientar para formarse un recto criterio. Competentes autores se han ocupado de brindarnos datos fiables de significativa importancia. Así Bernard Billet² y René Laurentin³ han analizado estadísticamente el fenómeno aparicionista mariano desde el lado de su aceptación o rechazo. Resumiendo los datos más relevantes procede afirmar lo siguiente:

a) En el período aparicionista comprendido entre 1830 y 1973 –casi siglo y medio– han sido aprobados por la autoridad eclesiástica *tan sólo ocho casos* de apariciones marianas, habiéndose permitido el culto en otros siete. Fueron desautorizados expresamente 34, quedando sin decisión oficial 172.

b) Los años de más intensa actividad aparicionista han sido: 1933, con 14; 1947, con 18; 1948, con 20; 1949, con 11; y 1950, con 12. Por naciones, se han destacado: Italia con 71 casos; Francia, con 27; Alemania, con 19; Bélgica, con 17; España, con 9; y Estados Unidos, con 8. Las más recientes manifestaciones se han dado en Piendamó (Colombia) en 1971, y en Nitape (Perú), en 1973. En ambos casos se habla de milagros, pero la Iglesia no se ha pronunciado.

c) Los especialistas en esta materia han confeccionado cuidadosamente un documentado catálogo sobre apariciones

2. B. BILLET, *Le fait des Apparitions non reconnues par l'Eglise*, en AA. VV., *Vraies et fausses aparitions dans l'Eglise*, Paris 1973, pp. 5-54.

3. R. LAURENTIN, art. "Apariciones", en *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ed. Paulinas, Madrid 1986, pp. 185-198.

marianas no reconocidas oficialmente. Según Billet entre 1926 y 1976 (medio siglo) se registraron 232 casos en 32 países. Para Bessutti, profesor de Mariología del “Marianum” en Roma, de estos 232 casos aparicionistas únicamente 57 fueron tomadas en serio por los obispos locales a quienes corresponde juzgar sobre la autenticidad del fenómeno, únicamente dos han recibido el reconocimiento eclesiástico.

d) Aunque los Obispos avalen determinadas apariciones, los fieles no tienen ninguna obligación de creer en ellas porque la aprobación quiere expresar simplemente que se autoriza la divulgación del hecho, y que puede admitirse sin que haya peligro para la fe y las costumbres. Esta aprobación lleva consigo la autorización de una forma de culto.

e) En los últimos cincuenta años se ha informado sobre apariciones de la Virgen en más de doscientos lugares, entre ellos algunos de Africa como en Egipto o el Camerún. Sin embargo la Iglesia no ha reconocido como auténtica ninguna de estas presuntas visiones de la Virgen, y ni siquiera en dos importantes casos, los de Medjugorie en la antigua Yugoslavia y Kibeho en Ruanda, ha dado todavía ninguna forma de reconocimiento oficial.

f) Conviene resaltar el hecho significativo de que tan sólo “ocho” apariciones hayan sido reconocidas por la Iglesia hasta hoy. En la mayoría de los casos el juicio ha sido negativo, al formularse del siguiente modo: “No aparece nada que presente caracteres probables de intervención sobrenatural”. En otros casos se niega abiertamente la índole sobrenatural de los supuestos hechos.

Al revés de lo que suele pensarse, la Iglesia no es partidaria, en principio, de las apariciones. Por el contrario se muestra cautelosa y reservada. En ocasiones se muestra incluso abiertamente desfavorable, después de estudiar el caso. Por otro lado las manifestaciones marianas no se limitan a los fieles católicos. El año 1842 un judío alemán, Alfonso de Ratisbona, tuvo una visión de la Virgen Milagrosa en la Iglesia romana de San Andrea delle Fratte que le llevó a su conversión al catolicismo, y más tarde al sacerdocio. Un

proceso abierto en la Curia de Roma concluyó reconociendo la autenticidad de la aparición mariana.

III. DOCTRINA CATÓLICA Y PRAXIS CANÓNICA SOBRE LAS “MARIOFANÍAS”

Es conveniente distinguir entre la doctrina católica sobre las apariciones y su actitud ante ellas cuando se presentan.

A) *Doctrina católica*. Puede afirmarse en términos generales que en las apariciones reconocidas por la Iglesia se dan estos elementos integrantes: 1. Una realidad de orden sobrenatural; 2. Presencia de María que los teólogos explican de modos distintos aunque el fundamento último es *la comunión de los santos*; 3. Los frutos buenos de conversión, así como curaciones prodigiosas que difícilmente pueden explicarse si no fuera por una intervención divina⁴.

El Vaticano II al hablar de la *comunión-comunicación* entre cuantos viven en Cristo afirma lo siguiente: “Por lo mismo que los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad” (LG, 49). La Virgen ha sido glorificada en cuerpo y alma en virtud del dogma asuncionista. San Pablo atribuye tres calificativos o propiedades al *cuerpo espiritual*: es incorruptible, glorioso y poderoso (1 Cor 15, 42). Un cuerpo glorificado es diferente, y actúa, en consecuencia, de modo diferente a como lo hace un cuerpo físico natural.

Teniendo la Virgen un cuerpo glorioso puede ser percibido en su forma propia, pero pertenece a otra categoría, es decir, al *espacio-eternidad*, extraño a nuestro *espacio-tiempo*. El modo con que un ser perteneciente al “espacio-eternidad” puede relacionarse con el “espacio-tiempo” es realmente misterioso e implica para nosotros aspectos desconcertantes, ya que a los mismos apóstoles les costó trabajo reconocer a Cristo Resucitado. Cuando la Iglesia admite la autenticidad

4. I. BENGOCHEA, *Las apariciones de la Virgen*, en *Enciclopedia Mariana Posconciliar*, Cocusla, Madrid 1975, p. 263.

de una aparición, no explica nunca el modo concreto en que ésta se ha realizado, ya que ello trasciende el orden de nuestras experiencias terrenas.

Hay que evitar dos errores opuestos: el rechazo sistemático de la posibilidad de toda comunicación sobrenatural en la comunión de los santos, de forma sensible, y la credulidad ingenua de reducir las apariciones a meros encuentros comunes y cotidianos. Para la Iglesia las apariciones marianas tienen siempre un *sentido profético, cristológico y eclesiológico*. Este triple sentido traduce en cada contexto histórico las exigencias que impone al momento presente el mensaje de Jesús. Son exigencias que deben ser asumidas por la Comunidad cristiana. El vidente viene entonces a hacer una lectura viva de la Palabra de Dios que habla a través de los signos de los tiempos. Esa lectura se expresa en la experiencia de la aparición en la comunicación personal que contiene, en el mensaje que la acompaña y, en la misma vida del vidente⁵.

B) *Praxis canónica*. A la Iglesia corresponde, en exclusiva, la custodia y defensa del "Depósito revelado". Y sólo ella puede dictaminar autorizadamente sobre la sobrenaturalidad o no de las apariciones marianas. Antes de pronunciar su juicio definitivo, instruye un proceso canónica para esclarecer la verdad, nombrando una comisión de peritos presidida por el obispo diocesano. A la vista del proceso canónica efectuado, el obispo remite su juicio favorable o desfavorable, o bien prescinde de darlo, según reclame cada caso estudiado.

Si falla de forma positiva, se autoriza el culto a la Virgen bajo la nueva advocación y se ordena la erección de un santuario, permitiéndose fomentar la devoción a una determinada imagen de María. Esta decisión no compromete nunca la infalibilidad del magisterio ya que la aprobación sólo confiere certeza moral por parte de la autoridad diocesana y es siempre susceptible de revisión. Después del Concilio Vaticano II no ha cambiado la praxis o procedimiento canónico sobre las apariciones marianas. Es oportuno añadir que no se ha aprobado explícitamente ninguna aparición y más

5. J. LOSADA, *art. cit.*, pp. 75ss.

bien han abundado en esta época posconciliar las desautorizaciones o reprobaciones expresas referentes a presuntas apariciones de la Virgen. En la mayoría de los casos la autoridad eclesiástica se inhibe y prescinde de tenerlos en consideración, ya por el gran número de fenómenos aparicionistas que se presentan como tales, ya porque resulta difícil descalificarlos o aprobarlos dada su enorme complejidad a la hora de formular un juicio definitivo.

IV. CRITERIOS DE RECTO DISCERNIMIENTO

Es muy legítima la siguiente pregunta: ¿A qué criterios se atiene la Iglesia cuando intenta conseguir la autenticidad de una aparición, o por el contrario mostrar la ausencia de una intervención divina? Ella está segura de que Cristo Resucitado y Glorificado puede comunicarse de forma visible con sus discípulos de todos los tiempos. Para Santo Tomás de Aquino es claro que la nueva situación de Cristo en los cielos no excluye la posibilidad de su aparición corporal a los hombres, semejante a las apariciones pascuales a los apóstoles. Insinúa el Doctor Angélico que el Señor puede aparecerse a los suyos “de alguna otra manera”⁶.

Lo mismo cabe decir sobre la posibilidad de las apariciones de la Virgen María, glorificada en el cielo en cuerpo y alma. Aparición mariana sería en este caso la manifestación de nuestra Señora cuya visión en un determinado lugar o momento resulta insólita e inexplicable, según el curso natural de las cosas. ¿Cómo puede la Iglesia persuadirse de que hay verdadera *mariofantía* o aparición de la Virgen? He aquí los principales criterios para saber discernir y canalizar los signos que proceden del cielo y producen frutos verdaderos:

1.º Las revelaciones privadas no pueden situarse en el mismo plano que la revelación divina comunicada por Jesucristo, recogida por la Biblia y transmitida por la Tradición de la Iglesia.

6. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, III, q. 57, art. 6 ad 3.

2.º Los textos restrictivos del magisterio sobre las revelaciones privadas ponen de relieve, al mismo tiempo, tanto la ambigüedad de esta materia sujeta al error, o la ilusión, como el carácter conjetural de los juicios por parte de la autoridad de la Iglesia.

3.º Hay que relativizar la distinción original entre aparición (objetiva) y visión (subjetiva). Con mayor razón debe ser eliminada la opinión según la cual todas las apariciones sobrenaturales entran en el campo de la alucinación. Porque no podemos excluir absolutamente que Dios o una persona perteneciente a “la Comunión de los santos” puede manifestarse de un modo auténtico⁷.

4.º Por lo que toca a las apariciones de la Virgen tan frecuentes y célebres en la actualidad, hemos de tomar conciencia, en el plano teológico, de que Ella es la criatura más cercana a Jesucristo, y la más próxima a nosotros, dentro de la comunión de los santos⁸. Esta doble proximidad o cercanía está igualmente de acuerdo con sus funciones maternas en el Cuerpo Místico y con su condición de persona florificada en cuerpo y alma.

La Iglesia ejerce su función profética de sapiencial discernimiento en perfecta conformidad con la doctrina paulina: *Examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido del mundo* (1 Jn 4, 1). Los criterios o reglas de discernimiento se hacen así más orientadores si tenemos en cuenta: 1. *La coherencia evangélica* o continuidad con la Palabra profética de Jesús; 2. *La coherencia eclesial* o conciencia de comunión eclesial; 3. *La coherencia testimonial*: cuando la palabra del profeta o del vidente no va acompañada del testimonio, no es creíble; 4. *La primacía del amor*: no puede admitirse como palabra profética la que nace del odio, engendra antipatías o provoca la ruptura de la comunidad. El discernimiento oficial de los carismas es “función eminente” de la Jerarquía eclesiástica⁹.

7. R. LAURENTIN, *art. citado, Ib.*, pp. 196-198.

8. LG 54: PABLO VI, *Alocución en el Concilio*, 4-12-1963: AAS 56 (1964) 37.

9. LG, 30.

Resumiendo: lo más importante sobre los criterios de discernimiento está contenido, sin duda, en el principio establecido por Cristo: *Por sus frutos los conoceréis* (Mt 12, 33). La Iglesia analiza cuidadosamente los efectos derivados de una supuesta aparición, y dictamina sobre ella atendiendo principalmente a las virtudes cristianas del vidente y a los frutos que se producen. La teología de las grandes mariofanías o apariciones marianas nos enseña que son “un saludable recordatorio de Dios, una nueva llamada a las conciencia, un toque de atención de la gracia, una invitación a la conversión los corazones, y un reclamo para la salvación de los pueblos”¹⁰. Atendiendo a estos efectos positivos se advierte fácilmente la importancia del discernimiento por parte de la Jerarquía de la Iglesia. Se entiende también por qué el examen pericial de las apariciones incluye tantos requisitos y se lleva a cabo con un ritmo tan prudentemente lento.

V. ACTITUD DÓCIL Y PRUDENTE DEL CRISTIANO

No hay que tener avidez morbosa de noticias aparicionistas ni hacer girar la piedad en torno a sus supuestos mensajes. Todo esto supondría un evidente desorden y revelaría síntomas de una patología religiosa. Las apariciones marianas con sus respectivas “revelaciones” no tienen otra función que *subrayar*, según la diversidad de tiempos y lugares, contenidos parciales de la revelación pública *fundante*, con carácter prevalentemente práctico. Como afirmó el Papa Juan XXIII *no nos proponen nunca nueva doctrina o nuevas verdades*, pero son útiles para dirigir nuestra conducta cristiana¹¹.

Las apariciones marianas se insertan en una ley constante de la Historia de la salvación que es la siguiente: Dios invisible se manifiesta a través de un conjunto de signos visibles, ya que el hombre no puede alcanzar lo invisible sin

10. I. BENGOCHEA, *art. cit.*, *Ib.*, pp. 263-264.

11. *Mensaje para la clausura del centenario de Lourdes*, 18-2-1959.

la necesaria mediación y concurrencia de los signos¹². Pero nadie puede exagerar su necesidad o importancia como si la fe católica dependiera de estas apariciones. La postura de la Iglesia quedó claramente fijada por el Papa Benedicto XV con estas tajantes palabras: “Conservando íntegra y sana la fe católica, uno puede no prestar asentimiento a las revelaciones (particulares) y apartarse de ellas, *siempre que esto lo haga con la modestia debida, de modo razonable y sin llegar al desprecio*”¹³.

Terminamos este breve artículo con el comentario de San Juan de la Cruz, a propósito de la enseñanza inicial de la Carta a los Hebreos: “En lo cual se da a entender que *Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar*, porque lo que hablaba antes a los profetas ya lo ha hablado (...) dándonos el Todo que es su Hijo”¹⁴. El mensaje de las apariciones reconocidas por la Iglesia como auténticas no es nunca supletorio, sustitutivo o complementario del Mensaje contenido en la Revelación pública. Únicamente se limita a recordarlo, subrayarlo, urgirlo y actualizarlo. En este sentido –y no en otro– deben ser valoradas e interpretadas las apariciones marianas oficialmente aprobadas por la Iglesia.

ANDRÉS MOLINA PRIETO, PBRO.

12. R. LAURENTIN, *art. cit.*, *Ib.*, p. 128.

13. *De servorum Dei beatificatione, et Beatorum canonizacione*, 2, 32, 11.

14. *II. Subida del Monte Carmelo* 22, 4 (El subrayado es nuestro).

Las *Constituciones* de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia

III. LA COMUNIDAD CISTERCIENSE: PEDAGOGÍA DE SERVICIO Y FRATERNIDAD

“Si queremos que la legislación sea eficaz, es decir, que logre su propósito, dicha legislación tiene que pasar por las mentes y a través de los corazones de los que la reciben: Esto explica por qué la legislación eclesial actual entremezcla sus prescripciones legales con los principios espirituales o sociales de las mismas. Las nuevas *Constituciones* siguen este mismo estilo pedagógico, con el resultado de ser un texto no sólo legislativo, sino también formativo. Sería aún más exacto decir que muchas secciones de las *Constituciones* –frases y párrafos enteros– son directamente pedagógicos y sólo indirectamente legislativas. Incluso las partes directamente legislativas, por ejemplo las CC. 37 y 38 sobre el capítulo conventual y el consejo del Abad, son formativas indirectamente. Hay muchos ejemplos de lo mismo”¹.

Ciertamente hay que reconocer que, al abordar los capítulos II –El servicio de la autoridad– y III –La administración de los bienes temporales–, no se puede ignorar lo que apunta el autor citado.

Cuando los autores medievales comparaban al claustro –al monasterio– con un paraíso, ya sea el paraíso terrestre reencontrado, donde Dios viene a pasear de nuevo con le

1. Cf. AUGUSTINE ROBERTS, OCSO, *Constituciones y formación de la comunidad*, en CISTERCIUM XLII (1991) 539-552.

hombre a la brisa de la tarde para colmar de su intimidad a sus amigos, ya sea el paraíso celeste, del que se entrevé por anticipado un rayo de alegría, querían que el monasterio fuera y sea una fuente de paz y lugar de comunión, a pesar de que fuera entonces y sea también hoy día un lugar de trabajo manual (Constitución 26)², de explotaciones agropecuarias o industriales, de relaciones sociales y de compromisos temporales. Por eso: *“Es un derecho y un deber de cada hermano servir a la comunidad, asumiendo la parte que le corresponde en su trabajo según sus posibilidades y la situación económica de la comunidad”* (Constitución 41, 1).

Todo lo que compone la vida del monje en su jornada diaria tiene que resultar pedagógico y formativo desde dos planos. En primer lugar, la jornada del monje y sus distintas partes, son –o deben ser– un itinerario hacia la contemplación, pues todo lo que hace el monje lo hace bajo la mirada de Dios y en comunión o concordancia con el plan de salvación querido por Dios para los hombres. De ahí que “el equilibrio de la jornada monástica” no viene dado tanto por la comodidad y holgura en el trabajo o en la alternancia de actividades sin tensiones o estrés, como por la convicción y la paz interior de quien se sabe un operario gratuito en el “Reino” de Dios. Esta es la base del equilibrio contemplativo, es el asiento de la auténtica fe y la manifestación de la providencia de Dios sobre la propia vida. En segundo lugar, el monje o la monja no viven ni solos ni para sí mismos: viven en comunidad. Esto quiere decir que tienen que “aprender” a relacionarse y a comunicarse, a compartir y a crecer con unas personas que, o ya están en el monasterio cuando llegaron, o van a venir sin que nadie pueda elegirlos. Por esto la comunidad monástica

2. Las referencias que se hacen al trabajo “manual” (Cst. 26) y “humilde” (Cst. 45, 2) en las *Constituciones* son varias y de diversa índole; pero todas ellas ponen de manifiesto la importancia y extensión de esta realidad humana y ascética a la que el monje y la monja cistercienses deben dedicar mucho tiempo para asegurar su subsistencia y su solidaridad con los demás hombres. El trabajo manual, como parte importante de la vida cenobítica, también es fuente y origen de relaciones mutuas, de tensiones, de satisfacciones y de preocupaciones administrativas.

no puede ser comparada con la familia natural. Es familia, pero otro tipo de familia³.

El monje no entra en el monasterio simplemente para encontrar una paz psicológica, retirándose de la confusión del mundo y creando con sus hermanos una “nueva sociedad” artificial y ficticia en relación a la sociedad “de la calle”. Viene al monasterio para ser un hombre de paz “haciendo” la paz. Hace la paz construyendo su comunidad monástica como una iglesia unida, un pequeño cuerpo de Cristo unido en el Espíritu Santo, y glorificando así a Dios. Así también podemos decir que una contemplación intelectual y psicológica es más pagana que cristiana y no es el auténtico ideal monástico, por ser claramente insuficiente.

1. *Compartir, participar, comunicar*

Una de las palabras esenciales y más antiguas del vocabulario monástico latino es la de *collatio* o intercambio (de la raíz *con-ferre*: poner junto). El Abad debe compartir con los hermanos su doctrina (y la Abadesa con sus hermanas...) y su experiencia espiritual⁴ (Cst. 3, 2 y 45, 2); pero también los

3. Quizá sea esta expresión un buen botón de muestra de la influencia de los cambios sociales y culturales habidos en los últimos años y que no han podido por menos de dejar sentir su influencia en la comunidad monástica: ¿De qué tipo de familia hablamos al decir que la comunidad debe ser una “familia”, o que debe haber en ella “espíritu de familia”? La experiencia nos demuestra que hay muchos modos de entender, y de vivir, la familia. Quienes llegan hoy a los monasterios, en las distintas latitudes del mundo (en las diferentes regiones de cada país) vienen con una experiencia familiar diferente, experiencia que va desde la familia tradicional matriarcal hasta la familia moderna y urbana con todas sus “infinitas” variedades... ¿Con qué valores nos quedamos si en todas estas formas de vivencia familiar hay siempre alguno positivo? ¿Puede seguirse manteniendo un tipo de comunidades femeninas –la mayoría de ellas– compuestas por mujeres adultas que ya no pueden asimilar ni comprender las actitudes y posturas de las jóvenes de hoy frente al varón el “padre”, la cultura, el trabajo y la clausura. Por ejemplo, ¿podrán aceptar las jóvenes de hoy el que las monjas quieran seguir manteniendo dentro de la misma Orden unas normas diferentes de las de los monjes ante la clausura, los estudios, la promoción intelectual y laboral, etc.? Este es un paso aún muy importante por dar.

4. En la tradición benedictina la figura del Abad es realmente importante en la vida del monje y de la comunidad; pero algo que hay que agradecer a

hermanos tienen una palabra que decirse entre sí⁵ (Cst. 24). El Espíritu Santo trabaja en la comunidad y el Abad y la Abadesa deben auscultarla con cuidado, incluso si la responsabilidad última de las decisiones les corresponde a ellos (Cst. 14, 2; Cst. 35).

La participación responsable en cuanto se relaciona con la vida de comunidad se ejerce hoy de múltiples formas. Desde el Vaticano II ha adquirido, incluso, proporciones jamás conocidas en la historia monástica. Comisiones frecuentemente elegidas por los miembros de la comunidad, funcionan en distintos terrenos: pastoral, litúrgico, económico y otros (Cst. 35 y Cst. 43, 1). El conjunto de la comunidad prepara las decisiones más importantes, las visitas regulares, los Capítulos Generales. Se dialoga primero en pequeños grupos y después, escuchando sus informes, se dialoga en comunidad confrontando las opiniones emitidas. Con frecuencia, si el Abad lo desea –o lo requieren las mismas *Constituciones*– se cierra el debate con una votación (Cts. 36, 2 y Est. 36. 2.A).

Lo importante en estos procesos de intercambio y escucha mutua es que se vaya manifestando progresivamente la voluntad de Dios. Esta no corresponde necesariamente al sentimiento del Abad o la Abadesa o a la opinión de la mayoría de la comunidad. Se revela por un cierto acuerdo o *consenso* comunitario –que San Bernardo llamaba la *voluntas communis*, el deseo común– que comienza a emerger cuando

San Benito son las funciones que le confiere, y la descripción tan exigente que hace de su papel en la comunidad: papel de padre, de médico y de maestro.

5. La Cst. 16 –*La participación activa de los hermanos*– está orientada a facilitar entre los hermanos y hermanas un “itinerario de comunicación y responsabilidad mutua en el acontecer diario de la comunidad”. Este texto puede ser considerado como el quicio o el umbral entre el “antes” y el “después” de las nuevas *Constituciones*. De una concepción poco comunitaria de la vida cisterciense, es decir, de una concepción en la que cada monje o monja se hacía responsable únicamente del propio camino de santificación, es difícil pasar a una “comunidad de comunión” en la que debe existir una conciencia colectiva que que todos los hermanos y hermanas son responsables de todo y de todos y todas. Esta Constitución 16, pues, era necesaria en el texto legislativo, y no puede olvidarse para interpretar otras constituciones o para solucionar determinados conflictos y tensiones en el seno de la comunidad.

el Abad y los hermanos (o la Abadesa y las hermanas:) se han escuchado suficientemente y cada uno está dispuesto a renunciar a su punto de vista personal.

El carisma propio del cargo del Abad o la Abadesa, en este caso, no está en imponer una concepción personal, sino en la capacidad de discernir, quizá antes que los y las demás, en qué sentido tiene más posibilidad de revelarse esta unanimidad moral. De este modo –y aquí está el carácter comunitario y pedagógico de los diálogos e intercambios– el Abad o la Abadesa se transforman, incluso en el momento de tomar la decisión, en el lazo de la unidad y el amor en el corazón de la comunidad (Cst. 33). Esta decisión, que le compete a él según la *Regla de San Benito* (RB 3, 5) refleja entonces con más seguridad el deseo de Dios sobre el conjunto de los hermanos. Podrá ser penosa y dura para algunos; sin embargo, será fuente de paz y lugar de comunión⁶.

Hasta 1966 había dos categorías de monjes claramente diferenciadas⁷: los monjes de coro y los así llamados hermanos conversos (y lo mismo entre las monjas). Canónicamente, los hermanos conversos estaban a un nivel distinto del de los

6. San Benito, cf. todo el capítulo 3 de la *Regla* marca correctamente los límites que le corresponden a cada una de las partes componentes del capítulo conventual –o reunión de todos los hermanos con derecho a opinar– y, con el realismo que le es propio, manifiesta, prevé y exhorta sobre una serie de dificultades objetivas, actitudes rechazables y situaciones éticamente confusas que se pueden dar en el capítulo o en las manifestaciones de los hermanos y hermanas. Hay que estar muy atentos, y atentas, a esto, porque es principalmente en estas ocasiones donde se pone a prueba la discreción, la prudencia y la madurez espiritual de los hermanos y hermanas, y de toda la comunidad. San Benito quiere que la consulta a los hermanos sea un “ejercicio de discernimiento, de caridad, de justicia, de humildad y de obediencia”, y no excluye a nadie. La responsabilidad del Abad, y de la Abadesa “...expondrá él personalmente de qué se trata...” (3, 1), velar para que todo esto se cumpla, y no introducir en la consulta elementos subjetivos o partidistas: “...decimos intencionadamente que sean convocados todos los hermanos... hasta los más jóvenes...” (3, 3). “Expongan los hermanos su criterio con toda sumisión y humildad...” (3, 4)... de la misma manera conviene que el Abad decida todas las cosas con prudencia y sentido de la justicia” (3, 6)... Nadie, ni el Abad, están exentos del seguimiento de la *Regla* (3, 7).

7. Cf. *CISTERCIUM XVIII* (1966) 85-88: S. Congregación de Religiosos: Unificación de las comunidades (Carta del Abad General y *Decreto* del 27 de diciembre de 1965).

monjes de coro; pero a partir de ese año se unificaron las categorías. Todos tienen los mismos derechos y todos son jurídicamente iguales⁸. Con todo, sería ilusión creer que en una comunidad monástica todos los hermanos pueden desempeñar igual las mismas funciones; unos hermanos sentirán más inclinación hacia el trabajo manual y otros hacia el trabajo intelectual, y otros estarán más dotados para el servicio del coro y la oración litúrgica.

La uniformidad rígida nunca ha sido el verdadero ideal monástico; al contrario, tiene que haber lugar para una diversidad de dones y atractivos y nadie debe tratar de obligar a las personas a entrar en un molde para el que no están hechas ni por naturaleza ni por gracia⁹.

8. A los monjes jóvenes y a los recién llegados después de 1980, por ejemplo, ya les resulta incomprensible que haya habido dos “clases” de monjes en nuestra Orden. En primer lugar, hay que poner un poco de atención a la historia y centrar este hecho en sus justos términos (ya que en el siglo XII suponía una gran valentía el reconocer a los “barbati” el estatuto de religiosos y miembros de la familia monástica... y suponía otro modo nuevo de entender y organizar la comunidad benedictina); en segundo lugar, hay que comprender que la “fusión” de las dos clases de monjes, aunque necesaria, quizá no se hizo en su día con la suficiente preparación y pedagogía, y es normal que aún no hayamos alcanzado los niveles cualitativos deseables de pluralismo y respeto dentro de las comunidades (pues casi todos los hermanos y hermanas que entraron en la Orden antes de 1966 fueron formados según el antiguo patrón); por último, y en tercer lugar, la unificación de las comunidades se hizo, precisamente, en un momento en que en Europa (mayo del 68), y en España particularmente (años finales del “franquismo”), comenzaba una gran crisis de valores, la sociedad se hacía más plural y deseaba más tolerancia, y, en definitiva, se aceptaba y se deseaba que todos tuvieran en educación, trabajo y desarrollo social, las mismas oportunidades. Por eso, el “problema de los hermanos conversos” –que aún colea en los Capítulos Generales– tiene mucho que ver con factores socioculturales según las culturas (sajona, mediterránea u oriental), ya que en cada una de ellas se ha vivido de forma diferente.

9. Cf. IGNACIO ARANGUREN, *La comunión cenobítica*, en *CISTERCIUM* XXIII (1971) 247-257; y también, por resultar grandemente ilustrativa y realista: *Orientación pastoral sobre la unidad en nuestras comunidades*, Capítulo General de 1974, en *CISTERCIUM* XXVI (1974) 262-264. En este texto pastoral se puede percibir la serie de problemas que la renovación posconciliar y la influencia del mundo moderno han supuesto a las comunidades cistercienses, y qué medios existen para superar ciertas diferencias en la concepción de la comunidad monástica.

Así las cosas, hay que decir que, hombres y mujeres de todo tipo, profesión, temperamento, clase social, raza y nación se unen en el monasterio por vínculos de fe y de caridad. Han aprendido por deseo y experiencia que todos son hijos del mismo Padre que está en el cielo. Aquí no existen discriminaciones sociales o raciales. Todos son uno en Cristo, y todos pueden cantar al unísono con el salmista: “*Ved qué dulzura y qué delicia convivir los hermanos unidos*” (Sal 132, 1)¹⁰.

2. *Itinerario de perseverancia y “paciencia”*

La segunda parte de las *Constituciones* refleja la complejidad de la vida cisterciense dentro del monasterio. Ciertamente que el monasterio es una escuela de caridad en la que se aprende el amor; pero éste se aprende en el libro de la vida.

También dice San Benito que el monasterio es una escuela del servicio divino, en la que nada se debe anteponer al amor de Jesucristo; pero la primera señal de que un alma ama a Dios es una obediencia sin tardanza: “...*así, renunciando a su propia voluntad, sigue el ejemplo de Cristo, hecho obediente hasta la muerte, y se entrega a la escuela del servicio divino*” (Constitución 11).

La fe es la realidad central, “existencial”, de la vida del monje y de la monja cistercienses. La fe no es precisamente una cuestión de experiencia psicológica. Pone al hombre en contacto con el fundamento teológico, sin el cual los cimientos de su caridad están condenados a derrumbarse bajo el ímpetu de la primera tempestad.

Sin la fe y sin principios espirituales profundos, sin un sentido totalmente sobrenatural de obediencia que vea la voluntad de Dios en la *Regla*, en la voluntad de los superiores,

10. Como dice THOMAS MERTON, ...*la paradoja de la “paz” monástica es precisamente que no trata de poner fin a toda división en la tierra, de resolver todos los conflictos, de apaciguar todas las angustias... quien entra en la vida monástica no crea que se han acabado todos los conflictos; en realidad, pronto descubrirá que la batalla no ha hecho sino comenzar...*, en *El camino monástico*, Estella 1986, p. 97.

en la “voluntad común” de los hermanos, el amor no será más que un sentimentalismo superficial o una simple ilusión.

La vida cisterciense no es una experiencia temporal –aunque para algunos sí lo sea–, sino un programa de por vida por exige perseverancia, continuidad y una organización estable de la casa de Dios. Este es el camino de asegurar la contemplación, porque es también la condición de que los instrumentos a utilizar en el arte espiritual puedan ser dominados y utilizados con maestría. Nada en la casa de Dios se puede improvisar sobre la marcha, ni ser fruto de un impulso “carismático” –aunque a veces hagan falta estos impulsos– ni producto de la imaginación exuberante de un líder iluminado.

1. *Encontrar el puesto y el lugar exactos.* Todas las expresiones que hemos utilizado antes para definir al monasterio tienen su parte positiva, y pueden transformarse también en una especie de negativo, que sería como la caricatura de lo primero¹¹: el monasterio es una *escuela* (Cst. 33, 3), pero no es ni una guardería infantil ni una academia de eruditos; el monasterio es una *milicia* (Cst. 3, 1; *RB Pról.* 3), pero no es un cuartel, en sentido peyorativo, donde está prohibido todo espíritu de creatividad e iniciativa; el monasterio es un *taller* (Cst. 26 y Cst. 35), pero no una fábrica donde el ruido y la agitación perjudican el recogimiento y la paz; el monasterio es una *familia* (Cst. 33, 1), pero no una familia “natural”, sino evangélica, de buscadores de Dios en la madurez y la conversión de cada día, y tampoco de buscadores de seguridades emocionales o compensaciones afectivas; el monasterio es un *rebaño* (Cst. 33, 2), pero los sentimientos “gregarios” han de ser proscritos en él: los monjes no son carneros de Panurgo; el monasterio es un *gimnasio* (Cst. 25 y Cst. 45), pero no por afán de exhibicionismo, sino para guardar una línea espiritual, cultivar la vida interior y controlar los estados del alma.

Todas estas imágenes, pues, deben ser purificadas, de lo contrario se convertirán en clichés nocivos para los monjes y

11. Cf. PIERRE MIQUEL, OSB, *Ser monje*, Ed. Monte Casino, Zamora 1992, pp. 24-26.

las monjas y para los demás, harán imposible el sano desarrollo de la personalidad, darán al traste con las iniciativas pastorales del Abad o de la Abadesa y harán del trabajo de los hermanos y hermanas un conjunto inconexo de actividades poco constructivas y altamente frustrantes.

Es importante, pues, que el monje y la monja sepan “dónde se encuentran” y tengan por sí mismos una imagen clara de lo que es el monasterio. Esto facilitará su proceso de formación, la búsqueda de la propia identidad y unas relaciones sanas, abiertas y constructivas con los demás hermanos y hermanas. Además, no puede cimentarse una vida contemplativa auténtica en inclinaciones o tendencias que, aunque inconscientes¹², a veces no “encajan” en la realidad evangélica de la comunidad monástica.: *“Recíbese afablemente a quienes lleguen por primera vez a la vida monástica, pero no se les concederá con facilidad el ingreso... Se les debe prevenir sobre las cosas duras y ásperas por las cuales se van hacia Dios. Serán recibidos en comunidad únicamente si dan muestras de la disposición espiritual, madurez y salud suficientes que se requiere para la vida monástica. Si se da todo esto, se reconocerá como signo de vocación divina su inclinación para abrazar esta vida y su intención de buscar a Dios de veras y con todo el corazón”* (Constitución 46, 1).

2. *La importancia de los buenos maestros.* En la tradición monástica antigua, un “abba” es un monje experimentado a quien se confía “el que quiere ser salvado”¹³: le enseña la humildad, la obediencia, el silencio; le ayuda a renunciar a su propio voluntad, a vencer sus pasiones, y a adquirir la paz interior.

Así, pues, el primer maestro con que debe contar el monje es su Abad (o Abadesa, en el caso de las monjas). El Abad

12. Sobre este tema ya han escrito mucho el P. Rulla y sus colaboradores del Instituto de Psicología de la Universidad Gregoriana de Roma. Cualquier formador un poco avisado sabe de la importancia tan tremenda que tiene en el desarrollo vocacional el control de las motivaciones inconscientes que cualquier candidato o candidata a la vida monástica puede llevar consigo al monasterio, incluso con la mejor voluntad.

13. Así aparece el aspirante a monje en la tradición oriental antigua y en los “apotelesmas”: el que busca una palabra y un camino “de salvación”.

debe tener *la memoria del pasado*, es decir, conocer la tradición monástica y local; debe tener la *razón* para juzgar una situación y decidir lo que conviene hacer (la indecisión es peor que una mala opción, y el subjetivismo, la suspicacia y la inquietud no son buenas consejeras, ni ayudan al Abad en su ministerio (cf. *RB* 64, 7, 22); debe poseer la oportuna *sensibilidad* que permite intuir un malestar personal o comunitario y poner el remedio adecuado con discreción y prudencia (cf. Cst. 33, 4).

Pero el Abad, o la Abadesa, no pueden hacerlo todo ellos solos, ni a ellos se les puede cargar toda la responsabilidad, ni conviene que haya que recurrir continuamente a solicitar su aviso o permiso. Cuentan, para el ejercicio pastoral de sus funciones con *los empleados del monasterio, o "los hermanos que tienen cargos"*: *"El Abad debe elegir colaboradores idóneos para los diversos oficios del monasterio. Con el consejo de hermanos temerosos de Dios, nombre al prior, al maestro de novicios, al cillerero y a los demás encargados, con los cuales comparte confiadamente sus cargas. Los hermanos así elegidos desempeñen sus oficios diligente y honradamente, ajustándose a los mandamientos de Dios y a las normas del Abad, a fin de que nadie se inquiete ni entristezca en la casa de Dios"* (Constitución 35).

Dentro de esta constitución y las características de la colaboración que los monjes debe prestar a su Abad, hay que enmarcar las otras que siguen: *La consulta a los hermanos* (Cst. 36), *El capítulo conventual* (Cst. 37), *El consejo de Abad* (Cst. 38), y las constituciones dedicadas a la administración temporal (Cst. 43 y 44).

Cada una de estas constituciones podría ser objeto de un amplísimo comentario, pues todas ellas pueden dar pie a muchas manifestaciones por parte de los monjes y de la comunidad, y hasta pueden ser tales manifestaciones una muestra de la madurez y salud de la comunidad, de su capacidad de transmitir los valores monásticos y demostrar que, hasta en los asuntos más triviales y perentorios de la vida laboral, no se puede perder de vista la búsqueda de Dios y la finalidad contemplativa de la vida monástica. Expliquemos un poco esto.

Los que la Cst. 35 pide a los monjes y a las monjas que tienen cargos puede reducirse, fundamentalmente a estos factores:

a) Que tales colaboradores han sido “elegidos” por el Abad, y para servir a toda la comunidad dentro de la misma línea pastoral que lleve el superior o superiora de la casa. Es el modo de no ceder a la tentación de las propias iniciativas y crear divisiones o malestar entre los hermanos.

b) Que tales colaboradores deben ser *idóneos* (como dice la Cst. 58 sobre *La formación permanente*: los hermanos y hermanas deben adquirir la necesaria y útil capacitación... para desempeñar con eficacia su cometido... con los medios acomodados a la vida monástica).

c) Para que *pueda compartir con ellos sus cargas*, de modo que los colaboradores se transformen en una fuente de ayuda y co-responsablemente creen en torno al Abad o Abadesa una corriente de diálogo, entendimiento y armonía que haga las actividades de los hermanos y hermanas una auténtica fuente de equilibrio personal y comunitario, a la vez que se produce ese fin del trabajo manual descrito en la Cst. 26: “...Es, además, ocasión de una *ascesis fecunda que ayuda al desarrollo y madurez de la persona, favorece su salud física y psíquica y contribuye sobremanera a la cohesión de la comunidad*”. A veces la falta de cohesión en una comunidad, los particularismos, los enfrentamientos o diferencias, los conflictos y las tensiones provienen de una mala organización “laboral” de la comunidad, de que los hermanos y hermanas “ignoran” lo que otros hermanos y hermanas hacen y de que falta una tarea de “coordinación” que haga los trabajos comunitarios o personales útiles y “rentables” para el fin contemplativo de la vida cisterciense¹⁴. Un buen “organigrama” de trabajo, y el saber a quién

14. Siendo el trabajo manual una disciplina tan importante en la vida cisterciense, y que ocupa al monje o a la monja muchas horas al día, hay que cuidar para que también en el período inicial de la formación se reciba un recto entendimiento de lo que el trabajo supone, y supondrá, en la vida de cada día, en el progreso espiritual y en la vida de relaciones con los demás. Hay monjes que arrastran unas vidas lánguidas, atormentadas y frustradas o desilusionadas porque no han sabido “centrarse” en los trabajos que les han

y cuándo hay que recurrir en los momentos de dificultad en el trabajo es uno de los mejores garantes de la paz comunitaria.

d) La normativa para el trabajo viene impuesta por “los mandamientos de Dios” y las “normas del Abad”. Quiere esto decir que todo empleado del monasterio y colaborador del Abad, o de la Abadesa, debe ser consciente de que quienes trabajan son monjes (y no empleados de una manufactura comercial) y que es el Abad quien marca las pautas para que el trabajo que se desempeña en la “casa de Dios” esté a tono con la finalidad de esta casa. Nadie en su cargo puede hacerse “autónomo”, apartarse de las orientaciones del Abad o imprimir a las actividades monásticas una impronta y finalidad que no estén de acuerdo con la tónica contemplativa de la comunidad. Hasta en la realización material del trabajo, en el ambiente de los talleres, en las actividades más ordinarias, el monje y la monja no deben perder nunca la dimensión contemplativa y orante de su vida: el orden, el silencio, la calma y la serenidad, las relaciones afables, la limpieza, la disponibilidad, el espíritu de alegría y la eficacia en todo lo que se hace, son cualidades que no deben menospreciarse, y que contribuyen grandemente a la educación de la persona y a crear en el monasterio un ambiente contemplativo.

3. *Hacerlo todo con consejo*. Es una prescripción de la *Regla de San Benito* (cf. *RB* 3). El grupo de constituciones citadas anteriormente (36-38 y 44-45) establecen el tipo de relaciones que debe existir entre el Abad –en cuanto representante y responsable del gobierno de la comunidad– y el resto de los hermanos.

Al margen de las particularidades y la determinación de los puntos concretos que son de “consulta obligada” o “que exigen autorización expresa” para que el Abad o la Abadesa puedan obrar, nos conviene decir que el tema más fundamental que se halla aquí en cuestión es mucho más importante que cualquiera de los puntos que se puedan tratar en el consejo del Abad o la Abadesa o en el capítulo conventual.

sido encomendados, o, porque su vida “laboral” no se ha visto nunca reconocida ni apreciada a unos límites justos y deseables para toda persona humana.

Los cargos, el consejo del Abad, el capítulo conventual, las comisiones que se puedan establecer sobre distintos aspectos de la vida comunitaria (economía, liturgia, formación diálogos, etc.) son instrumentos de colaboración, de discernimiento y de construcción de la comunidad. Y se puede decir, además, que tiene una doble característica o función: estimulan la participación responsable del monje o la monja en la vida de comunidad, y, por otra parte, pueden resultar instrumentos de formación de gran importancia y eficacia en la vida de la comunidad y para los miembros que la componen.

Lo importante para el Abad y para los miembros que componen los distintos organismos citados es el cúmulo de virtudes y cualidades que deben ser puestas en juego a la hora de examinar los problemas y tomar las decisiones.

Del mismo modo, se puede decir que la falta de coordinación de estos organismos, la falta de claridad a la hora de tratar los asuntos, una mala programación de las reuniones, una falta de consecuencia a la hora de poner en práctica las decisiones tomadas, etc., pueden dar al traste con la paz, el progreso y las intenciones del mejor plan teórico de formación monástica, a la vez que pueden sumir a una comunidad en la apatía, el desgobierno y la tiranía de los individualismos¹⁵.

Como podrá comprenderse, y se desprende de la estructura comunitaria que quieren crear y tienen en cuenta las *Constituciones*, la claridad en los objetivos que debe proponerse la comunidad, la continuidad en los criterios, y la sabiduría y buen juicio a la hora de programar las actividades intelectuales, litúrgicas, académicas y laborales, y llevar a cabo las decisiones tomadas, son la finalidad primera y más importante del entramado de relaciones fraternas que componen la vida de la comunidad y quedan descritas en las constituciones que contienen los capítulos II, III y IV de la segunda parte.

15. Dentro de este contexto hay que leer la *Orientación pastoral sobre la unidad en nuestras comunidades*, del Capítulo General de 1974 y el *Documento del Capítulo general para estimular la participación responsable*, de 1977. En este documento puede leerse: "...Se encontrará ayuda para esto en un programa de formación... la disposición de los lugares... y la organización del trabajo".

Conclusión

La vida cisterciense aparece en la segunda parte de las *Constituciones* como vida monástica cenobítica en la que todos los hermanos y hermanas tienen el derecho y la obligación de participar en la vida comunitaria.

El Abad es el padre, maestro y médico de la comunidad, y comparte su solicitud pastoral a estos tres niveles con hermanos capacitados y dóciles, al tiempo que en las tareas administrativas y que afecten seriamente a la vida comunitaria debe seguir las orientaciones y pautas recabadas de su consejo y del capítulo conventual.

El proceso de iniciación del monje y de la monja incluyen un período de formación bajo la dirección de monjes experimentados y competentes, que poco a poco introducirán al candidato a monje o monja en la vida de la comunidad, en la comprensión y estudio del patrimonio y la tradición cistercienses, y en el uso de los instrumentos propios del arte espiritual.

La participación en la vida de comunidad y el trabajo, el intercambio con los hermanos, la obediencia mutua y el seguimiento de las directrices del Abad y de la Abadesa, hacen de los monjes y monjas cistercienses personas humildes y laboriosas, abiertas y generosas, entregadas a la vida de contemplación y silencio que caracteriza todos los monasterios de la Orden: *“Toda la organización del monasterio tiene como fin que los monjes y las monjas se unan íntimamente a Cristo, porque sólo en el amor entrañable de cada uno por el Señor Jesús pueden florecer los dones peculiares de la vocación cisterciense. Los hermanos y hermanas solamente serán dichosos en la vida sencilla, escondida y laboriosa, si no anteponen absolutamente nada a Cristo, el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna”* (Constitución 3, 5 y RB 4, 21; 5, 2 y 72, 12).

FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO.
Abadía Cisterciense de Viaceli

Las Monjas Dominicanas y su Misión en la Orden de los Frailes Predicadores

Estas breves reflexiones, nacidas de una lectura muy gratificante de la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II sobre la Dignidad y la Vocación de la Mujer, *Mulieris Dignitatem*, publicada el 15 de agosto de 1988, final del Año Santo Mariano, deseo iluminen y fortalezcan no sólo a las Monjas Dominicanas, sino también a todas las Monjas Contemplativas, que desde las mediaciones características de la condición de mujer y de la vida contemplativa desarrollan en la Iglesia y en el mundo una misión fundamental, mostrando especialmente el amor y la ternura de Dios con todos los hombres y mujeres que pueblan este mundo. Ya desde el principio manifiesto mi agradecimiento a quienes, por su vida y oración contemplativas, son y están en el corazón de la Orden de los Frailes Predicadores.

1. *La Pregunta por la Mujer*

La Mujer es un otro yo, una persona, junto al hombre, en orden a que ambos superen la soledad original mediante una ayuda semejante a uno mismo. Ser persona implica existir en relación a otro yo, entrando en relación con él. En este contexto se advierte cómo la mujer y el hombre están radicalmente llamados a relacionarse; esto es una indudable riqueza en nuestras vidas. Así la relación entre el hombre y la mujer, necesaria en cierto sentido en todos los estamentos de la vida humana y cristiana, se muestra como ayuda y

complementación. En fin, la entrega sincera y total al otro, siempre fecunda, es múltiple: esponsal, maternal, virginal. Por ejemplo, la unión matrimonial, más que unión corporal, es comunión interpersonal y espiritual. San Pablo no dice que el hombre no se relacione con la mujer, sino que después del pecado original es mejor no casarse para poder entregarse a Cristo con un corazón indiviso, pues las tribulaciones de la carne dificultan la oración y la evangelización. Mas cada uno siga su vocación; esa es la voluntad de Dios.

Este planteamiento humano y cristiano legitima que podamos afirmar, sin peligro de equivocarnos, que las Ordenes y Congregaciones Religiosas, que existen en la Iglesia bajo las formas masculina y femenina, son más perfectas que las otras, porque tienen una ayuda adecuada, semejante y recíproca. La Sagrada Escritura nos persuade que no se puede lograr una hermenéutica auténtica del hombre, de lo que es humano, sin una adecuada referencia a lo que es femenino. Es decir, la relación hombre-mujer responde a la verdad revelada de la persona humana, libre y responsable, que se realiza en la donación al otro. Esta perspectiva aparece con claridad meridiana en algunos fundadores, como Santo Domingo de Guzmán, quien fundó a las hermanas antes que a los hermanos, para que estos pudieran nacer en un hogar y desarrollarse en una familia. Más tarde, en un contexto jansenista, esto fue más difícil de captar. Así se explica la opinión de San Francisco de Sales al respecto, aunque no por ello olvidamos que lo que es riqueza puede convertirse en un riesgo evidente donde falta la auténtica libertad cristiana.

2. *La Mujer en la Historia de la Salvación*

El hombre ha sido creado hembra y varón y en cuanto hembra y varón es el hombre imagen y semejanza de Dios; es decir, el hombre y la mujer están creados para vivir en relación recíproca o en comunión de amor, que se realizará en la medida que el uno sea para el otro una ayuda adecuada. Este hombre, hembra y varón, ha sido creado por Dios en cuanto tal y así es amado por Dios; por eso se realiza en la donación

de sí mismo. Así se comprende cómo la dignidad de la mujer y la originalidad de su feminidad como persona se realiza en la entrega o donación total de sí misma, tal como se vive en la Vida Consagrada, en el Matrimonio o en el Celibato por el reino de los cielos.

Y si pasamos al Nuevo Testamento, en el que nos encontramos, sabemos que Dios se hizo hombre en el seno de una mujer; la Virgen María, Nuestra Señora, fue por eso la primera redimida. La salvación y también el pecado han llegado al hombre a través de una mujer; de manera que la mujer en la historia se ha convertido en camino de salvación o de condenación, según cada caso. Por el engaño de una mujer vino el pecado, y por la obediencia de otra mujer vino la gracia del perdón. La Iglesia, esposa de Jesucristo, es la figura de la mujer que nos salva o que nos pervierte, como se observa en la historia y en el momento presente. Y la unión de Cristo con la Iglesia se expresa sacramentalmente en las vocaciones eclesiales fundamentales: el Ministerio Ordenado, la Vida Consagrada y el Matrimonio; en estas tres vocaciones la presencia de la mujer es esencial para bien o para mal, pues ella es la madre, hermana y colaboradora del sacerdote, y ella es también protagonista en Cristo de la Vida Consagrada y del Matrimonio.

3. *La Dominica es una Mujer Consagrada a Dios que ayuda recíprocamente al Dominico siendo:*

- Virgen de Dios, por don divino.
- Esposa de Cristo, único Esposo.
- Madre de la Orden de Predicadores.
- Hermana de los Frailes Predicadores.
- Colaboradora de la Evangelización de la Orden.

Estas misiones, que no son de dominio sino de servicio y donación, se desarrollan en un clima de vocación divina, libertad cristiana y amor recíproco y fraternal. La relación respetuosa y agradecida entre los frailes y las monjas exige un aprendizaje paciente, lo cual es imposible si no se vive en un

nivel individual y comunitario de exigencia ascética y de seguimiento de Cristo hasta el Matrimonio Místico. El fuego es una maravilla; mas deja de serlo cuando nos abrasamos. También aquí la utopía puede ser devastadora, cuando olvidamos la debilidad del hombre y la necesidad de la gracia divina. Hay que salvaguardar a la mujer, si queremos que se salve el hombre y la familia; hay que salvaguardar a las Monjas Dominicanas si queremos que se salve la Orden de los Frailes Predicadores. Cuando se pervierte la mujer se pervierte el tesoro más grande de la naturaleza humana. La mujer salva o hunde la humanidad; las Monjas Dominicanas, en el plan de Dios, salvarán o hundirán la Orden de los Frailes Predicadores.

Es fundamental para la Orden que las Monjas Dominicanas sigan siendo fieles a su vocación contemplativa para que puedan cumplir plenamente su misión en la Iglesia y en la vida de los Frailes Predicadores, quienes tenemos que aceptarlas y amarlas tal como son. Me encantaría que las Monjas en estos momentos tan decisivos para el futuro, de vida o de muerte, no se preocuparan, aunque sí se ocupen, de las vocaciones, ni tampoco de la situación socio-política de España o de otra nación concreta, puesto que su primera obligación sigue siendo ser santas, viviendo en plenitud su vida contemplativa y llegando realmente así al Martirio o al Matrimonio Espiritual. Éste sería el mejor camino para atraer y merecer el don de las vocaciones e influir en la nueva evangelización a la que nos ha convocado el Papa Juan Pablo II, que para nosotros significa hoy ser fieles a la gracia evangelizadora de Santo Domingo.

4. *La Monja Dominica, Virgen de Dios*

La Virginidad, fruto del don divino y de una opción libre y responsable de la persona humana, consagra la mujer a Dios. "Si tal es la condición del hombre con la mujer, no conviene casarse. El les contestó: No todos entienden esto, sino sólo aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos

que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda” (Mateo 19, 11-12). El celibato por amor del reino de Dios, novedad del Evangelio, se funda en el misterio de la Encarnación de Jesucristo, de tal manera que quien recibe de Dios la capacidad de entender y de vivir libre y responsablemente el celibato lo hace para honrar humildemente el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

La Virgindad, como posible vocación de la mujer, es la consagración plena de la persona a Dios; es decir, Dios seduce, cautiva y sorprende de tal modo a una mujer, que ésta se entrega total y exclusivamente a Dios, bajo el modelo de la vida y muerte de Jesucristo, quien viviendo en obediencia a Dios Padre entregó su vida por la Iglesia. Aquí aparece de modo especial la radicalidad del Evangelio, la plenitud de una vida y el comportamiento de un cristiano auténtico. Pero, ¿es posible esta entrega plena y exclusiva a Dios, a quien nadie ha visto, dejando realidades tan atrayentes aunque percederas, como el amor humano y la misma familia de la sangre? No sólo es posible, sino necesario en quienes han experimentado que Dios ama al hombre y a la mujer por sí mismo, y advierten que ellos se realizan de verdad en la correspondencia a ese amor divino, haciéndose donación y don sincero y verdadero para Dios. Evidentemente, la experiencia adecuada de la Virgindad cristiana es impensable fuera de un ambiente de fe y de fe en la vida eterna, que es la vida verdadera y definitiva.

5. *La Monja Dominica, Esposa del Verbo*

No se puede comprender, ni vivir adecuadamente, la Virgindad sin referirse al amor sponsal. El modo natural y sobrenatural de ser de la mujer ofrece una disposición natural y cristiana para ser esposa, amar y ser amada en plenitud. Ser esposa de Cristo es recibir la raudales el amor del divino Esposo que ha dado su sangre y su vida y con sus elegidas se desposa para siempre. Esta vocación nace esplendorosamente

en el Verbo Encarnado, pues como El se entregó totalmente viviendo y muriendo en Cruz por la Iglesia, haciéndose don pleno y verdadero para nosotros, es normal que también nosotros nos entreguemos completamente a El en la Cruz de cada día. Cuando Cristo es el único Esposo, que viene siempre en nuestra ayuda sobre todo en las situaciones límites, la Cruz no sólo no espanta, incluso atrae. Aquí se advierte que la Virginidad no es simplemente quedarse solteros; sería falso y ofensivo medir la Virginidad por lo que se deja y no por el tesoro que se ha encontrado, se compra a cambio de todos los bienes y se experimenta gozosamente, la sublime realidad esponsal, que se vive en la entrega a Jesucristo con un amor indiviso y por ello exclusivo.

La Esposa del Verbo es verdadero sacramento de la Iglesia, signo y realización de la esponsalidad de la Iglesia. Cristo se entregó por ella hasta dar su vida. Identificadas las Monjas plenamente en los gozos y sufrimientos de la Iglesia, aman a Cristo con todo su corazón, en comunión con toda la creación. Otra realidad que manifiesta la grandeza de la Mujer, como símbolo de todo lo humano, en relación con Jesucristo, es que todos, hombres y mujeres, somos la Esposa, porque Cristo es el único Esposo. La Esposa del Verbo es la mujer por excelencia y es lo característico de la Monja Contemplativa; desconocerlo renunciar a ello sería insensato.

6. *La Monja Dominica, Madre de la Orden de Frailes Predicadores*

La relación esponsal con el Verbo es siempre fecunda. De aquí surge la maternidad según el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. La Virginidad no priva de las delicias de ser esposa y madre. Ahora bien, esta realidad de la maternidad espiritual se constituye o se verifica de modo diferente en el cuerpo y en el espíritu; además, la maternidad se experimenta diversamente en la vida contemplativa y en la vida apostólica, pero siempre implica perder la vida en bien de la Iglesia y, en nuestro caso, en favor de la Orden de los Frailes Predicadores. Recordamos la acción sobrenatural de la M.

María Dominica-Clara de la Santa Cruz (1832-1895), una monja dominica estigmatizada de Luxemburgo, en la restauración de la Orden de los Frailes Predicadores en Francia en el siglo XIX, a través del P. Enrique Domingo Lacordaire.

Monjas Dominicanas, sed madres de la Orden con vuestra solicitud maternal, con vuestra presencia espiritual y vuestras vidas hechas ofrenda y plegaria. Pedid vocaciones para la Orden; pero vocaciones santas. Tened entrañas maternales, como Santa Catalina de Sena, a quienes sus discípulos llamaban agradecidamente la *Mamma*. Sobre todo, conceded y amad a la Santísima Virgen María, Nuestra Señora y Nuestra Madre, por excelencia. Imitadla en la entrega solícita y en la dedicación amorosa. Lograr con vuestra vida que nosotros, los Frailes Predicadores, seamos de verdad hijos de Santo Domingo, respondiendo a la verdad ontológica o vocacional de nuestro ser y existir. Que vivamos el entusiasmo de la elección divina y seamos capaces de vivir en comunidad, fundada y fundamentada en el estudio, en la liturgia y en las observancias regulares, manifestando los signos de fe, es decir, el amor y la unidad. No hay otro camino para revitalizar la Orden, es decir, para volver a tener vocaciones. Lo demás son utopías, como las que están llevando a religiosos y congregaciones determinadas a una situación terminal.

Gracias a la Cruz, que sólo la mujer es capaz de llevar, las Monjas Dominicanas pueden salvar a la Orden, reconciliando a los Frailes con su propia vocación, reconciliando a los dominicos con su propia historia, a veces distinta de la que uno hubiera querido. Confiamos en el cielo y en la tierra, en la gracia y en el compromiso. Sed Madres de una Orden que, aunque está en crisis en la cabeza y en los miembros, está llena de esperanza en la poderosa intercesión de nuestro Padre Santo Domingo y de nuestra Madre Santa Catalina de Sena, y en la santidad de tantas y tantos hermanas y hermanos, resto de Israel y pobres de Yahvé, que esperan contra toda esperanza. Hay muchos más motivos para esperar; no es tiempo de rendirse, cuando la Iglesia está en estado de nueva evangelización; cuando la Iglesia está necesitando la Orden de los Frailes Predicadores para enviarlos por todo el mundo.

Quizá en pocos momentos de la Iglesia haya sido tan necesaria la presencia de los Frailes Predicadores en el mundo como hoy, cuando hay tantos que mueren de hambre y de sed, porque no hay quien les parta el pan de la Palabra de Dios y les celebre los sacramentos de la vida. No es posible dudar de la actualidad de los Frailes Dominicos, quienes son luz de la verdad, cuando en el mundo hay todavía tantas tinieblas.

7. *La Monja Dominica, Hermana de los Frailes Dominicos*

Mientras el Fraile Dominicano es icono o sacramento de Cristo, esposo y cabeza, la Dominica es icono de la Iglesia, esposa de Cristo y Madre de los fieles. Es profecía y símbolo sacramental de la realidad que encontramos en plenitud en la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. Los Frailes Predicadores hemos sido confiados a la solicitud fraternal de las Monjas Dominicanas, y las Monjas Dominicanas han sido confiadas a la solicitud fraternal de los Frailes Predicadores, para la ayuda recíproca en el reino de la amistad espiritual y de la fraternidad cristiana. La medida del hombre es el trato que dispensa a la mujer. Saber mirar, conversar y ayudar a la mujer como madre y como hermana es prueba de equilibrio humano y virtud cristiana. Las Monjas, siendo sal, luz y fermento de la Orden, han de vivir desapareciendo y morir vivificando a los Frailes con la santidad divina, y éstos amen a sus hermanas como Cristo amó a su Iglesia, en la dimensión de la Cruz. Esto es realidad y experiencia gratificante en las comunidades cristianas, las que se esfuerzan y gozan por vivir en el reino de la fe sobrenatural la realidad sorprendente de la fraternidad sobrenatural, el don de los hermanos y hermanas.

Por el celibato y la virginidad la mujer deja de ser objeto de dominio y posesión masculina, y el hombre deja de ser imprescindible en la vida de la mujer. El conflicto recíproco entre hombre y mujer, fruto del pecado original, se supera esencialmente por la gracia de Cristo y por el don de la virginidad. Ahora bien, esto es una realidad y no una mera utopía cuando los hermanos y las hermanas comienzan a ayudarse

conociendo los dones de Dios en sus vidas y reconociendo también los propios pecados. Los buenos hermanos son los que te ayudan a conocer el don de Dios en ti y también el propio pecado, es decir, los que iluminan tu vida, te sitúan en la propia verdad y te llevan a la conversión, pasando por la muerte a uno mismo, que es la puerta del propio conocimiento y el fundamento de toda la vida de fraternidad cristiana y dominicana. La grandeza de esta fraternidad, que no oculta sus riesgos, se apoya en los corazones sellados en ellas por el amor único esponsal de Cristo y en ellos por la aceptación de la verdad de nuestra vida, que es la vida eterna, cuyo paso necesario y universal es la muerte.

8. *La Monja Dominicana, Colaboradora en la Evangelización de los Frailes*

El fin de la colaboración es evidentemente la evangelización o la nueva evangelización a la que Juan Pablo II invita a toda la Iglesia, según el estilo itinerante de nuestro Padre Santo Domingo, cuya vida y oración alimentada por la Palabra de Dios se caracterizó por la experiencia de la compasión divina, que es la puerta de la predicación característica de nuestra Orden. Y los medios para implantar y desarrollar esta colaboración responderán a las características de la vida contemplativa de las Monjas, entre los que destaca la experiencia de la oración litúrgica y apostólica en la comunidad, que es el lugar donde nace la Palabra. “Efectivamente, las hermanas en la clausura se consagran totalmente a Dios y, al mismo tiempo, perpetúan el carisma especial que el Bienaventurado Padre tuvo para con los pecadores, los pobres y los afligidos, llevándolos en el sagrario íntimo de la compasión” (*Libro de las Constituciones de las Monjas*, n.º 35, 1).

Y se sabrá si las Monjas están aplicando correctamente los medios adecuados si los frutos en la Orden son realmente los deseados. Ahora bien, “nosotros, los frailes, tenemos que dejarnos interpelar por el aspecto contemplativo de la vida dominicana tan rico en nuestras monjas, so pena de que nuestra predicación pierda su plena eficacia” (*Actas Capítulo*

General Oakland, n.º 147, 4); y las Monjas nos deben ayudar a descubrir nuestra identidad de hijos de Santo Domingo, sin dejarse influir por realidades negativas que pudieran aparecer sobre todo en momentos de crisis, como el que estamos viviendo. De todos modos, esta colaboración en el carisma apostólico de los Frailes Predicadores por parte de las Monjas Dominicanas exige previamente entre otras realidades la formación y la intercomunidad espiritual. Es preciso vivir el entusiasmo y el gozo de ser Dominicanas y Dominicanos por la gracia de Dios.

La Formación, tanto institucional como permanente, tiene por objeto la adquisición del don del discernimiento espiritual en orden a conocer la voluntad de Dios en los niveles individual y comunitario. Mas este don de la prudencia del Espíritu exige anteriormente haber conseguido la comunión de los corazones mediante la destrucción de toda discordia, y la iluminación de las mentes mediante la superación de toda confusión ideológica. Esto nos concede también la maduración cristiana o el equilibrio en el pensar y en el querer, que se fundamenta sólo en la vida de fe y en la experiencia del amor de Dios. La Palabra de Dios juzga e ilumina nuestra vida hasta lo más recóndito del corazón; y los sacramentos transforman la realidad de nuestras mentes y de nuestros corazones.

Y la intercomunidad entre las Hermanas y los Hermanos está ya en las mismas raíces de la Orden, en la vida de Santo Domingo. En consecuencia, las Monjas Dominicanas están invitadas a participar activamente en la vida de la Orden desde las características de su vida contemplativa. Este es un desafío actual en orden a practicar la solidaridad rompiendo el aislamiento, sin destruir la autonomía, ni la disciplina, ni tampoco la soledad, la reclusión y el silencio monásticos. Sabemos que ciertos valores espirituales sólo se conservan si no se pierden las estructuras en las que se apoyan. Es evidente que la estabilidad de las Monjas Dominicanas no es la estabilidad benedictina, pues es una estabilidad no sólo local, sino también institucional. Pero un equilibrio entre autonomía e intercomunidad es siempre necesario, en cuanto que

puede ayudar a servir de vaso comunicante para recibir lo bueno y puede servir también, cuando sea preciso, para cortar la comunicación, impidiendo así la llegada de la sabiduría del mundo y el poder disgregador de sus ideologías. Por consiguiente, tanto la intercomuni6n, como la autonomía, cuyo objeto único es la promoci6n del bien comúcn de modos diversos, hay que entenderlas y practicarlas en orden a promover la Vida Contemplativa y no para destruirla.

La evangelizaci6n implica contemplar las realidades divinas, recibiendo así la capacidad de transmitir la vida sobrenatural a los demás. No se pueden separar la oraci6n contemplativa y la predicaci6n. En este difícil equilibrio son las Monjas Dominicanas las que llevan la lucha y el deleite de la contemplaci6n, mientras que los Frailes se dedican sobre todo a la evangelizaci6n. La plegaria litúrgica y privada de las Dominicanas es una oraci6n evangelizadora; las celdas de un Monasterio de Monjas Dominicanas se abren siempre al ancho mundo y sus ventanas se abren a tantas gentes que viven como ovejas sin pastor. Los horizontes de la vida de una Monja Dominicana son tan amplios como el mundo. Santa Teresa del Niño Jesús no sali6 de su Monasterio y es la Patrona de las Misiones entre infieles en la Iglesia Católica.

Uno de los criterios de discernimiento espiritual es que mientras los hombres van a remolque de los acontecimientos terrenos, sobre todo los eclesiásticos cuando actúan sólo con la raz6n humana, el EspírITU Santo va siempre como Señor por delante de los acontecimientos. Ante esta experiencia tan gratificante, que también se realiza en la Orden de los Frailes Predicadores y en las Comunidades de Monjas Dominicanas, bien podemos rezar: "Tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel" (Salmo 120, 4). Gracias a Dios y a vosotras, Monjas Dominicanas, por vuestra vocaci6n, por vuestra vida consagrada ofrendada a Dios. ¡Necesitamos que seáis santas!

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.

Liturgia y vida mística: San Juan de la Cruz (III)

EL CONTEXTO EUCARÍSTICO

En la anterior entrega hemos reflexionado junto a Juan de la Cruz acerca de la Eucaristía. Ahora, centremos nuestra atención, no en la liturgia o la eucaristía en sí misma, sino en su contexto, en su ubicación.

Pasemos ahora al comentario del Romance “*In principio erat Verbum*”, también compuesto en la cárcel toledana. Tiene nueve partes o escenas, depende del punto de vista que se adopte. Es la composición poética más larga de Juan de la Cruz (310 versos). Dice al respecto el eminente sanjuanista José Vicente Rodríguez: “Se puede considerar como un solo romance esta larga narración de 310 versos, que canta la historia de salvación desde la predestinación hasta el nacimiento de Cristo. A veces se habla de nueve romances. Es preferible, dada su unidad literaria y doctrinal, hablar de un romance con nueve escenas”¹.

En el poema “*fonte*”, hemos visto un esquema amplio de la historia de la salvación. En este romance, nuestro poeta habla con parsimonia de casi los mismos temas. Empieza con el Dios Trinitario, pero termina con el Misterio de la Encarnación. Mas no hace referencia alguna a la Eucaristía.

La liturgia es trabajo de los hombres, de acuerdo con su raíz etimológica. Reduciendo esta definición a términos profesionales, decimos que la liturgia consiste en celebrar, festejar, adorar a Dios. Siendo así, es la cima de los trabajos de los

1. J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Obras Completas*, 5.^a ed. de José Vicente-Federico (Madrid 1993), p. 51, nota núm. 22.

hombres, amén de ser su santificación. Esta santificación hace que el trabajo de los hombres sea el de Dios. Pero el trabajo siempre es para los hombres. ¿Qué es la historia de la salvación, sino la narrativa del trabajo de Dios en la vida de los hombres? La liturgia celebra esta realidad. Por eso, posee carácter narrativo. Es una narración actualizante. Hace que la salvación, cuya cima es la pasión, muerte y resurrección de Jesús, no sea cosa del pasado, sino de lo que podría llamarse “hoy oportuno” que nos abre hacia lo escatológico, hacia la eternidad.

En el primer párrafo se ha dicho que hablaremos del contexto de la liturgia. Pues bien, Juan de la Cruz habla de dicho contexto en este romance. No habla de la liturgia, sino de quien la celebra, de quien tiene el trabajo de celebrarla: la Iglesia². “La liturgia es, con todo, la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Las labores apostólicas se dirigen, en efecto, a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el Bautismo, se aúnen, alaben a Dios de un modo público en la Iglesia, participen en el Sacrificio y coman la cena del Señor” (*Sacrosanctum Concilium*, 10). La historia de la salvación se realiza en un contexto comunitario, dentro de una asamblea. La liturgia es el trabajo del pueblo de Dios reunida en su nombre.

1. *Las nueve escenas de un Romance*

Dicho romance, que nos sirve de texto de comentario de esta entrega, contiene los gérmenes de lo que podría haber sido una eclesiología sistemática. Pero Juan de la Cruz no construyó ningún sistema, ninguna teología sistemática, mucho menos una eclesiología. Pero sí dejó escrito una escena que capta lo esencial de la Iglesia. Además, es fruto de sus vivencias litúrgicas.

2. Cf. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, “La doctrina del Cuerpo Místico en San Juan de la Cruz”, en *Revista de Espiritualidad* 3 (2944), pp. 181-211: 4 (1945), pp. 77-104 y 251-275; J. V. RODRÍGUEZ, “El tema Iglesia en San Juan de la Cruz”, en *Ephemerides Carmeliticæ* 17 (1966), pp. 368-404; 18 (1967), pp. 91-137; Id., “Evangelio Eclesial de San Juan de la Cruz”, en *Revista de Espiritualidad* 49 (1990), pp. 475-500.

Esta pieza poética no comentada por su autor posee carácter primordial respecto a las demás obras. Oigamos al distinguido sanjuanista, Federico Ruiz: “La riqueza doctrinal ha sido poco explotada. No creo sea lo más importante el valor teológico que puedan tener en sí mismos. El hecho, cargado de consecuencias, es que los romances han sido escritos, en principio, antes que los grandes poemas y sus comentarios. Ahora bien, los romances suponen y encarnan un sistema profundamente bíblico y comentado en la mejor teología de Cristo y de la Iglesia”³. Mejor dicho, el romance de 9 escenas presenta una visión sistemática de la historia de la salvación en vez de ser un sistema. Es, en verdad, un primer esbozo. Luego, al escribir sus obras mayores, hablará con más parsimonia acerca de la historia de la Andalucía del hombre hacia Dios.

Dada su extensión, no transcribiremos las nueve escenas de este romance. Para estas páginas, propongo los siguientes apuntes que expresan en frases apretadas los temas principales de cada escena para ayudar a nuestra lectura y reflexión. A estos apuntes se podrían añadir más cosas. Repito, sólo son para ayudar:

Escena 1: El Dios trinitario aún escondido; la vida íntima de cada persona cuya clave es la unidad en el amor.

Escena 2: La comunicación, revelación del Dios trinitario y la identidad del Hijo; Se presenta la clave de la salvación, que consiste en la semejanza/identificación con el Hijo. Y esta semejanza es sólo posible mediante el amor.

Escena 3: Primer esbozo de la criación; Todo lo criado refleja el Amor de Dios a sí mismo; La criación como expresión de este amor. De la criación brota la Esposa del Hijo.

Escena 4: La realización de la criación desde y por el amor. El carácter sponsal de la criación: Dios da su amor, da el ser, la vida a la criatura (el hombre). Dios espera la respuesta. La reciprocidad amorosa entre Dios y lo criado. El hombre como Dios por participación. Dios como hombre. Alusión a la Encarnación y el Matrimonio Espiritual.

3. F. RUIZ SALVADOR, *Introducción a San Juan de la Cruz* (Madrid 1968) 162.

Escena 5: Un canto de esperanza. Que se cumpla lo dicho en la escena 4. La esperanza como modo de realización de la historia de la salvación.

Escena 6: Concreción de la esperanza en la figura del viejo Simeón. Comienzo del cumplimiento de lo prometido y de lo esperado.

Escena 7: La Encarnación: su fundamento, el rescate de la esposa, la semejanza de la criatura con Dios, como clave salvífica. Dios se hace semejante a la criatura, se encarna libremente en el Hijo para que el hombre sea como Dios.

Escena 8: La encarnación en el vientre de María. Se habla de la convergencia de las tres personas en el Hijo: “Y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía”. El Hijo de Dios es también Hijo de María.

Escena 9: El Nacimiento en el pesebre. Escena navideña. La humillación de Dios en Jesús que nace en un pesebre, rodeado de animales. También es un acontecimiento celestial. Cantaban los ángeles con los hombres para indicar que el Hijo viene del cielo a los hombres. Afirmación del origen divino del Hijo. Hay un contraste entre María que contempla con pasmo, el Verbo triunfante y el Verbo en el pesebre que llora y gime⁴.

Es un poema bello y profundo. Sólo podremos comentarlo muy superficialmente haciendo hincapié en su contenido eclesiológico.

La Iglesia es esposa de Cristo: “Una esposa que te ame / mi Hijo darte quería” (n. 3). Ella ha sido predestinada desde la eternidad para unirse con Cristo. La criación fue llevada a cabo en clave matrimonial, para que Dios y su obra maestra, el hombre, tuvieran una relación íntima. Por tanto, la criación, además de ser el compartir de la plenitud divina del Criador con la criatura, es también el establecimiento de una alianza amorosa. Esta última ha de entenderse en términos matrimoniales cuya cima convierte en la entre de Dios a los hombres-pecados a su Hijo como signo de su fidelidad aunque los hombres no le hemos sido fieles. Y la permanencia de esta autoentrega amorosa, encarnada por Cristo, es la Iglesia. En Cristo, los hombres se hacen hijos adoptivos de Dios. Y esta

4. *Ibid.*, 164.

adopción nos la expresa nuestro místico en clave nupcial. Nuestra adopción como hijos de Dios supone nuestra entrega total a Dios en Cristo, prometiéndole nuestro amor y nuestra fidelidad. Así habló Juan de la Cruz de nuestra predestinación salvífica: “Porque conozca la esposa / el Esposo que tenía / en el alto colocaba” (n. 4). En esta autoentrega del hombre en clave nupcial consiste la mayor honra humana. Y esta honra posee contexto eclesial. La misión salvífica de Cristo consiste en criar una familia en que todos son hermanos con el mismo Padre. La palabra “esposa” es clave en la obra sanjuanista. Cabe decir aquí que es fruto de sus lecturas bíblicas y de sus vivencias eclesiales. “Esposa” es una palabra que denota amor. Designa el meollo de la existencia humana. En otro lugar de su obra Juan de la Cruz afirma que: “Al fin, para este fin de amor fuimos criados” (Cántico B 29, 3).

Dios nos crió por amor. Nuestra existencia se debe a este amor infinito de Dios. El amor eterno de Dios por sí mismo es su vida íntima trinitaria que compartió con el hombre, hasta el punto de comprometerse con los hombres al tomar la naturaleza humana en Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad.

En las primeras escenas del Romance, Juan de la Cruz habla explícitamente del amor. En toda esta obra poética, Juan de la Cruz quiere ser el portavoz del hombre redimido, que canta el amor infinito del hombre. Al mismo tiempo, el canto se transforma en respuesta amorosa desde la finitud humana del Amor infinito de Dios. El Romance es la liturgia del hombre redimido. Alaba amorosamente al Dios de amor que quiso adoptar a todos los hombres para que pertenecieran a la misma estirpe, a la misma raza: la raza de los redimidos, la asamblea santa, que es la Iglesia. Y la tarea suprema de esta estirpe consiste en responder al amor de Dios. De ahí nace el sentido cultural del trabajo de los hombres, de la liturgia.

Apropiándose del modelo eclesial de San Pablo⁵, nuestro místico afirma que la Iglesia, extendida por toda la tierra,

5. Sobre el influjo paulino en el Santo, cf. M. A. Díez, *Pablo en Juan de la Cruz* (Burgos 1990).

tiene a Cristo por cabeza. Esto significa que la Iglesia es, en efecto, el cuerpo de Cristo: “Y aunque el ser y los lugares / de esta suerte los partía / pero todos son un cuerpo / de la esposa... porque él era la cabeza / de la esposa que tenía / a la cual todos los miembros / de los justos juntaría” (n. 4).

2. *El Matrimonio Espiritual de Cristo con la Iglesia que celebra*

Juan de la Cruz es famoso por su concepto del matrimonio espiritual para expresar la plenitud de la vida espiritual. Al hablar del matrimonio espiritual, sobre todo en este Romance, nuestro místico no se refiere al destino del hombre como individuo, sino al de la familia de hombres redimida por la sangre de Cristo: la Iglesia. El destino de la Iglesia se parece a una boda. Juan no sólo se inspira en las imágenes nupciales del Cantar de los Cantares, sino también del relato de la parábola de las vírgenes sensatas y de las imágenes simbólicas del libro del Apocalipsis. Con esta base bíblica, nuestro autor afirma cuál fue el destino del Dios que se hizo hombre. Este nació para la Iglesia, para la familia de Dios. Nació para ser su Esposo: “Pero Dios en el pesebre / allí lloraba y gemía / que eran joyas que la esposa traía” (n. 9). Además, Jesús nació en el seno de este pueblo destinado a ser su esposa. Se identificó con quien sería su esposa.

Se percibe aquí una leve analogía de la Iglesia con el Misterio de la Encarnación. Oigamos cómo expresa ésta el Místico Abulense: “Iré a buscar a mi esposa / y sobre mí tomaría sus fatigas y trabajos / en que tanto padecía / y porque ella vida tenga / y por ella moriría / y sacándola de el lago / a ti te la volvería” (n. 7). A primera vista podría decirse que estas fatigas son nuestros pecados. En parte, esta interpretación es legítima. Pero, Jesús no compartió el estado de pecado del hombre si bien sufrió y murió por ello. Creo que, más bien, se habla aquí de la condescendencia de Dios en Cristo. En Cristo, Dios transforma nuestras fatigas, nuestros trabajos en los suyos. Dios se apropia del trabajo de los hombres. Dios se apropia de la liturgia de los hombres haciéndola

suya. Esto significa una aceptación del trabajo, del culto del hombre. Significa que, en Cristo, el hombre adora en *Espíritu y Verdad*.

Al decir “sacándola del lago a ti te la volvería”, ¿alude Juan de la Cruz al papel que Cristo desempeña en cada liturgia, que es el papel del Sumo Sacerdote que ofrece la esposa a Dios-Padre? Sacarla del lago es socorrer al alma de los horrores de ahogarse en las aguas de la perdición. El Sumo Sacerdote desempeña sobre todo un papel redentivo. Por esta redención, por el rescate del lago, la esposa se identifica con el Hijo como esposa suya. Se incorpora a la familia del Hijo. Se hace hija de Dios. En Cristo, Dios se hizo semejante al hombre, a la esposa, a la Iglesia. No tuvo reparos en pertenecer a esta asamblea. Por esta identificación, por esta condescendencia nos identificamos con Dios. En esto consiste la salvación: “Nada me contenta, Hijo, fuera de tu compañía... / El que a ti más se parece / a mí más satisfacía...? Al que a ti te amare, Hijo / a mí mismo le daría / y el amor que yo en ti tengo / ese mismo en él pondría... (n. 2). ¿No es ésta una alusión a la autoentrega de Dios a los hombres en Cristo que es la raíz de que Dios y el hombre compartan el mismo trabajo, la misma liturgia? Por este autoentregarse de Dios en Cristo nosotros somos capaces de entregar a Dios lo mismo que El nos entregó, que es Cristo quien ha tomado nuestras fatigas. Hay, de verdad, una devolución mística.

En verdad, Juan de la Cruz se sintió Iglesia por sus vivencias litúrgicas. La relación entre Liturgia y Vida Mística en su obra no sería posible sin su vínculo experiencial con la Iglesia cuya base es el vínculo de Cristo con su Iglesia. En varios lugares de su obra, nuestro místico cita la liturgia de la Iglesia. Prueba de ello es cuando cita la Epístola a los Filipenses 4, 7⁶. Dice: “Porque, si el alma se atina a dar en la paz de Dios, como dice la Iglesia, sobrepuja todo sentido” (Cántico B 20-

6. Véanse las variantes textuales para introducir esta frase paulina en los escritos sanjuanistas. Cf. E. PACHO, “Descubre tu Presencia. La estrofa once del Segundo Cántico”, en *Monte Carmelo* 103 (1995), p. 329, nota núm. 17.

21, 15). Se siente Iglesia hasta la médula. Somete todo su magisterio a la autoridad eclesial (Subida prol. 2; Cántico B prol. 4; Llama B prol. 1). Según él, hay que dejarse guiar en todo por la Iglesia, en sus leyes (II Subida 22, 7, 11), en su credo (II Subida 27, 4; 29, 12), en las devociones (II Subida 35, 2-3), y en las ceremonias o celebraciones litúrgicas (III Subida 43, 44).

A la luz de lo ya expuesto, ¿qué es la Iglesia en relación con la liturgia para Juan de la Cruz? Podemos dar tres respuestas genéricas: a) contexto, b) fruto y c) criterio. ¿Cuál es la corriente que vincula la Iglesia con la liturgia o la liturgia con la Iglesia? El amor.

¿Qué lección nos ofrece Juan de la Cruz teniendo en cuenta todo esto? Amor a la Iglesia. Cada vez que celebramos, es nuestro deber y derecho pedir al Señor que se nos aumente el amor a la Iglesia en donde está depositada nuestra fe y su celebración.

Dios desde la eternidad amó a su pueblo, a la asamblea que se reúne en su nombre. Juan de la Cruz nos invita a amar a la Iglesia como Dios la ama. Merece la pena transcribir aquí este fragmento en que nuestro místico habla del amor a la Iglesia:

Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega a este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa.

Pero, cuando ya llegase a él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores, que le puedan impedir un punto de aquella asistencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas (Cántico B 29, 2).

No sólo se trata de elegir entre el camino activo y contemplativo. Se trata más bien de amar a la Iglesia con abnegación siguiendo el ejemplo de Cristo.

Testigos

Madre Cándida María de Jesús, Fundadora de las Hijas de Jesús

La Madre Cándida, que será beatificada, Dios mediante, por el Papa Juan Pablo II el día 12 de este mes de mayo de 1996, nació en el antiguo caserío de Berrospe, en la Villa Guipuzcoana de Andoain, el 31 de mayo de 1845. Fue hija legítima de Miguel Cipitria y Aramburu y de M.^a Jesús Barriola y Querejeta, siendo bautizada el mismo día de su nacimiento en la parroquia de San Martín con el nombre de Juana Josefa; el 5 de noviembre de 1848 recibió en el mismo templo el Sacramento de la Confirmación. Entre Andoain, donde nació, y Salamanca, donde murió el 9 de agosto de 1912, transcurre toda una vida que comenzó en la oscura y extraordinaria sencillez de lo cotidiano y culminó en la sorprendente realidad de la santidad cristiana.

1. Infancia y Adolescencia

En los caseríos de Berrospe-Torretxiki y en la villa de Tolosa recibió los gérmenes de su actitud abierta a la abnegación, a la fidelidad y a la entrega generosa a la obra que estaba llamada a realizar. Sus padres, tejedores de condición humilde, honrados y buenos cristianos, en medio de estrecheces económicas, brindaron a la Niña Juana Josefa el hogar donde experimentó el amor que más tarde la ayudó a descubrir el amor inefable de Dios Padre y la familia de los creyentes en Jesucristo. La vida en Andoain se iba haciendo cada vez más difícil, según aumentaba el número de los hijos en aquella familia –ella fue la primogénita de seis hermanas–; por eso, decidieron los padres trasladarse a Tolosa en 1852, donde montaron un taller.

La vida de la Madre Cándida quedó marcada por la condición modesta de su origen rural, la vida sobria de una familia trabajadora y numerosa, donde se pusieron los cimientos de su espiritualidad, que a los 15 años, estaban ya iniciados los rasgos fundamentales que se desarrollarán posteriormente en la heroicidad de sus virtudes cristianas. El amor a la Virgen María, Nuestra Señora, creció en y con ella desde muy pequeña. Con flores campestres formaba ramilletes para ofrecérselos a la Señor –es la década de la Inmaculada Concepción–, mientras en su corazón nacían los primeros frutos de una espiritualidad que cristalizará más tarde en una entrega a la voluntad de Dios sin condiciones, ni condicionamientos. Junto a la devoción a la Madre del Cielo no podía faltar, evidentemente, la práctica de los sacramentos, la confesión frecuente y la comunión eucarística diaria.

Ya en Tolosa se retiraba a menudo a la parroquia de Santa María, donde se quedaba mirando en silencio el Sagrario; en esta Parroquia recibió la Primera Comuni3n a los diez años. Nunca abandonaba esta Iglesia sin antes detenerse un momento ante el altar de San Ignacio de Loyola, cuya imagen tenía en las manos un gran libro, las Constituciones de la Compañía de Jesús, y rezaba la niña: “Santo mío, yo quiero hacer lo que dice ese libro”. Su experiencia cristiana la compartió con sus hermanas y amigas, a quienes llevaba al templo a rezar. Dios comenzó a ser el centro de su vida; la Virgen, la Madre protectora en todas sus necesidades; los sacramentos, las mediaciones más concretas de experimentar la presencia cercana de Dios, Señor y Salvador.

Dos frases pueden enmarcar su vida cristiana. Cuando siendo adolescente sus padres le propusieron casarse con un indiano, buen partido pues era el medio conveniente para mejorar su condición económica, ella se opuso terminantemente, diciendo: “Yo, sólo para Dios”. En este mismo sentido, ya al final de sus días en la tierra, estando en el Colegio de Montellano, antiguo Convento de los Padres Trinitarios Calzados a donde se trasladaron las Hijas de Jesús en 1877, al sentir que pronto Dios la llamaría a la unión definitiva y gozosa, pudo exclamar: “Cuarenta años de vida religiosa y

cuarenta años todos para Dios”. Aquella decisión suya de ser “sólo para Dios” fue exigente y hasta dura en las circunstancias concretas de su familia; no obstante, con firmeza de carácter y fidelidad a la gracia inició una trayectoria de desprendimiento y confianza en Dios. Veamos sus nuevos pasos.

Así las cosas, las circunstancias la movieron el año 1865 a dejar la casa paterna e ir a Burgos donde se colocó como criada de servicio con los Sres. de Montoya; más no permaneció mucho tiempo en esta casa, pues sus obligaciones no la permitían asistir todas las mañanas a la Santa Misa. Este fue el motivo por el que la encontramos pronto sirviendo en casa del Sr. Magistrado Sabater, primero en burgos y más tarde en Valladolid (1868), de donde no saldría hasta tenerlo todo dispuesto para realizar la fundación que hizo en Salamanca. Esta etapa de su vida la ayudó a equilibrar la alegría con el trabajo, el servicio a Dios en la oración y las penitencias con el servicio al prójimo. Fue sorprendente cómo cuidaba a los niños y también cómo se preocupaba de los intereses de la familia a la que servía. Como durante el día estaba ocupada en el quehacer de la casa; era por la noche cuando se dedicaba a la oración.

Otra característica de su espiritualidad fue una gran sensibilidad ante toda clase de pobreza e injusticia social. Desde pequeña, al ver a tantos pobres pidiendo de caserío en caserío, se entristecía, y aprendió a sacrificarse espiritual y corporalmente para tener algo con que ayudar a sus pobres. Más tarde, consciente de su situación laboral cultivó entrañas de misericordia con los de casa y con los de fuera, especialmente con los más pobres y marginados. Estando de sirviente en casa de los Sabater, todavía en Burgos, ante las advertencias que le hicieron debido a los muchos pobres que acudían, molestando a los vecinos, dijo ella: “donde no hay sitio para mis pobres, tampoco hay sitio para mí”.

2. *Llamada por Dios a ser Fundadora*

El designio de Dios para Juana Josefa fue la de ser fundadora en uno de los momentos más turbulentos de la historia

de España. La revolución había destronado y posteriormente expatriado a Isabel II (1868) y los gobiernos que se sucedieron hasta la restauración de la Monarquía (1875) no fueron benevolentes con la Iglesia. Uno de los acuerdos tomados por la Junta revolucionaria de León fue la expulsión de los Jesuitas del Colegio de Misioneros de Ultramar de San Marcos. Con motivo de esta decisión arbitraria e injusta llegó desde León a Valladolid en octubre de 1868 el P. Miguel de los Santos San José Herranz, Jesuita, a casa de sus hermanos. Así se explica el encuentro providencial en Valladolid entre Juana Josefa y el P. Herranz, quien había concebido la idea de fundar una Congregación Femenina de enseñanza, y esperaba que Dios le indicara la persona adecuada para realizar este proyecto. Los hombres, aún pretendiendo lo contrario, se convierten siempre en instrumentos de Dios para el cumplimiento de sus designios de salvación.

El P. Herranz celebraba su Misa diaria, donde también confesaba, en la Iglesia de San Felipe de la Penitencia de Monjas Dominicanas, fundado en 1530 por Fray Bernardino de Minaya, O.P. como casa de arrepentidas y de Santa María Magdalena; en 1540 pasaron a ser Monjas Dominicanas con el nombre de San Felipe de la Penitencia. En el confesonario de este Templo se conocieron Juana Josefa y el P. Jesuita en el mes de marzo de 1869. Juana Josefa frecuentaba también el pequeño templo del Rosarillo, así llamado por sus dimensiones y estar allí establecida la Cofradía del Rosario, donde en un ambiente recogido cumplía con sus devociones personales. Fue en este templo del Rosarillo, el día 2 de abril de 1869, Viernes Santo, cuando recibió la primera inspiración sobrenatural sobre su vocación: "Fundar una nueva Congregación con el título de Hijas de Jesús, dedicada a la salvación de las almas, por medio de la educación e instrucción de la niñez y juventud". El día 16 de abril de 1908, según testimonio de la M. Cándida, consta: "Que estando en oración el día 2 de abril de 1869 (un Viernes Santo por la tarde) ante la imagen de la Virgen del Rosario, en la Iglesia del mismo nombre de Valladolid, oyó distintamente una voz que le decía: en la religión tu nombre será Cándida María de Jesús". Esto mismo se

repitió varias veces en este Templo y también en San Felipe de la Penitencia.

El encuentro con el P. Herranz fue plenamente providencial. Juana Josefa deseaba confesarse; como no conocía a nadie, esperó a que el Padre que estaba celebrando la Misa terminara; era el P. Herranz. Pero en ese día, entre la Consagración y la Doxología de la Misa, sintió el Padre una voz interior: "Esta es la elegida por mí para la fundación". Juana Josefa se confesó con el P. Herranz, e interrogada por el Padre si tenía vocación religiosa ella respondió afirmativamente, manifestando también su condición humilde; incluso no sabía leer, ni escribir castellano. El P. Herranz, después de conocer a Juana Josefa y su vocación religiosa, se preguntaba: pero, ¿podrá ser ésta, analfabeta, que apenas sabe hablar castellano? Mas a medida que la Sierva de Dios fue descubriendo su espíritu advirtió el Padre su grandeza y comprendió las palabras que durante la celebración eucarística había experimentado.

3. *La Fundación de las Hijas de Jesús*

Mucha fe y confianza en Dios necesitaron tanto el P. Herranz como Juana Josefa para asumir que ellos eran los instrumentos elegidos por Dios para realizar la Fundación de una Congregación Religiosa. El P. Herranz, hombre culto y con una visión clara de los medios que se necesitan para la consecución de cualquier fin determinado, no veía aparentemente en Juana Josefa, una persona sin letras, el instrumento adecuado para la fundación de una Congregación de Enseñanza. Por su parte, Juana Josefa, sin mirarse a sí misma y sus cualidades humanas, se abandona en Dios; no pregunta, ni tampoco pone obstáculos; es consciente de su inutilidad y confía en quien la envía para realizar tal empresa. Así, confiados en Dios, resolvieron el P. Herranz y Juana Josefa la fundación de las Hijas de Jesús para la educación cristiana de la juventud.

Las dificultades eran humanamente insalvables. Advertida la desproporción entre las condiciones personales de

Juana Josefa y las exigencias sociales y religiosas de España en aquel tiempo a la hora de emprender tal fundación, era fácil calificar de utópico tal propósito. Con todo, la fundación de una Congregación dedicada a la enseñanza era la respuesta adecuada a las necesidades sociales y religiosas de aquel momento. Durante dos años el P. Herranz se encargó de enseñar a Juana Josefa a leer y escribir en castellano, cuentas y algo de latín. Así se formó esta mujer que, sin ser maestra, trabajó después incansablemente por abrir escuelas y darlas estabilidad. Una vida consagrada a la educación cristiana en medio de una sociedad conflictiva.

En el verano de 1871, regresa Juana Josefa al hogar familiar, para comunicar a sus padres su vocación religiosa, confirmando así su entrega exclusiva a Dios Nuestro Señor. Su padre continuaba con la idea del matrimonio para su primogénita. Mas la firmeza de Juana Josefa en sus decisiones, hizo exclamar a su padre: "Hija mía, ve donde Dios te llame". La clave en la vida de Juana Josefa era la voluntad de Dios; por eso, cuando ella estaba cierta de que Dios quería nadie podía cambiar sus propósitos. Con mucha frecuencia, solía decir: "Dios lo quiere. Dios lo quiere". Estando su padre próximo a la muerte y estando ella en Tolosa, se vio obligada a dejarlo por una obligación de su cargo, como Superiora General de la Congregación; en esta situación le dijo su padre: "Vete, hija, donde Dios te llama".

El 6 de diciembre de 1871 abandonó Juana Josefa Valladolid, camino de Salamanca, donde ya habían estado ella y el P. Herranz, que se establecería en el Seminario, establecido entonces en la Clerecía, regentado por los Jesuitas, y tres compañeras más. Al día siguiente por la tarde, 7 de diciembre, después de pasar por Zamora, llegaron a Salamanca. Allí les esperan una casa pobre y un compromiso desproporcionado y difícil. Pero, ya había descubierto la confianza de aquellas palabras por ella repetidas: "Sola, nada; pero con Dios lo puedo todo". La primera Casa de la futura Congregación estuvo en un edificio churrigueresco de la Calle Gibraltar, antiguo Colegio de Expósitos dedicado a San José, actualmente Archivo de la Guerra Civil. Y su primera visita,

la Iglesia del Espíritu Santo, conocida como la Clerecía. El día 8, Solemnidad de la Madre y Virgen Inmaculada, espera el P. Herranz al pequeño grupo en la Clerecía, donde el P. Herranz tiene una plática con las seis primeras que se han reunido en torno al proyecto, bajo la dirección de la Madre Cándida M.^a de Jesús; con palabra segura y rostro iluminado les dijo:

“Habéis sido escogidas para fundamento de la Congregación Hijas de Jesús, que hoy mismo y con este acto comienza a levantarse en la Iglesia, bajo el amparo y tutela de la Virgen Inmaculada, cuya fiesta hoy celebramos. Sois llamadas no al descanso sino al trabajo, no a las delicias del Tabor sino a las amarguras y sacrificios del Calvario, que esto y no otra cosa significa el escapulario-hábito que vais a recibir. El campo en el que vais a trabajar está sembrado de abrojos y espinas; los enemigos contra los cuales habéis de luchar son muchos y poderosos; no los temáis, los venceréis, trinfaréis de ellos si sois constantes y fieles en el sacrificio que hoy ofrecéis al Señor. Sois pocas en número y en calidad menos, según los juicios del mundo; no importa. La obra no es vuestra, es de Dios y El sabe y conoce los instrumentos que escoge; el triunfo no está en el número ni en las cualidades naturales, sino en la abnegación de la voluntad y en el sacrificio del corazón. Permaneced siempre en los pensamientos y anhelos que hoy dominan en vuestro espíritu, y llegaréis a ser una Congregación de unión, de amor, de verdadero y fructífero apostolado, llevando siempre por estrella de vuestros caminos a María Inmaculada. El nombre de Hijas de Jesús con que os ha condecorado y la protección de la Virgen, son la garantía de vuestras esperanzas, el consuelo de vuestros trabajos y la corona de vuestros trinfos”. Allí la Fundadora y sus primeras hermanas, animadas por la espiritualidad ignaciana, se consagraron a Dios por medio de la Purísima Concepción.

En conformidad con el primer documento fundacional, las Hijas de Jesús se consagran a la enseñanza de la juventud trabajando con todas las clases sociales. En una sociedad que valora el éxito como señal de virtud y margina a los pobres por su falta de responsabilidad moral, acercarse a los

sectores menos favorecidos era un signo de seguimiento evangélico de Jesucristo. Es lógico que Juana Josefa y sus primeras compañeras fueran acogidas muy bien por el entonces Obispo de Salamanca, Mons. Joaquín Lluch y Garriga, antiguo fraile carmelita calzado, quien aprobó la Forma, las Constituciones y parte de la Regla de las Hijas de Jesús, que en los cuatro meses anteriores había redactado la fundadora, el 3 de abril de 1872. El 8 de diciembre de 1873, segundo aniversario de la fundación, la Madre Cándida María de Jesús y sus primeras Hermanas pronunciaron ante el Obispo salmantino los primeros votos religiosos. El lema de esta nueva fundación fue: “Todo a mayor gloria de Dios y de María Inmaculada”.

4. *La Fecundidad de un Carisma*

En febrero de 1873 llegaron las Hijas de Jesús a la Casa de la Concordia, en la Calle San Pablo, que los Marqueses de Castellanos alquilaron para ellas. En esta casa se inició la misión apostólica educativa de la Congregación en plena crisis revolucionaria. En aquel contexto la apertura de la enseñanza a todas las clases sociales, especialmente a las mujeres que entonces no rebasan el nivel de las primeras letras, implicó una respuesta arriesgada a la voluntad de Dios y a las nuevas necesidades religiosas de la Iglesia y de la sociedad. En esta misma Casa de la Concordia se abrió el 1 de enero de 1874 el primer Colegio con el nombre de la *Purísima Concepción*, que fue frecuentado por pensionistas internas y externas de familias acomodadas y también por niñas de familias necesitadas. Tres días después se comenzó una escuela dominical para mujeres adultas dedicadas al servicio doméstico.

El segundo Colegio de la Congregación se abrió el 20 de enero de 1875 en Peñaranda de Bracamonte (Salamanca), a instancias del Sr. Obispo de la Diócesis de Salamanca, Mons. Joaquín Lluch y Garriga. En el mes de septiembre de 1877, dado el aumento de alumnas en el Colegio de la Casa de la Concordia, se traslada este Colegio de la Purísima al Edificio

Montellano, en la Calle Zamora. Hay que destacar la llegada de una Imagen de talla de la Virgen en el mes de octubre de 1880 al Colegio de Montellano; imagen ante la cual la Madre Fundadora recibió insignes favores del cielo. En 1883 las Hijas de Jesús comienzan a estudiar en la Escuela Normal de Maestras para prepararse mejor al desarrollo de su vocación educativa. En el mes de septiembre de 1886 se funda el tercer Colegio de la Congregación en Arévalo (Avila) en honor de Santa Teresa.

El día 23 de septiembre de 1899 se trasladó el Noviciado de Montellano al Edificio-Antiguo Monasterio de los Canónigos Reglares Premostratenses de San Norberto, por eso llamado los Mostenses, en la actual Avda. de la Paz. Fue una donación de la Marquesa de Castellanos, benemérita bienhechora de la Congregación. La M. Cándida M.^a de Jesús, una mujer llena de sentido común e inspirada por Dios, sabía que lo más delicado de una Congregación Religiosa era la formación de sus Novicias; lo cual exigía una casa distinta. Conocido este antiguo deseo de la Fundadora por su íntima amiga, la Marquesa de Castellanos, D.^a María del Rosario González de la Riva y Trespalacios, la facilitó la compra del Antiguo Monasterio.

Las Hijas de Jesús, siguiendo el ejemplo de su Fundadora y Madre, Cándida María de Jesús, con la confianza puesta en Dios y bajo la protección de la Virgen Inmaculada, como “Estrella de nuestros Caminos”, se han extendido por gran parte de España y por numerosas naciones extranjeras, Brasil, Filipinas, Argentina, Bolivia, Colombia, Venezuela, Formosa, Japón, República Dominicana, Italia, etc...

5. *Virtudes de la M. Cándida María de Jesús*

La M. Cándida manifiesta en sus virtudes cuál fue su manera cotidiana de vivir y cuáles fueron sus actitudes cristianas. Las virtudes nos permiten entrar en el interior de aquella persona que en este mes de mayo de 1996 va a ser propuesta a los fieles de la Iglesia Católica como modelo e intercesora. Del estudio de la Biografía y de la abundante

documentación presentada en la *Positio* pudo concluir el primer teólogo consultor:

“Toda la Vida de la Sierva de Dios está invadida por la experiencia y el sentido de la cercanía de Dios, aún mucho antes de comenzar su aventura como fundadora de una Congregación religiosa. Los testigos que hablan de los años anteriores a 1871 coinciden en señalar la singularidad de su figura de joven llena de fe y de amor a Dios que cautiva por algo inefable que emana de su persona. Como religiosa y fundadora, manifiesta no solamente su absoluta adhesión intelectual a la doctrina de la fe, sino su disponibilidad obediente a cuanto Dios le va pidiendo. Nos encontramos ante una vida impregnada de virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo, que actúan en una criatura sin letras, pero que reciben en profundidad con auténtica sabiduría, todas las ilustraciones venidas de Dios. Sin este fuerte sentido espiritual, es inexplicable el trabajo que desarrolla, las obras que emprende y los sufrimientos que soporta. Su fe es sencilla e incondicional; su esperanza firme; su caridad ardiente”.

La M. Cándida María de Jesús no sólo practicó en grado heroico las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, sino que también vivió heroicamente las virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La Certeza de su Fe. La M. Cándida María de Jesús tiene no sólo una clara conciencia de su pobreza personal, sino también y sobre todo una seguridad profunda en la grandeza, bondad, poder y amor de Dios en quien cree, de quien se fía y a quien se ha entregado efectiva y afectivamente. Ella repetirá con frecuencia: “Dios sobre todo”, “Dios nos quiere mucho”, “Con la gracia de Dios todo se puede”, “Bajo la divina Providencia estamos y como Padre bondadoso vela por nosotros”, “Somos Hijas de Jesús y nuestro Padre, que cuida de los pájaros del campo, no nos abandonará”. Y escribiendo al P. Joaquín Pérez y Pando, O.P., a quien tanto ayudó a vencer su espontáneo y fuerte temperamento durante el trato que con él mantuvo en los años 1887 a 1890, decía: “Todo está en su poderosa mano... No me ilusionan a mí los grandes de la tierra, ni sus riquezas”. Este P. Pérez y Pando tuvo una gran

veneración y respeto a la M. Cándida María de Jesús pues a sus oraciones debió su perseverancia en la Orden.

Parece normal que la conciencia de la propia pobreza fuera en la M. Cándida María una consecuencia de la desproporción evidente entre el proyecto de un instituto religioso dedicado a la enseñanza y a la formación intelectual y moral de la niñez y juventud y los medios de que ella disponía en el campo intelectual y económico. Por eso, nada tiene de extraño que su fe se mostrara como agradecimiento humilde y reconocido de la gratuidad divina. La hondura de su fe la expresaba particularmente como abandono pleno y constante a la divina voluntad, conformándose así con Jesucristo, quien permanece siempre en comunión de amor con el Padre, cumpliendo en todo y siempre su voluntad. Desde este ámbito, su fe se hacía comunicativa con sus hijas y las personas que la trataban.

“La M. Cándida María de Jesús ha manifestado esta fe en su intenso espíritu de oración, en la cual no han faltado momentos de profunda contemplación, ya desde su adolescencia y en su madurez, como se manifestó en diversos éxtasis y en lágrimas abundantes. Con gran seguridad, porque no habrá otra explicación humana, parece revelado su programa de vida redactado en el año 1873, espléndido en su afirmaciones. La Sierva de Dios vive de la oración. Cuando le fue posible pasaba 6 horas al día de oración” (Quinto teólogo consultor). Muchos son los testimonios sobre el fervor eucarístico de la Sierva de Dios y su devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

La Firmeza de su Esperanza. Es evidente que el objetivo de la virtud de la esperanza, el gozo de Dios en la salvación eterna, es arduo e imposible de conseguir para el hombre sin la ayuda de la gracia de Dios. “Su paciencia y fortaleza en soportar, más aún, arremeter contra las no escasas ni leves dificultades que tuvo que vencer, tenían por única base la magnánima confianza en el divino auxilio, del que hablaba con admirable seguridad y entusiasmo” (D. Faustino Herranz). En sus Cartas manifestaba y traducía las vivencias espirituales de su alma: “Dios puede hacer todo y en Él tengo puesta toda mi confianza”, “Aquí estamos muy tranquilas, confiando en Dios.

Estemos, pues, en los brazos de la divina Providencia, y siempre preparadas para lo que el Señor nos mande”. La Madre Cándida María piensa en el cielo: “Hay que trabajar más para ganar mayor gloria y tener una corona muy grande”.

Se habían hecho vida en ella aquellas inspiradas palabras de los Ejercicios Espirituales de noviembre de 1873, como preparación para los primeros votos de ella y sus hijas: “No me agrada que pases tiempo pensando que eres pobre y que no podrías ir adelante. Qué, ¿no sabía yo que tú no tenías riquezas y bienes de este mundo? Sí, sabía y sé a quién y por qué escogí. Quien te dio el deseo te dará el poder y la gracia, si eres fiel a mi llamamiento; y palparán que la obra es mía y no de los hombres... Pídemelo con amor y confianza”. Ante un Dios, cuya Providencia “es muy grande y nunca falla”, “que nos ayuda y bendice cuando, desconfiando de nosotras mismas, ponemos toda confianza en El”. “Entregémonos totalmente en las manos de Dios, que es nuestro Padre”. “Está puesta en las manos de Dios nuestra causa. Somos Hijas de Jesús. El nos defenderá de todo mal. Esta es nuestra esperanza y no quedaremos confundidas”. “Está Dios con nosotras; esto nos basta y no queremos más”. Escribía la Madre Cándida el 31 de agosto de 1909: “No tenga pena por eso, pues cuando las criaturas se ausentan se pone el Criador a ocupar el vacío que aquéllas han dejado. Ya ve Ud. qué ganancia”.

El Fervor de la Caridad. La experiencia íntima de sentirse amada por Dios la refleja en los recordados Ejercicios Espirituales del otoño de 1873: “No separes tu corazón del mío”. En cualquier circunstancia descubre el amor que Dios la muestra y lo proclama con gratitud, pues está convencida que: “Dios nos quiere mucho y no abandona a sus hijas”. Al haber terminado unos Ejercicios Espirituales en la Navidad de 1892, escribe al P. Pérez y Pando: “El alma está a solas con su Dios, gozando delicias que el mundo no puede comprender”. Está segura de que el Amor de Dios vela por ella, por sus hijas, por su Congregación.

“Pues no consiste el amor de Dios, según mi juicio, más que en cumplir su santísima voluntad, lo mismo en lo próspero que en lo adverso, con igualdad de ánimo y bendiciendo

siempre sus paternas decretos. En este abandono de la criatura en el Creador se encierra gran perfección y, por consiguiente, grande amor a Dios". "Yo, ¡lo que Dios quiera y todo lo que Dios quiera! Conocer su voluntad y cumplirla con toda perfección". "Tu voluntad, Señor, será siempre la mía, pues mi ser y cuanto tengo me vino de ella. Dios mío hágase tu voluntad". "Estoy siempre dispuesta y preparada para hacer la voluntad de Dios en todo y para todo". "Siempre que voy a hacer algo, tendré a Jesús presente y diré: ¿Esto le agrada a Dios? Si le agrada, cueste lo que cueste, lo hago; y si no le agrada, aunque me maten, no lo hago".

"Pidan a la Purísima Virgen del Amor Hermoso que me alcance de su divino Hijo Jesús el perdón de todos mis pecados y gracia para no ofenderle más. Sí, primero morir millones de veces. ¡No más ofenderos, Dios mío!". Siempre estuvo en ella presente el deseo de reparación por todos los pecados del mundo y así lo inculcó a sus hijas; entendía que no hay vida cristiana verdadera sin alguna práctica penitencial para reparar los pecados propios y ajenos. "Mortifiquémonos, hijas mías, y hagamos penitencia por nuestros pecados, que tanto le costaron a nuestro pacientísimo Jesús". "Cuántas gracias tenemos que dar a Dios por tantos y tantos beneficios que recibimos de su amoroso corazón" (Carta al P. Pérez y Pando). "Doy y daré siempre gracias a Dios por todos los beneficios que he recibido. ¡Son tantos y tan abundantes!".

Deseaba salir por las calles y plazas a anunciar cuánto ama Dios al hombre y lo que por nosotros ha hecho; incluso quería sufrir el martirio por amor a Jesucristo. "El mundo es pequeño para mis deseos". "Al fin del mundo iría yo en busca de almas. Yo ya sé que no valgo nada, pero con la gracia de Dios todo lo puedo". "Algunas lágrimas vierten estos mis ojos al considerar que tantos mártires vertieron su sangre por el amor a su amado Jesús. ¡Quién pudiera tener esta dicha! Pero yo no soy digna de tanta gracia. Pida para que el Señor tenga misericordia de mí y deme la gracia de sufrir con paciencia el martirio prolongado cumpliendo siempre su divina voluntad" (Carta al P. Pérez y Pando). Su amor y oración por los sacerdotes y religiosos fue excepcional.

La vida de la M. Cándida María fue una expresión patente de que cuando la caridad a Dios es grande se proyecta necesariamente hacia las criaturas. Así se explica el gran celo que experimentó la M. Cándida por la salvación de todos. Pequeño le parecía el mundo para llevar a todos el amor el conocimiento y el amor de Jesucristo. Ella habría querido recorrerlo todo él y, al menos, lo recorrió en sus hijas, fundando y preocupándose por la formación humana y espiritual de sus hijas y por la formación cristiana de las jóvenes. Quidaba con especial esmero a las hermanas enfermas y poseía una especial capacidad para perdonar. Incluso, “perdonaba las injurias como si hubiera recibido más bien un beneficio y, si eran contra ella directamente las injurias, más todavía”.

La Prudencia del Espíritu. Hay numerosos testimonios que confirman que la M. Cándida María de Jesús practicó la virtud de la prudencia en el modo de vivir, en el modo de gobernar y en el modo de aconsejar. Ella estaba dotada de una gran inteligencia práctica y sentido común; pero su vivir en la presencia de Dios y la unión con Dios en la oración fue tan grande que el mismo Dios la conducía y la inspiraba su caminar diario. No fue en la prudencia racional, sino en la del Espíritu o don de discernimiento donde ella se apoyó continuamente, y así se manifestó maternal en el cargo de Superiora, si bien fue siempre enérgica y exigente en la observancia de las reglas y obediencia religiosa.

Su modo de obedecer a sus Superiores Eclesiásticos, Confesores, Directores y Obispos, como el modo de aconsejar y recibir consejos, manifiestan el alto grado de prudencia sobrenatural que alcanzó. Como Fundadora y Superiora General, cargo en el que fue reelegida durante toda su vida, fue consciente que debía rendir cuentas a Dios de las personas a ella confiadas, y dócil a la voluntad de Dios, en el cumplimiento de su oficio, ejerció su autoridad con espíritu de servicio a las hermanas y gobernó a sus religiosas como a hijas de Dios.

La Justicia Benevolente. La virtud de la justicia aparece nítidamente en la vida de la Sierva de Dios, M. Cándida María de Jesús, en primer lugar, en relación con la sumisión, la glo-

ria y el culto a Dios, que siempre observó. Fue también custodia vigilante del carisma recibido, fielmente reflejado en las Constituciones de su Congregación. En circunstancias difíciles, en relación con personas constituidas en autoridad, o en relación con la expulsión de algunas hermanas, o en momentos de escasez económica, siempre procedió la Sierva de Dios con las hermanas y con los demás no sólo con justicia, sino también con caridad cristiana.

Los testimonios procesuales sobre ella prueban que supo dar a Dios lo que es de Dios, sin faltar a sus deberes para con el prójimo. Se distinguió en su gratitud con los bienhechores. No tenía acepción de personas, como aparece en el universalismo de su carisma, enseñar a internas y externas, ricas y pobres, aquí y allí, donde lo pida la mayor gloria de Dios. Si alguna preferencia mostraba era para con los más débiles, con los pobres y necesitados y con sus hijas enfermas.

La Fortaleza recibida. La Madre Cándida se hizo una mujer fuerte a través de su vida entera, desde su infancia austera y laboriosa y una juventud pasada en el servicio doméstico, lejos de su familia y hogar. Sabía sobrellevar los trabajos y no buscaba los hombres. La fundación del Instituto en general y la fundación de algunos Colegios, como los de Tolosa y Medina del Campo, fueron empresas arduas y llenas de oposición terrible. Ella sólo sabía actuar confiada en Dios y no encontraba fuerzas sino en el Señor. “Con frecuencia decía, que si queríamos hacer las cosas por nosotras solas, nos vendrían esos fracasos que observamos tantas veces, pero haciéndolo con Dios, nos haríamos omnipotentes con su omnipotencia”.

En medio de las pruebas y sufrimientos tuvo la fortaleza de, con una voluntad iluminada por la fe, perseverar en el bien, cumplir la voluntad divina toda su vida, mantenerse serena y ser así testigo del poder de Dios. En su espíritu llevaba aquella convicción que repetía con frecuencia: “Sin Cruz no se va a ninguna parte. Vengan cruces y hágase la voluntad de Dios”. Muchos testimonios nos hablan de su valor ante las dificultades, de su magnanimidad en las empresas cuyo objetivo era la mayor gloria de Dios, de su paciencia en los sufrimientos y de su perseverancia en las obras emprendidas. Con

esta actitud soportó generosamente muchas humillaciones y desprecios por la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y el futuro de su propia Congregación.

Escribiendo al P. Pérez y Pando sobre la fundación de Tolosa, decía: “Esta fundación me cuesta más que todas las demás, pero en ella se dará mucha gloria a Dios... He tenido que pasar por muchas pruebas; pero no importa; la Madre Cándida no se acobarda por nada, ni teme al infierno y a sus moradores, porque el que todo lo puede la defiende y fortalece para pelear y vencer... Mientras tanto pida por mí para que el Señor me dé fuerzas para sufrir más y más por su divino amor, y pueda esto continuar para mayor gloria de Dios y salvación de las almas... Siempre tengo que andar dando vueltas, llevando la Cruz que el Señor me regala. ¡Bendito sea para siempre!”.

La Templanza. De su espíritu de mortificación, en ayunos y diversas penitencias, hay pruebas ya en sus años juveniles en Burgos y Valladolid. D.^a Estrella Sabater, que era próximamente de su edad, afirma que la M. Cándida, estando en casa de sus padres como sirvienta, nunca se acostó en la cama, conociéndolo por muchas pruebas que hicieron para asegurarse más, y lo poco que dormía lo hacía o bien sentada o echada en el suelo, sin ninguna comodidad... El alimento que tomaba era siempre con acíbar, que llevaba consigo continuamente, y algunos días de Semana Santa, como el Jueves y Viernes, no tomaba alimento alguno, excepto un bollito de aceite de los que le obsequiaban unas religiosas. Algunas horas de la noche y de la mañana se ponía un cilicio en la frente, a la raíz del pelo, procurando encubrirlo todo lo posible, pero sin poder ocultar el que muchas veces le notaran la sangre que esta mortificación la procuraba”.

La M. Cándida hizo suya la máxima ignaciana en la vida religiosa: “Buscar en el Señor Dios Nuestro la mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles”. Con este mismo espíritu quería que vivieran sus hijas. El artículo 96 de las Constituciones de la Congregación aprobadas por la Santa Sede en 1902, dice: “Debiendo ser la vida de las religiosas vida de mortificación y penitencia, pondrán gran

cuidado en penetrarse de este espíritu. Deben desear sufrir injurias y falsos testimonios por amor de Nuestro Señor y aceptar de buen grado todo lo que hallaren repugnante a la naturaleza en las exigencias de la vida común y los trabajos de la enseñanza, sin que por esto puedan creerse dispensadas de la importante ley de la mortificación”.

Muchos fueron los sufrimientos ocasionados por motivos materiales; pero mayores fueron los de orden moral. Sufría cuando sus hijas no respondían a las exigencias de su vocación o cuando la observancia de las Reglas era deficiente; sobre todo, cuando advirtió en algunas de ellas indiferencia y frialdad de una forma desleal e injusta. Recordemos también los malentendidos y falsas interpretaciones de algunos miembros de la Curia Diocesana de Salamanca, que mediatizaron la ayuda y actuaciones del P. Herranz a la Congregación, llegando incluso a interferir su correspondencia escrita con él. En los ya recordados Ejercicios Espirituales de 1873 había escrito ella: “Cuanto más pobre, despreciada y desconocida seas y sufras por mi amor, estarás más segura en el camino... Yo te favoreceré y te defenderé”.

Epílogo

Mucho se podría escribir de cómo vivió en grado heroico los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Numerosos testigos afirman que vivió en la pobreza, amó la pobreza y actuó siempre con la mentalidad del pobre en Cristo. Es conocido su amor por la virtud de la castidad cristiana, que la llevó a vivir en continencia, enseñando con humildad y amor a sus hijas: “Tengamos un corazón grande, generoso, todo para Dios y sólo para Dios”. En la obediencia imitó siempre al Hijo de Dios, cuyo alimento fue obedecer al Padre. Que Dios nos conceda a sus hijas imitar las virtudes de nuestra Fundadora y Madre que tan bien quedaron grabadas en las Constituciones. Así podremos seguir a Jesucristo por el camino que ella nos marcó.

Escuela de Vida

La Obra de la Iglesia y la Madre Trinidad Sánchez

III. UN GRITO DESGARRADOR DE AYUDA A LA IGLESIA

Vida de inmensos contrastes

Para definir en pocas palabras la vida de la Madre Trinidad, yo empezaría diciendo que es una vida de inmensos, tremendos, gozosos y consoladores contrastes. Toda ella es un tejido de grandiosidad y sencillez, de impotencia humana y de arrollador poderío divino; de vivencia profunda y de la desapercibida naturalidad de una joven de pueblo o de una mujer de su casa que comunica con la viveza, la espontaneidad y el colorido del lenguaje popular andaluz, torrentes de sabiduría sobre los misterios más hondos de la fe católica. Ese contraste es expresión viva de la pobreza y limitación humana y de los horizontes sin límites por los que clama nuestro corazón. Por eso, cuando nos acercamos a él, nos subyuga con su fuerza de verdad irresistible.

La Madre Trinidad es como el eco palpitante de aquellas palabras de Jesús: “Gracias te doy, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y se las revelaste a los pequeños”. Es como si el Señor, a través de ella, quisiera decir hoy al trabajador perdido en el campo, a la mujer de la limpieza, al joven que se empieza a abrir a la vida, o al hombre engullido por el tráfico de las grandes ciudades: Mira, todo mi amor infinito es para ti. He muerto en una cruz para hacerte Dios por participación; y en mi Iglesia he dejado tesoros insondables para repletarte de la felicidad que buscas sin encontrar. En tus manos pongo la hondura, la anchura y la longitud de todo el misterio de mi vida.

Gran renovación en el seno de la Iglesia

Toda la compleja realidad de personas, actividades y cosas que componen la Obra de la Iglesia la tiene la Madre Trinidad totalmente abierta y lanzada a propagar la auténtica renovación eclesial que ella lleva impresa en su alma desde el año 1959. Para esto ha procurado ante todo hacer de su Obra la encarnación viva de esa renovación. Y de una manera pacífica, callada e inadvertida la mayoría de las veces al ambiente que la rodea, tiene ya convertidas en realidad concreta, práctica y experimentada, muchas de las metas señaladas por el Concilio Vaticano II, a las que todos miran con ilusión y añoranza, y a las que muchos contemplan como utopías ante la confusión y aun los desastres que ha traído para la Iglesia el haber intentado conseguir las por medios demasiado poco evangélicos.

Una simple enumeración de realidades, que están ahí, a la vista de todos, pueden fundamentar esa afirmación que podría parecer desorbitada:

- Puesta de la Teología, en toda su hondura y riqueza, al alcance de todos, aun de los más humildes y marginados culturalmente.

- Capacitación y promoción de los seglares para que asuman su papel de miembros vivos y vivificantes del Cuerpo Místico; llenándoles, por una parte, sus más hondas exigencias de vivir en plenitud su realidad de cristianos, y lanzándoles, por otra, a asumir sus responsabilidades apostólicas en los variadísimos campos y de las maneras tan ricas que les pertenecen.

- Renovación de la vida del sacerdote; solución de los problemas de su identidad sacerdotal en medio de un laicado consciente de su quehacer en la Iglesia y que reclama al sacerdote que le devuelva actividades que le son propias; formación permanente, vida en familia, etc., etc.

- Estilo natural, atrayente y sencillamente evangélico, de vivir su entrega los consagrados a Dios, en medio de un mundo al que tienen que ganar para Cristo.

- Floración de vocaciones, tanto para el sacerdocio como para la vida consagrada.

– Encauzamiento logrado de la formación de los aspirantes al sacerdocio, alimentándoles y madurándoles su ideal de ser ministros de Cristo y dispensadores de los misterios divinos a los hombres, sin sacarlos del mundo en que han de vivir; y manteniéndoles en contacto permanente con las realidades apostólicas que han de desarrollar y en el ambiente mismo en que han de realizarlas.

– Vitalización de las parroquias como reflejo y concreción del gran Hogar de la Iglesia; explotando la fuerza apostólica de medios y métodos avalados en su eficacia por la experiencia de años o siglos, y buscando otros nuevos y necesarios hoy para llegar a toda la feligresía y solucionar los problemas espirituales y materiales de sus miembros.

– Presentación del misterio de la Iglesia, en su apretada riqueza y en su fuerza vitalmente renovadora, a miles de sacerdotes, religiosos y religiosas, y seglares de todos los estamentos sociales, en “Jornadas de Iglesia”, “Días de orientación juvenil”, Retiros, charlas, etc...

¿Para qué seguir enumerando?... Todas esas realidades son interdependientes entre sí; sin unas no se pueden alcanzar las otras. Tan consciente fue la Madre Trinidad de este hecho, que por eso hablaba ya en el año 1959 de que “había que hacer una revolución cristiana en el seno de la Iglesia” para ponerla en el esplendor y plenitud de vida que Cristo le dio al fundarla.

Una vida escondida por descubrir

El intentar dar a conocer más a fondo lo que es lo que trae para la Iglesia la Madre Trinidad, lleva consigo riesgos importantes.

El primero, el de seguir diciendo muchas cosas de ella, pero sin llegar a desvelar o a hacer intuir el filón más hondo que atraviesa toda su vida, el que le da su verdadero sentido y del cual dimana su riqueza.

Sin embargo, quien en verdad y en profundidad quiere acercar a los demás a ese filón oculto, aunque lo vaya haciendo progresivamente, se expone a que quienes le leen o le

escuchan, muy pronto o en un determinado momento, piensen que exagera. Este es el segundo riesgo.

Y un tercero, que no es posible correr, sería el dejar al descubierto la intimidad más secreta del alma de la Madre Trinidad. Por eso, sólo después de su muerte, cuando puedan salir a la luz pública sus numerosos escritos, se podrá conocer en su auténtica dimensión el derramamiento de Dios en don sobre la Iglesia, a través de esta sencilla mujer que, por ser tan sencilla y tener en sus manos tales y tantas riquezas, ha tenido que mantenerlas ocultas en secreto.

Sabiduría divina en escritos, charlas, vídeos

De esos escritos son un anticipo tres maravillosos libros ya publicados.

– *Frutos de Oración*: 2217 dardos de luz y vida que “fueron escritos en la intimidad con el Señor y sin otra intención que desahogar el espíritu en mis prolongadas horas ante Jesús en el sagrario.

Durante muchos años, en mi diario particular he ido plasmando como en pensamientos, los frutos principales del día ante mis contactos familiares con Dios, con Cristo, con María, con la Iglesia; como también las consecuencias prácticas o vivencias íntimas sobre las virtudes y consejos evangélicos. De este diario han surgido estos “Frutos de Oración” que, al transcurrir el tiempo cuantos están conmigo y yo misma hemos comprendido que podrían ser de gran provecho para aquellas personas que, buscando a Dios de verdad, los lean con espíritu sencillo y alma abierta.

Con el Apóstol San Pablo quiero decir que, no “con ciencia ni sabiduría humana” han sido escritos, ni mucho menos para hacer de ellos un tratado de Teología, sino que, en una expresión espontánea y en un lenguaje popular, manifiesto como puedo las experiencias de mis contactos con el Infinito.

Por eso, para comprender y aprovecharse de estos “Frutos de Oración”, es necesario leerlos con la intención de descubrir en ellos lo que Dios quiso dar: verdades muy profundas,

manifestadas de una manera muy sencilla y viva. Son Teología “calentita”, como yo la calificaba en el año 1959. Dios es Sabiduría y Amor, y como se comunica; y sólo el que le busca en una sabiduría amorosa es capaz de descubrir y saborear la Vida infinita de nuestro Padre, sus misterios, sus planes y sus donaciones de amor hacia nosotros. Una teología fría es una ciencia más que se queda en la mente pero no pasa al corazón y, por lo tanto, no es vida. Dios es la Vida infinita y el que bebe de sus fuentes rebosa de gozo en la llenura de su posesión, y “nunca más volverá a tener sed” (De la Introducción de la Madre Trinidad).

– *Vivencias del Alma*: 310 poesías donde: “Toda mi alma se siente poesía, con necesidad de expresarte en tu Concierto infinito y eterno” y “yo me siento poesía en tu serte Poesía y ¡necesito plasmarte en poesía!”. Consciente de la imposibilidad de decir a Dios, exclama: “Tan infinito te eres en tu concierto de ser; que, en tu serte Poesía, no hay poeta que pueda cantarte, y Tú mismo en tu Verbo, te cantas y expresas como Tú, mi Dios, te mereces”. Y por eso “¡Oh mi Dios-Poesía! ¿me das tu Palabra para cantarte, en tu Seno y en mi seno, tu serte Poesía en tu ser y en tus personas?” (Frutos de Oración, n. 471, 472, 473 y 474).

– *La Iglesia y su Misterio*: 43 temas entresacados de los 12 libros inéditos de la autora. Son como un geiser de sabiduría caldeada en el amor, que surge potente en un momento, se eleva a la altura, y sólo vuelve a declinar, cuando la fuente de donde surgió quedó desahogada de la presión con que se la impulsaba. Temas de la extensión, profundidad y densidad de ideas, como pueden ser “La Promesa de la Nueva Alianza”, “El Cristo de todos los tiempos” o “Plenitud del sacerdocio de Cristo”, fueron dictados por ella de un tirón en una, dos o tres horas, frenada siempre por la lentitud de la rudimentaria taquigrafía del amanuense.

Solamente pudo disculpar nuestro atrevimiento al insistir ante la autora una y otra vez para nos permitiese publicar estos volúmenes, el ofrecer unas primicias hoy, a tantas voces que clamaban por ellas, de lo que mañana será una ubérrima

cosecha que enriquecerá sin medida a cuantos abran entonces sus brazos para recogerla.

Abriendo sus libros al azar, cualquier de los capítulos que leamos, nos puede dar una idea del torrente de sabiduría que Dios ha volcado sobre el alma de la Madre Trinidad y de la hondura a que la quiso llevar en la manifestación de sus misterios.

Como exponente, puede servirnos transcribir aquí algunos de los títulos de sus temas, de sus poesías o de los que encabezan series de pensamientos en "Frutos de Oración":

- Dios es la Vida por serse el Ser subsistente en sí mismo.
- El saberse, en Dios, es serse.
- Infinitud.
- Dios se es el Silencio.
- Los atributos, en Dios, no son personas.
- Dios se es personas por serse el Entendimiento infinito en subsistencia eterna.
- La razón de la persona del Padre.
- El gran misterio de Dios.
- El gran misterio de la Encarnación.
- El Cristo Grande de todos los tiempos.
- Plenitud del sacerdocio de Cristo.
- María es un portento de la gracia.
- Madre de la Iglesia.
- El sacerdocio de María.
- El sacerdocio de Cristo participado por el hombre.
- El gran momento de la consagración.
- El rostro de la Iglesia.
- Participación de la vida divina.
- El gozo de la cruz.
- Teología viva.
- El respirar del Dios vivo en la hondura del alma.
- El Amor besa en silencio.
- Oración y apostolado.
- Testimonios vivos de Iglesia en medio del mundo.
- Hijos de Dios y hermanos en Cristo con todas las consecuencias.
- Dios es la Eterna Virginidad.

- Fecundidad de la Virginitad.
- El amor puro en el cielo.
- El mañana de la Eternidad.
- Etc., etc., etc...

Pues, no sólo de estos temas, sino de cientos como éstos, habla y escribe la Madre Trinidad amplia, detallada y matizadamente, con una hondura y exactitud teológicas que asombran, en los cuarenta tomos que contienen sus escritos, casi doscientos vídeos y seiscientas charlas recogidas en cinta magnetofónica.

Los miembros de la Obra de la Iglesia y otras muchas personas las aprecian altamente y acuden asiduamente a escuchar estas charlas y ver estos vídeos para nutrir su espíritu. “Yo me expresé como supe –dice la Madre Trinidad– en mi modo pobre de saberme expresar, llenando la misión que el Señor me encomendaba de dar la Teología calentita a todos los hijos de Dios, reavivando así el dogma en el seno de la Iglesia”.

Se da así el admirable espectáculo de ver hermanados en las reuniones de formación con estas charlas, en las fiestas de la Obra, en el trato familiar o en la actividad apostólica, a la señora de título y a la esposa de un albañil, al profesor de universidad y a un conductor de autobús, a un letrado del supremo o a un jardinero del Ayuntamiento.

Estas charlas constituyen un tesoro que la Obra de la Iglesia ofrece a todos aquellos –sacerdotes, religiosos o seglares– que quieran escucharlas en cualquiera de las treinta casas que la Obra de la Iglesia tiene diseminadas actualmente en nueve diócesis.

Y esto, como se indica en uno de los artículos precedentes, si haber leído un libro de teología, ni de letras, filosofía o ciencia, y habiendo pasado su juventud, hasta el año 1959, despachando en un comercio o atendiendo a su hermano en Madrid.

Inmensamente consciente de su pequeñez humana y del infinito poderío de Dios, formula en este pensamiento una de las actitudes fundamentales de su espíritu:

“1098. Mi gran riqueza es no tener ninguna riqueza humana; mi gran riqueza es no ser, no poder, no saber, no servir; es ser pequeña, pobre, desvalida, no teniendo ciencia, ni sabiduría humana, que estorbe al don infinito de Dios depositando en mi pobreza su riqueza, en mi pequeñez su grandeza, en mi nada su todo, en mi muerte su vida, en mi ignorancia su sabiduría y ciencia” (19-4-64).

El Eco de la Iglesia

Este paso de Dios en derramamiento de luz y amor acerca del misterio de la Iglesia, en impulso irresistible de manifestarlo a los hombres, en grito desgarrador ante su tragedia y en petición urgente de una profunda renovación, dejó como acuñada el alma de la Madre Trinidad con un sello, con una vocación, con una misión dentro de la Iglesia:

“1023. Yo soy el ‘Eco’ de la Iglesia mía, que ha de estar siempre repitiendo la Voz que en sí recibe; Voz que la Iglesia tiene en su seno, que es el Verbo. Por eso yo no necesito ni tengo nada nuevo que decir o enseñar, no; yo sólo soy el ‘Eco’ que se deja oír en repercusión del canto de la Iglesia” (20-4-64).

“1024. Soy el ‘Eco’ de la Iglesia porque su vivir, su misión y su tragedia son el vivir palpitante de mi alma-Iglesia en expresión de eco” (4-5-75).

“1016. Esta es mi vocación, éste mi llamamiento: ser Iglesia y hacer de todos Iglesia” (15-9-63).

“1953. Mi misión es cantar, ¡cantar, ¡cantar!, ¡cantar la riqueza de la Iglesia mía! Para otra cosa no tengo tiempo ni lugar en mi espíritu” (2-6-65).

Dios ha querido que ese manantial de luz y ese volcán de fuego que él ha hecho surgir de la Iglesia misma, se derrame por toda ella iluminando, inflamando y comunicando vida a todos sus miembros. Y ha querido también que se perpetúe mientras duren los tiempos, mostrando siempre a los hombres el rostro bellísimo de la Esposa del Cordero y llevándolos a saciarse en sus refrigerantes aguas.

Para eso, en el año 1963, la petición del Señor se hizo clamor poderoso dentro del alma de la Madre Trinidad: “Hazme la Obra de la Iglesia”.

Ella se sentía pobre y pequeña. Lloró... Se resistió cuanto pudo, porque se creía instrumento inútil. Pero, “si ruge el león ¿quién no temblará?; hablando Yahvé, ¿quién no profetizará...?” (Am 3, 8).

Y ante la fuerza irresistible de Yahvé, aquella mujer pobre y desvalida, de apenas treinta y cuatro años, se lanzó a buscar una legión de almas en la que cupiesen toda clase de personas, desde los niños hasta los ancianos, desde el sacerdote al cristiano seglar, incluyendo a los hombres y mujeres que consagran sus vidas a Dios, para que, extendiéndose por toda la tierra e introduciéndose en todos los ambientes, dijese a sus hermanos los hombres lo grande que es ser Iglesia.

Unidos en una misma misión

La actividad apostólica de la Obra de la Iglesia es muy amplia, variada e intensa.

Para darla a conocer de una forma sucinta, nada me ha parecido mejor que espigar aquí algunos párrafos de la última parte del tema “La Iglesia, misterio de unidad” escrito por la Madre Trinidad el 22 de noviembre de 1968:

“La Obra de la Iglesia... viene para todos y para poner al día, en el calor de la infinita sabiduría, la presentación cálida y viva de nuestro dogma riquísimo. Viene a dar la teología calentita, caldeada en el amor, mostrando el rostro centelleante de Dios, que se manifiesta en la faz esplendorosa del Cristo grande de todos los tiempos”.

“La misión de la Obra de la Iglesia es totalmente apostólica... Colectivamente quiere ser una manifestación perenne del misterio de la Iglesia y, a través de sus miembros, testimonio vivo de un profundo cristianismo en todos los lugares donde éstos ejerzan su profesión”.

“Lleva las parroquias que le están encomendadas; organiza en sus Casas de Apostolado ‘Jornadas de Iglesia’ para sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares de toda clase y condición; da ‘Vivencias de Iglesia’ en comunidades religiosas, seminarios, colegios, etc.; va a otras parroquias a dar en ellas ‘Semanas de Iglesia’; trabaja con los niños y jóvenes durante todo el año en los ‘Hogares’ de sus centros apostólicos o de las

parroquias; organiza para ellos reuniones de formación semanal, ‘Días de orientación juvenil’, acampadas o marchas a la montaña durante el curso, campamentos de verano; y, para toda clase de personas, charlas, convivencias, reuniones, días de retiro...”.

“Los miembros de la Obra de la Iglesia, en los diversos campos y quehaceres apostólicos, ejercen una labor de conjunto, trabajando unidos sacerdotes y seglares, aunque cada uno lo haga con los de su sexo, edad y estado, atendiendo los sacerdotes las necesidades espirituales de cada uno”.

“En nuestras parroquias procuramos formar a todos espiritualmente, de forma que tomen conciencia de su cristianismo y ejerzan la caridad con Dios y con el prójimo, procurando resolver todos los problemas espirituales y materiales de la feligresía. Los sacerdotes llenan su misión apostólica de ayudar a formar a todos; y los hombres y mujeres seglares participan en esta tarea, pero incorporándose como unos seglares más en su misión con relación a Dios y al mundo; pues no sólo en sus horas de trabajo ejercen allí su apostolado individual e indirecto, sino que también el tiempo libre que les deja la oración y el trabajo lo dedican al apostolado directo”.

“Nuestro espíritu, por lo tanto, es el espíritu de la Iglesia, nuestra vida la suya; nuestra misión específica, ayudar al Papa y a los Obispos a descubrir, desentrañar y manifestar las riquezas de esta Santa Madre”.

Las “Jornadas de Iglesia”

Es interesante el indicar, nada más, qué son las “Jornadas de Iglesia”; cómo trabajan los jóvenes de la Obra con niños, jóvenes y adolescentes; cómo organizan un campamento; qué espíritu llevan a las excursiones y giras o el fruto que recogen en una “orientación juvenil”.

Sería magnífico ver cómo los seglares actúan en las “Vivencias de Iglesia”, cómo dan ellos, junto con los sacerdotes, las “Charlas sobre el misterio de la Iglesia” y cómo intervienen en las mismas “Jornadas de Iglesia”.

Las “Jornadas de Iglesia” son cuatro días en contacto profundo, luminoso y vital con el insondable misterio de la Iglesia a través de charlas, vídeos y escritos de la Madre Trinidad y de

charlas de sacerdotes y seglares de la Obra de la Iglesia, siguiendo esquemas elaborados por la misma Madre Trinidad; ahondándose la vivencia del alma en ratos de silencio con Dios y convivencia familiar entre todos.

Así pues la Madre Trinidad ha ideado y plasmado las “Jornadas de Iglesia” para mostrar a los hombres el rostro bellísimo de la Iglesia, hacer que los cristianos tomen conciencia luminosa y viva de lo que son por ser Iglesia; “gritarlos” a todos que el Seno anchuroso de Dios está abierto, esperando la llegada de todos sus hijos.

A partir del año 1963, miles de personas han hecho las “Jornadas de Iglesia”; desde el Obispo, pastor de la Iglesia, a la jovencita que sueña con horizontes de verdad y vida interminables.

Todos salen de ellas conociendo más a la Iglesia, amándola más y repletos de su vida.

Volverán a hacer las “Jornadas” y recibirán siempre un fruto mayor, porque están ante un misterio de riqueza insondable.

Para vivir estas “Jornadas” la Madre Trinidad ha preparado tres hermosas Casas de Apostolado en Madrid, Sevilla y Roma, donde el ambiente de hogar y recogimiento favorece e impulsan al alma a escuchar su canción de Iglesia.

Sacerdotes y seglares juntos para mostrar el verdadero rostro de la Iglesia

El narrar el apostolado que son capaces de desenvolver seglares y sacerdotes, trabajando en equipo en las parroquias encomendadas a la Obra de la Iglesia, resultaría tremendamente sugestivo.

Se habla hoy por todas partes de la “nueva evangelización”: novedad del mensaje evangélico, nuevos evangelizadores, nuevas plataformas de evangelización: Nueva evangelización es lo que Dios la ha puesto en marcha en la Iglesia, hace más de 33 años.

El día que se descubra, asombrará ver lo desapercibida y sencillamente que realiza el Señor, lo que tan complicado, difícil y, a veces imposible, resulta a los esfuerzos de los hombres.

El mensaje de la Madre Trinidad, que es un tesoro de luz y vida para la Iglesia, es la fuente donde beben los miembros de la Obra y de donde cogen para dar en abundancia a los demás.

Son precisamente ellos los que Dios ha puesto al lado de la Madre Trinidad para ayudarla a llenar su misión de “cantar las maravillas del Señor en las puertas de la Hija de Sión” (Salmo 72, 28). Pero han de ser instrumentos vivos, que den aquello que sepan de *saborear*. Porque *Dios es la vida y sólo el que le vive le sabe saber y comunicar...* (n. 1, 743). Si han de dar, han de vivir; si han de comunicar, han de estar llenos. Y es precisamente el contacto con la riqueza de la Iglesia a través de la doctrina y la vivencia de la Madre Trinidad, mantenido día a día, lo que les va capacitando para descubrir esa misma riqueza, desentrañarla y manifestarla.

Peregrina hacia la Casa del Padre

Como “la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” (Concil. Vat. II, L.G. 8), así camina hacia la Patria la Madre Trinidad con su Obra. Vive en la tierra y en la tierra trabaja por la gloria de Dios y la extensión de su Reino. Pero su patria no es ésta; por eso peregrina en el suelo con nostalgias torturantes por la Eternidad.

Son luminosos y quemantes como brasas estos pensamientos, por citar algunos, que esclarecen su condición esencial de peregrina, la misma que la Iglesia vive en la tierra:

“2144. Vivo en el cielo sin ser habitante de allí, y habito en la tierra sin vivir en ella” (1-3-61).

“2170. Mi sed de Dios es torturante como los celos, terrible como la muerte, encendida como el fuego... Por eso, Amor; ¿cuánto vendrás a mí?” (27-4-67).

“2181. En nostalgias se abrasan las cavernas profundas de mi corazón. Hambreo a Dios constantemente con la apetencia del sediento que se reseca en ansias por los refrigerantes manantiales” (9-12-72).

“1796. Busco la luz del Sol eterno, el calor de sus brasas, el fulgor de sus fuegos, las llamas llameantes de sus candentes volcanes; y busco, a un mismo tiempo, el frescor de su brisa,

el refrigerio de sus fuentes, la saciedad de sus manantiales, el alimento de sus frutos y el contacto de su amor” (6-3-73).

“2209. Mañana ¡no más! con Dios para siempre... ¡Qué dulce encuentro...! Y ‘allí’, mirándole en su Vista, cantándole en su Boca y amándole en su Fuego... ¡Se acabó el tiempo y llegó el fin, comenzó la eternidad...! Cara a cara con Dios, adorando al Ser en su ser y en sus personas, por ser quien es y como lo es; en un acto de amor puro que se goza en el gozo esencial de Dios ¡para siempre...! ¡Y esto será mañana!” (9-7-75).

Y esta “décima” es también la expresión poética de su vida peregrina.

PEREGRINA EN TIERRA EXTRAÑA

Peregrina en tierra extraña
 voy por la vida sufriendo,
 a todos voy sonriendo
 con la tristeza en el alma.
 Mi país no es el destierro,
 sólo en Dios mi ser descansa,
 y en su espera noche y día,
 jadeante está mi alma,
 penando por encontrarme
 ¡ya para siempre en mi Casa!

* * *

Aun pudiendo parecer que he dicho tanto, la verdad es que no he hecho más que poner ante la vista realidades externas. Reflejan, sí, profundas vivencias interiores de las que dimanan; pero el porqué más íntimo, la realidad más fuente que ha configurado la personalidad espiritual y humana de la Madre Trinidad, necesariamente ha de quedar oculta ahora para nosotros.

Testigo que tiene que dar testimonio; Eco cuya misión es repetir con fidelidad la palabra pronunciada; pequeñez del que nada propio tiene que decir, y riqueza pletórica de la voz por la que se expresa el vivir glorioso y el sangrante penar de la Iglesia: Esta es la síntesis de la vida y la Obra de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia.

Información

Las Misioneras Eucarísticas de Nazaret cumplen 75 años (1921-1996)

Málaga, ciudad nobilísima, preludia su carácter ameno y variado, serrano y abierto. “Málaga cantora”, como la llamó definitivamente Machado, centra las riquezas luminosas, plásticas y sonoras de la provincia, el esplendor moderno de la Costa del Sol y la sabiduría eterna de sus campos y sus montes. En esta bella ciudad nació el 3 de mayo de 1921 la *Congregación de Misioneras Eucarísticas de Nazaret* y en piso modestísimo número 3 de la calle Marqués de Valdecañas. ¡Así nacen las cosas de Dios!, como el grano de mostaza. Pero su fundador, el Señor Obispo de Olimpo y Auxiliar de Málaga, entonces, ve pequeño aquel piso al aumentar el número de vocaciones y les ofrece y cede una casita al pie del monte donde se estaba edificando el Nuevo Seminario.

“Ningún sitio más a propósito para una casa de formación, nos dice Campos Giles. Allí, dominando la ciudad y el mar, frente a la lejana sierra y disfrutando de la paz silenciosa del campo se deslizarán los primeros años de la nueva fundación...”.

Parece que Don Manuel no había quedado satisfecho con la fundación de las Marías de los Sagrarios en Palomares del Río (Sevilla) el 4 de marzo de 1910 y por ello, para acompañamiento en el Sagrario funda las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, pide en ellas y desea globalmente una dedicación en la vida terrena a la contemplación del Amor, de Cristo Sacramentado; a su inmolación por la santificación de las almas y consecución de la perfección cristiana, con ello aumentará su vida espiritual, su unión con Dios y ejercer la motificación y la caridad para con los demás, recibiendo con ello sus gracias y dones sobrenaturales.

Todo esto se lo transmitió su Fundador que ardía en un grande, férvido e indivisible amor de Dios y de Jesucristo Sacramentado. ¡Era el “loco” del Sagrario abandonado! Con no menos alegría y ardor ellas ejercen la caridad para con el prójimo, proveyéndoles en sus necesidades espirituales y materiales, participando en sus alegrías y en sus dolores con simplicidad y sencillez, sin gloriarse nunca del bien que hacían en retiros, conferencias, charlas, preparación de veladas, etc.

Pueden gritar: “El Señor ha estado grande con nosotras y estamos alegres”.

Estas palabras del salmo 125 pueden significar el resumen y compendio de lo acontecido a lo largo de esos 75 años, culminados el 3 de mayo del presente año 1996 en la Historia de la floreciente Congregación de Misioneras Eucarísticas de Nazaret, fundadas por el gran Obispo Don Manuel González García que lo fue de Málaga y después de Palencia, en donde descansan sus restos mortales esperando la doble glorificación de los Altares y de la Resurrección final.

Y el Señor ha estado grande, porque a lo largo de 75 años, ha llenado de sus gracias y bendiciones a las 156 hermanas que forman la Congregación. Ha estado grande porque D. Manuel ha hecho un persuasivo modelo de vida consagrada para sus hijas y para toda la Iglesia. Ha estado grande porque su Corazón Divino, que tanto amaba Don Manuel, han velado amorosamente sobre su Congregación y derramado sus gracias sobre cuantos le han seguido y amado.

Todo ello y mucho más, que por ser inefable e imposible de referir con palabras, es lo que ha movido a preparar con esmero y entusiasmo la celebración de este *Septuagésimo Quinto Aniversario* de la Fundación de Nazaret dicha. Cuyos frutos son los siguientes¹:

3 de mayo de 1921, Fundación de Nazaret en Málaga.

3 de abril de 1936, Fundación de Nazaret en Palencia.

1. Han publicado un bellissimo folleto con todos los detalles de la Congregación titulado: “*Con Vocación de Raíz*”. Las Misioneras Eucarísticas de Nazaret compartimos nuestro año jubilar 1996.

- 28 de marzo de 1937, Fundación de Nazaret en Zaragoza.
22 de mayo de 1943, Fundación de Nazaret en Valencia.
16 de junio de 1943, Fundación de Nazaret en Barcelona.
24 de agosto de 1949, Fundación de Nazaret en Soria.
25 de mayo de 1954, Fundación de Nazaret en Oviedo.
6 de octubre de 1954, Fundación de Nazaret en Santa Cruz de Tenerife.
11 de febrero de 1958, Fundación de Nazaret en Roma.
8 de noviembre de 1960, Fundación de Nazaret en Las Palmas de Gran Canaria.
15 de mayo de 1961, Fundación de Nazaret en Sevilla.
1 de diciembre de 1963, Fundación de Nazaret en Jaén.
1 de junio de 1969, Fundación de Nazaret en Segovia.
2 de septiembre de 1969, Fundación de Nazaret en Madrid, C. Tutor, 17.
23 de febrero de 1971, Fundación de Nazaret en Quillabamba (Perú).
7 de enero de 1974, Fundación de Nazaret en Cáceres.
14 de octubre de 1974, Fundación de Nazaret en Madrid, C. Sil, 31.
28 de octubre de 1974, Fundación de Nazaret en Maiquetía (Venezuela).
15 de octubre de 1975, Fundación de Nazaret en Palomares del Río (Sevilla).
6 de noviembre de 1979, Fundación de Nazaret en Nuevo Laredo (México).
12 de diciembre de 1980, Fundación de Nazaret en Rosario (Argentina).
25 de junio de 1982, Fundación de Nazaret en Santa Fe (Argentina).
20 de febrero de 1983, Fundación de Nazaret en Carayaca (Venezuela).
25 de marzo de 1983, Fundación de Nazaret en Tacámbaro (México).
27 de mayo de 1984, Fundación de Nazaret en Doncelles (Ciudad de México).
2 de noviembre de 1986, Fundación de Nazaret en Quito (Ecuador).

26 de diciembre de 1987, Fundación de Nazaret en Fátima (Portugal).

9 de octubre de 1994, Fundación de Nazaret en Málaga "Villa Nazaret).

¡Qué hermosa de reparación del *abandono* de la Eucaristía en esos 29 Nazarets! Girando ella en sus tres matices: Sacramento-Sacrificio; Sacramento-Comunión; Sacramento-Preseñcia, procurando devolver a Cristo amor por Amor, mediante una vida de oración y apostolado. Apostolado en todas sus formas, como hemos dicho: Catequesis, Misiones, eucarísticas en pueblos y suburbios, Formación de pequeñas comunidades cristianas, Misiones vivas... Termino con esta bella exhortación de su Padre Fundador:

“Lo que importa es que nuestra obra crezca hacia fuera, a fuerza de crecer hacia abajo, sus raíces sois las Hermanas Nazarenas. La humildad y la caridad de hostia nos darán, o mejor le darán, el triunfo completo. ¡A entregarte cada día más en silencio! ¡Y vivan las Hostias Nazarenas!”.

JOSÉ CARVAJAL GALLEGO, PBRO.

REVISTA VIDA SOBRENATURAL

Puede adquirirse la Colección completa de la Revista *Vida Sobrenatural*, integrada por 75 volúmenes, los 16 primeros dobles, al precio de 100.000 ptas. Ya encuadernados, 180.000 ptas.

Regalo, los Indices de la Revista, 1921-1995.

LA REDACCIÓN

Bibliografía

M.^a DEL CARMEN DE FRÍAS TORMERO, FI, *Cándida María de Jesús, fundadora de la Congregación de Hijas de Jesús*. Postulación de las Causas de Canonización, Roma 1988, XXIV-684 pp. (19 x 30).

ID., *Donde Dios te llame. Una vida consagrada a la educación cristiana*, Sígueme, Salamanca 1990, 362 pp. (24 x 17).

Pocas veces tiene uno la suerte de reseñar dos libros que, juntos, representan una verdadera cumbre. El nombre y algo de la personalidad de la M. Cándida me era conocido, porque ella tuvo relación, no meramente ocasional, con un dominico, el P. Joaquín Pérez y Pando, cuyo nombre aparece varias veces en el libro primero y principal, que es el que lleva índice onomástico; en páginas 313-314, la nota 127 hace una breve, pero muy exacta semblanza, de este dominico “de fuerte carácter” cuyos “arranques” la M. Cándida “en más de una ocasión atemperó”. Este carácter y estos arranques los mantuvo hasta el fin de la vida, que es cuando lo conocí. Pero, de suyo, el carácter no es ni virtud ni vicio. De hecho, el P. Joaquín “tuvo una gran veneración y respeto por la Madre, como se desprende de la correspondencia que con ella mantuvo cuando fue destinado fuera de Salamanca (...). Se conservan 34 cartas suyas”.

La riqueza de información acumulada en estos libros es verdaderamente pasmosa. Pienso que pocas fundadoras habrán tenido la suerte de ser presentadas con tanta riqueza documental y con un cariño familiar que es, a la vez, sobrio y entrañable, sereno y exaltante, que sabe llorar en momentos amargos, pero también luchar y tomar decisiones firmes siempre que el caso lo requiera. La riqueza documental, la exactitud del relato, la totalidad de los detalles históricos están al servicio del espíritu. Son libros que no se limitan a informar; informando alimentan y desarrollan un carisma que aparece perfectamente definido.

La descripción que se hace de la Madre Fundadora suministra todo lo necesario para conocer las características, la configuración... del carisma que ella fue llamada a introducir en la Iglesia. Habría que leer y presentar muchas cosas. Pero quizá nada comparable al largo tema IX que lleva por título “Cuando la Iglesia haya dicho su última palabra” (pp. 423-649, entre las que van incluidas páginas documentales). Todo esto es como una reflexión contemplativa acerca de alguien –de la M. Cándida– a quien se refiere una voz profética cuyo eco parece oírse todavía: “Esta es la elegida” (p. 422). Ciertamente, la elegida llevó una vida coherente con la elección.

Una palabra siquiera sobre el segundo libro. La autora está tan identificada con el personaje –su propia Madre Fundadora– y se ciñe tan estrictamente a los hechos que lo pone todo en boca de la fundadora misma, como si fuese una autobiografía. Es verdaderamente admirable. A través de este libro la Fundadora puede seguir dialogando con todo el que se le acerque; de modo especial con sus hijas, como se puede comprender. Mi felicitación a la autora, a la Congregación y a la protagonista que ha encontrado el medio de estar siempre presente y dialogando con sus hijas para guiarlas por la senda que ella inició.—A. *Bandera, O.P.*

ETIENNE BROT, *Semillas de oro de la Biblia*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1995. 276 pp. 1.400 ptas.

JESÚS MARTÍNEZ, *Allí estabas tú*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1995. 138 pp. 1.300 ptas.

Dos libros de rica espiritualidad. El primero podría dar la impresión de ser como un conjunto de sentencias extraídas de la Biblia. Pero no. Las semillas consisten en la presentación y desarrollo de temas bíblicos fundamentales, esclareciendo también desde la Biblia temas que consideramos propios de nuestra sociedad y de la cultura en que actualmente vivimos, como los derechos humanos, junto con algunos concretos problemas relativos a la mujer.

El segundo libro va dedicado especialmente a los jóvenes. Se trata de darles criterios de comportamiento humano y religioso a la luz del misterio de Cristo. *Allí estabas tú* quiere decir: en su pasión, Cristo te tuvo presente y ganó para ti todo lo que puedas necesitar.—A. *Bandera, O.P.*

PEDRO FERNÁNDEZ, O.P., *Biografía de la Madre M.^a Angélica Alvarez Icaza*. Vol. II. Ed. San Esteban, Salamanca 1996. 552 pp.

Este volumen abarca los años 1916-1948. Es el tiempo que la M. Angélica pasó en España. La persecución religiosa desatada en su país la obligó a emigrar, junto con las demás religiosas de su monasterio. Este tiempo de destierro lo pasó en Madrid, de donde pasó a Bonanza (Cádiz) y de aquí a Puerto de Santa María. El motivo de estos cambios de residencia fue alguna cosa relacionada con la vida interna de cada monasterio. Son los años que podrían decirse de maduración espiritual después de la cual vendría el tiempo de recoger abundantes frutos. La espiritualidad de la M. Angélica se caracteriza por el vivo sentido "nupcial" que lo informa todo. Su gran ideal fue la vocación de esposa. Ella misma dice que a veces le daba la impresión de que Dios no tuviera otro quehacer que entretenerse con ella y cumplir sus gustos. Y entonces da rienda suelta al amor que la abraza. "¿Cómo no he de estar, a mi vez, enamorada de Dios? Apasionada enteramente de El, de día y de noche, deliro con mi Amado, me encanta con tal fuerza, con tal delicia (...) que mis días se pasan a cual más delicioso (...). Es el todo de mi vida" (p. 390). Párrafos de este género hay muchos a través de todo el libro. Como expresión y realización de su vocación de esposa, la M. Angélica resume su misión en la obra de "mostrar al mundo los Encantos del Amor divino" (p. 388). Este es el gran tema de los escritos que de ella se conservan. Este el mensaje que continúa proclamando después de haber concluido el estadio de su peregrinación terrena. Antes de poner fin a esta nota, señalo dos erratas referentes a fechas. En la página 7 —tiempo de estancia en Bonanza— se pone año 1992 en vez de 1922. Y en la cuarta de cubierta, en la segunda línea, se da como año de nacimiento el 1877, cuando en realidad fue 1887.—A. *Bandera*.

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Desafíos de la Iglesia en el mundo a las puertas del tercer milenio

El Posconcilio ha supuesto para la Iglesia muchas ruinas, verdaderos huesos secos, de donde el Espíritu de Dios hará surgir una *Iglesia purificada* y espléndida. La crisis cultural de la modernidad invita a la Iglesia a asumir la nueva situación de secularidad, pluralidad y tolerancia sin renunciar a la evangelización y a la adecuada manifestación de la presencia de Dios en el individuo y en la sociedad. La respuesta de la Iglesia a la Modernidad laica fue muy conflictiva; hoy, cuando la modernidad en cuanto proyecto inacabado también se ha derrumbado, nuestra respuesta puede ser diferente, siendo fieles a Dios y al hombre. La autocrítica es también fundamental en la Iglesia. Es preciso advertir que la Providencia de Dios, quien conduce la historia para el triunfo definitivo de Cristo y de la salvación del hombre, está abriendo nuevos caminos a la Iglesia en su nuevo contexto histórico y debemos estar a la altura de los signos de los tiempos.

La *parábola del Buen Pastor* tiene para nosotros un significado sobrenatural. Nos da a entender que Dios jamás desespera de los hombres, ni nos da nunca por perdidos; que no nos desprecia cuando nos hallamos en peligro, ni es remiso en ayudarnos, sino que cuando nos desviamos del camino y nos equivocamos, trata de hacernos volver a la verdad y al bien, se congratula con nuestro regreso y nos reúne con la muchedumbre

de quienes ya luchan por vivir justa y piadosamente. Dios nos enseña a los cristianos a no distinguir entre buenos y malos, izquierdas y derechas, pues lo que tenemos delante son hombres y mujeres a quienes hay que anunciar a Jesucristo y decirles cómo nos ama Dios y quiénes somos nosotros.

A la evangelización por el diálogo

Lo que divide hoy a algunos católicos no son tanto los objetivos a conseguir como los métodos a utilizar. El Concilio Vaticano II ha señalado el *camino del diálogo*; de la posible nostalgia restauracionista de la Edad Media y del gueto eclesiástico hay que pasar al diálogo y a la tolerancia. Pero reconciliar a la Iglesia con el mundo es un *reto desafiante*, tanto como reconciliar a la cultura con la Iglesia. Es verdad que Dios ama al mundo; pero también está revelado que el mundo perseguirá a los discípulos de Jesucristo.

En su momento, la Cruzada, terrible por lo fratricida y sublime sobre todo por el testimonio de la fe cristiana, fue inevitable en España; eran otros tiempos. Mas gracias a Dios, ya no son tiempos de cruzadas, sino de diálogo y paciencia, siendo prudentes para no enzarzarnos en lo intrascendente. Hay que bendecir a Dios porque hoy la religión no discrimina a los españoles; pero querer que la religión no distinga y oponga a los españoles es una utopía ilusa e irrealizable, si de verdad creemos en el pecado original y en sus consecuencias. La reconciliación entre el bien y el mal nunca será posible.

El Espíritu Santo abrió hace tiempo el camino cuando se gestaron en la Iglesia nuevos movimientos eclesiales con un nuevo estilo evangelizador, como anuncio del kerigma fuera de todo conflicto con el mundo. Necesitamos nuevos cristianos sin complejos de inferioridad ante el mundo ni tampoco oprimidos por el pesimismo, sino capaces de comunicar a los demás la esperanza que ellos mismos tienen. Para eso es preciso menos ideologías y más talento; menos conflictos y más fe. No caigamos en esas falsas tolerancias que son verdaderas indiferencias y pérdidas de las certidumbres cristianas y del don de la evangelización. Es lamentable haber pasado de una

Iglesia triunfadora a una Iglesia silenciosa o silenciada. La Iglesia es neutral, tolerante en política; pero no es indiferente ante la vida, ante la familia, ante la moral social. La verdad es que el hombre sigue inquieto y sabemos que es preciso devolver la esperanza al hombre, y ésta se halla sólo en Jesucristo.

Cuestiones pendientes

Hay un libro escrito por Jean Guitton, titulado *Silencio sobre lo esencial*, donde se afirma que algunos clérigos actuales han perdido la capacidad de hablar de lo que de verdad interesa a la gente: Dios, Jesucristo, la Cruz, la Resurrección, la muerte, la vida. Muchas predicaciones son retórica más o menos práctica en el nivel humano y social, mas sin la espiritualidad y experiencia necesarias para sorprender a las personas. Se ha perdido el entusiasmo de ser cristianos y católicos; abundan los profetas de calamidades y son menos los profetas de la Buena Noticia. Los cristianos somos a veces un colectivo mortecino, acomodado, burocratizado. Se hacen Sínodos que no cambian nada y se publican documentos que nadie lee. En fin, andamos demasiado pendientes de nosotros mismos y se nos nota; mientras, la gente está hambrienta de Dios y nadie les parte el pan de la vida. Hay menos vocaciones sacerdotales y religiosas, y todavía algunos parece no darse cuenta que no es que el mundo esté mal, sino que es la Iglesia la que no refleja suficientemente a Dios; aparece demasiado la Iglesia y se anuncia poco a Dios.

Hay que volver a lo esencial para responder a las cuestiones pendientes. Primera, la Iglesia en las dos últimas décadas ha prestado *un gran servicio* a la sociedad española con su tolerancia, permaneciendo al margen de la lucha política; sin embargo, esta Iglesia, que se ha movido a remolque de los acontecimientos, está en deuda con los españoles por una carencia de liderazgo moral, que se ha traducido a veces en un silencio que alguien interpretó como relativismo intelectual. La cuestión no era aplicar o no aplicar el Concilio Vaticano II, sino el momento y el modo. En el inmediato posconcilio se produjo en España una desvinculación de la Iglesia del estado

orquestrada desde arriba; es verdad que la Iglesia tenía que buscar su sitio en la democracia, mas las formas tal vez fueron un poco extrañas e ilusas, si nos fijamos en los resultados.

En este contexto se ha pasado de un llamado "*nacional-catolicismo*" o catolicismo oficial a un catolicismo con frecuencia difuso, diluido, dividido, relativizado en un contexto de increencia institucionalizada. Estar la Iglesia donde tiene que estar no significa ocultarse. Bien está que la Iglesia haya renunciado a toda lucha por el poder político, pero mal está que la Iglesia no influya moralmente en la sociedad. De todos modos, no es cierto que la Iglesia estuviera sometida al estado en épocas anteriores, ni tampoco el estado a la Iglesia, pues eran y son realidades diversas y autónomas llamadas a una mutua colaboración. Fue una época en que, gracias a Dios, se educó a los españoles en el orgullo del alma y en la grandeza de la patria.

Segunda, *España está padeciendo un proceso de secularismo* durante los últimos doscientos años, después de la Revolución Francesa, con el breve paréntesis del franquismo. Este proceso de laicismo ha aumentado durante los 13 años del gobierno socialista, religiosamente beligerante, en cuanto ha fomentado la increencia; actitud inadecuada en un estado aconfesional. Es difícil que se entiendan la modernidad laica del socialismo y la Iglesia Católica, porque se rigen por diferentes verdades y justicias, aunque el socialismo español sea tan complejo al menos como el mismo catolicismo español. Han existido fricciones, no sólo por la beatificación de los mártires de la Cruzada y por la radio independiente COPE, sino también por el establecimiento concreto de un estado confesionalmente laicista, donde se ha programado el deterioro de muchos valores morales y cristianos, como el matrimonio, la familia, la vida, la enseñanza, la religión. Ahora, los valores son el dinero fácil, el poder, el consumismo sexual. El mal no disimulado no es sinceridad, sino descaro, y la corrupción ha llegado a cotas hasta ahora desconocidas en España.

Tercera, el *pluralismo religioso*. Decimos que la religión es plural y el pluralismo está no sólo en las diferentes religiones y confesiones cristianas, sino incluso hasta en el mismo pluralismo de la fe católica y de vivir en una orden religiosa; por

ejemplo, algunos bautizados católicos no creen en la vida eterna. Reflexionemos también sobre la vuelta de lo sagrado y sus manifestaciones, como la proliferación de sectas, el sincretismo religioso impersonal e intrascendente, la búsqueda de respuestas light o integristas (catolicismo frívolo y catolicismo refugio), el redescubrimiento de la novedad del Evangelio. Ahora bien, el pluralismo disgrega incluso al catolicismo, por falta de identidad y de sentido de pertenencia, pues la sociedad española valora hoy a la Iglesia Católica por su ayuda social y benéfica, pero no como transmisora de fe y vida trascendentes. Esto es evidente, si advertimos que a pesar de tantos recursos humanos como tienen los católicos en España, sin embargo encuentran muchas dificultades para transmitir la fe a las nuevas generaciones y para hallar vocaciones para los seminarios y monasterios. Claro, la fe se transmite con testigos y no con profesores, con la predicación y no con documentos.

Cuarta, necesitamos una *presencia social y pública de la Iglesia* en la sociedad para que se dé también un dinamismo social de los cristianos en un ámbito de libertad, respeto y tolerancia. Pero nos enfrentamos ante una de las grandes cuestiones teológicas pendientes: la forma de presencia de la Iglesia en el mundo, pues hay que superar tanto un estilo de cristianismo utópico y antiburgués, caracterizado por un optimismo ingenuo típico del inmediato posconcilio que hace creer que con el diálogo todo se consigue o que cediendo se arreglan las cosas, como de un cristianismo tradicionalista, de cristiandad o sociedad perfecta. No podemos aprobar ni un cristianismo humanizado, descafeinado, sin coraje evangelizador, ni tampoco una cristiandad atada a una ideología político-religiosa. Pasaron ya los tiempos, gracias a Dios, en que había cristianos por presión social o por coacción moral.

Por otra parte, hay unos *conceptos ilustrados* que se están aceptando por muchas personas incluso cristianas, que están destruyendo la verdadera presencia social de la Iglesia en este mundo. Hay algunos que afirman que la vida cristiana y su ética son privadas y, por lo tanto, no pueden convertirse en ética pública o en criterio de justicia en un estado democrático. Ahora bien, si el hombre, criatura de Dios, es social por

naturaleza, debe reconocer la soberanía de Dios en su vida privada y pública; no podemos excluir a Dios de la vida pública, si de verdad sabemos que el hombre frente a Dios no es auto-suficiente. Ahora bien, en una sociedad plural aunque no han cambiado los objetivos, sí han cambiado los métodos. En una sociedad democrática los cristianos, como los demás ciudadanos, tienen derecho y obligación a manifestar su pensamiento y su fe, sabiendo que tienen que respetar otras opiniones, es decir, fuera de todo fanatismo y de todo relativismo religiosos.

Otro ejemplo es la *tolerancia*, que algunos católicos manejan con facilidad en un ámbito pagano, pues todo depende de la noción que tengamos de bien y de mal. Si no existe un bien absoluto y el mal por sí mismo, la tolerancia se dicen con respecto a todo, por ejemplo, todas las religiones son iguales, lo cual quiere decir que se puede ser católico o protestante y no cambia demasiado la cosa. Esta tolerancia se transforma fácilmente en indiferencia entendida, también, como pérdida de la capacidad evangelizadora. En este contexto, vemos cómo cuando abundan ciertos pecados sociales como los abortos y los divorcios algunos cristianos identifican ser tolerantes con acostumbrarse al mal. Igualmente, la doctrina de que los separados y vueltos a casar por lo civil no pueden acercarse a los sacramentos escandaliza a muchos. Ahora bien, si pensamos que el bien y el mal existen en sí mismos, volveremos a decir que la tolerancia se dice sólo del mal, pues es absurdo decir que alguien tolera el bien. Comprender lo que pasa no significa justificarlo.

Frente a la *cultura dominante* caracterizada por la tolerancia, donde el hombre se mueve en lo social con una total autonomía de Dios, pues la moral ha quedado relegada al nivel privado y subjetivo, el cristiano debe reaccionar con valentía y perspicacia, aunque las cuestiones no se diriman embistiendo, sino pensando y nosotros también evangelizando.

La Misión de la Iglesia en este mundo

De la pastoral de sacramentalización es urgente pasar a una *pastoral de evangelización*, pues hoy día ya no es posible

en muchos ambientes llevar a la gente a Dios a través de las presencias de Cristo en la Iglesia, en los sacramentos, en el sagrario, en la sacerdote, en los pobres, en el cielo. La gente ya no tiene fe para ver a Dios en esas realidades. Hay que regresar a los llamados primeros signos de la fe, es decir, a esas realidades que una vez advertidas interrogan a los paganos y sirven para transmitirles la fe. En este sentido, además del milagro físico está el milagro moral del amor y de la unidad; la caridad cristiana nunca podrá reducirse a mera solidaridad. Es preciso, pues, vivir la fe en una comunidad que sea signo para los demás pudiendo advertir cómo los cristianos permanecen unidos y se aman y se perdonan unos a otros en la dimensión de la Cruz. Este es el fundamento de la evangelización; por eso se comprende el afán que pone hoy el diablo en destruir tantas comunidades cristianas y religiosas con las divisiones ideológicas o con la desaparición de la autoridad en orden a incapacitarlas para la misión, y en cegar a superiores haciéndoles pensar que esto se arregla con documentos, cuando lo que hay que hacer es evangelizar de nuevo a los mismos bautizados, incluso curas y frailes, para que reconozcan el propio pecado y se conviertan.

Y una vez que se dé la comunidad cristiana, ésta será en el mundo *sal, luz y fermento*, es decir, la misión de la Iglesia es iluminar a quienes están en las tinieblas; sazonar a quienes viven en la desesperación; y fermentar la sociedad impregnándola con el espíritu de Jesucristo. La Iglesia tiene que hacerse presente en medio del mundo, para que viéndola los hombres den gloria a Dios Padre. Ahora bien, los cristianos para llegar a interrogar a quienes idolatran al dinero, los afectos y el poder, han de renunciar antes a estos ídolos del mundo, y han de dar la vida por los demás, desapareciendo como la sal en los alimentos y el fermento en la masa. Dar signos al mundo implica llegar a no tener miedo a la muerte, experimentando que no nos morimos cuando nos callamos, cuando perdonamos, cuando pasamos por tontos ante los demás. La comunidad es un don de Dios que se recibe en un proceso de muerte a sí mismo y de nueva vida en Jesucristo, que necesita normalmente unos cuantos años. Es un error

diabólico que cristianos no suficientemente evangelizados y que no luchan bastante por la propia conversión, aunque hayan profesado en órdenes religiosas, se les envíe a un apostolado que jamás podrán hacer con dignidad y eficacia.

La Iglesia es llamada por Dios a revivir la figura del *Siervo de Yahvé* en nuestro mundo. No resistirse al mal, no juzgar, no condenar, y esperar contra toda esperanza hasta que los demás poco a poco queden iluminados, sazonados y fermentados; hasta que comiencen a preguntarse porqué los cristianos son diferentes; pues no protestan, no condenan, perdonan, aman al enemigo y aceptan la propia muerte. Incluso, vendrán de noche a pedir ayuda. Más difícil es saber comportarse con los judas, es decir, con quienes no sólo viven en la mentira, sino que luchan contra la verdad y el bien. Son quienes tratan de destruir a la Iglesia y de condenar a los cristianos a la Cruz. Por estos hay que aceptar la muerte para que también ellos puedan salvarse. Los cristianos verdaderos tendrán que aceptar que los destruyan, confiando en la vida eterna. La fortaleza cristiana se muestra particularmente en el martirio.

La *misión de la Iglesia en el mundo* es encarnar la santidad de Dios en cada época histórica. Del catolicismo de las obras hay que pasar al catolicismo de la santidad, potenciando las mediaciones de la santidad: evangelización, movimientos eclesiales, vida religiosa, espiritualidad cristiana. En algunas parroquias, conventos y comunidades cristianas, con la mejor buena voluntad, se siguen haciendo cosas que no construyen Iglesia; se hace por hacer algo, tal vez para entretenerse. Hay que volver a anunciar lo esencial. Y lo esencial es la fe recibida en el Bautismo, que nos da la vida eterna, es decir, la capacidad de no tener miedo a la muerte; la capacidad de amar y perdonar hasta entregar la propia vida por los demás. Pero sólo los profetas tienen la espada de la palabra y la coraza de la fe, que les permite parar los golpes y seguir anunciando a Jesucristo con valentía y eficacia.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Conocimiento, conciencia y vida mística

Introducción

Podemos empezar este artículo definiendo lo que es la vida mística, para ir descendiendo a la función del conocimiento en la vida mística y terminar hablando de la conciencia subjetiva de esa misma vida.

Etimológicamente *mística*, tiene un origen griego y significa cosa cerrada, secreta, oculta. Será en el siglo V de nuestra era cuando se da un sentido cristiano a la palabra *mística* con la obra del Pseudo Dionisio Areopagita. El término empezará a generalizarse en el siglo XVII y así hasta nuestros días.

La mística cristiana se caracteriza por la actuación de los dones del Espíritu Santo en el místico y la perfecta incorporación con Cristo. A este respecto nos dice B. Jiménez Duque: “Pero en sentido más estricto por vida mística entendemos aquí sencillamente cuando la vida, inmersa en el misterio de Cristo, llega a un nivel tal de madurez que queda toda empapada por la presencia y acción divinas, queda verdaderamente cristificada, divinizada (Prescindiendo ahora de cómo la vida mística pueda darse o no fuera de la pertenencia explícita a la Iglesia)”¹.

1. Conocimiento místico

El entendimiento contempla a Dios en este estado, no viéndole en su misma esencia como los bienaventurados, sino a través de los efectos de su gracia en el sujeto. En el estado

1. B. JIMÉNEZ DUQUE, *Dios y el hombre*, Fundación Universitaria Española. Madrid 1.973 (239).

místico, el conocimiento ve y contempla a Dios y tiene una experiencia inmediata de Dios en la sustancia del alma, pero siempre de una forma oscura y confusa, tal como nos lo presenta la fe.

Será la fe, el modo propio como conocemos y caminamos hacia Dios. Así nos dice Saudreau: “En nosotros la base de la vida sobrenatural es la fe. Pues bien; la fe desde que es aceptada por el alma, se apodera de ella, la penetra; introduce algo divino en la inteligencia, hace al alma partícipe del pensamiento divino, de ese pensamiento divino que por toda la eternidad la ilumina maravillosamente en el cielo”².

Esta fe unida a la caridad, cuando se infunden pasivamente en el alma, da lugar a la *contemplación infusa*, es “un conocimiento amoroso de Dios infuso” (N. Osc. II, 18). Este amor es infuso y ya no tiene necesidad de ejercitarse en laboriosas consideraciones. “Es Dios quien actúa y el alma quien recibe, Dios instruyendo al alma e infundiéndole en la contemplación bienes muy espirituales, que son el conocimiento y el amor divino reunidos” (Llama, II. v. 3. párr. 5)³.

El amor pasivo hace al alma semejante a Dios y la mantiene unida a Dios en sencillez de formas y en pobreza y desnudez de espíritu. Santo Tomás atribuye esta obra mística, fundamentalmente al don de Sabiduría: “En la contemplación vemos a Dios mediante la luz de la sabiduría, que eleva el espíritu haciéndolo apto para percibir las cosas divinas, aunque la esencia divina no la veamos inmediatamente; así por la gracia el contemplativo ve a Dios después del pecado original, aunque con menos perfección que en el estado de inocencia”⁴.

Según San Juan de la Cruz, las características de la contemplación son fundamentalmente tres:

1.^a- *El amor*: la mística es noticia amorosa (Subida, 1,2. c. XXIV, n.º 4; sabiduría amorosa (Noche, 1, 2. c. V. n.º 1; ciencia del amor (Cántico, c. XXCVII, n.º 5), etc.

2. Rev. “Vida Sobrenatural”. 1936 (I). (259).

3. *San Juan de la Cruz. Llama, II*, vers. 3. párr. 5.

4. *Santo Tomás de Aquino, De veritate*, q. 18. a. 1. ad 4.

2.^a- *La fe*: Amamos a Dios sin entenderle (Cántico pról. n.º 2); es inteligencia confusa y oscura (Subida, 1, 2. c. XXIV, n.º 4); por la fe se comunica la sabiduría de Dios (Subida, 1, 2. c. XXIX, n.º 6).

3.^a- *Infusión divina, secreta y pasiva*: (Noche, 1,1 c. X, n.º 6); Infunde Dios al alma secretísimamente sin ella saber cómo (Cántico, c. XIX, n.º 12). (Noche, 1, 2. c. V, n.º 1).

Esta contemplación oscura es un camino esencial para alcanzar la unión con Dios. Es lo que se llama también la *mística esencial*, que no es otra cosa que llevar a plenitud las gracias del bautismo que todo cristiano ha recibido en semilla. Lo que llamamos Ascética es por tanto una simple preparación para la vida mística. Así nos lo enseña San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. El P. Arintero dice a este propósito: “Y como no enseña ni conoce más que una sola contemplación verdadera, con la cual se ha de lograr la plena renovación y deificación del alma, y la perfección y heroísmo de las virtudes en la unión íntima con Dios, tampoco enseñó ni admite más que un solo camino de perfección, que es el que, por la continua negación de sí mismos y la fiel imitación de Cristo, lleva a encontrar el Reino de Dios y su justicia en el perfecto cumplimiento de la divina Voluntad, que es donde se halla el místico reposo prometido a las almas. Por lo mismo tampoco puede admitir más que una sola santidad o vida espiritual, que es la recibida por íntima comunicación de Aquel que dijo: “Yo soy... la vida”, y tiene sus delicias en morar con nosotros, escogiendo para habitación suya la suprema o central Morada 7.^a del maravilloso Castillo interior, hacia la cual se van acercando, hasta hacerse capaces de poder entrar en ella, cuantos son fieles en cumplir lo que progresivamente se va exigiendo en las otras moradas, según la Santa declara ya en la primera”⁵.

Junto a la contemplación oscura y confusa (mística esencial), existe también una contemplación distinta (mística accidental) como son las visiones, locuciones, éxtasis senti-

5. Rev. “Vida Sobrenatural”. 1952 (360).

mientos, revelaciones, etc., que no son esenciales a la vida mística y que son gracias añadidas a la gracia ordinaria; por no ser esencial, no todos los místicos poseen estos dones.

Debido a la ignorancia de estos temas, mucha gente confunde la mística con estos fenómenos accidentales y extraordinarios. “Si por éxtasis entendemos una sencilla pero intensa atención amorosa a la presencia y llamada de Dios, habría que decir que eso es algo normal en toda la vida espiritual bien madurada, en toda vida mística. Pero si entendemos por éxtasis algo más, sobre todo esa abstracción profunda, esa atadura de potencias, y hasta esa repercusión externa, hay que afirmar que ello, en el mejor de los casos, es decir, que fuese algo auténtico en el sentido de querido por Dios, es en definitiva algo accidental, que no tiene nada que ver con lo esencial de la vida mística”⁶. El P. Osende nos dice: “Pero guardémonos muchísimo de confundir las cosas: nada de cuanto se lee de extraordinario en las vidas de los santos es la santidad, fuera de la suprema sencillez y pureza de su corazón. Ser santos no es hacer milagros, ni tener éxtasis, ni nada de eso; es sencillamente estar unidos con Dios y ser, como Dios, buenos, bienhechores y bienaventurados”⁷.

Una vez visto el conocimiento místico, pasamos a tratar de comprender, qué tipo de conciencia subjetiva se da en los altos grados de la vida mística.

Siguiendo a San Juan de la Cruz, si la contemplación es infusa y oscura y no entra por los sentidos, se convierte en algo secreto para el mismo que lo posee; por lo tanto, un alto grado de contemplación, normalmente va acompañado de un conocimiento confuso de Dios y el que la posee, podrá barruntar algo, sobre todo por los efectos que deja en el sujeto la unión con Dios. Será, por tanto, un conocimiento implícito, oscuro, confuso, casi nunca claro y distinto, a no ser por una revelación especial de Dios. Es lo que el Pseudo Dionisio llamaba “rayo de divina tiniebla”.

6. B. JIMÉNEZ DUQUE, *Op. cit.* (233).

7. V. OSENDE, *Grandes etapas de la vida espiritual*, Fides, Salamanca 1.953 (181).

2. *Conciencia mística*

Podemos dividir este apartado en dos puntos:

- a) Algunas señales que revelan la presencia de Dios en el alma del místico.
 - b) Testimonios y citas que aclaran las tesis anteriores.
- a) *Principales señales de la vida mística en sus grados eminentes*
- 1.^a- *Impersonalidad mística*: Desaparición del propio yo, que se siente movido por la fuerza del Espíritu Santo. Se sienten más bien pacientes, que no agentes de dichas operaciones.
 - 2.^a- *Impotencia mística*: Es consecuencia de la anterior. Imposibilidad de obrar por medio de las potencias, como sucedía habitualmente antes de llegar a este estado.
 - 3.^a- *Ignorancia mística*: El místico siente la incomprendibilidad de Dios, pero no ve nada distintamente. Es un “entender no entendiendo” que dice San Juan
 - 4.^a- *Unidad y simplicidad*: Siente que el alma sólo tiene una operación que es el amor y huye de cualquier género de multiplicidad, aún de los ejercicios de piedad. Se siente atraída hacia el reposo y la soledad.
 - 5.^a- *Paz profunda*: Paz que no se puede ver alterada ni por las pasiones, ni por los goces sensibles: “Mas ¿cuáles son estas riquezas y cómo las reparten? Ya lo hemos dicho: son todas las riquezas de Jesús y las reparten con su mismo espíritu, de un modo muy sencillo y como natural, siendo por El guiadas y movidas en todos sus actos. Nadan ellas en la paz, en la tranquilidad, en la Cruz, en la consolación del Dios de toda consolación; y he aquí los tesoros inapreciables y divinos que comunican a todos los que tratan por sus modales, por la inalterable serenidad de su rostro, por su trato dulce y cortés, por sus palabras llenas de

sabiduría y de verdad. Está escrito que la boca de los justos es una vena de vida: *Vena vitae os iusti*; y así derraman la vida por todas las palabras que de sus bocas salen”⁸.

Paz porque en el fondo lo poseen todo y no tienen necesidad de nada: “Porque en este estado ya no hay cambios ni alternativas sustanciales. Se acabaron los deseos, las preocupaciones, los temores. Dios mora de un modo permanente en el fondo del alma y lo llena todo con su plenitud infinita, de tal modo que ella ya no tiene nada que desear ni que pedir, sino dejar que El consume su obra divina”⁹.

- 6.^a *Libertad*: Son libres frente a la ley, porque aman mucho. Para ellos la única ley que existe es la ley del amor: “El alma que ama es libre en todo lo que hace, dice y piensa. No tiene otra ley, otra regla ni otra norma que las que le impone el mismo amor. Los límites de su libertad son los mismos del amor; y la medida y los confines del amor son infinitos. El amor no tiene confines, porque es eterno e infinito, como el principio que le informa.

De modo que un alma poseída por el amor, puede obrar o no, hablar o callar, vivir en soledad o en compañía, conversar y tratar con santos o con pecadores, con hombres o con ángeles. Es plenamente libre, y todo lo que hace es bueno, es lo mejor, lo más digno de mérito, aprobación por Dios, y de su complacencia. No necesita tampoco pensar y discurrir sobre lo que ha de hacer y cuándo. Todo se lo advierte y se lo dice el amor, en cuyo seno descansa, con esas breves y sencillas miradas que la siguen en todo lo que hace y la acompañan constantemente en todas partes, brindándole consuelo y paz. Ya puede, en verdad repetir con la Esposa de los Cantares: “Me ha amado el Rey y me ha metido en su cámara” (Cant 1, 4). Y con el Real

8. Rev. “Vida Sobrenatural” 1930 (I). (373).

9. Rev. “Vida Sobrenatural” 1943 (425).

Profeta: “En él mismo dormiré y descansaré en paz”, (Sal 4, 9). Sí, alma dichosa, duermes y descansas en paz, que tienes motivos. En el lugar en donde moras estás protegida por el Altísimo. ¿Qué más puedes desear que la protección de tu Dios?”¹⁰.

7.^a- *Dones del Espíritu Santo*: Posee todos los dones del Espíritu Santo en su plenitud. Nos dice el P. Arinterro a este propósito: “El don de Sabiduría y el de Entendimiento le hacen gustar las inefables dulzuras divinas que embriagan e hieren dulcemente y creciendo en amor, penetrar los grandes misterios que dejan al alma abismada en adoración, y dándole allí a conocer en todas las cosas, el verdadero valor que merecen, y en todo juzgar con acierto, evitando los engaños del mundo.

El de Ciencia y Consejo, distinguir con delicadeza el bien del mal y aplicar en cada caso los más oportunos medios para practicarlo sin peligros. Y por fin la Fortaleza y la Piedad, y el Santo Temor, dan fuerzas y habilidad y delicadeza juntando las más exquisitas ternuras, con la mayor virilidad, y la familiaridad y confianza más extremadas, con la suma reverencia debida al Dios tres veces Santo y a todos sus representantes¹¹.

b) *Testimonios y citas que aclaran estas tesis*

1.^a- Fijémonos primero en el testimonio de los que conocieron al siervo de Dios P. J.G. Arinterro. Así la madre Magdalena de Jesús Sacramentado, dirigente suya durante muchos años y que conoció muy personalmente al P. Arinterro, nos dice: “Su persona tenía algo que no se puede explicar. Atraía animaba, consolaba; hacía sentir un no sé que no era de esta tierra. Bastaba a veces para obrar estos efectos, sólo verle u oír pocas

10. J. PASTOR, *La Santidad es amor*, Anaya, Salamanca 1.973 (256).

11. Rev. “Vida Sobrenatural” 1950 (353).

palabras de su boca. Eran sin duda esas emisiones preciosas de que habla el Espíritu Santo en los Cantares, que salen del alma fiel o Esposa Sagrada: "*Emmisiones tuae paradysus...*".

Esta virtud especial que tenía todo lo del P. Arinterro, su persona, sus palabras, nos dan motivo fundado a creer había recibido ese precioso ("toque de centella") del fuego del Eterno Amor y probado el "adobado vino" de que habla San Juan de la Cruz:

Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino"¹².

Otro íntimo amigo suyo, el P. Lozano que le confesó, nos dice: "De la oración del P. Arinterro no sé decir sino lo que ya he dicho, esto es, que estaba compenetrada y como fundida con el estudio y con el trabajo, y así puede decirse que nunca salía de ella". ¡Y se quejaba de no tenerla! Este era el reproche que siempre tenía para sí: "tanto hablar y tanto escribir de oración y estar yo tan seco y tan frío en ella". "Santísimos juicios de Dios! ¡Y cómo le place que los santos vivan ignorados de si mismos! La del P. Arinterro sin duda que alcanzaba los grados de oración de unión muy perfecta, y acaso en algunos momentos los trascendía"¹³.

El mismo P. Arinterro en una carta dirigida a su confidente la M. Magdalena de Jesús Sacramentado, dice: "Pues debo añadirle, hija mía, para mi confusión, que por mis pecados, flojedades y tibiezas, con hablar y escribir tanto de mística, y sentirme movido a ello, y estar convencidísimo por no sé qué luz o fuerza superior; que en general lo que he escrito es verdad..., y con gozar mucho de ver que eso hace bien a las almas, y estar dispuesto a cualquier sacrificio por hacerles ese

12. Rev. "Vida Sobrenatural" 1929 (I). (89-91).

13. Rev. "Vida Sobrenatural" 1929 (I). (140).

servicio y glorificar así a N. S..., y con seguir persuadido de que si se tarda mucho en lograr esas gracias es solo por nuestra culpa...: tengo el gran sentimiento de decirle con toda sinceridad que aún no he sentido nunca la gracia de la íntima unión con Dios, ni aún quizá la de un momento de oración de quietud... Mi mejor oración es: *Ut jumentum apud te...*"¹⁴.

- 2.^a- Otro testimonio importante es el de Santa Teresita del Niño Jesús. La santa que nos enseñó el camino de la sencillez y de la infancia espiritual y que no parece que tuviera gracias extraordinarias al estilo de su madre Santa Teresa en el camino hacia Dios: "Ella advierte que su Caminito es ordinario; no olvidemos esto, que es muy importante; pero entendámoslo: si estudiamos su vida y su Caminito, veremos una vez más que este ordinario excluye lo que exponemos en el cap. "Lo extraordinario" (los fenómenos accidentales de la vida espiritual, como ciertas revelaciones y locuciones, etc.); pero no excluye la mística esencial el estar poseídos y movidos por el Espíritu de Dios; la santa no entiende por ordinario lo vulgar y mezquino, el camino ancho de la tibieza y disipación y pequeñas infidelidades, camino que Dios reprobó en el Evangelio aunque muchos vayan por él, camino que la santa tan generosa y ejemplar estuvo muy lejos de seguir"¹⁵.
- 3.^a- Un texto importante y fundamental es el de San Juan de la Cruz en su prólogo a la Subida del Monte Carmelo y en la Noche oscura, donde nos dice que el objetivo de escribir estos libros es ayudar a las personas, que a veces pasando por la noche oscura del espíritu, no son conscientes de lo que les sucede. Todos sabemos que esta noche oscura del espíritu pertenece a los grados más elevados de la vida mística. Escuchemos al Santo Doctor: "Por lo cual es recia y

14. J. ARINTERO - J. PASTOR, *Hacia las cumbres de la Unión con Dios*, Calatrava, Salamanca 1979 (110-111).

15. M. B. ARRESE, *Suma de la vida espiritual*, Salamanca, 1982.

trabajosa cosa en tales sazones no entenderse una alma ni hallar quien la entienda; porque acaecerá que lleve Dios a una alma por un altísimo camino de oscura contemplación y sequedad en que a ella le parece que va perdida, y que, estando así llena de oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones, encuentre con quien le diga, como los consoladores de Job (2, 11), o que es melancolía o desconsuelo o condición, o que podrá ser alguna malicia oculta suya, y que por eso la ha dejado Dios, y así luego suelen juzgar que aquella alma debe de haber sido muy mala, pues tales cosas pasan por ella”¹⁶.

En el libro segundo de la Noche pasiva del espíritu nos vuelve a recordar su objetivo fundamental: “Por que lo que era de más importancia y por lo que yo principalmente me puse en esto, que fue tan noche a muchas almas que, pasando por ella, estaban della ignorantes –como en el prólogo se dice–, está ya medianamente declarado y dado a entender (aunque hartamente menos de lo que [él] lo es), cuántos sean los bienes que consigo trae (a) el alma, y cuán dichosa ventura le sea al que por ella va, para que, cuando se espantaren con el horror de tantos trabajos, se animen con la cierta esperanza de tantos y tan aventajados bienes de Dios como en ella se alcanzan. También, demás desto, le fue dichosa ventura al alma por lo que dice luego en el verso siguiente, es a saber: a oscuras y en celada”¹⁷.

- 4.^a- El gran especialista francés sobre mística, Saudreau, tiene un texto digno de mención “Tampoco da a conocer el Señor a todas las almas santas, que les otorga la dignidad de esposas o siquiera que quiere tratarlas como tales. En efecto, que les dé o deje de darles este título, ¿no puede Dios conceder a sus fieles las mismas preciosas mercedes y obrar en ellos las mismas

16. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Su vida*, pról. n.º 4, B.A.C., Madrid, 1973.

17. ID., *Noche* (Libro segundo), Cap. 22,

maravillas de amor? Así que, la mayoría, según creemos, sólo en el cielo llega a saber que las elevó Dios a este sumo grado de gracia y santidad”...

“¿Saben los habitantes de este noveno peñasco, pregunta Susón al Señor, que están unidos con Dios y con su origen?”. No lo saben positivamente, responde Jesucristo. Parece, en efecto, más conforme con la conducta ordinaria de la divina Providencia ocultar a las almas escogidas la excelencia de las mercedes que se les otorgan¹⁸.

- 5.^a- Otro excelente teólogo español J.A. Lama Arenal nos dice: “Es tan grande la gracia que poseen las almas de sublime santidad, que no puede conocerse al exterior cuánta sea, ni ellas mismas lo saben ni lo desean saber; su valimiento ante Dios puede decirse que es total, pues ordinariamente alcanzan cuanto piden, y gozan de tanto poder ante el Señor, que, si una sola pidiera alguna cosa y los demás cristianos lo contrario, Dios la escucharía a ella con preferencia”¹⁹.

En otro de sus libros nos dice con gran claridad: “No a todas estas almas les da Dios a conocer que están tan unidas con El y la excelencia de las mercedes que se les otorgan, sino que la mayoría de ellas sólo en el cielo llegarán a saber que Dios las elevó a ese sumo grado de gracia y santidad”²⁰.

- 6.^a- Por fin, un gran especialista actual sobre la dirección espiritual nos dice: “La última línea de la poesía de San Juan de la Cruz, Suma de la perfección: “estarse amando al Amado”, describe no solamente la quintaesencia de la vida eterna, sino también la quintaesencia de esta vida mortal. El último acto humano de todos y cada uno de nosotros es un acto eminente-

18. A. SAUDREAU, *Los grados de la vida espiritual*. Tomo II, Barcelona, 1906, pág. 334.

19. J. A. LAMA ARENAL, *Teología mística*. Cantabria, Santander, 1940. (181-182).

20. J. A. LAMA ARENAL, *Hasta la cumbre de la santidad*. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1947 (235).

mente contemplativo de total y amoroso abandono en las mano de Dios. De ahí que éste sea también eminentemente místico. No es nada raro encontrar auténtica unión mística –desposorio espiritual– en enfermos desahuciados o a punto de morir. Es muy probable que algunos hospitales alberguen más contemplativos y místicos que muchos conventos y monasterios. Lo que pasa es que no sabemos descubrir o no solemos darnos cuenta del calibre de tales personas, ni tampoco ellas mismas se ven de esa manera”²¹.

Conclusión general

La santidad y la mística es el desarrollo normal de la gracia. Todos estamos llamados a ella y debemos quitar los impedimentos que nos impiden llegar a esta santidad.

La mística es una meta para gente valiente y esforzada; pero también algo más sencillo de lo que muchas veces nos han enseñado. Quisiera acabar con este texto de una persona experimentada: “Entendí que la santidad no es otra cosa que la unión de nuestra alma con Dios, y que esta unión se verifica en un instante y de un modo tan sencillo que al mismo tiempo que el alma conoce la grandeza a que es elevada, pues no hay más que desear, parece que se pregunta a sí misma: ¿y la santidad no es más que ésto? Se imaginaba tener que hacer muchas cosas para alcanzarla, y al ver ahora tanta sencillez, queda sorprendida y al mismo tiempo vencida, de que verdaderamente es así. Quitados los impedimentos, el alma no tiene que hacer otra cosa; todo lo demás lo hace el Señor”²².

SATURNINO PLAZA AGUILAR, PBRO.

21. F. K. NEMECK - M. T. COOMBS, *Nuestra trayectoria espiritual*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1988 (259).

22. J. Arintero - J. Pastor, *Hacia las cumbres de la unión con Dios...* (46).

La tarea de llegar a ser Frailes Predicadores

“Considerad la roca de la que habéis sido tallados, y la cantera de la que habéis sido sacados. Mirad a Abrahán, vuestro padre; y a Sara, que os dio a luz” (Isaías 51, 1-2).

Confieso que al iniciar esta reflexión trato sólo de compartir amores entrañables que hoy interpreto como urgencia de conversión para que mañana sean otra vez nueva primavera de evangelización. Me siento en comunión con la vocación recibida y pido a Dios que mis pobres palabras sean simiente de oración, paciencia y esperanza; escribiendo tal vez no caiga en el silencio cómplice y cobarde ante lo que acontece. Que el Señor me conceda la capacidad de escribir con verdad y amor de lo que es mi vida y amo: la vida de Fraile Predicador. Reflexionando sobre la vida del dominico a la luz de Santo Domingo de Guzmán, nuestro Padre, *advier-to*, en primer lugar, la actualidad urgente del carisma de nuestra orden y, en segundo lugar, la relación entre la crisis en la que está sumida la orden en la cabeza y en los miembros y su pobreza evangelizadora.

La preparación al Jubileo del Año Santo 2000 nos convoca este año de 1996 por medio de la Iglesia a la *conversión* y a la penitencia también en las Ordenes y Congregaciones Religiosas. Son ciclos históricos en los cuales es necesario renovarse, si queremos evitar la extinción; y la renovación tiene dos fuentes: el regreso a los orígenes y el discernimiento del tiempo presente en el que es preciso vivir religiosamente. Que Dios se compadezca de nosotros por la sangre preciosa de Jesucristo y por la intercesión maternal de la

Virgen María; que nazcan en corazones y mentes jóvenes la noble vocación de llenar de nueva vida claustros viejos. Escribo con temor y temblor, pues cuando entro en un convento de dominicos me encuentro en mi casa y nadie me ha llamado a juzgar; sólo busco la voluntad de Dios. El día 5 de abril de este año, Viernes Santo, como en años anteriores, arrodillado ante la tumba de Santo Domingo en la Iglesia Conventual de Bolonia, he experimentado que lo que a mí me compete es sólo discernir la voluntad de Dios y cumplirla con humildad.

Un gran motivo de esperanza es advertir que hoy, cuando tan pobremente resuena la Palabra de Dios en algunos espacios, el Espíritu de Dios *está gestando* ya en la Iglesia un nuevo tipo de sacerdote para el siglo XXI. Me gustaría que se estuvieran formando también ya en algún lugar los nuevos dominicos, quienes, conectando con los orígenes de la Orden, con las necesidades pastorales de la Iglesia y del mundo actuales y superando las consecuencias nefastas del posconcilio, volvieran con entusiasmo a la experiencia de la itinerancia apostólica. Mientras, como ejemplo para nosotros, tenemos ya delante una nueva vocación, incluso atípica: los seglares y las familias neocatecumenales que, enviados a la evangelización itinerante, están ya entregados al anuncio kerigmático de Jesucristo en las naciones.

El *kerigma* es el anuncio de un cristianismo radical, paradójico, diverso al sentir común de los cristianos, y capaz de ofrecer lo inaudito y lo extraordinario de la fe en Jesucristo Crucificado y Resucitado. No se trata sólo de practicar la justicia distributiva, dar a cada uno lo suyo, y de establecer la paz, destruyendo las rebeldías y agresividades humanas, sino de transmitir la vida de la fe y del amor hasta dar la propia vida, mostrando con ejemplos al hombre cómo se actúa en santidad. La Iglesia es sal, luz y fermento, cuando responde a dos cuestiones que el hombre no puede superar: el mal y la muerte. El apóstol es un mártir de la palabra, fortalecido por la parresía apostólica (Hechos 13, 46). El fracaso como victoria se aprende adorando a un Dios aparentemente vencido y realmente vencedor.

La Herencia recibida

Ser Dominicó, aunque es algo inventado ya hace siglos, no deja de ser *sorprendente* cuando nos acercamos a la vida de Santo Domingo de Guzmán y de los demás santos dominicos. La vocación del Fraile Predicador en la Iglesia es algo tan extraordinario que no es fácil; pero cuando se vive es realmente seductor. En fin, se trata de asumir una herencia estupenda, después de conocerla y admirarla; se trata de ser dominico sin poder ser otra cosa. Ser ontológicamente dominico. Volvamos, pues, a las fuentes de nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán y de la Orden en vistas a dar una respuesta adecuada a las necesidades actuales de la Iglesia y del mundo.

Nos preguntamos cómo se gestaron estos hombres austeros y verdaderos, capaces de hacer y decir la verdad con amor; *hombres magnánimos*, capaces de hacer lo pequeño con grandeza y lo grande con sencillez. Lo esencial en el hombre, no es lo que hace, sino la calidad del corazón y el sentido que da a su vida. ¿Cómo adquirir esta disciplina espiritual, esta consistencia en la doctrina, esta entereza del corazón? Estamos en guerra espiritual y es preciso tener la piel dura, el corazón de carne, y el espíritu de bronce. Hay que permanecer adheridos al bien y a la verdad, y ser capaces de rechazar espontáneamente el mal y el error. Permanecer al margen de los partidos y de las ideologías para servir sólo al Señor de la verdad y del amor. El dominico es un hombre entusiasmado, cuyo sentido es sólo hablar con Dios o de Dios.

El *origen histórico* de la Orden de los Frailes Predicadores se halla a principios del siglo XIII (1215) en un contexto caracterizado por el pobre anuncio de la Palabra de Dios y porque, además, era rechazada en ambientes heréticos. Este ámbito en el que predicaron el Obispo de Osmá, Aceves, y el Subprior de su Cabildo, Domingo de Guzmán, es paradigmático para nosotros. No se puede ser dominico sin estar entregado a la predicación; el dominico tiene que predicar siempre que se lo pidan; si no ¿quién le asegura que Dios le asistirá cuando él desee predicar?

El *origen institucional* se clarifica en la necesidad de la Diócesis en el Condado de Tolosa (Obispo Fulco) y de la Iglesia Universal (Papa Inocencio III), donde fueron instituidos los primeros dominicos como colaboradores del Obispo y del Papa para la predicación itinerante diocesana y, finalmente universal en toda la Iglesia. La Orden de los Frailes Predicadores es un órgano creado por la misma Palabra de Dios y aprobado y confirmado por el Sumo Pontífice para anunciar la Palabra en comunión con la Iglesia. La fidelidad al Papa y a los Obispos y la comunión con ellos es esencial en la vida y predicación de los Frailes Predicadores. La lógica tensión entre la institución y el carisma nunca puede llegar a la desobediencia y a la ruptura, pues aquéllos, ambos, proceden del Espíritu Santo.

El *origen espiritual* de los Dominicos nos descubre que Santo Domingo no fue nuestro fundador por casualidad. La predicación nace de la Palabra de Dios fecundada por el esperma del Espíritu Santo y es ésta la que da forma al predicador. Jesucristo es el predicador principal; los apóstoles y sus sucesores, sus vicarios. Por eso, el Dominicano es instrumento de Cristo cuando predica, y aprende a predicar viviendo en la vida apostólica y en el discipulado de los obispos, que son los maestros. En este contexto, se explica la ascesis del estudio de la Palabra y sobre todo la oración y la celebración de la misma Palabra como realidades que dieron forma al espíritu de Domingo en Palencia y en Osma; y los misteriosos 10 años de Domingo en el Languedoc (1206-1215), siendo sal, luz y fermento en medio de dificultades y gozos, le capacitaron para recibir de Dios el don de ser Padre y Fundador de una Orden de Frailes Predicadores. Dios, al poner en el corazón y en la boca de Domingo la palabra profética, recibió el don de la palabra para él y para sus hijos.

El dominico es hijo de *la gracia de la palabra* y del espíritu de Santo Domingo de Guzmán; corporativamente pertenece a una comunidad de hombres libres de pecados y de cargos jerárquicos, dedicados a tiempo completo al anuncio con dignidad y eficacia, con autoridad evangélica, de la Palabra de Dios, para lo cual vive en comunidad disponiéndose

a acoger y vivir la Palabra mediante el estudio, la liturgia y las observancias regulares. La autoridad, que brota de la tensión profética nacida en la contemplación de la verdad y de la abundancia del corazón, va acompañada de la urgencia y necesidad de anunciar la Palabra al estilo de Santo Domingo de Guzmán; cuando se experimenta el poder de la Palabra se recibe el poder para comunicarla a los demás. La palabra, en la medida que vivifica, impulsa a ser anunciada donde no lo ha sido.

El Dominico está capacitado vocacionalmente para anunciar la Palabra a los alejados incluso en *lugares adversos*, donde es difícil y se experimentan dificultades externas e internas, como Cristo, los apóstoles y también Domingo de Guzmán entre los herejes. El dominico es sacerdote por ser dominico; es sacerdote por ser miembro de una religión profética, pues el anuncio de la Palabra y su celebración lleva al culto de los sacramentos. El Sacramento se apoya en la Palabra y ésta florece en el Sacramento. La predicación termina en los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. No obstante, como la misión en la Orden se concibe corporativamente, no individualmente, hay también dominicos no sacerdotes y dominicas llamados todos a colaborar en la misión de sus hermanos sacerdotes. Ahora bien, los sacerdotes dominicos no pertenecemos al presbiterio diocesano, sino al de la propia comunidad y Orden, aunque pastoralmente formemos parte de un contexto diocesano.

Qué debemos hacer hoy los Dominicos

El mundo y la Iglesia en los que nos encontramos están en un *cambio permanente*, debido a nuestra sociedad cultural y religiosamente plural. En consecuencia, necesitamos permanecer siempre atentos con ojos avizores para descubrir el bien y la verdad, sea donde sea. Para ello habrá que salir continuamente de las propias costumbres y vivir extramuros. Sería insensato caer en monolitismos, reduccionismos y mediocridades uniformes, sin advertir que muchas oposiciones son verdaderas diferencias complementarias. Ahora bien,

no obstante estos cambios, si entramos en el conocimiento y amor de la Iglesia de Jesucristo nos daremos cuenta que las verdaderas necesidades profundas de la Iglesia en este mundo no han variado: la evangelización para la conversión, y los catecumenados donde se gesta la vida en comunidad.

Un gran problema hoy día en la Orden de los Frailes Predicadores, como en otras órdenes, no es tanto la escasez de vocaciones ni el consiguiente envejecimiento de las comunidades, sino la *pérdida del sentido sobrenatural* y del entusiasmo real, no ficticio, de la Vida Religiosa según el estilo y la forma de Santo Domingo. En este contexto, el reto es evidente: hay que impedir que se introduzcan ideologías que dividan corazones y comunidades, las cuales reducirían a cenizas el campo yermo, incluso las ramas cascadas. Y no tengamos miedo a los Judas, pues cada buen cristiano tiene el suyo, y la Orden de los Predicadores tiene los suyos, como Cristo tuvo el suyo y le subió a la Cruz.

Intento presentar sencillamente un *diagnóstico* de la situación en la que nos encontramos actualmente los dominicos y los posibles remedios, confiando siempre en la misericordia divina, pues en estas cuestiones espirituales nuestros compromisos son vanos si no los bendice Dios. Soy consciente que no debemos caer en un estado de indefensión psicológica, pensando que los acontecimientos que nos rodean son ya incontrolables y que será imposible cambiar el destino. Cuando hablo de un cambio de paradigma hablo de esperanza, que es siempre más fuerte que el sentimiento de malestar por muy generalizado que esté el pesimismo. Ni la resignación pasiva, ni la arrogancia fatal son cristianas. Si la capacidad creadora del hombre es grande, ¡cuáles no serán las posibilidades de la gracia de la predicación que Dios concedió a Santo Domingo de Guzmán para él y para sus hijos! El futuro no es de quienes interpretan la sociedad, sino de quienes la transforman. Y hay en la Iglesia muchas experiencias capaces de transmitir vida, que pudieran iluminar nuestra oratoria y sobre todo nuestra trayectoria.

Nuestra primera obligación es hacer un *Examen urgente de Conciencia* sobre la fidelidad de Dios a los dones recibidos

por nosotros y nuestra infidelidad al carisma de la Orden, como se evidencia en la pérdida de la capacidad evangelizadora entre algunos frailes. Nada podremos hacer si no comenzamos reconociendo que estamos padeciendo una crisis grave que afecta a la cabeza y a los miembros. Es evidente la dificultad que tenemos para reconocer los dones de Dios y también nuestros pecados, y esto lleva a algunos a pensar equivocadamente que estamos en un momento glorioso. El pecado no se reconoce, ni se vence, mediante la ideología, sino gracias a la profecía. Además, ninguna Congregación Religiosa se salvará con normas, pues nuestra naturaleza es profética.

¿Dónde está en la Iglesia española ese *grupo de predicadores*, llenos de la experiencia de la Palabra de Dios, presentes en la vanguardia de la nueva evangelización hoy tan necesaria ante la nueva paganización y ante los nuevos enemigos de la Iglesia? ¿Acaso no hay un vacío de dominicos en los lugares donde urge hoy la evangelización? ¿Estamos de verdad al servicio de las necesidades actuales de la Iglesia, haciéndonos eco de las llamadas del Papa y de la pastoral diocesana? ¿Estamos en sintonía con el Papa y preguntamos a los Obispos para saber qué es lo que están esperando de nosotros en este momento concreto? Nosotros, llamados a anunciar la palabra en situaciones adversas, ¿qué hacemos cuando en algunas diócesis y parroquias se está programando una pastoral de atención a los que todavía van al Templo olvidando la urgente pastoral evangelizadora de los alejados? ¿No se constata a veces que una es la línea oficial de la Iglesia y otra la de la Orden, extendiendo a veces ideologías contrarias al Magisterio y a la vida de la Iglesia? Si esto fuera cierto, ¿no sería verdaderamente lamentable en una Orden nacida para el servicio del Papa y de los Obispos?

Se constata también una *falta de fidelidad* a los elementos constitutivos de nuestra vida. ¿Dónde están esas comunidades de dominicos entregadas plenamente al estudio, a la celebración coral de la liturgia y a las observancias regulares en la vida de comunidad? El carácter intelectual de la Orden está en peligro. La herencia de nuestros mayores nos invita a ser

creativos doctrinal y pastoralmente ante las nuevas necesidades de la Iglesia. Mas la teología se hace en la ascesis de quien pasa horas estudiando y rezando, siendo sensibles a la voluntad de Dios y a las necesidades de la Iglesia. La división de las mentes por las ideologías, de los corazones por los afectos desordenados y de las vidas por los compromisos inadecuados impiden la verdadera vida comunitaria y, en consecuencia, la evangelización. En este contexto, ¿por qué no se ha hecho todavía una evaluación de los frutos de las nuevas Constituciones y de los últimos Capítulos Generales en la Orden?

El estudio o la oración en el dominico, cuando no terminan en la evangelización, originan una *situación patológica*. Y la práctica de los consejos evangélicos, así llamados porque brotan de una ley de libertad –la ley nueva del Espíritu– y no porque seamos indiferentes ante el seguirlos o no seguirlos, sin referencia a la vida de Jesucristo y al amor cristiano, pueden aparecer como algo heroico, pero no como una realidad constitutiva de la Iglesia, ni tampoco como una experiencia de santificación. La superioridad de la práctica de los Consejos proviene de sus propiedades como medios para alcanzar la caridad (Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I-II, 108, 4); por eso, si no se viven desde la caridad no sólo no enriquecen al cristiano, sino que lo empobrecen. Aceptemos con humildad nuestros errores y nuestros pecados para que Dios tenga misericordia de nosotros. La gracia es eficaz en los convertidos. Pidamos a nuestras Hermanas, especialmente a las Dominicanas Contemplativas, que impetren de Dios el perdón que necesitamos para que no se digan de nosotros aquellas palabras proféticas: “Yo romperé este pueblo y esta ciudad como se rompe una vasija de arcilla, que ya no puede recomponerse” (Jer 19, 11). “Sacarás tu equipaje de deportado en pleno día a la vista de todos” (Ez 12, 4).

En segundo lugar, necesitamos *cuidar nuestras comunidades*, pidiendo a Dios la comunión en la verdad, en la fe, en el amor y en el entusiasmo por la evangelización. Es veneno permanecer mucho tiempo juntos mientras nuestras mentes están divididas en realidades fundamentales; sería mentira, engaño, fraude y traición al sentido de la vida en

una comunidad según el espíritu de Santo Domingo de Guzmán. Esto exige salir de la apatía y del silencio, que nos haría cómplices de la situación, y entregarnos al diálogo en las comunidades, basado en el compartir los dones que Dios nos ha dado y los pecados que nosotros hemos cometido. Tenemos que conocernos y aceptarnos como somos, y para ello necesitamos hermanos que nos ayuden a reconocer públicamente nuestros pecados y también los dones de Dios. Hay que romper el desorden establecido no con el juicio, sino con la santidad. Necesitamos recuperar el espíritu de cuerpo para salir de la mediocridad asumida sin caer ni en el derrotismo, ni tampoco en el triunfalismo.

Ahora bien, en el contexto del diálogo hay que afirmar que la cuestión no está en las formas, es decir, no se trata de si estamos o no formados para el diálogo, como dicen algunos; el problema no es de formas, sino de *contenidos*, de ideologías. Por ejemplo, no estoy evidentemente en contra de la formación permanente, pero no estoy conforme con que la formación permanente sirva de correa de transmisión para ideologizar a los frailes. En fin, el diálogo sólo es profundo si existe una comunidad y por lo mismo el mismo código interpretativo; de lo contrario es perder el tiempo y hasta la salud. Por eso, antes de dialogar hay que reconocer nuestros pecados y convertirnos, como he dicho anteriormente. Sin este paso previo no hay nada serio que hacer; sería insensato presuponer que estamos convertidos, porque somos de comunión diaria.

Agradezco a Dios y a los hermanos y hermanas la experiencia de llevar ya más de 10 años en un proceso de descubrir el don de la comunidad; es algo muy duro, pero sublime en los frutos. La comunidad es la que te ayuda a entrar y situarse *en la verdad* de la propia vida, asumiendo las propias limitaciones y los propios pecados y fracasos. Recuerdo el bien que me hizo una Religiosa hermana, cuando en una ocasión de rebeldía personal, me habló de sus fracasos con paz. Quitarse la careta sólo es posible entre los verdaderos hermanos y hermanas, cuando ya todos están desarmados, y han aprendido a no defenderse, pues es Dios quien a todos nos defiende.

Si no fuera posible la *experiencia de la comunidad*, es decir, llegar a tener la mente iluminada por la misma fe, y el corazón encendido por el mismo amor de Dios, siendo imposible el diálogo debido a posturas ideológicas o afectivas irreversibles, o estilos de vida, que impidieran lograr la unidad en lo fundamental, habría que pensar en otras soluciones drásticas, en las que también la historia nos señala diversos caminos. Pero, ¿hasta cuándo hay que tolerar el mal en las Comunidades Religiosas? El golpe de timón asusta a los pusilánimes y crea enemigos; pero la acción del tiempo pudre instituciones otrora florecientes. ¿Tanto cuesta aceptar una división medicinal, cuando las diferencias son irreversibles, siendo así que caben diversas formas de vivir la misma vocación? ¿Cuál fue el sentido en los siglos XV-XVI de las Congregaciones de Observancia y de las Recolectones? El amor cristiano es universal; pero la fraternidad es particular, como lo demuestra el deleite de tener hermanos y comunidad.

De hecho hay *instituciones* que están feneciendo por selección biológica y otras que están surgiendo llenas de vida o incluso renovándose. Dios da a quien se lo pide la autoridad necesaria para ayudar en la construcción de la comunidad cristiana, compartiendo sus dones y destruyendo el imperio de Satanás; para ello hay que dejar al Espíritu Santo hablar a través de nuestras palabras y vivir a través de nuestras acciones, permaneciendo siempre disponibles al querer de Dios. Pero hay que estar atentos para saber dónde está la vida y dónde estamos nosotros. Sabemos que el tiempo no arregla nada, y cuando se dejan las cosas correr cada vez se enrarece más el ambiente. Hay que saber distinguir entre las realidades humanas que son complejas, siempre mezclados el bien y el mal, y las realidades divinas, que son diáfanas, transparentes, buenas, verdaderas y bellas en plenitud. “Una cosa es lo que enseñamos y otra lo que soportamos; una cosa es lo que mandamos hacer y otra lo que queremos corregir; y así, mientras vamos buscando la corrección más adecuada, tenemos que tolerar muchas cosas” (San Agustín, *Contra Fausto* 20, 21).

En tercer lugar, después de habernos humillado por nuestros pecados y de haber impetrado en la comunidad nuestra

conversión y sanación espiritual mediante la penitencia y el diálogo, no antes para no aumentar más aún la situación terminal de algunas Ordenes y Congregaciones Religiosas, podremos pensar en las *Vocaciones y en su formación adecuada*. Es lógico, por todo lo que hemos dicho antes, que la crisis de una Orden se manifieste siempre de modo especial en las casas de formación, que se aminora cuando, gracias a Dios, son pocas las vocaciones. En el posconcilio ha existido también poco discernimiento vocacional, de manera que en ocasiones han podido profesar o ser ordenados sujetos ineptos. Quienquiera salir airoso en esta empresa debe cuidar con sumo cuidado la formación institucional, también la permanente. El Noviciado es el tiempo y el espacio donde se gesta el dominico, donde se dispone para recibir el injerto de la vocación, y se dispone también para que en él se desarrolle la nueva vida, conociéndola y amándola. Se requiere de un injerto realizado en un tiempo y a una temperatura especiales y bajo la mano de un experto avisado, letrado y experimentado. Es preciso tener claro qué es hoy un dominico y elegir con sumo cuidado a quienes han de asumir la responsabilidad de transmitir a las nuevas generaciones la gracia de Santo Domingo de Guzmán, que es algo más que transmisión de conocimientos.

Tampoco han variado los *métodos fundamentales* en los cuales se formaron Santo Domingo de Guzmán, Santo Tomás de Aquino, y tantos otros santos dominicos. Nuestro problema no es reinventar la vida del dominico, sino recomponerla. Necesitamos una disciplina de reiniciación, que implique al menos la conversión y la sanación. Pero esta reiniciación no consistirá en una mera recuperación de costumbres viejas; hoy ya no es suficiente ser puntuales a los actos de comunidad, ni tampoco se consigue gran cosa con cursillos de actualización teológica; lo que se precisa con urgencia es ser sensibles y dóciles a la gracia de Dios y a las mociones del Espíritu. No es cuestión de ser conservadores o progresistas –palabras que en el reino de Dios no dicen nada–, sino de ser realistas, es decir, conocer y cumplir la voluntad de Dios. Es lamentable someter a las comunidades a reflexiones que habría que

haber clarificado ya en el Noviciado, como si la vida se transmitiera con documentos. Los dominicos nacimos para ilustrar y defender la fe de la Iglesia; en este contexto la verdad como lema de la Orden se forja en el estudio y en la plegaria contemplativa. En fin, el modo más eficaz para destruir la Orden de los dominicos es contaminar sus casas de formación con ideologías desintegradoras de la fe, y bien lo saben esto los enemigos de Dios.

Vivimos en un *medio adverso*. La gente vive hoy una vida demasiado divertida, fuera de sí, lo que dificulta la vida profética y sacerdotal. Mas la vida cristiana nos impulsa hasta el extremo de las posibilidades de nuestras fuerzas, sin miedo a quien mata sólo el cuerpo; si hay algo contrario a la vida cristiana, más a la vida religiosa, es la mediocridad, aunque la virtud está en el justo medio (cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I-II, 64, 1 ad 1m; II-II, 123, 4 ad 3m; 9c). Hay que partir del conocimiento de los caminos por donde el Espíritu de Dios está llevando hoy a su Iglesia. Hay que conocer las necesidades del mundo actual y amar a los hombres a los que uno está llamado a anunciar el Evangelio. Hay suficientes motivos para entusiasmarnos con todos los signos de la presencia poderosa de Dios en el mundo en el que nos encontramos, como esos Seminarios llenos de vida donde se están preparando ya los nuevos sacerdotes y religiosos del siglo XXI, mientras en otros Seminarios las vocaciones son, gracias a Dios, pocas y las instituciones que los sustentan siguen deteriorándose. Hay muchos motivos para alegrarnos y vivir en la esperanza; aunque no falten las desilusiones, nunca llega la amargura.

San Gregorio Magno nos habla de la Predicación¹

“Lo que ahora queda por hacer es que cada uno de nosotros, de acuerdo con la medida de su vivificación, dé a

1. Cf. C. DANGES, *Grégoire le Grand et le ministère de la Parole. La notion d' "Ordo Praedicatorum" et d' "Officium Praedicationis". Forma Futuri. Studi in onore del cardinale M. Pellegrino*, Turin 1975, pp. 1055-1057; A. OLIVAR, *La predicación cristiana antigua*, Herder, Barcelona 1991.

conocer el misterio a su alrededor” (San Gregorio Magno, *Tratados Morales sobre el Libro de Job*, 13, 23).

“Considera que has sido conducido aquí para que se te muestren, y anuncia lo que ves, porque a esto has sido conducido acá, para que veas, y para eso ves, para que anuncies. Porque quien viendo las cosas espirituales aprovecha, debe aprovechar también a otros comunicándolas... Por tanto aquel a quien ya Dios llama, hablándole al corazón, es necesario que hable al prójimo ejerciendo el ministerio de la predicación y, por ende, llame a otro, puesto que él ha sido llamado ya... En las huertas, pues, habita la Iglesia... Es menester que quien habita en las huertas haga oír su voz al Esposo, esto es, que emita el cántico de la buena predicación, en el cual cántico se deleite” (San Gregorio Magno, *Homilías sobre Ezequiel*, Libro II, Homilía 2, 4).

“Quien no tiene caridad para con otro, no debe en modo alguno tomar el ministerio de la predicación” (San Gregorio Magno, *Sobre los Evangelios*, Homilía 17, 1). “Quien ocupa el puesto de predicador debe, no inferir males, sino tolerarlos, a fin de que con su mansedumbre se aplaque la ira de los crueles, y él mismo, herido por las aflicciones, cure en los otros las heridas de los pecados. Y si alguna vez el celo de la rectitud le exige tratar severamente a los súbditos, esa misma severidad nazca del amor, no de crueldad; de tal suerte que al exterior salga por los fueros de la disciplina y en su interior ame con piedad paternal a los que exteriormente castiga, como fustigándolos. Lo cual hace bien el superior cuando no sabe amarse con amor propio, cuando no apetece cosa alguna de este mundo, cuando jamás doblega la cerviz del alma a las exigencias de las concupiscencias terrenas” (San Gregorio Magno, *Sobre los Evangelios*, Homilía 17, 4).

“Muchas veces la lengua se reprime por la propia maldad de los predicadores; pero otras muchas veces por culpa de los súbditos se sustrae la palabra de la predicación a los que presiden... Por eso se te quita la palabra de la predicación, porque cuando el pueblo me irrita con sus actos, no es digno de que se le dirija la exhortación de la verdad. Pero no es fácil conocer por culpa de quién se sustrae la palabra al predicador;

mas certísimamente se sabe que el silencio del pastor algunas veces le perjudica a él mismo y siempre a los súbditos” (San Gregorio Magno, *Sobre los Evangelios*, Homilía 17, 3).

Epílogo

“A lo mejor estás intentando andar y no puedes, porque te duelen los pies. Y, ¿por qué te duelen los pies? ¿Acaso porque anduvieron por caminos tortuosos, bajo los impulsos de la avaricia? Pero piensa que la palabra de Dios sanó también a los cojos. ‘Tengo los pies sanos –dices–, pero no puedo ver el camino’. Piensa que también iluminó a los ciegos” (San Agustín, *Sobre el Evangelio de San Juan*, tratado 34, 9).

“Porque Yahvé se apiadará de Sión, se compadecerá de todas sus ruinas, y tornará su desierto en vergel, y su estepa en paraíso de Yahvé, donde habrá gozo y alegría, alabanza y rumor de cánticos (Isaías 52, 3).

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.
Salamanca

REVISTA VIDA SOBRENATURAL

Puede adquirirse la Colección completa de la Revista *Vida Sobrenatural*, integrada por 75 volúmenes, los 16 primeros dobles, al precio de 100.000 ptas. Ya encuadernados, 180.000 ptas.

Regalo, los Indices de la Revista, 1921-1995.

LA REDACCIÓN

Liturgia y vida mística: San Juan de la Cruz (IV)

Eucaristía e Iglesia, Centralidad y Contexto son los temas que hemos visto en el segundo y tercer artículos de esta serie. La Eucaristía es el centro de todas las celebraciones litúrgicas, y la Iglesia es su contexto. La Eucaristía se celebra en comunidad, en asamblea. Por ser parte de esta asamblea el celebrante, la Eucaristía brota de la Iglesia; es fruto de la vida eclesial, de la asamblea reunida en el nombre del Señor para adorarlo en Espíritu y Verdad.

La Liturgia es una celebración; es una fiesta. Celebra la realidad eclesial que se experimenta. En la mazmorra toledana nuestro místico celebraba lo que experimentaba. El y Dios tenían una fiesta en la noche oscura de la fe. Por eso, como dice el famoso poema, fue una “dichosa ventura”. En el texto, que nos corresponde comentar ahora, veremos cómo Dios y el hombre comparten la misma celebración, la misma fiesta. Ya hemos aludido a esto en las partes anteriores de este ensayo.

1. La liturgia, acción de Dios y del hombre, fiesta del Espíritu

Para abordar el tema de esta entrega hemos de empezar con las siguientes preguntas: ¿cómo es posible que la celebración, fruto de la fatiga de los hombres, sea también acción de Dios? ¿Cómo es posible que los gozos celestiales, la fiesta celestial, fruto del trabajo de Dios con los hombres, sea también acción de los hombres? O sea: ¿cómo es posible que Dios y el hombre compartan la misma celebración, la misma experiencia? En el Romance de nueve escenas escribe Juan de la Cruz: “Y que Dios sería hombre, y que el hombre Dios sería”

(n. 4). Dios se hizo hombre en la condescendencia divina, en la Encarnación del Hijo de Dios.

Esta condescendencia tiene un movimiento complementario, que es –digamos con F. Ruiz– “vertical”. Este movimiento vertical es la Subida del hombre hacia Dios. Es el “trepar” del hombre para llegar a ser *Dios por participación*. Esto es lo que verdaderamente le interesa a Juan de la Cruz. El Misterio de la Encarnación es sólo un punto de partida. El fin consiste en encaminar al hombre para que sea *Dios por participación*, que es más que tener una experiencia divina. Es, en efecto, el transformarse el hombre en lo divino.

Dios se hizo hombre en Jesús (movimiento de condescendencia). Así se hizo experienciable la salvación a los hombres. Este es el punto de partida, ¿pero de qué? Del movimiento vertical del hombre hacia Dios. Después de entregarnos a su Hijo, Dios derramó en nosotros su Espíritu. En Cristo está el fundamento de la realización de la salvación y en el Espíritu su efectividad y continuidad. Pudiera afirmarse que la acción del Espíritu es responsable de la eficacia de los méritos salvíficos de Cristo en nuestras vidas. El Espíritu nos lleva “verticalmente” hacia Dios, puesto que Dios se había encarnado en Jesucristo. Este Espíritu hace que nos transformemos en lo divino, que nos hagamos hijos de Dios en Cristo; la condescendencia de Dios con los hombres. Y este mismo Espíritu es quien hace nuestra celebración. Así es una celebración en *Espíritu y Verdad*.

El Espíritu Santo es la respuesta a las cuestiones planteadas en párrafos anteriores. Quizás hay que reformular las preguntas. No se trata meramente de la modalidad o la fuerza que lleva a cabo esta operación; se trata más bien de una persona, que es el Espíritu Santo. Nuestro texto de comentario para este artículo es el poema y tratado *Llama de amor viva*, la obra pneumatológica por excelencia de San Juan de la Cruz. Nos limitaremos a comentar su segunda redacción (que ahora en adelante se señalará como LB).

Dice nuestro autor: “...en la sustancia del alma (hombre M. O.), donde ni el centro del sentido ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo” (LB 1, 9). Hablaremos

aquí de esta fiesta del Espíritu Santo, una fiesta amorosa en que se celebra la experiencia colmante de Dios¹, cuando el hombre ha llegado a la cumbre después de su movimiento vertical, después de su Subida. Al hablar de la “sustancia del alma”, Juan de la Cruz se refiere a la profundidad, totalidad, integridad e interioridad del hombre, que es sólo para Dios. Sólo Dios cabe en este centro. No hay lugar para aficiones extrañas, dioses ajenos, ídolos. Con esta expresión “sustancia del alma”, nuestro místico nos propone una categoría que señala la capacidad receptiva del hombre para acoger sólo a Dios y a nadie más. En LB ya no se habla de procesos, sino sólo del estado de unión, de la llegada a la cumbre del monte, el final de la trayectoria vertical (aunque muchas veces con una mirada casi nostálgica hacia las vicisitudes del camino, de la Subida). LB es un escrito que habla de la consagración del autor² en lo referente a su capacidad de expresar una experiencia inefable en sí³. ¿Quién se ha atrevido a describir tan finamente el alto estado de unión y transformación mística como Juan de la Cruz? Aquí consagración no significa madurez experiencial. No nos referimos al punto de vista de la unión con Dios, que es la perspectiva fundamental en todos los escritos sangrantes...?⁴. Pero aquí, este punto de vista se describe, se elabora, se expone sin igual. Es, de verdad, una consagración de su tarea mistagógica. En LB nuestro místico nos introduce en las cimas de la experiencia mística mediante la expresión de lo que no es expresable en sí.

Antes de proseguir conviene que echemos una rápida mirada al precioso prólogo de LB para conocer, más o menos,

1. Cfr. J. V. RODRÍGUEZ, *Experiencia colmante de Dios en Juan de la Cruz*, en *Revista de Espiritualidad* 54 (1995) 293-325.

2. Cfr. M. HERRÁIZ, *Llama de Amor Viva. Consagración de un místico y un teólogo*, en *Teresianum* 40 (1989) 363-395.

3. “El último escrito con pretensiones doctrinales que salió de la pluma de San Juan de la Cruz fue el que conocemos con el título de *Llama de Amor Viva*... *Llama* se coloca en el mujer punto de vista para la descripción de un camino; la cumbre. El autor, que, sobre todo es maestro, no desaprovechara la ocasión de compendiar en el libro todas las etapas de la vida espiritual”. G. CASTRO, *Llama de Amor Viva*, en VV.AA., *Introducción a la lectura de San Juan de la Cruz*, Valladolid (1991) 493-514.

4. J. V. RODRÍGUEZ, *a. c.*, 294.

el terreno donde nos movemos. En el rótulo de LB está escrito que las canciones “tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios”. Como ya dejamos dicho, el contenido es inefable. Si no fuera por la insistencia de la destinataria de Llama (Ana de Peñalosa) y la deuda de gratitud que le tiene el Santo, los versos de Llama hubieran sufrido el mismo avatar del Romance, las varias glosas, el poema “*la fonte*”, y el Romance “*super flumina Babilonis*”. Son versos no comentados. Quizá ningún poema sanjuanista fuera compuesto para ser comentado. El comentario es lenguaje que da sentido. Y el contenido de estos versos, que es la experiencia mística, excede los límites del sentido. Por eso, Juan reconoce que la capacidad de declarar estos versos es voluntad de Dios y sólo por su ayuda se puede llevar a cabo esta tarea. Así ha de entenderse la vida espiritual. Es la realización de todos nuestros trabajos conforme a la voluntad de Dios. Y con su ayuda los transformaremos en trabajos de Dios. Mejor dicho, debemos dejar que Dios transforme nuestras fatigas en las suyas, en su liturgia.

Juan era consciente de que la empresa de comentar tan delicado asunto no daría resultado satisfactorio. Por eso, advierte en el mismo prólogo que existe un abismo entre la realidad mística y su expresión vertida en las declaraciones a los versos: “Y como se lleve entendido que todo lo que se dijere es tanto menor de lo que allí hay como lo es lo pintado que lo vivo, me atreveré a decir lo que supiere” (pról. 2). Hablar de la fiesta del Espíritu Santo equivaldría a declarar acerca de la mismísima vida íntima de Dios. Se mezcla con el hecho inefable, sentimientos de humildad y reconocimiento de las propias limitaciones del autor. El que se atreva a declarar acerca de estos versos, que cantan las maravillas del Espíritu, es alguien que las ha experimentado en su plenitud. Esta plenitud consiste en participar en el banquete de la vida íntima, de la vida trinitaria de Dios: “pues él dijo que en el que le amare vendrían el Padre, Hijo y Espíritu Santo y harían morada en él (Jn 14, 23); lo cual había de ser haciéndole a él vivir y morar en el Padre, Hijo y Espíritu Santo en vida de Dios...” (prol. 2).

La experiencia “en el más profundo centro” de la vida íntima y trinitaria de Dios suele llamarse Inhabitación Trinitaria. En esta experiencia, que Juan de la Cruz concibe con aire celebrativo, se le revela al hombre, en su profundidad, las profundidades de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es una experiencia muy calificada de la unión con Dios de tal manera que en el hombre Dios “hace ya viva llama en ella” (prol. 4). La llama, que es el símbolo sanjuanista por excelencia del Espíritu Santo, es también indicación de la presencia experiencial de Dios en el hombre.

El Espíritu Santo lleva a cabo la transformación⁵ de la obra de los hombres en la de Dios. Como dejamos dicho, lleva a cabo el movimiento vertical del hombre hacia Dios. En Llama, este movimiento vertical se dirige también hacia lo interior del hombre, hacia la profundidad del hombre que marca el trato del hombre con Dios como respuesta a la descendencia divina en Cristo. El Espíritu Santo penetra como una llama en el hombre, haciéndolo arder en amor de Dios. LB, como obra pneumatológica, es fruto de las vivencias de su autor del papel del Espíritu Santo en la vida espiritual y en la liturgia.

Para Juan de la Cruz, el Espíritu Santo es el actuar de Dios en los hombres. El símbolo de la llama que arde implica acción; acción fuerte que abrasa. Este Espíritu nos hace llamar a Dios, “*Abba, Padre*”. Llamar a Dios “*Abba, Padre*” es el meollo de la vida cristiana.

En LB, el Místico Abulense canta la acción del Espíritu Santo en la vida del cristiano en su más profundo centro, en la profundidad de su vivencia. Este Espíritu “hiere”, penetra en el ser del hombre. Penetra en la intimidad del hombre para que éste pueda penetrar en la de Dios: “¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro!... ¡Oh cauterio suave! (Espíritu Santo-M.O.) ¡Oh regalada llaga! (Espíritu Santo-M.O.) ¡Oh mano blanda! (Padre-

5. Ver el uso de las palabras “transformación” y “transformar” en J. L. ASTIAGARRAGA, et. al., *Concordancias de los escritos de San Juan de la Cruz*, Roma (1990) 1824-1828. El Santo utiliza el verbo (132 veces), más que el sustantivo (123 veces). Hace hincapié más bien en el proceso. *Ibid.*, 2104.

M.O.) ¡Oh toque delicado! (Hijo-M.O.) que a vida eterna sabe...” (estr. 1 y 2). Este penetrar en la vida eterna de Dios lleva consigo una experiencia de carácter trinitario. En los versos, Juan de la Cruz no dice Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino que utiliza símbolos metafóricos para indicar que hay una experiencia. Hay un toque de una mano blanda que dejó una llaga, que cautivó al hombre. Cada símbolo en LB posee raíz experiencial. Indica cómo el hombre ha sentido la experiencia de Dios. Y la obra en sí misma es una celebración de esta experiencia.

Mediante estos mismos símbolos experienciales, Juan de la Cruz nos brinda una teología profunda. El Espíritu Santo, el cauterio, la llaga, es el obrar del Dios Trinitario en el hombre. No sólo es la tercera persona de la Trinidad. No sólo es la llaga que el toque delicado de la mano blanda deja. En el término o expresión “Espíritu Santo” ha de entenderse la convergencia de cada una de las personas dado que cada una por ser Dios es Espíritu y Santo⁶. Mano, toque, llaga convergen en un cautiverio, en una experiencia total y totalizante, que para Juan es el Espíritu Santo, la inhabitación de las tres divinas personas en el hombre que produce la experiencia total simbolizada por el cautiverio. LB por ser una obra pneumatológica no sólo canta la tercera persona, más bien canta las tres personas en su actuar singular.

2. *La Iglesia, seno de la Liturgia*

En el Romance y en la *fonte* vimos la Encarnación del Dios Trinitario en el Verbo, en el Hijo de Dios, el compromiso temporal del Dios Eterno con el hombre. También hicimos referencia a la relación del Misterio de la Encarnación con la Iglesia. En la Encarnación, Jesús se hizo Sacramento del Dios Trinitario: “...el misterio se hacía en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María” (Romance n. 8). Pues, la Iglesia es el Sacramento del Dios

6. Y. CÓNGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona (1991) 15-16.

Encarnado. Al cantar del Espíritu Santo, Juan de la Cruz nos ofrece las pistas acerca del origen de la Iglesia, el obrar del Dios Trinitario en el hombre. Siendo así, pudiera afirmarse que la Iglesia es la encarnación del Espíritu Santo, que dejó huella en el tiempo con la Encarnación del Verbo. Esta Encarnación Eclesial ha de entenderse en términos de la continuidad de los méritos del Verbo Encarnado. En la Iglesia, el Dios Encarnado está presente continuamente, sobre todo en sus sacramentos. Y es ésta la raíz de la liturgia. Es una celebración de la Iglesia que hace presente los méritos del Verbo Encarnado para nuestra salvación. En la Iglesia, estos méritos están depositados.

Como bien se sabe, el más dominante símbolo de LB es la llama-fuego⁷. Es un excelente símbolo experiencial. Da luz y calor⁸. Esto implica la experiencia de la luz y del calor de una experiencia de Dios. Pero “aunque es fuego, también es agua, porque este fuego es figurado por el fuego del sacrificio... este espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma está, como agua suave y deleitable (vida de la gracia, recuérdase la fonte-M.O.), hartando la sed del espíritu (hombre-M.O.); y, en cuanto se ejercita en sacrificio de amor a Dios es llamas vivas de fuego...” (LB 3, 8). Al introducir el símbolo del agua, nuestro místico nos proporciona el medio para comprender cómo el Espíritu de Dios penetra en nuestro ser, cómo éste fluye en él dándole vida, refrescándolo. El agua no es para apagar el fuego, aunque es el mismísimo fuego. Su fluir en la interioridad del hombre lo fortalece para que pueda arder en sacrificio de amor a Dios como una llama viva, que es la respuesta al fuego que Dios nos había mandado y que hace patente que este Dios actúe en nosotros.

Con los símbolos de fuego y agua habla nuestro autor del Sacramento del Espíritu de Dios, que es fuego en el ejercer la vida de Dios (Confirmación) y que es el agua que llena el ser del hombre, que nutre al hombre, que le da la vida de Dios

7. F. RUIZ SALVADOR, *Introducción a Llama de Amor Viva B*, en *San Juan de la Cruz. Obras Completas*, 5.^a ed. de José Vicente-Federico, Madrid (1993) 776.

8. LB 3, 2; Cfr. J. G. PALACIOS, *Léxico de “luz” y “calor” en Llama de Amor Viva*, en VV.AA., *Juan de la Cruz. Espíritu de Llama*, Roma (1991) 393-411.

(Bautismo). En el poema “la fonte” hemos visto que este agua que da vida deriva hacia el pan vivo (Eucaristía). Quizás la obra *Llama de Amor Viva* fuera un repaso de su autor a sus primeros esquemas de la historia de la salvación, para precisar un punto que allí no aparece. No aparece en los susodichos esquemas ninguna referencia a la fuerza viva que se deriva de la misteriosa fonte, del misterioso origen hacia su derivar al pan de vida. Juan de la Cruz no escribió ningún tratado de sacramentología. Pero sí quiso brindarnos una lección profunda. Le interesa lo que subyace en todos los sacramentos, la presencia de Dios en la vida de los hombres y cómo el hombre vive la vida de Dios. Celebrar la liturgia supone esta presencia y esta vida. Supone esta experiencia.

Llama-fuego y agua son símbolos de inspiración bíblica⁹ claramente leídos en clave litúrgica. Su carácter experiencial, como símbolos, funcionan al servicio de la indicación pedagógica del acceso divino a la sustancia del hombre. Esto revela la condescendencia de Dios a los hombres en Cristo y el movimiento vertical del hombre hacia Dios. Hay en verdad un “intercambio” o complementariedad de movimientos.

El bautismo, en la obra sanjuanista, no sólo se refiere a un sacramento en particular, sino que es una categoría que indica la iniciación del hombre en la vida divina. El Santo compara el Bautismo con el desposorio espiritual, la fase de la vida espiritual en que el hombre se compromete con Dios puesto que Dios se había comprometido con El en Cristo: “Este desposorio que se hizo en la cruz... aquel es desposorio que se hizo una vez, dando Dios al alma (hombre-M.O.) la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo de cada alma” (Cántico B 23, 6). El bautismo es desposorio, identificación como hijo de Dios, dignidad de ser esposa del Verbo. Es iniciación a la vida trinitaria, a la vida íntima de Dios. Esto supone el sí o la respuesta afirmativa del hombre a Dios. Ocurre un intercambio, una mutua apertura entre Dios y el hombre en el que cada uno revela al otro su vida íntima, su

9. Cfr. K. L. EAGAN, *The Biblical Imagination of John of the Cross in the Living Flame of Love*, en *Ibid.*, pp. 507-521.

más profundo centro. Un teólogo contemporáneo lo expresa de esta manera: “Acontecimiento trinitario y eclesial, el bautismo se presenta como el lugar en donde la Iglesia pasa a la Trinidad y la Trinidad pasa a la Iglesia; acontecimiento pascual, en él se “reactualiza” el paso único y definitivo de la Trinidad a la historia y de la historia a la Trinidad, que es la historia trinitaria de la muerte y resurrección del Señor. Decir bautismo es decir pascua, es decir Trinidad y es unidad del acontecimiento pascual y del acontecimiento bautismal, es como la Iglesia, nacida con el bautismo”¹⁰.

En la única vez que utiliza el Santo la palabra “confirmación” la emplea no para referirse a un sacramento en particular, sino al hecho de que la unión con Dios, el hecho de que el intercambio ya se haya consumado: “Y así, pienso que este estado (el matrimonio espiritual-M.O.) nunca es sin confirmación en gracia, porque se confirma la fe de ambas partes, confirmándose aquí la de «ella en» Dios” (Cántico A 27, 2).

Este intercambio llega a un punto definitivo, que es el más profundo centro del hombre. Aquí Dios y el hombre se encuentran. Aquí tiene lugar la fiesta del Espíritu Santo, la liturgia del Dios fuerte como el fuego y vivificador, como el agua del ejercicio de amor: “Y así, todos los movimientos de tal alma son divinos; y aunque son suyos, de ella lo son, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento” (LB 1, 19). Y no debe olvidarse que “el centro del alma (su más profundo centro-M.O.) es Dios” (LB 1, 12).

MACARIO OFILADA MINA

10. B. FORTE, *Trinidad como historia*, Salamanca (1988) 56.

Testigos

La sierva de Dios Isabel la Católica. Una gran cristiana olvidada

En la reciente conmemoración de 1492, fecha de la invención del mundo total y del principio resplandeciente de la Edad Moderna, sólo se ha mencionado en los periódicos, televisión y medios informativos principales, a Cristóbal Colón. Por desprecio u odio, ni una sola frase de reconocimiento para la reina Isabel, cuando sin ella no hubiera existido el descubridor Cristóbal Colón. Ni la invención del mundo total, ni el comienzo, avanzado de la Edad Moderna. Este conformismo, tan pesado como injusto, es peor que una distracción o rechazo ideológico: es ignorancia.

Se desconoce, en Francia por ejemplo, desde cuándo a la reina Isabel se le dio el nombre de “la Católica”. No fue un simple sobrenombre, sino un título oficial de la Iglesia. Daniel-Rops, en su gran *Historia de la Iglesia*, cree que fue en 1492 y no dice cómo fue. Uno de los especialistas universitarios actuales, Joseph Pérez, en su libro *Isabel y Fernando* (1988), cree que fue en 1494, sin decir tampoco cómo fue. Ninguno de ellos, por tanto, conoce la bula *Si convenit*, por la cual Roma (el Consistorio y el Papa) dio este título a Isabel y a su marido Fernando: fue el 2 de diciembre de 1496. Ha llegado, pues, el momento de ver quién fue Isabel y por qué fue universalmente reconocida como “la Católica”; de reencontrarse en ella, en su persona, en el papel histórico que jugó, uno de los modelos más ricos y puros de nuestro catolicismo.

Una huérfana

Tuvo una infancia y adolescencia llena de humillaciones, dolor y abandono. Hija del rey Juan II de Castilla, nació en el

año 1451 en plena decadencia de la monarquía castellana, desposeída por la nobleza. Ella que construiría un imperio planetario, sobre el cual no se pondría el sol, vio la luz en una muy modesta ciudad de la meseta de Castilla (Madrigal), en unas “pequeñas habitaciones encaladas y bajas de techo”. Su padre murió cuando ella tenía tres años, y de igual modo fue huérfana de madre, ya que ésta padecía graves trastornos mentales. Hasta los trece años no fue llevada a la corte de su hermanastro Enrique IV de Castilla.

Aquí viviría un abandono todavía más doloroso: el cínico Enrique IV la prometió a una increíble sucesión de pretendientes que él pensaba podían favorecer sus intereses. Isabel fue hasta literalmente vendida a un viejo malvado por 60.000 *doblas* de oro, 3.000 caballeros y ayuda política. Un viejo que felizmente murió en el camino que debía llevarle a tomar posesión de su prometida. Rechazando los Santos Sacramentos y blasfemando el nombre de Cristo. Era uno de estos judíos aparentemente convertidos al cristianismo, que llegaron a ser muy ricos y poderosos en España, gracias al generoso recibimiento cristiano, creando un grave problema a la Iglesia, que Isabel, con los papas, debió resolver.

Mortificada, aficionada a la música y deportista

En el abandono donde estaba sumergida, la huérfana Isabel se formó a sí misma, con una personalidad muy fuerte y muy cristiana. En medio de la corte disoluta de Enrique IV, resplandecía como “señora y hermana muy virtuosa”, así la llamara el rey. Todo el mundo sabía que vivía en oración y hacía duras penitencias usando cilicios y disciplinas de mortificación. Hasta el punto que uno de sus principales consejeros, el poeta Gómez Manrique, le pedirá públicamente, cuando llegó a ser reina, que se ocupara de los asuntos de gobierno antes que de las oraciones y penitencias.

No es que ella fuera una santurróna. Era una mujer bonita y elegante, rubia con ojos azul-verdosos. Le gustaba la música, la poesía, el teatro y la fiesta, sobre todo en el servicio del oficio divino (ella dirigía personalmente su “capilla”

musical). Con benevolencia por los necesitados, se informaba atentamente de todos los problemas de su tiempo, que a sus veinte años mostrará conocer muy bien. Era muy deportista, sobre todo una amazona excepcional. Hizo duras prácticas, en su infancia, de largas carreras a caballo por los campos de Madrigal y Arévalo. Hasta el punto que, siendo reina, no dudará de hacer a caballo cientos de leguas atravesando las más escarpadas sierras y los más duros inviernos para enfrentarse a algún poderoso rebelde, o para presenciar el capítulo general de la orden militar de Santiago.

Proclamación de la Reforma

Demostró esta fortaleza de cuerpo y espíritu, a sus dieciocho años, cuando con grave peligro de ruptura de los intereses de Enrique IV de Castilla, decidió elegir, por sí misma, esposo. Escapándose y recorriendo a caballo más de 300 kilómetros para casarse con el elegido de su corazón, el igualmente joven y seductor Fernando, heredero de la corona de Aragón. E Isabel demostrará plenamente su incomparable fortaleza de espíritu a los veintitrés años cuando, muerto Enrique IV, se impuso ella sola (Fernando estaba en Aragón), como reina de Castilla. Anunciando seguidamente, de forma clara y terminante, que sería ante todo la reina de la Reforma católica. Una Reforma que la Iglesia de entonces, hundida en la corrupción o el relajamiento (incluidos los papas del Renacimiento), necesitaba tanto. Una reforma que la Iglesia no realizaría por sí misma hasta un siglo más tarde, basándose en el modelo dejado por Isabel, después del Concilio de Trento (1563).

Esta joven mujer de veintitrés años se adelantó un siglo a la historia de la Iglesia, a partir de 1475, por medio de esta proclamación, haciéndose cargo de la Reforma: “Las vacaciones de los arzobispados, maestrazgos, obispados, priorazgos, abadías y beneficios eclesiásticos suplicaremos comúnmente (al papa) a voluntad de la reina, según mejor pareciere cumplir el servicio de Dios, e bien de las Iglesias, y salud de las ánimas de todos, e honor de dichos reinos”. Bajo el

control y la investidura de Roma, bien entendido, pero rechazando sus corrupciones. Y empleándose inmediatamente a formar los candidatos dignos de asumir estas responsabilidades, por medio de los super-seminarios que abrió o favoreció: el del cardenal Mendoza, el del monje Talavera y los colegio mayores de las grandes universidades de Salamanca, Valladolid y después Alcalá. Los seminarios previstos por el Concilio de Trento no se abrirían en Francia hasta mediados del siglo XVII, casi dos siglos más tarde.

Elevado nivel espiritual

En este momento se desarrolla la verdadera “gesta espiritual”, «gesta» como escribe Azcona, de la Reforma general de la Iglesia de España, ejemplo único en la Cristiandad de entonces. Reforma dirigida personalmente por Isabel, según ella lo había proclamado. El historiador protestante William Prescott ha rendido a Isabel este homenaje sin perfrasis: “Bajo tal reina, la corte, que no había sido casi más que un burdel durante el reinado anterior, se transformó en una escuela de virtudes y generosas ambiciones”. Una Isabel que subió un nuevo peldaño en la elevación cristiana, al someterla su confesor, el monje de Talavera, a un proceso de purificación que la hizo alcanzar un alto nivel espiritual en el que vivió. No sólo la virtud de la castidad, respecto a la que nadie pudo encontrar en ella la menor mancha o defecto, sino también la piedad más pura, la justicia incorrupta y la más exquisita atención al cuidado de los más necesitados.

Por la acción de Isabel, “el alto clero español no se parece en nada al que era al principio del reinado”, dice Pérez. De la corrupción o el relajamiento, en general pasó a la más alta exigencia, personificada por el apostólico Talavera, nombrado arzobispo de la reconquistada Granada, y por el riguroso y a la vez muy moderno y creador cardenal Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, hombres los dos de Isabel. La cultura cristiana resplandece como nunca. Hay que destacar a Cisneros que empieza, en vida de Isabel (1502), la primera *Biblia políglota* de la historia del mundo. Editando a la vez los

textos en hebreo, arameo, griego y latín de todas las Sagradas Escrituras. Es una obra maestra de erudición (textos corregidos por primera vez por los mejores expertos) y de tipografía (tipos tallados y fundidos especialmente, puesta en páginas de suprema elegancia). Por ejemplo, con los “mejores tipos griegos jamás tallados” constata un especialista moderno de los tipos de imprenta.

“Nuestra maestra y nuestra madre”

Los cabildos, prioratos y abadías son también sistemáticamente reformados, gracias a los plenos poderes que Roma finalmente, desde 1493 a 1499, confió a Isabel y a sus religiosos de confianza. La reina crea, a su lado mismo, una dirección general de la Reforma. Una sección especial de su Cancillería está encargada de los trámites y todos los gastos son sufragados, por orden suya, del Tesoro real. Hasta las constituciones y reglas de los conventos y monasterios son modificadas. En la Orden franciscana (un tercio de todos los franciscanos de la cristiandad) se impone la vuelta a la observancia drástica de la pobreza y del servicio a los desheredados. De ahí saldrá el magnífico testimonio franciscano de los “Doce apóstoles” de Méjico, tan pobres como los indios más pobres. En cuanto a los dominicos ocurre lo mismo, con una renovación brillante de la cultura tomista. De ahí saldrán los primeros dominicos de Santo Domingo, estos defensores de los indios que se dieron como discípulo un tal Bartolomé de Las Casas.

Cada vez, es Isabel personalmente quien inicia la Reforma: cuando exige la entrada en acción de los obispos, escribiéndoles personalmente; cuando personalmente se dirige al gran convento dominicano de San Esteban de Salamanca; cuando pide personalmente a los benedictinos ya reformados de San Benito de Valladolid ir a reformar la ilustre abadía catalana de Montserrat. Los religiosos son tan conscientes de la importancia de esta acción personal de la reina que los franciscanos de la Observancia la llaman *“Domina nostra et mater nostra”* (Nuestra maestra y nuestra madre).

Por todas partes la caridad en el más alto sentido

Pero siempre Isabel muestra el más atento respeto hacia las personas, especialmente a los más sencillos. Cuando escribe a todos los conventos de clarisas a fin de incitarles a la Reforma, también lo hace a los reformadores designados para ello: “Vos ruego y encargo trateis bien a las religiosas, e recibais de ellas la obediencia lo más graciosamente que ser pueda”.

Esta justicia y delicadeza hacia los más sencillos, en una palabra, esta caridad, en el sentido alto de amor cristiano, Isabel no cesará de mostrarla durante todo su reinado, en lo temporal como lo espiritual. Cuando creó las Cancillerías de Valladolid y de Ciudad Real, estableció los «abogados» con gastos a cargo del Estado. Cuando remodeló la administración local, creó una representación popular elegida en las ciudades «para», de manera que esta representación diera a conocer «los» dicen las cédulas reales. Exige de todos los señores de vasallos que “no les empechades ni perturbedes que vendan sus vienes raíces, y los arrienden a quien quisieren”. Lo que –acontecimiento considerable en la evolución social– desmanteló, en la práctica, el derecho eminente de los señores sobre la propiedad de los campesinos, siendo ésta, en lo sucesivo, de libre disposición.

Al cuidado de los moros y de los judíos

Cuando conquistó Granada al Islam, rehusó y rehusará hasta su muerte la conversión forzada. Y ella rescató, para liberarlos, a todos los esclavos moros hechos durante la reconquista (mayo de 1492). El mismo año, la última de todos los monarcas europeos (Inglaterra, 1290; Francia, 1303; Alemania, 1348), habiendo creído necesario expulsar a los judíos, aprobada solemnemente en esto por el Consistorio romano, el papa y la asamblea de doctores de la universidad de París, exigió que los judíos fuesen respetados durante su éxodo. Como ella había atentamente exigido hasta entonces que fueran en todo respetados, los judíos de España se lo

agradecieron con afecto en una carta enviada en 1487 a sus correligionarios de Roma en la que dan a Isabel el título de “reina justa y cristiana”. Garantizó un trato muy favorable a los judíos conversos o que volvieran libremente del exilio para convertirse. Hecho poco conocido: del total de judíos que había en España en ese momento, unos 200.000, más de 100.000 se convirtieron o volvieron para convertirse y fueron acogidos. Hecho que da testimonio de ausencia total en Isabel de racismo antisemítico y de su irradiación cristiana.

Suspendió y desmanteló la Inquisición

Cuando recibió la bula del papa creando la Inquisición antijudaizante (1478), conforme a lo dispuesto por el Concilio de Basilea en 1434, suspendió durante dos años su aplicación. En provecho de una gran campaña apostólica, incluyendo visitas de catequetización a domicilio, para conseguir una fidelidad cristiana más efectiva de los numerosos judíos ya convertidos. Solamente cuando los convertidos infieles rechazaron este llamamiento, Isabel nombra a los primeros inquisidores en aplicación de la bula papal. Luego, cuando la expulsión de los judíos hizo desaparecer el terreno donde la infidelidad de los convertidos asentaban sus raíces, Isabel dispuso “la habilitación” general de los judaizantes condenados por la Inquisición, devolviéndoles sus plenos derechos de cristianos y ciudadanos. Así será “rehabilitado” el abuelo de Santa Teresa de Avila, cuyos hijos serán incluso admitidos en la nobleza castellana por la Cancillería de Isabel.

Todavía más: Isabel desmantela la Inquisición, reduciendo considerablemente el número de sus procesos y suprimiendo la mayoría de sus tribunales. Cuando muere, en el año 1504, “en castilla sólo quedaban siete tribunales de la Inquisición de los dieciséis que existían anteriormente”, constata hoy el especialista Jaime Contreras. A tal punto que muchos historiadores se preguntan si la Inquisición hubiera subsistido en caso de que Isabel hubiese vivido algunos años más. Así el hispanista francés Joseph Pérez, en su *España de los Reyes Católicos* de 1971.

Con amor

La justicia, la compasión por los más débiles, la caridad resplandecen en Isabel, en su preocupación por los indios. En sus primeras instrucciones dadas a Colón, indica de un modo preciso que los indios deben ser, por los españoles, «tratados» (29 de mayo de 1493). Cuando, en 1495, Colón envió a Europa esclavos indios para venderlos, Isabel ordenó liberar a los esclavos (6 de junio de 1495). Recomendando Colón en 1500 la venta de esclavos indios, Isabel hizo saber a todos los que habían traído esclavos de las Indias, que debían, “bajo pena de muerte”, devolverlos libres a América.

En 1501, después de destituir a Colón, dio instrucciones al gobernador Ovando que “se respetasen, en todo momento, lo que hoy día llamamos los derechos de la persona humana”, dice Azcona. Para Isabel los indios no eran seres inferiores, sino nuevos súbditos de la Corona, y exigía que “fueran como los otros habitantes” de su muerte, en un codicilo de su testamento, Isabel pide a su marido Fernando y a su hija Juana, ya madre de Carlos V, no permitir que los indígenas sufrieran el menor trastorno en sus personas y en sus bienes. Sino al contrario, “ordenar que sean tratados con justicia y humanidad, y reparar los abusos que los indios hayan sufrido”.

El mismo Las Casas, presto en denunciar, incluso en exagerar las crueldades infligidas a los indios, lo constata: “Su Alteza no cesaba de encargar que se tratase a los indios con dulzura, y que se emplearan todos los medios para hacerles felices”. Y recientemente (2 de diciembre de 1991) el presidente para la Real Academia de Historia española, del congreso científico *Descubrimiento 92*, Antonio Rumeu de Armas, ha dicho: “La concesión de la libertad absoluta para el indígena, dada en 1500, por la Reina Católica, fue un paso de gigante en una época en que la esclavitud era un hecho corriente”.

Isabel inventa la Cruz Roja

No se acabará nunca de enumerar los testimonios del profundo y activo cristianismo de Isabel. Otro hecho que no

puede olvidarse aquí: su actuación innovadora en la protección social, construyendo numerosos y espléndidos hospitales en España: el de la Santa Cruz en Toledo, el de los Reyes y el de Santa Ana en Granada, el de los Reyes Católicos en Compostela, “de una belleza y magnificencia únicas en la Europa de entonces”, constata Américo Castro en su *Realidad histórica de España*.

O los “hospitales de la sangre”, creados y administrados también por ella en primera línea del frente durante la guerra de Granada, y en la retaguardia el “hospital de la Reina”, donde se daban los cuidados más completos, notablemente equipados para aquella época. Hospitales que visitaba todos los días cuando estaba en el frente, según nos dice el testigo italiano Pedro Martyr d’Anghiera. Isabel, pues, fue la inventora y animadora de la Cruz Roja, cuatro siglos antes que Enrique Dunant.

Es asombroso que todo esto parece no interesar a nadie en los medios de comunicación de hoy. Desgraciadamente el título de “Católica” parece desagradar a muchos. Como el recuerdo de este hecho: Isabel ha sido, por su ejemplo personal y su reforma profunda de la Iglesia de España, la “madre”, ha dicho Luis de León, de estas personalidades esenciales de nuestra Europa cristiana nacidas a menudo en el tiempo de su vida, al sur de los Pirineos: Francisco de Vitoria, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, Juan de Avila, Luis de León, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Avila, Juan de la Cruz. Que, con el resto de la Iglesia de España, llegada a ser roca angular, hermosa como piedra preciosa, gracias a Isabel, salvaron el catolicismo frente a la Reforma. Dejando, como ella, un testimonio cristiano jamás manchado. Por fin Isabel se unirá, en la muerte, con los religiosos que ella llamó a la pobreza. Ella fue tan caritativa que murió “sobre la paja”: la generosidad de sus dones y legados fue tal que sus albaceas tuvieron que subastar sus objetos personales para sufragar estos dones y legados de caridad. Caso ciertamente único en la historia de las monarquías.

Cimas de la ascensión espiritual

Quedémonos un último instante con Isabel en la hora de presentarse delante de Dios, al término de su última y dolorosa enfermedad. “La prueba, escribe el padre Azcona, su eminente biógrafo, fue acrisolando su carácter y su virtud, lanzándola como nunca en su vida a ascensiones espirituales encimadas... Asimiló y practicó toda la doctrina evangélica del desprendimiento, de la abnegación y del sacrificio hasta el Calvario, iluminada por la virtud de la fe: “por tal fe, escribe ella, estoy aparejada para por ella morir, y lo recibiría por muy singular don y excelente don de la mano del Señor”... Desde Granada salen para todos los lugares de sus reinos demandas angustiadas de oración y sacrificios para la Cristiandad”.

Estas demandas angustiadas podemos escucharlas todavía hoy. Guardando en el corazón de nuestra memoria el recuerdo de este modelo católico impresionante que Isabel nos ha ofrecido, como “iluminación del alma” «iluminación», según la hermosa fórmula de Azcona.

Termino así la lectura de la versión castellana del artículo que me pidió y publicó en 1992 la revista semanal de París *Familia cristiana*. Dando el resumen de la biografía completa que me pidieron y publicaron también en 1992 las Ediciones Critérion de París con el título *La incomparable Isabel la Católica*.

Respecto a los moros de Granada

Hablando hoy en España, añadiré dos análisis de asuntos muy polémicos, para algunos, en la vida de Isabel: su actitud referente a los moros de Granada, su expulsión de los judíos. Y después dos precisiones y una constatación.

Primero, su actitud referente a los moros de Granada

Su rechazo a la conversión forzosa, de la que ya hemos hablado, fue reiterada por Isabel de nuevo poco antes de su muerte, después de las sublevaciones armadas de los musul-

manes en 1500 y 1501, que anularon de hecho la rendición de los moros y, en consecuencia, las garantías de libertad religiosa dadas por Isabel en 1492, como consecuencia de esta rendición. Ella dirigió entonces instrucciones al comendador López de Avalos, exigiendo se rechazase toda presión o violencia para la conversión de los musulmanes, conversión que realmente debe ser –escribe ella– “por su propia voluntad”. Para convertirlos, precisa Isabel, los musulmanes deberán ser “muy bien tratados”, solamente con “muchas amonestaciones”. Si añade que los musulmanes que no deseen convertirse “han de ir fuera de nuestros reinos porque non avemos de dar lugar que en ellos haya infieles”, es porque ella se rindió a la evidencia. Frente a un Islam, por todas partes entonces ofensivo en el Mediterráneo bordeando Granada y que se había levantado en armas en el reino de Granada, era evidente la imposibilidad de mantenerlo en adelante, como lo había aceptado y ciertamente querido por caridad en 1492, un Islam enquistado dentro de las fronteras de España.

Isabel entonces no hace más que volver a encontrar en la Andalucía oriental de Granada la evidencia que se había impuesto respecto a sus antepasados, el rey de Castilla San Fernando y su hijo Alfonso el Sabio, en la Andalucía occidental, Sevilla y Cádiz. Después de haber ellos mismos acordado con los musulmanes la libertad de su religión, tuvieron que hacer frente también ellos, en 1264, a un levantamiento armado musulmán, sostenido por el Islam exterior. Y, después de haber dominado con dificultades esta sublevación, se vieron obligados a ordenar, como única solución que garantizara la justa seguridad de la España cristiana, la expulsión total de los musulmanes. Una expulsión total que convirtió la Andalucía occidental en despoblado, en desierto, que hizo falta repoblar con cristianos venidos del norte. Hecho que ha estudiado profundamente el especialista sevillano González Jiménez a partir de 1975.

Isabel, en 1502-1503, no solamente reconoce esta primera evidencia histórica del siglo XIII, sino que presiente la segunda evidencia que se impondrá en el siglo XVII con su descendiente Felipe III: la inevitable expulsión general de

España de los ex-musulmanes restantes, convertidos en apariencia, que tramaban sublevarse de nuevo con la ayuda exterior. En una forma de mesianismo islámico invencible, parecido al movimiento integrista de hoy en muchos países islámicos. La expulsión se llevó a cabo entre 1610 y 1614 por petición general, a destacar la de San Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, donde los ex-musulmanes eran también numerosos.

Además, y en definitiva, gracias a Isabel, que no cesa de hacer allá numerosas fundaciones, Granada tiene el derecho de volver a ser la metrópoli cristiana que dejó de ser solamente como consecuencia de la ocupación musulmana impuesta del exterior. Porque fue en Granada, llamada entonces Elvira (Illiberis), donde tuvo lugar en los años 300 el primer Concilio cristiano de Occidente, con la notable participación del obispo andaluz Osio, que fue poco después el presidente del Concilio ecuménico de Nicea. Esta ciudad cristiana de Elvira no hay que olvidar que fue destruida, ciudad y diócesis, por los almohades islamitas en el siglo XII. Es ridículo oír o leer que Isabel debiera haber mantenido esta destrucción, conservando la hipoteca del islamismo impuesta sobre Granada. Ella tenía que levantar esta hipoteca, tenía que borrar uno de los mayores expolios espirituales de la historia. Estaba en su pleno derecho, y en su honor, ser la reparadora. Y así fue. Efectivamente y directamente por medio de las fundaciones de Isabel, Granada volvió a ser un centro de irradiación cristiana casi de repente, en la teología pastoral y en la caridad, con estos dos grandes nombres del siglo XVI Luis de Granada, que salió del convento de Santa Cruz fundado por Isabel en Granada con Torquemada en abril de 1492, y San Juan de Dios, del que hablaremos más adelante. Una cristiandad aseasonada al fin había resucitado.

Respecto a los judíos

La expulsión de los judíos ha sido también duramente reprochada a Isabel recientemente. Conviene recordar un hecho a este respecto: Isabel garantizó a los judíos expulsados

de España que podían transferir fuera de este país sus bienes o el valor de sus bienes, en particular, por medio de letras de cambio. Ahora bien, esta medida de justicia y de caridad es entonces una novedad en estas circunstancias. La expulsión de los judíos de Francia por Felipe el Hermoso, en 1303, se asoció al embargo total de sus bienes. En la gran ciudad francesa, la más cercana a España, Toulouse, se vio al ministro de Felipe el Hermoso, Nogaret, venir de París para dirigir él personalmente este embargo de bienes de los judíos en provecho del rey de Francia¹. Que no se tomen estas medidas en España por la voluntad de Isabel provoca el asombro de los contemporáneos, para los cuales los bienes de los judíos son bienes mal adquiridos, en particular por la usura ejercida a costa del pueblo cristiano. Así vemos que hasta el papa, en su bula *Si convenit* de 1496, se asombra de esta generosidad de Isabel. La juzga excesiva, escribiendo, en los siguientes términos, laudatorios para los Reyes Católicos: ellos “han echado completamente a todos los judíos, dejándoles sus bienes, a pesar del increíble perjuicio que esta generosidad produce a los Reyes, y del daño a sus vasallos”. Así que se puede constatar que en la expulsión de los judíos hay también por parte de Isabel una caridad entonces excepcional y sorprendente. Es claro: decididamente es muy difícil dar a Isabel lecciones de cristianismo o de humanidad. Que se lo digan a aquellos que, con toda modestia, no lo dudamos, han comenzado recientemente a darle semejantes lecciones.

Otras dos precisiones

Las otras dos precisiones anunciadas son éstas: primero la maternidad moral y espiritual de Isabel, no solamente patente respecto a los franciscanos de la Observancia, al dominico Las Casas y al agustino Luis de León, que lo declararon explícitamente; sino también patente respecto a dos figuras relevantes del clero y de los religiosos. El fundador de los jesuitas,

1. RÉGINE BERNOUD, *Histoire de la bourgeoisie en France*, París 1960, tomo I, pág. 258.

Ignacio de Loyola, que a los dieciséis años, en 1506, es testigo presencial en la casa del tesorero Velázquez de Cuéllar, su preceptor en el mundo cortesano, de la “increíble venta”, como dice el reciente biógrafo de San Ignacio, Tellechea Idígoras, de los enseres y objetos personales de Isabel para cubrir sus donaciones y legados de caridad. Asombroso hecho histórico y como cambio de relevo apostólico. Digno de meditación también, otro encuentro y cambio de relevo apostólico: en Granada, Isabel, tal vez en memoria de la enfermedad mental de su madre, dedica 60.000 maravedíes para la compra de dos edificios donde los locos, hasta entonces abandonados a su suerte, serán acogidos y atendidos. Ahora bien, fue en estas dos casas de Granada donde descubrió su vocación el fundador de la primera gran institución católica al servicio de los disminuidos físicos y mentales: San Juan de Dios, milagro humano de la caridad más exigente y modelo de la mejor modernidad. Hijo, pues, también, de Isabel. Esta Isabel que así, vive todavía, de cualquier modo, cerca de nuestro Madrid de hoy, en el gran, terrible, pero acogedor y alegre hospicio de Ciempozuelos, dedicado a disminuidos mentales y físicos (hasta de seres reducidos a un simple tronco), al cuidado de los admirables, angélicos hermanos de San Juan de Dios, de origen aún fuertemente andaluz. Maravilla concreta de la condición humana, reflejo divino, que visité largamente, con uno de mis hijos, religioso novicio, y que me dejó el recuerdo más conmovedor en toda mi vida.

Y una constatación

En cuanto a la constatación anunciada, hela aquí. De las precisiones que acabo de dar y de la evocación que podría hacer de otras figuras, como la de Cisneros, resulta que falta un beneficiario en la lista, de que es fiador, canónicamente, el cardenal Aponte, arzobispo de Puerto Rico, precisamente un prelado de estas Antillas nacidas a la grandeza y la integridad de la fe gracias a Isabel. Se trata de la lista de todos aquellos para quienes Isabel es su modelo, según la *Oración para obtener la canonización de la reina Isabel y su intercesión*

en las necesidades particulares, oración a la que el cardenal ha dado su *Imprimátur* para el uso privado. Isabel no es solamente, como dice esta oración, “un modelo para los adolescentes, las mujeres, las madres, los líderes y los jefes de gobierno”. Lo que es ya mucha gente y buena gente. Isabel es, además, acabamos de verlo, un modelo para el clero y los religiosos. Lo que hace, señoras, señores, hermanas y padres, mejor gente aún.

JEAN DUMONT²

NOVEDAD EDITORIAL

Ha salido el 2.º volumen de la Biografía de la M.^a Angélica Alvarez Icaza, Salesa, una gran mística mexicana de nuestro tiempo.

Pedidos a:

Editorial San Esteban
Apdo. 17. 37080 Salamanca
Precio: 2.800 ptas.

2. Jean Dumont, hispanista francés, investigador sobre los prejuicios y tópicos más habituales en contra de la Iglesia Católica, ha escrito *La incomparable Isabel la Católica*. Encuentro. Madrid 1993; *La Hora de Dios en el Nuevo Mundo*. Encuentro. Madrid 1993 y *La Iglesia ante el reto de la historia*. Encuentro. Madrid 1993.

El don de la Comunidad. Una experiencia de discernimiento comunitario (I)

Las siguientes Cartas responden a un hecho real. Durante los años 1979 y 1980 un grupo de cinco personas decidieron realizar un proceso de Discernimiento en orden a construir una Comunidad Contemplativa según el espíritu de Santo Domingo de Guzmán. Transcribo las cartas, omitiendo nombres y lugares, pensando que esta experiencia pueda servir a otros.

Carta primera

Salamanca, 28 de Noviembre, 1979

“Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos”
(Salmo 133, 1).

Queridas Hermanas en el Señor y en Santo Domingo:

Bendecimos a Dios por el don que nos ha concedido y por la esperanza viva que suscita en nuestros corazones. El Señor es fiel y os llama a una vida religiosa contemplativa. Dios es hogar y familia y os convoca a vivir el don de la comunidad en una fraternidad dominicana, abierta a los demás como casa de oración.

Pero lo que debéis y queréis hacer es muy difícil; incluso, imposible para vosotras, pues no se trata de alcanzar un ideal, sino de vivir la realidad del don que Dios os da. Con todo, si aceptáis con fe estas palabras de Jesucristo: “Lo que es imposible a los hombres, es posible para Dios” (Lucas 18, 27), veréis maravillas. En consecuencia, el fundamento de vuestra vida ahora está en conocer, amar y obedecer la voluntad de Dios, reconociendo los caminos del Señor y caminando por ellos. Si la cumplís, viviréis y descansaréis en su paz.

Cuando el don de Dios llega al corazón humano se experimenta necesariamente una transformación interior y surge exteriormente un nuevo estilo de vida, caracterizado por la sencillez y la mansedumbre de quienes experimentan la Providencia de Dios. Además, las obras del Señor comienzan siempre siendo muy pequeñas, como el grano de mostaza. Por eso, seguiréis adelante en la medida de vuestra fe, apoyada en humildad. Es preciso que también vosotras sepáis que sois “siervos inútiles” (cfr. Lucas 17, 10); mas para ello es necesario saber antes que todo es gracia y regalo del cielo.

Dios no os fallará y su fidelidad será diaria. Por consiguiente, cuidad con esmero el don de Dios, de donde se alimentará vuestra oración, y permaneced sensibles y atentas a las mociones del Espíritu Santo en vuestros corazones y en los corazones de vuestras Hermanas. “Guardaos de entristecer al Espíritu Santo” (Efesios 4, 30). Estad atentas a los acontecimientos pasados y presentes de vuestra historia personal y comunitaria, a través de los cuales también os habla Dios. Pero buscad en ellos la historia de salvación que el Señor está haciendo en vosotras y no os detengáis en vuestros pecados, que Dios ya ha perdonado y destruido.

La Fraternidad tendrá los mismos sentimientos de la Iglesia, como Esposa de Cristo, identificándose de esta manera con su propia vida de consagración entregada a la contemplación del Esposo. Mostrará un amor especial al Papa, a los Obispos, a los Sacerdotes, Religiosas y Religiosos. La Fraternidad luchará cada día por ser en la Iglesia de hoy alma y corazón de la evangelización itinerante que caracteriza a los verdaderos hijos e hijas de Santo Domingo de Guzmán. La Fraternidad conservará una comunión espiritual con Santo Domingo de Guzmán, manifestando siempre amor y atención particulares a todo lo que Dios ha gestado en la Orden de los Frailes Predicadores.

Como los dones de Dios se concretan siempre en un estilo de vida determinado, parece necesario que, puesta nuestra confianza sólo en Dios, comencéis a vivir según el siguiente Horario experimental; pero cuidad ante todo el espíritu, para que las normas os ayuden y nunca os aplasten. Las primeras

Horas del día serán para el Señor, dedicándose a la oración litúrgica y privada celebrando los Laudes y la Eucaristía; la mañana se dedicará al trabajo manual remunerado; antes de la Comida habrá un tiempo breve de oración –nunca la Eucaristía, pues no es el momento espiritualmente adecuado–, y después no faltarán la recreación y el descanso oportuno; la tarde se dedicará a la formación espiritual y a la búsqueda del rostro de Dios en un ámbito de silencio; al atardecer se recitarán las Vísperas; búsquese el momento apto para la adoración a Jesucristo Sacramentado y el rezo del Santo Rosario. Al final del día se cantarán las Completas. Desde el comienzo de las Completas hasta el final de la Oración de la Mañana habrá silencio profundo.

Amén de este Horario diario, semanalmente se tendrá el Capítulo de reconciliación y de acción de gracias, compartiendo no sólo los pecados, sino sobre todo la fe y los dones de Dios que integran y fundamentan la Comunidad. Como no se puede caminar con las cargas de los pecados y las heridas de los rencores, nunca se omitirá el tiempo santo del Capítulo, cuando la Palabra de Dios y el amor de las Hermanas serán bálsamo en vuestros corazones. Que no salga jamás palabra alguna de juicio, de discusión o de lamentación de vuestras bocas, sino sólo palabras de amor y edificación para todos los hombres, asumidos por Jesucristo en el misterio de su Encarnación. Mas el Capítulo es ante todo el tiempo de conocer y agradecer a Dios sus dones y el estímulo de las Hermanas en la perfección cristiana.

Mensualmente no faltará el día de retiro, dedicándose en la soledad a la plegaria y otros ejercicios espirituales. Y anualmente, los tiempos privilegiados del Adviento y de la Cuaresma, como preparación para la Navidad-Epifanía y para la Pascua con sus cincuenta días de fiesta pentecostal, serán tiempos de plenitud celebrativa. El mes de octubre se dedicará de modo particular a la memoria de Nuestra Señora, la Virgen María, y al Rosario.

Importante será tener en cuenta los tiempos privilegiados de la Fraternidad, en orden al descanso psicológico de las Hermanas y sobre todo en relación con el redescubrimiento

permanente de los objetivos espirituales de la Comunidad y de sus mediaciones básicas. Lo fundamental no es recargar el estilo de vida, sino conseguir la perfección de la caridad cristiana. La formación institucional y permanente de las Hermanas será una manera de evitar algunos problemas que podrían presentarse. La flexibilidad será otra norma a tener en cuenta en el modo de interpretar el horario, no su finalidad. Un aspecto de gran importancia en la Fraternidad es la acogida del Huésped; siempre habrá alguien dispuesto a recibir en nombre de Dios al Huésped, y poder mostrarle el rostro del Señor en la vida de la Comunidad. No se olvide el agradecimiento a los bienhechores.

Implore la gracia de Dios y su misericordia vuestra Fraternidad, poniendo como único Mediador a Jesucristo, como mediadora maternal a la Santísima Virgen María, y como intercesores a Santo Domingo de Guzmán y a Santa Catalina de Sena.

Encomendadme en vuestras oraciones al Señor.

Vuestro hermano

FRAY PEDRO PEÑACORADA, O.P.

Carta segunda

Salamanca, 26 de Febrero, 1980

“Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo” (Romanos 15, 13).

Queridas Hermanas en el Señor y en Santo Domingo:

Dentro de pocos días nos veremos, Dios mediante, y necesitamos buscar los caminos y pensamientos de Dios para no dar ningún paso en falso; aunque poderoso es Dios para ir corrigiendo nuestros errores y perdonando nuestros pecados. Hoy os escribo para preparar nuestro encuentro, que espero con gozo y con mucha esperanza en el Señor.

En estos meses de experiencia comunitaria os habréis dado cuenta que necesitamos vivir siempre la comunidad

cristiana como algo gratuito y provisional, fuera de todo proyecto humano. La Comunidad es seguir a Cristo juntos, y esto es un regalo diario del Señor, y una realidad que hay que pedir y encontrar cada día. No es posible vivir la Fraternidad cristiana sin atreverse a apoyarse totalmente en Jesucristo, renunciando a nuestros cálculos y a las seguridades humanas. Nuestra fuerza no está en el éxito, ni en el número, sino en el seguimiento real, pobre y sencillo de Jesucristo. Toda nuestra identificación como consagrados arranca del don de la vocación, que es gracia y elección divinas.

En los caminos de Dios encontramos siempre algo que nos parece absurdo, y ello nos invita a fundar y fundamentar nuestro caminar en la fe; también hallamos dificultades y hasta sufrimientos, y así se purifican nuestras motivaciones a veces todavía demasiado humanas. Pero no olvidéis que cuando se acoge en fe el don de Dios se produce siempre una novedad evangélica. Pensad en Santo Domingo de Guzmán, y en Santa Catalina de Sena, cuyo Centenario estamos celebrando este año. Entregaos a Dios sin esperar nada determinado, y os encontraréis con todo. No esperéis nada de vuestros esfuerzos y lo obtendréis todo de la gracia de Dios. Tenemos que empezar siempre desde Dios, y sabremos que hemos partido de Dios, cuando advirtamos transformados nuestros corazones e iluminadas nuestras mentes.

Uno de los núcleos de la Comunidad cristiana es la oración litúrgica, celebrada en común; es cuando se sostiene la esperanza contemplativa y se manifiesta el misterio de Dios, procurando huir de la sobrecarga de las palabras innecesarias. El silencio contemplativo es comunión con Dios y con las Hermanas. En el cara a cara con Dios nos adentramos en el corazón misericordioso de Dios y en el rostro verdadero de los hombres y de las mujeres: imagen y semejanza de Dios. Escuchando a Cristo oímos todo el clamor de la humanidad. Rezar es ver y contemplar, y contemplando se transforman todas las cosas y todas las personas al transformarse nuestros corazones y nuestras mentes. De esta manera, adquirimos la capacidad de compartir y las realidades que debemos compartir como hermanos.

Es en la oración, a solas con Dios, cuando el cristiano se pone en marcha y adquiere la creatividad interior, que se necesita para caminar en comunidad. La plegaria nos acerca a Cristo, dejando de ser extraños para comenzar a ser hermanos en la Iglesia y en la amistad, en el gozo y en el dolor. Esta creatividad interior, señal de quien ha sido renovado desde lo alto, hace posible la creación común de quienes organizan en equilibrio y armonía la vida comunitaria, volviendo continuamente la mirada a la vocación aceptada y amada, que se hace siempre presente en las Hermanas y en los acontecimientos diarios.

La vida comunitaria hay que aceptarla y vivirla con realismo; no se trata de imaginación, sino de fe. Nada hay que presuponer por nuestra parte, sino rezar como si todo dependiera de Dios y entregarnos como si todo dependiera de nosotros. Este realismo comunitario exige un amor sin condiciones y sin condicionamientos humanos. La comunidad es mera utopía humana, cuando deja de ser promesa divina. Hay que amar con todas las fuerzas, hasta dar la vida como el grano de trigo, que es cuando renace uno renovado. Pero el amor cristiano se gesta en corazones reconciliados y sanados por el Señor. ¿Dónde encontraremos la dulzura de corazón, la eficacia de la misericordia y la fortaleza de la caridad si no hemos experimentado el perdón del cielo? Necesitamos un corazón humilde, atento, liberado, compasivo. El amor cristiano es un desafío y una paradoja: morir para vivir y servir para ser libres.

Ahora bien, lo que produce en nosotros esta entrega total, hasta amarnos como El nos amó, es la previa entrega total de Jesucristo a nosotros. El amor gratuito y misericordioso de Dios es el que hace nacer en nosotros el cariño y el respeto, la amistad y la delicadeza, la muerte y la vida. Y en este amor gratuito de Dios encontramos todo el consuelo del Espíritu Santo, la fraternidad de las Hermanas que Dios nos ha dado y la sobreabundancia de todos los demás dones del Señor. Y así, cuando advertimos que todo lo hemos recibido gratuitamente, aprendemos a compartir y lo compartimos todo: los dones que Dios nos ha dado a cada uno y también nuestros

pecados y limitaciones, tal como se manifiestan en los acontecimientos cotidianos. Nada hay ya propio, pues somos comunidad por voluntad divina.

Este ritmo comunitario se fundamenta en la riqueza de Cristo, que al hacerse pobre siendo rico, se hizo no sólo centro de la comunidad, sino también modelo en la pobreza de cada hermano. La pobreza a la que nos referimos consiste en compartirlo todo y en depender de Cristo en toda nuestra vida. En consecuencia, es preciso conservar un nivel de vida sencillo en la vivienda, en el mobiliario, en la alimentación, en el trabajo, si queremos vivir la fraternidad, pues sólo los que tienen corazón pobre se aman y se ayudan. En la sencillez en todas las cosas es posible encontrar los caminos y los pensamientos de Dios. Hay que situarse en lugares adecuados y aceptar los medios apropiados para llevar la presencia salvadora de Jesucristo a los hombres y mujeres, combatiendo las estructuras y los hechos injustos de un modo evangélico. ¿De qué sirve la pobreza si es una carga para los demás, o si no se convierte en júbilo para uno mismo? Este estilo sencillo de vida manifiesta también la opción preferencial y evangelizadora por los pobres y por los jóvenes.

La comunidad cristiana debe saber también asumir en el Señor los fracasos, las dificultades y los pecados que se oponen a la comunión fraterna. Los fracasos nos revelan si hay en nuestro actuar amor gratuito o búsqueda inconsciente de uno mismo. Nuestras limitaciones, en sus diferentes consecuencias, exigen la aceptación real de los hermanos. Y nuestros pecados nos invitan al perdón mutuo, que es una señal preciosa del amor gratuito y misericordioso, al mismo tiempo que lo aumenta. Por eso, a quien se perdona mucho, ama mucho. Hay que descubrir el don maravilloso de perdonar a quien nos ofende, aceptándolo como hermano. El Padre que perdona al hijo pródigo y el Hijo de Dios que perdona a quienes no saben lo que hacen; pero sólo los pequeños, los vulnerables y los pobres saben perdonar. Y como en todas las comunidades se dan fracasos, limitaciones y pecados, hay que practicar el conocimiento propio, la aceptación del otro y el perdón gratuito, de tal modo que las comunidades donde

los hermanos no se conocen, no se aceptan como son y no se reconcilian terminan pronto por dividirse, separarse y dispersarse. Incluso, donde no hay perdón, surge la violencia.

En fin, una comunidad cristiana nunca deberá medir o controlar los frutos de la gracia. No es esa su función. Lo que debemos hacer es cantar eternamente las misericordias del Señor y pasar por la vida haciendo el bien a los de cerca y a los de lejos; a todos los que necesitan la presencia salvadora de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

“Echad sobre El todos vuestros cuidados, puesto que El se preocupa de vosotros” (1 Pedro 5, 7). El os bendice.

Vuestro hermano

FRAY PEDRO PEÑACORADA, O.P.

Se ruega a los suscriptores, personas y comunidades, que no hayan enviado el donativo correspondiente el año en curso 1996, por la suscripción a la Revista, envíen 1.500 ptas. a la Caja Postal de Salamanca, Oficina Principal, n.º 500.621.

Si alguno desea seguir recibiendo gratuitamente la Revista, avísenos, por favor, y con sumo gusto se la enviaremos. Muchas gracias.

Bibliografía

JUAN DE SAHAGÚN LUCAS, *Dios, horizonte del hombre*, BAC (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1994. XXII-312 p.

Este libro pertenece a la colección de manuales de teología que lleva el título general de *Sapientia Fidei*. Creo que es un buen libro. Se lee con gusto, está bien documentado, informa sobre corrientes actuales que afectan más directamente a la fe, tiene un largo capítulo sobre el ateísmo –su origen, sus modalidades, criterios para valorarlo– y, omitiendo otras buenas cualidades, me complace ver que Santo Tomás es no ya citado de vez en cuando, como ocurre en tantos casos, sino tomado en serio como guía del pensamiento; es frecuente encontrar largos párrafos de sus obras. Al mismo tiempo que expreso mi complacencia por este hecho, que hoy no es nada frecuente, me permito hacer dos observaciones, con la esperanza de que el autor me las acoja. Al tratar de la existencia de Dios, el autor dedica un considerable número de páginas a exponer las pruebas dadas por Santo Tomás: sus ‘cinco vías’ (p. 155-175). En ningún manual se encuentra nada semejante. Mi observación se refiere a una idea general acerca del valor de estas vías. El autor, citando a Maritain, dice: “No son pruebas apodícticas, sino caminos e indicios completamente racionales, porque, como señala correctamente J. Maritain, lo que probamos cuando probamos la existencia de Dios es algo que nos sobrepasa infinitamente a nosotros y a nuestras ideas y a nuestras pruebas” (p. 157). Evidentemente, esto es verdad. Pero no sé por qué de esta verdad se sigue que las pruebas son tan sólo “caminos e indicios”. El autor insiste mucho –y con razón– en el valor del principio de causalidad, que está en el fondo de todas las pruebas. ¿Es que la aplicación de este principio da únicamente “caminos e indicios”? Más adelante, al analizar los problemas relativos a nuestro lenguaje sobre Dios, se detiene un poco en Santo Tomás, acerca del cual dice cosas muy exactas, pero también algo que no comprendo, por ejemplo, que Santo Tomás razona partiendo “de una cosmovisión estática” (p. 231). No sé si capto el pensamiento del autor. Lo de “cosmovisión estática” me extraña mucho. La quinta “vía”, que cuenta con infinidad de paralelos sobre temas diversos, se funda precisamente en la marcha de todas las cosas –incluidas las infrarracionales– hacia su fin. Santo Tomás insiste mucho en que esas criaturas no sólo son llevadas, sino que también ellas mismas ‘caminan’ hacia el fin; están dotadas de un dinamismo interno que las convierte en agentes de su propia marcha, la cual es, ciertamente, muy distinta de la que realizan las criaturas intelectuales; pero las diferencias no impiden el hecho básico de que se ‘marcha’ y no simple arrastre por parte de otro. Son detalles que me permito ofrecer al autor en vista de que él mismo muestra valorar altamente a Santo Tomás.—
A. Bandera, O.P.

BERNHARD GROM, *Psicología de la religión*. Herder (Provenca, 388. 08025 Barcelona) 1994. 480 p. 3.890 ptas.

JOSÉ ROMÁN FLECHA, *Teología moral fundamental*. BAC (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 1994. XXVI-368 p.

Es muy antigua la idea de la conexión entre psicología y moral. Son dos ramas del saber que se complementan. Ahora, al hacer esta reseña, no se pretende nada que pueda parecerse a teoría, sino solamente precisar cómo se relacionan entre sí las dos obras señaladas. Nota común es que ambas son de alta calidad y, a la vez, alcanzan una extensión que merece respeto.

La primera de las dos es consciente de que la religiosidad trasciende el orden de lo psicológico; lo cual es un dato importante. Pero quedo con la impresión de que la declaración de trascendencia no tiene la densidad que le es propia; no sé si hasta sufre eclipse a la hora de exponer temas concretos. La exterioridad, el 'nosotros', aparecen siempre o, al menos de manera habitual a lo psicológico y a lo social. Un ejemplo: el tema de toda la primera parte es enunciado así: "La religiosidad bajo la forma 'nosotros': sus condicionantes básicamente psicosociales". Evidentemente, en la práctica religiosa puede haber un 'nosotros' de signo psicosocial. Pero el cristianismo conoce un 'nosotros' que es el sujeto confesante, aquel a quien, según Santo Tomás, compete propiamente la recitación y la proclamación del símbolo de fe. En el símbolo, la profesión de fe es propuesta como en persona de toda la Iglesia, la cual es siempre fe formada, fe unida a la comunidad, vivificada por la caridad. De este 'nosotros' el libro de Grom parece no saber nada. La obra es buena. Pero creo que le hubiera sido saludable asomarse a otros horizontes, concretamente a los de una buena teología moral fundamental.

Por esta razón precisamente junto, en una sola reseña estas dos obras; la segunda contiene elementos de óptima calidad para orientar correctamente la mirada del psicólogo, haciéndole cobrar conciencia viva y operante de que en cristianismo hay exterioridades de orden teologal en las que entran elementos psicológicamente valorables, de los cuales, sin embargo, la psicología no puede decirlo todo, ni siquiera lo principal. Con esto queda expresado mi juicio altamente positivo sobre el libro de José Román Flecha, a quien ruego me permita proponer mi pensamiento completo. Si entiendo bien su exposición, una moral de la virtud es ante todo una moral de la esperanza. ¿Por qué no una moral de la caridad? ¿No es este mismo mandamiento el factor fundamental "de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo"? Son sugerencias, sólo sugerencias. En cuanto a "la utopía de la teología moral", quisiera hacer también alguna sugerencia. ¿Por qué en un estudio teológico un concepto de resonancia tan fuertemente sindical como es "solidaridad" no adquiere su genuino rostro cristiano? Quiero decir: ¿por qué la 'solidaridad' no es 'comunidad'?—A. Bandera, O.P.

RAMÓN TREVIJANO, *Patrología*. BAC (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 1994. XVIII-278 p.

NILO DE ANCIRA, *Tratado ascético*. Introducción, traducción y notas de José RAMÓN DÍAZ. Ed. Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid) 1994. 248 p.

Dos obras muy distintas entre sí, pero que hasta cierto punto se unifican en cuanto que las dos versan sobre tema patristico y las dos son de excelente

calidad. La *Patrología*, de Trevijano, es la obra de un maestro, que ha sabido compendiar material amplísimo en un libro de finalidad escolar, que al investigador le resulta siempre insuficiente. Para concretar y documentar estas afirmaciones generales habría que citar muchas cosas, y se podrían poner muchos ejemplos. Me fijaré sólo en uno. Hipólito de Roma es un personaje clave para muchas cosas. La investigación acerca de él ha hecho progresos que no era fácil y quizá ni siquiera posible encontrar en un manual escolar. Aquí está todo, compendiado, desde luego, pero enriquecido con abundante documentación que abre posibilidades de ampliación. Después de haber dado esta idea general de la obra, se me permitirá poner un reparo, que se refiere al modo de tratar la controversia nestoriana; creo que a Nestorio se le conceden muchas excusas, mientras que contra San Cirilo se amontonan las acusaciones. Ojalá sea verdad lo que se dice del primero. El hecho indiscutible es que los fieles de Constantinopla, no los de Alejandría, se escandalizaron de la predicación de su Patriarca antes de que San Cirilo hubiese dicho una sola palabra; y cuando empezó a hablar, todo su 'discurso' estuvo al servicio de aquella verdad cuya negación pública había provocado escándalo. Si no me engaño, San Cirilo no tuvo dificultad alguna en suscribir el Acta de Unión del año 433, antes bien puso la firma con júbilo. Por último creo que el juicio de San Inocencio I sobre Nestorio no discrepa del de San Cirilo, ni está condicionado por San Cirilo.

Nilo de Ancia, particularmente en el *Tratado ascético*, es un clásico de la espiritualidad patrística. Su obra tuvo grandísimo influjo. El autor fue comparada con San Juan Crisóstomo se ajusta a la letra. El *Tratado ascético* fue atribuido a diversos autores; una crítica depurada ha logrado esclarecer los datos y fijar con seguridad la persona del autor, su mentalidad, su método de trabajo. Una larga *Introducción*, que llega hasta la página 70, informa ampliamente sobre todo lo relacionado con la identificación de esta obra.—*A. Bandera, O.P.*

MONS. JULIÁN LÓPEZ MARTÍN, *La Liturgia de la Iglesia. Teología, historia, espiritualidad y pastoral* (Sapientia Fidei, n.º 20). Biblioteca de Autores Cristianos. Don Ramón de la Cruz, 57. Madrid 1994. 14,4 x 21,6. 378 pp.

Redactar un Manual de Liturgia en un volumen de 378 páginas es un compromiso especialmente difícil, pues la amplitud de la materia implicada impide no sólo la exposición completa sino también la profundidad adecuada. De todos modos, el autor, Mons. Julián López Martín, recientemente entronizado Obispo de Ciudad Rodrigo, es una de las personas más capacitadas actualmente en España para acometer tal empresa, cuyo resultado podemos calificar de excelente. Una nota sobresaliente es la abundante y variada bibliografía, sobre todo del área de las lenguas románicas.

La obra, rica por la oportuna bibliografía y por la gran cantidad de datos que ofrece en un ámbito prevalentemente histórico, cuya finalidad es presentar una visión global de la Liturgia en el contexto gestado por el Concilio Vaticano II, tiene cinco partes, las cuales van precedidas por un capítulo introductorio a la Ciencia y formación litúrgicas, y finalizadas por un útil Vocabulario Litúrgico. Las dos primeras partes se refieren al Misterio litúrgico, como hecho histórico y como hecho teológico o celebrativo; las dos siguientes, la Liturgia Especial, se refieren a las celebraciones (Año Litúrgico y Liturgia de las Horas); y la quinta y última se caracteriza por los niveles

evangelizador, espiritual y pastoral. Cada capítulo es introducido con una frase de la Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II.

Si el lector advirtiera algunos aspectos perfeccionables en estas páginas, no convendría olvidar sus méritos, aunque ello probara que todo esfuerzo humano puede siempre ser mejorado. A veces parece percibirse en estas páginas alguna urgencia que ha dificultado una correcta ordenación, algunas repeticiones y una argumentación teológica oportuna. Por ejemplo, entre las partes I, II y V cabría alguna otra ordenación, clarificando más los elementos antropológicos y teológicos de una Liturgia Fundamental. Sobre los Ejercicios Piadosos se habla en las partes primera y quinta. En las páginas 65 y 67 se pudiera haber optado, por el adjetivo hispano, pues el adjetivo hispánico no se refiere a la nación española, sino a la cultura característica de las naciones de raíces españolas, lo que supera el carácter de la liturgia mozárabe.—*Pedro Fernández, O.P.*

SATURNINO GAMARRA, *Teología Espiritual* (Spientia Fidei, 27). Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1994. 14,5 x 21,5. 312 p.

El autor del presente Manual es un experto en la materia que ha acumulado muchos conocimientos en su amplia vida profesoral. La bibliografía en la que fundamenta su pensamiento es abundante, y el planteamiento de los temas por él tratados es abierto, dialogante y equilibrado, en orden a conseguir una perspectiva nueva de la espiritualidad en consonancia con la cultura actual. Ahora bien, como trata más de los fundamentos y características científicas de la Teología Espiritual que de su desarrollo, es una verdadera Teología Fundamental de la Espiritualidad.

La lectura detenida de este buen Manuel me ha invitado a reflexionar sobre una posible ruptura a partir del Concilio Vaticano II con la tradición heredada de la espiritualidad cristiana. Esta ruptura fue providencial en orden a contactar más directamente con las fuentes y con el hombre actual. Mas ¿no hemos perdido el conocimiento y el gusto por esa teología y experiencia espiritual que con tanta exuberancia nos habla todavía de la oración, de la ascética y mística, de las virtudes y dones del Espíritu Santo, de las purificaciones activas y pasivas, de los fenómenos místicos, como el matrimonio espiritual, etc.?

En este sentido, si comparamos este Manual con el de S. Pinkaers, *La Vida Espiritual*. Edicep. Valencia 1995, nos encontramos con dos perspectivas de la espiritualidad cristiana: la de Pinkaers es más sacramental y, al mismo tiempo, más basada en la práctica ascética de las virtudes y en la mística de los dones del Espíritu; más invitadora a entrar en la mística y más sistematizada; mientras que la otra perspectiva, la de S. Gamarra y la de Ch. A. BERNARD, *Teología Spirituale*. Paoline, Cinisello Balsamo (Milano), 3.^a ed. 1989, es más subjetiva, más antropológica, más ascética, menos sistematizada; es decir, estudia más el sujeto que el objeto de la Teología Espiritual, acumulando conocimientos más que un orden y una línea de pensamiento.

Tal vez, estas carencias en cuanto a contenidos básicos en una Teología Espiritual se deba en este caso al número permitido de páginas; además, a veces el autor se extiende demasiado en los prenotandos, como si estuviera escribiendo un Manual de Teología Espiritual, no para estudiantes de Teología y cristianos avezados, sino para personas no suficientemente evangelizadas.—*Pedro Fernández, O.P.*

JUAN ESQUEDA BIFET, *Teología de la evangelización. Curso de misionología*. BAC (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 1995. XVIII-492 p.

La obra de Esquerda es de un valor quizá único en su género. Con sólo pensar en extensión, será bien difícil encontrar otra que se le compare. Pero esto no es más que un dato externo. Dentro de esa extensión, no hay nada superfluo. Todo está bien trabado y razonado; sobre cualquier punto se ofrece documentación abundante. Todo ello está envuelto en una atmósfera de identificación vital con el tema. El lector advierte de inmediato que en las páginas del maestro que expone, que enseña..., se refleja el testimonio de un cristiano que vive a fondo el misterio –el conjunto de misterio– de que está hablando. Después de apreciación tan sumamente positiva, pero no exagerada, se me permitirá hacer una observación. En la teología actual –también en el campo de la misionología– el tema de la Iglesia particular tiene manifiesto relieve. El Vaticano II habla extensamente sobre la plantación de la Iglesia en tierras de ‘misión’, dedicando buen espacio a la formación de la comunidad cristiana. Este libro habla también extensamente de la plantación (pp. 231-277). Pero comparando el libro con el decreto *Ad gentes*, salta a la vista una diferencia notable. El decreto conciliar da manifiesto relieve a la vida religiosa; quiere que sea promovida desde el principio por la doble razón de que la mayoría de misioneros provienen de institutos religiosos, y por la más profunda de que ese género de vida, “en virtud de una más honda consagración a Dios hecha en la Iglesia, muestra y significa luminosamente la íntima naturaleza de la vocación cristiana” (AG 18a). Este párrafo nunca aparece en la exposición y, si no me engaño, el entero número 18 brilla por su ausencia. Es verdad que hacia el final del capítulo se habla de comunión de vocaciones, carismas, ministerios...; es verdad que alguna vez su mención de vida religiosa identificándola con vida consagrada (p. 269): cosa que no hizo el concilio. Pero aun teniendo en cuenta esto, me pregunto si el lector podrá hacerse cargo de la enseñanza del concilio, cuando sólo encuentra fugaces alusiones, colocadas, además, en el último lugar, donde, ya a priori, no puede aparecer nada esencial. Al fin, sólo cabe ‘redondear’ el pensamiento. Pensando en la importancia, verdaderamente decisiva, que la vida religiosa tiene en la historia de las misiones, no acierto a comprender esto.—A. *Bandera, O.P.*

RAMÓN ARNAU, *Orden y ministerios*. BAC Manuales 11 (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 1995. XXXVI-300 p.

Es un buen libro para el estudio del tema por quienes hacen la carrera de teología. Tiene buen sentido de la historia y, al mismo tiempo, mantiene bien la coherencia con el conjunto de las verdades de fe. Ni es un repetidor ni se lanza por caminos de aventura. A mi juicio adopta la única postura constructiva cuando se estudian temas como éste. Me agrada especialmente el ver que a Santo Tomás le son dedicadas unas cuantas páginas (117-124). Se ve que el autor ha leído. Pienso, sin embargo, que le quedaron sin ver unas cuantas cosas, como, por ejemplo, las que podría encontrar en la *Suma contra gentiles*; el opúsculo *De perfectione spiritualis vitae* es usado de manera muy incompleta; es aquí donde Santo Tomás, guiado por la tradición oriental, de la que conoce y cita a distinguidos representantes, se orientó definitivamente hacia la sacramentalidad del episcopado, partiendo del principio que la consagración episcopal coloca a quienes la reciben en la

línea de sucesión apostólica y les transmite el 'encargo' de pastorear la Iglesia: el obispo, al ser consagrado, recibe, solidariamente con los demás, el encargo de apacentar la Iglesia universal: "...cum universae Ecclesiae curam susceperint". Esta idea se completa en otra obra del final de la vida de Santo Tomás, que es el comentario a los salmos: el sacramento del orden—la consagración episcopal— hace a quien la recibe sucesor de los Apóstoles, con una sucesión que es, en cierto modo, perpetuación. Los Apóstoles perviven, hasta cierto punto en los obispos; ellos, en efecto, fueron y son quienes gobiernan la Iglesia. Me hubiera gustado ver que todo esto había sido tenido en cuenta. Lo que más lamento es que el autor, a la hora de hacer el balance final, se limita a un texto del comentario a las Sentencias, obra de juventud que fue superada de manera evidente, en todo lo que se refiere al orden. Esto, sin embargo, no quita que este libro sea muy indicado para el estudio y para la enseñanza escolar de esta materia.—*A. Bandera, O.P.*

GONZALO FLÓREZ, *Matrimonio y familia*. Sapientia Fidei, n.º 12. BAC, Madrid 1995. XXVIII-286 pp. RAÚL BERZOSA, *Nueva era y cristianismo*. BAC Popular (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 246 pp.

El primer libro pertenece a la serie de monografías dedicadas al estudio y a la enseñanza escolar de la teología, las cuales se agrupan bajo el título 'Sapientia Fidei'. Creo que responde bien a esta finalidad, aunque a mí personalmente me gustaría ver el tema sacramentalidad tratado con mayor amplitud. En todo caso, se dice lo suficiente. Reconocido el valor del libro, se me permitirá poner algún reparo. No comprendo por qué del matrimonio *cristiano* (cf. pp. 47-51) se trata bajo el epígrafe "El matrimonio y la familia en la cultura occidental" (p. 45). ¿Por qué lo cristiano hay que situarlo en la cultura occidental? Pienso que es esta occidentalización la que da origen a las grandes diversidades y dificultades existentes entre la Iglesia católica y la ortodoxia en el modo de entender el matrimonio (cf. p. 211). Y tal vez, en tema ecuménico, el lenguaje necesite una cierta purificación; pienso que ya no se puede seguir hablando de *Reforma protestante*, como tampoco de confesiones protestantes.

El segundo libro da cuenta de uno de los movimientos más fuertes que, en nuestros mismos días, crea enormes dificultades para una exacta comprensión del cristianismo. Aunque, en el interior de la nueva era es posible señalar corrientes diversas, de hecho, el movimiento, en su conjunto, está 'marcado' por una tendencia gnóstica, que obliga a replantear las cuestiones debatidas en los comienzos de la Iglesia. El libro da información amplísima sobre personas, tendencias, publicaciones...—*A. Bandera, O.P.*

JOSÉ C. R. GARCÍA PAREDES, *Mariología*. BAC Manuales 10 (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 1995. XXII-418 p.

El mes de Mayo con el H. Rafael. Selección de texto por M.ª DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA. 2.ª ed. Radio Santa María (45002 Toledo) 1995. 98 p.

El primer libro pertenece a la colección *Sapientia fidei* que está compuesta por una serie de manuales de teología dogmática. Teniendo en cuenta lo corriente en libros de esta índole, la mariología que ahora tengo el gusto de presentar es manifiestamente extensa. En cuanto al contenido, el lector advierte desde el primer momento que el libro no es de los de rutina,

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Sobre la acidia y la humildad

Intentaré hablaros hoy, con la ayuda de Dios, en primer lugar, de uno de los pecados capitales que más destruye actualmente la vida cristiana, la *acidia*, que es algo más que la pereza y tampoco se puede identificar con la tristeza y el abatimiento del alma. Podemos describir más bien la acidia como una cierta incapacidad para tomar en serio las cosas; para tomar conciencia de lo que acontece a nuestro alrededor; para llevar a buen término una decisión. La acidia es abulia, indolencia y esa clase de cansancio que nos impide estar atentos o concentrados y perseverantes en lo que se está haciendo o hay que hacer. Es una debilidad o atonía del alma, característica de la superficialidad o de la frivolidad. También puede manifestarse como una incapacidad para marcarse objetivos o una carencia de tenacidad en la persecución de un fin, a modo de desamor, como si todo diera lo mismo.

Con razón, los maestros espirituales del monacato antiguo conocieron la acidia como “el demonio meridiano o del mediodía”; los monjes primitivos no hablaban de pecados capitales, sino de demonios o espíritus tentadores, ante los cuales había que estar vigilantes para no caer en sus asechanzas. La acidia era la tentación típica del anacoreta, mediante la cual el demonio intentaba que el eremita abandonara la soledad, anhelando lugares más confortables y

otras compañías aparentemente placenteras. La acidia aparecía en el monje como ansiedad del corazón, torpor de la mente, flojera del alma, aversión del lugar y rechazo de los hermanos que Dios le había dado, cercanos o distantes. La acidia es pereza ante el trabajo, desidia ante la lectura, y continua murmuración ante lo que acontece. El dominado por la acidia mira todo y no se detiene en nada. Lo quiere todo y no elige nada. Parece que no tiene otra salida que comer, criticar, dormir o visitar inoportunamente algún hermano; claro, se busca una razón hasta religiosa que justifique lo que es mera consecuencia de la ansiedad y del disgusto espiritual.

La acidia tiene diversos rostros, según las épocas. Actualmente se muestra como dejar hacer, aunque haya que tragar sapos. De este modo, deja uno de ser coherente consigo mismo y se hunde uno en las propias omisiones. El desempeño nace, no sólo de la pereza, sino de creer que ya nada se puede cambiar; así se gesta la amargura y el rencor. No nos gustan cómo van las cosas y en vez de resistir y oponernos valientemente preferimos murmurar de todo y de todos. No hacemos nada y, con todo, nos metemos en todo y con todos. En vez de llegar a los orígenes de los problemas, se divaga; todo queda en palabras amargas, juicios inoportunos y curiosidades insensatas. Este desertar de los fines y objetivos de la vida cristiana se compensa con divagaciones de la mente, turismo viajero y experiencias pecaminosas. Descansa uno en los placeres para olvidar la desilusión. Así nos debilitamos y llegamos a la desesperación. “Los hombres sin remedio son aquellos que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de los demás. No buscan lo que hay que corregir, sino en qué pueden morder. Y al no poderse excusar a sí mismos, están siempre dispuestos a acusar a los demás”. (San Agustín, Sermón 19, 2: PL 38, 132).

Es cierto que nuestra sociedad nos obliga a trabajar y no nos deja abandonarnos en el dulce no hacer nada. Pero el trabajo no nos satisface; de ahí la necesidad del cambio, del fin de semana, de las vacaciones anuales. Son trabajos no deseados, que nos impiden estar atentos a lo que hacemos. Esto se traduce en conformismo social; verbosidad fatua como si

nombrando los problemas se solucionaran; curiosidad divulgativa sin profundidad que nos pudiera fatigar; hoy nadie entrega la propia vida, pues no hay consagración o amor permanente. No basta una sola mujer para el voluptuoso, ni una sola celda para el monje frívolo.

Y sobre la *Humildad* nos dice Jesucristo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11, 29). Pero ¿qué es la humildad, una de las realidades cristianas más confusas en la práctica y más necesarias en la vida? Hay una acepción secularizada según la cual humilde es quien asume sus propias limitaciones y no tiende a más de lo que puede; por el contrario, el arrogante, hambriento de honores, se ensalza siempre más de lo que vale. La humildad laica es una cualidad muy apreciada hoy, cuando se espera igualdad en todos. Mas, ¿no será éste no considerarse superior a los demás fruto de la timidez, de la poca estima de sí mismo, de la incapacidad de hacerse valer, es decir, de la propia debilidad? Ahora bien, la humildad como no arrogancia, no es humildad cristiana, sino buen sentido, elogiado ya por Aristóteles.

La humildad es una virtud originariamente cristiana, cuya raíz está en la revelación y cuyo ejemplo es Jesucristo. Los griegos detestaron la arrogancia, pero no conocieron la humildad. La parábola de los talentos nos ayuda a conocer el don misterioso de la humildad, en cuanto que ésta implica también aceptar dócilmente el poder de la gracia de Dios. El humilde sabe que es pequeño, criatura, como todos los demás hombres, pues nadie es superior a nadie; pero además y sobre todo teme a Dios y, al recordar todo lo que el Señor ha hecho por él, confía en el poder de la gracia y se pone a trabajar. Por eso, es compaginable la humildad con el orgullo santo, de quien es consciente de la propia dignidad y tiene sentido del propio honor. En este sentido, reaccionar prudentemente ante el insulto o la desaprobación injusta es un acto de justicia con la propia honra. El orgullo santo preserva la propia dignidad. Es cierto, en el reino de los cielos los últimos serán los primeros y los pequeños los grandes.

La humildad se vive sólo en referencia a Dios y nos impulsa a servir a los demás. Dios es gratitud de amor y sobrea-bundancia de gracia; sólo en Dios podemos descansar, pues sólo El nos conoce, nos ama y nos salva. Ahora podemos comprender por qué el Señor escoge para sus grandes obras corazones sencillos, generosos y magnánimos, aunque débiles y apasionados, capaces del amor dilección. David es prototipo del humilde. “Pero si El dice: No me complazco en ti; aquí me tiene, haga El conmigo lo que bien le parezca... Dejadle maldecir. Que si el Señor le ha mandado que maldiga a David ¿quién va a pedirle cuentas? Quizá Yahvé mirará mi aflicción y me pagará con favores las maldiciones de hoy”. (II Sam 15, 26; 16, 11-12). La humildad es exclusiva de quien acepta la propia debilidad y también la gracia de Dios. El humilde es consciente de la propia estima, y al estar fundada en los dones ciertos de Dios es justa y capacita para actuar con eficacia en los compromisos. La humildad es una virtud cristiana sólo en relación con Dios; las relaciones interpersonales no son guiadas por la humildad, sino por el mutuo reconocimiento. Humillarse ante otro hombre es idolatría, al conceder a un semejante lo que es exclusivo de Dios.

En nuestro tiempo no está de moda la humildad y tampoco el santo orgullo; lo que está de moda es la vanagloria, la vanidad arrogante y el culto de las apariencias. Por eso hay tanto hombres dispuestos a venderse al poderoso y a servir al influyente. Es el tiempo del dinero fácil, en el que predominan los valores de la tierra, no los del cielo. La gente se degrada con facilidad cuando domina la mentalidad del esclavo, servir al de arriba y despreciar al de abajo. Hoy abunda gente ufana sin orgullo y servicial sin humildad.

El objetivo de la vida cristiana es descansar en la *voluntad de Dios*, es decir, experimentar que Dios Padre nos ama como amó a su hijo Jesucristo. Y esto no se da sin distinguir el error de la verdad, el mal del bien y sin gozar de la paz en el espíritu. Sólo el Espíritu Santo nos purifica destruyendo el pecado e iluminando la mente, de modo que podamos vivir iluminados, sazonados y fermentados, de tal manera que el alma advierta los pensamientos de Dios en medio de los pensa-

miento humanos, es decir, los dones de Dios y los propios pecados. A esto se reduce lo esencial de la vida cristiana. Estemos fortalecidos con la gracia de Dios, pues la debilidad y la enfermedad nos impedirán superar las tentaciones, los malos deseos, los males que nos sobrevienen, las raíces y consecuencias de los pecados y las concupiscencias que nos acompañan.

A la acidia se la combate con la humildad que nos lleva al trabajo y con la lectura de la Palabra de Dios, la meditación, la oración y el gozo del encuentro con Dios. También es preciso ejercitarse en la paciencia, en el pensamiento de la muerte y en la esperanza de la vida eterna. La compunción del corazón, la iluminación de la mente, el fervor de la caridad y el gozo de la fraternidad. A la arrogancia se la combate con el santo orgullo, que nace del conocimiento de la propia nada y del poder inmenso de la gracia de Dios. No contristemos al Espíritu Santo con nuestros pecados; no nos alejemos de su sombra. Que la mano del Poderoso esté siempre sobre nuestras cabezas; que nos preceda y acompañe siempre. Amen.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P
Director de Vida Sobrenatural

REVISTA VIDA SOBRENATURAL

Puede adquirirse la colección completa de la Revista Vida Sobrenatural, integrada por 75 volúmenes, los 16 primeros dobles, al precio de 100.000 ptas. Ya encuadernados, 180.000 ptas.

Regalo, los Indices de la Revista, 1921-1995.

LA REDACCIÓN

Doctrina

La Exhortación *Vita consecrata* (I)

Una presentación

La Exhortación postsinodal *Vita consecrata* es de una riqueza doctrinal inigualable. No hay documento alguno sobre este peculiar género de vida que se le parezca, ni de lejos. Y si nos acercamos a otros Sínodos para examinar la Exhortación correspondiente a cada uno de ellos, creo que la de ninguno alcanza la perfección de *Vita consecrata*. Aquí se tiene permanentemente la luz de una doctrina profunda, que no se encuentra en libros de teología ni siquiera de la que se dice muy especializada, y, a la vez, una espiritualidad, que vanamente se buscaría en libros de teólogos; mas aún, que rebasa todo lo publicado por cualquier tipo de escritores, incluidos los que hoy escriben libros espirituales para religiosos/as. No hago ninguna exageración.

Luz en la mente, ardor en el corazón. Quien lea serenamente la Exhortación experimentará en seguida que los encomios, por encendidos que parezcan, se quedan siempre cortos. Evidentemente, para experimentar estas impresiones, es necesario leer en actitud de escucha o con voluntad de acoger el mensaje que la Exhortación transmite. Esta actitud, aparte de ser un requisito general, brota con fuerza del documento mismo y del modo como el Papa Juan Pablo II se expresa y se dirige a los destinatarios.

1. EL ATRACTIVO DE UNA INVITACIÓN

La Exhortación *Vita consecrata* me parece única. Quien la lee, advierte de inmediato que está conversando con alguien

que le habla desde una amistad profunda. Es una amistad que viene de más allá del mundo y que traspasa el mundo. Viene de Dios y retorna a Dios. Viene sola, pero no se resigna a hacer en solitario el 'viaje' de retorno. Quiere comunicarse. Busca amigos. Establece comunión. Y el lector se siente envuelto en esta deleitable atmósfera.

Un misticismo sosegadamente inquieto, si vale la paradoja, y una suave unción informan de punta a cabo este magnífico documento. Creo que ningún otro, de los pertenecientes a este género respira ni un misticismo más alto ni una unción más penetrante; son cualidades que están, por así decir, desparramadas a través de la Exhortación, y no es posible hacerse cargo de su medida fijándose en un solo pasaje. La cima, si no me engaño, está en los números dedicados a exponer las múltiples conexiones entre consejos evangélicos y misterio de la Trinidad. La 'concentración' trinitaria se hace particularmente 'densa' en los números 20-22, los cuales, en cierto sentido, son el desarrollo pleno del párrafo inicial. No es posible resumirlos, hay que leerlos.

El 'espíritu' que los anima se mantiene de manera permanente. No se trata de sublimidades contemplativas que cada uno guarda celosamente para sí. La Exhortación excluye el individualismo de manera radical. Dios nunca aísla; es la fuente originaria de comunión. Por eso el mejor y más elocuente testimonio de su presencia y de su existencia misma es el que se da en la comunión de hermanos que se aman profundamente.

Para no quedarme en generalidades que pudieran parecer evasivas, sugiero la lectura del número 75. Su distancia respecto de los señalados como cima trinitaria es evidente, pero su contenido sólo es comprensible y, sobre todo, realizable —que es lo que se busca— si el espíritu asimilado en la 'cima' da pasos efectivos hacia el servicio fraterno incondicional, que refleje el simbolizado por Jesús en el acto de lavar los pies a los discípulos.

Transcribo algo de este número. "Lavando los pies a sus discípulos, Jesús revela la profundidad del amor de Dios al hombre. ¡En él Dios mismo se pone al servicio de los hombres!

El revela al mismo tiempo el sentido de la vida cristiana y, con mayor motivo, el de la vida consagrada, que es vida de amor oblativo, de concreto y generoso servicio (...). Las personas que siguen a Cristo en la vía de los consejos evangélicos desean, también hoy, ir allá adonde Cristo fue y hacer lo que él hizo" (n. 75b). La razón de esto es que "la mirada fija en el rostro del Señor no atenúa en el apóstol el compromiso por el hombre; más bien lo potencia, capacitándolo para influir mejor en la historia y liberarla de todo lo que la desfigura"(75c).

Así potenciado el compromiso con el hombre, se siente la necesidad de hacer lo que Cristo hizo y de ir adonde él fue. El texto continúa diciendo: "La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas; rostros desfigurados por el hambre; rostros desilusionados por promesas políticas; rostros humillados de quien ve despreciada su propia cultura; rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; rostros angustiados de menores; rostros de mujeres ofendidas y humilladas; rostros cansados de emigrantes que no encuentran digna acogida; rostros de ancianos sin las mínimas condiciones para una vida digna. La vida consagrada muestra de este modo, con la elocuencia de las obras, que la caridad divina es fundamento y estímulo del amor gratuito y operante (...). Entre los posibles ámbitos de la caridad, el que, sin duda, manifiesta en nuestros días y por un título especial el amor al mundo 'hasta el extremo' es el anuncio apasionado de Jesucristo a quienes no lo conocen..." (75d-e).

He aquí un magnífico programa de compromiso cristiano con el hombre en el cual se compendia, según la Exhortación, el ideal de seguimiento de Jesús para llegar hasta donde él llegó y hacer lo que él hizo. Nadie ignora que Jesús llegó adonde llegó e hizo lo que hizo en cumplimiento de un designio del Padre que lo envió al mundo y lo ungió con el Espíritu Santo. El mismo número citado lo recuerda poco antes. Las personas consagradas —viene a decir— contemplan al Verbo en el seno del Padre y reciben la vocación de seguir a ese

mismo Verbo hecho ya hombre para servir a los hombres por caminos de humildad y de inmólación. Este seguimiento es efectivamente posible, porque Jesús, el Verbo encarnado, “llama continuamente nuevos discípulos, hombres y mujeres, para comunicarles, mediante la efusión de su Espíritu, el *agape* divino, su modo de amar apremiándolos a servir a los demás...” (75b-c).

Después de estas consideraciones está suficientemente claro —eso, al menos, me parece— que el misticismo trinitario, tan sobresaliente en la Exhortación, no se limita a un solo ‘sector’ de ésta, sino que la informa en su totalidad. Lo cual quiere decir que, para leer cualquiera de los temas en ella tratados, hay que sintonizar con ese misticismo, por lo menos en el sentido de orientarse decididamente hacia él mediante un comportamiento en que la aspiración a la santidad sea algo más que una bonita expresión. Y no añado más sobre el particular, porque un breve artículo como éste no lo permite.

2. LA ACTITUD PERSONAL DEL PAPA

Lo dicho acerca del punto anterior permite presuponer todo lo que se dirá aquí. El misticismo y la unción de que hablé hace un momento entran en la Exhortación no por el poder dominante de una presión exterior, sino como el sabroso fruto de un árbol en que todo es saludable y cuyas mismas hojas son medicinales. El árbol no es planta de jardín ni de huerta. Es un hombre de mente luminosa y ardiente corazón.

Las muestras son muchas y no hay más remedio que seleccionar. Para comenzar puede servir la que se pone de manifiesto en las palabras siguientes: “El papel de la vida consagrada en la Iglesia es tan importante que decidí convocar un Sínodo para profundizar en su significado y perspectivas, en vista del ya inminente nuevo milenio. Quise que en la asamblea sinodal estuvieran también presentes, junto a los Padres, numerosos consagrados y consagradas, para que no faltase su aportación a la reflexión común. Todos somos conscientes de la riqueza que para la comunidad eclesial consti-

tuye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones” (n. 2a-b). Son palabras suficientemente claras que no necesitan comentario. Quien las lea, no puede menos de sentirse acogido.

Saltando de aquí hasta cerca del final, encontramos un número encantador. Lleva por título *La sobreabundancia de la gratuidad* y, entre otras cosas dice lo siguiente: “No son pocos los que hoy se preguntan con perplejidad: ¿Para qué sirve la vida consagrada? ¿Por qué abrazar este género de vida cuando hay tantas necesidades en el campo de la caridad y de la misma evangelización a las que se puede responder también sin asumir los peculiares compromisos de la vida consagrada? ¿No representa quizás la vida consagrada una especie de despilfarro de energías humanas que serían, según un criterio de eficiencia, mejor utilizadas en bienes más provechosos para la humanidad y para la Iglesia?”

Estas preguntas son más frecuentes en nuestro tiempo, avivadas por una cultura utilitarista y tecnocrática, que tiende a valorar la importancia de las cosas y de las personas mismas en relación con su funcionalidad inmediata. Pero interrogantes parecidos han existido siempre, como demuestra elocuentemente el episodio de la unción de Betania: ‘María tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume’ (Jn 12, 3). A Judas (...) Jesús le responde: ‘Déjala’. Esta es la respuesta siempre válida a la pregunta que tantos, aun de buena fe, se plantean sobre la actualidad de la vida consagrada: ¿No se podría dedicar la propia existencia de manera más eficiente? He aquí la respuesta de Jesús: ‘Déjala’” (n. 104).

Y después del razonamiento que quiere esclarecer una cuestión debatida, viene el sosiego contemplativo que quiere decir también su palabra. “A quien se le concede el don inestimable de seguir más de cerca al Señor Jesús, resulta obvio que él puede y debe ser amado con corazón indiviso, que se puede entregar a él toda la vida y no sólo algunos gestos (...). El unguento precioso derramado como puro acto de amor, más allá de cualquier consideración utilitarista, es signo de

una sobreabundancia de gratuidad, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y en servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su cuerpo místico...” (c). Y así continúa la placidez contemplativa. Un lenguaje delicioso para un misterio de abismal profundidad.

Escuchemos una última palabra dirigida no a exponer ni a cantar la grandeza de esta vocación y del consiguiente género de vida, sino a las personas mismas que la profesan. Llegado ya al final de la Exhortación, Juan Pablo II se expresa en términos de tanta cercanía como los siguientes: “Es sobre todo a vosotros, hombres y mujeres, a quienes (...) dirijo mi llamada confiada: vivid plenamente vuestra entrega a Dios, para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana. Los cristianos, inmersos en ocupaciones y preocupaciones de este mundo, pero llamados también a la santidad, tienen necesidad de encontrar en vosotros corazones purificados que ‘ven’ a Dios en la fe, personas dóciles a la voz del Espíritu Santo que caminan libremente en la fidelidad al carisma de la llamada y de la misión (...). La misión peculiar de la vida consagrada en la Iglesia y en el mundo es testimoniar a Cristo con la vida, con las obras y con las palabras. Sabéis en quién habéis confiado (cf. 2 Tim 1, 12). ¡Dádselo todo! (...). Personas consagradas, ancianas y jóvenes, vivid la fidelidad de vuestro compromiso con Dios edificándoos mutuamente y ayudándoos unos a otros (...). Tenéis la tarea de invitar nuevamente a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo a mirar hacia lo alto, a no dejarse arrollar por las cosas de cada día, sino a ser atraídos por Dios y por el evangelio de su Hijo...” (n. 109). Se podría continuar transcribiendo. Habría que hacer alguna reflexión en direcciones múltiples. Hay que cortar, porque el espacio no da más de sí.

3. LA PRINCIPAL NOVEDAD DE LA EXHORTACIÓN

Creo que, desde un punto de vista doctrinal, la más importante aportación consiste en haber dado una explicación inequívoca de las enseñanzas del concilio Vaticano II

acerca de este gran misterio que es la composición de la Iglesia. Diversas causas dieron ocasión a oscuridades y éstas, a su vez, se transformaron en negación de la doctrina conciliar. El hecho puede parecer extraño y efectivamente lo es. La composición de la Iglesia es una parte del misterio mismo de la Iglesia, y bien importante, por cierto. Cualquier misterio, si se le quita algún elemento integrante o se le añade alguno que no le pertenece, sufre grave deformación.

3.1. *Sombras en torno al Vaticano II*

Situándonos en este concilio, se comprueba el extraño hecho de que, siendo un concilio esencialmente eclesial que trató expresamente el tema composición de la Iglesia, su enseñanza acerca de este punto no encontró acogida ni entre eclesiólogos ni entre canonistas. Para comprobarlo, basta leer lo libros pertenecientes a estos dos grandes campos del saber.

En cierto sentido este lamentable fenómeno es el fruto, bien amargo, por cierto, del modo ‘tiránico’ como se procedió en relación con lo que ahora es LG 43b. Es tema del que me ocupé muchas veces y no tengo la menor intención de repetir. Juan Pablo II mismo testimonia cómo ese pasaje está en contraste con algún otro sumamente claro. El día 28 de Setiembre de 1994 —el Sínodo había de ser inaugurado el 2 de Octubre— durante la Audiencia general pronunció la acostumbrada Alocución con la cual iniciaba una serie dedicada al tema del Sínodo, como él mismo declara al comenzar.

En el número 2 de la Alocución aparecen dos conceptos básicos para la interpretación del conjunto. El Papa quiere “aclarar mejor” algo que pertenece al “pueblo de Dios” y que constituye “un capítulo fundamental de la eclesiología”. ¿Qué es lo que se aclara mejor abordando este capítulo fundamental de la eclesiología”. El Papa lo dice claramente. Se aclara mejor la consagración con que el entero pueblo de Dios está marcado mediante la recepción de los sacramentos del bautismo y de la confirmación. Lo de ‘aclarar mejor’ no quiere decir que haya oscuridad en cuanto al punto de partida, o sea,

en cuanto a que el pueblo de Dios queda efectivamente consagrado mediante los sacramentos.

Ha de ser aclarado mejor lo relativo a los modos de consagración que existen dentro de este pueblo. Una forma de consagración es la producida por el sacramento del orden, la cual se da solamente en los ministros ordenados: diácono, presbítero y obispo. Queda todavía otra forma de consagración: es la que se asienta en quien hace profesión de los consejos evangélicos de acuerdo con lo que la Iglesia tiene establecido acerca del particular. Esta última es la que el Papa quiere exponer de manera sistemática. Con ello contribuye a que se conozca mejor el tema consagración del pueblo de Dios.

3.2. *Un Planteamiento que da solución*

Este es un modo de planteamiento que precontiene la solución. Quien hace profesión de los consejos evangélicos encarna una forma de consagración que no le pertenece a él solo individualmente, sino que es un elemento —un don— perteneciente al pueblo de Dios. Hablando de manera más fácilmente comprensible, el Papa está diciendo, ya desde el principio, que lo que nosotros llamamos estado religioso, considerado en su puro núcleo o en cuanto a la profesión de los consejos evangélicos, es una realidad constitutiva del pueblo de Dios y que, por lo mismo, existió y existirá siempre. Precisamente por ser realidad constitutiva del pueblo de Dios, el Papa define este tema como capítulo fundamental de la eclesiología.

Queda, pues, bien claro qué es lo que el Papa se propone y dónde y cómo él mismo ‘encasilla’ la totalidad de las Alocuciones en que ha de exponer su pensamiento. Precisamente porque el Papa coloca la profesión de los consejos evangélicos en la ‘casilla’ donde están los elementos —los dones de salvación— con que Jesús adorna a la Iglesia, su pensamiento tropieza con una dificultad derivada de un texto conciliar, al cual se dio una redacción muy defectuosa.

El texto con su desafortunada redacción es el que se lee en *Lumen Gentium* 43b.

3.3. *Intransigencia ideológica y cristología superficial*

Ya en la primera Alocución, el Papa se hizo cargo de la dificultad. Reproduce íntegramente el texto de LG 43b. Sin hacerle ningún reparo explícito, emplea un modo de hablar que presupone en el texto citado algún fallo, el cual, aunque no formulado expresamente, resulta perfectamente claro para quien conozca el fondo y la historia de la cuestión.

A fin de dar una explicación genuinamente conciliar, Juan Pablo II continúa su razonamiento así: “El concilio, *con todo* [subrayado mío], añade inmediatamente que el estado religioso [o sea, el] constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece si embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad”. Es el número 5 de la Alocución que reproduce el último párrafo del número 44 de *Lumen Gentium*. Esto significa que, para aclarar lo que debería de estar claro en 43b, hay que recurrir a 44d. Una intransigencia ideológica es la causa de que, para entender LG 43b, sea necesario recurrir al número siguiente.

Después de haber resuelto la dificultad, reconocida y, al mismo tiempo, disimulada bajo la expresión *con todo*, el Papa explica en qué consiste ser un estado perteneciente de manera indiscutible a la vida y santidad de la Iglesia. Dice lo siguiente: “Esta expresión ‘de manera indiscutible’, significa que ninguna de las turbulencias que puedan sacudir la vida de la Iglesia será capaz de eliminar la vida consagrada, caracterizada por la profesión de los consejos evangélicos. Este estado de vida permanecerá siempre como elemento esencial de la santidad de la Iglesia. Según el concilio, se trata de una verdad ‘incuestionable’.

Detengámonos un momento en este pasaje. Está, en primer término, el problema de lenguaje ocasionado por el Código de Derecho Canónico. Lo que en el Vaticano II es ‘estado religioso’ —esta expresión apareció en lo anterior—,

en la Alocución es 'estado de vida consagrada'. El Código introdujo la categoría 'vida consagrada', dándole un sentido preciso. El Papa no se ajusta al Código; pero tiene que expresarse dentro de un 'mundo' en el cual el Código impuso una 'ley' que no puede ser rechazada de plano, y menos podía serlo entonces. Hoy, si no me engaño, se puede afirmar que esa 'ley' tiene los días contados. Pero éste es un asunto en el que no me toca entrar.

El Papa no se identifica con el Código. Pero 'siente' la situación, y usa un lenguaje vacilante: fórmulas de una línea, fórmulas de otra. Quizá para no disgustar totalmente a ninguno de los diversos grupos, en espera del momento en que se pudiera tomar definitivamente una decisión. De hecho, las Alocuciones que acompañaron la celebración del Sínodo, así como otras intervenciones papales, dan muestra de vacilaciones verbales. En cuanto al pensamiento, creo que el Papa ha tenido siempre perfecta coherencia, aunque no de mera repetición, sino de profundización. Precisamente la Exhortación *Vita consecrata* es clara muestra de una profundidad nunca lograda hasta el presente y que casi da la impresión de ser insuperable, al menos en cuanto a la explicación del origen de este género de vida que, en los documentos del Vaticano II, es conocida como vida religiosa, estado religioso... Digo que las vacilaciones afectan sólo al lenguaje, no al pensamiento, porque el Papa repite multitud de veces que su intención, su propósito... es ajustarse a las enseñanzas del concilio, esclarecerlas y hacerlas operantes en la vida cristiana. Más aún, él mismo, reflexionando sobre la serie de Alocuciones iniciada con motivo del Sínodo, dice lo siguiente: "He ofrecido a todo el pueblo de Dios algunas catequesis sistemáticas sobre la vida consagrada en la Iglesia. En ellas he presentado de nuevo las enseñanzas del concilio Vaticano II que ha sido luminoso punto de referencia" (*Vita consecrata*, n. 13d). La Exhortación misma se sitúa en línea conciliar; su principal intento es hacer efectivo el deseo de "explicitar mejor los diversos estados de vida, su vocación y su misión específica en la Iglesia" (n. 4b).

Se trata, pues, de *estados* específicos o diversificados en la Iglesia en virtud de una vocación divina, como tantas veces dice la Exhortación. Son “los estados queridos por el Señor Jesús para su Iglesia”, y éstos son concretamente tres: los analizados en los tres últimos Sínodos: laicado (1987), ministerio (1990), vida consagrada (1994). Es doctrina claramente expresada multitud de veces en la Exhortación apostólica (véase, por ejemplo, n. 4b, 31).

Todos estos pasajes no son más que una pequeña muestra de lo mucho que el Papa ha dicho en conexión con el concilio y en coherencia con su enseñanza. Resumiendo para expresar la idea central, hay que decir: por vocación divina —por voluntad o institución de Jesucristo, en virtud del designio salvífico...— el *estado* de vida consagrada —estado de vida religiosa, estado de profesión de los consejos evangélicos...— es parte integrante de la Iglesia: que pertenece a la composición de la Iglesia, entra en su constitución...— Como se ve, para expresar cada uno de los conceptos hay diversidad de fórmulas. Por eso en estas cuestiones hay que prestar atención al fondo de doctrina; ése es el que decide, aunque el lenguaje, en un mismo documento sea variable.

El Código nunca habla de un estado de vida consagrada que, por derecho divino, pertenezca a la composición de la Iglesia; antes bien, el Código excluye semejante idea con toda claridad.

En conclusión, el pensamiento de Juan Pablo II está del lado del concilio y contra el Código, aunque a veces el lenguaje sea el del Código.

Volvamos a la idea conciliar. Lo que pertenece de manera indiscutible a la vida y santidad de la Iglesia es un ‘estado’: algo cuya existencia se comprueba, algo que contribuye a dar a la Iglesia su típica y visible configuración. Es un dato bien importante. Quiere decir que, en el misterio de la Iglesia, la santidad no es solamente virtud, aunque ésta sea poseída en grado heroico. Es una santidad dentro de la cual se integra el concepto y la realidad de ‘estado’, o sea, de algo que requiere siempre exterioridad visiblemente comprobable.

Para evitar todo peligro de unilateralidad, quiero dejar claro desde ahora que, a mi juicio, pertenece a la santidad de la Iglesia no solamente el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, sino también el estado laical y el ministerial. Lo cual quiere decir que la santidad de la Iglesia tiene rostro eclesial, o sea, que integra como esencial un elemento que no se da en religiones no-cristianas. Ahora bien, lo que se dice la santidad es aplicable análogamente a los otros atributos eclesiales. Con ello adquiere mayor densidad el concepto 'estado', así como su valor eclesial y su función configurante de la Iglesia. Todo ello es básico a la hora de entablar un diálogo interreligioso, el cual se hace cada día más necesario.

3.4. *La Exhortación desarrolla el Pensamiento conciliar*

Acabamos de ver que la Exhortación aclara el pensamiento del concilio, diciéndonos cómo hemos de entender, LG 43b, aunque sin citarlo para no dar impresión de estar corrigiendo al concilio. No hay corrección de doctrina, pero sí un cambio bastante radical en el modo de hablar, con el fin de que un tema, eclesialmente tan esencial como es la composición misma de la Iglesia, pueda ser entendido por todos de manera correcta.

La Exhortación *Vita consecrata* no se limita a esclarecer. Hace también un amplio desarrollo de la doctrina conciliar, con lo cual cumple el deseo —por no decir el encargo— expresado en varias Propositiones sinodales, especialmente en la tercera. Aquí no es posible analizar todas las muestras del desarrollo. El mero hecho, o sea, que hay desarrollo resulta evidente para quien lea. La conexión de ambos conceptos —esclarecimiento y desarrollo— da plena seguridad acerca de un dato clave para la lectura de la Exhortación, desde el principio hasta el fin.

Los problemas de vocabulario han creado una sensibilidad que, de suyo, podría orientar en sentido errado. El Código de Derecho Canónico, creando la categoría jurídica 'vida consagrada', dio origen a no pocos embrollos. Cualquiera advierte que la Exhortación usa continuamente esta expresión y hasta la toma como título. Si alguien la entendiese en el sentido del Código, la falsearía.

Surge, pues, la pregunta: ¿Qué significa 'vida consagrada' en esta Exhortación? Dando una primera respuesta, se podría decir: significa lo mismo que 'vida religiosa' en los documentos del Vaticano II. El Papa, con un rodeo en el vocabulario, quiere retornar a los enfoques dados por el concilio. Esto estaba ya claro en la Homilía de la misa inaugural del Sínodo (2 de Octubre de 1994) y tiene mayor relieve ahora en la Exhortación. El Papa lo dice claramente en el número 13, donde hace mención también de las catequesis con las cuales él quiso acompañar la celebración del Sínodo y que, como él mismo dice, se limitan a proponer de nuevo y de manera un tanto sistemática las enseñanzas del Vaticano II. De esto se habló ya al principio y basta recordarlo como criterio para una 'lectura' objetiva y exacta de la Exhortación. En múltiples ocasiones, el Papa se remite siempre al Concilio Vaticano II.

Ahora bien, es claro que el Vaticano II habló de religiosos, tanto que el capítulo sexto de *Lumen gentium* lleva como título *De religiosis*: Los religiosos. Conoce la existencia de otros 'grupos'; pero de ellos habla en cuanto que, de alguna manera, se acercan o se asimilan a los religiosos. El Código, en cambio, ha querido, primero, igualar y, después, dar la preferencia a los institutos seculares, que son el criterio determinante de los conceptos fundamentales. Si el Código hiciera esto por su cuenta, probablemente yo no tendría nada que objetar. Pero lo ha hecho en nombre del concilio y como su correcta aplicación. Sobrevino lo inevitable: se creó una gran confusión, de la que ahora cuesta salir.

La Exhortación *Vita consecrata* quiere restablecer la enseñanza del concilio, condescendiendo con la nueva situación. Toma la expresión *vida consagrada*, y en esto condesciende; pero la toma no como categoría jurídica, sino como medio de expresar la enseñanza del concilio, es decir, como equivalente a la expresión conciliar 'vida religiosa'. Los demás 'grupos' pueden estar cercanos, pero no son idénticos.

La primacía del concilio está afirmada. Las catequesis no son más que una proposición nueva de las enseñanzas del concilio, presentadas de manera sistemática. Y, evidentemente-

te, la Exhortación se sitúa en la misma línea, como lo muestra el contenido y su propia declaración explícita (cf. n° 13). Un intento de contraponer catequesis y Exhortación es cosa impensable. Está claro, por tanto, que *Vita consecrata* tiene por tema lo que el Vaticano II entiende bajo la expresión vida religiosa. Leyendo la Exhortación, el aserto queda ampliamente confirmado, como se verá dentro de un momento.

Antes de entrar en el texto de la Exhortación, conviene recordar uno de sus grandes silencios. Es el relativo a LG 43b, donde el tema era, ciertamente, la vida y el estado religioso. Hay que tener en cuenta que los institutos seculares existen y se organizan sobre la base de una síntesis propia en la cual se asume aquel grado o nivel de consagración y de secularidad que mejor sirva al fin intentado por el fundador/a. Análogamente las sociedades de vida apostólica tienen su estilo propio (cf. n° 10 y 11). Cuando se habla de vida consagrada sin ninguna aclaración o determinación ulterior, se presupone que es la propia de los institutos religiosos.

—*El párrafo inicial.*— Leyendo el texto, las primeras líneas dicen ya claramente de qué se trata. Reflexionemos un poco. En primer lugar, la vida consagrada está “enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor”, es decir, forma parte del contenido de su predicación, o, dicho de otro modo, es una parte del evangelio predicado por Jesús para cumplir el designio del Padre, porque el evangelio predicado por Jesús no está sólo en sus palabras, sino también y principalmente en sus hechos. Hechos es una expresión un tanto genérica. En este caso se identifica con “*los rasgos característicos de Jesús, virgen, pobre y obediente*”, o sea, con los consejos evangélicos. Pues bien, el Padre toma todo esto y, en el Espíritu Santo, lo entrega a la Iglesia como un don.

De este conjunto tomemos lo que ahora interesa directamente, es decir, los rasgos que caracterizan a Jesús, los cuales se concretan en virginidad, pobreza y obediencia. La Iglesia, por el hecho de recibirlos, tiene que darles expresión en su vida, como ocurre también con el resto del evangelio. Ahora bien, ¿de qué manera la Iglesia debe expresarlos? El

texto lo dice claramente. Los rasgos característicos de Jesús, o sea, los consejos evangélicos entregados a la Iglesia, “*tienen una típica y permanente visibilidad en el mundo*”. A poco que se reflexione sobre estas palabras, se comprende que sólo son realizables en los institutos que llamamos religiosos. Veamos.

Los consejos evangélicos, en cuanto rasgos de Jesús, han de ser expresados por la Iglesia mediante algunos de sus miembros que les den ‘visibilidad en el mundo’ y —se puede añadir— ante el mundo; es decir, de los consejos evangélicos hay que dar testimonio *públicamente*. Ahora bien los institutos seculares nunca consideran incumbencia suya este testimonio *público* de los consejos evangélicos. No es que alguien les prohíba esto; es que su vocación lo excluye. La de los religiosos, en cambio, lo incluye. Continuemos el análisis.

La visibilidad, además de pública, es también ‘típica y permanente’. ‘Típica’ es lo mismo que específica o diversificada. Lo cual quiere decir que la profesión pública de los consejos evangélicos da origen a un grupo de cristianos, eclesialmente específico o diferenciado de los restantes. Ya el Vaticano II, al tratar sobre la composición del pueblo de Dios en sí mismo, dijo que este pueblo se compone de ‘órdenes diversos’, uno de los cuales es “el de los muchos que en el estado religioso estimulan con su ejemplo a los hermanos, tendiendo a la santidad por un camino más estrecho” (LG 13c). Así, pues, la enseñanza del concilio en este pasaje, al cual habría que añadir no pocas cosas, la vida *religiosa* responde a una vocación que está en la Iglesia y es constitutiva de la Iglesia como las otras y junto con ellas, pero por sí misma se diferencia de las otras y constituye un grupo de cristianos/as igualmente diferenciado o específico.

La diversidad típica ha de tener también otra nota: la de ser ‘permanente’. En el origen de la opción por la profesión de los consejos evangélicos está una vocación divina irrevocable o perpetua que no sólo capacita para la permanencia en la práctica de los consejos, sino que la requiere, porque es precisamente eso lo que Dios pretende al comunicar la vocación.

Así, pues, tenemos ya el diseño de estado religioso: hacer profesión pública de los consejos evangélicos, acogiendo una

vocación divina típica o específica, la cual es permanente y da a la profesión de los consejos evangélicos su índole de estado eclesial específico o diferenciado.

Me he detenido en estas palabras iniciales no por falta de pruebas; las hay a montones. Sólo he querido ofrecer, desde el principio, la clave en que está escrita la Exhortación, de modo que pueda ser leída sin las ambigüedades que podrían derivarse del uso de la expresión 'vida consagrada', con la cual el Código de Derecho Canónico creó multitud de problemas.

El párrafo inicial de *Vita consecrata* es, tal vez, caso único. Se comprende que, para decir de manera tan completa en las líneas iniciales el tema de que se va a tratar, sirviéndose de una expresión tan 'embrollada' por el Código, se requiere haber pensado mucho y tener ya las ideas muy claras. Creo que éste es un dato importante para hacer de la Exhortación una lectura que se ajuste al contenido y a la intención que la inspiró.

—*El cuerpo doctrinal.*— Si las solas líneas iniciales expresan una realidad, que sólo se verifica en la vida religiosa, se comprende que el resto de la Exhortación ha de afirmar esto mismo de múltiples maneras. Evidentemente, no es posible señalarlas en detalle. Me limito a presentar algún pasaje especialmente significativo, como, por ejemplo, el siguiente: "Los consejos evangélicos, con los que Cristo invita a algunos a compartir su experiencia de virgen, pobre y obediente, exigen y manifiestan, en quien los acoge, el deseo explícito de una total conformación con él. Viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad, los consagrados confiesan que Jesús es el Modelo en quien cada virtud alcanza la perfección. En efecto, su forma de vida casta, pobre y obediente aparece como el modo más radical de vivir el evangelio en esta tierra, un modo —se puede decir— divino, porque es abrazado por él, Hombre-Dios, como expresión de su relación con el Padre y con el Espíritu Santo" (n. ch).

El lenguaje es vigoroso y casi tajante. Jesús llama a algunos a compartir su experiencia. La llamada vocacional es selectiva: a unos es dado una vocación; a otros, otra. Hoy, en ambientes 'bienpensantes' es poco menos que obligado decir

que los consejos son todos para todos. Yo me quedo con el texto. La llamada a la práctica de los consejos evangélicos, para compartir la experiencia de Jesús es dirigida a algunos. ¿Qué deben hacer éstos para responder a su vocación? He aquí la respuesta. Los consejos evangélicos ‘exigen y manifiestan una total conformación con Jesús’, es decir, total entrega a las cosas del Padre y total desprendimiento de lo terreno. La ‘medida’ de los consejos, el modo como hay que entenderlos, el contenido salvífico que poseen: todo esto nos es dado o se nos manifiesta en el modo como Jesús los vivió. Ahora bien, ese modo, que es modo de totalidad —sea totalidad en la entrega, sea totalidad en el desprendimiento de lo terreno— es propio de la vida religiosa, al mismo tiempo, es imposible en institutos seculares, cuyos miembros deben, por vocación, insertarse en profesiones temporales.

Transcribo un segundo párrafo que presenta otro horizonte y es de gran riqueza doctrinal. Dice así: “La vida consagrada imita más de cerca y hace continuamente presente en la Iglesia, por impulso del Espíritu Santo, la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su reino, abrazó y propuso a los discípulos que lo seguían” (n. 22a). Este lenguaje no es el de un profesor en ‘la escuela’, pero lo que dice contiene una forma sapiencial de definición, que entenderá muy bien todo el que esté dispuesto a leer así. La vida consagrada se mide, se ‘define’ por el modo como Jesús vivió. Y para completar el razonamiento tenemos que dar siempre el mismo paso. El modo como Jesús vivió sólo se actualiza mediante la vida religiosa. Está, pues, claro que, en la Exhortación, vida consagrada es vida religiosa.

Esta afirmación es confirmada multitud de veces en el texto de la Exhortación. Creo, sin embargo, que no es necesario añadir más. Lo dicho basta para ver cómo la Exhortación entiende los consejos evangélicos, así como todo lo referente a la medida con que estos consejos deben ser asumidos para que haya *vida consagrada* en sentido pleno o tal como la Exhortación misma la entiende. La expresión es la misma que la del Código; pero el contenido es muy diverso. Dentro de un momento serán presentadas algunas muestras evidentes.

Un buen compendio de las copiosas enseñanzas de la Exhortación acerca del tema ‘consagración’ —que es de donde brota la vida consagrada— se encuentra en el *Instrumentum laboris* del Sínodo. Allí, entre otras cosas, se lee lo siguiente: “La consagración lleva consigo una gracia de elección y un don particular del Espíritu que toma posesión de la persona, la configura con Cristo y la habilita para vivir según los consejos evangélicos en el propio carisma” (Instr. 1., n. 50b). Jesús “no tiende sino hacia los bienes del reino por el cual ha sido atraído. Su virginidad es perfecta comunión de amor con el Padre, absoluta transparencia y comunicación con él, sin la mínima doblez o búsqueda de sí mismo. Su obediencia es total donación a la voluntad del Padre y plena capacidad de cumplirla hasta en los más pequeños detalles. Esto explica por qué la forma de vida de Jesús es algo exclusivamente suyo, y por qué quien es llamado a proseguirla en la historia debe ser agraciado con un don especial que lo haga capaz de asumirla como propia. En el don de los consejos, el Espíritu conforma al llamado con Cristo (...), que no tiene otro proyecto más que el del Padre” (Instr. 1., n. 51b).

En sintonía con esto, la Exhortación *Vita consecrata* repetidas veces presenta la vida consagrada como vida ‘cris-toconforme’ o también ‘cristiforme’. Por lo cual ya hacia el fin dice: “La misión peculiar de la vida consagrada en la Iglesia y en el mundo es testimoniar a Cristo con la vida, con las obras y con las palabras” (n. 109b). “Verdaderamente la vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Es tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvador” (n. 22c).

4. VIDA CONSAGRADA Y MISTERIO DE LA IGLESIA

La Exhortación dice de muchas maneras que la vida consagrada es parte integrante del misterio de la Iglesia: cosa que el Código no sólo no dice, sino que excluye. El canon 207 es

terminante. Afortunadamente la Exhortación lo ha condenado a desaparecer.

Veamos algo siquiera de lo que dice la Exhortación. Ya desde el principio se lee algo tan importante como lo siguiente: “La vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia, como elemento decisivo para su misión, ya que indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la aspiración de toda la Iglesia-esposa hacia la unión con el único Esposo (...). Es un don necesario también para el presente y el futuro del pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión. Las dificultades actuales que no pocos institutos encuentran en algunas regiones del mundo no deben inducir a suscitar dudas sobre el hecho de que la profesión de los consejos evangélicos sea parte integrante de la vida de la Iglesia...” (n. 3).

A la luz de la enseñanza del Vaticano II “se ha cobrado conciencia de que la profesión de los consejos evangélicos pertenece indiscutiblemente a la vida y a la santidad de la Iglesia. Esto significa que la vida consagrada, presente desde el comienzo, no podrá faltar nunca en la Iglesia como de sus elementos irrenunciables y característicos, como expresión de su misma naturaleza. Esto resulta evidente, ya que la profesión de los consejos evangélicos está íntimamente relacionada con el misterio de Cristo, teniendo el cometido de hacer de algún modo presente la forma de vida que él eligió, señalándola como valor absoluto y escatológico. Jesús mismo, llamando a algunas personas a dejarlo todo para seguirlo, inauguró este género de vida que, bajo la acción del Espíritu, se ha desarrollado progresivamente a lo largo de todos los siglos en las diversas formas de vida consagrada. El concepto de una Iglesia formada únicamente por ministros sagrados y laicos no corresponde, por tanto, a las intenciones de su divino Fundador tal y como resulta de los evangelios y de los demás escritos neotestamentarios” (n. 29).

ARMANDO BANDERA, O.P.

“Ver a Jesús”

Reflexiones bíblicas sobre el encuentro con Cristo

EL DESEO DE VER A JESÚS

“¡Oh!, plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día”. Estas palabras fueron dirigidas por una piadosa manresana a san Ignacio, deseándole lo mejor de los favores divinos para adelantar en el espíritu. De momento, el santo quedó extrañado, pero en el curso de su vida experimentó más de una vez la verdad de aquellos piadosos augurios. Las visiones de Jesús tuvieron gran influencia en su itinerario espiritual. Los biógrafos del santo refieren el interés con que suplicó a Dios la gracia que se le concedió en la visión de Cristo llamada de *La Storta*.

Sin embargo, las visiones de Cristo no están exentas de toda ambigüedad. Por eso es lícito preguntarse si esas relaciones de tipo aparicional son algo realmente positivo y digno de ser deseado, o son más bien algo imperfecto que ha de ser sometido a una superación y purificación. En efecto, si las confrontamos con las palabras de Jesús a Tomás en su segunda aparición en el Cenáculo: “Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20, 29), podemos tener la impresión de que se trata de anhelos espirituales imperfectos que exigen una superación, esforzándose por situar la relación vital con Jesús en el ámbito de una fe desnuda y madura. Sin embargo, una atenta lectura del mismo Evangelio de san Juan obliga a releer Jn 20, 29 en una perspectiva con matices que corrigen el sen-

tido más radical que parecen tener aquellas palabras en su estricta literalidad. En efecto, en san Juan el deseo de ver a Jesús ocupa un lugar relevante ya desde los comienzos de la vida pública de Cristo. Ningún otro evangelista nos narra con más delicado detalle los primeros y vacilantes pasos de los primeros seguidores. Y lo que comprobamos en esos comienzos es la parte grande que en ellos tiene el anhelo “ver a Jesús”. Así Andrés y Juan, después de escuchar de labios del Bautista el testimonio sobre Jesús: “He ahí el Cordero de Dios” (Jn 1, 36), quisieron confirmar el sentido de las palabras de su maestro tratando de hacer por sí mismos la experiencia de un encuentro personal con Jesús. El motivo del encuentro era precisamente “ver a Jesús”. A la pregunta de Jesús: “¿Qué buscáis?”, responden: “Maestro ¿dónde moras?”. Y Jesús replica: “Venid y lo veréis”. El evangelista continúa: “Fueron, pues, y vieron dónde vivía” (Jn 1, 38-39). El testimonio del Bautista aceptado en fe, busca la prueba experimental del encuentro físico con Jesús. El mismo deseo de ver a Jesús expresan los griegos que en Jerusalén buscan a Felipe y Andrés y dicen: “Queremos ver a Jesús” (Jn 12, 21).

Esta necesidad espontánea del encuentro personal físico de Jesús no se reduce al tiempo de su vida histórica. El día de la resurrección Pedro y Juan se fueron al sepulcro a comprobar lo que la Magdalena les había anunciado, y cuando vieron las vendas por el suelo y el sudario, creyeron (Jn. 20, 9). Estos textos evangélicos, de matices tan diversos, pueden engendrar una especie de duda y ambigüedad sobre el sentido verdadero del querer ver a Jesús, o la superioridad absoluta del puro creer sin ver. La pregunta más natural es la siguiente: ¿Puede un cristiano aspirar a ver a Jesús como lo hicieron Juan y Andrés, o los griegos atendidos por Felipe y Andrés, o Pedro y Juan el día de Pascua? ¿Es esto una imperfección? Ciertamente, el deseo de ver a Jesús sentido por Juan y Andrés pertenece a una etapa de los comienzos de su seguimiento, y era posible realizar estando como estaba Jesús todavía en la etapa terrena de su vida. Pero ¿qué decir de los que —ya bautizados y poseedores del don de la fe— anhelan experiencias más o menos sensibles de Jesús? De ahí la pre-

gunta esencial: ¿En qué relación se encuentran el *ver* y el *creer* en el misterio de Jesús en el tiempo actual o de la Iglesia cuando la posibilidad de hacer una experiencia de la persona de Jesús se reduce a la vía mística o a la experiencia preternatural extraordinaria de las apariciones?

JESÚS DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN

Según el evangelista san Lucas, después de la Ascensión ya no se encuentra Jesús en condiciones de la misma cercanía humana del tiempo de su presencia terrestre, prepascual o pospascual. Los ángeles que se aparecen cuando Jesús ha subido al cielo lo dicen claramente: “Este Jesús que os ha sido llevado, este mismo Jesús vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo” (He 1, 11). Del mismo modo que Jesús sube al cielo sobre la nube, vendrá también en la Parusía. Entre ambos eventos, Jesús no se hace más presente en la historia, ni al modo de la época histórica, ni al modo de la cuarentena pascual. Este es el marco en el cual tiene sentido el principio de la superioridad del creer sin ver. Después de la Ascensión Jesús ya no pertenece ni a la dimensión histórica de la Iglesia, ni al período de la cuarentena pascual, que se cierra con la subida del Señor a los cielos. Este es el marco duracional en el cual tiene sentido el principio de la superioridad del creer sobre el mero ver.

La novedad que la Ascensión crea en el ámbito de las relaciones entre Jesús y los hombres es también otro punto necesitado de matizaciones. En efecto, Cristo no vendrá glorioso y sobre la nube hasta la Parusía. Pero no es menos verdad que, muy pronto después de la subida a los cielos, empieza a irrumpir en la historia mediante experiencias personales muy reales que dan la certeza de colocar a los hombres en una relación de verdadera “visión” con Jesús. Los datos del NT sobre la presencia de Jesús en esta duración de la Iglesia revelan que, después de la Ascensión no se interrumpen las intervenciones de Jesús en el mundo visible. Aunque la cuarentena pascual haya cesado, Jesús sigue haciéndose ver e intervi-

niendo en la Iglesia. Le ve Esteban sentado a la derecha de Dios (He 7, 56-59). Le ve san Juan en las escenas narradas en el Apocalipsis (Apoc. 1, 13-16). También Pedro tiene diversas visiones relacionadas con Jesús después de la Ascensión, si es que el ángel del Señor de He 5, 5, 19; 12, 7.17 no es el ángel de Yahvé del AT (Gn 16, 7; 21, 17), sino el ángel del Señor Jesús. Sobre todo, le ve san Pablo (1 Cor 9, 1; 15, 8; 9). Según esto, en el NT después de la Ascensión sigue mostrándose Jesús. El caso de Pedro en Hechos y Juan en el Apocalipsis puede hacer pensar que, al tratarse de personajes apostólicos ya agraciados por las visiones pascuales, tales apariciones no añaden nada nuevo a aquéllas. Pero si el Juan del Apocalipsis no es el Apóstol se abre la posibilidad de experiencias aparicionales de Jesús después de la Ascensión.

Dejando de lado el caso del Apocalipsis, hay un elemento que introduce importantes novedades en cuanto a la posibilidad de apariciones de Cristo posteriores a la Ascensión. Es la serie de visiones de la persona de Jesús por Pablo no sólo en Damasco, sino también en Corinto (He 18, 10) y en Jerusalén (He 23, 11), sin contar la visión del Templo (He 22, 17-21) y otros fenómenos místicos no directamente relacionados con la aparición del resucitado (2 Cor 12, 1-4).

SENTIDO Y UTILIDAD DE LAS APARICIONES DE JESÚS RESUCITADO

Si la Ascensión no ha puesto fin a las intervenciones manifiestas de Jesús en el mundo, antes de enjuiciar su calidad con los criterios de Jn 20, 29, es menester comprender cual pudo ser el sentido y finalidad de tales intervenciones.

En la escena de los discípulos de Emaús que llegan al Cenáculo (Lc 24, 33-35) hay una indicación de sumo interés para comprender la funcionalidad de las apariciones para crear o confirmar la fe. En la mañana de Pascua Pedro fue agraciado con una aparición personal de Jesús (1 Cor 15, 5). Los otros 10 todavía no le han visto. Pero cuando llegan los discípulos de Emaús, los 10 que están en el Cenáculo afirman una cosa sorprendente: "Es verdad el Señor ha resuci-

tado y se ha aparecido a Cefas”. Les basta para afirmar la resurrección de Jesús el hecho de que Pedro le haya visto. Para quienes conocen a Pedro, una afirmación suya con el aval de su personalidad seria y de temperamento realista, les basta para creer en la resurrección de Jesús. Esto pone en evidencia la fuerza de convicción que crea el testimonio de una persona cabal cuando testifica haber sido agraciado con una experiencia del mundo invisible. Los 10 creen en la Resurrección porque Pedro dice haberle visto en su nueva vida. El hecho del Cenáculo se amplía ya desde aquella misma noche al grupo de los Apóstoles. En efecto, todos ellos van a ser los destinatarios de diversas apariciones del Resucitado (1 Cor 15, 5-7).

De esta forma, todos los Apóstoles son testigos de vista de la resurrección que, con su testimonio, preparaban el acto de fe de en los que no han visto a Jesús glorificado. Estos casos podrían hacer pensar que en la primera generación apostólica la creencia en la resurrección tenía esa estructura de fe basada en el testimonio de personas que habían tenido una experiencia personal de encuentro con el Resucitado. ¿Vale también para el período apostólico el criterio de la superioridad de la fe sin visión? Entonces serían precisamente los Apóstoles los que se encontrarían en condición desfavorable. En efecto, Pedro y Juan van al sepulcro en la mañana de Pascua; ven en el interior del mismo las vendas y el sudario y tienen una persuasión indudable de que Jesús había resucitado. Y Juan dice claramente de sí mismo que “vio y creyó” (Jn 20, 8). Los Apóstoles habrían sido los primeros en caer bajo la descalificación del *ver* y *creer*. Algo de esto nos es dado advertir en la autocrítica que hace Juan de la imperfección de propia fe cuando confiesa que debía haber creído a la Escritura que atestiguaba que Jesús iba a resucitar (Jn 20, 10). Es cierto que los Apóstoles sólo ven lo humano glorificado de Jesús y creen en su divinidad, pero no es menos cierto que el acto de fe se inicia en ellos desde un hecho de experiencia personal de encuentro con Jesús.

La fe de los primeros cristianos que los Apóstoles preparaban con el testimonio de sus encuentros personales con el

resucitado iba a terminar con la misma generación apostólica. Cuando ya desaparecieran los testigos pascuales, ya nadie podría verse motivado a creer por haber encontrado en la vida alguien que hubiese tenido la experiencia real-personal del Resucitado. Por eso, se requería de la condición apostólica haber sido testigos de la vida histórica de Jesús y de su vida pascual (He 1, 21-22). Cuando murieran tales testigos, ya no sería posible basar la fe en un caso de encuentro personal con Jesús sólo por una aparición personal acontecida después de su resurrección. Por eso se requería para la condición apostólica haber sido testigos de la vida histórica de Jesús, y de su condición glorificada (He 1, 21-22). Cuando hayan desaparecido tales testigos oficiales de la primera hora, habrá nacido, habrá nacido la generación postapostólica, y ya no será posible basar la fe en el encuentro con alguien que ha sido testigo de ambas existencias de Jesús. Así se llega al caso de la segunda generación cristiana en que ya no queda más medio de creer que la pura aceptación del mensaje de Jesús sin haber visto, ni a Jesús ni a los que le vieron (los de la primera generación cristiana). A esta época alude Jn 20, 29.

EL CASO DE PABLO

El caso de Pablo introduce una fisura en esta doctrina tan clara y coherente. El no ha sido testigo de la vida terrena de Jesús. Tampoco ha visto a Jesús en la cuarentena de la Ascensión. Sin embargo, él ha sido agraciado con una visión del Resucitado. Su caso estructuralmente pertenece a la segunda generación cristiana: la de aquellos que no han tenido experiencia histórica de Jesús; pero en esa condición suya ha sido favorecido con un encuentro con el Resucitado. El caso es de gran significación. Pablo ha tenido una visión que se coloca en la época pospascual —Pablo no ha visto al Jesús histórico—; pero cronológicamente pertenece a la generación apostólica que puede discernir la verdad de dicha manifestación. Por eso, en el Concilio de Jerusalén se presentó ante los demás Apóstoles “para saber si corría o había corrido en

vano” (Gal 2, 2), esto es, para saber si el apostolado recibido en la aparición de Damasco era o no verdadero. Los demás Apóstoles reconocieron ese apostolado, es decir, confirmaron la verdad de su encuentro con el Resucitado.

Esta realidad de la visión de Jesús por Pablo —pertenece a la época postpascual pero reconocida por la Iglesia Apostólica— resulta así *canónica* para toda cristofanía de la época cristiana del tiempo de la Iglesia. En efecto, de no haberse dado el caso modélico de Pablo en las condiciones señaladas, podía quedar una duda de si todas las cristofanías de la época de la Iglesia debían rechazarse como contradictorias con la condición señalada por Lucas en el relato de la Ascensión. Quedaba también la incertidumbre de la utilidad de tales apariciones por la declaración de Jn 20, 29. El ejemplo de Pablo disipaba todas esas dudas y daba un carácter de legitimidad a todos los encuentros de Cristo con que fueran agraciadas los cristianos hasta la segunda venida de Cristo, en la forma que desapareció de la tierra en su Ascensión.

CARISMA Y SANTIDAD

Pero podrá objetarse que hay una cierta incoherencia entre la enseñanza de Jesús en la aparición pascual a Tomás y estos casos de manifestaciones postpascuales. ¡Nada de eso! En la aparición a Tomás, Jesús habla del valor salvífico de los encuentros con su persona. La doctrina de Pablo al respecto es clara. “Ver” o “no ver” a Jesús en su condición experimental —antes o después de la resurrección— para san Pablo carece de valor: “Si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así” (2 Cor 16). El conocimiento de mera visión carnal carece de valor santificador. Lo que salva es la fe en Cristo. Por eso dice el mismo Jesús: “Dichosos los que no han visto y han creído”. Porque el creer es el acto que salva. Pero también debe puntualizarse que no toda visión de Cristo es según la carne. Hay unas visiones de fe que resultan santificantes. Hay también otras visiones de Cristo que son de tipo carismático, es decir, orientados no al provecho santificador

personal, sino a la edificación de la Iglesia. Y en esos casos, la experiencia física del encuentro con Cristo resucitado resulta santificadoramente provechosa para las personas que se benefician de tal experiencia para provocar en ellos la fe. Por eso hay en la aparición de Damasco una dimensión de tipo carismático, para el bien de la Iglesia, otro aspecto de tipo santificador en cuanto provocó la fe de Pablo, el cual recibió la fe en el mismo acto de la aceptación del aparecido en Damasco, y, poco después, el bautismo (He 9, 17; 22, 16), y quedó constituido en apóstol de Cristo (1 Cor 9, 1) por la fuerza de aquella aparición.

Después de Pablo y el vidente de Patmos en la época cristiana han abundado las apariciones de Cristo a personas escogidas para testimoniar dicha aparición. Todo el mundo conoce la fuerza renovadora del Catolicismo que tuvieron hace tres siglos las apariciones de Jesús a santa Margarita María Alacoque. Estas apariciones han de ser discernidas según el caso canónico de las visiones de Pablo. Las pretensiones de encuentro inmediato con Jesús han de ser sometidas al discernimiento de la Iglesia como Pablo se sometió en el Concilio de Jerusalén al dictamen de los Apóstoles. Esas apariciones, cuando tienen las características de una intervención divina extraordinaria o del orden preternatural, pueden tener una doble finalidad: en el orden personal, el aumento de la fe del que las recibe; en el orden carismático edifican a la Iglesia en momentos de particular crisis espiritual.

Hay también otras “visiones” de tipo formalmente místico en cuanto que son provocadas por la acción donal del Espíritu Santo. Desarrollando en forma singular los sentidos interiores del alma, esta intervención del Espíritu puede provocar verdaderas percepciones de la persona de Jesús en lo íntimo de las almas, sin particular eficacia eclesial de renovación del Cuerpo Místico en forma carismática. Tales son muchas de las experiencias santificadoras de la persona de Cristo vividas por santos como santa Gertrudis, santa Teresa, san Pablo de la Cruz y otros muchos místicos que han vivido en lo íntimo de su espíritu encuentros santificadores de Jesús por la adecuada actuación de los dones del Espíritu Santo,

acompañados, con frecuencia, de ciertos epifenómenos extraordinarios.

Los encuentros carismáticos tienen un efecto sobrenatural análogo al testimonio de Pedro cuando vio personalmente a Jesús, y testimonió la resurrección ante sus compañeros de apostolado, quienes le creyeron y se apoyaron en sus experiencias para recuperar la fe en Jesús. Por eso nunca han faltado en la Iglesia casos de tales encuentros carismáticos mediante los cuales Cristo que ha robustecido la fe dabilitada de muchos hombres. Mucho menos han faltado fenómenos de místicas vivencias de intimidad con Jesús presente en el alma en forma experimental por los dones del Espíritu Santo. Los Apóstoles necesitaron ver para creer. Sus discípulos necesitaron creer desde alguien que había visto a Jesús. Pasaron los Apóstoles, y los hombres siguen necesitando ver para creer, o acudir a alguien que haya visto y atestigüe desde su experiencia la verdad de Cristo. Por eso Dios ha dispuesto que en el curso de la historia cristiana nunca falten místicos que “han visto” a Jesús y dan testimonio de ello. Por eso una de las gracias más grandes que se pueden recibir en la vida, es toparse con un verdadero discípulo de Cristo, es decir, con alguien que le ha encontrado de verdad y puede, desde sí, encender el verdadero conocimiento de Jesús.

P. ANTONIO MARÍA ARTOLA, CP.

Se ruega a los suscriptores, personas y comunidades, que no hayan enviado el donativo correspondiente el año en curso 1996, por la suscripción a la Revista envíen 1.500 ptas. a la Caja Postal de Salamanca, Oficina Principal, n.º 500.621.

Si alguno desea seguir recibiendo gratuitamente la Revista, avísenos, por favor, y con sumo gusto se la enviaremos. Muchas gracias.

Santa Catalina de Sena, maestra de la verdad

Estamos celebrando este año el 25 Aniversario de la proclamación de Santa Catalina Benincasa (1347-1380) Doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI, reconociendo así la sublimidad y la fructuosidad de su doctrina; fue el día 4 de Octubre de 1970. Quien se acerca a Santa Catalina, joven terciaria dominica y virgen senense de la contrada de Fontebranda, se hace más sabio y más santo, gracias a su apostolado sapiencial, característica de la Orden de Santo Domingo de Guzmán. Catalina de Sena fue y sigue siendo la “Mamma”, la maestra, la taumaturga, la mística, que destila ciencia, experiencia y poder infundidos por el Espíritu Santo en ella y por ella en sus discípulos. El gran biógrafo de Santa Catalina, el Beato Raimundo de Capua, escribió la “Legenda Maior” de su hija y madre; en 1374 fue nombrado su director espiritual por el Capítulo General de los Dominicos reunidos en Santa María Novella, Florencia, después de examinar y aprobar el Capítulo la actuación y doctrina de Catalina; y en 1380 Raimundo fue elegido Maestro General de los Dominicos instaurando en esta Orden la Reforma querida por Catalina para toda la Iglesia.

Santa Catalina de Sena sigue viva entre nosotros y tiene algo que decirnos. En su vida y en sus páginas están latentes aquel mismo ardor y fuego espiritual que quemaba su corazón y se mostraba en sus labios y hasta en las mismas palabras que dictaba. Era un volcán lo que llevaba dentro, todavía no apagado. De su gesto y de su palabra brota todavía hoy

un poder que atrae y nos transforma. En aquella pobre, inermes y humilde Mantellata de Sena hay un encanto que cautiva nuestras voluntades, rompe la dureza de los corazones y nos abre a ese amor que no es de la tierra. ¡Cómo no quedar prendados de Catalina al leer sus cartas, como aquellas escritas a Raimundo de Capua en las que cuenta con ternura femenina y espiritual ya sea la conversión del joven injusticia-do Nicolás de Tuldo (carta 273) o sus últimos días en la tierra (carta 373)! Ahora bien, cuando lo que nos queda de Santa Catalina tiene tanta fuerza espiritual, ¡qué pasión cristiana, verdadera, buena y bella, no habría en su corazón y en su espíritu! Ningún tibio conquista jamás almas con la palabra, ni tampoco nadie que sirva a dos señores en este mundo.

QUIÉN FUE SANTA CATALINA DE SENA

Queremos entrar dentro del espíritu y de las motivaciones del apostolado de Santa Catalina de Sena y en las entrañas de sus escritos. Lo importante es hallar lo que impulsó toda su vida; el don que estructuró el conjunto de los hechos que integraron la existencia de esta mujer inteligente e intuitiva, apasionada y prudente, fuerte y dulce, valiente y firme, solitaria y obediente. Catalina es una aristócrata del espíritu, comparada a San Pablo de Tarso por sus combates interiores y dificultades exteriores y por su ardor y valentía evangelizadores. La salvación de los hombres y mujeres de su tiempo fue el quicio de su psicología cristiana y de su misticismo sobrenatural. Lo único que buscaba en los demás, animada por el grito de Cristo en la Cruz, “tengo sed”, lo único para lo que vivía y por lo que moría cada día, eran las almas que era preciso salvar. Su espiritualidad es plenamente dominicana, es decir, apostólica. Después de alimentar la piedad con la verdad, escuchando libros santos, experimentó la contemplación de la verdad y, finalmente, la verdad gestó en ella la necesidad de enseñar a otros el camino del Señor.

A Santa Catalina de Sena la conocemos en su vida, en sus libros y en sus discípulos. Elegida de Dios desde su tierna

infancia se consagró a Dios a los seis años, y humillada por su misma madre, quien tenía para ella otros planes de humano porvenir; se cortó su hermosa cabellera rubia encerrándose en su corazón, descubriendo así la celda del propio conocimiento. A los 16 años pudo entrar finalmente entre las Terciarias Dominicanas de Sena, llamadas Mantellatas. Ella, una iletrada desconocedora de la vanidad de las escuelas, es —paradoja de las cosas de Dios— sabia, doctora y una de las principales escritoras italianas del siglo XIV. Aprendió a leer tarde y a escribir a los treinta años, al final de su vida. Sus libros son: el Diálogo terminado el 13 de octubre de 1378 (el libro, lo llamaba ella), las 381 Cartas y las 26 Oraciones; sus palabras tienen un peso y una eficacia espiritual sorprendentes en un lenguaje sencillo y robusto, el que aprendió en su contrada de Sena. El Diálogo contiene lo por ella aprendido en diálogo filial con Dios Padre; es la historia de la salvación que Dios hace con el hombre, sublimado en Jesucristo con el doble ministerio sacramental y doctrinal, de la sangre y de la verdad, propio de los discípulos de Santo Domingo. Esta doncella senense es verdaderamente uno de los acontecimientos más extraordinarios de la Historia de la Iglesia de todos los tiempos.

El pensamiento teológico de Catalina es estupendo y sorprendente por la vivencia experiencial cristiana que contiene; su riqueza y originalidad está en la manifestación de la historia de salvación viva y nunca abstracta. Aunque no tiene un sistema orgánico de pensamiento, sí presenta no sólo una interpretación femenina del Cristianismo mediante su genuina experiencia espiritual, sino también un discernimiento concreto de lo que la Iglesia en su tiempo necesitaba. Su pensamiento —verdadera dominica— estuvo al servicio de la acción apostólica, y ésta fue fruto de su fe y de su amor a Dios. Catalina no era una intelectual; sus ideas fueron y son impulso y descubrimiento del plan histórico-salvífico de Dios; todo su conocimiento y compromiso se gestaron en la contemplación mística de la verdad. Ella fue una mujer afectiva y activa por ser contemplativa.

La historia de salvación es la historia del amor de Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo con el hombre, creado a imagen y semejanza divinas. Cuando el hombre prescindió del plan de Dios por el pecado, Dios no abandonó al hombre engañado por el diablo, sino que decidió la Encarnación de su Hijo, en donde se hace presente la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo y la dulce clemencia del Espíritu Santo. El Hijo, desde la cátedra iluminada de la Cruz Gloriosa, siendo camino, verdad y vida, nos enseña la salvación, haciéndose puente y escalera de salvación mediante su sangre preciosa. Reconstruir el pensamiento cristiano de Catalina es ofrecer el proceso de su experiencia espiritual.

La mística de Catalina es filial con Dios Padre, nupcial con el Verbo y maternal con Jesucristo y su fruto, la Iglesia. Catalina es hija de Dios, esposa del Verbo (bodas místicas con el Verbo a los 19 años) y madre de la Iglesia: madre valiente, firme y tierna. Los sentidos cristológico y eclesial invaden toda la vida, actividad y obras de Santa Catalina. El misterio de la Sangre de Jesucristo y la salvación de las almas nos llevan al centro de su vida cristiana. Para ella la perfecta alegría estaba en la plena entrega a la salvación de los demás. Fue amada por Cristo y lo amó como una de las mayores místicas cristianas; por ello amó también al Papa, a la Iglesia y a los sacerdotes, como de nadie hemos sabido. Una intuición mística fundamental de Catalina se expresa en la frase “Yo quiero” (*Io voglio*), entrañas amorosas divinas y humanas. Dios ama y el hombre es amado por Dios: he aquí el misterio: Dios ama porque es la verdad, y el hombre, al ser amado por Dios, pasa de la mentira a la verdad, y al conocerse en cuanto amado por Dios se vuelca amorosamente en Dios. El pecado es falta de amor y la fuente del pecado es la ignorancia.

Con la muerte mística de Santa Catalina de Sena (17-18 de agosto de 1370) inició ella su vida apostólica, tal como se manifestó pluralmente luchando por la reconquista medieval del Santo Sepulcro (1375), por el regreso del Papa —el dulce Cristo en la tierra entonces demasiado sometido a la influencia francesa— a Roma (1377), por la paz entre Florencia y los Estados Pontificios (1378), y por la unidad del pueblo católi-

co dividido por el cisma (1378). Encarnó la fuerza moral de su época. Advirtió y luchó por lo que la Iglesia más necesitaba en su tiempo: su purificación mediante la reforma sobre todo del clero y de los religiosos. En torno a Santa Catalina encontramos un cenáculo constituido definitivamente en 1368, escuela mística y apostólica, formado por hombres y mujeres, donde hallamos dominicos, franciscanos, el agustino inglés William Flete y el Valleumbrosino Giovanni delle Celle. A este cenáculo perteneció también el pintor Andrea Vanni, que nos ha dejado en la Capilla delle Volte de la Iglesia de Santo Domingo de Sena el retrato más sugestivo y persuasivo que tenemos de la santa.

Los últimos 19 meses de la vida de Santa Catalina, una vez declarado el Cisma de Occidente (1378) fueron tormentosos. El Papa Urbano VI llamó a Catalina, una de las fuerzas vivas de la Iglesia, para que estando en Roma sostuviera su causa. Consumada por las “dulces enfermedades corporales” y asistida por sus más fieles discípulos murió la sierva y esclava de los siervos de Jesucristo en Roma a los 33 años, junto a la Iglesia de Santa María Sopra Minerva, el día 29 de abril, Domingo, hacia las tres de la tarde. Así terminó esta gran santa que sufrió en sí misma las tragedias de aquella plural y grande Italia del Trescientos y conoció y amó el misterio temporal y eterno de la Iglesia, fruto del amor de Dios a los hombres. La gracia amplió el horizonte de su gran corazón y abrió la inmensidad de su alma.

LA REFORMA DE LA IGLESIA, VIDA Y OBRA DE SANTA CATALINA

La Iglesia, visible e invisible al mismo tiempo, es el depósito de la sangre de Jesucristo; los sacerdotes son los administradores de esta sangre. La adoración debida a la sangre de Cristo es el motivo de la reverencia debida a los sacerdotes. Pero la Iglesia, esposa inmaculada de Cristo, aparece sucia por los pecados de sus ministros. Las páginas más crudas sobre los vicios del clero han de ser leídas en este contexto de amor; son la corrección fraternal y maternal. Las

causas del mal de la Iglesia, muy presentes en el clero y religiosos, son el amor propio o la voluntad humana opuesta a la de Dios, la insensibilidad de la conciencia, y el miedo de los superiores que les hace ser fuertes con los débiles y débiles con los fuertes.

Ahora bien, la Reforma de la Iglesia según Catalina no es la sustitución de esta Iglesia contaminada por otra pura, sino la reforma de sus miembros. Catalina sabe bien que la Iglesia en su misterio íntimo no deja de ser santa por los pecados de sus ministros, y quien se acerca con fe y amor a las fuentes de la gracia, la Palabra y los Sacramentos que la Iglesia celebra, glorifica a Dios y se santifica. La reforma de la Iglesia, que es lo más urgente y necesario, no se consigue con violencia, sino con la caridad de oraciones, lágrimas y sacrificios, y también con la palabra y la acción valiente. Orar por la Iglesia y por el Papa es deber de todos. Mas no basta rezar; hay que entrar en combate. Las dificultades no nos deben desanimar, ni abatir. Es preciso estar dispuestos a morir por la Iglesia mil muertes, si las hubiere.

Los quicios de la Reforma de la Iglesia, necesaria para la salvación de los hombres, fueron y son los siguientes según el discernimiento de Santa Catalina de Sena: Primero, el conocimiento de la verdad como fundamento y principio de la reforma. Conocer la verdad es conocer a Dios en uno y a uno en Dios; ésta es la base de todo el quehacer espiritual de Catalina, pues es el origen de la humildad y del amor, fuente de todas las demás virtudes; por el contrario, de la mentira viene el amor propio y con él todos los demás vicios. El principio de la reforma es entrar en la celda del alma o del propio conocimiento de Dios y de uno mismo; (Dios ama y uno es amado por Dios). Dentro de uno se encuentra a Dios como verdad y se conoce a sí mismo como necesitado de Dios. Entrar en la celda del propio conocimiento, condición para no dispersarse, implica conocerse como criatura redimida, es decir, adquirir el conocimiento del Creador-Redentor y de la criatura-redimida. Conocer la contingencia de la criatura y la necesidad absoluta del Creador; el que es, el que ama, y por-

que ama perdona redimiendo. Conocerse a sí mismo es conocer a Dios que me ama, según Catalina.

Segundo, la Providencia divina en la historia de la salvación desde la Creación a la Parusía, pasando por la cumbre, que es el Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección de Jesucristo. Y tercero, la perfección evangélica respuesta del hombre a la voluntad de Dios, recorrida en sus grados de oración-combate en las tentaciones y de santidad-apostolado. Catalina, movida por el celo de la honra de Dios y por la salvación de los hombres, entró en la celda del propio conocimiento y allí encontró la verdad de Dios y la verdad propia. De este modo, la Reforma de la Iglesia es reforma de sus miembros fundada en la verdad, que es la voluntad de la Providencia divina, en orden a conseguir la perfección evangélica de los consagrados y de los seglares; en este sentido es preciso sustituir los malos pastores por buenos y santos; los pastores santos y los superiores temerosos de Dios son los mejores y necesarios medios para la reforma de la Iglesia; este principio de Santa Catalina se ha demostrado en cada una de las reformas de la Iglesia. Por eso hay que pedir por la santidad de los sacerdotes y pastores.

SELECCIÓN DE CARTAS DE SANTA CATALINA

“En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros columna firme que no se mueva nunca sino en la esfera de Dios, sin esquivar ni rehusar el trabajo y sufrimiento, que os mantengáis en el cuerpo místico de la santa Iglesia, dulce esposa de Cristo, a pesar de la ingratitud o ignorancia que halléis en los que se alimentan de este jardín, del tedio que os venga por ver las cosas de la santa Iglesia andar con poco orden...”

Una vez, entre otras, teniendo esta sierva de Dios, según yo entendí, un grandísimo deseo de dar su sangre y vida y que sus entrañas se deshiciesen y consumiesen por la esposa de Cristo, o sea, por la santa Iglesia, elevando su entendimiento

a conocer que su existencia no se debía a sí misma, y a reconocer la bondad de Dios en sí, esto es, a comprender que Dios por amor le había dado el ser y todas las gracias recibidas durante su existencia, viendo y gustando tanto amor y profundidad en la caridad no comprendía cómo corresponder a Dios sino con amor. Pero como esto a El no le era de provecho, no podía demostrarle al amor, de ahí que buscara ver y entender cómo hallar algún modo de amarle y demostrárselo. Se dio cuenta que Dios amaba a la criatura racional y el amor que ella sentía en sí lo mostraba a todos, porque todos somos amados por Dios. Y este fue el modo que halló para manifestar si amaba o no amaba a Dios y que pudiera ser de utilidad, por lo cual crecía tanto la caridad con el prójimo y concebía tanto amor a la salvación de las criaturas, que de buena gana habría dado su vida por ellas. De este modo, lo que no podía ser de provecho a Dios, deseaba hacerlo al prójimo. Después comprendió y experimentó, que debía corresponder por medio del prójimo y darle amor por amor, a semejanza de Dios que por medio de su Hijo nos ha manifestado su amor y misericordia, al ver que mediante su deseo de la salvación de las almas, daba la honra a Dios y el sufrimiento al prójimo, y que así se agradaba a Dios y contemplaba en qué jardín y en qué mesa se saboreaba al prójimo.

Entonces se le manifestó el Salvador diciéndole: Carísima hija: debes comer en el jardín de mi esposa y a la mesa de la santísima Cruz, es decir, con tu sufrimiento y atormentado deseo, con vigiliias y oración y con toda obra que puedas, sin negligencia. Ten en cuenta que no puedes tener deseo de la salvación de las almas si no lo tienes de la santa Iglesia, porque ella forma el cuerpo universal de todas las criaturas que participan de la luz de la santísima fe y no pueden vivir si no son obedientes a mi esposa". (*Carta 282 a Nicolás de Osimo, Secretario y Protonotario del Papa Gregorio XI*).

"En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María. Carísimo Padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros columna firme colocada en el jardín de la santa Iglesia, libre del amor propio que debilita a

toda criatura racional, y de que yo vea revivir en vos un amor verdadero, fundado en la roca, Cristo, el dulce Jesús, por el seguimiento constante de sus pasos. En ese amor se hace fuerte el alma porque ha destruido lo que la hacía débil. La hace fuerte no sólo para sí, sino que de esta fortaleza participa muchas veces el prójimo. Hace fuertes a otros, principalmente a los sacerdotes y escolares, dándoles ejemplo de santa y honesta vida, basada en la verdad. En la doctrina y en la vida ejemplar se manifiesta que el hombre, privado de la debilidad, es fuerte contra los principales enemigos: contra el mundo, no siguiendo su vanidad sino rechazando sus invitaciones y delicias; contra la fragilidad y carne propias, conculcándolas con los pies del afecto, manteniéndola fuera de los desordenados cuidados, deleites corporales y alimentos delicados; mortificándose con la penitencia, el ayuno y las vigili-
lias y con la humilde y continuada oración...

Me parece haber oído que comienza una disensión en ésa entre Cristo en la tierra y sus discípulos. De ello he recibido un dolor insufrible, sólo por temor al cisma, del que estoy en duda si no vendrá por mis pecados. Os suplico por la gloriosa y preciosa sangre derramada con tan ardiente amor, que no os apartéis de la virtud ni de vuestra cabeza. Os pido que roguéis y presionéis para que se haga pronto la paz (sería duro combatir dentro y fuera) para que se puedan cortar los caminos que llevan al cisma. Decid al Papa que se provea de buenas columnas con el nombramiento de cardenales. Sean éstos hombres decididos, que no teman la muerte ni dar la vida por la honra de Dios, si se precisa; que se dispongan a sufrir por amor a la verdad y por la reforma de la santa Iglesia hasta la muerte. Se debe dar la vida por la honra de Dios. ¡Ay, ay! No perdáis tiempo ni esperéis tanto en poner remedio para que no caiga la piedra en la cabeza". (*Carta 293 al Cardenal Pedro de Luna*, en quien confió desafortunadamente el Papa Urbano VI).

"En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de verte bañada y anegada en la sangre de Cristo crucificado. En la sangre

hallarás el fuego de la caridad divina, gustarás la belleza del alma y su gran dignidad... Nos hallamos rodeados de muchos enemigos: nuestra alma y también el cuerpo místico de la santa Iglesia se hallan cercados por muchos enemigos (sabes que el mundo y la propia fragilidad, el demonio con sus muchas estratagemas, no duermen sino que siempre están preparados para ver si nosotros dormimos y poder entrar como ladrones a robar la ciudad del alma). Ves que los que están colocados como columnas y contrafuertes de la santa Iglesia se han hecho sus perseguidores con las tinieblas de la herejía (cisma). Por tanto, no hay que dormir sino derrotarlos con las vigiliass, lágrimas, sudores, dolorosos y amorosos deseos, con humilde y continuada oración. Actúa como hija fiel de la Iglesia. Ruega y apremia al supremo y dulce Dios para que nos atienda ahora en esta necesidad. Pídele que dé fortaleza y luz al Santo Padre". (*Carta 308 a Sor Daniela de Orvieto, Terciaria Dominica*).

"En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María. Carísimos Padres en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros solícitos y prontos en cumplir la voluntad de Dios y la obediencia de su vicario el Papa Urbano VI, a fin de que por medio de vosotros y de los demás servidores de Dios, sea socorrida su dulce esposa. La vemos en tanta amargura que por todos los lados es sacudida de vientos adversos y singularmente por los malos que se aman a sí mismos y por el malvado viento de la herejía y del cisma que intenta contaminar nuestra fe. Nunca ha estado en tanta necesidad, porque, quienes la deben ayudar, la han atacado y los que deberían dar luz se hallan en tinieblas. Se deben alimentar del manjar de las almas administrándoles la sangre de Cristo crucificado que les da la vida de la gracia y ellos se la arrebatan de la boca dándoles la muerte eterna como lobos, no como gustadores sino como devoradores de las ovejas. ¿Y qué harán los perros, los servidores de Dios que se hallan como guardianes, cuando vean venir al lobo y despierten al pastor principal? ¿Cómo deben ladrar?

Con la humilde y continua oración y con la voz viva de la palabra. Así espantarán a los demonios visibles e invisibles y se despertará el corazón y el afecto del pastor principal, nuestro Papa Urbano VI. Una vez despierto, no hay duda de que el cuerpo místico de la Iglesia y el cuerpo universal de la religión cristiana serán socorridos, recobradas las ovejas y arrancadas de las manos de los demonios. No debéis retraeros por nada, por sufrimientos que os aguarden; por persecuciones, infamias, escarnios que os hicieren; por hambre, sed o mil muertes, si fueran posibles; por deseo de quietud o por consuelo, diciendo: Yo quiero la paz de mi alma y con la oración podré clamar ante la presencia de Dios. No, por amor a Cristo crucificado. No es éste el momento de buscarse a sí por uno mismo, ni de huir de los trabajos por tener consuelos, y hasta de perderse a sí mismo, ya que la infinita bondad de Dios ha provisto a la necesidad de la santa Iglesia dándole un pastor justo y bueno, que quiere tener a su alrededor a estos perros que ladren de continuo por el honor de Dios...

Levantad la cabeza y salid al campo a combatir realmente por la verdad, poniendo ante vuestro entendimiento la persecución hecha a la sangre de Cristo y la condenación de las almas y así estaremos más animados a la batalla y por nada volveremos la vista atrás. Venid, venid y no tardéis esperando al tiempo, porque él no aguarda por nosotros. Estoy segura de que la infinita bondad de Dios os hará conocer la verdad. Sé también que muchos servidores de Dios se os unirán y otros se opondrán a esta santa y buena empresa, pareciéndoles acertado decir: Vosotros iréis, pero nada se conseguirá. Yo, como atrevida, afirmo que sí y, si ahora no se cumple nuestra finalidad principal, al menos se abrirá el camino; y, si nada se lograra, habremos demostrado ante la presencia de Dios y de las criaturas que hemos hecho lo posible, despertando y descargando nuestra conciencia. Por lo tanto, en todo caso, es algo bueno. Cuantas más contrariedades tengáis más os servirán de señal de que es buena y santa empresa, porque, como hemos visto y vemos continuamente, las grandes, santas y buenas acciones tienen más contrariedades que las pequeñas porque dan mayor fruto. Por eso el demonio las

impide por todos los medios que puede especialmente por medio de algunos servidores de Dios, con engaños ocultos, bajo pretexto de virtud”. (*Carta 327 a los Frailes eremitas Andrés de Luca, Baldo y Lando, servidores de Dios en Espoleto*).

“Nuestro Santísimo Padre le ha encomendado y dado plena autoridad para que destituya a los Provinciales rebeldes a la verdad. No es tiempo de dormir, sino de rezar con gran solicitud a nuestro dulce español que no duerma sobre las necesidades de su Orden. Esta Orden, de hecho, exaltó siempre la fe, y ahora se ha hecho contaminadora de la fe. Siento tanto dolor que muero y no me queda más que terminar la vida en el llanto y en la aflicción”. (*Carta 344b al Beato Raimundo de Capua, su Director Espiritual y posteriormente Maestro General de la Orden de Predicadores*).

“En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros columna fundamentada en el jardín de la santa Iglesia como fiel esposo de la verdad, tal como lo debéis ser. Entonces consideraré a mi alma feliz. Por eso no quiero que volváis la cabeza atrás por adversidad o persecución, si no que os gloriéis en ellas. En el sufrimiento mostramos nuestro amor y constancia y damos gloria al nombre de Dios; de otro modo, no. Ahora, carísimo padre, es el momento de perderse completamente y de no pensar en uno mismo. Así lo hacían los gloriosos trabajadores que con tanto amor y deseo se disponían a perder su vida y regaban este jardín con la sangre, acompañada de humildes y continuas oraciones y sufrimientos, hasta la muerte.

Guardaos de que os vea atemorizado ni que vuestra sombra os dé miedo. Sed valiente luchador y nunca os apartéis del mandato que el sumo Pontífice os ha impuesto. En la Orden haced lo que creáis ser del honor de Dios, porque esto os lo pide la Bondad y no os ha destinado a otra finalidad. Considerad la gran necesidad de la santa Iglesia, pues la vemos completamente sola. Así lo manifestó la Verdad, como en otra Carta os escribo. Como la Verdad ha quedado sola, así

su esposo. ¡Oh Padre dulcísimo! No os callaré los grandes misterios de Dios, sino que los contaré lo más brevemente que pueda, según la lengua incapaz pueda expresarlos al narrarlos. Recibid, sin sufrir, lo que os diga, pues no sé lo que la Bondad divina dispondrá de mí, si me quede o me vaya con El. Padre, Padre e hijo dulcísimo...

De ésta y otras muchas maneras, que no puedo narrar, se consume y agota mi vida en esta dulce esposa: yo de esta manera y los gloriosos mártires con su sangre. Suplico a la divina Bondad que me deje ver pronto la redención de su pueblo. Cuando es la hora tercia me marcho a la misa y veríais a una muerta caminar a San Pedro, y entro de nuevo a trabajar en la navecilla de la santa Iglesia. Allí me estoy hasta la hora de vísperas y no quisiera salir de aquel lugar ni de día ni de noche hasta no ver al pueblo un poco afirmado y compenetrado con su Padre. Este cuerpo se halla sin comida alguna, sin una gota de agua, con tan dulces tormentos corporales, como en tiempo alguno he sufrido, tanto que mi vida está aquí por un milagro. Ahora no sé lo que querrá hacer de mí la divina Bondad, mas, por lo que presiento, no sé lo que la Voluntad divina querrá de mí. En cuanto a lo corporal creo que este tiempo debo pasarlo como un nuevo martirio por la dulzura de un alma, es decir, por la santa Iglesia. Después quizás me haga resucitar con El. Pondrá fin y término a tantas miserias mías y a tan torturantes deseos. He suplicado y suplico a su misericordia que dé cumplimiento a su voluntad en mí y que ni a vos ni a los demás os deje huérfanos sino que ella os dirija siempre por el camino de la doctrina de la verdad, con verdadera y perfectísima luz. Estoy segura de que lo hará.

Ahora os ruego y apremio, padre e hijo dado por la dulce Madre María, que si oís que Dios vuelve su misericordia hacia mí, queráis renovar vuestra vida y, como muerto a toda percepción sensible, os entreguéis a la navecilla de la santa Iglesia. Sed siempre cauto en las conversaciones. Poco podréis estar en la celda material, pero quiero que mantengáis siempre la celda del corazón y que siempre la llevéis con vos. Porque, como sabéis, mientras estamos encerrados en

nuestro interior los enemigos no nos pueden hacer mal. Después, todo lo que hagáis será dirigido y ordenado según Dios. Os pido también que maduréis el corazón con santa y verdadera prudencia y que vuestra vida sea ejemplo a los ojos de los seglares, no conformándoos nunca con las costumbres del siglo. La generosidad con los padres y la pobreza voluntaria, que siempre habéis tenido, se renueve y refresque en vos con verdadera y perfecta humildad y que, por cargo o dignidad que Dios os dé, no aminoréis sino profundicéis en la humildad, deleitándoos en la mesa de la Cruz, tomad en ella el alimento de las almas abrazando a la madre, la humilde, fiel y continua oración junto con santas vigiliass, diciendo misa diaria, y no la dejéis a no ser por necesidad...

Os ruego también que como padre, en cuanto sea posible, seáis el pastor y el que gobierne esta familia para conservarla en la dilección de la caridad y perfecta unión, para que no estén y permanezcan como ovejas sin pastor. Creo que haré más por ellos después de la muerte que en la vida. Rogaré a la eterna Bondad que derrame sobre vos toda la plenitud de gracia y dones que haya dado a mi alma a fin de que seáis luz puesta sobre el candelero. Pido que roguéis al eterno Esposo que me haga cumplir valientemente su obediencia y perdone la multitud de mis maldades... Perdonadme que os haya escrito palabras de amargura. No os las escribo para causáros la sino porque estoy en duda y no sé lo que la Bondad de Dios dispondrá de mí. Quiero dejar cumplido mi deber. No os apenéis porque uno y otro nos hallemos separados corporalmente. Aunque me sirviere de grandísimo consuelo, me resulta mayor el consuelo y la alegría viendo el fruto que hacéis en la santa Iglesia. Con mayor solicitud os pido ahora que trabajéis, porque nunca estuvo en tanta necesidad. Por ninguna persecución os alejéis del Papa sin licencia. Animaos en Cristo Jesús, sin amargura alguna. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor". (*Carta 373 al Beato Raimundo de Capua*, dictada por Catalina el 15 de febrero de 1480, mes y medio antes de su muerte).

Liturgia

Liturgia y vida mística: San Juan de la Cruz

V. Celebración eucarística y experiencia

“¿Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste habiéndome herido, salí tras ti clamando y eras ido”. Acabamos de citar la primera estrofa del Cántico Espiritual de Juan de la Cruz. Muy por encima comentaremos unas partes del Cántico en esta entrega en clave litúrgica, de acuerdo con nuestra temática. Citaremos el Cántico según su segunda redacción o CB¹. Una gran parte del poema como bien se sabe fue escrita en la cárcel toledana. Después de su fuga, Juan añadirá más estrofas, las comentará todas, retocará todo el texto hasta tal vez sus últimos días aunque terminó la segunda redacción cinco años antes de morir (1586).

Es su obra más mimada. Estos mimos de su autor dieron el resultado de dos redacciones, que la crítica ha aceptado como piezas auténticas del Místico Abulense².

La autenticidad palpable de la mistagogía sanjuanista brota del punto de vista desde el cual venía elaborándose la obra escrita (además de los testimonios conservados). Como ya quedó dicho, este punto de vista es el de la unión con Dios, que es el estado en que el místico Juan de la Cruz se

1. Cfr. E. PACHO, *San Juan de la Cruz y sus escritos*. (Madrid, 1969), 75-96; 111-132.

2. Cfr. E. PACHO, *Reto a la crítica. Debate histórico sobre el cántico espiritual*. (Burgos, 1988): Idem. ed. *Cántico espiritual. Primera redacción y texto retocado*. (Madrid, 1981).

encontraba al coger la pluma. Es también el estado en que el hombre, inmortalizado en sus escritos, se encuentra. Pudiera decirse que la descripción de las varias etapas místicas es una mirada hacia atrás de este hombre, con quien se identifica nuestro autor. En esta entrega, nos corresponde hablar del estado de unión en que se encuentra el hombre sanjuanista utilizando el Cántico Espiritual precisamente por las resonancias litúrgico-eucarísticas. Son resonancias de una celebración existencial-experiencial y/o de una existencia experiencia celebrativa de su autor. En Juan de la Cruz Liturgia y Vida Mística, Celebración y Experiencia, son dos hilos con que se tejen un tapiz que representa múltiples escenas: un monte a subir (Subida), una noche oscura (Noche), una llama ardiente (Llama de amor Viva), montañas, riberas, ínsulas (Cántico). Son escenas que representan simbólicamente la historia de la salvación; cómo Dios entra en la experiencia humana, que es la causa de nuestra celebración.

Cántico, en sí, aborda muchas escenas dramáticas con mucha acción: una huida (huir), una salida (salir), una voz que clama (clamar), preguntas (preguntar), entradas (entrar), el desposorio (desposar), el gozo (gozar), etc.³.

Centremos nuestra reflexión en el punto de arranque de la búsqueda de Dios en Cántico B (CB, 1) y en el comienzo del encuentro definitivo (CB, 37). Aunque el encuentro definitivo comienza en CB 36 nos ha parecido oportuno comentar la estrofa 37 con su comentario porque es allí donde el Santo empieza a hablar del gozo de la experiencia del encuentro. Podría decirse incluso que en el gozo consiste la experiencia del encuentro.

3. Todos estos verbos pueden verse en J. L. ASTIGARAGA et al., *Concordancias de los escritos en San Juan de la Cruz*. (Roma, 1990).

1. PRIMERA PARTE: ANUNCIO CELEBRATIVO DE LA PALABRA

El CB expresa la vivencia de la lectura sanjuanista de la Biblia en particular del CANTAR DE LOS CANTARES⁴. La obra constituye una biblia particular del Santo. Y al comentar su biblia, su biblia vivenciada, Juan de la Cruz hace un acto profundamente litúrgico: el KERYGMA, el proclamar la PALABRA DE DIOS. En la cárcel, que es la raíz experiencial de esta obra, Juan sintió una experiencia de ausencia de Dios. Esta ausencia ha sido interpretada varias veces de manera exagerada⁵. Como bien se sabe, en la mazmorra no pudo celebrar la eucaristía. Creo que habría que reinterpretar esta ausencia. La ausencia de la que se habla se debe a una experiencia del Dios escondido. Juan buscaba al Dios escondido, que no está presente de manera superficial. Juan no quiso que su soledad en la cárcel se redujera a meros sentimientos nostálgicos de un hombre que desea fugarse por ser encarcelado injustamente. El Santo sabía muy bien que sus momentos intensos en la noche oscura de Toledo tenían valor profundamente teológico. En la estrofa 1.^a es de notar que “esconder” tiene una primacía sobre “dejar”, “huir”, “herir” e “ir”. Se ha escondido Dios de tal manera que el hombre, la esposa, siente que le dejó e hirió, que huyó y que se fue. “Dejar”, “huir”, “herir” e “ir” son verbos experienciales. No se trata de una ausencia total de Dios, sino de una modalidad de presencia de Dios. Está aludiendo nuestro autor a una presencia profunda de Dios. Se refiere a la presencia del Dios escondido en la Eucaristía que no pudo celebrar durante su estancia toledana. El anhelo expresado por la primera estrofa refleja cómo nuestro místico cristiano necesitaba a Dios. Hablaba de la necesidad humana de Dios, el pan que sustenta nuestras vidas. En CB 39, Juan habla de esta necesidad de

4. Cfr. J. L. MORALES, *El cántico espiritual de San Juan de la Cruz. Su relación con el Cantar de los Cantares y otras fuentes escriturísticas y literarias*. (Madrid, 1971); C. P. THOMPSON, *The poet and the mystic. A study of the 'Cántico Espiritual' of San Juan de la Cruz*. (Oxford, 1977).

5. Cfr. K. KAVANAUGH, “Death of God and John of the Cross” en VV.AA. *God alone suffices*. (Quezon City, 1978), p. 238.

Dios como el aspirar del aire. Dios es la necesidad fundamental del hombre. Es su pan de vida; es el aire que aspira.

Dios se esconde. El Dios Trinitario se esconde en la Eucaristía, como vimos en el poema “la fonte”. Cita nuestro autor al profeta Isaías: “Verdaderamente tú eres Dios escondido (45, 15). “(CB 1, 3) Recuérdense las tres primeras estrofas de “la fonte” también compuestas en la cárcel. El esconderse íntimo de Dios, la vida trinitaria de Dios posee clave eucarística. En CB, nuestro místico retoma la experiencia intensa de la que brotaron el Romance de nueve escenas y el poema “la fonte”. En Cántico, pide que el Dios Trinitario se muestre en el Hijo de Dios, el Verbo que se hace pan de vida, el sacramento del Dios Trinitario: “Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido, en lo cual pide la manifestación de su divina esencia, porque el lugar donde está escondido el Hijo de Dios...” (CB 1, 3). Y este lugar contiene “la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento”. (CB 1, 3). Es ajena de todo ojo mortal, de la superficialidad humana.

El Hijo de Dios es el Sacramento de Dios. Es el Sacramento primordial. “La esposa en los Cantares... pidió al Padre diciendo: ‘Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al mediodía’ (1, 6). Porque pedir le mostrase dónde se apacentaba era pedir le mostrase la esencia del Verbo Divino, su Hijo; porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su único Hijo, pues es la gloria del Padre” (CB 1, 5). La esencia del Verbo divino son los misterios de Cristo. En Cristo está contenida la esencia de Dios. El es el deleite de Dios Padre. (II Subida 22, 5-7).

Por eso, Juan de la Cruz, hablando en nombre de todos los cristianos, pide que se le muestre el Dios escondido. Pide que se le muestre en esta vida: “De manera que el intento principal del alma en este verso no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino, principalmente, la clara presencia y visión de su esencia en que desea estar certificada y satisfecha en la otra”. (CB 1, 4).

A veces nuestro místico acude a la experiencia de Moisés en el desierto para afirmar que a Dios no se lo puede ver tal como es; cara a cara en esta vida. (Cfr. por ejemplo, II Noche 17, 4; CB 11, 5; 37, 4; II Subida 16.8). Así afirma nuestro autor la trascendencia de Dios. Sostiene que Dios está más allá de las imágenes confeccionadas, de meros sentimientos piadosos, de fenómenos de tipo místico como visiones, locuciones, etc. Pese a eso, Juan de la Cruz insiste en que de la esencia de Dios se puede disfrutar en esta vida mortal. Dios, en sí, es experienciable en esta vida aunque de forma modificada, mejor dicho, de forma eucarística, en que Dios se esconde. En la Eucaristía, recibimos a Dios en sí, pero bajo el velo sacramental. Bajo este velo, Dios, en expresión de Santa Teresa, es tratable. Oigámosla: “Debajo de aquel pan está tratable; porque si el ser disfraza no parece se nos daría nada de conversar sin tantos miramientos y respetos con El; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó. ¡Quién osara llegar con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones!” (Camino de Perfección-Valladolid, 34, 9)⁶.

En otro poema, Juan de la Cruz le pida a Dios la muerte para poder gozar de El sin el velo del sacramento:

Cuando me pienso a aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero
y muero porque no muero (Poesía VIII, 5).

Toda celebración y experiencia deriva hacia lo escatológico, lo nuevo, lo más allá. Se celebra y se tiene una experiencia aspirando el aire de la Esperanza: “Este parto, pues, del Verbo Esposo donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y este pecho florido, donde con infinito deleite de amor

6. Citamos la obra teresiana por la 7.^a de TOMÁS ALVAREZ, *Santa Teresa. Obras completas*. (Burgos, 1994).

se recuesta, escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura, pide aquí el alma esposa cuando dice: ¿Adónde te escondiste?” (CB 1, 5). No hay ojo mortal que pueda ver al Verbo Escondido en la Eucaristía donde el Dios Trinitario, el Misterioso Origen, que por ser hijos de Dios llamamos Padre —“la fonte que mana y corre aunque es de noche”— se recuesta.

Sólo en la profundidad puede hallarse el Verbo Escondido. La celebración, por tanto, ha de brotar desde la intimidad, desde el más profundo centro del alma, como dice el Santo en Llama de Amor Viva: “Para lo cual es de notar que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma; por tanto, el alma que le ha de hallar conviene salir de todas las cosas según su afección y voluntad, y entrar-se en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que, por eso, San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios decía: No te hallaba Señor de fuera, porque mal te buscaba fuera; que estabas dentro” (CB 1, 6). “Fuera” significa lo superficial, lo atado a extrañas aficiones, lo que no es en ESPIRITU Y VERDAD.

2. DIOS SE HACE TRATABLE, AUNQUE DISFRAZADO, POR EL HOMBRE

En la Eucaristía Dios se hace tratable, experienciable. Se convierte en comida, manjar, necesidad básica del hombre: “¡Oh, pues, alma, hermosísima entre todas las criaturas, que tanto desear saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con él ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti o, por mejor decir, tú no puedas estar sin él. Cata, dice el Esposo, que el reino de Dios está dentro de vosotros (Lc 17, 21). Y su siervo, el apóstol San Pablo: Vosotros, dice, sois templo de Dios (2 Cor 6, 16)” (CB 1, 7).

Hemos dicho, de paso, antes que el movimiento hacia lo interior o lo más profundo es también como una subida. Dice el alma en su más profundo centro a Dios: “Y luego a las subidas / cavernas de la piedra nos iremos / que están bien escondidas / <Y> allí nos entraremos / y el mosto de granadas gustaremos” (Estr. 37) . Llegar al más profundo centro del ser humano es, de veras, un estado muy alto de deleite. Los misterios de Cristo son estas granadas. El símbolo de “mosto de granadas” es un signo experiencial, que indica que Dios es tratable, es experienciable. La revelación de Dios en los misterios de Cristo es el deleite del hombre. Esta experiencia nos da razón para celebrar, para vivir. El deleite se abre hacia la celebración, hacia la fiesta. Es una fiesta en las subidas cavernas donde se tiene la revelación de los misterios de Cristo que celebramos. Y nuestro celebrar apunta hacia la vida eterna en que Cristo se revela sin el velo sacramental.

El inicio de la plenitud de la revelación divina en Cristo comenzó en el Misterio de la Encarnación. Como ya dejamos dicho, es éste el punto de partida de Juan de la Cruz, que indica el acceso del hombre a los Misterios de Dios. Es también el comienzo de su adentrarse en sí mismo para encontrarse con Dios, para poder abrirse a Dios, al Dios Escondido después de deshacerse de la superficialidad de las extrañas aficiones. “Una de las cosas más principales porque desea el alma ser desatada y verse en Cristo (Flp 1, 23) es por verle allá cara a cara, y entender allí de raíz las profundas vías y misterios eternos de su Encarnación, que no es la menor parte de su bienaventuranza; porque, como dice el mismo Cristo por San Juan, hablando con el Padre: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, un solo Dios verdadero, y a tu Hijo Jesucristo, que enviaste (17, 3)” (CB 37, 1).

Pues bien, este alto estado de unión presupone una subida de parte del hombre (fase activa), pero con la ayuda y gracia de Dios (fase pasiva). La subida es un gradual descubrimiento de los misterios de Cristo. “Las subidas cavernas de esta piedra son los subidos y altos y profundos misterios de sabiduría de Dios que hay en Cristo sobre la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino, y en la res-

pondencia que haya ésta de la unión de los hombres con Dios” (CB 37, 3). En la Subida se le revela al hombre el misterio de las dos naturalezas de Cristo. Al llegar a la cima, el hombre comprende el porqué de la Encarnación de Cristo: que el hombre Dios sería, como dice el Santo en el Romance. Es éste el significado de la “respondencia” (o correspondencia) de la que se habla en CB 37, 3). Hay una reciprocidad entre el Dios que se hizo hombre y el hombre que se hace DIOS POR PARTICIPACION.

Dada la condescendencia divina el hombre sube a las elevadas cavernas que “están bien escondidas”. Por eso, “hay mucho que ahondar en Cristo porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros... En Cristo moran todos los tesoros y sabiduría escondidos (Col 2, 3)” (CB 37, 4). ¿No es esto lo que hacemos al celebrar, ahondar en los misterios de Cristo? ¿No es el experimentar el disfrutar de los profundos misterios de Cristo, de su Humanidad? ¿No es la Humanidad de Cristo la condescendencia de Dios por la cual El es tratable?

Juan de la Cruz canta la unión del hombre con Dios de manera especial. CB 37 habla de esta unión en clave nupcial, donde Dios y el hombre entran en la intimidad de cada uno, en el más profundo centro de cada uno. El más profundo centro de Dios es su vida trinitaria que inhabita en el del hombre. La dimensión nupcial de la unión es la otra cara de la filiación / identificación salvífica de los hombres como hijos de Dios⁷.

En CB 37, nuestro místico hace incapié en la intimidad nupcial que no se pone de relieve suficientemente si se recalca el símbolo de la filiación divina. El elemento clave es la penetración en la interioridad, en el más profundo centro que a su vez implica la “igualdad” entre Dios y el hombre. Pero el peso de esta igualdad se equilibra por el recuerdo constante de que el hombre es hijo adoptivo de Dios. O sea es inferior a

7. L. M. de ST. JOSEPH, *Experiencia de dieu. Actualite du Message de Saint Jean de la Croix*. (París, 1968), pp. 59-76.

Dios. Y todo ello deriva del “peso amoroso” modo por el cual el hombre se hace DIOS POR PARTICIPACION. En este estado alto hay equilibrio, respondencia, reciprocidad. El hombre se hace capaz de responder finitivamente al Amor Infinito de Dios, quien nos amó primero.

Pese a la intensa igualdad en que Juan de la Cruz insiste al recurrir al símbolo nupcial, nuestro místico no pierde de vista que el matrimonio espiritual es un don gratuito de Dios a los hombres. Es un don condescendente que revela al hombre los misterios de Dios y, por lo tanto, queda englobado amorosamente por esta revelación: “más adentro de la Sabiduría divina, esto es, más adentro del matrimonio espiritual que ahora posee, que será en la gloria, viendo a Dios cara a cara, unida el alma con esta Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, conocerá el alma los subidos misterios de Dios y Hombre, que están muy subidos en sabiduría, escondidos en Dios, y que en la noticia de ellos y gustarán ella y el Esposo el sabor y deleite que causa el conocimiento de ellos y de las virtudes y atributos de Dios” (CB 37, 2).

El equilibrio entre igualdad nupcial-relación filial se denomina PARTICIPACION. No sólo de parte del hombre. (Recuérdese que en la encarnación, Dios participa en lo humano). Es PARTICIPACION en la misma fiesta, en el mismo deleite. Es disfrutar del mismo mosto de granadas: “El mosto, <que> dice aquí la esposa que gustarán ella y el Esposo, de estas granadas es la fruición y el deleite de amor de Dios” (CB 37, 8). El mosto se bebe, como se dice en Llama, en la fiesta del Espíritu Santo, del Espíritu de Dios. Y este mosto es Cristo. El mosto es un símbolo Eucarístico. La eucaristía es la fiesta del Espíritu Santo que hace que Dios y el hombre compartan la misma mesa, la misma celebración, la misma experiencia. En este compartir está contenido el sentido de la liturgia y la vida mística. El Dios que festejamos se hace el eje de nuestras experiencias; y la experiencia humana de Dios se encarna constantemente en la celebración.

Testigos

Sor Luisa de San Gabriel, O.P. (1570-1625) Una aproximación biográfica

Esta es la tercera vez, que nosotros sepamos, que se publica un perfil biográfico de la Madre Luisa de San Gabriel. (La primera fue obra del P. Paulino Alvarez O.P. en 1923, y la siguiente apareció firmada por Fr. Juan Rodríguez Cabal O.P., en las páginas de esta misma revista, allá por el año 1949). No obstante, el descubrimiento de nuevos documentos nos permite, acercarnos, aunque sea de manera breve, a uno de los itinerarios vitales más ricos y profundos de la ascética y la mística de nuestro Siglo de Oro.

Luisa Vacas de los Reyes, que era su nombre en el siglo, nació en la toledana localidad de Ocaña el 20 de enero de 1570. Sus progenitores pertenecían a familias de cierto abolengo y de lo que en la época se denominaban “cristianos viejos”: su padre Juan llevaba como segundo apellido el ilustre de los Cárdenas. De su madre poco sabemos, ya que murió pronto, cuando Luisa contaba con tres años. Afirma su biógrafa más antigua, Sor Catalina Antonia de la Madre de Dios, (Cuadernillo suelto con la Biografía de la Madre Luisa de San Gabriel, Archivo de Jesús y María, Toledo), cómo el padre al verse viudo cedió la educación de su hija a diferentes familiares: primero a una abuela y después, tal vez por fallecimiento de ésta, a un hermano de su madre desposado pero sin hijos, que se encariñó profundamente con la niña. Tanto es así que, nombrado este caballero corregidor de la ciudad de Málaga, él y su mujer se la llevaron a vivir a esa capital andaluza donde permanecieron algunos años. Después de

finalizado su cargo, en 1578, volvieron con Luisa a Ocaña e intentaron buscarla esposo, concertando cierto acuerdo con un familiar residente en Chinchón que tenía un hijo de edad adecuada para poder ser marido de Luisa. Puede que el lector demande qué opinión le merecía todo esto a su padre. Para entender algo de la infancia de Luisa debemos ponernos en el lugar de los recios castellanos de la época. Aunque su progenitor la estimara, para un viudo era una carga indudable, tener que atender a una niña tan pequeña, que requería constantes desvelos. Un hidalgo como él se debía a sus tierras, sus criados y su casa, por lo que la única salida era el dejar a su hija a estos familiares próximos con los que estaba en inmejorable compañía. Además D. Juan, que sólo contaba con dos hijos de su primer matrimonio, Luisa, la mayor, y un niño de endeble salud, debía buscar una sucesión segura para su casa y su linaje, por lo que se desposó por segunda vez poco tiempo después, con Doña Isabel de Montoya, que le daría una larga descendencia, destacando otra notable religiosa dominica, que profesaría años después en Jesús y María de Toledo.

No parece que la relación con su madrastra fuera mala, por el contrario, los biógrafos apuntan que la nueva esposa “amó a la niña”, pero a pesar de todo, y con el respaldo de los tíos, mientras Luisa llegaba a la edad de poder consumir el matrimonio con su primo el de Chinchón decidieron ingresarla para que recibiera una formación más completa en el monasterio de Santa Clara de Ocaña, donde la niña tenía parientes. En los postreros años del siglo XVI, era esta villa una importante población que debía contar con unos 6.000 habitantes, número muy cercano a los que tiene en la actualidad. Tenía varias parroquias: la de Santa María, donde según la tradición había predicado San Vicente Ferrer, San Juan Bautista, San Martín Obispo, y San Pedro, que eran el eje de la vida espiritual de los ocañenses. También existían un par de conventos, el de los dominicos, fundado en 1527 por Doña Leonor de Guzmán, y el de Santa Clara que se remontaba a 1516. Junto a estos, los jesuitas habían creado el Colegio de San Luis, tras varias intentonas, en 1558.

Pues en este ambiente de religiosidad cercana, Luisa entró en Santa Clara y fue allí donde descubrió su auténtica vocación. Su espíritu siempre había sido más amigo de la concentración y la reflexión, que de la dispersión y lo superfluo. En los silentes compases del claustro, percibe que Dios la quiere para sí, y decide buscar los medios para cumplir este designio divino. Serían sus parientes monjas en este convento, según su primera biógrafa, su tía según los otros artículos citados, las primeras en enterarse de su decisión. A sus tíos la idea no les hizo ninguna gracia, pero menos aún fue la de no ingresar con las claras, sino en un convento pobre recién fundado y de dudoso porvenir. Nos referimos al dominicano de Santa Catalina de Sena de la misma localidad, que había sido creado pocos años antes, concretamente en 1579 por Doña Catalina de Guzmán, sobre unas casas de su propiedad. Si algo se podía destacar de este convento era su pobreza y su falta de higiene, al estar situado en un enclave insano, por lo que la mayoría de las monjas se hallaban enfermas. Para vencer la resistencia familiar, Fray Gabriel de Vacas, hermano de su padre se encargó de facilitar una mejora de las condiciones de vida de las monjas, hablando para ello con un hermano de la madre de Luisa con el fin de que cediera a la comunidad ciertas casas que éste poseía. Convencido el tío, y una vez vencida la resistencia del resto de la familia, Luisa pudo tomar el hábito el día de la Magdalena de 1581 en el nuevo convento, sito donde en la actualidad está el célebre penal de esta localidad. Era Santa Catalina de Sena el segundo de los conventos de la provincia dominicana de España que había optado por la descalcez. El primero de ellos fue fundación de la Duquesa de Alba bajo el título de Nuestra Señora de la Laura en Villafranca del Bierzo (1560), y posteriormente (1606) fue trasladado a Valladolid. No obstante las exigencias de la dama y su incapacidad para asumir los postulados generales de la regla de Santo Domingo, hizo que tras ciertos desacuerdos este convento de la Laura quedara fuera de la Orden. En el caso de Ocaña la historia fue diferente. Para fundar este cenobio habían venido religiosas de diferentes lugares, entre ellas la fundadora Sor Beatriz de Vargas, pro-

cedente de Santa Catalina de Valladolid. El deseo de vivir bajo una regla más severa y el seguir estando bajo la regla dominicana impulsó a estas monjas a pedir al Provincial Fr. Pedro Fernández “nuevas ordenaciones” que mejor les ayudaran a guardar las Constituciones (Cuadernillo suelto. Archivo de Jesús y María. Toledo. Recordamos al lector que este insigne dominico, pasó a conocerse con el nombre de El Santo, por su vida ejemplar. Además, tuvo, entre otras muchas ocupaciones, la de ser confesor de Santa Teresa de Jesús). En 1584 fueron ampliadas las ordenaciones por otras disposiciones otorgadas por Fr. Juan Cuevas, a la sazón provincial de España. La propuesta de vida que imponía esta reforma era de una gran exigencia, lo que en el caso de Luisa contribuyó indudablemente a moldear su espíritu con una enorme despreocupación por lo material y con una necesidad urgente de emprender la perfección.

Luisa fue muy bien acogida por sus compañeras, no sólo ya que su ingreso en el convento había promovido el sustancial cambio de emplazamiento, sino también a causa de sus indudables dotes personales, que la nueva religiosa dejó traslucir desde muy pronto. Desde su entrada tuvo por maestras a sor Clara de San Pedro, que había venido a Ocaña desde Medina del Campo y a Sor Cecilia de Jesús, procedente como la priora Sor Beatriz de Jesús de Valladolid, que la enseñaron a escribir libros de cantos, trabajo que realizó desde pronto con toda perfección. (De su mano se conservaban ejemplares en el Convento de San Antonino de Yepes, en el de Santa Catalina de Ocaña, y en Jesús y María de Toledo, todos ellos, creemos, desaparecidos en la actualidad).

Tras un noviciado virtuoso, cargado de abundantes ejemplos de mortificación, profesó en enero de 1586. Vivió en este convento de Ocaña después de su profesión catorce años, siendo un ejemplo para sus compañeras en la obediencia, penitencia y oración. La biografía más antigua, recorre con preciso estilo las mortificaciones rigurosas a las que Luisa se sometió, pero de mayor interés nos parece reseñar otros aspectos de su santidad. Entre sus principales devociones se hallaba la de María, a la que tras una visión en sueños, cobró

un especial cariño. Desde ese día se quedaba en el coro a rezar el oficio de la Virgen los días que no lo marcaba la liturgia, cuando las monjas salían. También quiso ser camarera de la Madre de Dios, encargándose desde entonces de aderezar la imagen de la Virgen todos los días hasta su muerte, llegando al extremo, que cuando estaba enferma pedía a sus hermanas que la llevaran a su lecho la mencionada imagen para poder arreglarla, tal como era su costumbre.

Debido a sus prendas espirituales se la nombró maestra de novicias, y con sólo veintisiete años alcanzó la confianza de las monjas al ser elegida priora. Su gobierno se caracterizó por actuar como una auténtica madre para sus religiosas, fomentando todas las virtudes que éstas eran capaces de practicar, y lo que es más importante, dando ella el primer ejemplo. Como mujer de su tiempo, sintió siempre gran preocupación por el ornato de la casa de Dios, la solemnidad del culto y la asistencia al coro.

Terminado su trienio en 1601, y estando de paso la madre Beatriz de Jesús, que venía de refundar el convento de Belmonte, e iba a Toledo a crear una nueva casa bajo los auspicios de una noble dama llamada Juana de Castilla, solicitó a la Madre Luisa que viniera con ella para esta fundación. Cómo la demanda no era del agrado de las de Ocaña, éstas escribieron al provincial Fr. Andrés del Caso para que permitiera que Sor Luisa permaneciese en su convento. El padre del Caso indicó que tanteasen la voluntad de su ex-priora para proceder conforme a ella. Ante esta situación, Sor Luisa respondió de manera bien teresiana: "Hija soy de obediencia". Así cumpliendo con lo ordenado, marchó a una nueva aventura de fe en la Ciudad Imperial.

Doña Juana de Castilla era una dama viuda y sin hijos, de añeja estirpe que había decidido crear un monasterio descalzo en Toledo. Aunque en principio se señaló a las órdenes de San Francisco y del Carmelo, como posibles propietarios de esta casa, diversos inconvenientes determinaron que por fin recayese en la de Predicadores.

Para Jesús y María, que así debía de llamarse este monasterio, se pensó en monjas recoletas y observantes, tal como se

recoge en la escritura de fundación (1599), lo que fue aceptado por los dominicos. Como fundadora se nombró a la ya citada Sor Beatriz de Jesús, que como vimos, se trajo de Ocaña a nuestra venerable.

La llegada de las monjas se realizó en junio, pero el monasterio no se cerró hasta el 6 de julio de 1601, empezando la andadura la nueva comunidad. Según los documentos que poseemos, los principios fueron difícilísimos por muchas causas: estrechez de la casa, falta de todo tipo de oficinas, penuria económica, número insuficiente de religiosas... Tanto fue así, que hubo un momento, en este mismo primer año, que las monjas estuvieron a punto de volverse a su convento de origen. Esta situación empezó a superarse con un enorme esfuerzo, y una gran confianza en la Divina Providencia, sobre la que cimentaron la nueva casa. Doña Juana quedó admirada, desde muy pronto, de la espiritualidad y de la enorme fortaleza que mostraba siempre Sor Luisa.

Durante los primeros años de residencia en Toledo, Sor Luisa ocupó diferentes oficios al servicio de sus hermanas, trabajando constantemente por el bienestar de todas. No obstante, y tal como relata su primera cronista, “no por eso se olvidaba de sus antiguos ejercicios de mortificación, y penitencia, y oración” (Sor Catalina Antonia de la Madre de Dios O.P. “Vida de la Madre Luisa de san Gabriel” f. 24 v. Archivo de Jesús y María. Toledo). En este sentido, los extremos a los que se llevó causaron la admiración no sólo de sus compañeras, sino incluso de buena parte de la ciudad. De sus visiones, una la llegó tan hondo, que sintió la necesidad de inmortalizarla, encargando a un pintor local que la trazara con sus pinceles. Gracias al lienzo, que se conserva en el coro del monasterio citado y a la crónica, sabemos que Sor Luisa, muy devota de meditar sobre la Pasión de Cristo, vio de forma clara a Jesús atado a la columna, en un lugar oscuro, “muy llagado y sangriento” buscando sus vestiduras para ponérselas. En el cuadro se hizo pintar entregando las vestiduras a Cristo. La cronista señala que el retrato de Sor Luisa no fue todo lo bueno que hubiera debido ser, ya que ella se negó a posar, y

el artista debió aprovechar un día que la religiosa bajó al locutorio para hablar con su padre, para esbozar una superficial efígie de ella.

Cuando el 6 de marzo de 1607 fallece la priora Sor Beatriz, la comunidad estaba compuesta por seis monjas de coro, una novicia, y dos de fuera de coro. Las monjas y la patrona, decidieron llamar a una parienta de esta última, Sor Blanca Enríquez, monja profesa en el madrileño Santo Domingo El Real. Esta religiosa, que había sido dama en el corte de Felipe II, con un importante conocimiento del mundo, impulsó la continuación de las obras en el convento y preparó la labor a nuestra Sor Luisa, que fue priora tras ella. Sor Blanca, marchó a fundar un nuevo convento a Córdoba, quedando por vicaria Sor Luisa, y más tarde como priora a partir de 1609 y durante dos trienios.

Si estudiamos con detenimiento los documentos de Jesús y María, nos daremos cuenta de la inmensa capacidad de trabajo que desplegó nuestra venerable. Nada se escapó a su atención, y en todo puso sumo cuidado de que se llevase adelante con gran perfección. Determinó la continuación de las obras, que ella culminó, creando los ámbitos precisos para desarrollar con normalidad la vida del cenobio tales como celdas, claustro, refectorio, etc. Tuvo una enorme preocupación para atraer vocaciones al convento, lo que en parte consiguió, gracias a la fama de santidad y pobreza auténtica de las moradoras en él. Entre las que entraron en este momento destacamos a la venerable Sor Francisca María de Jesús, de admirable vida, y Sor Tomasía de Jesús, de ricos ascendentes y delicada salud, que aportó una importante dote que vino a aliviar las necesidades económicas del convento.

Tras su período de gobierno, decidió volver a su primer convento, nombrando el Provincial como priora de Jesús y María, a María de Sotomayor, religiosa en Santo Domingo el Real de Toledo. No obstante esta situación no duró mucho tiempo. No sólo porque las monjas de Jesús y María habían quedado desconsoladas por la marcha de Sor Luisa, sino por la extremada situación por la que pasaron, extendiéndose una fuerte enfermedad y varias muertes, como se recoge en el libro

de difuntas, hicieron que la nueva priora, como relata la crónica “hallóse tan enbaraçada con tantas enfermas y muertes que dentro de quatro semanas se bolvió a su convento”. Las monjas de Toledo, suplicaron al Provincial que hiciera regresar a Sor Luisa, y éste compadecido lo hizo así. Durante tres años más volvió a ocupar el cargo de priora, y cuando terminó, ocupó otros oficios con gran humildad y alegría, sobre todo el de maestra de novicias, al que tenía un especialísimo afecto. Su labor en este puesto fue, sin duda alguna, extraordinaria, ya que revisando la vida de sus discípulas, nos damos cuenta que sembró unas simientes que con el tiempo produjeron árboles de prodigioso vigor cristiano. No obstante, durante esta época ya empezó a sufrir diferentes dolencias que soportaba resignadamente y procuraba disimular ante las demás.

Viviendo plenamente, en medio de una dulce paz, le llegó una nueva que cambiaría su vida. A principios de 1622, el Padre Provincial, Fr. Domingo Pimentel, decide enviar como fundadora a nuestra religiosa a Tudela. En este caso las protestas de la priora toledana, Sor Rafaela de Santo Domingo, no sirvieron de nada, y Sor Luisa salió de Toledo en 19 de abril de 1622, pasando el día siguiente en Madrid hospedada en el convento de Santa Catalina. Allí conoció a la que había entregado toda su fortuna para la nueva fundación, Doña Estefanía de Huidobro, a la que ese mismo día el Provincial dio el hábito. Con otras ocho religiosas más, días después entraron en Tudela, en medio de gran júbilo por parte de la población.

Hasta que se encontró una casa apropiada para monasterio, se instalaron en otra particular pasando estrecheces de todo tipo. No obstante pasado un tiempo, y con Sor Luisa como priora, la comunidad se instaló en una residencia más espaciosa. De la última etapa de su vida tenemos una crónica muy exacta en la declaración de su confesor el padre Fr. Rodrigo Quiroga, que años después llegó a Provincial. Gracias a ésta conocemos que prácticamente, tras fundarse la nueva comunidad, Sor Luisa cayó enferma, y fue tan mal curada por parte de un cirujano local, que la creó un tumor que la mortificaría el resto de su vida. No obstante, a pesar de todo, ella seguiría exigiéndose una vida dura, compadeciéndose de las

desgracias ajenas antes que de las propias. Conservamos una carta de Sor Luisa Archivo de J. y M. Doc. 2/8) dirigida a la comunidad de Toledo, que rezuma de impresionante humanidad, de sensibilidad por los demás y por lo pequeño, que nos da una idea de su talla moral y humana. Entre consulta sobre temas triviales como los tintes para velos o el precio de la seda, expresa su preocupación por saber si tienen confesor, ya que las quiere ver a todas consoladas. Después pregunta sobre la vida y salud de una por una “La Madre Sor Rafaela de Sto. Domingo y Sor Catalina Antonia, y mi Sor Ana Félix, mi Evangelista, mi Joseph y todas...”. Su deseo espiritual que no les falte el consuelo para el alma se mezcla con su preocupación humana de sentirse muy unida a las que hasta hace poco tiempo han compartido su vida y oración.

A pesar de sus quejas, en mayo de 1625 volvieron a hacerla priora. Sus últimos meses estuvieron llenos de dolencias de todo tipo que sobrellevó con recogimiento. Preparóse despacio para su muerte, con alegría de encontrarse de nuevo con su Amado, dando el paso definitivo el 6 de octubre de 1625.

Sus virtudes fueron muchas, edificándose en ellas día tras día, pero de todas ellas, si tuviéramos que exaltar alguno de ellos era su amor a Dios y al prójimo. Como dice su cronista, y con estas palabras terminamos, del amor a Dios, nacía el amor al prójimo “era este tan grande que a todos quisiera entrar en su corazón y todos cabían en él”.

PABLO PEÑA SERRANO
Toledo

NOVEDAD EDITORIAL

Han sido publicados los Indices de la Revista “Vida Sobrenatural” 1921-1995. El precio, 2.000 ptas. Descuento del 25% a los suscriptores.

Pedidos a:

Editorial San Esteban
Apdo. 17 - 37080 Salamanca

El don de la comunidad. Una experiencia de discernimiento comunitario (II)

Salamanca, 6 de marzo de 1980

Carta Tercera

“Así dice Yahvé: Haced alto en los caminos y vez.. Preguntad por las sendas antiguas. ¿Es ésta la senda buena? Pues seguidla y hallaréis descanso para vuestras almas”. (Jeremías 6, 16).

Queridas Hermanas en el Señor y en Santo Domingo:

Os invito a dar gracias a Dios por estos días que hemos pasado juntos, pues el Señor ha sido bueno con nosotros y nos ha conducido durante nuestro trabajo. Es imposible manifestaros en una Carta todo lo que ha hecho el Señor estos días en nuestros corazones y todo lo que nos ha dicho. Pero estoy seguro, con la gracia de Dios, que estas palabras os recordarán la misericordia de Dios y repetiremos juntos: “El gozo del Señor es vuestra fortaleza” (Neh 8, 10). El Señor nos ha ayudado a llegar a nuestra pobre realidad y a la realidad de su voluntad, y así nos ha hecho ver que es preciso partir del don de Dios y no de nuestros proyectos humanos. “Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos” (Is 55, 8).

El Señor nos obliga de muchas maneras a ser realistas y a asumir su santa voluntad, si queremos construir sobre roca y andar por sus caminos. Nos hemos empeñado, con la gra-

cia de Dios, en un proyecto tremendamente serio y difícil. Incluso, imposible para nosotros. Es la tarea de morir para vivir. Necesitamos caminar en fe y descubriremos indudablemente que la práctica de la esperanza cristiana implica dificultad. Cuando oímos hablar de una experiencia nueva de Vida Religiosa quedamos sorprendidos, debido al deseo tan extendido de una experiencia más radical de los caminos de Dios. Pero no es lo mismo el entusiasmo humano que la realidad cristiana que nos exige el caminar en la pobreza de cada día y en la fe que nos acerca al inmenso poder de Dios. Por eso, si hemos perdido estos días ilusiones nuestras, humanas, debemos dar gracias al Señor, pues puede ser la señal de que Dios comienza a ofrecernos el auténtico camino de su voluntad. El Señor nos ha librado de construir sobre arena, y nos hace capaces de edificar sobre roca. No es, por lo tanto, tiempo de la decepción humana, sino que es el tiempo de la fe cristiana. Es tiempo de echar nuestras redes, puesta nuestra confianza en la Palabra vida y eficaz de Dios.

Ahora puedo decir con gozo que hemos sufrido y que también hemos experimentado las exigencias de Dios. Es consecuencia de la fidelidad de Dios que nos sigue llamando desde el seno materno, produciendo en nuestros corazones el gozo del Señor y la ternura de los hijos de Dios.

LA CONVIVENCIA

Fueron días en oración, de reflexión y de discernimiento comunitario de los caminos de Dios para la Fraternidad Dominicana. Los dos propósitos con los que comenzamos fueron los siguientes: hacer una evaluación de los tres últimos meses de convivencia, basados en el horario y en las orientaciones contenidos en mi primera Carta, y compartir las primeras reflexiones sobre un posible proyecto de vida en común. Con esta finalidad, y ayudados por la presencia transparente y consoladora del Espíritu de Jesús, compartimos la oración y nuestra fe en la llamada de Dios a una Vida Religiosa, comunicando a los hermanos nuestras respuestas personales sobre

estas preguntas: ¿Hemos cumplido el horario? ¿Suprimirías o añadirías algo? ¿Qué te pide a ti el Señor? ¿Qué buscas tú? ¿Cuál ha sido la opción fundamental de tu vida por Cristo? ¿Cómo describirías tu proyecto de vida en común?

El Señor nos ayudó claramente en la búsqueda de su voluntad, y, gracias a Dios, encontramos también momentos de gozo y de dolor y la necesidad de una reconciliación constante con el Señor y con nuestros hermanos. Fuimos capaces de hablar con bastante claridad y nos dimos cuenta todos de la situación en la que se encuentra la Fraternidad y también de las exigencias de Dios. Entiendo que, frente a nuestros recuerdos, bien podemos dar gracias a Dios y repetir aquellas palabras de Jesús a Marta: “Marta, Marta, tú te inquietas y te turbas por muchas cosas, pero pocas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada” (Luc 16, 41-42).

LAS DIFICULTADES

En todo proceso de discernimiento espiritual se encuentran muchas y diversas dificultades. Pero es necesario distinguir entre dificultades aparentes y las auténticas dificultades de carácter espiritual. Me refiero, a que un cristiano nunca podrá decir que realidades y motivaciones humanas como la edad, la cultura, la historia de cada persona, la mentalidad, el temperamento, etc. son dificultades que impiden absolutamente la construcción de una Comunidad en el Espíritu de Jesucristo. Sobre esta base humana, hay que ser realistas y no olvidar que hay que aceptar a los demás como son, de tal modo que, gracias al amor de Dios, lleguen a ser como Dios quiere que sean. Pero todo esto exige tiempo, implica tensiones, y necesita la fuerza de la gracia de Dios. Es decir, las dificultades aparentes, en vez de disgregar una comunidad cristiana, terminan enriqueciéndola. Para comprender esto es preciso distinguir diáfanoamente entre la voluntad de Dios y nuestros gustos o nuestra complacencia humana.

A este nivel se entienden y se aceptan estas palabras de San Pablo: “Vosotros, pues, como elegidos de Dios, santos y

amados, revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos mutuamente siempre que alguno diere a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros” (Col 3, 12-13). Cada hermana debe llevar con amor las cargas de las demás Hermanas y las cargas de la Comunidad. Hay que vivir la Fraternidad. Hay que compartir el gozo y el dolor, los trabajos y los consuelos. En este sentido, entiendo que no es este el tiempo oportuno para pensar en la posibilidad de una doble Fraternidad con el mismo proyecto de vida común, pues no debemos tener en cuenta las motivaciones humanas, sino las exigencias de la voluntad de Dios. En este momento debéis continuar juntas, a no ser que surja la imposibilidad de acoger a las que vengan por falta de espacio, o que en el futuro os deis cuenta que Dios no quiere que compartáis el mismo proyecto de vida en común, debido a que el Don de Dios es diferente en vosotras.

Ésta sería ciertamente la auténtica dificultad para crear juntas una Fraternidad, pues si Dios no os ha dado la misma vocación seréis incapaces de convivir juntas. Este es, pues, ahora vuestro quehacer: rezar, trabajar y convivir hasta que os deis cuenta si Dios quiere para vosotras un mismo proyecto de vida en común. Con otras palabras, debéis advertir si las dificultades provienen de vuestro modo humano de ser, o de que Dios no os ha concedido el mismo don, ni la misma vocación. Como veis, no se trata de ser buenos o malos, sino del don de Dios. Así pues, seréis capaces de caminar juntas, no por vuestro esfuerzo, sino por la gracia del mismo don de Dios, que os dará la capacidad de superar todas las dificultades humanas. Con todo, caminar juntas no significa caminar todas del mismo modo y al mismo ritmo, sino caminar todas al mismo fin, con la misma vocación divina y por los mismos caminos fundamentales de Dios. Es el don de Dios el que crea la unidad, que no es uniformidad, y la Fraternidad, que excluye todo pluralismo excesivo, que destruye desde dentro la cohesión de la gracia de Dios, pero no la legítima pluralidad.

Ahora bien, para no quedar encerrados en la subjetividad humana, donde pereceríamos asfixiados, debemos saber que

el don de Dios produce necesariamente una clara opción cristiana por la Vida Religiosa en la Iglesia y en el mundo de hoy. El don de Dios nos concede una gran sensibilidad y docilidad frente a las realidades divinas y frente a las necesidades de los hombres. No obstante, no basta tener el don de Dios, sino que es necesario darse cuenta que uno lo tiene. Igualmente, no hay que confundir el don de Dios con la respuesta moral concreta de la persona, pues el don de Dios implica simultáneamente el conocimiento de la exigencias de Dios, aunque la transformación moral de la persona sea normalmente lenta y progresiva. En consecuencia, nadie puede exigir nada a nadie. Pero sí debemos ser conscientes de lo que Dios exige a la Fraternidad, y la Fraternidad sí tiene derecho a exigir a sus miembros lo que Dios les exige y como Dios se lo exige. Aunque no se debe caer en moralismos vacíos, tampoco podemos olvidar las exigencias de la voluntad de Dios, de donde brota la auténtica moral cristiana. Lo importante no son las normas concretas, sino el espíritu que las vivifica. Es decir, no se trata de realizar un horario, sino de cumplir la voluntad de Dios mediante un horario, sin el cual sería imposible cualquier convivencia humana y cristiana. La libertad del cristiano se encuentra solamente en la voluntad de Dios, previa la liberación de nuestros corazones por la gracia de Jesucristo. “Si, pues, el Hijo os librare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8, 36).

Ahora podemos comprender ya cómo las dificultades son siempre señal de la presencia exigente de Dios y señal de la gracia transformadora de Dios en medio de su pueblo. También, debemos estar atentos para centrarnos en los pensamientos de Dios para seguir el auténtico proceso de la construcción de una comunidad cristiana. Desde este punto de vista, es evidente que vuestra Fraternidad no está en el momento de aumentar sus edificios, mediante la construcción o la compra, sino de ensanchar la fe y la mirada espiritual. “Ensanchar el espacio de tu tienda, extiende las lonas de tus moradas, no te cohibas, alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas, porque te extenderás a derecha e izquierda, y tu descendencia poseerá las naciones y poblará las ciudades desiertas” (Is 54, 2-3).

EL ENCUENTRO COMUNITARIO SEMANAL

Con estas palabras nos referimos al Capítulo semanal de la Fraternidad, donde se comparte el don que cada uno ha recibido de Dios y se realiza el discernimiento comunitario, que permite a la Fraternidad conocer y caminar por los caminos y por los pensamientos de Dios. En este Encuentro Comunitario es donde se realiza la Fraternidad y donde se encuentra a sí misma, de tal modo que es una auténtica instrucción espiritual para la Fraternidad y la defensa de la identificación comunitaria y de la verdad personal. No podemos vivir solos entre los hermanos. La Comunidad influye en todos para bien o para mal, debido al dogma cristiano de la comunión de las realidades y personas santas.

El Encuentro Comunitario debe comenzar siempre con la Lectura de la *Palabra de Dios*. Debemos hacernos oyentes de la palabra de Dios, para ser verdaderos discípulos de Jesucristo. Y la Palabra nos lleva necesariamente a la oración y al oración comunitaria, que crea el clima necesario para el Encuentro de la Fraternidad. La oración, sobre todo la alabanza divina, nos hace espontáneos, verdaderos y libres ante nuestros hermanos, sin violencia, para hablar o para callarnos. La oración nos compromete, sin protagonismo. Y establece en nosotros el silencio, la paz la calma que necesitamos para comunicarnos.

En segundo lugar, el Encuentro requiere la *reconciliación* con Dios y con las Hermanas. Me refiero a una reconciliación personal, libre y espontánea. Es el ejercicio del perdón comunitario sin el cual ninguna Fraternidad cristiana puede caminar en el Señor. La comunidad debe perdonar y asumir todo lo que hacen sus miembros, sin extrañarse de nada, pero no puede tolerar el mal en su seno, pues sería ofender la santidad de Dios, de la que ella está obligada a ser un reflejo en la Iglesia y en el mundo. En la presencia de Dios, y siendo verdaderos testigos de Dios, —los que hablan por lo que han visto y oído a Jesús— se debe decir durante la Reconciliación lo bueno y lo malo de la comunidad, y cada Hermana, impulsada por la caridad de Dios, pedirá perdón a sus Hermanas en

la medida de su arrepentimiento y de su amor. Es un modo indirecto de practicar la *corrección fraterna*, cuyo ejercicio es el fruto más bello y más difícil de la verdadera caridad cristiana.. Esta revisión requiere el proceso del ver teologal (en fe, esperanza y amor), del juzgar o el discernimiento cristiano y del actuar en comunidad.

En tercer lugar, se tendrá la programación *Comunitaria*, necesaria según las exigencias de Dios. Se tomarán las *decisiones comunes*, pues lo que compete a toda la comunidad ha de ser decidido por todos los miembros de la comunidad, en la medida de su pertenencia a ella y de su responsabilidad en ella. Cuando no exista unanimidad, se dejará algún tiempo para la oración y para la reflexión, y después, en una segunda consulta, la comunidad hará aquello que opine la mayoría, escuchándose todas muy en la presencia de Dios.

HACIA UN PROYECTO DE VIDA EN COMÚN

Durante estos días, habéis aceptado nuevamente el buscar juntas un proyecto de vida en común para vuestra Fraternidad, en conformidad con los cauces señalados por la Iglesia, en concreto por las decisiones de esta Diócesis, y en docilidad a las exigencias del Don de Dios que habéis recibido cada una de vosotras. Los cauces señalados hasta ahora por la Sagrada Congregación de Religiosos y de Institutos Seculares y por vuestra Diócesis no impiden en absoluto la búsqueda de un proyecto de vida en común, sino que la exigen, pues se concede el permiso para esta experiencia en orden a ver si se puede consolidar esta nueva forma de Vida Religiosa. El quehacer de este proyecto es fundamental en este momento para vosotras, pues no es posible caminar juntas sin tener el mismo don de Dios y sin haber encontrado, en consecuencia, los mismos cauces fundamentales captados y aceptados por todas. El conocimiento y la aceptación profunda de vuestra *identidad comunitaria* es imprescindible para caminar juntas.

¿Cómo surge un Proyecto de vida en Común? Los hombres estamos siempre tentados a construir un proyecto de vida en común desde el entusiasmo humano y desde nuestros pensamientos humanos. Es decir, estamos tentados constantemente a seguir nuestros gustos y nuestra complacencia humana. En consecuencia, lo primero que se necesita es partir del don de Dios, conocido y aceptado, es decir, de la voluntad de Dios, que es lo que nos permite ser realistas. Y sabremos que somos realistas en la medida que la voluntad de Dios va transformando nuestros corazones y nuestros caminos. Por tanto, todo proyecto de vida en común exige un *planteamiento nuevo* desde el Señor, para lo cual hay que partir de cero, es decir, de nuestra pobreza total y de la fortaleza del Espíritu de Jesucristo. Ahora bien, esto es posible sólo si se ha captado y se ha aceptado el don de Dios. Es preciso, pues, salir de toda inhibición o indecisión humanas. Necesitamos arriesgarnos, perdiendo nuestras seguridades ya adquiridas, y ponernos a caminar en fe, poniendo toda nuestra confianza en Dios, pues es pecado contra el Espíritu Santo ver la luz, y seguir las tinieblas.

No se trata, ni tampoco tiene nada que ver, con exigir algo a los demás, pues se debe respetar el proceso personal y sobre todo el don que Dios ha concedido a cada uno. Igualmente no debemos imponer cargas pesadas a nadie, pues eso es competencia de Dios. Se trata, por el contrario, de buscar ese vino nuevo, esa agua viva que salta hasta la vida eterna, es decir, el don de Dios, que si es común, será posible hacer un proyecto común, y si es diferente, será imposible llegar a ese proyecto de vida en común. No se trata de exigir nada a nadie, pero el que se *comprometa* a la búsqueda de este proyecto de vida se compromete a respetar el proceso de búsqueda comunitaria y a aceptar la voluntad de Dios. Sin esta disponibilidad previa, es gran ingenuidad ponerse a buscar un proyecto de vida en común. No podemos exigir un grupo ya hecho, pero sí es necesario partir de personas que están dispuestas a buscar la voluntad de Dios, y esta exigencia es respuesta a una disciplina mínima en todo proceso de discernimiento comunitario.

No se trata de pedir lo mismo a todos, pero sí de buscar todos juntos un proyecto de vida en común.

La búsqueda de un proyecto de vida en común es necesaria, pues no existe otro camino de llegar a la *unidad*, exigida por toda Fraternidad cristiana, y basada en el mismo don de Dios y en unos elementos comunes básicos que lo identifican y permiten su realización. Ahora bien, esta unidad comunitaria es consecuencia de una *sintonía* interior, producida únicamente por la misma vocación divina. Con todo, hay que advertir que no estamos hablando de ser ya santos y perfectos, sino de una disponibilidad y de una capacidad para ponerse a caminar juntos en orden a encontrar una forma de vida en común, que será precisamente la *identidad* de esta Fraternidad Dominicana, que se caracterizará por la sencillez, por la apertura dócil al Espíritu, por la acogida de Dios y de todos sus hijos y criaturas, y por la contemplación apostólica, al estar llamadas a permanecer con Jesús y a ser sus testigos en medio de los hombres. De todas maneras, esta forma de vida en común será siempre un signo y un testimonio actuales de la Vida Religiosa en la Iglesia y en el mundo concretos.

Es fácil darnos cuenta por qué el proyecto de vida en común, en la medida que sea cristianamente verdadero, brota espontáneamente del don previo de Dios, captado y aceptado, y nunca de un programa discutido o acordado por motivaciones, acuerdos o consensos humanos. Además si hablamos de proyectos de vida en común es por referencia al cristiano, pues en la mente de Dios es ya una realidad. Todo esto se comprende desde la *creatividad* espiritual, como fruto de la conversión del corazón, del Espíritu y del don vocacional de Dios. Es decir, en la vida cristiana 2 más 2 no son 4, sino que se necesita también la gracia de Dios para que sean realmente 4. En la vida espiritual no podemos hablar de medios, sino hay que hablar más bien de mediaciones. Y esta creatividad del Espíritu nos llevará necesariamente a una *forma de vida* concreta, caracterizada por unos objetivos *muy claros* y por unos elementos básicos (mediaciones), que nos permitirán realmente conseguir los fines propuestos. No olvidemos que

nos encontramos en una época histórica de crisis cultural profunda, en la cual se conocen mejor los medios que los fines. Por lo tanto, que nadie crea que se va a realizar este proyecto de vida en común, si no se clarifican bien las realidades fundamentales del sentido de la Vida Religiosa, del Carisma Dominicano y de la Contemplación Cristiana. Sólo por este camino puede surgir una Fraternidad cristiana, donde integrados los individuos, será imposible el individualismo, el inhibicionismo y el pluralismo excesivo. La Fraternidad tendrá fuerza suficiente en el Señor para protegerse a sí misma, pues ya no se tratará de callarse para conservar la paz, sino de defender el honor y la gloria de Dios con la fuerza y el poder del Espíritu de Jesús.

No ha sido nuestra intención redactar aquí el *proyecto de vida* en común para la Fraternidad, pues, es algo imposible en este momento, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente. Pero sí intentamos, con la gracia de Dios, seguir señalando unos cauces para que esto sea posible cuando Dios quiera y como El quiera, si es que está en sus planes inescrutables. Con otras palabras, no se trata de redactar un proyecto de vida, sino de *disponernos* para que surja. Exigir esta disposición es necesario para esa convivencia fraternal, en la que es posible que surja una forma de vida religiosa. No podemos exigir ser santos, pero cuando un grupo se pone a caminar en comunidad para buscar su proyecto de vida sí debe exigir a todos la disponibilidad a querer conocer y aceptar el don de Dios. Por otra parte, no se olvide que la vida no se proyecta, sino que se recibe y se acoge. En consecuencia, un proyecto de vida en común o una forma de vida no se redacta, sino que se acepta con gozo de las manos de Dios, pues no es otra cosa que un don suyo. Todo esto surge en fe, dándose cuenta que no se trata principalmente de ver, sino de fiarse en Dios, aceptando su Palabra. Se necesita también la purificación del sufrimiento, no derivado de nuestros errores, sino de las exigencias santas de Dios. Es preciso igualmente ir despacio, pues no se trata de un cambio exterior, de tipo local sino de una transformación interior, realizada por el amor de Dios. Estemos, pues, atentos a las señales de la presencia de Dios,

como son la paz, la calma, la confianza absoluta y el peculiar sufrimiento de los hijos de Dios. Y, pidiendo a Dios que nos cure todas las heridas del pasado personal, debemos partir del tiempo presente, pues para Dios todo es posible y nunca tiene prisa. Si a veces hay que desandar el camino, ya se encargará el Señor de llevarnos de la mano, si permanecemos humildes en sus manos.

Cuando hablamos aquí del proyecto de vida nos referimos, con otras palabras, al *Bien común* de una Fraternidad cristiana, que debe ser conocido, defendido y amado por todos los miembros de la comunidad, pues es el camino para conseguir el bien personal de cada individuo, si es que de verdad existe una vocación divina común, sin la cual toda búsqueda de una forma de vida común será algo insensato. En esta línea, parece que el PROYECTO DE VIDA EN COMUN para la Fraternidad será *una Forma de vida Consagrada en común, según el carisma de Santo Domingo de Guzmán, y de carácter contemplativo*. Como *Fraternidad Religiosa* tendrá que cuidar peculiarmente el llegar a ser un hogar de *acogida* para los que en ella viven y para todos los que llegan a ella. Siempre debe existir tiempo para atender al huésped, sabiendo que la *acogida*, no consiste principalmente en una buena comida ni en una casa confortable, sino en un rostro transformado por la gracia de Dios. En esta *acogida*, hay que atender con mucha sensibilidad espiritual a las posibles *vocaciones*, las cuales son regalos de Dios, y nada tiene que ver con la propaganda. Además, hay que tener en cuenta que los que han sido llamados por Dios quieren entregarse a El radicalmente y hay que exigirles todo, en la misma medida y en el mismo modo del Espíritu de Jesucristo. Como *Fraternidad Religiosa* debe cuidar también los momentos privilegiados de su vida y el tono espiritual requerido. Por ejemplo, la oración comunitaria, la recreación en comunidad, la verdad espiritual de sus miembros, la austeridad pobre exigida por el don de Dios de tipo material y espiritual, el estilo de vida sencillo, la alegría del que lo ha vendido todo porque ha encontrado un tesoro y quiere comprarlo, el deseo de ser pobres como los pobres, etc. Pero tengamos cuidado, pues no es suficiente

decir que es bonito un proyecto, sino que su vida se adquiere sólo cuando se le vive.

El *Carisma de Santo Domingo* exige una formación espiritual adecuada para guardar la suficiente coherencia en la práctica de todo proyecto de vida en común. La Vida espiritual exige un *saber* vivir y una coherencia que no es corriente entre los cristianos. No basta rezar, como es evidente, sino que es necesario saber rezar. Y así en todo. La sabiduría teológica y la experiencia de la vida en el Espíritu nos dan una gran capacidad para asumir todas las realidades que se encuentran en las comunidades cristianas desde la fe, sin perder jamás la calma, ni tampoco dar más importancia a las cosas de la que tienen. Ni la caridad, ni la unidad de una Fraternidad se pierden por cosas pequeñas. El estudio de la *Sagrada Escritura* y el conocimiento de la *tradición espiritual* de la Iglesia son muy necesarios para un proceso adecuado en la marcha de la Fraternidad. Además, como Fraternidad Dominicana no se debe olvidar jamás el *sentido apostólico* de la Vida Religiosa y de todas sus realidades concretas.

Finalmente, como *Fraternidad Contemplativa*, hay que considerar que el trabajo fundamental de las Hermanas es la oración, donde se permanece con Jesucristo, y se aprende a vivir de tal forma que se nota que es Cristo quien vive realmente en nuestros corazones. En esta línea, ha parecido conveniente a las Hermanas seguir dedicando todas las Tardes al quehacer de la oración contemplativa. No se podrá olvidar, hablando de la oración, el sentido eclesial y litúrgico que debe manifestarse en la Fraternidad, teniendo especialmente en cuenta los tiempos privilegiados de la Cuaresma, como preparación para la Pascua de los 50 días de Pentecostés, y el Adviento, como preparación para el Tiempo de la Natividad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Algunas Hermanas, durante estos días, han recordado la conveniencia de tener en cuenta en el Horario de la oración comunitaria el Oficio Litúrgico de Lecturas. Por último, algo muy importante para la identificación contemplativa de la Fraternidad es practicar realmente la ADORACION de Jesús en la Eucaristía, de donde brotará en el corazón la compasión de Dios hacia los

hermanos y la capacidad evangelizadora de los testigos de Jesucristo.

DESPEDIDA

Termino, Hermanas en Jesucristo y en Santo Domingo de Guzmán, dando gracias a Dios por todos los dones y por toda la luz que nos ha regalado a todos durante estos días pasados en comunidad. Una vez más os confieso: he quedado sorprendido por la presencia de Dios y por mi gran pobreza espiritual. Humildemente, os recomiendo la lectura de esta Carta y de las dos Cartas anteriores, en la medida que necesitéis con la ayuda de Dios, encontrar algo sobre este proceso que habéis querido libremente recorrer. También os pido perdón por mis limitaciones y por mis pecados y por las veces que os he exigido algo fuera de la voluntad de Dios, pues no podemos exigir que todos tengan el mismo don de Dios, ni que todos estén en el mismo grado de conocimiento y de aceptación de este don divino. También os ruego que nos perdónemos mutuamente, pues Cristo nos perdona a todos. No os olvidéis de mí en vuestras oraciones, para que sepa reflejar verdaderamente el rostro de Dios a todos. Y no olvidéis que estáis llamadas a ser presencia de Iglesia en este pueblo. No miréis vuestras fuerzas, pues ahora sabemos que somos pobres, sino considerad la fuerza del Espíritu de Jesucristo. Rezad las unas por las otras. Rezad por vuestras Comunidades de donde procedéis. Rezad por la Iglesia. Rezad por todos los hombres.

Agradeciendo a Dios este don de haber compartido con vosotras su presencia, os saluda fraternalmente vuestro hermano.

FR. PEDRO PEÑACORADA, O.P.

Bibliografía

MIREILLE HADAS-LEVEL, *Flavio Josefo. El judío de Roma*. Versión castellana de MARÍA COLOM. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1994. 256 p. 2600 pts.

Josefo es un singular personaje que despierta siempre interés, como la historia lo proclama con toda evidencia. Su figura, sin embargo, en la actualidad está cobrando un interés sobresaliente, al que tal vez no sea ajeno lo que desde hace años viene sucediendo en ese restaurado y pequeño país que llamamos Israel. Josefo, sacerdote hebreo, estaba muy apegado a las tradiciones de su pueblo; no podía tolerar la presencia romana allí: luchó contra Roma. Pero luego tomó unas perspectivas programáticas y vino a ser un distinguido romano, homenajeado por los emperadores.—*Bandera, O.P.*

JOHN D. CLARE Y HENRY WANSBROUAH, *La Biblia. Historia viva*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona) 1994. 256 p. 4990 Pts.

Páginas de formato grande (22 x 28), ilustradas a todo color, dan una gratísima impresión que invita a leer y a contemplar, porque se tiene todo junto: texto e imagen. Dadas las características de la obra, los textos bíblicos son cortos y los comentarios, breves; todo, sin embargo, bien seleccionado y artísticamente muy cuidado. Hay cosas realmente bellas a las que, por otra arte, estamos poco acostumbrados; así, por ejemplo, en lo que se podría llamar portada interior, aparece la imagen del pregonero, del que, con el 'iobel' [cuerno] anuncia celebraciones importantes en la vida del pueblo de Israel. De este 'iobel' viene nuestra palabra 'jubileo'. El personaje y el instrumento de que se sirve forman un conjunto bellísimo. Una magnífica 'puerta de entrada' para seguir contemplando cosas bellas y sobre todo para disponerse con ánimo sereno a recibir los grandes mensajes que la Biblia, como palabra de Dios, transmite a todos los hombres. Belleza, trato con Dios, cultura humana: de todo se encuentra aquí.—*A. Bandera, O.P.*

JESÚS MARTÍ BALLESTER, *Vida de Santa Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios*. Presentación del Arzobispo de Barcelona.—*Camino de Santa Teresa leído hoy. Comentarios*. Presentación del Arzobispo de Sevilla.—*Teresa de Jesús nos habla hoy. Suma antológica*. Presentación del P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS. ED. SAN PABLO (Protasio Gómez, 11. 28027 Madrid). 1992, 1993, 1994. Págs. 280, 380, 428.

Pocas veces ocurre poder presentar de una vez tres obras de un mismo autor, publicadas por la misma editorial y que tienen por tema una misma persona. Para encontrarse con un hecho así se requiere que en los tres tramos del recorrido todo sea sólido y que cada uno de ellos establezca con los otros conexiones seguras. Bien. Es el lenguaje de la metáfora. Quiero decir que estamos ante publicaciones de gran calidad, realizadas por una editorial que presta excelentes servicios a la causa del evangelio y que ahora nos facilita el contacto directo con este incomparable personaje, que es Santa Teresa

de Jesús. Los presentadores de cada libro simbolizan muy bien el valor de cada uno y sobre todo la gran calidad del conjunto.

En cuanto al libro de la vida, es de notar que faltan los capítulos 11-22, porque el mismo autor los publicó ya aparte con el título *Cuatro niveles de oración de Santa Teresa de Jesús leídos hoy*. El libro lleva una buena introducción, que es una especie de semblanza de Santa Teresa. Con esto es fácil entrar en el libro y leer. La lectura misma es facilitada con frecuentes notas en las que se da la identidad de personas aludidas, se explican las circunstancias en que se encontraban, etc. Otras veces las notas son de carácter doctrinal y tienen la finalidad de explicar en nuestro lenguaje de hoy lo que Santa Teresa dijo en su tiempo, después de haber recibido experiencias místicas de altísimo nivel.

El segundo libro tiene, fundamentalmente la misma estructura. Pero dosifica de manera un poco distinta las ayudas al lector. La principal ayuda es haber integrado en el texto de 'Valladolid' numerosos párrafos tomados del de 'El Escorial'. Para actualización de la lectura, además de numerosas notas, cada capítulo va precedido de una "prospección actual" que sirve al lector para sintonizar con el texto teresiano. La inserción de párrafos de 'El Escorial' tal vez haga de este texto —del editado ahora en este libro— el más completo que cualquier lector no especializado pueda tener a su disposición.

Por fin, la *Suma antológica* es de un valor inapreciable. Ordena el riquísimo material teresiano de manera que podríamos decir sistemática. No se trata de convertir a Santa Teresa en una especie de profesora de teología que expone los misterios de acuerdo con la conexión que entre ellos existe. Santa Teresa no hizo nada parecido a esto. Pero con lo que ella escribió, un teólogo puede hacer esto. Lo ha hecho D. Jesús Martí Ballester.—A. Bandera, O.P.

ENRIQUE LLAMAS, OCD., *Práxedes Fernández. Vivencia mariana*. Ed. A la Unidad por María (Apartado 15. Toledo), 1994. 128 p.

Una breve presentación escrita por el Cardenal Primado pone de relieve el alto aprecio que de esta humilde mujer tienen jerarquías de la Iglesia y hombres de la más variada condición en España y en otros países, tanto de Europa como de América. De Práxedes se ha escrito muchísimo. Sé que en este momento está a punto de aparecer una nueva edición, considerablemente aumentada, de la mejor biografía suya, la cual tendrá en torno a las seiscientas páginas. El autor de ese pequeño libro conoce bien la biografía, pero no se ocupa de ella. Su intención va directamente a lo mariano y lo expone con evidente competencia; no en vano ha sido Presidente de la Sociedad Mariológica Española. En Práxedes todo es sencillez; pero todo también profundo. Lo mariano no se reduce a unas determinadas prácticas; como dice el subtítulo, constituye una verdadera vivencia, es decir, llena todos los estratos del de la persona y se revela a través de todos sus actos. La calidad de esta vivencia es definida por el autor en los términos siguientes: "La espiritualidad de Práxedes era lo más contrario al sentimentalismo y a la sensiblería. Una espiritualidad sencilla, sí; pero coherente con su fe, como un compromiso de vida cristiana (...) y sobre todo con su idea sobre el valor y la importancia del amor a Dios y al prójimo que no sufre debilidades y no tolera excepciones" (p. 121). La sencillez de Práxedes lleva efectivamente la 'marca' de las cosas de Dios; entre otras cosas sirve para algo tan impensable, humanamente hablando, como para convertirla en modelo de quienes trabajan en la promoción de la mujer y en el apostolado ecuménico (cf. págs. 112-120). Un libro corto sobre una mujer humilde. Pero también un gran modelo: tanto la mujer, como el libro que describe su vivencia.—A. Bandera, O.P.

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Meditación al atardecer

Cuando aceptas el hecho de la muerte vives mejor, pues entonces comienzas a preguntarte sobre los fundamentos y los objetivos de la vida; te preguntas por el sentido último de la vida. Sólo vives en plenitud cuando eres consciente que te vas a morir. Es cierto, cuando tomas conciencia de que eres mortal se desencadena un proceso de autoconocimiento interior que no termina nunca. Pero en el tiempo posconciliar se habla poco de la muerte. El consumismo y la búsqueda desenfrenada del gozo inmediato ha desterrado de muchas vidas la espiritualidad. Hoy lo que se cuida es el cuerpo, no el espíritu. Lo que prima es el aprovechar ávidamente la vida, y la muerte se la considera como un fracaso, que hay que alejar lo más que se pueda y, mientras, olvidarla. Por eso, se margina a los discapacitados y ancianos y hasta se comienza a aprobar civilmente en algunas naciones la eutanasia.

Cada día hay más gente convencida que el dolor, la enfermedad, la vejez y la muerte no pueden recibir un sentido, es decir, son y serán dramas para el hombre, pues no son creíbles, ni en sentido religioso, pensando en paraísos futuros, ni tampoco en sentido laico, pensando en que los que nos sigan vivirán mejor. Hoy se tiende a disfrutar a tope el presente, huyendo del futuro desconocido y también del pasado que nos ha herido. Las grandes experiencias de la vida permanecen muchas veces opacas, aumentando esa zona de senti-

mientos y pensamientos confusos. ¿Tendrán esas experiencias algún valor escondido? ¿Nos ayudará la paciencia a adquirir un carácter más robusto o a llegar a un nivel espiritual más sólido? La enfermedad destruye y, sin embargo, ha sido también ocasión de un renacimiento espiritual o de un cambio en el modo de ser uno, en cuanto nos conduce al conocimiento de nosotros mismos y de aspectos antes desconocidos de la vida. Seguimos siendo aprendices de la vida, sin ser todavía profesionales.

Nosotros los cristianos decimos que el valor último de la vida es la muerte, porque sabemos que la muerte es el paso, estrecho y difícil, pero paso a la vida eterna, que es la vida verdadera y para siempre. Porque, *¿de qué te vale ganar todo el mundo, si al final pierdes tu alma?* (Mateo 16, 26). Todos, de un modo o de otro, piensan que después de esta vida hay algo más allá. Nosotros los cristianos sabemos, es una de las certidumbres de la fe, que la muerte es esa agónica separación entre el cuerpo y el alma; el cuerpo se reduce a cenizas y el alma inmortal en el juicio particular comienza a gozar del descanso de Dios o a sufrir la definitiva ausencia de Dios, en el caso de los condenados. Esto nos enseña la escatología intermedia; al final del mundo, en el retorno glorioso de Cristo, será el juicio final, cuando todos recobrarán por el poder de Dios sus cuerpos, unos para gloria, otros para condenación, y Dios será el único Señor en todos, una vez vencido el último enemigo, la muerte. Esto lo confesamos cuando rezamos *creo en la vida eterna*. ¡Qué larga es la vida! ¡Qué vivero! Deseo morir para ver a Dios y no hay modo de que me muera, dicen quienes se saben amados por Dios.

Duro es este lenguaje; pero está lleno de esperanza si lo recibimos desde la fe cristiana, que nos concede la vida eterna, como nos dijeron el día de nuestro bautismo. Es preciso conocer y aceptar nuestra impotencia radical por el hecho de la muerte, consecuencia del pecado en lo que tiene de sufrimiento y dolor. Mas Dios, que nos creó por amor, no nos abandonó en el pecado, ni tampoco nos abandona al poder de la muerte, sino que nos anuncia la salvación en la Cruz Gloriosa de su Hijo Jesucristo. La fe te asegura que no te

mueres para siempre. Los cristianos cuando hablamos del pecado es para anunciar el perdón de Dios y cuando hablamos de la muerte es para anunciar la vida eterna. Basta asegurar nuestras vidas frágiles en la Vida que es Jesucristo; basta aprender a caminar por el Camino que es Jesucristo; basta asumir la verdad de la vida y de la muerte en la Verdad de Jesucristo. La Vida Sobrenatural se resume en dos realidades: humildad, que es la verdad de lo que somos, y amor, que es la verdad de la relación de Dios con nosotros. Nadie puede salvarse con sus propias fuerzas; necesitamos asirnos a la Cruz Gloriosa de Jesucristo; en ella descansamos, en ella nos deleitamos.

Todos quisiéramos que nuestra vida hubiera sido distinta de lo que ha sido. Todos quisiéramos haber vivido de otro modo, haber hecho otras cosas. No pienses tanto en lo que has hecho mal o en lo que no has hecho y quisieras haber hecho. ¿Por qué no piensas en la historia de salvación que Dios ha hecho y sigue haciendo contigo? Deja toda tu historia en las manos bondadosas de Dios; acepta tus miserias y así experimentarás el gozo inmenso de la misericordia divina; verás que Dios te ama; aprende a asumir la voluntad de Dios. No pierdas nunca la calma. Todo se clarifica en la vida: el amor y el odio, el bien y el mal; todo cae por su peso. Acepta tu historia, tu vida; si eres adulto no juegues a ser joven, si eres clérigo, no juegues a ser laico; si eres religioso muéstralo públicamente; lo contrario no es bello, ni tampoco bueno, porque no es verdadero. Aprovecha el tiempo presente y prepara el futuro; pero, por favor, deja el pasado ya en manos de Dios, que no puedes cambiarlo. No tengamos miedo; las palabras de Cristo son espíritu y son vida.

Pienso en los ancianos; basta su presencia para unar a los hijos y para reunir a la familia. Están llenos de experiencia y relatan cosas que han aprendido, no en los libros, sino en la vida o también de sus antepasados. A veces, no hablan, miran; han comprendido que la mirada, el amor, la presencia son más fuertes que la misma palabra. No les gusta discutir, tampoco reñir, pues saben que el hombre se equivoca con facilidad y lo que se necesita es animar, acompañar y caminar

juntos con aquellos a quienes queremos ayudar. A veces esperan a la puerta de la casa a que regrese el hijo, como el Padre Misericordioso esperó la vuelta del hijo pródigo. Pienso también en los ancianos enfermos, los que están atados a su impotencia y ya no pueden hablar y necesitan una presencia de amor junto a ellos. Al final a todos nos examinarán sobre el amor, si hemos sabido dar la vida por los demás; si hemos sido como el grano de trigo enterrado que produce vida; si nos hemos dejado llevar por el amor de Dios.

También la ancianidad es bella, pues cuando el corazón se ha suavizado es más fácil practicar la paciencia y ver las cosas como Dios las ve. ¡Qué precioso es el dominio de sí mismo en la adversidad! “Según pasan los años se simplifica todo, se apagan las ilusiones, renace y se renueva la fe, y la esperanza dulcifica el alma. Sólo queda para siempre el amor: mas yo sufro porque se me hace difícil amar a quienes parecen odiarme, y siento tristeza ante quien parece no importarles nada mi vida, siendo tan bien amada por otras personas, a veces lejanas. Al fin de cuentas, siempre me quedo sola con Dios solo; entonces es cuando advierto la historia de amor que Dios está haciendo conmigo y me deleito en los planes del Señor, aunque antes los saboreara amargos. El me hace dormir tranquila en su Corazón cuando me acuesto, y gracias a El me levanto cargando con mi Cruz, aunque no me sobren las fuerzas. Así, gracias a Dios, vivo retirada y tengo tiempo para estar a solas con quien ahora sé que me ama”.

El Papa Juan Pablo II, de tantos tan querido, nos enseña a envejecer en el trabajo y en la aceptación de la debilidad corporal. Un hombre de hierro en la fe y en la valentía, que envejece en el pastoreo de la Iglesia universal. Envejecer no es un pecado; es una estación de la vida que merece estima por la experiencia y nos recuerda el respeto y la veneración de los ancianos. ¡Cuánto aprendí de mi padre durante su prolongada enfermedad y de los cuidados y desvelos de mi madre! La ancianidad es tiempo de tolerancia y de esperanza: tolerar los males presentes y esperar el descanso y el gozo de la fraternidad de los santos. Es el tiempo del Magnificat, cuando en el atardecer de cada jornada, atardecer de la vida, cantamos el

cumplimiento de las promesas de Dios, aquéllas de las que hemos vivido y esperado. Es la Virgen del Adviento, resto de Israel y pobre de Yavhé, la que esperó en contra de toda esperanza en el cumplimiento de las promesas de la salvación. Es saludable llegar a lo profundo y vivir en el nivel de las referencias últimas, pues es frivolidad vivir el gozo del cuerpo sin el respeto del alma. Cuando nos apartamos de la voluntad de Dios encontramos sólo el tormento, que conduce a la perdición. Por el contrario, cuando aceptamos de corazón la voluntad de Dios, cuando Dios nos da la gracia, descansamos.

“Adentrémonos en el íntimo del corazón, donde vive Cristo. Permanezcamos en la sensatez, en la prudencia, sin poner la confianza en nosotros, fiándonos de nuestra débil guardia. Vigilemos en pie, apoyándonos con todas nuestras fuerzas en la roca firmísima que es Cristo. Apoyados y afianzados así, veamos qué nos dice y qué decimos. Amadísimos hermanos, éste es el primer grado de la contemplación: pensar constantemente qué es lo que quiere el Señor, qué es lo que le agrada, qué es lo que resulta aceptable en su presencia. Y, pues, todos faltamos a menudo y nuestro orgullo choca contra la voluntad divina, humillémonos bajo la poderosa mano de Dios. Una vez que se haya purificado la mirada de nuestra alma con esas consideraciones, ya no nos ocupamos con amargura en nuestro propio espíritu, sino en el espíritu divino, y ello con gran deleite, pensando y gozando de la dulzura del Señor. En estos dos grados está todo el resumen de nuestra vida espiritual” (*San Bernardo*, Sermón V sobre diversas materias).

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Doctrina

La Exhortación *Vita consecrata* (II) Interpretaciones sesgadas

En términos generales sería posible afirmar que sobre vida consagrada, cualquiera que sea la expresión verbal empleada, se habla mucho y se dice poco. No puedo menos de pensar que, en este concreto campo, el avance del pensamiento teológico se queda, proporcionalmente, muy por debajo del número de páginas escritas y publicadas. Ahora confío que la Exhortación Apostólica, con que llega a término el Sínodo-94, invertirá la situación. Ella misma está proclamando lo que quiero dar a entender: en pocas páginas es posible decir mucho más de lo que se encuentra en montón de libros juntos.

A modo de introducción

En la Homilía de la misa inaugural del Sínodo-94, el Papa Juan Pablo II declaró que había llegado el 'kairós' providencial para desarrollar la teología de la vida religiosa, respecto de la cual hubo un manifiesto descuido por falta de atención a lo que esa vida representa en el misterio de la Iglesia. La Exhortación *Vita consecrata* repite la misma idea, pero hace mucho más; señala muy bien el horizonte a que es preciso abrirse y el modo de caminar hacia él por vías de coherencia con el concilio Vaticano II y con la tradición carismática del propio instituto¹.

1. En toda la historia no hay un solo estudio sobre vida religiosa -la Exhortación dice 'vida consagrada'- que pueda parangonarse con éste. No salgo de mi asombro cuando, leyendo la revista "Il Regno", veo que la presentación del documento papal comienza así: "Una correcta confirmación de lo que ya existía. Así se presenta, en una primera impresión, la exhortación

Juan Pablo II está convencido de que ha llegado el 'kairós', que, efectivamente, Dios nos llama a una vivencia de nuestra consagración tan profunda, que sea capaz de suscitar un estudio de teología seria con el que pueda ser devuelta a esta peculiar vocación la estima de que siempre gozó en la Iglesia y que ahora parece faltarle incluso entre nosotros mismos, los religiosos.

Estamos en el 'kairós'. Ha llegado el momento no sólo de recuperar lo perdido, sino también –y sobre todo– de dar largos pasos hacia adelante. El 'kairós' llama a la esperanza. Pero ésta se refiere siempre a un bien arduo: difícil de conseguir, al que se hace resistencia, que ha de vencer impedimentos... Pero la esperanza de que ahora se trata no es la meramente psicológica que sólo puede contar con las débiles fuerzas humanas, incapaces tantas veces de vencer las dificultades. El 'kairós', por ser signo que Dios envía, suscita esperanza teologal: la que no defrauda.

Mi intención ahora es detallar algunas dificultades que se oponen a la plena realización del 'kairós'. Creo que es necesario para darnos cuenta del terreno que pisamos. Pero al exponer las dificultades, parto del supuesto que la esperanza no defrauda y que, por lo tanto, las metas señaladas en la Exhortación *Vita consecrata* serán recorridas con toda seguridad. Puede haber retrasos. Pero no fracaso.

[esta palabra la escribe siempre con minúscula] apostólica postsinodal *Vita consecrata* (...). La insistencia en subrayar las dimensiones trinitarias, escatológicas y espirituales de la vida consagrada constituyen la cosecha de todo lo pensado y vivido en el posconcilio más bien que un proyecto creativo en orden al futuro (si bien esto tampoco se excluye)" ("El Regno", 15 de abril de 1996, p. 193). Ante semejante juicio, uno casi pierde la capacidad de asombrarse.

Yo quisiera saber quién, durante el posconcilio, enseñó que la vida consagrada pertenece a la composición de la Iglesia, que, en su núcleo, constituido por los consejos evangélicos, fue instituida por Jesús. La revista "El Regno" se siente incómoda, porque la Exhortación no sigue la línea que a ella le gustaría y que está bien representada en numerosos artículos. Pero no merece la pena detenerse en esto. Lo he consignado a título de curiosidad.

1. *El primer acercamiento de los consagrados a la Exhortación*

Entiendo por ‘primero’ el que primero se ha hecho público entre nosotros. Tenemos que situarnos localmente dentro de España, con un calendario que señale las postrimerías de marzo de 1996 y los comienzos de abril.

1.1. Un trámite confidencial desviado hacia la ideología

Antes de que la Exhortación fuera hecha pública, su texto fue entregado confidencialmente a personas representativas para agotar todas las posibilidades de mejoramiento y también para evitar los riesgos de fallos, omisiones...

Alguién que, por su distinguido puesto, recibió la ‘confidencia’, ha querido ofrecernos sus impresiones para que desde el principio sepamos cómo acercarnos a este texto, tan largo como largamente esperado. Un primer acercamiento por vía confidencial abre la marcha para facilitar el acceso a quienes no disfrutaron de la confidencia. No sé si era exactamente ésta la idea que el ‘confidenciado’ se hacía.

El acercamiento a que me refiero se hizo público en el mismo día y momento en que PPC publicó la traducción castellana de la Exhortación *Vita consecrata*. Las páginas 5-57 contienen una “Introducción de Camilo Maccise”, como se lee en portada exterior e interior. Evidentemente, el texto de esta “Introducción” estaba preparado ya cuando el Vaticano autorizó la publicación de traducción a las diversas lenguas. La autorización fue dada el 27 de marzo.

Para las fechas indicadas, la Introducción había sido redactada por su autor y, además, estaba ya en poder de la casa editora. De otro modo hubiera sido imposible publicarla juntamente con la traducción y al frente de esta traducción. Esto quiere decir que el autor pudo usar el texto de la Exhortación antes de haber sido publicada. Este acceso al documento, cuando todavía no era público, me parece normal, dada la personalidad del autor, sobre la cual diré una palabra en seguida. Lo que ya no me parece ni normal ni

correcto es que ese privilegiado acceso haya servido para lo que se desprende de la Introducción.

Alguien tal vez pregunte: ¿Qué se desprende de la Introducción? Resumiendo, mi pensamiento puede ser expresado así: La Exhortación no vincula a nada, estimula creatividad en iniciativas para proseguir los procesos de renovación surgidos después del concilio Vaticano II, puede ser leída en claves diversas las cuales orientan hacia caminos también diversos, deja abiertas las posibilidades de seguir desarrollando las diversas teologías que hoy se cultivan acerca de la vida religiosa. En este documento, el Santo Padre ofrece orientaciones valiosas, sus reflexiones proporcionan ayudas muy estimables, despiertan entusiasmos...; pero no comprometen a nada. Este es mi resumen. Poco a poco iremos adentrándonos en el contenido. Pero antes que nada hemos de adentrarnos en el 'espíritu' del introductor, porque 'espíritu' tiene presencia inconfundible, aunque un poco velada o disimulada por el hecho de tener que acercarse al lenguaje de la Exhortación.

Quienes tengan su primer encuentro con la Exhortación a través de la edición de PPC, antes de leerla, sabrán ya que no les va a exigir nada. Este resultado, que es el que brota de la sola lectura de la Introducción, revestirá caracteres de total evidencia, si la lectura misma es hecha a la 'luz' de la personalidad del autor².

2. En el 'mundo' de la vida consagrada Camilio Maccise es una personalidad que no necesita presentación. Ocupa altos puestos: Prepósito General de los Carmelitas Descalzos, Presidente de la Unión de Superiores Generales (USG). Estas 'alturas' hacen que su acercamiento tenga virtualidades de extensa irradiación y de larga duración. En cuanto a esto, quizá nadie pueda competir con él. Tiene la posición más adecuada para influir. Y doy fe de que sus cualidades son muy dinámicas.

A título de curiosidad, se me ocurre alguna pregunta, que me permito enunciar, dando por seguro que nadie me responderá. Puesto que el P. Maccise es Presidente de la USG, ¿consultó su texto con los miembros de este organismo? Si procedió por su sola cuenta, ¿esos miembros tienen algo que decir ahora, a la vista de los hechos?

1.2. ¿Desviar en vez de introducir?

El interrogante puede parecer extraño. Pero creo que pone bastante en la pista de lo que ocurre. Hace ya tiempo, el P. Maccise asimiló buenas dosis de una teología bien conocida en 'su tierra' y cuyas notas sobresalientes son de dominio público: no es posible la 'neutralidad'; para realizar una acción eficaz en orden a cambiar una historia de opresión-muerte en historia de libertad-vida, todo tiene que pasar por un determinado 'filtro', todo tiene que ser vivificado por un determinado espíritu. Introduciendo este espíritu donde no está, las cosas no sólo no se deterioran, sino que son altamente perfeccionadas.

La fría objetividad del P. Maccise ha de ser contemplada desde las virtualidades y las finalidades de un espíritu que hace historia, que asume la historia, que se nutre de historia, la cual de este modo viene a quedar transformada en un permanente 'signo de los tiempos'. Este es un tema que la Introducción desarrolla con verdadero mimo y dedicándole espacio considerablemente largo. El P. Maccise está empapado de 'signos de los tiempos'. Ve en ellos no tan sólo temas de que es preciso ocuparse, sino también realidades que hay que producir. "La vida consagrada –dice– no debe limitarse sólo a leer los signos de los tiempos; está llamada a contribuir a escribir otros, es decir, a elaborar y poner en práctica nuevos proyectos evangélicos también para las nuevas situaciones" (p. 48). Bajo diversas formas, el tema reaparece con frecuencia. Es indicio de una mentalidad, de la cual se dice que está configurada históricamente. Esto es lo que se dice. Pero luego surge el problema de fondo: el de saber qué se entiende por historia y qué ocurre en esa historia cuando el espíritu del hombre la asume.

¿Cuál es su valor? ¿Qué se puede esperar de ella? Lo primero que me extraña es el modo como entiende la palabra Exhortación y me gustaría saber si él aplica lo que dice aquí a todos los documentos papales que están catalogados como Exhortación. Veamos cómo el P. Maccise entiende *esta* Exhortación. "El Papa, como Padre y Maestro, aconseja,

orienta y expresa su punto de vista sobre un tema determinado. A partir de esta descripción (...) podemos comprender su sentido y su alcance. Se trata, ante todo, de una *exhortación*, por tanto *no hay que pretender que sea un tratado teológico sobre la vida consagrada*. El Papa no pretende resumir toda la riqueza de los trabajos sinodales, ni presentar una exposición completa de todos los problemas que tiene que enfrentar hoy la vida consagrada (...). El Santo Padre, consciente de todo lo que ha significado el período delicado y fatigoso de la renovación postconciliar de la vida consagrada, desea dar orientaciones como Padre y Pastor de la Iglesia universal..." (p. 23).

En cierto sentido, todo se compendia en una palabra: la Exhortación es "una *exhortación*": con minúscula, y subrayada. Evidentemente, el vocablo Exhortación señala un tipo de documentos papales. Desde el Sínodo-74, al que corresponde la *Evangelii nuntiandi*, todas las Asambleas Generales del Sínodo llegan a término con una Exhortación, y a nadie se le ocurre decir que cada uno de esos documentos sea 'una *exhortación*'. ¿Hay alguien que, para hacer una simple exhortación, se tome tanto trabajo, tenga que soportar tantos gastos, afronte problemas tan diversificados, aunque siempre graves...? ¿Sería tolerable una institución sinodal, con todo lo que se requiere para su funcionamiento, si el resultado final quedase reducido a una exhortación? No es necesario detenerse a responder.

Ciertamente, el P. Maccise tiene un alto concepto del Sínodo o de "esta estructura postconciliar de consulta y corresponsabilidad" (p. 6). Todo ello es claro indicio de que para el P. Maccise el problema no es un Sínodo, ni siquiera el Sínodo-94. Leyendo lo que dice, se tiene la impresión, por no decir la seguridad, de que todo su problema se centra en *esta* Exhortación. Por eso, en su razonamiento, hay cosas enteramente aceptables, a condición de situarlas en el solo momento en que uno las lee y no sacarlas nunca de allí, como, por ejemplo, páginas 5-6. Con todo, el movimiento global de la exposición conduce siempre a lo mismo: esta concreta Exhortación, la conocida bajo el título *Vita consecrata*, es tan sólo una exhortación.

Volviendo ahora al título de este apartado, se comprende que la Introducción, redactada por el P. Maccise y publicada por PPC, no tiene la finalidad de entrar en *Vita consecrata* ni de introducir al lector en ella. Al término de la exposición, el lector puede comprender el mensaje perfectamente: el P. Maccise ha demostrado que todo aquello en que la Exhortación rebasa a la Introducción pertenece al orden de la exhortación, es decir, no compromete ni es vinculante. ¿Un problema de estructura personal? No sé.

1.3. Riquezas no acogidas en la Exhortación

Visto ya que, para el P. Maccise esta Exhortación sólo es asimilable en cuanto exhortación, se comprende que pondere y exalte otros enfoques, otras soluciones o proyectos para llegar a una solución. Estas riquezas están cuidadosamente recogidas y detalladas en pp. 12-22. El P. Maccise insistirá después (pp. 23-24) en que una Exhortación es incapaz de recoger estas riquezas.

Entre las riquezas que deleitan al P. Maccise tiene puesto relevante el Congreso organizado por la Unión de Superiores Generales (USG) y celebrado en Roma (noviembre de 1993). Se comprende bien la predilección del P. Maccise por este Congreso (cfr. pp. 12-13). Todo él giró en torno a la idea de misión, considerada como medio de conectar con movimientos históricos, gracias a los cuales se libera uno de especulativismos aislantes y, por lo mismo, paralizantes.

Los materiales de aquel Congreso han sido publicados en su casi totalidad. A poco que se lea, se advierte, en relación con movimientos históricos, que sobra el plural. De hecho para establecer la conexión de la misión con la historia, se tiene en cuenta un solo movimiento: aquel precisamente con el cual el P. Maccise está familiarizado desde hace mucho tiempo. La Exhortación, en cambio, no contiene nada de esto. Para el P. Maccise, estas circunstancias son argumentos que no tienen réplica.

A las riquezas del Congreso se añaden tantas otras que están desparramadas a través de tantas 'sesiones' que jalonan

el tiempo de preparación y, finalmente, las que tuvieron lugar durante su celebración. El P. Maccise se emociona pensando en la riqueza de todo esto, una riqueza que –observa de nuevo– no cabe en la Exhortación. Yo no puedo compartir el juicio del P. Maccise. Lo que él llama riquezas, para mí con frecuencia son muestras de una teología empobrecida³.

1.4. Múltiples claves de lectura

Confieso que al leer lo mucho que el P. Maccise dice sobre esto, me siento entre extrañado y desconcertado. Ya sabemos que la Exhortación es tan sólo exhortación. El P. Maccise lo repite ahora de nuevo, como se verá con sus propias palabras. Y me pregunto: ¿Cómo es que, para leer una exhortación, existe una verdadera multitud de claves de lectura, que han de ser tenidas en cuenta?

Veamos cómo el P. Maccise introduce este punto. La cita será un poco larga. Pero creo que merece la pena dejarlo hablar a él; así se evita el peligro de falseamiento o de cualquier tipo de manipulación. Habla el P. Maccise para decir lo siguiente: “Hemos señalado ya una clave fundamental de lectura que es la de tener en cuenta lo que es una Exhortación apostólica: no pretende ser un tratado teológico, ni presentar en forma exhaustiva los problemas y desafíos de la vida consagrada. Pretende ser una ayuda autorizada para conocer mejor los elementos fundamentales de la vida consagrada, para estimular la reflexión y profundización de algunos puntos importantes (cfr. n. 13). Por tanto, deja abierta la puerta a la investigación y discusión. Por otro lado, no se puede prescindir del contexto sinodal: *Lineamenta, Instrumentum laboris, Asamblea sinodal, proposiciones*. Además, las catequesis papales sobre la vida consagrada anteriores y posteriores al Sínodo y otros documentos postconciliares sobre el mismo tema” (p. 49).

3. En estas páginas dedicadas a las riquezas de la preparación, una cosa me extraña: el encomio de *Instrumentum laboris* y de la teología que en él se contiene (p. 13). En doctrina hay perfecta sintonía entre *Instrumentum laboris* y la Exhortación. Quizá el encomio sea debido a que *Instrum. L.* pertenece al tiempo de preparación.

Uno se asombra de que sean necesarias tantas cosas para estudiar aquello acerca de lo cual se mantiene lo que había sido dicho ya al principio, o sea, que es una *exhortación*. Ahora vengamos a las consideraciones que podríamos llamar hermenéuticas. La Exhortación no es un tratado teológico; no presenta de forma exhaustiva los problemas. Es verdad. Pero quisiera saber qué razón hay para hacer tales observaciones sobre esta Exhortación en particular. Todo el mundo sabe que eso es válido para todos los documentos del magisterio, incluidas las definiciones dogmáticas, las cuales resuelven un punto, pero obligan a seguir pensando y quizá discutiendo sobre otros puntos que se relacionan con la verdad definida. ¿Diremos, entonces, que, en el magisterio de la Iglesia, nada rebasa el nivel de exhortación? Creo que la respuesta está dada, sin necesidad de pronunciar ni de escribir palabras.

En relación con 'tratado teológico' y presentación 'exhaustiva' de los problemas, ruego al P. Maccise que me preste un poco de atención. Esta Exhortación no es un tratado teológico. De acuerdo. Pero yo quisiera saber qué obra, entre las catalogadas como tratado, hace una síntesis tan profunda y coherente como la que se puede ver en *Vita consecrata* acerca del núcleo de la vida consagrada. Me daría por muy contento si el P. Maccise pudiera citarme una sola que en esto superase a la Exhortación *Vita consecrata*. Algo semejante habría que decir respecto a lo de presentación exhaustiva de problemas. El P. Maccise, haciendo toda esta serie de reflexiones, intenta reforzar su propia opinión acerca de la existencia de múltiples teologías sobre vida religiosa, las cuales pueden ser aceptadas y desarrolladas después de la publicación de *Vita consecrata*. Bien. Yo no pretendo privar al P. Maccise de uno solo de sus derechos. Pero me gustaría saber cuál de esas teologías es más radical en el planteamiento de los problemas básicos y cuál también ofrece respuestas más firmes y mejor razonadas.

Volvamos a la idea básica del P. Maccise. La Exhortación es una exhortación. Pero a pesar de ser tan poca cosa, para acercarse a ella, es necesario tomar en consideración unas cuantas claves de lectura. El P. Maccise parte de la "clave

fundamental”, o sea, de que estamos ante sola exhortación y añade: “El documento está sujeto también a diversas interpretaciones, desde otras claves de lectura (...). Las principales claves de lectura de la Exhortación que nos pueden ayudar a comprenderla, son: la jurídica, la histórica, la teológica, la eclesial, la apostólico-misionera, la de futuro, la teologal-existencial” (p. 49).

Fijémonos bien. Hay que comenzar haciendo efectiva la primera y fundamental clave, o sea, encuadrar bien la entera Exhortación en el nivel de sola exhortación. Después es necesario recorrer un largo camino, porque este documento está sujeto también a otras claves, de modo que, según sea aplicada una u otra, se puede llegar a interpretaciones diferentes.

Son razonamientos que me cuesta entender. Comprendo que un documento determinado requiera su clave de lectura, fuera de la cual sería imposible captar su sentido exacto. Pero no veo por qué un determinado documento ha de ser sometido a claves diversas que dan de él interpretaciones diversas. ¿De dónde nace y cómo se justifica la necesidad de recurrir a claves que dan interpretaciones diversas de un mismo hecho, de un mismo documento...?

No entro en la explicación que el P. Maccise da de cada una de las claves. Pero, dado el concreto tema de que se trata, quisiera saber cómo y en qué difieren entre sí las claves siguientes: “la teológica, la eclesial, la apostólico-misionera, la de futuro”. ¿No está claro que la Iglesia es una realidad o un misterio teologal, apostólico y misionero por propia naturaleza y, por esta misma naturaleza, proyectado también hacia el futuro, en una tensión escatológica que llega hasta el día final? Y aún habría que hacer otras preguntas. Pero no quiero insistir.

Antes de terminar la exposición de lo relacionado con este lamentable episodio, quisiera dirigir una mirada, siquiera fugaz, a tantas hermanas y a tantos hermanos míos que han hecho profesión de seguimiento de Jesús por la vía de los consejos evangélicos y que carecen de una cultura teológica especializada, sea porque nadie se la dio, sea porque no la necesitan para el cumplimiento de su misión. Pienso que no se

ofenderán si, refiriéndome a todos en conjunto, digo que se encuentran en la situación de los culturalmente débiles. Todos ellos –dicho de otro modo y por mi sola cuenta– son pobres en bienes de cultura. Lo menos que personas así pueden pedir, lo menos también a que tienen derecho, es que les sean dadas explicaciones para leer lo que encuentran escrito en vez de ponerles encima pesadas teorías, de las cuales sólo pueden sacar confusión⁴.

2. *Una información al fin de la asamblea sinodal*

La Conferencia Episcopal, en uso del derecho que le compete, eligió a los obispos que habían de representarla en la asamblea sinodal. Fueron elegidos Mons. Elías Yanes, Presidente de la Conferencia y Arzobispo de Zaragoza; Mons. Carlos Amigo, Arzobispo de Sevilla, y Mons. Francisco Alvarez, entonces obispo de Orihuela-Alicante.

A los pocos días de concluida la asamblea sinodal, se celebraba en Madrid una asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal: 14-18 de noviembre de 1994. En semejante ocasión el Presidente informa sobre los principales acontecimientos desde la asamblea plenaria anterior. La información sobre el Sínodo no podía faltar. El Presidente la dio, efectivamente, pero en términos que no sería fácil imaginar. Informó también a otra plenaria de alto nivel eclesial: la plenaria de religiosas/os (CONFER), que se celebraba en Madrid por aquellos mismos días.

4. El autor de esta Introducción procede de un mundo en el que la opción por los pobres es tema básico y de aplicaciones universalísimas. Su singular modo de introducir a *Vita consecrata* me hace preguntarme qué se entiende por pobres, qué por servicio a los pobres, qué por opción preferencial en favor de ellos. Lamento enormemente emplear este lenguaje. Pienso que hay ocasiones en las cuales cada cosa reclama su nombre. Y, entonces, el que habla o escribe no tiene más remedio que llamar a cada cosa por su nombre.

2.1. La Información

En los dos casos dijo prácticamente lo mismo. El texto de la plenaria de religiosas/os fue publicado por la revista "Confer" con el título *El Sínodo sobre vida consagrada visto por un arzobispo sinodal*. "Confer" 34 (1995). El contenido del informe dado en ambos casos me resulta extraño hasta casi no poder comprender. Lo fundamental del informe me parece ser el modo como, a juicio de Mons. Yanes, hay que entender la elaboración de la constitución *Lumen gentium*, porque este dato orienta hacia la comprensión de cuáles son las vocaciones constitutivas de la Iglesia, las que entran en su composición, las que le dan la configuración. Ahora bien, ¿cómo está elaborada y cómo se presenta la mencionada constitución?

Mons. Yanes responde así: "Es interesante advertir la articulación del capítulo sexto de *Lumen gentium* sobre los religiosos en relación con los demás capítulos de la misma constitución, según explicó la Comisión que presentó esa constitución a los Padres conciliares en su redacción definitiva. Los ocho capítulos de la constitución *Lumen gentium* quedaron ordenados por dípticos", es decir, formando pares, que son concretamente cuatro. Según esto, uno de los dípticos es el formado por los capítulos tercero y cuarto. Mons. Yanes dice lo siguiente: "Cap. III y IV: La constitución jerárquica de la Iglesia y en especial del episcopado (III) y los laicos (IV). Es la estructura ordinaria de la Iglesia querida por Cristo: Obispos y laicos, en forma diversa, son la misma y única Iglesia" (p. 90 de la citada revista "Confer"). Los religiosos, por tanto, no entran –no entramos– en la composición de la Iglesia. En una Iglesia, ya constituida, los religiosos tienen –tenemos– la misión de realizar la común santidad a que la entera Iglesia es llamada.

Confieso mi asombro ante este modo de entender y de presentar la constitución dogmática. Todo el mundo sabe que el tema sobre la composición de la Iglesia entró bastante tarde en el esquema de lo que ahora es constitución dogmática. Todo el mundo sabe que ese tema ocupa el número 13, cuyo texto, en su totalidad, fue introducido tardíamente, con

la precisa finalidad de rellenar un vacío que se hacía sentir. Ese número 13 está en el centro mismo del capítulo segundo. En ese número, finalmente, se puede leer que el pueblo de Dios “en sí mismo está constituido por diversos órdenes”, o grupos de fieles, uno de los cuales es “el de los muchos que, en el estado religioso...”. En ese número hay que centrar la cuestión. Sé que esto no se estila. Sé también que es lo que hizo el concilio. Y pienso para mí que esto no tiene vuelta.

Los dípticos pueden servir para una presentación fácil de la Constitución ante una numerosísima asamblea como era la que había de dar el voto definitivo sobre el principal texto del concilio Vaticano II. Esto, presuponiendo que tal presentación por dípticos haya tenido lugar. Lo menos que puedo decir es que a mí no me consta.

En todo caso, hay algunas cosas evidentes. En primer lugar, los capítulos de *Lumen gentium* son pares por pura casualidad, es decir, porque a última hora se introdujo un cambio no previsto, que fue la división del capítulo quinto en dos: en los que ahora son quinto y sexto. Lo cual quiere decir que el tema ‘dípticos’, si entró, entró por casualidad. No hay fundamento alguno para convertirlo en criterio que presidió la elaboración de la constitución y que ahora da la clave de comprensión.

Las *Relationes*, es decir, los textos en que un Relator explicaba los documentos –los cambios, supresiones...– no emplean el sistema de dípticos. En todo caso, cualquier que haya sido el posible uso de dípticos, es evidente que nadie puede apelar a semejante procedimiento para afirmar que la composición de la Iglesia, es decir, los elementos de que consta por institución o voluntad de Jesucristo son los tratados en los capítulos tercero y cuarto. Una declaración de que los capítulos tercero y cuarto signifiquen lo que se les atribuye jamás fue hecha. Jamás será hecha. No puede ser hecha.

A la hora en que el Presidente de la Conf. Episcopal dio este informe, estaban recientes y hablaban en contrario dos hechos a los que no se hace referencia. *Hecho primero*. El Papa Juan Pablo II, el día 12 de octubre de 1994 –o sea, durante la celebración del Sínodo– pronunció en la Audiencia

general una Alocución en la cual afirmó expresamente que Jesús “instituyó los consejos evangélicos y, en este sentido, fundó la vida religiosa y todo estado de consagración que se le asemeje” (n. 1). Pienso que en el interior del Sínodo no se desconocía un hecho tan cercano y tan clamoroso. *Hecho segundo*. Antes de concluir la asamblea sinodal, fue aprobado por amplísima mayoría de votos un Mensaje al Pueblo de Dios, siguiendo una costumbre convertida ya poco menos que en ley. Es un Mensaje del que los miembros mismos del Sínodo hicieron grandes encomios. Por mi cuenta pienso que son encomios merecidos, a los que tuve el gusto de añadir los míos en más de una ocasión.

El Mensaje es un texto del Sínodo en cuanto tal y, por lo mismo, no tiene la fuerza vinculante de un documento magisterial. Pero tiene la fuerza del razonamiento sereno y contrastado al que es sometido todo escrito de esta índole. Ahora bien, el Mensaje dice claramente que la vida religiosa pertenece a la composición de la Iglesia. Las Proposiciones enviadas por el Sínodo al Papa como material de estudio no son tan claras. Creo, sin embargo, que orientan en esa dirección, sobre todo leídas a la luz del Mensaje, el cual, habiendo sido aprobado sinodalmente por una mayoría que no dista mucho de la unanimidad, es un criterio de interpretación. El Sínodo del Mensaje es el mismo que el de las Proposiciones y viceversa.

En descargo del Presidente de la Conferencia sospecho que Mons. Yanes ha tomado su información de Gérard Philips, *La Iglesia y su misterio en el concilio Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución “Lumen gentium”*. El tomo primero lleva fecha de 1968; el segundo es de 1969. Philips muestra que la mayor parte de la página 73 (t. I) fue escrita ‘dormitando’.

En primer lugar, Philips no habla en nombre de comisión, ni en acto de presentar a estudio temas conciliares; habla –mejor dicho– escribe por propia cuenta. Distribuye los capítulos por pares o “de dos en dos, siguiendo un orden lógico, quizás inesperado, pero fácil de justificar” (p. 73). Según este orden ‘inesperado, pero lógico’, los capítulos tercero y cuarto

“describen la *estructura orgánica* de la comunidad fundada por Cristo. Los pastores enseñan y santifican, y los seglares...” (*Ib.* El subrayado está en el texto).

Todo esto está en contradicción con lo que ha dicho poco antes y con lo que dirá después. Resumiendo una Relación de Mons. Garrone, dice: “El capítulo segundo da una visión general sobre la organización fundada por Cristo, una vista de conjunto que permite situar todos los componentes [del pueblo de Dios... de la Iglesia] de manera exacta, delimitando sus respectivas funciones” (p. 66). Así, pues, los elementos componentes del pueblo de Dios están ya especificados de manera exacta, delimitando bien las funciones de cada uno, en el capítulo segundo. ¿Por qué, entonces, no encontramos la estructura orgánica hasta los capítulos tercero y cuarto?

La relación de elementos componentes se encuentra en el número 13, el cual es “completamente nuevo y se inspira en una perspectiva universalista (...). Constituye el enlace con la parte siguiente” (pp. 66-67). El número 13 especifica los grupos de fieles componentes de la Iglesia. Philips mismo los enumera, más adelante, en un brevísimo comentario al número 13 (cfr. p. 231). La existencia de grupos diversificados muestra que “la estructura interna [de la Iglesia] es *compleja*” (*Ib.* Subrayado en el texto)⁵.

2.2. Una palabra sobre el auditorio

¿Qué relación hay entre explicar el orden de los capítulos en *Lumen gentium* y la tarea de informar sobre lo tratado y lo ocurrido en el Sínodo-94?

Mons. Yanes habló ante la cúpula de la Iglesia en España. La cúpula jerárquica estaba encarnada en la Conferencia Episcopal. La cúpula ‘carismática’ estaba representada por la CONFER. Mi palabra es ésta: no sé que ese auditorio ‘en la

5. Se tiene la impresión de que, según Philips, en el tema santidad el concilio no avanzó nada en relación con Pío XII. Philips no parece haberse enterado tampoco de que, según LG 43b, la constitución divina de la Iglesia no se agota en lo jerárquico. El modo como habla sobre estado religioso parece presuponer que no se ha enterado de LG 44d. No sigo. Lo dicho basta para comprender que también grandes hombres domitan.

cúpula' haya hecho puntualización o adelantado explicación alguna que se parezca, aunque sólo sea lejanamente, a lo que en *Vita consecrata* se encuentra desde múltiples perspectivas, o sea, que el estado de vida configurado por los consejos evangélicos en la forma que Jesús los vivió, pertenece a la composición de la Iglesia. No sé si decir que este silencio me desconcierta más que la información dada por el Presidente de la Conferencia Episcopal. La revista CONFER, además, le dio todas las facilidades para divulgar lo expuesto ante la cúpula. ¿Piedras contra el propio tejado? No sé. Sólo conozco la pura exterioridad de los hechos.

3. *Una traducción de los Documentos Conciliares*

El año 1993 la Conferencia Ep. Esp. publicó en la BAC una edición de los documentos del concilio Vaticano II, con introducciones y traducción propias. En relación con vida religiosa, un pasaje de características únicas es, en *Lumen gentium*, el párrafo segundo del número 43, o sea, LG 43b.

De este pasaje se da la traducción siguiente: "Este sentido de vida, desde el punto de vista de la constitución jerárquica de la Iglesia querida por Dios, no es un estado intermedio entre el clero y los laicos. Más bien, Dios llama a cristianos de ambos estados a gozar de un don particular en la vida de la Iglesia y a contribuir, cada uno a su manera, a la misión salvadora de ésta" (p. 123).

El original latino tiene una historia tormentosa, sin la cual resulta poco menos que ininteligible. La traducción que es ofrecida aquí ni responde al original ni parece que pueda ser considerada traducción, al menos en su primera parte. El daño que de aquí se sigue no es el que recae sobre los religiosos. Es cuestión de Iglesia. Es el lugar destinado a expresar la composición de la Iglesia; si esta composición carece de algo que le pertenece o deja entrar algo que no le pertenece, el resultado será siempre el mismo: Cuando decimos 'Iglesia' no sabemos lo que ese nombre significa. Es, pues, de esperar que la Conferencia Episcopal tome las oportunas medidas para corregir la traducción. No pienso

que la traducción se deba a motivos inconfesables. Sé que está y que, estando o con sólo estar, maltrata despiadadamente un importante pasaje conciliar.

Hablo de 'Conferencia Episcopal', porque ella aparece como responsable de la edición. Pero debo añadir que la responsabilidad editorial no es para mí el único, ni siquiera el principal, motivo de hacer estas observaciones. La edición de un libro es nada ante el misterio para cuyo servicio fue instituido el episcopado. A los obispos compete la honrosa —la abrumadora— responsabilidad de un ministerio pastoral que recae sobre la Iglesia en la totalidad de sus elementos componentes, los cuales no pueden mantener su peculiar totalidad más que en el interior de la síntesis que Jesús mismo les dio al instituir la Iglesia. De esto se trata: de que la Iglesia sea entendida y presentada como Jesús la instituyó. Sobre los contenidos de la voluntad fundante de Jesús respecto de la Iglesia, la Exhortación *Vita consecrata*, habla infinidad de veces.

4. *El Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*

Es frecuente reprochar a los religiosos que de Iglesia particular entienden —entendemos— poco, y de solicitud por ella, mucho menos. No diré yo que el reproche no tenga fundamento. Pero ahora no se trata de resolver minúsculos problemas donde la cicatería es capaz de devolver el reproche durante conversaciones que duren el día entero.

Situémonos pacíficamente en la Iglesia particular. Leamos juntos un magnífico escrito sobre Iglesia particular. Escuchemos bien. Presenta la Iglesia particular como misterio de comunión, en la cual se recibe y se ejercita un ministerio cuya nota característica es mantener, desarrollar, defender... la comunión.

La Introducción al Directorio fue firmada por el Prefecto y por el Secretario de la Congregación para el Clero con este preámbulo: "Dado por la Congregación para el Clero, Jueves Santo de 1994", que fue, en calendario, el 31 de marzo. Vive en el feliz disfrute de una comunión que traspasa el tiempo.

Queriendo tomar aliento, doy un paso hacia atrás. Para los religiosos acaba de sonar un reproche que, mirado en sí mismo, me parece justo: en la Iglesia particular pensamos poco, de ella nos preocupamos poco. No lo niego. Bien. Pero... A quien me dirija este reproche, le ruego que escuche mi lamento y no se asuste de mi llanto. En realidad, no puedo ni lamentarme ni llorar. Estoy muerto. Me dio muerte aquel mismo que me pide ocuparme de su Iglesia. Es una Iglesia en la que ni existo ni puedo existir. Es una Iglesia a la que se hace decir que, por voluntad de Jesús, consta de solos ministros ordenados y de laicos.

Me lo dice no un obispo, sino el episcopado mundial; éste es, efectivamente, el que ratificó el *Directorio*, en el cual no hay ninguna posibilidad para la vida religiosa a no ser como simple proyecto humano. Pero, como se comprende, un proyecto humano nunca podrá ser fuente de obligaciones eclesialmente específicas. Por consiguiente, mientras se mantenga este *Directorio*, no hay posibilidad de que un obispo, cualquiera que sea, incluido el de Roma, tenga derecho a pedir del religioso, de la religiosa, servicio alguno que no pueda solicitar igualmente del laico.

Al obispo –aunque haya que contar a todo el que es obispo– le ruego lo siguiente: primero, que lea *Directorio...*, 21b; segundo, que me diga si me encontró allí; tercero, que mientras no me encuentre, no me pida nada distinto de lo que puede pedir al laico; cuarto, que a mí me gusta prestar algún servicio distinto, pero que estoy a la espera, porque un servicio distinto sólo puede ser prestado desde un sitio distinto.

5. Coloquio final

Después de haber intentado hablar un lenguaje que no entiendo, con el cual quise únicamente disimular mi interior desgarrar, ruego que se me permita otro tono.

Señores obispos: Quien mantenga y ponga en práctica el *Directorio...* 21b, nunca podrá cumplir el ministerio episcopal como ese ministerio requiere. Quien no esté de acuerdo con esta palabra, haga el favor de leer *Vita consecrata* y

‘arreglarse’ con ella. Yo añado lo siguiente: el texto del *Directorio...* 21b influye en la totalidad del documento.

Ahora, el episcopado mundial, que ratificó el documento, es el que tiene la palabra para sacar la conclusión que le parezca y para hacerla efectiva del modo que le parezca.

La comunión eclesial es vivificante. Se hace efectiva y produce fruto a través de medios que Jesús puso en nuestras manos, y cuyo uso, además de fácil, es también deleitable. El conjunto del tema –del misterio– nunca lo encontré expresado con la hondura de *Vita consecrata*. Transcribo solamente unas líneas que dicen: “La especial atención de los obispos a la vocación y misión de los institutos y el respeto, por parte de éstos, del ministerio de los obispos con una acogida solícita de sus concretas indicaciones pastorales para la vida diocesana, representan dos formas, íntimamente relacionadas entre sí, de una única caridad eclesial que compromete a todos en el servicio de la comunión orgánica –carismática y, al mismo tiempo, jerárquicamente estructurada– de todo el pueblo de Dios” (n. 49, al fin).

La estrechez humana es capaz de recortarlo todo. La comunión en Cristo por la única caridad eclesial lo asegura todo y hace que todo contribuya al bien de todos, porque, “en la unidad de la vida cristiana, las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo que resplandece en el rostro de la Iglesia” (n. 16b).

ARMANDO BANDERA, O.P.
Salamanca

REVISTA VIDA SOBRENATURAL

Puede adquirirse la Colección completa de la Revista *Vida Sobrenatural*, integrada por 75 volúmenes, los 16 primeros dobles, al precio de 100.000 ptas. Ya encuadernados, 180.000 ptas.

Regalo, los Indices de la Revista, 1921-1995.

LA REDACCIÓN

La Fraternidad en la Vida Religiosa

1. *La fuente de la Fraternidad Cristiana*

Desde la perspectiva teológica hay que resaltar la impronta trinitaria en la fraternidad cristiana y con más motivo en la vida religiosa-consagrada. Si el hombre es imagen de Dios, lo es del Dios Trino y eso supone y exige la apertura hacia los demás. En la persona humana esta dimensión relacional se da en tres direcciones: hacia el Padre como origen y principio, hacia los demás en una estructura sacramental que revela y oculta el propio misterio radicado en el Verbo en quien y por quien fueron creadas todas las cosas (Col 1, 13-20) y hacia dentro de sí mismo en el misterio del Espíritu Santo.

La Trinidad muestra que la fraternidad no puede edificarse ni en la absolutización de las diferencias de las personas, ni tampoco en la de una comunión y unidad que las destruya. En el misterio de Dios Trino se da una diferencia que se armoniza con la igualdad.

Solamente respeta al Dios trinitario una comunidad una, única y unificante, sin dominio ni opresión dictatorial. Este es el mundo en que los seres humanos lo tienen todo en común y lo comparten todo, a excepción de sus características personales.

2. *La Fraternidad Religiosa*

La conversión al Evangelio de Jesús y la presencia y acción del Espíritu Santo producen como fruto inmediato la aparición de la fraternidad cristiana. Ésta, que es atestiguada en los escritos neotestamentarios, continúa siendo tema de vida, discernimiento y reflexión entre los creyentes.

Esta experiencia cristiana de fraternidad se fue condensando de manera particular en la vida de los monjes. Desde Pacomio, que marca el paso del anacoretismo al cenobitismo, hasta los más recientes institutos religiosos, un punto clave ha sido siempre el de la vida en fraternidad. La espiritualidad del monaquismo se resumía en una fórmula: los monjes viven la vida apostólica, es decir, la vida a semejanza de los apóstoles y de la primitiva comunidad de Jerusalén (cfr. Mc 3, 13-14; Hch 2, 42-47). Más todavía, Casiano ve en el Monacato la prolongación histórica de esa comunidad.

Pacomio siente una fuerte preocupación por una vida de comunión entre los monjes. Sufre por la falta de ella en las fraternidades de su tiempo. Invita a llevar el peso de los hermanos y a solidarizarse con todos los hombres. La fraternidad para El es una vida de amor intenso y de servicio mutuo. En la tradición monástica la fraternidad encuentra en el Abad a un "padre común", que coordina y organiza la vida de los monjes de tal modo que los fuertes se sientan estimulados a dar más y los débiles no se retraigan ni se desanimen.

Muchos religiosos y religiosas tienen la Regla de San Agustín como pauta de vida. En ella vemos muy claro el valor que la fraternidad ocupa. Voy a transcribir algunas palabras del n. 1: "Lo primero porque os habéis congregado en comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis un alma sola y un solo corazón hacia Dios". Y no tengáis cosa alguna como propia, sino que todo sea de todos; y el prepósito distribuya a cada uno de vosotros el alimento y el vestido, no igualmente a todos, porque no tenéis todos iguales fuerzas, sino a cada uno según su necesidad. Pues así leéis en los Hechos de los Apóstoles: "Todas las cosas les eran comunes, y se distribuía a cada uno según su necesidad" (Hch 4, 32 y 35).

Los que al entrar en el monasterio tenían algo en el siglo aspiren de buen grado a que sea común. Pero los que nada poseían no busquen en el monasterio lo que no pudieron tener fuera de él; con todo esto, socórrase su debilidad con lo que sea menester, aunque haya sido tanta su pobreza cuando estaban fuera que no pudiesen hallar ni lo necesario. Y no se

crean felices por haber encontrado la comida y vestido que no podían hallar fuera.

Ni se envanezcan por verse en compañía de aquellos a quienes en el siglo no se atrevían a acercarse, antes bien levanten su corazón a Dios y no busquen las vanidades terrenas, no sea que comiencen a ser los monasterios de provecho para los ricos y no para los pobres, si en ellos se hacen humildes los ricos y los pobres se envanecen. Por el contrario, los que parecían ser algo en el siglo, no menosprecien a sus hermanos que llegaron desde la pobreza a esta santa sociedad. Antes bien, esfuércense en preciarse más de la convivencia con sus hermanos pobres que de la riqueza y dignidad de sus padres.

Y no se engrían si dieron algo de su hacienda para la vida común, ni se ensoberbezcan más de sus bienes por compartirlos en el monasterio que si estuvieran disfrutándolos en el siglo. Porque todas las otras clases de vicios provocan a ejecutar obras malas, pero la soberbia acecha las mismas obras buenas para conseguir que perezcan. ¿Y qué aprovecha derramar los bienes dándolos a los pobres hasta hacerse pobres, si el alma miserable se hace más soberbia despreciando las riquezas que lo había sido poseyéndolas? Vivid, pues, todos unánimes y concordés y honrad los unos en los otros a Dios, de quien sois templos vivos.

La aparición de los frailes mendicantes (fratres = hermanos), en el siglo XIII revoluciona el concepto de vida religiosa y lo adapta a las nuevas circunstancias sociales. Una doble fraternidad impulsa a los mendicantes: la interior al grupo, que los hace demostrar que es posible vivir los valores del Evangelio en un mundo burgués y materilizado, y la de proyección apostólica que los conduce a atender fraternalmente a los cristianos en un período de abandono pastoral y en el que el ejemplo de vida cristiana y evangélica era el modo más eficaz para evangelizar. Santo Domingo de Guzmán deja de llamarse *subprior* y toma el nombre de Fray Domingo, según dice Jordán de Sajonia.

Las reformas del siglo XVI, al mismo tiempo que insisten en una mayor austeridad y abnegación evangélicas, pretenden restablecer la igualdad fraterna, renunciando a las diferencias

sociales que se habían introducido en los conventos. Como una expresión de esa fraternidad renuncian a los apellidos –que traían consigo distinciones poco evangélicas– y, como en el caso de la reforma teresiana, se busca formar comunidades más pequeñas que permitan vivir más fácilmente la comunión en una integración apoyada en la fe y en el amor cristianos. Santa Teresa hablará de su Comunidad reformada como de un “pequeño colegio de Cristo” (Camino, 20, 1), en el que todos se deben amar y ayudar.

Con el pasar del tiempo, la vida fraterna se fue transformando con frecuencia en una vida de observancia organizada. Comenzó a predominar el aspecto de colectividad sobre el comunitario-fraternal. Éste pasó a un segundo plano. Se buscó eficacia a costa de lo que fuera y la competitividad con otras instituciones de la oposición obligó a veces a caer en los mismos defectos de fuera para lograr la eficacia. Esta búsqueda de eficacia llevó a que el aspecto comunitario-fraternal dejó paso a un individualismo en el seno del grupo, generalmente bastante numeroso y estructurado piramidalmente.

El documento “Liniamenta” para el Sínodo de 1990 dice: “Ahora bien, se constata hoy, sobre todo en occidente, una crisis de la familia, cuyas características son bien conocidas: primacía del bienestar y rechazo del don de la vida; fragilidad y disociación de la pareja, deficiencias de la autoridad y deterioro de la imagen paterna. De todo ello proviene a menudo, junto a una crisis de vocaciones, una fragilidad afectiva, una desaparición de las normas morales y una confusión muy frecuente de los valores. La necesidad de comunidades acogedoras aparece también como una compensación frente a las deficiencias familiares” (n. 16).

A partir del Concilio Vaticano II se ha redescubierto la importancia de la fraternidad en la vida religiosa. Esta se presenta como una vivencia fraterna del Evangelio y se dice con razón que allí radica su principal testimonio: que ésa es la forma de hacer presente la salvación de Jesucristo, que posibilitó y sigue posibilitando la comunión fraterna entre los hombres.

La vida fraterna, aún vivida en la imperfección, cuando es sincera, aparece como una expresión de la fuerza reconciliadora del misterio pascual de Cristo que actúa en la pobreza del hombre egoísta. La toma de conciencia del carácter relacional del hombre egoísta. La toma de conciencia del carácter relacional del hombre y del sentido comunitario de la historia de la salvación (LG 9) ha hecho ver que la koinonía cristiana no es una estructura externa sino una realidad interior. Esta experiencia y esta reflexión sobre la fraternidad cristiana vivida en la vida religiosa están impulsando a una apertura integradora hacia el pueblo de Dios que, en las comunidades consagradas, busca una mayor vida por medio del mundo en solidaridad profunda con todos.

3. *Los desafíos actuales de la Fraternidad Religiosa*

La fraternidad se vive y se testimonia en la historia. En cada época, la concreción de la misma debe enfrentar desafíos para concretarse en la realidad vital y dejar de ser un mero sentimiento o una vivencia espiritual intimista. Aquí voy a enumerar simplemente algunos problemas de nuestro tiempo que desafían a la fraternidad consagrada.

1. ¿Cómo vivir el amor fraterno en una sociedad "sin padre" y cada día más secularizada, por lo menos en algunos aspectos?
2. Los problemas que pone a la fraternidad una sociedad pluralista en aspectos esenciales de la convivencia humana y de fe.
3. La opción preferencial, pero no exclusiva, y evangelizadora por los pobres y el compromiso por una caridad con dimensión social y efectiva.
4. La edad media de las comunidades religiosas y el miedo a perder lo que se tiene y que las llevan a tomar posturas terriblemente conservadoras.
5. La corrientes neocapitalistas de eficacia y la caridad cristiana.

4. *El aporte de la Vida Religiosa y la Fraternidad Cristiana*

La vida consagrada pertenece al ser y a la santidad de la Iglesia (LG 44), fraternidad de los discípulos de Jesús. Su misión carismática consiste en ser “un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana” (LG 44), que se resume en el amor que irrumpe y crea la nueva comunidad de hermanos.

El Concilio Vaticano II puso de relieve la línea testimonial de la vida religiosa cuando le recordó su papel de *simbolizar, manifestar, prefigurar, representar y proclamar* los valores del Reino (LG 44).

“Para *significar*, la vida religiosa debe adoptar un lenguaje inteligible para las diversas culturas, épocas y situaciones en las que vive. El ser de los religiosos se manifiesta o traduce en la praxis. En ella se juega la significatividad de la vida religiosa y, por tanto, su esencia y servicio a una Iglesia toda ella evangelizadora” (Clar-Confer, *Signos proféticos del Reino. La vida religiosa de cara a una nueva evangelización*).

A lo largo de la historia, en medio de muchas limitaciones, imperfecciones y pecados, la vida religiosa ha intentado testimoniar de modo especial la dimensión fraterna y comunitaria de la historia de la salvación. Hoy, en las circunstancias nuevas y ante los desafíos que presentan, la vida religiosa consagrada está llamada a seguir haciendo lo mismo desde dos vertientes: la del hecho de estar constituida por comunidades humanas y cristianas y la de su consagración expresada en los votos con su dimensión comunitaria.

Aporte de ser comunidades humanas y cristianas. La deshumanización de las estructuras e instituciones sociales, la carrera desenfadada al lucro y a la ganancia, la privatización de la vida y las crisis de la familia son fuertemente destructoras de las relaciones fraternas. Una vida fraterna renovada y auténtica en las comunidades consagradas, aún en medio de sus limitaciones, puede testimoniar a los creyentes y al mundo que lo más importante es el ser y no el tener; que hay que dar primacía a la persona sobre la estructura y que hay

que compartir las responsabilidades y los privilegios en la igualdad básica de los seres humanos.

En el esfuerzo por cumplir las exigencias del amor cristiano en la entrega generosa a los demás en un mundo de egoísmo, odios y divisiones, los religiosos podrán y deberán testimoniar la acción de Dios que convida a la acción fraterna. La vida religiosa en fraternidad para ser signo e instrumento de comunión debe estar abierta al medio en que vive y a las personas que la rodean. Sólo así su presencia sencilla y fraternal se hará inteligible y cuestionadora en la acogida y el compromiso.

Junto con la sencillez y cercanía en relación al pueblo, la comunidad religiosa consagrada necesita vivir relaciones más profundas entre sus miembros a partir de una caridad realista y concreta. Esto más que otra cosa, convertirá a la comunidad en un signo evangelizador: anuncio del proyecto de Dios de convertirnos en una familia de hermanos. Al renovar cotidianamente, en medio de las tensiones de toda la vida en común, el ideal de comunión y de amor, la comunidad religiosa consagrada dará razón de su esperanza y señalará a los demás la meta a la que Dios nos llama en Cristo por la acción del Espíritu Santo.

Aporte de los votos en su dimensión fraterna. Además de la vida comunitaria, los votos con las implicaciones que tienen en la vida de amor fraterno, pueden y deben ser un testimonio profético evangelizador de esa vida.

El voto de *pobreza*, entre otras muchas cosas, lleva a compartir los bienes en la comunidad mostrando que una persona vale no por lo que tiene sino por lo que es. Demuestra así, igualmente, que la función de las cosas materiales es la de ser lugar de encuentro con Dios y los hermanos. A través de este tipo de pobreza religiosa se aprende la apertura a Dios y a los demás; se expresa el valor esencial de los bienes y se percibe la exigencia de trabajar para crear una comunidad justa y humana para todos. Al mismo tiempo, una comunidad religiosa que pone lo que es y lo que tiene al servicio de los más pobres y necesitados trabajando por su promoción, denuncia evangélicamente el uso de los bienes para prestigio y poder en la sociedad. Esto va contra el plan de Dios que otorga los bienes para utilidad de todos en un fraterno compartir.

La castidad consagrada por el amor de Dios al servicio del Reino permite la creación de la comunidad como familia reunida en el nombre del Señor. Esa unión manifiesta su presencia. Por la vivencia comunitaria de la castidad los individuos universalizan su dimensión social y afectiva. Si bien la castidad consagrada expresa la comunión con Dios, ésta no puede separarse de la comunión fraterna en la comunidad. Ella, a su vez, se abre a relaciones más amplias que permiten ir extendiendo la fraternidad que, edificada en un amor generosa, denuncia el amor egoísta que sólo busca el placer y la utilización de la persona. La comunidad religiosa está llamada a ser, por la castidad consagrada que la hace surgir, un testimonio de la alianza de Dios con su pueblo. Alianza que libera para el servicio y la fraternidad y que universaliza el amor al prójimo. Un amor que va más allá de los vínculos de la carne y de la sangre.

La obediencia religiosa, vivida en su dimensión de búsqueda comunitaria y fraterna de la voluntad de Dios junto con quienes tienen el servicio de la autoridad, puede y debe aparecer como el camino para resolver evangélicamente el problema que surge entre una libertad individualista que no tiene en cuenta a los hermanos y una autoridad totalitaria, que oprime en las relaciones humanas. Buscando en la oración y en el diálogo fraterno los caminos del Padre, la comunidad denuncia este tipo de libertad y autoridad. Testimonio que la auténtica libertad debe tener en cuenta el bien de los otros y que el sentido de la autoridad es el de un servicio fraterno.

5. Conclusión

El resultado de todo lo que hemos ido indicando, lo sintetizo diciendo que el amor fraterno en las comunidades religiosas (consagradas) y en la Iglesia es un *misterio teológico* que se vive en un *grupo humano*, siendo ambos aspectos necesarios, de tal manera que la comunidad (consagrada) paga su tributo a ambas realidades.

El hermano con el cual me enfrento y vivo en la comunidad no es aquel otro ser grave, piadoso, que anhela siempre hermandad; el hermano es aquel otro redimido por Cristo,

absuelto de sus pecados, llamado a la fe y a la vida eterna. Nuestra comunidad no es capaz de motivar qué es lo que uno es como cristiano en sí mismo, en toda su profundidad interior y devocional; para nuestra hermandad es decisivo lo que uno es partiendo de Cristo. Estoy y estaré en comunidad con el otro principalmente por Cristo.

El amor fraterno, que crea las comunidades religiosas, no es una realidad productiva que busque conseguir unas determinadas funcionalidades. Lo que fundamentalmente quiere es “vivir permanentemente, pública y oficialmente el misterio de comunión con Dios y con los hermanos en lo que consiste esencialmente la Iglesia” de la que la vida religiosa consagrada es parte esencial.

Por eso, “no es lo propio de las comunidades consagradas acudir con preocupación inmediata, a remediar todas las necesidades pastorales de la Iglesia, sino más bien hacer presente con su vida y acción los valores evangélicos esenciales. No se trata de multiplicar la acción, sino de ofrecer una presencia y una calidad apostólicas nuevas, impregnadas de sentido evangélico, según el propio carisma” (cfr. *Diccionario de Teología de la Vida Religiosa*, p. 283).

Y de esta manera la fraternidad cristiana, don de Dios, está llamada a abrirse paso en la vida de los creyentes en la Iglesia y en el mundo. El anuncio de esta fraternidad es parte fundamental de la evangelización que se realiza en la proclamación y el testimonio. La vida religiosa (consagrada), vivencia fraternal del Evangelio, está llamada en todas las épocas a hacer visible la prioridad de Dios, la comunión fraterna y la donación total al servicio de los hermanos. En una palabra a vivir las exigencias evangélicas de la fraternidad cristiana en plenitud y a trabajar por ella enfrentando los desafíos de la misma en la actualidad.

De este modo, el amor fraterno, que crea la comunidad, podrá y deberá ser fermento de esa comunión con los hombres que tiene su origen y fuente, modelo y meta en el Dios Trino y Uno manifestado en Jesucristo.

JUAN JOSÉ GALLEGO SALVADORES, OP.
Valencia

Liturgia

Liturgia y vida mística: San Juan de la Cruz (y VI)

Liturgia, Unión-Comunión con Dios

En este amplio recorrido por las avenidas sanjuanistas, hemos resaltado sólo algunos temas litúrgicos aludidos por el Santo: Eucaristía, Iglesia, Espíritu Santo, etc. Queda mucho aún por profundizar. En la parte anterior, hemos hablado un poco de la respondencia, reciprocidad, que pudiera traducirse por intercambio. Creemos que ésta es la cima de los movimientos que hemos descrito en este ensayo. Esta “respondencia” equivaldría, a la postre, a la transformación de la obra o liturgia del hombre en la de Dios y viceversa. Habrá que complementar estos planteamientos con los tonos escatológicos que “se oyen” en la sonoridad de la obra sanjuanista.

Sólo hemos intentado hacer una lectura en clave de celebración y experiencia de la obra sanjuanista. O sea, nuestro propósito ha consistido en presentar una clave para interpretar adecuadamente a nuestro místico. Dicha clave es como un punto de vista global que facilitará la comprensión del mensaje sanjuanista. La obra de Juan de la Cruz aborda muchos temas, entre los cuales han de destacarse los siguientes:

1. Dios revelado y escondido.
2. Jesucristo el Verbo humanado.
3. El hombre en vías de transformación.
4. La fe, luz en la noche.
5. Comunión de amor.
6. Oración y contemplación.

7. La Hermosura.

8. Palabra y silencio¹.

El eminente editor sanjuanista José Vicente Rodríguez comenta a propósito de esta lista: “A esta lista se pueden añadir otros títulos. Para mí personalmente el tema del Juan de la Cruz de entonces y del Juan de la Cruz de ahora es, naturalmente, la unión-comunión con Dios; y dentro de sus enseñanzas sobre Dios lo más sugestivo es el tema, mejor, la realidad de la condescendencia de Dios”². Y no le falta razón al P. José Vicente. Es imposible comprender a Juan de la Cruz sin este punto de vista fundamental. No tenemos el propósito de añadir el tema: Liturgia y Vida Mística a la lista de arriba. Pero sí queremos ponerlo bajo el amparo del punto de vista de la unión-comunión con Dios. Es decir, el tema Liturgia y Vida Mística ha de integrarse, incluso someterse a la finalidad de unión-comunión con la realidad de la condescendencia de Dios a los hombres. ¿Qué se celebra? ¿Qué se experimenta? Pues, la unión-comunión con Dios hecha posible por la condescendencia de Dios a los hombres en Jesucristo.

Veamos cómo expresa el Santo este tema, que no sólo es finalidad, sino que también es programa, punto de partida, hilo conductor, la esencia del magisterio del Místico Fontivero:

- “Trata de cómo podría un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión”. (Subida del Monte Carmelo, rótulo).
- “Declaración de las Canciones del modo que tiene el alma en el camino espiritual para llegar a la perfecta unión de amor de Dios, cual se puede en esta vida”. (Noche Oscura, rótulo).

1. F. RUIZ, “El Maestro... palabra viva”, en VV.AA., *Dios habla en la noche* (Madrid 1990) p. 11.

2. J. V. RODRÍGUEZ, *Aproximación a San Juan de la Cruz*. Apuntes inéditos para un curso sobre San Juan de la Cruz dictado en Salamanca, febrero-marzo de 1995, p. 13.

El rótulo de Subida expresa la dimensión activa de la unión con Dios (por el verbo “disponerse”, mientras que el de Noche afirma la pasiva (fíjense en la palabra “modo”). El disponerse del hombre es el fundamento. Es el comienzo de su trabajo, de su obrar, de su liturgia. Y el modo es el camino enseñado por Dios, es la ayuda de Dios. Es lo que Dios ofrece. Lo que Dios obra y hace. Es su condescendencia. Es su modo para encontrarse con el hombre. Estos dos extremos, estos dos caminos independientes se encuentran en Jesucristo.

1. *Contenido de la Unión-Comunión con Dios*

¿Cuál es el contenido de la unión-comunión con Dios? Pues los misterios de Cristo, que son el contenido de lo que celebramos en la liturgia. También estos son el contenido de la experiencia de la vida cristiana. Dentro de este contexto general de la experiencia cristiana, se encuentran experiencias intensas, profundas, místicas que nos enseñan los caminos para que podamos intensificar nuestras experiencias que forman lo que podría llamarse el trato mutuo entre Dios y los hombres.

La experiencia es nuestro trato con Dios y la celebración hace presente este trato, lo actualiza. Este trato entre Dios y los hombres lo interpreta el Místico Abulense como el protagonismo de Dios en la vida de los hombres con el consentimiento libre de estos. En la obra sanjuanista Dios es el héroe, pero el hombre es el protagonista de la aventura.

Nuestro trato con Dios tiene su plenitud en esta vida, pero siempre está tocando los umbrales del cielo:

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!,
pues ya no eres esquivia,
acaba ya, si quieres;
rompe la tela deste dulce encuentro (Llama B. estr. 1).

¡Rompe la tela de esta vida! La liturgia terrestre debe ser un presentimiento de la liturgia celestial, de la Ciudad Santa

de Jerusalén (Sacrosanctum Concilium, 8)³. Como ya quedó dicho, la liturgia para Juan de la Cruz celebra anticipadamente la plenitud de la revelación de los misterios de Cristo, que tiene lugar en la visión beatífica. Después de gustar el mosto de grandas con el Amado, dice la Esposa: "Allí te mostrarías/aquello que me diste el otro día" (CB estr. 38). El otro día es el tiempo originario anterior a la caída del hombre en la huerta del Paraíso. La ruptura de la tela de esta vida significa la recuperación de este tiempo originario, del tiempo de plenitud. En la liturgia se celebra la plenitud de la obra de la revelación divina (Sacrosanctum Concilium, 2).

El contenido de esta revelación posee carácter trinitario. En Juan de la Cruz, la experiencia de la revelación trinitaria indica la experiencia colmante de Dios en que Dios se hace experienciable o tratable en su totalidad, desocultando su vida íntima. Recuérdese la estrofa núm. 2 de Llama que empieza con "¡Oh cauterio su ave!". La figura de Juan de la Cruz es prueba de que la plenitud de la revelación del misterio trinitario puede darse en esta vida. Pero ésta siempre apunta hacia la vida eterna.

El contenido mistagógico de las obras de nuestro místico brota de esta experiencia colmante de Dios tenida en esta vida. La liturgia que celebramos recoge esta misma plenitud mientras pasa este mundo donde vivimos. La posibilidad de la plenitud experiencial en esta vida se debe a la condescendencia de Dios en Jesucristo. Es éste el mensaje clave de la pedagogía litúrgica que siempre va hacia adelante, hacia lo invisible: el misterio. Por eso, hemos insistido muchas veces en esta condescendencia divina. Dice el Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica: "La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los 'sacramentos' a los 'misterios'"⁴. Creemos que estas palabras, que acaban de citarse, reflejan el sentido de la mistagofía del Místico

3. Sobre la liturgia celestial y terrenal, cfr. A. BOCAR, "El misterio de la liturgia", en *Communio* (marzo-abril 1995) pp. 143-150.

4. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1075.

Abulense. Acude a símbolos como la *noche*, el *fuego-llama*, el *agua*, el *pan* y la *fonte* para introducirnos a lo que estos representan. Sus símbolos siempre apuntan a realidades, en sí, inefables. Es éste el trabajo, mejor dicho, es la liturgia de un hombre con experiencia, de un hombre que ha tenido la experiencia colmante de Dios. Su obra es, de veras, una celebración de la obra de Dios en la vida del hombre. Es también la fiesta que festeja la vida del hombre engolfada por Dios.

Podemos estar seguros de que la celebración de la que habla nuestro místico es auténtica. El posee palabra autorizada. Piensen otra vez en las nadas sanjuanistas. Por medio de la negación, Juan de la Cruz pudo celebrar en *Espíritu y Verdad*. Rechazó a los otros amores, a los dioses ajenos. Sólo tuvo a Dios por Amor Verdadero. La unión con Dios, la experiencia colmante, la plenitud experiencial es la finalidad de las exigencias ascéticas del Santo. En este ensayo, hemos expuesto estas en clave litúrgica, insistiendo en que su praxis consiste en no tener dioses extraños y en hacerse altar de Dios. La puerta hacia la plenitud es muy estrecha. No podrán caber las extrañas aficiones. Y esta puerta es Cristo. Entrar por ella significa recibir la plenitud de la revelación de los misterios de Cristo de contenido trinitario: “Y también es de notar que... dice que es angosta la puerta, para dar a entender que, para entrar el alma por esta puerta de Cristo primero se ha de angostar y desnudar la voluntad en todas las cosas sensuales y temporales, amando a Dios sobre todas ellas” (II Subida 7, 2). Recibir esta revelación es el colmo de la mística.

Desnudar la voluntad implica tener sólo a Dios y a nadie más. Significa serle fiel. Así, el hombre puede ser esposa y digna de recibir la revelación la ciencia sabrosa de Dios:

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa (CB estr. 27).

2. *El Matrimonio Espiritual, culmen de la Liturgia*

La amistad entre Dios y el hombre cobra su plenitud con el matrimonio espiritual. La liturgia es una celebración de la intimidad entre Dios y el hombre cuyo colmo es precisamente el “Matrimonio Espiritual”. En la auténtica liturgia, hay un intercambio de voluntades. Recíprocamente Dios y el hombre se autoentregan. Se autoentregan integralmente sin dejar nada para sí. Dios entrega a su Hijo y el hombre se entrega a Dios sin dejar nada para sí, sin tener otros amores. Así, el hombre entrega a Dios el mismo que Dios le entregó a él: Jesucristo. Esta reciprocidad crea un espacio íntimo, donde tiene lugar la fiesta. Aquí sólo hay dulce compañía. Ya no hay estorbo que las aficiones extrañas causan:

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido (CB estr. 35).

En verdad, el Matrimonio Espiritual expresa excepcionalmente la experiencia colmante de Dios. Pensamos que es este el más fecundo mensaje de Juan de la Cruz. Prueba de ello, es el siguiente párrafo de la hija y madre del alma del Santo, de su discípula y maestra: Teresa de Jesús. Juan estuvo presente en el Matrimonio Espiritual de ésta el 18 de noviembre de 1572 (Las Relaciones/Cuentas de Conciencia, 35). El siguiente párrafo muestra la comprensión de Teresa de este don altísimo que Dios le concedió a manos de Juan. Me atrevería a decir que ella además de ser un astro con propia luz, que brilla sólo con la llama de amor viva, es la mejor sanjuanista de todos los tiempos. Puesto que ella como él comprendió la experiencia colmante de Dios, que se vierte en la celebración de su vida en sus escritos. Escuchémosla una vez más, aunque ella no sea la figura central del presente escrito:

...aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviere en el, sino sólo espíritu,

y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe se adonde está el mismo Dios, a mi parecer no ha menester puerta por donde entre. Digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí, parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este aparecimiento de la humanidad del Señor aún debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente: aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: "Pax vobis". Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente al alma, que no sé a que lo comparar, sino a quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que -a cuanto se puede entender- queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar a entender a algunas personas hasta adonde llega para que alabemos su grandeza, porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar El de ella (7 Moradas 2, 3)⁵.

Es de notar que esta experiencia tuvo lugar dentro de la liturgia eucarística. Al lector le sonarán muchas resonancias sanjuanistas en el texto teresiano que acaba de transcribirse. Este párrafo teresiano es anterior a todos los escritos de Juan de la Cruz. Marca un cambio casi copernicano en la vida mística de Santa Teresa, debido a la entrada de Juan de la Cruz en su órbita. No enumeramos aquí los rasgos de influencia que Juan tuvo sobre Teresa y que Teresa tuvo sobre Juan. Baste ver cómo captó Teresa lo más fecundo mensaje del magisterio sanjuanista: el símbolo del Matrimonio Espiritual. Este proporcionó a la Madre Reformadora del Carmelo la fórmula idónea para expresar su experiencia colmante de Dios. Ella venía buscando la unión-comunión con Dios. A partir del Magisterio

5. Cfr. el estudio penetrante y sugerente de A. MAS ARRONDO, *Santa Teresa en el matrimonio espiritual* (Avila 1993).

Sanjuanista ella, de manera especial, encontró la razón para celebrar algo, la experiencia colmante de Dios. Todo esto desembocó en su obra magisterial y testimonial, las Moradas del Castillo Interior. Teresa es un ejemplo para nosotros. Su testimonio afirma la experiencia y la celebración de la unión-comunión con Dios, amén de la importancia del magisterio místico en lo referente al tema que nos ha tocado exponer a lo largo de estas páginas: Liturgia y Vida Mística: Celebración y Experiencia. Me atrevo a decir que son los dos hilos con que se tejen la misma obra, que es la vida cristiana. Son las dos notas que forman el acorde de la vida cristiana.

3. *Epílogo*

Un renombrado teólogo dijo que el cristiano del futuro ha de ser místico, si no es cristiano. Habla como si la mística fuera una novedad, una moda. No es que discrepemos de él del todo, sino que hay que percatarse de las posibles consecuencias de esta afirmación tan conocida que corre, sin parar, de boca a boca en círculos teológicos.

La mística es la esencia profunda de la vida cristiana desde siempre y de la que normalmente no nos damos cuenta dada nuestra superficialidad expresada de varias maneras: la secularización, el afán por nuevos movimientos o por el cristianismo de moda, nuestro apego a un cristianismo rentable, etc. Esta esencia profunda pone dos vertientes: la experiencia y la celebración. La mística auténtica se abre al compartir. Este compartir contiene la experiencia, que no podría encerrarse en puro solipsismo y egoísmo. La experiencia auténtica se comparte con el testimonio vital, que se convierte en el texto de la celebración. Tal vez sería mejor decir que el reto del cristiano hoy y en el futuro consiste en el redescubrimiento de esta esencia. Merece mencionar aquí a un hombre de este siglo que se percató de esta esencia mística que subyace a la vida eclesial. Nos referimos al fundador de esta revista, el P. Juan González Arintero, O.P.⁶

6. Cfr. *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, 4 tomos (Madrid 1974-1976).

No existe una distinción entre el Juan de la Cruz cristiano y el Juan de la Cruz místico. Cada vez que decimos que es místico cristiano, afirmamos que él ha vivido la vida cristiana auténtica y profundamente. Ser místico y ser cristiano no son dos cosas distintas. Forman la misma cosa. Como buen cristiano y como buen místico, Juan de la Cruz va a las raíces de la celebración de su vivencia cristiana, que es adorar al Dios Verdadero, ser hijos suyos en *Espíritu y Verdad*. Este fundamento, que hemos intentado exponer a través de estas páginas, llena de sobra el hueco señalado por los teólogos de la renovación litúrgica en la obra sanjuanista: su supuesto silencio acerca de temas explícitamente de interés en este movimiento.

Tal vez el silencio del que se le acusa a Juan de la Cruz nos pueda brindar una lección muy importante: ir a las profundidades, superar lo meramente técnico o rúbrico. Si insistimos en estas materialidades bien puede ocurrir que nos enganchemos con lo meramente superficial y olvidar el porqué de nuestra celebración litúrgica. No estamos haciendo aquí una apología para justificar el silencio de nuestro autor acerca de estos temas. El era de otro tiempo. Tenía otros intereses que se condensan en la expresión "unión-comunión con Dios". Pero sí queremos enseñar el lado positivo, la otra cara de las acusaciones que se le hicieron en tiempos de la renovación litúrgica. Gracias a estos reproches se han escrito ensayos como el presente.

En las postrimerías de nuestro ensayo, antes de navegar más allá del horizonte con la retirada de la pluma y el silencio de la reflexión hagámonos las siguientes preguntas para acompañarnos en la placidez de dicho silencio:

¿Cómo podríamos aplicar las lecciones que nos ofrece Juan de la Cruz cada vez que celebramos? ¿Sigue siendo un reto el celebrar en *Espíritu y Verdad* en nuestro tiempos? ¿Cuáles o quiénes son los nuevos dioses extraños que no nos permiten celebrar en *Espíritu y Verdad*? ¿Cómo podríamos lograr que nuestra vida cristiana en sus dos vertientes de la experiencia y celebración fuese realmente mística, profunda, auténtica? ¿Nos abrimos, de veras, al Dios auténtico, a su

experiencia para poder celebrarla en *Espíritu y Verdad*? Al final de cada celebración se nos dice: "Podéis ir en paz"... ¿Cómo extendemos lo celebrado en nuestras experiencias cotidianas?

Las respuestas van más allá del horizonte que ahora contemplamos desde esta orilla. Tal vez podamos navegar con Juan de la Cruz. Desde su lugar en el cielo, estará encantado de acompañarnos. Pero antes de su vuelo de esta tierra a la tierra prometida nos dejó la herencia de sus escritos, además de la familia carmelitana. El sigue vivo y nos sigue acompañando mediante este tesoro, que ya es nuestro. Sólo hace falta cogerlo y leerlo. Estos artículos han sido escritos por este fin: invitar a los lectores de *Vida Sobrenatural* a que lean las obras del Místico abulense.

MACARIO OFILADA MINA
Salamanca

NOVEDAD EDITORIAL

Acaban de editarse los Indices de la Revista Vida Sobrenatural, 1921-1995.

El precio, 2.000 ptas.

Descuento del 25 % a los suscriptores.

Pedidos a:

Editorial San Esteban

Apdo. 17. 37080 Salamanca

El fraile de las llagas: Padre Pío (1887-1968)

El Padre Pío es un personaje famoso del siglo XX. De él se han escrito muchísimos libros, miles de artículos y a él se alude en innumerables revistas, periódicos y reportajes de la radio y televisión. En vida fue visitado por millones de personas venidos de los cuatro puntos cardinales de la tierra. Su confesonario fue el más “asediado” del presente siglo por toda clase de fieles: mujeres, hombres, niños y ancianos, pobres y ricos, eclesiásticos y seculares, blancos y negros...

Se ha afirmado –sin que el interesado lo haya desmentido– que Juan Pablo II fue también a confesarse en 1946 con el humilde fraile capuchino, y que éste le anunció que sería Papa. De hecho, al cumplirse el centenario del nacimiento del humilde hijo de San Francisco –el 23 de mayo de 1987– Juan Pablo II quiso ir personalmente en devota peregrinación a orar ante la tumba del gran estigmatizado en San Giovanni Rotondo. Y allí, después de orar por largo rato ante el sepulcro del Padre Pío, celebró la misa y pronunció una homilía, visitando a continuación la celda donde vivió y murió el siervo de Dios y los lugares donde confesaba a los fieles, donde recibió las llagas, etc.

Juan Pablo II fue quien también dio el permiso para que se introdujera la causa de canonización del Padre Pío el 20 de marzo de 1983, quince años solamente después de la muerte del insigne capuchino. Al preguntar en octubre de 1989 al arzobispo de Manfredonia –encargado de la causa– cómo marchaba la misma, y oír una respuesta satisfactoria, el Papa concluyó: “¡Bien, bien: esto me hace verdaderamente feliz!”. Cuando llegue su elevación a los altares, seguramente que será la canonización del siglo.

1. *Nacimiento y primeros años*

Pietralcina es una pequeña aldea agrícola de la provincia de Benevento, distante 12 kms. de esta capital del sur de Italia. Sus habitantes –campesinos dedicados de lleno a la labranza y pastoreo– mantienen con vigor la fe religiosa heredada de sus antepasados. Aquí nació el Padre Pío, que había de atraer la atención del mundo entero, el 25 de mayo de 1887, siendo bautizado al día siguiente con el nombre de *Francisco*, que él había de cambiar por el de “Pío” al ingresar en la vida religiosa. Tuvo un hermano y tres hermanas.

Ya de niño mostró preludios de lo que había de ser andando el tiempo. Su director espiritual afirma: “Los éxtasis y las apariciones comenzaron al quinto año de edad, cuando tuvo el pensamiento de consagrarse para siempre al Señor. Interrogado en 1915 cómo había tenido escondidos estos éxtasis y visiones por tanto tiempo, respondió cándidamente que no los había manifestado antes porque creía que era una cosa ordinaria que a todos sucedía. A los cinco años comenzaron también las apariciones diabólicas”. Su mamá, por su parte, refiere: “A medida que crecía, con los años, no cometía ninguna falta, no hacía caprichos y nos obedecía siempre a mí y a su padre. Todas las mañanas y todas las tardes iba a la iglesia a visitar a Jesús y a la Virgen. Nunca durante el día se iba afuera con los otros compañeros, *porque* –comentaba él– *dicen muchas blasfemias*”.

Hizo su primera comunión el 27 de septiembre de 1899 “con un gozo espiritual difícil de expresar”, afirma su biógrafo. Cuando a los 15 años trató de ingresar en la vida religiosa, cayó sobre él toda la furia del infierno. Veinte años después escribía aludiendo a estas luchas:

“¡Dios mío! ¿quién podría contar el martirio interior que se desarrollaba en mí? El solo recuerdo de aquella lucha intensísima que entonces sentía me hiela la sangre en las venas. Sentía la voz del deber de obedecerte, Dios mío, pero tus enemigos y los míos me tiranizaban, me dislocaban los huesos, me escarnecían y me retorcían las entrañas”.

2. *Religioso capuchino*

Vencidos estos y otros obstáculos que le salieron al paso, tuvo la dicha de iniciar su noviciado en el monasterio capuchino de Morcone el 22 de enero de 1903, cuando contaba quince años de edad. Durante este primer año de vida religiosa, Fray Pío se dio de lleno a la vida de oración y de penitencia –las dos alas que el discípulo de Cristo necesita para remontarse a las cumbres de la perfección evangélica–. Cuando su padre fue a visitarle se disgustó al verle tan flaco. El P. Maestro de Novicios le tranquilizó diciéndole: “Cuando su hijo aprenda a moderar sus mortificaciones, volverá usted a verle como era antes”.

El 22 de enero de 1904 pronunciaba Fray Pío los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia. Tres años después –27 de enero de 1907– hace la profesión solemne prometiendo ser pobre, casto y obediente hasta la muerte “*con el sólo y único propósito* –como él mismo escribió entonces– *de dedicarme enteramente al servicio de Dios*”.

Terminados sus estudios de filosofía y teología con excelentes calificaciones, recibió el sacerdocio el 10 de agosto de 1910 y cantó su primera misa el día de la Asunción en su pueblo natal. Con este motivo escribió: “*¡Oh Jesús, vida mía, hoy te elevo temeroso en el misterio del amor. Contigo sea yo para el mundo camino, verdad y vida, y, por Ti, sacerdote santo y víctima perfecta*”.

Entonces aparece una misteriosa enfermedad, inexplicable para los médicos, que obliga al Padre Pío a permanecer por siete años consecutivos con su familia en Pietralcina, ayudando al párroco como coadjutor, pero vistiendo el hábito religioso. “El hecho misterioso de esta enfermedad –escribe su biógrafo– no lo sabremos nunca. El mismo Padre Pío ruega a su director espiritual no obligarle a revelar este secreto, *porque esta es la voluntad del Señor*”.

Durante la primera guerra mundial el P. Pío fue llamado a prestar su servicio en el ejército. Se incorporó a filas el 18 de diciembre de 1916 en Nápoles pero a causa de su enfermedad –llegó a tener 48 grados de fiebre– le dieron temporalmente

por inútil para el servicio militar. El 18 de agosto de 1917 vuelve a ser llamado al cuartel de Nápoles, donde permanece hasta el 5 de noviembre en que otra vez le otorgan cuatro meses de convalecencia. El 5 de marzo regresa al cuartel, y el 15 del mismo mes escribe a sus superiores: *“Estoy muy contento y feliz de la gracia divina que me ha sido concedida de librarme completamente del ejército”*. Y, en efecto, al día siguiente es declarado totalmente inepto para el servicio militar. En total sirvió a la Patria ciento ochenta y dos días, en los cuales los jefes militares le emplearon en los oficios más bajos: fue plantón, barrendero, tapagujeros... el hazmerreír de todos.

Cuando vivía con sus familiares en Pietralcina, el siervo de Dios, hubo de soportar una prueba terrible: el superior general de los capuchinos se atrevió a solicitar de la Santa Sede la excomunión para aquel fraile que pasaba los años fuera del convento con sus familiares. Pero fue rechazada la demanda y el P. Pío siguió siendo capuchino.

En 1916 regresó al convento de San Giovanni Rotondo, cercano a Foggia, donde había de permanecer hasta la muerte.

3. *La estigmatización y otros fenómenos*

La vida espiritual del P. Pío estaba orientada a la identificación total con Cristo. El “vivo yo, pero no soy yo, sino Cristo quien vive en mí”, de San Pablo, constituía el único anhelo de aquel fraile capuchino. Y el Señor quiso que los ardientes deseos de su siervo se cumplieran de una manera totalmente especial, haciendo de él otro Jesús crucificado a la vista de todos...

Ya el 26 de agosto de 1912 escribía a su director revelándole el carisma místico de la transverberación en estos términos:

“Estaba en la iglesia, cuando de improviso sentí que me hería el corazón un dardo de fuego tan vivo que creí morir. Me parecía que una fuerza invisible me sumergía todo entero en el fuego. ¡Dios mío, y qué fuego! ¡Qué dulzura! He sentido muchos de estos transportes de amor y por mucho tiempo he

quedado como fuera de este mundo. Las otras veces este fuego había sido menos intenso; pero esta vez, en cambio, un instante, un segundo más y el alma se hubiera separado del cuerpo. ¡Oh, qué cosa tan hermosa es transformarse en víctima de amor! ¡Estoy crucificado de amor!”.

Pero Jesús no solamente lo quería crucificado de esta manera espiritual, sino también *físicamente*. Por eso imprimió sus cinco llagas en las manos, pies y costado de su fiel siervo. El mismo P. Pío lo refiere. El 22 de octubre de 1918 escribe a su director espiritual y le dice:

“Era la mañana del 20 de septiembre pasado y estaba yo en el coro después de la celebración de la Misa, cuando de repente me sorprendió un reposo semejante a un dulce sueño. Me inundó de momento una gran paz y quietud indescriptible. Todo esto sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Y mientras esto pasaba me vi delante de un misterioso personaje con las manos, los pies y el costado sangrando. A su vista me aterrqué. Me sentía morir y hubiera muerto, si el Señor no sostuviera mi corazón que lo sentía saltar del pecho. Al desaparecer el personaje noté que mis manos, pies y costado estaban horadados y que chorreaban sangre. La herida del corazón mana sangre continuamente, en especial desde la tarde del jueves a la tarde del sábado. Padre mío, yo muero de dolor por el tormento. Temo morir desangrado, si el Señor no escucha los gemidos de mi corazón. Consuéleme usted en medio de tan cruel y dura agonía”.

El Sumo Pontífice entonces reinante, Benedicto XV, manifestó que “el P. Pío era uno de esos hombres extraordinarios que Dios manda de vez en cuando al mundo para convertir a los pecadores”. Este fenómeno místico costó muchos sinsabores al P. Pío, el cual hubo de someterse a múltiples inspecciones médicas. Algunos doctores reconocían que aquellas llagas caían fuera del ámbito de la ciencia médica. Otros lo atribuían a *neurosis* y pura sugestión. Basada en estos pareceres, la autoridad eclesiástica –tan prudente en estos casos extraordinarios– determinó que el P. Pío no volviera a celebrar la Misa en el templo conventual, no administrara ningún sacramento, ni se dejara ver de ningún extraño al convento,

ni aún recibiera ninguna carta. Y este confinamiento tan penoso se mantuvo durante diez años consecutivos.

Pío XII, en cuanto fue elegido, suprimió todas las prohibiciones existentes, dándole plena libertad para ejercer su apostolado en el templo de San Giovanni Rotondo. Y cuando el P. Pío proyectó la construcción de un gran hospital a la vera del convento, le dispensó el voto de pobreza para que con toda libertad y sin que sus superiores religiosos pudieran inmiscuirse, pudiera recibir donativos y administrarlos a su gusto.

Cuando el P. Pío fue rehabilitado, un río humano comenzó a desbordarse en San Giovanni Rotondo. Miles y miles de personas procedentes de los cinco continentes acudían a la misa del P. Pío para poder así contemplar las llagas de sus manos al elevar la Hostia y el Cáliz en la consagración, pues fuera de la misa las mantenía cubiertas con guantes mitones, que dejaban solo los dedos al descubierto, ocultando por completo los estigmas.

Los fenómenos místicos del P. Pío no se limitaron solamente a las llagas, que ni se cerraban, ni se infectaban, manteniéndose siempre frescas, lo que ciertamente no tenía explicación natural. Se comenzó a percibir también un perfume extraño que emanaba del santo religioso. Los primeros que lo percibieron fueron los médicos Romanelli y Festa. Este quiso empapar un paño con la sangre del P. Pío para llevarla a Roma y examinarla en su laboratorio. Durante el viaje todos percibieron aquel aroma celestial. “Era un perfume –escribe el Dr. Festa– agradable, casi una mezcla de rosas y violetas. Yo diría que más que de la persona, el perfume venía de la sangre del P. Pío”. Lo más notable es que el olor no sólo se percibía ante la presencia del P. Pío, sino en otras circunstancias.

Un biógrafo del P. Pío –Francisco Napolitano– ha escrito a este propósito: “El fenómeno del perfume ha hecho sonreír a numerosos incrédulos y al mismo tiempo ha dado lugar a numerosas discusiones, como aquellas de las llagas; pero también aquí la ciencia ha tenido que retirarse vencida. En tantos años los testigos y los beneficiados de estos efluvios se han multiplicado tanto que ya no hay modo de poner en duda

este extraño fenómeno, aunque sí se discute el significado. Este fenómeno del perfume se manifestaba a veces y se manifiesta aún hoy, después de la muerte del Padre, a oleadas, siendo netamente percibido por todos aquellos que se encuentran en el mismo local, desapareciendo después de poco tiempo; otras veces persiste y se conserva. Muchas veces alguno lo percibe y otros no, aún estando todos en el mismo lugar. Por la experiencia habida, tal perfume prueba la presencia espiritual del Padre Pío respecto de aquellos a quienes desea beneficiar, guiar, sostener o amonestar. El perfume se siente aún a gran distancia e inesperadamente”.

El superior del monasterio de San Giovanni Rotondo, P. Rosario de Aliminusa, ha escrito al respecto:

“Yo he sentido el perfume todos los días continuamente, por tres meses seguidos en los primeros tiempos de mi llegada a San Giovanni, a la hora de vísperas. Saliendo de mi celda, contigua a la del Padre Pío, sentía que venía desde ésta un olor agradable y fuerte, del cual no sabría precisar las características. Una vez, la primera, sentí en la sacristía vieja un fortísimo y delicado perfume, que emanaba de la silla usada por el Padre para la confesión de los hombres. Otras veces el perfume ligero y delicado emanaba de sus manos”.

Otro fenómeno místico verificado en el P. Pío fue la bilocación: su presencia simultánea en dos lugares distintos a la vez. Carisma que se lee también en las vidas de otros santos, como Santa Catalina de Rici, San Felipe Neri, San Pedro de Alcántara, San Martín de Porres, San Afonso M.^a de Ligorio, etc. Sin salir de su convento se le veía al lado de los enfermos que invocaban su protección; se presentaba y hablaba a personas incluso que jamás le habían visto, pero que se encomendaban a sus oraciones; estuvo llevando la comunión una vez al mes a una enferma de Caserta, etc., etc.

El propio P. Pío escribía el 28 de septiembre de 1915 a una dirigida: “Me doy cuenta de que la bilocación es una gracia muy grande, que el Señor me hace”.

Comentando en comunidad la bilocación de San Antonio de Padua, un religioso del convento manifestó que tal vez ni el santo se daba cuenta del fenómeno. Pero el P. Pío dijo:

“Seguro que los que tienen la bilocación se dan cuenta de ello. Tal vez no saben si se mueve el cuerpo o el alma, pero son bien conscientes de todo lo que sucede y saben a dónde van”.

Al P. Pío, sin salir de San Giovanni, se le vio en la basílica de San Pedro en Roma, en Nueva York, en Uruguay, y en muchas otras partes.

Tuvo también el don de curación y sanó a multitud de enfermos tanto los que acudían personalmente a San Giovanni Rotondo, como los que le invocaban a distancia. Los curados por el P. Pío se cuentan por centenares. Ya antes de su muerte fue un auténtico taumaturgo.

4. *La misa del P. Pío*

Los polos de toda la vida espiritual del insigne capuchino fueron el amor a la Eucaristía y la devoción a la Virgen María. En una carta a su director espiritual le comunicaba el 8 de septiembre de 1911:

“Los latidos del corazón, cuando me hallo con Jesús Sacramentado, son muy fuertes. A veces me parece realmente, que se me quisiera salir del pecho. Otras veces, en el altar, siento arder todo mi ser en tal forma, que no sé cómo describírselo. Sobre todo siento que la cara me quema”.

Este amor a la Eucaristía llegaba a su *zenit* en la celebración del sacrificio de la misa. ¡Las misas del P. Pío! Quienes tuvieron la dicha de presenciarlas recibieron un impacto indeleble. “La misa –decía el P. Pío a una dirigida– es Cristo en la cruz sobre el Calvario con María y con los ángeles en adoración. Lloremos de amor y de adoración en esta contemplación”. De hecho, como le sucedía también a Santo Domingo de Guzmán, el P. Pío lloraba cada vez que celebraba el santo sacrificio.

Se levantaba a las tres de la mañana, y a las cinco en punto celebraba la misa que duraba entre una hora y hora y media. Se le veía transfigurado. “*Durante la misa –confesaba él– no estoy de pie, sino suspendido con Jesús en la cruz*”. Y a su director espiritual le comunicaba:

“Tengo tal hambre y sed antes de recibir a Jesús en la misa que falta poco para que muera de la angustia. Y precisamente porque no puedo estar sin unirme a Jesús, muchas veces, aún con fiebre, me veo obligado a ir a alimentarme de su cuerpo”.

Y a una dirigida:

“La misa es la renovación de la pasión de Jesús. Es una sagrada mezcla entre Jesús y yo, porque sobre el altar son dos las víctimas que se inmolan: El y yo”.

Uno de sus biógrafos –testigo de vista– ha sabido explicar bien lo que sucedía cuando el P. Pío estaba en el altar: “Puedo afirmar que en San Giovanni Rotondo he descubierto en el Santo Sacrificio de la Misa abismos de amor y de luz que antes apenas vislumbraba. En los anales de la Iglesia, el P. Pío es el primer sacerdote estigmatizado; pero él fue *esencialmente* sacerdote, y su santidad fue *esencialmente* sacerdotal. Toda su vida gravitaba alrededor de la Misa en que presentaba a Cristo su boca, sus manos, sus ojos. El no inventaba nada, ni añadía nada. Solamente decía lo prescrito por la liturgia. Pero cuando decía: *Esto es mi cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre*, su rostro se transfiguraba. Olas de emoción lo sacudían como si el debate con que lo aprisionaban invisibles presencias lo llenara a veces de temor, de alegría, de tristeza, de congoja, de dolor... Se podía seguir en la expresión de su rostro el misterioso diálogo. Ahora protesta, ahora mueve la cabeza para decir que no, y ahora espera una respuesta. Todo su cuerpo se proyecta en una muda imploración. Yo continúo observándole con un nudo en la garganta. El tiempo parece detenerse. Diremos mejor: no cuenta ya. Este sacerdote parece llevarnos a todos a un mundo nuevo, en el cual la duración del tiempo cambia de sentido. De repente unas lágrimas surcan sus mejillas y las espaldas, sacudidas por sollozos, parecen ceder bajo un peso oprimente. En la Misa el P. Pío vuelve a vivir la tragedia de Cristo. Yo miro el rostro del P. Pío regado de lágrimas y pienso en los pecados que él carga sobre sí cada día después de interminables horas de confesonario”.

Al P. Pío se le podía ver solamente en dos lugares: en el altar y en el confesonario. Por eso, cuando él celebraba, el templo estaba repleto de fieles venidos de todas las partes del mundo.

5. *Confesor*

Cuantos asistían a su misa quedaban virtualmente transformados y corrían a buscar el perdón de sus pecados con aquel fraile tan santo. Confesaba prácticamente durante todo el día. En carta a su director espiritual comunicaba el P. Pío:

“Debe saber que no se me deja un momento libre: una turba de almas sedientas de Jesús me cae encima. De frente a una cosecha tan abundante me siento contento en el Señor, porque veo que las filas de las almas elegidas aumentan cada día más y que Jesús es más amado”.

El cardenal Ursi, arzobispo de Nápoles, llegó a afirmar: “El P. Pío estuvo a lo largo de su vida literalmente clavado al confesonario. Fue peculiar para él, más que la oración y la penitencia y los prodigios, el portentoso ministerio de la confesión. La gente que venía aquí de todas partes de la tierra, en su casi totalidad no pedía gracias o milagros, sino confesarse con él. Sólo por esto afrontaban la incomodidad de largos viajes y a menudo la larga permanencia en San Giovanni Rotondo para esperar su turno para confesarse (Con frecuencia hasta tres días). Y con todo, las confesiones con el P. Pío no eran fáciles, acomodaticias; no eran aquellas caricias piadosas que todo lo minimizan, sino que resultaban incómodas, durísimas para quienes se cerraban a la sinceridad, o no se abrían al arrepentimiento o al cambio de vida”.

El periódico de la Santa Sede –*L'Osservatore Romano*– escribía a raíz de la muerte de este mártir del sacramento de la confesión: “Hasta el último momento el P. Pío, sufriendo asma y bronquitis, extenuado por la penitencia, ha vivido desempeñando su ministerio en el confesonario; le había sido concedido el permiso de celebrar la misa sentado; se dirigía al confesonario en silla de ruedas porque ya no se sostenía en

pie, pero no quería renunciar a la misión y al deber de todo sacerdote de confesar a los fieles, ministerio de la gracia y de la misericordia de Dios. El P. Pío ha consolado y ha vuelto a llamar para el Señor innumerables almas, ha reconciliado con Dios a hombres alejados de la fe y de la vida cristiana y a veces enemigos hostiles de la religión; su confesonario era un tribunal de misericordia y de firmeza; aun aquellos que eran despedidos sin haber obtenido la absolución tenían, en la gran mayoría, el ansia de volver y de encontrar paz y comprensión, mientras para ellos ya se había abierto un período de vida espiritual”.

En el confesonario ejercía el P. Pío el carisma del discernimiento de espíritus recordando a los penitentes pecados olvidados o callados por vergüenza. Todo para él estaba abierto y los secretos más recónditos del corazón de sus penitentes los leía él con la luz sobrenatural que Dios le otorgaba. El confesonario con sus horas interminables constituía para el P. Pío una de sus más penosas penitencias, que sufría gustoso por el amor de Dios. Toda su vida había sido una continua cruz. Los tormentos de sus manos, pies y costado eran terribles. Además se disciplinaba hasta derramar sangre. Ayunaba, seducía el sueño a lo estrictamente necesario, etc., etc. Hubo también de sufrir terriblemente de parte de los hombres. Se le consideró como un impostor que fingía los estigmas en sus manos, pies y costado. La Santa Sede fue a veces muy severa con él y sus superiores le confinaron, como queda indicado, por diez años a la soledad de su celda sin permitirle ejercer su ministerio sacerdotal en el templo. A veces se le oía gemir: “Señor, ¡ya no puedo más! ¡Ya no puedo más! ¡Ya no tengo fuerzas para aguantar! ¡Ven, Señor, a liberarme!”. Pero luego añadía: “¡No Señor, no me hagas caso! Al contrario aumenta mis sufrimientos. Dame también los sufrimientos de mis hermanos”.

En diciembre de 1912 escribía el P. Pío: “Jesús me ha hecho oír mucho su voz en mi corazón. Me dice: Hijo mío, el amor se conoce en el dolor, lo sentirás agudo en el espíritu y más agudo en el cuerpo. Bajo la cruz se aprende a amar, y yo no la doy a todos sino sólo a los que más amo”. Y el 8 de

diciembre de 1916 volvía a escribir: “Tú, Padre celestial, me hiciste subir a la cruz de tu Hijo: estoy convencido de que jamás bajaré de ella”.

El demonio le hizo sufrir también horribles tormentos: le golpeaba, no le dejaba dormir, se le mostraba en formas espantosamente horribles, etc. Pero todo lo llevaba con alegría. “Jesús quiere –escribe– que yo sufra sin consuelo alguno, porque me ha escogido como una de sus víctimas. ¡Oh qué gran cosa es ser víctima de amor! No soy capaz de entenderlo; sólo sé con certeza que siento una necesidad continua de decir al Señor: O padecer o morir. Mejor dicho: Siempre padecer y nunca morir”.

6. *Santo tránsito*

Ya no es posible hablar de los grupos de oración que el P. Pío fundó y que están extendidos por todo el mundo católico, ni de la fundación del hospital en San Giovanni Rotondo –uno de los mejores de Italia– ni de su amistad con los Cardenales Montini y Wojtyla a quienes anunció que llegarían a ser Papas. Sólo queda espacio para hablar brevemente de su muerte. El P. Pío murió a las dos y media de la mañana del 22 de septiembre del año 1968. La Crónica del convento refiere el hecho así: “El P. Pío ha querido morir de pie, en su puesto de trabajo, después de un día pasado como los otros en la oración y en el ministerio”. El Superior del convento describe así la santa muerte de este hombre extraordinario: Me llamaron a los dos de la mañana con estas palabras: *El Padre Pío se encuentra mal*. Corrí a su celda. Estaba sentado en el sillón con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Respiraba jadeante con un leve estertor en la garganta. Le tomé la mano derecha y estaba fría. Lo llamé varias veces, pero no respondía. Se le administró el sacramento de la Unción y se le leyó la recomendación del alma. Aparecía sereno, tranquilo. ¡Había muerto!”.

El día anterior había celebrado su última misa extenuado a las cinco de la mañana para los Grupos de Oración, por él fundados, que se habían reunido en San Giovanni Rotondo

para un congreso internacional. La misa fue cantada por el Padre. Después a las ocho confesó a varios hombres. A las diez y media bendijo desde una ventana a la multitud que había venido de todo el mundo con motivo del congreso de los Grupos de Oración. Y a las seis de la tarde volvió a bendecirles en la iglesia. Pocas horas después tenía lugar su fallecimiento con el rosario en la mano y con un "Jesús... María!" en sus labios. Era el 22 de septiembre de 1968.

La noticia llegó a todos los continentes como reguero de pólvora. Y comenzó a llegar la gente. Sus restos estuvieron expuestos en el templo durante cuatro días y tres noches, rodeados de millares de personas que no cesaban de tocar en ellos rosarios y medallas para conservarlos como reliquias.

Sus funerales fueron apoteósicos. Más de cien mil personas le acompañaron al cementerio. El féretro fue escoltado por carabineros en uniforme de gran gala y de una patrulla de carabineros en uniforme verde-gris. Cerca de mil policías mantenían el orden. Una escuadrilla de aviones militares sobrevolaban el cortejo, y helicópteros de la Policía arrojaban flores y volantes con elogios al P. Pío. El féretro iba precedido por un cordón militar de tambores. Cerraba el cortejo otro cordón de carabineros y policías. Los balcones del tránsito se hallaban engalonados con los mejores tapices. ¡Algo jamás visto! Era el cumplimiento de aquellas palabras de Jesús: "El que se humilla será ensalzado"...

Desde entonces su sepulcro es visitado constantemente por personas de los cinco continentes, entre ellas el propio Juan Pablo II.

ENRIQUE FERNÁNDEZ, O.P.
Méjico

El don de la Comunidad. Una experiencia de discernimiento comunitario (III)

Carta cuarta

Salamanca, 24 de mayor, 1980

“Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no tiembla. Está asentado para siempre” (Salmo 124, 1).

Queridas hermanas:

Doy muchas gracias a Dios por la convivencia que tuvimos el día 20 de mayo en el Carmelo de San José, en las afueras de Salamanca. También os agradezco a vosotras el haberme sugerido la conveniencia de este encuentro de oración y de discernimiento comunitario. El Señor nos va regalando sus dones, y sus llamadas intermitentes exigen, por nuestra parte, respuestas y conductas radicales y transparentes de acuerdo con la voluntad de Dios. Por eso, nos refugiamos en la misericordia de Dios y debemos protegernos mutuamente con el don de la fraternidad cristiana.

Buscando el don de Dios

Una vez más nos dimos cuenta, gracias a Dios, que todo depende del don y de la llamada del Señor. Es preciso escuchar y permanecer escuchando hasta que oigamos su voz, y seamos capaces de dejarlo todo y seguirle, como los primeros discípulos. Necesitamos, pues, hacer silencio en nuestro corazón y situarnos en la realidad concreta de la voluntad de Dios. Así, podremos aceptar nuestras limitaciones y pecados, mediante la fe y la experiencia de la liberación por medio de

Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Señor. “Si, pues, el Hijo os librare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8, 36). Este es el misterio del nuevo nacimiento. Esta es la libertad cristiana. Esta es la fuente de la alabanza de los hijos de Dios.

Por este camino, y únicamente de esta manera, llegaremos a la voluntad de Dios y a la realidad de nuestra existencia cristiana. Ahora bien, cuando uno ha nacido de nuevo en Cristo lo manifiesta incluso exteriormente, pues surge una atracción fundamental hacia las cosas de Dios y se adoptan posturas radicales en conformidad con la voluntad de Dios. No es preciso esperar a que los demás cambien; hay muchas cosas que dependen de cada uno de nosotros. Cuando se nace de nuevo, surge la capacidad del discernimiento, que nos advierte los caminos de Dios. Cuando se está en la voluntad de Dios, se pierde el miedo a la soledad. Cuando se conoce la voz de Dios, se pierde el miedo al fracaso. Cuando se experimenta la fuerza interior del Espíritu se pierde la confianza en uno mismo. Cuando se necesita apoyar cada día el corazón y la mente en Jesús y en los verdaderos hermanos, se hace uno sencillo y pequeño como los niños.

En el discernimiento comunitario, realizado en el Carmelo de Salamanca, consideramos, en la presencia de Dios, estas tres realidades: la vida consagrada contemplativa sin clausura; la forma concreta de vivirla cada una de vosotras; y la posible presencia del carisma de Santo Domingo de Guzmán en la vocación a la que Dios os llama. Estos temas respondían a la situación en la que os encontrabais. Pero no se trataba de llegar a conclusiones inmediatas, sino de buscar la voluntad de Dios. Tampoco se trataba de llegar a un proyecto de vida en común para las dos, sino de buscar en común el camino que Dios quiere para cada una de vosotras. Y este discernimiento seremos capaces de ejercerlo cada día si vivimos en humildad y en amor.

La vida consagrada contemplativa

Nos referimos, no a la consagración de la existencia cristiana que sigue al sacramento del Bautismo y, por lo mismo,

es propia de todos los cristianos, sino a esa vocación especial de una vida radicalmente consagrada a Dios, de acuerdo con las exigencias profundas del mismo sacramento del Bautismo. En el mismo nivel entendemos la contemplación, es decir, como una vocación particular de Dios para ocuparse de la mejor parte: la única cosa necesaria (cfr. Luc 10, 41-42). En este sentido, la vida consagrada contemplativa es un don de Dios, no elegido por nosotros, sino que el Señor nos regala gratuitamente. Y uno tiene este don de Dios cuando expresa así su entrega total al Señor. Cuando se siente feliz al estar a solas con el Señor, porque sólo Dios basta. Cuando se deja todo, incluso materialmente, para tenerle sólo a El. Cuando estando de esta manera con el Señor, se está al mismo tiempo en medio de los hombres, transformando la vida de los demás en el nombre de Jesús.

Esta vida consagrada contemplativa exige una iniciación lenta y un estilo de vida adecuado. Hay que aprender a vivir para Dios y a ser de Dios. Cada día tenemos que poner toda nuestra vida en las manos de Dios. Es necesario llegar a esta certeza y seguridad, propias de la fe, de que Dios está ahí presente y que soy para El. Ahora bien, esta ciencia, que no depende de la cultura ni de las técnicas, se aprende en la fidelidad diaria a las mociones del Espíritu Santo. Con todo, no se trata de hacer la opción por un método, ni siquiera por la oración, sino por Cristo, pues solamente desde El brota la coherencia, la unidad y la flexibilidad interior. Así se aprende a no preocuparse del gusto o de los sentimientos espirituales, sino a fundarse sólo y constantemente en la fe y en la transformación lenta de nuestro corazón humano.

La vida contemplativa sin clausura indica una cierta exigencia de servicio inmediato a las personas más necesitadas; una cierta exigencia de cercanía a los hermanos más pobres. La clausura no es cuestión de generosidad, sino de vocación. Sin embargo, sabremos que ese servicio inmediato y esa cercanía a los hermanos proceden de Dios cuando broten de la contemplación, y no de nuestras limitaciones humanas. En este sentido, hay que percibir la necesidad de la presencia de Dios y de la oración cada vez que necesitamos ayudar a los

necesitados: los pobres, los enfermos, etc., pues debemos darnos cuenta que sin El no podemos nada.

La búsqueda de la forma concreta

El proceso de búsqueda de la forma concreta de vida consagrada contemplativa que Dios quiere para cada una de vosotras comienza y termina en el don de Dios. Cada una de vosotras tendréis indudablemente experiencias sobre diferentes modos de vivir la vida consagrada contemplativa. También sabéis que no siempre, en la práctica, se identifica vida consagrada con vida religiosa tal como se puede vivir en algunas comunidades de las Congregaciones Religiosas. Por otra parte, conoceréis diversas manifestaciones en la Iglesia actual de llamadas diferentes de Dios a la vida consagrada contemplativa. Pero las llamadas de Dios no se repiten, ni, por tanto, podemos imitarnos unos a otros. Vosotras tenéis que partir del don de Dios que está en vuestro propio corazón. Por eso, volvamos al don de Dios, sin detenernos excesivamente en nuestra propia historia.

Esta búsqueda es un proceso de discernimiento y necesita su tiempo, no por parte de Dios, sino porque necesitamos disponer nuestro propio corazón. El proyecto concreto de vida nace, no es una mesa de trabajo, sino en la entrega diaria de nuestra vida a Dios. Y el proyecto de vida contemplativa surgirá en vuestro corazón como luz y gozo que transformarán toda vuestra existencia, de manera que la vida ya no tendrá sentido fuera del camino señalado por el mismo Dios. En esta búsqueda es necesario recordar las señales y los frutos de la primera llamada del Señor, aunque no debamos buscar sus consuelos espirituales.

¿Cuál ha de ser la presencia del carisma de Santo Domingo de Guzmán en este proceso de búsqueda? Por lo que habéis dicho, entiendo que vuestro propósito debe ser vivir el evangelio y seguir a Jesús, fijándoos particularmente en el estilo de vida de Santo Domingo de Guzmán. Creo que la forma de vida consagrada contemplativa, cercana a las personas, que estáis buscando, se identifica fácilmente con la

fisonomía espiritual de Santo Domingo, cuya clave era la contemplación apostólica. Santo Domingo de Guzmán, testigo de Dios, predicaba lo que anteriormente el Señor le comunicaba en la oración. Por otra parte, cada uno de nosotros tenemos muchos motivos para agradecer a Dios el conocimiento y la experiencia del don eclesial de la Orden de Santo Domingo.

El camino que os habéis propuesto recorrer

En el discernimiento comunitario habéis llegado a la decisión de buscar en común la voluntad de Dios. Queréis caminar juntas. Buscar juntas. Y compartir fraternalmente los dones que Dios os vaya concediendo. Pero, no olvidéis que no se trata ahora de vivir un proyecto de vida, sino de buscarlo en la presencia de Dios y en fraternidad. Debéis estar dispuestas a cambiar de pensar en el momento que Dios os lo pida. Ahora bien, una búsqueda comunitaria necesita ya unos cauces que necesitaréis hallar y aceptar en común antes de iniciar el proceso de discernimiento en fraternidad. De todas maneras, entiendo que en mis cartas anteriores quizá podáis encontrar alguna respuesta en este sentido.

¿Por qué habéis tomado esta decisión? Tenéis otras dos alternativas: realizar esta búsqueda cada una por separado, es decir, fuera de una fraternidad, o integrarse en una comunidad de búsqueda ya establecida, como pudiera ser, por ejemplo, la fraternidad de Puente la Reina. No obstante, por diversos motivos, habéis advertido que el Señor os llama y os llama a buscar juntas los caminos de Dios, cualesquiera que sean para cada una de vosotras. Comprendéis que la búsqueda en fraternidad se manifiesta como testimonio comunitario de consagración y los dones de los hermanos enriquecen la convivencia, el discernimiento y la formación espiritual. Pero el comenzar a caminar juntas, en fraternidad, os exige dar un salto en el vacío, es decir, hacer la prueba de la fe, confiando plenamente en el Señor y buscando exclusivamente la gloria de Dios y su voluntad; no vuestra gloria, ni tampoco vuestros proyectos. Esto es cuestión de vida o muerte para vosotras.

Poneos, pues, en camino. El recorrido va a ser idéntico a aquél de Abrahán, cuando Dios le mandó ir a sacrificar a su hijo. Pero, estad seguras porque es el Señor el que os ha mandado caminar. No volváis vuestro rostro atrás. No os acordéis de Egipto. Pasaréis, por el desierto, es verdad; pero incluso en el desierto encontraréis la presencia de Dios, de día y de noche, y el agua y el maná os alimentarán hasta que lleguéis a la tierra prometida. Así, conociendo la grandeza de Dios, aceptaremos nuestra pobreza. No se trata de querer ser pobres, sino de darnos cuenta que somos pobres. Sólo entonces necesitaremos perdonar y amar con todo el corazón a nuestros hermanos. Llegad a ser signos de la presencia de Dios ante los hombres y ante los santos, y no tengáis nunca miedo a la opinión de los demás. El Señor proveerá y os protegerá cada día. Pensad en Dios y Dios pensará en vosotras.

No os alejéis de Jerusalén hasta que el Espíritu Santo no os ilumine. Y sed pobres para que llegue a ser vuestro el reino de los cielos. Purificad vuestros corazones para que veáis a Dios, e iluminado vuestro corazón, nazca un gozo que nada ni nadie os pueda arrebatar, y que a todos podáis comunicar en el nombre de Jesús. Tened una vida sencilla. Que no se oprima vuestro espíritu con cosas innecesarias. Que vuestro trabajo sea humilde y de servicio a los más necesitados, a los que nada tienen. Sin embargo, por ahora no es conveniente que abandonéis vuestro trabajo actual, aunque sí debéis buscar el modo de vivir con sencillez, como los que buscan al Señor y sus caminos con todo el corazón.

Nada más por ahora. Pido al Señor que El ilumine y complete el significado de toda esta carta, según su voluntad. A vosotras os pido que me encomendéis al Señor, por la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia.

Os saluda fraternalmente,

FRAY PEDRO PEÑACORADA
Salamanca

Información

“Misiones hoy en el Madre de Dios. Perú”

Tengo conciencia que escribo para la Revista “Vida Sobrenatural”, con el convencimiento de que la inmensa mayoría de sus lectores son personas que rezan, ayudan y quieren a las misiones y a los misioneros. La tierra no puede ser más buena para hablar de este tema. Os escribo desde la selva peruana. Fácil de ubicar en el mapa: estamos donde se junta Brasil-Bolivia y Perú. Departamento del Madre de Dios. Una zona inmensa de la selva peruana encomendada por la Iglesia a la Provincia de España de los Padres Dominicos.

La palabra clave de las misiones hoy es *esperanza*. Todo cuanto hacemos está colmado de esperanza. Estamos, somos un pueblo que espera, una Iglesia en esperanza activa. Por eso, los misioneros tenemos que dar muchas gracias a Dios. Gracias, porque hemos sido enviados; porque bautizamos todos los días, llevamos tu palabra a estas buenas gentes, humildes, pero llenas de esperanza. Gracias, porque hay una retaguardia fecunda: rezáis por nosotros, nos ayudáis mucho materialmente. Hace pocos años los misioneros pasaban muchas necesidades. Hoy, gracias a vuestra generosidad, no tenemos mayores carencias y muchos medios para realizar la Pastoral. Esperanza y gratitud: a Dios y a vosotros.

Misiones hoy. Me parece a mí que el reto es menor que en las grandes ciudades y que en muchos países desarrollados. Nuestros retos son grandes, pero menores, porque nuestro trabajo es gratificante. Las gentes de la ciudad están instaladas, obsesionadas por el dinero. Los pobres, aquí, con grandes carencias, tienen el alma libre para la esperanza y la generosidad. A mí me parece que misionar Lima o Madrid es más duro que hacerlo aquí. Pero la Iglesia tiene que misionar en todos los rincones de la tierra. Nosotros estamos

agradecidos a Dios por poder llevar la buena noticia a los hombres y mujeres de la selva peruana, que siempre están dispuestos a acoger la Palabra: sus casas están abiertas para recibirnos. Quizás vosotros estáis disponiendo esta hospitalidad con vuestra oración.

¿Cómo nos encontramos? No puedo hablar en plural. Reflexiono sobre lo que yo percibo, lo que tantas veces hablamos en comunidad. Podemos estar equivocados. La misión hoy y aquí se puede resumir en esta idea: algo está naciendo y algo está muriendo. Es como la vida. Porque se nace y porque se muere hay esperanza. Mucha esperanza. Cuando no nacen niños, cuando no nacen vocaciones no hay esperanza de crecimiento, ni de continuidad. Pero también tiene que haber muerte. Realidades que tienen que morir. Me explico. En nuestro Vicariato Apostólico de Puerto Maldonado, encomendado a los Padres Dominicos de la Provincia de España, desde principios de nuestro siglo, tenemos tres opciones fundamentales, tres tareas que son las que ocupan mucho de nuestro tiempo. A ellas nos dedicamos todos los miembros de la comunidad, las religiosas Dominicanas y todos los Agentes Pastorales laicos que colaboran con nosotros:

1. Promover las Comunidades Cristianas.
2. Seminario de Sacerdotes Seculares.
3. Formación de Profesores.

1. La consolidación de las Comunidades Cristianas, con la formación de sus líderes, que son los catequistas. Hay comunidades en todos los rincones de la selva. Los misioneros, los Agentes de Pastoral, cada día, cada semana, surcamos los ríos, recorremos los caminos, vamos hasta lugares insólitos. Allí nos reunimos con la Comunidad, celebramos la Eucaristía, proclamamos la Palabra de Dios. Cantamos. Conversamos con los moradores. Cada mes los catequistas se reúnen para evaluar su trabajo, para que sigamos formándoles. Para realizar estos trabajos contamos con vuestras ayudas. En este trabajo hay vida y muerte. Están naciendo los cristianos, las Comunidades. Cada vez ellos son más protagonistas, y nosotros los misioneros, los españoles, vamos

siendo cada vez menos necesarios. Ellos nacen, nosotros tenemos que morir: van ocupando cotas de poder, de iniciativa, de responsabilidad. En realidad no morimos: "si el grano de trigo muere produce mucho fruto": salimos enriquecidos. Cuando ellos nacen y crecen, nosotros también nacemos y crecemos.

2. Seminario. Es un hecho en todos los países de misión. Estoy hablando de realidades que se repiten en muchos lugares de la tierra, sobre todo en países pobres y subdesarrollados. En el Seminario tenemos 18 filósofos y 15 teólogos. Ya tenemos 10 ordenados, que precisamente están reunidos en nuestra casa de Quillabamba mientras escribo estas líneas. Ellos también van creciendo.

No es fácil. Lo normal es que haya tensiones y dificultades. Nosotros los Dominicanos tendremos que ir cediendo responsabilidades. Es un hecho ya: nuestro Vicariato tiene clero secular. Si ellos crecen nosotros también vamos a crecer en nuestro carisma y en nuestra misión. Los problemas que surgen y que surgirán son un signo de la vitalidad y de la esperanza que hablamos al principio.

3. Formación del profesorado. Desde hace 13 años los misioneros hemos tenido todas las facilidades para formar religiosa y profesionalmente a la casi totalidad de los profesores de la selva, tanto del campo como de la ciudad, incluso profesores nativos. Es un trabajo silencioso, siempre en colaboración con el Ministerio de Educación. Tenemos una gran responsabilidad. En nuestras manos está la formación de los niños y de los jóvenes de la selva, así como de sus formadores. Ellos van a ser protagonistas de su desarrollo. Ya hay un puñado de profesionales, formados por nosotros, que hoy son dirigentes, ayer fueron alumnos de los misioneros.

Esta es la misión hoy. Decimos que ellos están creciendo y que nosotros estamos menguando. No, nosotros también estamos creciendo. Si en la misión crece la vida también nosotros crecemos. Cierto que hay problemas. Benditos problemas que son signo de vida y de crecimiento. Y esto, como signo se da en muchos países de misión. Quizás un día no

muy lejano muchos pueblos de Europa vuelvan a promover catequistas, comunidades, seminarios llenos, profesores católicos comprometidos. Esa parece que es la idea de la Evangelización año 2000.

Termino con la certeza de que la *vida* que queremos para estas gentes está en el Manantial del que muchos de vosotros bebéis. Acercarnos con vuestra bondad a la fuente de agua viva para apagar la sed de estos pueblos.

GUILLERMO SANTOMÉ, O.P.

NUEVA COLECCIÓN "IN VERBUM VITA"

Libros de VIDA SOBRENATURAL

1. M. M.^a OLIVE, O.P., *Práxedes Fernández. Apóstol de la Civilización del Amor*. Ed. San Esteban, Salamanca 1995, 533 pp. 2.080 ptas.
2. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., *Biografía de la M. M.^a Angélica Álvarez Icaza. Iniciación a sus escritos*. Vol. I. Ed. San Esteban, Salamanca 1993, 446 pp. 2.800 ptas.
3. P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., *Biografía de la M. M.^a Angélica Álvarez Icaza. Iniciación a sus escritos*. Vol. II. Ed. San Esteban, Salamanca 1993, 562 pp. 2.800 ptas.
4. *Indices de la Revista Vida Sobrenatural, 1921-1995*. Preparados por P. FERNÁNDEZ, O.P. Ed. San Esteban, Salamanca 1996, 410 pp. 2.000 ptas.

Bibliografía

CARLOS DÍAZ, *Un poco más y no hay impío (O de cómo el fascismo viene a las naciones)*. (Parádisos, 9). Editorial San Esteban, Salamanca 1994. Apartado 17. 37080 Salamanca.

Carlos Díaz es uno de los pocos pensadores y maestros cristianos que expresan su visión de las cosas con libertad y valentía en el tiempo actual de España. Y esto es ya de agradecer en el erial en que nos hallamos. Su vida es un compromiso educativo desde una evidente referencia moral en el contexto del humanismo clásico occidental. Su doctrina se enmarca, abiertamente, en el pensamiento del pensador Emmanuel Mounier (1905-1950), y en este ámbito ha creado una escuela sobre el personalismo comunitario que incide como proyecto cultural en la transformación individual y social y en la educación política.

El libro que ahora presentamos, número 62 entre los volúmenes publicados por el autor, es un alegato en defensa del futuro del hombre, no sólo denunciando sus males, sino sobre todo anunciando con esperanza caminos de salvación. “Las páginas que siguen son un tratado informal de ética social, de sátira y fustigación de los vicios de la corte por un lado y humilde propuesta de conversión por otra, ambos movimientos inevitablemente asidos en uno solo, con el reconocimiento obvio de la propia y máxima culpa por delante (p. 14)”. El lector ante estas sentidas e iluminadoras páginas no sólo se deleitará, sino también encontrará caminos de compromiso personal y social en un contexto abierto a la fe cristiana.—*Pedro Fernández, O.P.*

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P., *Los Dominicos en la primera evangelización de México*, 308 págs. Salamanca 1994. Editorial San Esteban.

La evangelización de América es la epopeya misional más grande de la Iglesia en toda su historia, sólo comparable a la de los primeros apóstoles. En menos de cien años, los misioneros hispanos convirtieron masivamente a los pobladores del gran continente, desde California hasta la Pampa, construyendo 80.000 iglesias y 500 conventos y filiales, como centros de irradiación misionera. Y todo perfectamente planificado por las Ordenes Religiosas: primeros los franciscanos, después los dominicos, seguidos de mercedarios y agustinos. En el segundo viaje de Colón organizado en plan de colonización de las tierras descubiertas, juntamente con artesanos de toda clase iban los primeros misioneros destinados al nuevo mundo: un ex-benedictino, un mercedario, y tres franciscanos, de los cuales sólo un sacerdote, y un jerónimo. Empieza así la gran siembra evangélica. En viajes posteriores seguirán más franciscanos, y en 1910 llegan los dominicos a la Isla Española, actual República Dominicana. Cuando Hernán Cortés conquistó México en 1521 solicitó al emperador el envío de religiosos (no quiere clérigos seculares); y en 1524 llegaron doce franciscanos (aunque en la conquista de México aparece ya un franciscano) con Fr. Martín de Valencia de jefe, y entre ellos Fr. Toribio de Benavente que se hará llamar “Motolinía”

("pobre"). Con su pobreza y vestidos casi andrajos se ganaron a las gentes sencillas nativas, que estaban acobardadas, primero ante los aztecas, después ante los conquistadores.

Entre los dominicos que llegan en 1526 está Fray Domingo de Betanzos quien organizó la vida conventual según los moldes estrictos de la Observancia de San Esteban de Salamanca. Su personalidad se impone, aunque él no aprendió lenguas indígenas ni se dedicó mucho a la evangelización, pues por temperamento era propenso al silencio del claustro, ya que había sido anacoreta en Capri (Italia). Pero formó nuevos religiosos que se dedicaron a la evangelización en torno a los monasterios. Incluso Fr. Domingo de Betanzos edificó un "eremitorio" para recogerse en la soledad. Es el fundador de la Provincia Dominicana de Santiago de México. Tiene muy buenas relaciones con el primer Obispo de México, Fr. Juan de Zumárraga, y con él trató de asesorar a los conquistadores que se pasaban de raya en sus exigencias para con los vencidos. Admite la "encomienda" moderada como instrumento de colonización, y se opone a que los nativos se hagan sacerdotes, pues en estos primeros años después de la conquista no estaban preparados, a pesar de que en lo demás los protegía. Frente a Fr. Bartolomé de las Casas —personaje extremoso y utópico— sabe apreciar la obra positiva de los colonizadores a pesar de sus abusos. Por ello se le ha querido acusar de "antiindigenista", y antes de morir se le hace retractar de estas supuestas ideas en Valladolid. Así desaparece esta figura estelar que había fundado la Orden dominicana también en Guatemala, y tenía gran prestigio entre sus hermanos religiosos. Con Zumárraga quiso marchar a China para llevar el Evangelio a aquellas regiones. Era un gran religioso de espíritu quijotesco en sus reacciones, pues era un gran idealista. En estas páginas con gran ponderación y erudición se reflejan las tensiones inherentes a la gran obra de la evangelización en Mesoamérica. Pero aquellos "pugiles fidei et vera mundi lumina", como define Honorio III a los hijos de Santo Domingo, fueron los heraldos del Evangelio en las tierras vírgenes de las Américas, sembrando luz y amor en ellas.—Fr. Maximiliano García Cordero, O.P.

CHARLES DE FOUCAULD, *Viajero en la noche. Notas de espiritualidad*. Introducción y notas por Bernard Jacqueline. Ed Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid) 1994. 304 págs.

Carlos de Foucauld es uno de los más grandes personajes de la Iglesia en estos últimos tiempos. Su persona y su obra están ligadas inseparablemente a una de las más difíciles tareas de la Iglesia: dar a conocer el evangelio dentro del 'mundo' musulmán. Sin duda, Dios ha querido ofrecer, en Carlos de Foucauld, un modelo de apóstol adaptado a las exigencias de este difícil campo. Por eso mismo la espiritualidad típica de semejante ministerio, tal como brilla en Carlos de Foucauld, puede resultar un tanto difícil de comprender. Se trata de un campo en el que el futuro vendrá cargado de novedades. Dios se adelanta; en el camino pone señales de su providencia, para que empecemos a pensar.

Pero este gran modelo tuvo una vida en la que el sufrimiento abunda; la imagen de la noche lo expresa muy bien. Quien ha sido elegido por Dios para introducir luz en nuestros caminos, es "un viajero en la noche": se ve personalmente envuelto en tinieblas. Nosotros decimos que son tinieblas 'luminosas', y efectivamente lo son; pero quien tiene que soportarlas no siempre lo ve

así, y siente todo el peso del sufrimiento. Las notas de la espiritualidad de este viajero en la noche abarcan desde 1888 hasta 1916. Un gran libro para momentos difíciles de la vida de la Iglesia.—A. *Bandera, O.P.*

EDWARD LE JOLY, *La Madre Teresa. Lo haremos por Jesús*. Traducción, anécdotas y notas cronológicas por J. ESTEBAN PERRUCA y MERCEDES VILLAR, Ed. Palabra (Paseo de la Castellana, 210. 28046 Madrid). 444 pp. 3.500 ptas.

Este libro ha llegado a quinta edición, que completa la información anterior con lo referente a los años 1980-1990. Es una obra excelente por el contenido y bella por el esmero puesto en la edición. La Madre Teresa vivió horas penosas al tener que abandonar su congregación (p. 26). Cuando salió de allí se encontró completamente sola, sin ningún recurso humano, pero plenamente fiada de Dios que la llamaba a andar por aquellos inmensos campos. Sus primeros pasos en aquel país fueron sumamente difíciles. El exacerbado nacionalismo puesto en marcha contra la dominación inglesa era una dificultad grande. Pero el hecho es que la Madre ya en aquellos primeros tiempos supo ganarse el cariño de la gente, incluso aumentando su horario de trabajo. El libro sigue abierto. No es una biografía completa. Sólo cabe desear que tenga gran difusión.—A. *Bandera, O.P.*

WALTER FARREL, O.P., *Guía de la Suma teológica*. Vol. 3.º de la 2.ª parte: *Plenitud de vida*. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1994. 202 pp. 1.602 ptas.

El libro contiene una exposición compendiada de algo más de cien cuestiones, entre las últimas dedicadas por Santo Tomás a temas de moral especial. Entre ellas están las que tratan de la oración, y de otra serie de actos análogos, pertenecientes a la relación del hombre con Dios. En todo esto un grupo característico de cuestiones es el que estudia la existencia en la Iglesia de diversos estados de vida, la perfección a que es llamado todo cristiano en virtud del precepto de la caridad, etc. Santo Tomás no se limita a describir situaciones de hecho existentes; su pensamiento se dirige a explicar el modo como la Iglesia está constituida en este mundo por voluntad de Jesucristo. El tema tiene tanto de eclesiológico como de moral y es un buen punto de referencia para conocer cómo Santo Tomás entendía y usaba estos conceptos. El libro que presento es muy elemental y apenas entra en esto; en él, aparte de lo que expresa pensamiento de Santo Tomás, hay también alguna idea curiosa. Dice, por ejemplo, que la vida solitaria es más perfecta que la comunitaria (p. 234), porque la comunidad es medio para la perfección, de modo que cuando se consigue la perfección ya no tiene razón de ser; es un modo de razonar, al que siguen otras consideraciones un tanto curiosas, que podrán verse en el lugar citado. El libro ha sido traducido del inglés por Esteban Perruca y Mercedes Villar. Puede servir para un primer encuentro con Santo Tomás; pero no pasa de esto.—A. *Bandera, O.P.*

ENRIQUE DE LA LAMA, *La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación*. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 224 pp. 1.700 ptas.

Un libro que trata muy bien un tema delicado en la vida de la Iglesia, sobre todo en este tiempo en que la escasez de vocaciones hace surgir tantos

interrogantes y crea tantas ansiedades. El subtítulo *Cien años de clarificación*, tomado como número redondo, responde bien a la historia; es efectivamente, el tiempo en que la vocación sacerdotal empezó a ser estudiada de manera sistemática. El canónigo Lahitton, aunque no estuvo acertado en todo, dio un impulso decisivo a esta clase de estudios, cuyo último desarrollo está realizándose en estos años posteriores al Vaticano II, si bien debo hacer una reserva, de la que hablaré enseguida. El concilio esclareció esta vocación y proclamó la riqueza de su contenido mediante unos documentos específicos, como el decreto *Presbyterorum ordinis* y, en menor medida, el *Optatam totius* sobre formación sacerdotal. Pero es mi opinión –tal vez no suficientemente desarrollada en este libro– que la aportación principal del concilio se encuentra en los grandes documentos, principalmente en la constitución *Lumen gentium*, que insertan esta vocación –y de modo análogo también las otras– en el conjunto del misterio de la Iglesia y en la misión que esta Iglesia debe cumplir en relación con el mundo: una misión compendiada en el gran aserto de que la Iglesia es universal sacramento de salvación, lo cual confiere índole sacramental a todas las vocaciones y de modo eminente a la vocación al sacerdocio. Después del Vaticano II, la clarificación de la vocación al sacerdocio. Después del Vaticano II, la clarificación de la vocación al sacerdocio se ha realizado de modo profundo y a la vez vivencial mediante la Jornada Mundial de Vocaciones Sacerdotales y Religiosas establecida por Pablo VI, de cuyo magisterio pueden verse unas bellas y profundas muestras en pp. 117-125. Juan Pablo II continuó la obra de Pablo VI y enriqueció la Jornada con oraciones compuestas por él mismo, y que son ya muy numerosas. A estos hay que añadir otra multitud de realizaciones, como, por ejemplo, la carta que anualmente dirige a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo; reunidas todas, forman ya un cuerpo de la más pura doctrina y espiritualidad sacerdotal. El autor de este libro dedica el cuarto y último capítulo al tema 'la vocación sacerdotal en la *Pastores dabo vobis*' (pp. 161-200). Yo estoy muy de acuerdo en lo que se dice; pero tengo fuerte reserva por razón de algo que está sometido a sistemático silencio. Cuando se define el ámbito de la comunión tal como, según se dice, ésta es exigida por la ordenación sacramental del presbítero, nunca hay una sola palabra para mencionar este grupo de fieles –este 'orden', dice LG 13c– que es el de los religiosos, un 'orden' que, según el concilio mismo declara en el lugar citado, es constitutivo del pueblo de Dios *en sí mismo*. El número 17 de *Pastores dabo vobis*, que es el que 'define' el ámbito de la comunión a cuyo servicio el presbítero es consagrado por la ordenación sacramental, sufre una mutilación la cual no sólo no es reparada nunca, sino que recorre la entera Exhortación con un incomprensible sistematismo. Así, por ejemplo, el número 38 habla de la Jornada Mundial de Vocaciones, pero, de esas vocaciones, sólo conoce las sacerdotales. El número 41 habla de la promoción de vocaciones como deber de toda la Iglesia: Iglesia que se concreta en una serie de personas y de grupos, bien especificados por su nombre; sin embargo, el nombre 'religiosos' no es pronunciado ni siquiera para pedirles que ayuden en la promoción vocacional. Evidentemente, el silencio no es de olvido; es de intención. *Christifideles laici* no habla así; basta leer su número 55. Ante *Pastores dabo vobis* me siento maravillado por la riquísima doctrina que propone y por la altísima espiritualidad que la envuelve. Pero, a la vez, me siento desconcertado, porque sistemáticamente 'desconoce' a los religiosos, los cuales no

aparecen ni siquiera desde el misterio de comunión, tal como esta comunión brota de la ordenación sacerdotal y reclama ser vivida por quien recibe esta ordenación. El presbítero, en cuanto presbítero, no conoce al religioso/a, no tiene nada que hacer para con religiosas/os. Me horroriza pensarlo; quisiera que no estuviese en el documento; pero creo, y ojalá sea error, que invade el documento. Me consuelo pensando que, en lo que se refiere a mi reserva, este documento está sólo. No sólo no tiene acompañantes. Tiene muchos 'contradictores'. Por citar algo, remito sencillamente al *Instrumentum laboris* para el Sínodo 'sobre vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo' (octubre de 1994).—A. Bandera, O.P.

J. FRANCIS HUDSON, *El rey Saúl. ¿Un paso en falso de Dios?* Traducción del inglés. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 496 pp. 2.900 ptas.

Un libro muy original, como el solo título hace pensar. Comienza reproduciendo la elegía de David por la muerte de Saúl y de Jonatán, "más veloces que águilas, más fuertes que leones", según se dice en el segundo libro de Samuel. En vez de prólogo, se puede leer una 'carta' en que un esclavo de Saúl, que había tenido con él gran intimidación, habla de su proyecto de narrar la vida de aquel desgraciado rey, de hacerlo antes de que llegue David, dando por supuesto que la llegada de este personaje sería el final de sus propios días, porque con toda seguridad le daría muerte. Es la historia novelada de un rey contradictorio. La historia real de Saúl es bien pobre, porque más de una vez él aparece desempeñando el papel que conviene a la presentación de David. Naturalmente, el autor de este libro no entra en la discusión de problemas exegéticos. El teje bellamente una narración en la cual aparecen rasgos de los actuales moradores de Oriente Medio, que él conoce directamente por haberlos recorrido en sus viajes. El libro se lee con agrado. Todo él se mueve dentro de una atmósfera de profundidad humana y religiosa, a pesar de que a veces los hechos narrados sean objetivamente reprochables.—A. Bandera, O.P.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *La meditación cristiana. Carta 'Orationis formas'*, con introducción y comentarios. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 128 pp. 1.200 ptas.

El tema de la oración ha cobrado singular actualidad desde el punto de vista doctrinal, o si se quiere dogmático, porque cada vez se da una mayor comunicación entre personas de diferentes credos religiosos. Para el cristiano esto era una situación desconocida hace sólo muy poco tiempo, al menos en las 'regiones' en que ordinariamente nos encontramos. La oración brota de la fe y expresa la fe. Esto quiere decir que el modo de orar —se hablará de métodos, formas, etc.— necesita ser especialmente cuidado para que exprese su originalidad cristiana, que es la única que puede darle toda la plenitud derivada del plan divino de salvación. Hoy es frecuente ver en otras formas de oración, concretamente en las de origen oriental, una superación de la oración cristiana. Todo esto acontece hoy en circunstancias nuevas; pero el fondo del problema es antiguo. La historia, en efecto, da testimonio de que la mente humana es propensa a considerar sus propios valores —su cultura— como superación de la 'vulgaridad' cristiana. Urge, pues, estar atentos a la oración no sólo para practicarla, sino también para

preservarla de expresiones que son propuestas como superación, pero que, como producto simplemente humano, deforman y empobrecen. La Congregación para la Doctrina de la Fe publicó esta carta para hacerse cargo de los problemas aquí insinuados y para orientar la práctica cristiana. Al documento se añaden una serie de comentarios que aplican su contenido a casos o a temas especialmente necesitados de clarificación.—*A. Bandera, O.P.*

PEDRO JESÚS LASANTA, *La familia, futuro de la sociedad*. JUAN GARCÍA INZA, *Vida y doctrina de Jesús contada a los jóvenes*. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 202 y 182 pp. 1456 y 1.300 ptas.

Dos libros especialmente indicados para labores de catequesis con los grupos a que dicen referencia inmediata. Es innecesario ponderar la importancia de los temas. La familia, por ser el hogar, y si se permite la expresión, el 'santuario' de la vida, está directamente afectada por cualquiera de los problemas que aparecen en esta vida; y no cabe duda que hoy son muchos. Los que se refieren a la fe son especialmente preocupantes. Por eso es necesario sanear las familias, 'contando a sus miembros la vida y doctrina de Jesús'. La formación en la fe es un problema fundamental.—*A. Bandera*.

FRANCISCO ANSÓN, *La Sábana Santa. Últimos hallazgos, 1994*. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 180 pp. 1.650 ptas.

La Sábana Santa ha salido muchas veces a debate. Pero el fenómeno adquirió un relieve enteramente desconocido a partir del día en que la 'reliquia' pasó a propiedad de la Santa Sede y ésta tomó la decisión de hacer una prueba. ¡El carbono 14! Los resultados que entonces fueron dados a conocer provocaron no pocos desencantos. Y se hicieron multitud de pruebas tendentes a 'demostrar' lo contrario. El libro que reseño se coloca en esta línea. Su autor siente gran entusiasmo por la Sábana, alega hechos que no pueden menos de intrigar... En fin, que uno lee y aprecia fácilmente lo que es deseo, devoción, penetración en el misterio de Jesús. Pero en cuanto a las conclusiones, no siempre se puede ver que sean efectivamente 'conclusiones'. Parece que serían necesarias unas pruebas con las que el frío razonamiento quedase satisfecho. Con esto quiere decir que mi razón no se rinde del todo.—*A. Bandera, O.P.*

WILHELM HÜNERMANN, *El apóstol de las Galias. Vida de San Martín*. Traducción del alemán por M. MORERA, *Un hombre de Dios. Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Testimonio*. Ediciones Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 272 y 448 pp. 1.900 y 1845 ptas.

Dos libros muy diversos por los personajes, entre los cuales hay distancia de siglos; diversidad también por la dedicación y por tantas otras cosas. Pero analogía por la santidad de vida y por la celebridad de que ambos personales gozan, aunque no todos la acojan con el mismo gusto. El autor del primer libro es un escritor mundialmente reconocido como gran experto en biografías de santos. La vida de San Martín se presta para relatos brillantes, como los que aquí se puede leer. Un centurión romano se hace cristiano, funda monasterios, llega a ser obispo, ejerce un apostolado que irradia sobre una entera nación, más aún la desborda. Es un caso bien singular. Sin duda,

parte de la celebridad se debe al hecho de haber tenido, ya desde el principio, un buen biógrafo; pero el biógrafo no creó la vida; la transmitió como un gran tesoro cristiano. El segundo libro trata de un personaje de nuestro tiempo. No es una biografía, aunque contiene multitud de elementos biográficos. Benito Badrinas, vicepostulador de la causa de beatificación y canonización, ha reunido aquí una larga serie de testimonios redactados y firmados por diversas personas que trataron al protagonista. Figuran, en primer lugar, testimonios de obispos españoles (diez), varios de los cuales han muerto ya. Siguen testimonios de religiosas/os, entre los cuales figuran dos dominicos, el P. José María de Garganta (pp. 327-334), y el P. Silvestre Sancho (pp. 389-411), considerablemente largo y lleno de interés. Es de notar que no hay testimonios de miembros del Opus. En todo caso, se trata de una importante fuente de información sobre cuya objetividad no puede haber duda.—*A. Bandera, O.P.*

AD. TANQUEREY, *Para hacer apóstoles*. Traducción del francés por PEDRO ANTONIO URBINA. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 208 pp. 1.100 ptas.

Es un buen libro de espiritualidad apostólica. Como base de todo, la incorporación a Cristo y la participación en su vida divina, la cual nos es comunicada copiosamente insertántonos en los misterios de su humanidad. Vida de oración, práctica sacramental: he aquí los grandes pilares sobre los cuales puede asentarse todo el trabajo de un apostolado intenso, que cada vez es más necesario. En cuanto a la vida de oración, se encuentran posturas tan arrierianas como lo que se dice acerca de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo: en la virtudes predomina lo activo sobre lo pasiva; los dones, en cambio, son de carácter preferentemente pasivo; para su ejercicio, la persona comienza tomando actitud de pasividad, la cual le permitirá ejercitar una actividad mucho más intensa, más eficaz y más segura.—*A. Bandera, O.P.*

PIERRE AUBE, *Tomás Becket*. Traducción del francés por MERCEDES VILLAR PONZ, Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994. 380 pp. 3.800 ptas.

La vida de Tomás Becket, o Santo Tomás de Cantorbery, como se dice frecuentemente, es de un heroísmo admirable. Su sentido de fidelidad al ministerio que la había sido encomendado descuella en él de manera tan ejemplar que será difícil encontrar otro caso tan llamativo. No quiero decir que no haya quien lo iguale o lo supere en grado de perfección o de santidad; me refiero a que practicó la fidelidad en unas circunstancias que la hacen universalmente ejemplar. Sus relaciones con el rey Enrique II de Inglaterra pasan por fases diversas, hasta desembocar en el conjunto de oscuros manejos que concluyeron con el asesinato de este gran obispo en el interior de la iglesia a la que había acudido para solemnizar un acto litúrgico. El libro está escrito con gran elegancia literaria y con una admirable sintonía con el ideal del obispo. La obra se lee con pasión. El capítulo sobre el martirio es verdaderamente insuperable.—*A. Bandera, O.P.*

FERNANDO MIGUENS, *Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II*. 1994. 300 pp. 1.800 ptas. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El misterio de la Iglesia y La Iglesia como comunión*. 1994. 208 pp. 1.600 ptas. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid).

Ediciones Palabra, en poco tiempo, ofrece estas dos obras, muy distintas entre sí, pero sumamente interesantes cada una en su género. La primera trata con gran maestría un problema del que hoy habla todo el mundo, pero que rara vez llega a ser siquiera planteado correctamente; hay mucha prisa en decir lo que a cada uno le gusta. Me refiero a la inculturación del evangelio o de la fe, cualquiera que sea el vocablo que cada uno prefiera emplear. El autor de este libro ha tenido el buen acuerdo de ponerse a estudiar, de documentarse y de exponer una doctrina coherente con los documentos: es el único medio de asegurar la coherencia con la fe. Cuanto más se habla de la cuestión, menos comprendo lo que de ordinario ocurre. Siendo la fe, siendo el evangelio, patrimonio de toda la Iglesia, ¿cómo es que de su inculturación en tal o cual sitio, suponiendo que el tal sitio puede decidir por sí y ante sí todo lo referente a la inculturación? Lo que es común, sólo puede ser tratado y resuelto en común. Esto, además de ser evidente, está dicho infinitad de veces. Pero... Este libro, en cambio, sin polémicas estériles, estudia el tema con seriedad y señala los caminos adecuados para llegar al término que todo el mundo desea y cuyo alcance se retrasa tanto cuanto las improvisaciones se acumulan.

El segundo libro contiene dos documentos de la Congr. para la Doctrina de la Fe. El segundo cobra cada día mayor actualidad por el exclusivismo en la promoción de lo que se llama teología de la Iglesia particular. Digo 'lo que se llama teología', porque no siempre lo es todo lo que se presenta con dicha etiqueta. Para hacer esta 'teología', lo primero que se necesita es saber qué se entiende por Iglesia particular o local. Y, por extraño que parezca, esta noción sólo muy pocas la tienen clara. Sin salir de España, sería bien fácil citar documentos de alto rango donde esa noción brilla por su ausencia. Me remito a lo que se escribe desde ése y desde cualquier otro nivel.—A. *Bandera, O.P.*

ANDRÉ LÉONARD, *La moral sexual explicada a los jóvenes*. Traducción del francés por ENRIQUE PARADA, 128 pp. 1.100 ptas. JUAN PABLO II y DR. BILLINGS, *El don de la vida y del amor. Regulación natural de la fertilidad*. 122 pp. 600 ptas. LUIS RIESGO, *Familia y empresa. Enseñanzas mutuas*. 230 pp. 1.500 ptas. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid) 1994.

Tres libros de una misma colección publicados en poco tiempo por la misma editorial. La familia es tema siempre actual. Desde hace algún tiempo, a la perenne actualidad se añade la conflictividad, que surge en el interior o que es provocada desde fuera con medios tan diversos, como puede ser la opresión política, la injusticia económica, la discriminación... Los problemas internos son, ante todo, los relacionados con la estabilidad de la familia, que ha dado un bajón enorme. Desde fuera se promueve una verdadera batalla contra la familia por procedimientos que se vinculan, más o menos, con la planificación familiar.

Con esto queda indicado ya el tema principal en que se sitúa cada uno de los dos primeros libros. El primero intenta prevenir los problemas desde el origen, para lo cual es indispensable una buena formación en el tema de

la sexualidad. El libro es claro. Su autor actualmente es obispo y antes había adquirido notoriedad en el 'mundo' de la teología, tanto que llegó a ser miembro de la Comisión Teológica Internacional. Digo que la exposición es clara; pero la acogida de esta claridad sólo será posible cuando las personas acepten el obligado punto de partida, o sea, que la sexualidad y su ejercicio debe ser integrada en la totalidad de la persona humana; quien la considere solamente como un sector que tiene 'funcionamiento propio', ni aceptará el libro ni podrá recibir en parte alguna la formación que necesita.

El tema del segundo libro está bien indicado en su título. La exposición consta de varios discursos de Juan Pablo II que propone los criterios del comportamiento cristiano desde la perspectiva de la fe, a todo lo cual se añaden como comprobantes los descubrimientos del Dr. Billings para regular, por vía natural, la fertilidad y la consiguiente natalidad.

El tercer libro es más complejo en el contenido. Se requiere una formación y un comportamiento capaz de asegurar una vida genuinamente familiar y, al mismo tiempo, el dinamismo necesario para organizar una empresa o para trabajar en ella con rendimiento para su promoción. El autor se encuentra en una situación apropiada para tratar el tema como 'calor vital', porque es padre de familia, en la que muestra estar plenamente integrado y cuenta igualmente con una larga historia de intenso trabajo empresarial. Esto le permite conjuntar los dos aspectos el de la familia y el de la empresa, que mutuamente se esclarecen.—A. Bandera, O.P.

MANUEL LEAL Y CAMILO LÓPE-PARDO, *Sida: enemigo a vencer*. Ed. Palabra, 128 pp. 1.000 ptas.

Es un libro no de medicina, sino, más bien, de acompañamiento de los enfermos que padecen esta enfermedad; los autores insisten en la necesidad de aceptarlos para no agravar su enfermedad.—A. Bandera, O.P.

EUGEN BISER, *Pronóstico de la fe. Orientación para la época postsecularizada*. Traducción del alemán por C. GANCHO. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona) 1994. 528 pp. 3.800 ptas.

Es un libro muy erudito, de lectura no siempre fácil para quien no tenga una cierta familiaridad con los temas, y de fondo sumamente positivo que quizá no todo el mundo advierta. Es una idea que me parece muy bien expresada en lo que el autor llama 'herejía emocional', y que, a su juicio, es la más peligrosa. Es herejía que está no en enunciados de doctrina, sino en posturas desacertadas, y concretamente en la que llamamos derrotismo, la cual arranca del espíritu la esperanza en el futuro y hunde en abismos que uno mismo se fabrica. El tema tratado no tiene contornos precisos, porque es muy difícil ponerse de acuerdo en las nociones primarias. Para definir la postmodernidad es necesario saber en qué consiste la modernidad. Y en esto hay una dispersión enorme. En todo caso el autor busca dar orientaciones precisas capaces de asegurar un comportamiento correcto, aunque los problemas doctrinales no hayan sido resueltos, o lo hayan sido sólo parcialmente. Cada punto es desarrollado con gran amplitud a través de un número de páginas que hoy ya no se estila. Esto quiere decir que se usa documentación completísima. Un libro para estudios de alto nivel.—A. Bandera, O.P.

JOACHIM GNILKA, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*. Traducción del alemán por C. RUIZ. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona) 1994. 400 pp. 2.950 ptas.

El autor es un exegeta mundialmente conocido y reconocido. La obra que presento es de gran interés, porque toca los temas fundamentales del mensaje de Jesucristo, y a través de ellos ilustra, hasta cierto punto, la totalidad de la vida cristiana. Siempre ha sido importante, pero tal vez hoy lo es más, fijar los contenidos de enseñanzas relativas al reino predicado por Jesús, a la Iglesia que él fundó, al culto que instituyó, a los mandamientos que dio... Dejando siempre a salvo esta valoración de conjunto, creo que en el libro se pueden señalar también ideas que no parecen muy afortunadas. Indico algunas. Según Gnilka todo lo que se refiere a llamamiento de los apóstoles es simple aplicación de una 'narrativa' que viene del Antiguo Testamento, particularmente de la vocación de Eliseo; los cristianos no hicieron más que aplicar aquella 'narración' a hechos concretos (cf. pp. 204, 205). La letra del evangelio acerca de todo esto es simple ropaje. Creo también que el libro dedica excesivas páginas a teorizar sobre algo así como la noción de parábola y, desde luego, me parece bastante arbitraria la exposición de la parábola de los obreros llamados a cultivar la viña (pp. 121-144). Frente a todo esto que tiende a sobrevalorar lo teórico, hay algún problema también por el extremo contrario; por ejemplo, cuando Jesús retiene a quien le pide licencia para enterrar a su padre, se trata de un caso histórico, aunque Gnilka advierte que ese caso no puede ser universalizado para convertirlo en norma. Concluyo. Los detalles no pueden prevalecer sobre el fondo.—A. *Bandera, O.P.*

JUAN JOSÉ AYÁN, *Clemente de Roma. Carta a los Corintios. Homilía anónima* (Secunda Clementis). Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid) 1994. 236 pp.

Este libro se presenta con gran elegancia que cuadra muy bien la calidad del contenido. En la historia de la Iglesia, la carta de San Clemente a los Corintios es un documento de primerísima importancia. Aquí es publicado en óptima edición bilingüe: original griego y traducción castellana, precedida de una introducción perfectamente documentada. Se publica también el escrito que durante mucho tiempo fue considerado como segunda carta del Papa San Clemente a los Corintios, pero que es una homilía anónima, compuesta y predicada por alguien que se encontraba en un ambiente muy dominado por el gnosticismo, que fue durante mucho tiempo la gran amenaza doctrinal contra el cristianismo. También este texto aparece en edición bilingüe. Una publicación de alta calidad en el campo de los estudios patristicos.—A. *Bandera, O.P.*

Índice general del año 1996

EDITORIAL

FERNÁNDEZ, P., O.P., <i>Ante el Tercer Milenio: 1996, año penitencial</i>	3-6
— <i>El Anhelado de la Pascua</i>	85-89
— <i>La Dignidad de ser Mujer</i>	165-169
— <i>Desafíos de la Iglesia en el mundo a las puertas del Tercer Milenio</i>	249-256
— <i>Sobre la Acidia y la Humildad</i>	321-325
— <i>Meditación al atardecer</i>	401-405

DOCTRINA

ARTOLA, A. M. ^a , <i>Ver a Jesús. Reflexiones bíblicas sobre el encuentro con Dios</i>	345-353
BANDERA, A., <i>Un armonioso concierto con un silencio elocuente</i>	7-27
— <i>La Exhortación Vita Consecrata. I. Una idea general</i> ..	326-344
— <i>Y II. Interpretaciones sesgadas</i>	406-424
FERNÁNDEZ, P., <i>Vida Religiosa y Ecumenismo</i>	42-55
— <i>Las Monjas Dominicanas y su Misión en la Orden de los Frailes Predicadores</i>	194-204
— <i>La Tarea de llegar a ser Frailes Predicadores</i>	269-282
— <i>Santa Catalina de Sena, Maestra de la Verdad</i>	354-367
GALLEGO SALVADORES, J. J., <i>La Fraternidad en la Vida Religiosa</i>	425-433
HERRERO PRIETO, L., <i>Uvas, vino y sangre. Via Sanguinis</i> ..	90-98
LUQUERO, D., <i>Y estarse amando al Amado</i>	99-102
MOLINA PRIETO, A., <i>Actualidad eclesial de las Apariciones Marianas</i>	170-179
PASCUAL, F. R. DE, <i>Las Constituciones de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia (1990)</i>	28-41
— <i>II. El Monasterio</i>	103-118
— <i>Y III. La Comunidad Cisterciense</i>	180-193
PLAZA AGUILAR, S., <i>Conocimiento, Conciencia y Vida Mística</i>	257-268

LITURGIA

OFILADA MINA, M., <i>Liturgia y Vida Mística: San Juan de la Cruz</i>	56-64
— II. <i>La Eucaristía</i>	119-128
— III. <i>El Contexto Eucarístico</i>	205-212
— IV. <i>La Liturgia, acción de Dios y del Hombre</i>	283-291
— V. <i>Celebración Eucarística y Experiencia</i>	368-376
— Y VI. <i>Liturgia, Unión-Comunión con Dios</i>	434-443

TESTIGOS

CONCEPCIONISTAS, Alcalá de Henares, <i>Sor Inés de San Pablo</i>	140-142
DUMONT, J., <i>La Sierva de Dios, Isabel la Católica</i>	292-306
FERNÁNDEZ, E., <i>Lic. Anacleto González Flores, mártir se- glar mexicano</i>	65-74
— <i>El Frailde de las Llagas: Padre Pío (1887-1968)</i>	444-456
HERNÁN SÁNCHEZ, M., <i>Madre Cándida M.^a de Jesús, Fun- dadora de las Hijas de Jesús</i>	213-229
MONASTERIO DE LA PRESENTACIÓN, <i>Vic. Sor M.^a del Patroci- nio de San José</i>	129-139
PEÑA SERRANO, P., <i>Sor Luisa de San Gabriel. Aproxima- ción Biográfica</i>	377-385

ESCUELA DE VIDA

ARANDA GUIJARRO, A., y III. <i>Un grito desgarrador de ayuda a la Iglesia</i>	230-242
PEÑACORADA, P., <i>El don de la Comunidad. Una experien- cia de discernimiento comunitario</i>	307-314
— II.	386-398
— III.	457-462
SAGREDO VIÑA, J., I. <i>La Obra de la Iglesia y la Madre Tri- nidad Sánchez</i>	75-79
— II. <i>Nuevo y Profético don para el Pueblo de Dios</i>	143-148

INFORMACIÓN

BANDERA, A., <i>Causa de Canonización del P. Arintero</i>	80-81
BLASCO AGUILAR, J., <i>Escucha Israel, A.B.C.</i>	149-157
CARVAJAL GALLEGU, J., <i>Las Misioneras Eucarísticas de Na- zaret cumplen 75 años</i>	243-246
SANTOMÉ, G., <i>Misiones hoy en el Madre de Dios. Perú</i>	463-466

BIBLIOGRAFÍA

ANCIRA, NILO DE, <i>Tratado ascético</i>	316
ANDRÉS, MELQUÍADES, <i>Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América</i>	163
ANSÓN, FRANCISCO, <i>La Sábana Santa. Últimos hallazgos</i> ..	472
ARNAU-GARCÍA, R., <i>Tratado General de los Sacramentos</i> ..	161
— <i>Orden y Ministerios</i>	319
AUBE, PIERRE, <i>Tomás Becket</i>	473
AYÁN, JUAN JOSÉ, <i>Clemente de Roma, Carta a los Corintios. Homilía anónima</i>	176
BEDOUELLE, G., <i>La Historia de la Iglesia</i>	82
BISER, EUGEN, <i>Pronóstico de la fe. Orientación para la época postsecularizada</i>	175
BROT, ETIENNE, <i>Semillas de oro de la Biblia</i>	248
CABODEVILLA, JOSÉ M. ^a , <i>Hacerse como niños. Necesidad para los sabios y escándalo para los justos</i>	
CALVO MORALEJO, G., <i>Al esplendor de su luz. Clara de Asís, maestra de contemplativos</i>	164
CLARE JOHN D. - WANSBROUHAH, HENRY, <i>La Biblia. Historia viva</i>	399
CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, <i>La Meditación Cristiana. Carta "orationis formas"</i>	471
— <i>El Misterio de la Iglesia y la Iglesia como comunión</i> ..	
DÍAZ, CARLOS, <i>Un poco más y no hay impío (O de cómo el fascismo viene a las naciones)</i>	467
DUQUE DE MAQUEDA, <i>Un secreto de la Trapa. Beato Hermano Rafael</i>	84
EASWARAN, EKNATH, <i>Meditación. Ocho puntos para transformar la vida</i>	159
ESQUERDA BIFET, JUAN, <i>La fuerza de la debilidad. Espiritualidad de la cruz</i>	162
— <i>Teología de la evangelización. Curso de misionología</i> ..	319
FARRELL, WALTER, <i>Guía de la Suma Teológica</i>	469
FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., <i>Biografía de la M. M.^a Angélica Álvarez Icaza. Vol. II</i>	248
— <i>Los Dominicos en la primera evangelización de México</i>	467
FLÓREZ, GONZALO, <i>Matrimonio y Familia</i>	320
FRÍAS FORMERO, M. ^a DEL CARMEN DE, <i>Cándida M.^a de Jesús, Fundadora de la Congregación de Hijas de Jesús</i>	247
— <i>Donde Dios te llame. Una vida consagrada a la educación cristiana</i>	247
GAMARRA, SATURNINO, <i>Teología Espiritual</i>	318
GARCÍA INZA, JUAN, <i>Vida y doctrina de Jesús contada a los jóvenes</i>	
GNILKA, JOACHIM, <i>Jesús de Nazaret. Mensaje e historia</i> ..	176

GROM, BERNHARD, <i>Psicología de la Religión</i>	316
HADAS-LEVEL, MIREILLE, <i>Flavio Josefo. El judío de Roma</i>	399
HUDSON, J. FRANCIS, <i>El Rey Saúl. ¿Un paso en falso de Dios?</i>	471
HÜNERMANN, WILHELM, <i>El Apóstol de las Galias. Vida de San Martín</i>	472
JIMÉNEZ DUQUE, BALDOMERO, <i>San Juan de la Cruz. Un interrogante que habla</i>	164
JOLY, EDWARD LE, <i>La Madre Teresa</i>	469
JUAN PABLO II - BILLINGS, <i>El don de la vida y el amor. Regulación natural de la fertilidad</i>	
LAMA, ENRIQUE DE LA, <i>La vocación sacerdotal. Cien años de clarificación</i>	469
LASANTA, PEDRO JESÚS, <i>La familia, futuro de la sociedad</i> . .	472
LÉONARD, ANDRÉ, <i>La moral sexual explicada a los jóvenes</i>	474
LÓPEZ MARTÍN, JULIÁN, <i>La Liturgia de la Iglesia. Teología, historia, espiritualidad y pastoral</i>	317
LLAMAS, ENRIQUE, <i>Práxedes Fernández. Vivencia Mariana</i> .	400
MALDONADO, LUIS, <i>La acción litúrgica. Sacramento y celebración</i>	159
MARTÍ BALLESTER, JESÚS, <i>Vida de Santa Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios</i>	399
— <i>Camino de Santa Teresa leído hoy. Comentarios</i>	399
— <i>Teresa de Jesús nos habla hoy. Suma Antológica</i>	399
MARTÍNEZ, JESÚS, <i>Allí estaba tú</i>	248
MIGUENS, FERNANDO, <i>Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II</i>	474
OLIVE, M. M. ^a , <i>Práxedes Fernández. Apóstol de la civilización del amor</i>	158
POZO, C., <i>La venida del Señor en la gloria</i>	83
RIESGO, LUIS, <i>Familia y empresa. Enseñanzas mutuas</i>	
ROMÁN FLECHA, JOSÉ, <i>Teología moral fundamental</i>	316
SAHAGÚN LUCAS, JUAN DE, <i>Dios, horizonte del hombre</i>	315
SALA, ESTEBAN, <i>Dime noche. Vivencias desde la fe</i>	159
TANQUEREY, AD., <i>Para hacer apóstoles</i>	473
TREVIJANO, RAMÓN, <i>Patrología</i>	316
VIDAL MANZANARES, CÉSAR, <i>El desafío de las sectas</i>	159
VIGO, ABELARDO DEL, <i>A solas con San Pablo. Meditaciones</i>	163
YÁÑEZ NEIRA, D., <i>San Famiano. Un alemán, cisterciense de Oseira</i>	83
<i>El Hermano Rafael, joven y santo. Madurez humana y sobrenatural</i>	83
<i>Nuevo Diccionario de Moral Cristiana</i>	82
<i>Un Hombre de Dios. Beato Josemaría Escrivá de Balaguer Testimonios</i>	